



LAURA SANZ

LA HISTORIA DE

CAS

ICH LIEBE DICH

LA HISTORIA DE
CAS

Ich liebe Dich

Laura Sanz

LA HISTORIA DE CAS

Ich liebe Dich

© 2017 Laura Sanz

Diseño portada China Yanly

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

ASIN

Paco, Fely, Angy, Nerea, Maribel y Mayte, gracias.

Creo que no hacen falta más palabras.

'Take care.—If you do not speak—I shall claim you as my own in some strange presumptuous way'

North and South – Elizabeth Gaskell

Parte 1 – El sueño – Cómo todo comienza...

Capítulo Uno

—¿No puedes ir más deprisa, Eli? —preguntó Tana, mientras intentaba pintarse los labios mirándose al espejo del parasol del asiento del pasajero—. A este paso no vamos a llegar nunca.

—No es tan fácil —repuso Eli—. Hace tiempo que no conducía un coche con marchas, y esta carretera no es precisamente la mejor. Hay demasiadas curvas. —Tuvo que levantar la voz para poder hacerse entender. Sandra y Alba iban sentadas en el asiento de atrás cantando a voz en grito la canción que sonaba en la radio, uno de los éxitos del verano.

Tana suspiró. Parecía impaciente por llegar al restaurante.

—No te agobies. No tenemos prisa. Estamos de vacaciones, ¿no? —Eli sonrió.

—¡Eso, eso! ¡Vacaciones! —gritó Alba desde atrás, mezclándose en la conversación—. No seas tan *pushy, darling*. Acabamos de llegar y ya estás protestando.

Eli dejó escapar una carcajada. Tana odiaba que Alba le hablase empleando anglicismos. No iba a tardar mucho en replicar. Tres, dos, uno...

—¡Oh por Dios! —exclamó Tana con exasperación—. ¡No me llames *darling*! Sabes que no lo soporto.

Sandra y Alba comenzaron a reír a carcajadas. ¡Era tan fácil sacar a Tana de sus casillas! Incluso Eli, la más calmada de las cuatro, sonrió benevolente.

—Deberías relajarte, Tana —intervino Sandra después de haber superado el ataque de hilaridad—. ¿Cuánto tiempo hace que no nos juntamos para pasar unos días de vacaciones? ¿Dos, tres años?

—Este es el tercer año —repuso Alba—. Llevábamos tres años sin hacer nada juntas y ahora, gracias a *mí* —enfaticó—, nos hemos vuelto a reunir.

Era cierto.

Desde que se habían convertido en adultas cada vez les resultaba más difícil organizar algo juntas. Hacía tres años, porque la madre de Alba había fallecido, hacía dos, porque la *boutique* de Tana no podía prescindir de ella, y el año anterior, porque Eli y Sandra estaban fuera, terminando un máster.

Pero finalmente habían conseguido coordinar sus agendas y, como muy bien había dicho Alba, había sido gracias a ella. Ella era la que había organizado ese viaje para despedir su

soltería. Sus futuros suegros le habían prestado su casa en la costa para que pudiese pasar allí unos días con sus amigas.

Habían llegado esa misma tarde en avión desde Madrid. Un fabuloso Mini Cooper rojo descapotable las había estado esperando en la oficina de alquiler de coches del aeropuerto, y en menos de una hora se habían presentado en la urbanización donde los padres de Jaime, el prometido de Alba, tenían el chalet. La Urbanización Eden Park era una de las más exclusivas de la zona, o al menos eso les había explicado Alba por el camino. Disponía de campo de golf, pistas de tenis, diversas piscinas comunitarias —aunque cada propiedad tenía la suya propia como habían comprobado al llegar— y un par de restaurantes de lujo. Tenía vigilancia las veinticuatro horas e incluso un médico disponible todos los días de la semana.

El chalet de los padres de Jaime estaba muy bien situado, justo al final de un bosquecillo de pinos algo elevado, por lo que las vistas al mar eran fantásticas. Era una casa de dos plantas de estilo moderno, construida no hacía mucho. Tenía un enorme jardín en la parte trasera donde se ubicaban la piscina y una pequeña edificación que contenía la sauna y el jacuzzi.

Ninguna de las cuatro se había sentido abrumada ante tanta magnificencia. Procedían de hogares privilegiados y estaban habituadas a ese tipo de lujos. Eli veraneaba todos los años en Formentera, en el yate de sus padres. Las familias de Tana y Alba tenían casas de vacaciones en Laredo y en Comillas, y Sandra acostumbraba a pasar los veranos en las Maldivas, con su padre.

Las cuatro muchachas se habían apresurado a elegir habitación y a deshacer las maletas. Estaban impacientes por empezar las dos semanas de lo que iban a ser *vacaciones-despedida-de-soltera-juerga-desenfrenada*. Ataviadas con ropa cómoda pero elegante, se habían puesto en marcha dispuestas a comerse la ciudad, o mejor dicho, el pueblecito costero al que pertenecía la urbanización. Sin perder ni un instante se había decidido que Eli fuese la conductora. Era la única que no solía beber alcohol y les había parecido lo más lógico.

—¿No es un poco pronto para cenar? —preguntó Sandra mirando su reloj de pulsera.

—Son las siete —contestó Tana—. Seguro que cuando lleguemos, *si llegamos* —añadió con énfasis, mirando a Eli de reojo—, el sitio estará lleno de guiris tomándose el postre.

—Bueno, hagamos horario europeo entonces. Seamos decadentes y cenemos pronto. —Alba se recostó contra el respaldo del asiento y comenzó a jugar con su móvil.

—¿Has sabido algo de Jaime? —le preguntó Sandra.

—Sí, claro —repuso con una sonrisa—. Está reunido, pero ha tenido tiempo de mandarme un mensaje y decirme que mañana nos vemos. Nos vamos a navegar en su catamarán.

—¡Oh, genial! —La voz de Tana no denotaba ningún tipo de entusiasmo.

—No seas aguafiestas —dijo Alba, inclinándose y tirándole del pelo.

—No soy aguafiestas, pero ya sabéis que me mareo terriblemente.

—Pues no te puedes quedar en tierra. Hemos quedado en divertirnos todas juntas.

—Lo sé, lo sé, ¿pero no podemos ignorar lo del catamarán?

—¡No! Va a ser genial. Anda Eli, dile algo.

—A mí dejadme en paz, ya sabéis que yo me amoldo a todo.

Estaba centrada en la infame carretera llena de curvas y no prestaba atención a la conversación. Había bajado el volumen de la radio porque las canciones le impedían concentrarse. Tenía problemas para aclararse con las marchas. Hacía mucho tiempo que no conducía un coche así, desde que se había sacado el carnet hacía siete años más o menos. Estaba acostumbrada a conducir vehículos automáticos: simples e intuitivos.

La carretera era la típica carretera secundaria, de dos carriles, uno en cada sentido; y Eli agradeció el poco tráfico que había a esas horas. Sabía que iba demasiado despacio. Aunque se podía ir a noventa kilómetros por hora, ella no había llegado a pasar de los sesenta. Con tanta curva, ¿quién era el loco que se ponía a noventa?

De vez en cuando su mirada abandonaba la calzada y se clavaba en el invitador mar azul, que según iban aproximándose al pueblo, cada vez aparecía más cercano. A su izquierda, la montaña descendía hasta acabar en la playa; y a la derecha, la pendiente de la ladera se encontraba salpicada de casitas blancas pertenecientes a diversas urbanizaciones. Las vistas eran impresionantes. Kilómetros y kilómetros de agua azul turquesa con pequeños barcos meciéndose sobre ella. El sol de la tarde se reflejaba de manera curiosa sobre el líquido elemento creando sorprendentes efectos, y convirtiendo la imagen en una pintura de Sorolla. El pintor había nacido cerca de allí, ¿no? Quizá por eso el escenario se asemejaba tanto a uno de sus cuadros.

El tiempo a finales del mes de junio en el Mediterráneo era perfecto, decidió. Como un sueño hecho realidad.

Mientras sus amigas se enzarzaban en una discusión sobre sus planes para el día siguiente, si era mejor pasar el día en la playa o en la piscina, ella comenzó a relajarse. Eran sus primeras vacaciones de verdad en los últimos tres años, y estaba decidida a pasárselo bien. Tenía muchas cosas en qué pensar, pero esos quince días que tenía por delante no los iba a malgastar con absurdas meditaciones o quebraderos de cabeza. Ya se agobiaría cuando regresase a Madrid. Ya decidiría qué era mejor para ella. No deseaba pensar en Lalo ni en las últimas exigencias de su madre, o en su inexistente carrera como abogada. Ya tendría tiempo de tomar decisiones.

En Madrid.

Después.

—Dice Jaime que es un sitio fantástico, en primera línea de playa, y sirven un marisco

fabuloso —decía Alba en esos momentos.

—Entonces seguro que está hasta arriba de gente. Espero no tener problemas para aparcar —intervino Eli en la conversación.

—¿No habrá un parking cerca? —preguntó Sandra, al tiempo que se recogía el enredado pelo castaño con las manos. Las desventajas de viajar en descapotable.

—Qué va —repuso Alba—. He estado viendo imágenes en Google Maps y no hay nada parecido. Es un pueblo pequeño.

—Seguro que algo encontramos —dijo Tana volviendo a observar su imagen en el espejo del parasol.

—Estás perfecta, *darling*. No hace falta que te mires tanto. —Alba sonrió con malicia, utilizando el epíteto, a sabiendas de que la otra lo odiaba.

En efecto, pensó Eli, Tana estaba perfecta. Siempre lucía impecable, con su cuidado bronceado y su manera elegante de vestir. Llevaba un vestido azul marino de tirantes que marcaba sus pronunciadas curvas de las que estaba tan orgullosa y que Eli en secreto envidiaba. Su pelo castaño oscuro, recogido en una coleta alta, no se había despeinado a pesar del viento.

—¡Ya llegamos a la playa! —gritó Sandra, excitada.

Eli suspiró. Sí, estaban llegando a la playa y —¡oh qué sorpresa!— ni un solo sitio donde dejar el maldito coche. Redujo a segunda y giró a la derecha, siguiendo el cartel que decía *A la playa, 500 metros*.

—El restaurante está al final de la avenida —intervino Alba consultando su móvil.

Eli comenzó a ponerse nerviosa. Si ya en esas calles adyacentes no había sitio para aparcar, la simple idea de encontrar un hueco en primera línea de playa le pareció algo más que improbable.

Volvió a suspirar.

—No pares aquí. Vamos a ver si hay sitio junto al restaurante —dijo Tana.

Eli la miró con cara de pocos amigos. ¿Parar aquí? ¿Dónde? ¿Encima de otros coches? ¿En la acera?

Al final de la avenida volvió a girar a la derecha; la carretera iba en paralelo con la playa. Una playa ancha, de piedras blancas que brillaban al sol. Solo se podía aparcar a un lado de la calle, frente a los restaurantes, chiringuitos y tiendas de *souvenirs*. No había ni un solo hueco libre, claro.

—¡Mirad! ¡Ese es el restaurante! ¡*Crazy Coconut*! —exclamó Alba señalando justo delante.

El restaurante se encontraba en una esquina. Grandes sombrillas blancas, con el logotipo del local, proporcionaban sombra a la profusión de mesas. La mayoría ocupadas por lo que parecían ser familias extranjeras.

Eli, aprovechando que no tenía ningún vehículo detrás, disminuyó la velocidad para que pudiesen observar el local cómodamente.

—Está hasta la bandera —dijo Tana.

—Menos mal que hemos reservado, ¿no? —repuso Alba.

—Lo primero es encontrar un sitio donde dejar el coche —intervino Eli, intranquila. Odiaba aparcar en línea, acostumbrada como estaba a dejar el coche en su garaje en batería.

—Da una vuelta y a lo mejor tenemos suerte —dijo Sandra.

Eli dudó un instante. Mentalmente visualizó cuál era la marcha adecuada para arrancar. Era primera. La metió, pisando el embrague, y siguió adelante, doblando la curva.

—¡Eh! ¡Mira! ¡Allí se va uno! —gritó Alba desde el asiento de atrás, apuntando con la mano.

Eli frenó bruscamente.

—¡Cuidado! —la reprendió Tana—. Casi me como el airbag.

—*Sorry* —murmuró Eli observando el hueco que quedaba libre justo frente a ella. Un Ford Ka se marchaba, dejando un sitio diminuto al lado del restaurante, entre una moto y un Seat Ibiza—. No creo que quepa.

—Sí cabe. Solo tienes que maniobrar un poco —afirmó Tana con seguridad.

Eli parpadeó, calibrando la situación poco convencida. Dejando escapar un pequeño suspiro, puso el intermitente y se dispuso a aparcar. El hueco era realmente diminuto y empezó a sudar, incómoda. Se secó las manos en la falda de su vestido y comenzó a dar marcha atrás, pendiente de la moto que tenía a su espalda en el espejo retrovisor.

Rozó el bordillo.

Enderezó el volante y volvió a sacar el coche poco a poco, pendiente del Seat Ibiza que tenía delante.

Volvió a meter la marcha atrás y lo intentó de nuevo.

Bordillo.

Metió primera e intentó sacar el coche otra vez.

Pero, de pronto, algo sucedió. Como por arte de magia el coche se deslizó hacia atrás en vez de ir hacia adelante.

—¡Para! ¡Para! —gritaron las otras al unísono.

Demasiado tarde.

La parte trasera del Mini chocó contra algo.

Eli cerró los ojos y frenó de golpe.

Oyó un ruido que le pareció ensordecedor.

Seguía con los ojos cerrados cuando una voz profunda y varonil, a pocos metros de ella, la sacó de su estupor.

—*Bist Du blöd? Was ist mit Dir los? Hast Du das Motorrad nicht gesehen oder was? Meine Fresse bist Du ein Idiot!*

Eli no pudo entender ni una sola palabra, pero el tono con el que las frases abandonaban la boca masculina era más esclarecedor que su significado. Abrió los ojos y miró a su alrededor. Sus amigas parecían paralizadas, y el propietario de la voz había desaparecido.

No, no había desaparecido. Estaba detrás del Mini, agachado junto a la moto, al tiempo que lanzaba improperios en varios idiomas.

Eli se bajó del coche, evitando cruzar la mirada con las personas que se habían parado a ver qué sucedía. La situación era más que humillante, y sintió cómo le ardía la cara de vergüenza. Odiaba llamar la atención. Y aunque debería haber estado acostumbrada, dada la frecuencia con la que su cara aparecía sobre el papel cuché, no lo estaba; seguía resultándole incómoda tanta notoriedad, incluso después de todos esos años en el candelero. Sus amigas la miraban con diferentes grados de contrición.

Con las piernas temblorosas, se dirigió a la parte trasera del vehículo. El propietario de la moto había conseguido levantarla y estaba en cuclillas, inspeccionando los daños. Eli clavó la mirada sobre la ancha espalda, cubierta por una camiseta negra. Tenía el pelo rubio bastante corto, lo que dejaba su bronceada nuca al descubierto. Murmuraba algo.

—*I'm so sorry* —comenzó ella en inglés, con un tono de voz apenas audible—. *I haven't...*

—*Fuck! Fæn! Fæn!* —exclamó él interrumpiéndola—. ¡Joder! ¡Joder!

Eli se sobresaltó ante el exabrupto. Bueno, si algo estaba claro era que él hablaba español, con un ligero acento, pero español.

—Como te decía —lo intentó de nuevo con la voz un poco más firme—, lo siento muchísimo. No sé qué me ha pasado. Creí que había metido primera pero no era... esa marcha... y creo..., he debido equivocarme y seguía con la marcha atrás—. Las palabras se atropellaban una contra otra en su prisa por dar explicaciones. Siempre que se ponía nerviosa le sucedía lo mismo. Le costaba formar frases coherentes—. Pagaré. Pagaré lo... lo que haga falta, aunque supongo que el seguro lo cubre pero... si no... quiero decir, de todas maneras, si no es así, pásame la factura y yo me encargo de todo, claro...

Él la ignoró. Seguía agachado, mientras recorría con la mirada la brillante carrocería de su moto, centímetro a centímetro. Extendió una de sus manos y acarició, casi con reverencia, el asiento de cuero. Eli le contempló sin saber muy bien si seguir hablando o no. Parecía haberse olvidado de su presencia, tan ensimismado estaba comprobando los desperfectos.

Nerviosa, buscó en su bolso y sacó una de las elegantes tarjetas de visita que su madre había insistido en que se hiciese. Solo aparecía su nombre y su número de teléfono. Después sacó un bolígrafo y anotó los datos del coche y de la compañía de seguros en el reverso.

—Esta es mi tarjeta, y estos son los datos del vehículo; en cuanto sep... —se interrumpió al ver cómo él se incorporaba con lentitud, todavía dándole la espalda.

Era un hombre alto, muy alto. Ella medía un metro setenta y con los tacones alcanzaba el metro setenta y ocho, pero él todavía le sacaba más de una cabeza.

El gigante propietario de la moto se giró lentamente y la miró.

Sintió cómo si le hubiesen dado un puñetazo en el estómago. Se quedó allí, mirándole con fijeza, con la mano extendida tontamente, con su tarjeta en ella. Si la perfección existía, la tenía delante de ella. Un metro noventa de puro músculo, bronceado por el sol, con los ojos más azules y el pelo más rubio que hubiera visto nunca en su vida. Y esa nariz recta... Y la barba incipiente cubriendo la parte inferior de su rostro... Y los labios carnosos, pero no demasiado... Y esas pestañas un poco más oscuras que su pelo... Y esos dientes blancos que su sonrisa despectiva dejaba entrever... Y esos pectorales debajo de la ajustada camiseta... No se atrevió a mirar más abajo... De pronto, su imaginación se disparó y la imagen de ese pecho musculoso cubierto por una camiseta mojada acudió a su mente...

Tragó saliva. Una vez. Dos veces.

El vikingo, pues no se le podía llamar de otra manera, la observaba de arriba abajo, con insolencia y los ojos entornados. Dejó pasar un par de segundos en los que pareció serenarse antes de, pausadamente, casi con desgana, tender la mano y hacer amago de coger la tarjeta que ella le ofrecía.

El brazo que él había extendido estaba cubierto de tatuajes. Incluso el dorso de la mano y los nudillos mostraban marcas de tinta y Eli, que no se lo esperaba, dio un paso atrás, intimidada, y con la boca abierta. Era la primera vez en su vida que se encontraba frente a frente con alguien tan tatuado como él. El otro brazo estaba también cubierto de extraños dibujos negros, se percató aturdida.

Él, ante su reacción, arqueó una ceja burlonamente. Dio un paso al frente y se aproximó más, invadiendo su espacio, para poder coger la tarjeta que ella estuvo a punto de dejar caer al suelo en su prisa por soltarla y no rozarle. Toda la belleza que antes le había golpeado en el estómago, de pronto había quedado eclipsada por esos brazos tatuados.

«¡Qué... vulgar!», pensó muy brevemente.

El *gigante-vikingo-dios-nórdico* leyó el nombre que aparecía sobre el rectángulo blanco antes de levantar la mirada y clavarla en el rostro de ella.

—¿Eli? Te llamas como mi perra —espetó con voz ronca. Decía las erres con un acento extraño.

—Eh, pero ¿a ti qué te pasa? Eres un maleducado. Ya se ha disculpado —dijo Tana desde el coche, su voz cargada de indignación.

Él se limitó a lanzarle una breve mirada arrogante antes de volverse hacia Eli y examinarla como si se tratase de un bicho raro.

Ella sintió cómo le ardían las mejillas. Miró a su amiga de reojo y negó con la cabeza. No deseaba montar ninguna escena. Odiaba que su madre hubiese decidido hacer las tarjetas con su diminutivo en lugar de con su nombre completo, pero nunca antes nadie se había permitido el atrevimiento de hablarle así y ser tan grosero a propósito con ella. Estaba claro qué tipo de hombre era aquel, por más atractivo —mejor dicho, increíblemente guapo— que fuera. Decidió ignorar la provocación y se aclaró la garganta antes de responder con mucha dignidad.

—Como te he dicho antes, para cualquier cosa no dudes en llamar a ese número, o si tienes tiempo ahora podemos rellenar los papeles del seguro...

Él negó con la cabeza.

—No. Ahora no puedo perder el tiempo. Tengo cosas que hacer.

Ella asintió, aliviada. La situación era de lo más incómoda. Más de dos docenas de curiosos se habían parado a ver qué había sucedido y seguían allí, esperando el desenlace de la escena. Además, la mayor parte de los clientes del *Crazy Coconut* también los observaban con curiosidad. ¡Qué situación más horrible! Esperaba que nadie la reconociese.

Sus amigas la miraban con interés y el propio gigante tenía esos impresionantes ojos azules clavados sobre su persona.

—Entonces...

—Entonces, mejor me llevo la moto para que puedas aparcar —concluyó él con ironía, guardándose la tarjeta en el bolsillo trasero de sus vaqueros y dándose la vuelta sin molestarse en volver a mirarla.

Ella no pudo evitar seguirle con los ojos.

¡Dios!

¡Tenía un culo perfecto! Ese tipo de culo que solo tienen los modelos de ropa interior: musculoso y firme; ni demasiado delgado ni demasiado respingón... era uno de esos culos que solo se veía en las películas...

¡No! Pero ¿en qué estaba pensando? ¿En el culo de un desconocido?

Cerró los ojos mortificada, y no los volvió a abrir hasta que el rugido del motor de la moto no llegó a sus oídos. Podía escuchar los murmullos de sus amigas a su espalda, pero no entendió lo que decían.

El vikingo se había puesto un casco negro y unas gafas de sol Ray Ban, que le quedaban ridículamente bien, y sacaba la moto del hueco andando hacia atrás. A pesar de ser una máquina enorme, la estatura de él hacía que pareciese pequeña entre sus piernas... Sin siquiera un gesto en su dirección o una mirada, aceleró y se marchó.

Eli se quedó embobada viéndole partir. Casi agradeció que no se hubiese despedido. Tenía que admitir que su simple presencia la intimidaba. Y aquellos tatuajes...

—¡Por Dios! —La voz de Tana la sacó de su estupor—. ¿Habéis visto eso? ¡Menudo tío bueno! ¡Está para comérselo! Era un poco imbécil, pero para pasar un rato con él...

Eli pareció reaccionar de pronto. Agitando la cabeza como para dispersar la niebla en la que parecía flotar su cerebro, se metió en el coche y volvió a meter primera.

Esta vez aparcó sin dificultad. Por supuesto.

—*Hot, hot, hot* —declaró Alba silbando de admiración, mientras que Sandra fingía abanicarse con las manos.

—Tenía un culo de diez —alabó Tana.

A pesar de que pensaba lo mismo que sus amigas, no dijo nada; todavía estaba intentando recuperarse.

Suspiró.

Capítulo Dos

Cas aparcó la moto frente a su taller. A esas horas de la tarde solía estar ya cerrado, pero su mecánico, Tony, se había quedado a terminar de remozar una Triumph Bonneville del 62, que tenían mucho interés en ver terminada y que les iba a reportar una buena suma de dinero.

Sacó la llave del contacto y se bajó de su propia Bonneville T120. Se agachó y volvió a inspeccionar los desperfectos causados por la caída. Varios arañazos recorrían el depósito de gasolina y otros cuantos habían raspado el cuero del asiento.

¡Maldita niña pija y su jodido Mini Cooper!

¡Joder!

Había tardado siglos en restaurar la moto y ahora, otra vez, tendría que prescindir de ella hasta que estuviese al cien por cien.

—*Shit! Dritt!*

Sacando la tarjeta que ella le había dado del bolsillo de sus vaqueros, entró en el taller y se dirigió a su oficina haciendo un gesto con la mano a Tony que se le había quedado mirando. Estaba de rodillas en el suelo hurgando en la parte trasera de la mencionada moto.

—¿Ha pasado algo, jefe?

—Me han dado un golpe en la moto —repuso dejando escapar un gruñido.

—¡No me jodas! —exclamó el otro, levantándose del suelo y limpiándose la grasa de las manos con un trapo que llevaba colgando del bolsillo.

—Está fuera. Solo han sido un par de arañazos, pero me jode.

Tony se había apresurado a salir del taller y dirigirse a la moto de su jefe. Era él el que la había restaurado, e iba a ser él el que se encargase de arreglarla de nuevo. No solo era un mecánico excelente, sino que entendía de tapicería, chapa y pintura. Era un experto en la marca Triumph.

Cas se sacó el móvil del bolsillo y marcó el número de la compañía de seguros. Mientras esperaba a que le cogiesen el teléfono leyó el nombre de la tarjeta en voz alta.

—Eli Álvarez de Luis.

Le sonaba y no sabía muy bien de qué. Meneó la cabeza. ¿Quién narices llevaba hoy en día

tarjetas de visita? Y sin dirección ni profesión ni nada por el estilo. Solo un nombre y un número de teléfono. ¡Niña pija madrileña!

Por fin contestaron y no tardó en hablar con su agente y darle los datos de la tal Eli. No le pusieron ninguna pega, sabiendo que él mismo tenía un taller de reparaciones y era conocido. Colgó al cabo de un par de minutos.

Lo que más le molestaba de todo aquello era que iba a tener que esperar unos días hasta que la moto estuviese a punto nuevamente. Le jodía bastante. Ya había estado esperando más de un año para conseguirla y arreglarla, y ahora eso. *Shit!*

Suspiró y se sentó en la cómoda silla giratoria que llevaba años soportando su peso. Le envió un wasap a Jan pidiéndole que fuese al taller a recogerle, y otro a Till diciéndole que iban a llegar tarde. Había quedado con ellos para cenar en el *Western Ribs* de la playa, pero visto lo visto, se iba a retrasar.

¡Joder!

Cada vez que se acordaba del estúpido accidente le entraban ganas de pegar un puñetazo a algo o alguien. Había estado sentado en la barra del *Crazy Coconut* tomándose una cerveza y haciendo tiempo hasta la hora de la cena con sus hermanos, cuando había visto el Mini rojo deteniéndose frente al restaurante. No había podido evitar quedarse mirando. Las cuatro pasajeras eran jóvenes y guapas; chicas con clase, se notaba a la legua, pero había sido la conductora la que le había hecho girarse ciento ochenta grados en su asiento.

Desde donde estaba no había podido distinguir ciertos rasgos que luego, más de cerca, había visto perfectamente, pero le había llamado la atención su cabello rubio, que llevaba suelto y alborotado por el viento, la nariz respingona y unos labios carnosos muy apetitosos. Además, tenía el cuello largo y delgado; delicado. Y sus movimientos estaban llenos de algo que él no acostumbraba a ver: de una elegancia que parecía ser innata en ella. No solía sucederle, pero se había quedado pasmado, observándola.

Había estado tan idiotizado mirando a la chica del coche, que no se había percatado de lo que estaba sucediéndole a su adorada moto hasta que no fue demasiado tarde. Aunque había salido corriendo como un loco, cuando llegó al lugar de los hechos, su Bonneville del 70 ya estaba en el suelo. La furia le había hecho hervir la sangre, y su temperamento —que pocas veces sacaba a la superficie— le había movido a gritarle en alemán, su lengua nativa.

Ahora, y aunque todavía estaba enfadado, la escena vista en retrospectiva no dejaba de tener su gracia, sobre todo la reacción de la chica.

Cas dejó escapar una carcajada burlona al recordar la cara de la joven. La había aterrorizado con sus maneras y sus tatuajes. Al principio, había hablado atropelladamente, mientras él le había dado la espalda, pero cuando se había dado la vuelta y le había visto de frente en todo su esplendor, había enmudecido.

Él mismo había estado a punto de quedarse sin palabras al verla de cerca, eso tenía que reconocerlo. La chica era una belleza, una verdadera belleza. Demasiado delicada tal vez. Le había recordado a una joven Catherine Deneuve, una de las actrices favoritas de su padre. Se le había quedado mirando con esos enormes ojos marrones tan expresivos que cualquier emoción parecía reflejarse en ellos. Tenía la nariz cubierta de pálidas pecas no demasiado pronunciadas y los labios, que desde la distancia le habían parecido espectaculares, de cerca eran un sueño.

Intentando recuperar el aplomo que le caracterizaba, la había observado de arriba abajo con insolencia. Llevaba un vestido de rayas blanco y negro bastante recatado, ya que ni presentaba mucho escote ni era demasiado corto; aun así sus largas piernas y su estrecha cintura resaltaban de forma muy evidente. Estaba demasiado delgada para su gusto, pero no se podía negar que era todo un espectáculo, o al menos eso le había parecido a él.

Quizá lo que más le había atraído de ella era esa postura o elegancia tan rara de ver, por lo menos en los ambientes en los que él se movía. Sus amigas, había observado de reojo, también tenían clase, pero era otro tipo de clase, menos elegante y más impostada, adquirida y no de nacimiento.

Después había observado la exagerada reacción de ella ante sus tatuajes y como represalia le había hecho el comentario del perro, aunque era cierto que su bulldog inglés se llamaba Eli.

Y... fin de la maravillosa *historia de amor* que había durado... ¿Cinco minutos?

Era más que probable que no volviese a verla nunca más.

Profirió una maldición al volver a pensar en su moto y se incorporó lentamente. Siguiendo un impulso, grabó el número que aparecía en la tarjeta en los contactos de su teléfono antes de abrir un cajón y guardarla allí.

Nunca se sabía lo que podía suceder, ¿no?

—Jefe, me voy a largar. —La voz de Tony, que se encontraba en el umbral de la puerta, le sacó de sus pensamientos—. Ya he terminado la Bonne y he visto la tuya. No es mucho.

—Menos mal. Algo es algo —murmuró Cas, aliviado.

—Estoy oyendo el motor del coche de tu hermano.

—Sí, le he mandado un wasap para que viniese a recogerme.

—Vete entonces, ya cierro yo. He metido tu moto y la he dejado en la parte de atrás. Mañana me acerco y le echo un vistazo a la luz del día.

—Ok, Tony, muchas gracias.

Tony le hizo un gesto con la mano y se fue, dejándole solo.

Cas apagó las luces y se apresuró a marcharse. Justo frente a la puerta, en su Jeep negro serigrafiado con el nombre de su estudio de tatuajes: *El quinto pecado*, le esperaba su hermano, Jan.

Jan era solo un año mayor que él, pero aparentaba más edad; quizá por el tipo de vida que había llevado. En su juventud había sido luchador profesional y los golpes que había recibido en la cara le habían marcado de por vida. Tres veces la nariz rota y una vez la mandíbula, habían terminado por estropear su aspecto antes tan parecido al del propio Cas.

—¿Qué le ha pasado a tu chica? —le preguntó en cuanto hubo subido al coche.

—Otra «chica», y esta de verdad, ha chocado su coche contra ella —repuso con ironía.

—¿Y no la has matado? —Jan arrancó el Jeep y salió del aparcamiento marcha atrás.

—A punto he estado. *A punto*.

Y procedió a contarle a su hermano lo que había sucedido. Jan le escuchaba sin decir nada, atento al tráfico, que en junio era bastante fluido, cosa que cambiaría en tan solo un mes cuando llegasen los turistas a pasar sus vacaciones.

—¿Catherine Deneuve, dices? Papá estaría encantado —comentó Jan sonriendo cuando Cas terminó su relato.

—Puedes apostar a que sí. Por cierto, ¿has sabido algo de él?

—Hablé con él hace una semana, más o menos. Creo que vendrá a pasar unos días en un par de meses, pero no estoy seguro. Mamá lo sabrá.

Cas asintió algo ausente. La disfuncional relación que mantenían sus padres no era algo lógico ni habitual, pero a ellos no parecía causarles ningún problema. Cada uno vivía donde le daba la gana. Sus padres, a pesar de ser noruegos, habían residido en Alemania toda su vida y allí se habían criado ellos, en Hamburgo. Su padre seguía allí, ejerciendo la medicina en un hospital del centro. Era urólogo. Su madre, hacía diez años había decidido venirse a España y abrir una pequeña pastelería noruega en la costa. Ellos, los tres hijos, habían venido con ella. Tanto su madre como su padre estaban más que satisfechos con el arreglo, y aunque no se veían con demasiada frecuencia no parecían querer cambiar nada de la situación.

Cuando llegaron a España, las cosas no habían sido muy difíciles para Jan y para él, ya que ambos habían pasado la mayoría de edad y estaban acostumbrados a ser independientes, pero Till solo había sido un adolescente de trece años, y las circunstancias le habían afectado más que a ellos. Incluso después de diez años, seguía estando un poco descontrolado. No terminaba de encajar en ningún sitio.

—¿Qué tal con Till? —le preguntó Jan en ese momento.

—Bueno, bien, aunque no le veo muy interesado en el tema de las motos, la verdad. Creo que prefiere seguir trabajando por las noches en el *Rock and Stars*.

Jan soltó un gruñido despectivo. El *Rock and Stars* no era un sitio donde poder terminar bien; por lo menos no era el sitio más adecuado para trabajar. El dueño era un albano-kosovar sobre el que corrían rumores que le relacionaban con la mafia, y la mayor parte de los empleados estaba metida en diferentes chanchullos.

Cas le había ofrecido un empleo a su hermano pequeño en la tienda de repuestos y accesorios que tenía adyacente al taller, y aunque Till había aceptado y hasta el momento no había faltado un solo día al trabajo, se notaba que el mundo de las motos, que a Cas le fascinaba, a Till le importaba un bledo.

—Terminará por encontrar su lugar, ya verás. ¿Acaso no lo hemos hecho todos? —dijo Jan, encogiéndose de hombros.

Cas asintió. Esperaba que así fuese.

Habían llegado a la playa y Jan se metió por uno de los callejones, detrás del edificio donde vivía el propio Cas, y estacionó el Jeep en una calle sin salida. Allí siempre había sitio para aparcar.

—Till ya ha llegado. Mira su coche —comentó Jan, señalando un Seat León negro tuneado aparcado al otro lado de la calle.

—Espero que haya venido solo, por su bien —murmuró Cas. La última vez que habían quedado para cenar se había presentado con una chica completamente borracha que se había pasado toda la cena sentada sobre sus rodillas.

Jan se carcajeó. Con seguridad tampoco habría olvidado la escena.

El *Western Ribs* estaba lleno, como cualquier noche de viernes, y tuvieron que hacer uso de sus codos para llegar hasta la mesa del fondo, donde solían sentarse cuando cenaban allí. Apenas encontraron resistencia. El aspecto imponente de ambos hacía que la gente se apartase sin necesidad de pedirlo. Los dos eran altos y musculosos, y si a eso se añadían los tatuajes que ambos lucían en los brazos, más la cabeza afeitada de Jan y su cara de boxeador profesional, se conseguía la mezcla perfecta de miedo y respeto.

Till ya los estaba esperando en la mesa con una cerveza en la mano.

Solo.

Había estado jugando con el posavasos, pero al verlos acercarse se incorporó enseguida con una sonrisa dibujada en el rostro y los abrazó de un modo poco masculino. Tanto Cas como Jan correspondieron a su abrazo.

—¿Por qué llegáis tarde? Suelo ser yo el que se retrasa —preguntó, después de hacerle una seña a una camarera para que les trajese un par de cervezas más. Hablaba en español, igual que sus hermanos, aunque su acento era menos pronunciado que el de ellos. Desde su llegada a España su madre había insistido en que se comunicasen en ese idioma para aprenderlo cuanto antes. Ahora ya era una rutina entre ellos, y apenas utilizaban el alemán o el noruego; solo en contadas ocasiones.

Cas se sentó al lado de su hermano pequeño y procedió a relatarle la historia de su encontronazo con «Catherine Deneuve».

Till se rio a carcajadas cuando Cas refirió el comentario del perro.

—¿En serio le has soltado eso? ¡Eres un borde, tío! No me extraña que las tías pasen de ti a pesar de tu aspecto. —Till se llevó la cerveza a los labios y sacudió la cabeza—. Voy a tener que enseñarte a comportarte con las chicas —añadió con una sonrisa y una ceja arqueada.

Cas dejó escapar una risa ahogada. Till era tan diferente a él y a Jan. Muy extrovertido, incapaz de contener su temperamento, y siempre con una carcajada a punto. Inmaduro e irresponsable. Todo corazón.

—Quizá te necesite —repuso Cas burlonamente—. La próxima vez que la vea te pediré ayuda.

—Hazlo. Conmigo vas sobre seguro.

Ahora fue Jan el que se rio.

La camarera llegó con las cervezas y les tomó nota de la cena. Pidieron tres hamburguesas con patatas. Al despedirse, le lanzó un beso a Till, que le guiñó un ojo como respuesta.

—¿Veis lo que quiero decir? Las tías están locas por mí —comentó con gran seguridad, a la vez que vaciaba su cerveza de un trago.

Cas meneó la cabeza, divertido.

Pronto los temas de conversación fluyeron. Discutieron cosas varias, como el nuevo tatuaje que estaba planeando hacerse Jan en el muslo, o la moto que Cas esperaba recibir para restaurar el mes siguiente. La cena transcurrió de manera muy distendida y aunque el local estaba concurrido, la mayor parte de la gente que llegaba no venía a cenar y se limitaba a quedarse en la zona del bar o de los billares, dejando la parte reservada al restaurante en paz. Y aunque la música rock sonaba ininterrumpidamente, no era demasiado molesta y se podía hablar con tranquilidad.

Después de terminar la cena y a pesar de que al día siguiente debían madrugar bastante, ya que habían quedado con unos amigos para ir de pesca temprano, decidieron quedarse un rato más y echar una partida al billar. De las cuatro mesas que se encontraban al fondo del local cerca del

bar, dos estaban libres y las otras dos estaban ocupadas por un grupo de adolescentes barbilampiños que pronto terminaron sus partidas y se fueron a la barra, a intentar que alguien les vendiese una copa sin pedirles el carnet.

Cas prefería la tranquilidad, así que cuando los adolescentes se largaron se relajó. Estupendo, tenían toda la sala de billar para ellos. Colocó las bolas sobre la mesa de fieltro verde y le cedió el turno de romper a su hermano Jan, que había sido el ganador la última vez que habían jugado.

Mientras Jan metía una bola detrás de otra en las troneras, Till se fue a la barra a pedir más cerveza. Al cabo de diez minutos, sin que hubiese aparecido con la bebida, Cas le buscó con la mirada y le vio flirteando con la camarera. Resopló con impaciencia. Con Till siempre era así. Cualquier mujer le hacía perder la cabeza y olvidarse de lo demás.

—Es tu turno. —La voz de Jan hizo que despegase los ojos de su hermano pequeño—. ¿Dónde está la bebida?

—Está allí, tonteando con la camarera de antes. —Cas hizo un gesto, señalando la barra.

—Mejor voy a buscarle antes de que se caliente la cerveza.

Cas asintió al tiempo que evaluaba la situación de sus bolas. Concentrado, apuntó con el taco y golpeó la blanca con fuerza, introduciendo la roja y la azul en troneras opuestas. Después se incorporó y se dirigió a la parte contraria de la mesa, dando la espalda al bar y a la puerta del local. Se inclinó y volvió a colocar el palo en posición.

—Espectacular, te digo —escuchó la voz de Till a su espalda—. Menudas tías. Y si me preguntas, una es clavadita a Catherine Deneuve.

Cas no dejó que la frase de su hermano interrumpiese su jugada. Con precisión y mucha calma volvió a golpear la blanca y metió la bola verde en la tronera del fondo. Después, se incorporó lentamente, e ignorando la sonrisa de su hermano, giró la cabeza y la buscó con la mirada.

Sí, allí estaba.

Eli Álvarez, alias «Catherine Deneuve», acababa de entrar en el local con sus amigas.

Capítulo Tres

—No te des la vuelta, pero Thor está aquí —dijo Tana en ese instante, haciendo que Eli casi dejase caer el vaso de Coca-Cola que tenía en la mano.

—Y al parecer, ha venido acompañado de Odín y de Loki —añadió Sandra, dejando escapar una risita.

Eli estuvo tentada de darse la vuelta, pero se lo pensó mejor. Ya tendría oportunidad de mirar cuando no fuese tan evidente. Sus tres acompañantes estaban mirando en la dirección que había indicado Tana, sin ningún tipo de disimulo.

Estaban al lado de la barra y acababan de coger sus bebidas y pagarlas cuando Tana había divisado al vikingo y a sus amigos. El sobrenombre de Thor se les había ocurrido durante la cena. No porque se asemejase a Chris Hemsworth en la película, sino más bien porque parecía un verdadero dios nórdico reencarnado. Su tamaño, el pelo rubio, los ojos azules y el acento; todo ello combinado solo daba una posible solución: Thor. Sinceramente, solo le faltaba el martillo.

Después del susto de la moto, Eli había tardado en recuperarse. Odiaba los incidentes por pequeños que fuesen y se ponía muy nerviosa cuando tenía que dar explicaciones. Se sentía fuera de lugar. Ella, que era una persona muy equilibrada y ordenada, y que siempre se mantenía firme y en su sitio, sabiendo cuál era su lugar en el mundo, cuando se veía ante una situación inesperada o extraña, sobre la que no tenía ningún tipo de control, vacilaba de tal manera que incluso llegaba a tartamudear, como le había sucedido al enfrentarse al vikingo.

Solo pensar en la torpeza que había mostrado, le hacía desear que la tierra se la tragase.

No había sido hasta el segundo plato, que había terminado por olvidar lo sucedido y se había relajado, bromeando con sus amigas. Habían decidido bautizar al gigante nórdico como Thor y se habían burlado de su hosquedad y su mala educación. Tana, que era la única que hablaba alemán puesto que se había educado en el Colegio Alemán de Concha Espina les había traducido lo que él había dicho al ver la moto en el suelo. Había sido un borde y un ordinario llamando a Eli idiota y tonta. Si bien todas opinaban que tenía un aspecto imponente y estaba de anuncio, ninguna deseaba tener más contacto del necesario con alguien así. Por sus tatuajes le habían catalogado como un macarra. Y ese tipo de persona no era alguien con quien ellas soliesen relacionarse. Y no era que no conociesen a gente con tatuajes; últimamente todo el mundo se tatuaba, aunque no en su círculo. Pero solo había que pasarse una noche por el *Buda* para ver a todos los chicos —y a alguna que otra chica— luciendo tinta en los brazos.

Lo del vikingo era diferente: no eran solo los tatuajes —que más bien parecían los de un convicto—, era la actitud despectiva y borde con la que había tratado a Eli, bastante poco

civilizada. Eso le encasillaba como indeseable.

Aunque como Tana había repetido hasta la saciedad durante la cena, estaban de vacaciones y habían venido a pasárselo bien; y una canita al aire con quien fuera, siempre y cuando estuviese bueno, no le iba a hacer daño a nadie. De todas formas, lo más seguro era que nunca jamás volviesen a verle. Y además, todas excepto Alba estaban solteras, ¿dónde estaba el problema?

No lo había.

Eli le estaba dando vueltas a las palabras de Tana respecto a su soltería en ese momento. ¿Ella también estaba soltera? Lalo no le había pedido que se casase con él, no todavía; pero todo el mundo daba por hecho, en especial sus padres, que algún día iban a dar ese paso. Y ella también lo pensaba en el fondo, ¿no? Aunque se habían distanciado durante el tiempo que ella había estado en Chicago, llevaban un par de años de relación... una tibia y curiosa relación, eso sí... ya ni siquiera se acostaban...

Bebió un trago de su Coca-Cola Zero e intentó no mirar hacia el fondo del local, donde sabía que se encontraban Thor y sus amigos.

—La verdad es, que desde aquí, los tres tienen una pinta impresionante —murmuró Sandra sin poder apartar la vista.

—El que está a su lado, el calvo, parece incluso más intimidante que Thor, ¿no creéis? —preguntó Alba, llevándose la copa a los labios, sin dejar de observar a los que eran el objeto de su conversación.

—El otro parece más joven y no es tan musculoso, aunque si os soy sincera es el más atractivo. Tiene cara de niño mono —observó Tana—. Parece un surfista.

Eli suspiró con exasperación.

—¿Y qué os parece si pasamos de ellos y nos divertimos nosotras? —preguntó finalmente, mirando a sus amigas con impaciencia.

—¿Y qué te parece si por fin te das la vuelta y le saludas? Lleva un buen rato mirándote, ¿sabes, *sweetheart*? —repuso Alba.

Eli, sin saber muy bien por qué, enrojeció.

—Tonterías. Seguro que está mirando a la puerta o algo. Además, la luz aquí es malísima. Dudo mucho que seas capaz de distinguir adonde está mirando.

—No sé, ¿qué quieres que te diga? Aparentan estar jugando al billar, pero él le ha dado la espalda a la mesa y está mirando en nuestra dirección. Compruébalo tú misma si no me crees. Anda, no seas tan ñoña —la animó Alba, haciendo un gesto con la cabeza.

Eli no quería mirar.

No quería.

Pero el impulso fue más fuerte que ella.

Con disimulo, haciendo como que se arreglaba la falda del vestido, dejó caer su melena rubia encima del hombro izquierdo y giró la cabeza apenas. De reojo, y entre mechones de pelo, miró hacia atrás. Sí. Él la estaba observando. Como si hubiese estado esperando a que ella se volviese a mirarle, sonrió burlonamente y levantó la cerveza en señal de saludo. Eli giró la cabeza de inmediato, con las mejillas sonrojadas. El corazón le palpitaba con fuerza.

—¿Qué te he dicho? —inquirió Alba con un tonito satisfecho.

Eli bebió un trago de su Coca-Cola y no respondió. Todavía estaba intentando recuperar el aliento.

—Vamos a bailar, chicas. Tenemos que arrasar esta noche... y todas las otras noches —exclamó Tana de repente, como si ya hubiese olvidado a los tres dioses nórdicos que jugaban al billar. Sin más preámbulos, se dirigió a la pequeña pista de baile que estaba llena de gente que se movía al compás de una antigua canción de Queen.

Sandra y Alba la siguieron sin dudarlo. Ellas también parecían haberse olvidado de los especímenes masculinos que hasta hacía unos segundos habían sido su tema principal de conversación.

Solo Eli se quedó allí de pie sin poder borrar de su retina la mueca burlona y los profundos ojos azules del vikingo. Vaciló unos instantes, pero después siguió a sus amigas a la pista, dispuesta a no volver a mirar hacia la sala del billar aunque se declarase allí un incendio.

La música en el local era más bien diversa y para todos los gustos, como pudieron comprobar al cabo de un rato. La canción de Queen pronto se convirtió en una de Katy Perry, y las amigas cantaron a voz en grito el conocido estribillo. La única que no había bebido alcohol era Eli, pero las demás llevaban ya varias copas y se notaba. Tana y Sandra comenzaron a bailar, una frente a la otra, imitándose y emitiendo risitas absurdas de vez en cuando. Alba había cerrado los ojos y parecía un poco perdida en su mundo interior, mientras se movía al compás de la música.

Y Eli... Eli era incapaz de concentrarse en el ritmo, y aunque cantaba la canción como las demás, y parecía moverse de manera adecuada, se sentía incómoda. Tenía la sensación de estar siendo observada, pero no se atrevía a girar la cabeza y cerciorarse de ello, por miedo a ponerse en evidencia y a que él la descubriese mirándole y pensara que tenía algún interés en él como hombre.

¡Nada más lejos de la realidad! ¡Absurdo!

Pero encontraba cierto morbo en que él pudiese estar interesado en ella.

Tuvo que contener las ganas de darse la vuelta y comprobar si esos penetrantes ojos azules seguían clavados en ella. El simple hecho de pensar que ese hombre tan poco adecuado iba a permanecer ahí parado, mirándola, le parecía ridículo. Se notaba a la legua que no tenían nada en común. Venían de dos mundos muy diferentes.

A ella le gustaban los hombres pulcros, con el cabello bien cortado, de peluquería, con las manos limpias, y a ser posible bien arregladas, y bien vestidos, con clase.

Como Lalo.

Lalo jamás se presentaría en público sin afeitarse o con una camiseta negra ajustada y unos vaqueros estrechos que le marcasen los muslos —y lo que no eran los muslos—. Y lo más importante de todo: Lalo nunca le hablaría de una forma tan grosera y hostil como la que el vikingo había empleado para dirigirse a ella. Lalo siempre era cortés, incluso cuando estaba enfadado. Ella nunca le había visto perdiendo los papeles. Jamás.

Y era más que probable que el gigante prefiriese otro tipo de chica, diferente a ella, con más curvas, menos delicada...

Y más extrovertida y con más tatuajes sobre el cuerpo...

Una chica con otro tipo de ropa más provocativa y sugerente...

Y con otra actitud...

—Hola, Catherine —escuchó a su espalda, mientras notaba cómo una mano le rozaba el hombro. Sorprendida, se dio la vuelta.

Allí, justo frente a ella, se encontraba uno de los acompañantes de Thor: el más joven, el que tenía pinta de surfista. Eli le observó confundida. La había llamado Catherine, con entonación francesa.

—Creo que te equivocas de persona. No me llamo Catherine —repuso, acercándose a él para poder hacerse oír por encima de la música.

—No, eres tú, estoy seguro —dijo él mirándola con una amplia sonrisa. Hablaba un español perfecto sin acento de ninguna clase.

Era alto, comprobó Eli; quizá no tanto como Thor, pero andaba bastante cerca. Llevaba una camiseta blanca con el nombre de un bar, que se le ajustaba al pecho y que resaltaba su complexión musculosa. Sus piernas se enfundaban en unos vaqueros negros que llevaba por dentro de unas botas militares también negras. No parecía tener tatuajes, al contrario que sus dos amigos. El pelo rubio, bastante largo, le tapaba la frente y casi ocultaba sus alegres ojos azules. Quizá se parecía algo a Thor...

—No me llamo así. Lo siento mucho pero...

—Ya lo sé. Lo cierto es que mi hermano nos ha contado lo que ha pasado con su moto — dijo, señalando con la mano hacia los billares—. Que una chica clavada a Catherine Deneuve se la había tirado con el coche... —dejó escapar una risa encantadora haciendo que Eli se sonrojase—. Y cuando te hemos visto aquí, la verdad, no he podido resistirme. Tenía que acercarme y comprobar si era cierto que te pareces tanto a ella como afirma Cas.

Eli se había quedado boquiabierto pero con la boca cerrada. Contemplaba a Odín ¿o era Loki? —No recordaba cómo los había bautizado Sandra— con la sorpresa brillando en sus ojos castaños. ¿Catherine Deneuve? ¿En serio Thor opinaba que ella se parecía a Catherine Deneuve? Esperaba que fuera a una joven Catherine Deneuve, claro.

Expulsó el aire que había estado conteniendo en sus pulmones.

Catherine Deneuve...

Catherine Deneuve había sido una mujer muy guapa y elegante en su época.

—Bu... bueno —consiguió tartamudear al fin—, no sé si me parezco a ella o no... Mi nombre es Eli —repuso, intentando recuperar algo de su aplomo, aun a sabiendas de que sonaba como una boba.

—Yo soy Till —se presentó él, y se inclinó para darle dos besos—. Y mis hermanos, que están allí detrás, son Cas, al que ya conoces porque te has cargado su moto, y Jan.

Eli agradeció la oscuridad del local, pues el comentario de la moto volvió a hacerla enrojecer. Se estaba convirtiendo en una mala costumbre.

—Encantada, Till. Pero lo de la moto..., tampoco ha sido para tanto —se justificó.

—Era broma. No te preocupes. En unos días se le habrá pasado —contestó él, haciéndole un guiño.

—Hola, Loki. —Tana se había acercado por detrás de Eli.

—¿Loki? —preguntó él, confuso.

—Se llama Till —se apresuró a decir Eli—. Esta es mi amiga Tana, y estas son Alba y Sandra —continuó, al darse cuenta de que las otras también se habían acercado.

—Hola a todas —repuso él, repartiendo besos. La sonrisa de su cara se hizo más amplia.

—Así que tú eres hermano de Thor —dijo Tana. Al parecer, había escuchado la conversación.

—¿Thor? ¿Loki? —se rió Till—. ¿Sois fans de Chris Hemsworth?

—Se llama Cas, ¿no? —intervino Eli.

—Sí, Carsten en realidad, pero todos le llamamos Cas. Y mi otro hermano se llama Jan —añadió él—. Lo digo antes de que le bauticéis como Odín —comentó.

Las carcajadas de las chicas siguieron al comentario, mientras se miraban entre ellas con picardía.

Eli aprovechó que Tana le estaba haciendo una pregunta a Till para, discretamente, mirar hacia los billares.

La partida había terminado. Cas y Jan habían dejado los tacos en su sitio y se apoyaban displicentes en la mesa, mientras conversaban. Jan parecía estar diciéndole algo divertido a Cas, porque este sonreía escuchando con atención a su hermano.

No estaba mirando en su dirección, y Eli casi se sintió decepcionada. El comentario de Catherine Deneuve la había dejado confusa, pero también la había halagado más de lo que se suponía que un comentario así debía hacerlo.

Giró la cabeza y se centró en el más joven de los tres hermanos, que parecía el más agradable y simpático. En ese momento les estaba dando unas tarjetas a sus amigas.

—Podéis venir cualquier noche, pero es mejor que os paséis un viernes o un sábado. Es cuando más ambiente hay.

Eli cogió una de las tarjetas y leyó el nombre del mismo bar que aparecía en la camiseta de Till: *Rock and Stars*, y debajo el nombre de la playa donde se encontraba, en una ciudad pequeña a unos quince kilómetros de distancia, o al menos eso creía ella.

—Genial. Ten por seguro que iremos —decía Sandra en esos momentos.

—Os diría que os tomaseis algo con nosotros —dijo él, haciendo que el corazón de Eli dejase de latir un segundo—, pero tenemos que irnos. Mañana nos levantamos temprano para ir de pesca.

—Bueno, seguro que nos vemos en el *Rock and Stars*. —Alba asintió, mientras agitaba en el aire una de las tarjetas que les había dado.

—Estupendo —repuso él con esa sonrisa chispeante y contagiosa que no había borrado de su cara en los últimos minutos—. Nos vemos entonces. Preguntad por mí si no me veis allí, y las consumiciones corren de mi cuenta.

—Gracias —exclamaron al unísono Sandra y Tana.

Till se dio la vuelta, dispuesto a marcharse, pero antes se acercó a Eli y le habló casi al oído. La música había estado tan alta todo el tiempo que la conversación había tenido que mantenerse a un nivel de voz bastante elevado, pero nada justificaba tanta cercanía.

—Encantado de conocerte, Catherine —murmuró, y acto seguido se alejó hacia los billares.

Eli le siguió con la mirada, sin saber muy bien qué pensar. Había flirteado con ella, ¿no? ¿Estaba interesado? ¿O era el hermano el que lo estaba? ¿O ninguno? ¿O los dos? ¿O...? O se estaba volviendo loca. Lo que menos le convenía era que ese tipo de hombre se fijase en ella...

—¿Qué te ha dicho? —inquirió Alba, excitada, cogiéndole la mano como si fuesen dos colegialas y estuviesen hablando de su primer amor.

—Nada.

—Mentirosa —repuso Alba.

—Mentirosa, mentirosa —corearon Tana y Sandra, sacándole la lengua.

Eli miró al cielo, pidiendo paciencia para soportar a sus alcoholizadas amigas. Cuando bebían eran tan infantiles...

—Eli tiene novio, Eli tiene novio. —Empezó Sandra a canturrear a su alrededor. Tana y Alba la siguieron.

Finalmente Eli no pudo contenerse y dejó escapar una carcajada.

—Sois absurdas —dijo, meneando la cabeza, divertida.

Las demás rompieron a reír.

—De momento, te dejamos en paz porque estamos borrachas —repuso Tana—, pero en cuanto lleguemos a casa nos lo tienes que contar todo, con pelos y señales. ¿Te enteras?

Eli asintió con un suspiro. No es que hubiese nada especial que contar, pero si insistían, les informaría del ridículo comentario sobre Catherine Deneuve.

—A bailar, chicas —ordenó Tana. Y volvió a la pista a bailar una canción de Beyoncé. Alba y Sandra se apresuraron en seguirla.

Eli se demoró unos instantes. Sin querer o queriendo, su mirada vagó en dirección a los billares.

Ya no había nadie. Las cuatro mesas estaban vacías.

Giró la cabeza, nerviosa, y barrió el local con los ojos.

Y los vio.

Los tres dioses nórdicos también conocidos como Till, Jan y Cas se acercaban a la puerta. Aunque el local parecía haber llegado al límite de ocupación, y cada rincón del mismo estaba ocupado por alguien, la presencia de los tres hermanos no pasaba desapercibida, ya fuese por su estatura o por el aura poderosa que emanaba de ellos. Como si se tratase de Moisés dividiendo el mar Rojo, un camino se iba abriendo ante ellos, facilitando su acceso a la puerta de salida. Till iba el primero, seguido de cerca por Jan, y un poco más retrasado, Cas.

Eli se los quedó mirando, con el estómago encogido sin motivo aparente. Deseaba que... ¿Qué deseaba en realidad? ¿Que él se diese la vuelta?

Till y Jan salieron a la calle, y Cas los siguió.

Ella dejó escapar el aire que había estado conteniendo, desencantada.

De pronto él se giró y clavó su mirada sobre ella. Su cara no presentaba ningún tipo de emoción aparte de indiferencia.

Eli notó cómo su respiración se aceleraba. No pudo apartar la mirada de esos penetrantes ojos azules que la observaban en la distancia.

El tiempo se detuvo y la música desapareció.

Al cabo de unos segundos, él arqueó una ceja e hizo un gesto de despedida con la cabeza, antes de darse la vuelta y salir a la calle sin volver a mirar atrás.

La música estalló con fuerza en sus oídos... Tragó saliva.

Capítulo Cuatro

Se estaban acercando al puerto y las gaviotas revoloteaban sobre sus cabezas dejando escapar desagradables y discordantes gritos. Después de pasar toda la mañana en la barca de Jordi intentando pescar algo, regresaban con las manos vacías como de costumbre. La excusa de la pesca era tan buena como cualquier otra para salir unas horas al mar y desconectar.

Cas abrió otra lata de cerveza y se bebió casi la mitad de un único trago. Hacía calor, pero eso no era nada comparado a lo que estaba a punto de llegar en unos días, según era lo usual en el mes de julio. Todavía se podía salir a navegar y pasar unas horas en el agua, pescando o relajándose, que era lo que solían hacer los fines de semana.

Jordi había heredado esa barca de pesca de su padre y solía utilizarla con sus amigos para ir a navegar. Los sábados por la mañana, si el tiempo lo permitía, quedaban y pasaban la mañana fingiendo pescar. Esa vez, además de Jordi, Jan y él mismo, también se había apuntado Till. Habían pasado unas horas fabulosas, hablando, bebiendo y disfrutando de la paz del mar.

—Mira allí —dijo Jan.

Cas siguió con la mirada adonde su hermano señalaba. Un catamarán de unos quince metros de eslora se acercaba al puerto, en paralelo a ellos.

—Es acojonante —murmuró Till, detrás de él.

En efecto, el catamarán era imponente. Navegaba sin esfuerzo, impulsado por el viento, presentando una estampa de lo más elegante, mientras cortaba el agua azul del Mediterráneo.

—Es el de Jaime Llorens —dijo Jordi, que también se había quedado mirándolo.

—Es una pasada —comentó Jan, incorporándose y utilizando la mano como visera para darse sombra.

—Se lo ha comprado hace poco. Como regalo de boda para su novia —añadió Jordi—, al menos eso se comenta en el puerto.

—Joder, qué bien informado estás. —Till soltó una risa.

—Bah, aquí todos nos conocemos, sobre todo en el puerto. Es una tía pija de Madrid con la que se va a casar, de familia de pasta. *De pasta de verdad.*

Cas entornó los ojos. ¿Una tía pija de Madrid con pasta? ¿Sería una coincidencia?

—¿Y cómo se llama? —inquirió con curiosidad.

—A tanto no llego, hombre, aunque en un par de minutos lo vas a saber porque el catamarán cada vez está más cerca, y creo que le ha puesto su nombre.

Cas utilizó las manos a forma de visera, como había hecho su hermano, y buscó el nombre del barco con la mirada.

Alba, leyó.

Respiró, sorprendentemente aliviado.

—Eh, diría que es una de las chicas de anoche —comentó Till excitado—. Una de ellas se llamaba Alba. Y eran de Madrid, y se notaba que tenían pasta.

Cas siguió mirando el catamarán, sin hacer caso de las palabras de su hermano. Cada vez estaban más cerca y se podían distinguir varias siluetas femeninas en la cubierta. Dos de ellas iban en bikini, las otras dos llevaban pantalones cortos.

—Son ellas —repuso Jan—. La pelirroja es inconfundible.

—Creo que la pelirroja es la tal Alba —murmuró Till—. La morena de las curvas se llama Tana y la otra morena, Sandra. La rubia delgada es *tu* Catherine Deneuve —añadió con una media sonrisa, dirigiéndose a Cas.

Este le ignoró. Seguía pendiente de los tripulantes. Ya podía distinguirlos bien. *Su* Catherine Deneuve, como se empeñaba Till en llamarla desde la noche anterior, estaba de pie en la popa, justo delante del hombre que manejaba el timón. Llevaba unos pantalones cortos azul marino y la parte superior de un bikini rojo. Incluso desde esa distancia, Cas pudo comprobar lo delgada que estaba; sin embargo, admiró la curva de su elegante cuello que era más evidente que la noche anterior pues llevaba el pelo recogido en una especie de moño alto.

Tenía que reconocer que había dedicado más que un par de minutos a pensar en ella. Desde el primer momento, le había impactado su belleza serena y clásica, aunque había desterrado de su mente cualquier tipo de idea con connotaciones sexuales referida a ella. A él le gustaban las mujeres atrevidas y lanzadas, fuertes en la cama, que pudiesen seguir el ritmo un tanto salvaje que él imponía, y ella tenía aspecto de poder romperse al más mínimo zarandeo. Además, si se tenía en cuenta la cantidad de veces que la había visto sonrojarse el día anterior, era probable que fuese una remilgada ñoña a la que solo le gustase la postura del misionero...

Pero había algo en ella...

La noche anterior la había estado observando, mientras bailaba con sus amigas, y después, cuando conversaba con su hermano. Destacaba sobre las demás, y no solo porque fuese más alta. Tenía un *algo* especial que no se podía describir con palabras. Ni siquiera se podía decir que fuese la más espectacular de las cuatro. Su amiga, la morena voluptuosa, llamaba mucho más la atención y se asemejaba más al tipo de chica con las que él solía acostarse, y sin embargo esa

mujer tenía algo...

No había podido quitarle la vista de encima...

Su hermano Till se había dado cuenta del inesperado interés que había mostrado por ella, y para tocarle un poco las narices se había acercado a las chicas y había tonteado con ellas. Después, había vuelto con ellos y le había informado con sorna de lo simpática y agradable que era su Catherine Deneuve. Su propia reacción le había sorprendido, ya que se había sentido algo molesto al ver a su hermano hablar con ella con tanta familiaridad. Si no se conociese tan bien a sí mismo, habría pensado que algo parecido a los celos le había asaltado. Pero había desechado la idea enseguida. ¿Celos? ¿Por una chica con ese aspecto y esos aires de niña rica? Para nada.

Entornó los ojos de nuevo y los clavó en los otros ocupantes del catamarán. Estaban las cuatro chicas y tres tipos; uno de ellos, el que manejaba el timón, era Jaime Llorens. Era bastante conocido en la zona por su padre, que había sido alcalde del pueblo años atrás, aunque ahora se dedicaba a las inversiones inmobiliarias, con bastante éxito al parecer. A los otros dos no los había visto nunca; supuso que serían amigos del novio. Todos tenían ese aspecto de pijo saludable y descansado que se veía tanto por la zona, sobre todo en un puerto deportivo como ese.

Meneó la cabeza con visible desprecio. ¡Niños de papá! Ninguno había trabajado en serio en toda su vida, y todo lo que tenían lo habían heredado. Eso sí, se permitían mirar a los demás por encima del hombro.

Por el rabillo del ojo vio cómo su hermano Till levantaba la mano y saludaba con entusiasmo a los ocupantes del barco, que se había acercado lo suficiente como para poder entenderse levantando la voz.

—¡Hola! ¿Qué tal? —vociferó Till con su buen humor característico.

Jaime Llorens levantó la mano y los saludó con educación. Al fin y al cabo, eran conocidos aunque no se moviesen en los mismos círculos.

—Hola a vosotros —se oyó la voz de la morena de las curvas, ¿Tana?, que se había acercado a la barandilla y agitaba la mano con una energía parecida a la de Till. Los demás ocupantes del catamarán saludaron también, con diferentes grados de interés.

Cas se sacó las gafas de sol del bolsillo de sus pantalones cortos y se las puso antes de girar la cabeza y mirar a la que realmente le llamaba la atención. Ella observaba la pequeña barca de pesca con una expresión en la cara que él no pudo descifrar. ¿Había quizá algo de desprecio en su mirada? La ira le embargó, pero los cristales de sus gafas ocultaron su enfado.

¿Acaso se creía ella mejor que él por ir en un catamarán de quince metros de eslora, mientras que ellos iban en una barca de pesca pequeña y descolorida por el sol?

La observó a su antojo, protegido por los oscuros cristales de sus gafas. Ella evitaba mirarle directamente, pero su rostro estaba enrojecido y él dudaba de que fuese debido al sol. Se esforzaba por conservar la compostura, pero se la notaba nerviosa. Con un grácil movimiento de manos saludó a Till.

Cas frunció el ceño.

¿Por qué evitaba mirarle y se concentraba en cambio en su hermano pequeño?

¿Por qué no le saludaba a él?

Jordi apagó el motor. Estaban a solo unos metros del pantalán donde tenía el amarre, en la zona de las barcas pequeñas. El catamarán siguió navegando hacia la zona donde atracaban las grandes embarcaciones. Pronto, el barco y sus ocupantes desaparecieron de la vista.

Cas meneó la cabeza.

«Una tía así, cuanto más lejos mejor», pensó.

En cuanto la barca rozó el borde del muelle, Cas y Jan saltaron al embarcadero y cogieron las cuerdas para asegurarla.

—¿Por qué no comemos en el *Crazy Coconut* hoy? —propuso Till desde el barco, mientras recogía la nevera, ahora vacía, y unas cuantas cosas más.

—Me apunto —se oyó decir a Jordi—. Tengo unas ganas terribles de mejillones al vapor.

—Yo prefiero unas gambas a la plancha —repuso Jan, acariciándose el estómago con una expresión placentera en el rostro.

Cas sonrió. ¿Qué mejor plan para una tarde de sábado que comer marisco con sus amigos? Y después, quizá podrían ir a la playa a darse un baño, ¿no?

Olvidada quedó la chica de pelo rubio y enormes ojos castaños... por el momento.

* * *

Llevaban toda la mañana en la playa y estaban agotadas. Aunque habían alquilado tumbonas y sombrillas, la playa de piedras, si bien era preciosa, con los cantos blancos brillando al sol, no era la más cómoda del mundo. Por eso, cuando Sandra propuso ir al chiringuito más cercano a tomarse unos mojitos, Eli estuvo a punto de besarla.

—Hace mucho calor hoy. Ayer se estaba mejor —comentó Alba, recogiendo su toalla y su crema y metiéndolas en la bolsa de playa.

—Lo que pasa es que ayer, en el catamarán, la brisa hacía que no tuvieses tanto calor. Aquí

el sol es insoportable —la corrigió Sandra.

—Y digo yo, si todas tenemos un bronceado espléndido de haber pasado el invierno dándonos rayos UVA, ¿qué hacemos aquí, tomando el sol agobiadas? —preguntó Tana, no sin razón.

Ninguna contestó; no obstante la respuesta era más que obvia. Si ibas de vacaciones a la costa no te quedabas en casa, ¿no? Lo lógico era ir a la playa.

Terminaron de recoger y se encaminaron al kiosco de madera que se encontraba justo enfrente: el *Mojito Rico*. Se sentaron en una de las pocas mesas que quedaban libres a la sombra y se dispusieron a disfrutar de las vistas y de cuatro mojitos bien fríos. El bar estaba a pocos metros del *Crazy Coconut*, donde había sucedido el desastre de la moto. Ese día Eli se había negado a conducir y habían bajado a la playa en taxi.

—Qué día más estupendo ayer, ¿verdad? —comenzó Alba con una mirada soñadora—. Jaime es increíble... Y le ha puesto mi nombre a su barco.

Eli sonrió indulgente, mientras contemplaba a su amiga. Alba había pasado un par de años bastante malos, desde que había perdido a su madre como consecuencia de un cáncer de mama. Haber conocido a Jaime la había sacado de su tristeza y le había dado esperanza y alegría de nuevo. Volvía a ser la chica despreocupada que había sido antes de la desgracia.

—¡Qué bonito es el amor! —suspiró Sandra con fingido entusiasmo y no sin cierta envidia.

Tana se echó a reír.

—Te mueres de celos. Ya te gustaría a ti o a mí, tener a alguien como Jaime; y no es que sea mi estilo, es demasiado impoluto, pero para Alba es ideal —comentó.

—Hacéis una pareja perfecta —repuso Eli.

—Como tú y Lalo —se apresuró a afirmar Alba, inclinándose y apretándole la mano.

Eli frunció el ceño. ¿Lalo y ella la pareja perfecta? Quizá la más adecuada, socialmente hablando, pero ¿perfecta? Lo máximo que sentía por él era afecto, y era lo mismo que él parecía sentir por ella. Tampoco es que estuviese buscando otra cosa. Las grandes pasiones eran para las películas y las novelas. Los matrimonios duraderos, sobre todo en su círculo social, se basaban en otra cosa. Así era como la habían educado y era lo que se esperaba de ella.

Sí, era una forma muy anticuada de pensar, muy de otro siglo, pero en cierta manera lo había asumido y aceptado.

Cuando se casase con Lalo se convertiría en la mujer de un empresario de éxito, dedicada en cuerpo y alma a criar a sus hijos con la ayuda de niñeras, y a asistir a reuniones sociales y organizar comidas benéficas, al igual que su madre llevaba haciendo más de treinta años. Eso se

esperaba de Elisa «Eli» Álvarez de Luis, esposa de Gonzalo «Lalo» de Lucas Suárez.

Su carrera de Derecho y el máster de Derecho Internacional que había hecho en Chicago, de poco le iban a servir para escribir las invitaciones a la cena de Navidad de los señores de Lucas y Álvarez.

Apretó los labios con amargura, con la mirada perdida en la orilla del mar. De nada le servía lamentarse. Ya era mayorcita y todavía podía decidir qué rumbo darle a su vida si lo deseaba, ¿no? Tampoco dependía de lo que sus padres quisieran para ella.

—Bueno, lo de Lalo y Eli todavía no está decidido —se dejó oír la voz de Tana. Su tono denotaba a las claras cuál era la opinión que tenía sobre él. Más de mil veces le había dicho a Eli lo que pensaba. Lalo no era el hombre adecuado para ella. No era lo que Eli necesitaba...

—Yo creía que era casi seguro —repuso Sandra, extrañada.

—Bueno, todavía no me lo ha pedido...

—Lo hará —aseguró Alba con confianza.

—Esperemos que no —murmuró Tana.

—¡Cayetana! —casi gritó Alba—. No seas así.

—¿Así, cómo? ¿Realista? —resopló de manera un tanto vulgar—. No puedo creer que no os hayáis dado cuenta de que Eli no está enamorada de Lalo, y él mucho menos de ella.

Sandra y Alba giraron la cabeza, sorprendidas, y se quedaron mirando a Eli. Esta había empalidecido y tenía los labios apretados.

—Eli... —comenzó Sandra.

—No. No digas nada —la interrumpió, levantando la mano—. Tana tiene razón. Y aunque me resulte horrible airear mis trapos sucios en un chiringuito de playa, la verdad es esa. Eso es lo que hay.

—Pero pensábamos que os queríais —dijo Alba, con la voz cargada de perplejidad—. Como nunca dices nada, y siempre estáis juntos de una manera u otra.

—Bueno... le tengo afecto, y él a mí también. Además, es lo que nuestras familias quieren... —repuso en voz baja. Era muy reservada y le costaba hablar de sus sentimientos en voz alta.

Tana dejó escapar un bufido despectivo.

—Deberías considerar lo que quieres *tú* para tu futuro, Eli. Aprovecha estos días que estás aquí y piensa, con la cabeza fría, qué es lo que deseas. No lo que a tu madre le gustaría, no, sino

lo que *tú* quieres —enfaticó.

Sandra y Alba guardaron silencio. Contemplaban a su amiga, algo apenadas.

Eli respiró hondo un par de veces, sintiéndose culpable por haber estropeado el ambiente, hasta ese momento relajado y alegre. Meditó sobre las palabras de Tana. Tenía razón, desde luego. No podía vivir la vida que su madre deseaba para ella, tenía que ser fuerte y no dejarse amedrentar.

Pero era tan complicado imponerse a los deseos de Carmen de Luis...

—Alegrad esas caras, chicas. Estamos de vacaciones ¿o qué? —Tana levantó su mojito al cabo de unos segundos de incómodo silencio—. ¡Un brindis por nosotras y por todas las malas decisiones que vamos a tomar estos días y que a nuestros padres no van a gustarles!

Eli agitó la cabeza ahuyentando los malos pensamientos y sonrió, al tiempo que levantaba su vaso. ¡Tana siempre conseguía animarla!

—¡Eso, eso! —exclamó Alba—. Mi primera y terrible decisión ya está tomada: Esta noche no voy a dormir en el chalet, *girls*. Me voy al apartamento de Jaimeeeee. ¡Yujuuu!

—¡Pero si todavía no estáis casados! —manifestó Sandra, fingiéndose escandalizada.

—Es que soy un pendón.

—Sí, cada vez te pareces más a Samantha de *Sexo en Nueva York* —intervino Tana con ironía.

—No, tú eres más Samantha que yo —la acusó la otra.

—¿Lo dices por mi exitosa vida sexual? ¡Dios! Si no encuentro pronto un hombre aceptable, a este paso me voy a convertir en virgen otra vez —masculló Tana con sarcasmo.

Todas rompieron a reír y pronto el ambiente enrarecido dio paso al buen rollo de nuevo. Pidieron otra ronda de mojitos y comenzaron a hablar de la inminente boda que estaba prevista para dentro de solo un mes, en un complejo de lujo cercano a donde se encontraban. Como de costumbre, terminaron centrándose en los vestidos que iban a ponerse. Tana y Alba ya lo tenían claro, mientras que Sandra y Eli todavía dudaban. Tana estaba describiendo con todo lujo de detalles las fabulosas sandalias que se había comprado, cuando se interrumpió de repente.

—Si no lo veo no lo creo... debe de ser el destino.

—¿Cómo dices? —preguntó Eli, confusa, girándose para ver a qué se refería su amiga.

¡No podía ser verdad! Solo llevaban allí tres días y los tres días se habían encontrado con ellos. Tenía que ser el destino, como bien decía Tana.

Primero el incidente de la moto, luego la escenita de los billares, el día anterior en el puerto, y ahora ahí: en la playa... ¿Casualidad?

Los tres hermanos acababan de salir del agua y se estaban secando, mientras conversaban. Por las tablas de surf que había a su lado, apoyadas contra una palmera, y las velas en la arena, estaba claro lo que habían estado haciendo. Jan era el que más cerca de ellas se encontraba, y Eli estuvo a punto de soltar una exclamación al ver su torso desnudo. El día anterior se había sentido intimidada al ver los brazos tatuados de Cas, pero eso no había sido nada en comparación con el cuerpo de su hermano. Toda la parte derecha estaba cubierta de tinta de diversos colores. ¡Tenía tatuado desde el cuello hasta el tobillo! Por el contrario, la parte izquierda de su cuerpo aparecía impoluta. Su aspecto era poco común, y si a eso se le sumaba la nariz de boxeador y la cabeza rapada, el resultado era bastante aterrador. Se quedó sin habla.

El hermano más pequeño solo tenía un tatuaje en el hombro y no era excesivamente grande. Como parecía ser lo usual en él, estaba riéndose de algo que Thor/Cas acababa de decirle.

Cas.

Carsten, había dicho Till que se llamaba. Un nombre alemán. Los tres lo eran: Jan, Till y Carsten. Aunque los tres parecían más noruegos o suecos.

Cas tenía un físico espléndido. Quizá era más alto que sus hermanos y más fornido que Till pero no tanto como el otro. Eli se quedó mirándole el pecho de una forma casi hipnótica. ¿No estaba bronceado de una forma absurda para alguien tan rubio? Los tatuajes negros de sus brazos le cubrían los hombros y al darse la vuelta vio que se unían en la espalda, a la altura de los omóplatos.

—¿Los llamamos? —preguntó Tana en ese momento.

—¡No! —repuso, horrorizada. Lo último que quería era pasar el rato con ellos, sintiendo cómo los burlones ojos azul hielo de Cas se clavaban en su rostro, haciéndola sentir incómoda.

—Relájate, Eli. ¿No te acuerdas del brindis? ¡Por las malas decisiones! —le recordó Tana con una sonrisa—. A lo mejor ahí está tu mala decisión del verano —añadió, señalando a los tres hermanos—. Desmelénate, *darling*, como diría Alba.

Eli negó con la cabeza. No podía creer lo que estaba oyendo. ¿Tana la animaba a enrollarse con uno de ellos?

—No dejes pasar la oportunidad. No seas tonta. La vida son dos días —la secundó Sandra. Alba asintió, levantando su mojito en el aire.

—¡Estáis locas! Pero ¿vosotras me veis liándome con uno de ellos? —preguntó, incrédula.

—Con uno cualquiera, no, mujer... Con el que te gusta, con el de la moto... —repuso Sandra.

Eli siguió negando con la cabeza.

—Vamos, mujer, si se nota un montón que le gustas, *Catherine Deneuve* —Tana le guiñó el ojo exageradamente.

Eli se arrepintió al instante de haberles contado lo que Cas había dicho.

—Además, tampoco te vas a casar con él ni nada por el estilo. Solo sería un polvo, ¿no?

Al oír la palabra *polvo*, Sandra y Tana empezaron a hacer gestos de fingida timidez, mientras intentaban contener la risa.

—¿Tú también apoyas a estas locas, Alba? Te creía más sensata —la reprendió Eli, sonriendo a su pesar.

—Hija mía, Jaime me ha pervertido.

—¡Se están marchando! —exclamó Tana, poniéndose de pie. Eli intentó sujetarla del brazo, pero la otra fue más rápida. A toda velocidad corrió hacia la playa y los llamó.

Eli se encogió en su silla, mientras apretaba el vaso de mojito entre las manos. Clavó los ojos sobre la mesa y no se permitió el lujo de mirar hacia el lugar donde sabía que Tana conversaba con los tres hermanos. Estaban a cierta distancia, por lo que era imposible escuchar la conversación.

Sandra y Alba se reían todo el rato, como si las hubiesen drogado con el gas de la risa.

Pasaron solo unos segundos, quizá un par de minutos, pero a Eli le parecieron eternos. Con el rostro enrojecido y el corazón latiéndole a mil por hora, esperaba que en cualquier momento los tres vikingos y su odiosa amiga llegasen a la mesa.

—Viene Tana —la informó Sandra al cabo de un rato—. Y viene sola.

Eli dejó escapar el aire que llevaba un rato conteniendo y levantó la cabeza. Entornó los ojos, enfadada, al ver la sonrisa pícaro que mostraba el rostro de Tana.

—Ya está —dijo al acercarse.

—Ya está, ¿qué? —inquirió con desconfianza.

Tana comenzó a dar saltitos y palmaditas como una niña pequeña.

—¡Esta noche tienes una cita! A las nueve y media.

Capítulo Cinco

Cas se sacó el móvil del bolsillo y volvió a mirar la hora. Eran las nueve y cuarenta minutos. Llevaba allí diez minutos, esperando delante de la puerta del más que lujoso chalet y ella no había dado aún señales de vida.

Exasperado, golpeó con los nudillos el volante de su Nissan Navara.

Si era sincero consigo mismo, no tenía ni idea de por qué había aceptado salir esa noche con la niña pija. Se había sentido avasallado por su amiga, la de las curvas sugerentes, y quizá había sentido curiosidad, y algo de morbo también, por salir con alguien tan opuesto a él mismo.

Cuando Tana se había aproximado a ellos en la playa esa tarde, había supuesto que venía a hablar con Till, pero se había llevado una sorpresa al ver que se dirigía a él, y con gran desparpajo le contaba una inverosímil historia de que ella y sus otras amigas no iban a estar esa noche y que su amiga Eli se iba a quedar sola y bla bla bla... y que por qué no la recogía y la llevaba a algún sitio a cenar... Una sarta de mentiras, claro.

Cas se había quedado algo perplejo al principio, pero Till le había dado un codazo en las costillas al mismo tiempo que sonreía como un idiota, y Jan había arqueado las cejas, sorprendido. Ni siquiera había tenido tiempo de responder cuando la chica ya le había dado la dirección de la casa, que por supuesto se encontraba en la urbanización privada más pija de toda la costa, y había acordado una hora con él.

No solía quedarse sin palabras, y menos aún cuando se trataba de salir a tomar algo con una chica. Tenía una aplastante seguridad en sí mismo, y era más que consciente de su atractivo físico, y de que atraía a la mayoría de las mujeres. Nunca había necesitado ayuda para ligar, y era él el que solía tomar la iniciativa. Por eso, esa cita le parecía algo tan descabellado. No era nada a lo que estuviese acostumbrado.

La chica, Eli, le ponía mucho, a decir verdad. Era espectacular, de una manera poco común. Tenía un pelo, unos ojos y unos labios... ¡Joder! Solo de pensar en esos labios se excitaba... Pero esa actitud de superioridad, esa forma de mirar tan altiva... No creía que fuesen demasiado compatibles. A él le gustaba otro tipo de mujer: más abierta, más pasional, más lanzada, y no tan envarada y estirada como ella. Parecía que tuviese un palo metido en el culo.

Eran polos opuestos.

Tampoco se explicaba muy bien de quién había sido la idea de esa cita. No tenía muy claro si era ella la que en verdad deseaba salir con él, o había sido una broma de sus amigas. Cada vez que se veían, su reacción era indescifrable; una mezcla de ¿temor?, ¿desprecio?, ¿timidez o altivez? ¿Sentía ella algún interés por él? Ni idea...

Volvió a suspirar y a mirar la hora en el móvil. Las nueve y cuarenta y cinco minutos. Le daría cinco minutos más de cortesía, y si no aparecía se largaría y punto. Ella sabía que él estaba ahí esperando; los guardias de la urbanización le habían tenido que abrir la verja para que pudiese entrar y habían avisado a alguien por teléfono, solicitando autorización. Estaba claro que ella era más que consciente de que llevaba allí un cuarto de hora.

Una idea acudió a su mente.

¿Y si había sido una bromita? Una bromita pesada de cuatro niñas pijas aburridas, pretendiendo burlarse de él.

No. No podía ser. No eran unas adolescentes estúpidas, aunque...

No. Imposible.

Pero la duda hizo que apretase el volante con fuerza hasta que los nudillos se le pusieron blancos. Entornó los ojos y clavó la mirada en la puerta del chalet.

Solo un minuto más y se largaría, decidió.

Introdujo la llave en el contacto y la giró lentamente. El reloj del salpicadero marcaba las nueve y cuarenta y nueve. Lo miró con fijeza. Sentía un hormigueo en la mano que sujetaba la llave... solo unos segundos más y pondría el coche marcha y se iría de allí.

Las nueve y cincuenta.

Arrancó.

En ese instante la puerta de la casa se abrió.

Giró la cabeza.

* * *

Eli volvió a asomarse a la ventana de su habitación. Era la quinta vez en los últimos cinco minutos. Sí, él seguía allí abajo, en ese monstruoso coche negro con pinta de *pick up* americano, y que no estaba demasiado limpio, la verdad.

—Lo único que consigues haciéndole esperar es que se enfade. Lo sabes, ¿no? —preguntó Tana desde la puerta.

—¿Sabes que te odio? —repuso Eli, dejando caer las cortinas y mirándola con furia.

—Se te pasará.

—No sé por qué me haces esto. Es una situación hartó incómoda. —Eli se sentó en el borde

de la cama y se alisó la falda con nerviosismo—. ¿No puedes salir y decirle que me he puesto enferma o algo así?

—Eres una cobarde. —Tana negó con la cabeza cruzándose de brazos, mientras le dirigía una mirada implacable.

Eli cerró los ojos. Sabía que no iba a servir de nada suplicarle a Tana. Incluso Alba y Sandra se habían puesto en su contra. Después de que su amiga le hubiese organizado la odiosa cita, habían tenido una discusión terrible, pero como siempre, Tana había ganado.

Otra vez.

Hasta Sandra y Alba parecían pensar que una cita con el vikingo tatuado le iba a venir bien para aclarar sus ideas.

¡Era absurdo!

¿Qué tenía ella en común con alguien así? ¿De qué iban a hablar?

—Lleva casi un cuarto de hora esperando —dijo Sandra, entrando en la habitación—. ¿Vas a bajar o no?

—¡No!

Sandra miró a Tana con sorpresa.

—Sí va a bajar —repuso esta.

—¡No voy a bajar!

—Entonces, ¿por qué te has arreglado?

Eli no contestó. Frunció el ceño, contrariada. Se levantó y se dirigió al espejo de cuerpo entero que había en la pared del fondo, y observó su reflejo en él. Se había decidido por una falda de tubo blanca y una blusa sin mangas de color salmón. Llevaba el pelo recogido en una coleta baja y había prescindido de cualquier tipo de maquillaje; el bronceado era más que suficiente, había pensado.

Se quedó pensativa, ignorando a sus amigas que esperaban expectantes junto a la puerta. Sabía que iba a bajar y que iba a tener esa horrible cita con el horrible vikingo. *Lo sabía*. Estaba demasiado bien educada como para dejarle tirado después de que se había molestado en ir hasta allí, incluso aunque la idea de la cita no hubiese sido suya.

¿Por qué había terminado por ceder?, se preguntó por enésima vez, meneando la cabeza. Era tan débil a veces...

Bueno, intentaría sobrevivir a la experiencia.

Respiró un par de veces y se dio la vuelta, dispuesta a marcharse.

—¿Llevas condones? —preguntó Tana con voz burlona.

Eli la miró con cara de pocos amigos. ¿Condomes? ¿Estaba loca? No pensaba acostarse con nadie y mucho menos con alguien de esas características, por muy bueno que estuviese.

—A palabras necias...

Y sin más, abandonó la habitación. Escuchó a Sandra murmurando algo a su espalda, pero la ignoró. Bajó la escalera que comunicaba con el vestíbulo y se detuvo unos instantes, justo antes de abrir la puerta. Se retocó el cabello con la mano, aunque sabía que ni un solo pelo se había salido de su sitio. Se alisó la falda.

Respiró hondo y cogió el picaporte.

* * *

Cas apagó el contacto cuando vio la silueta de ella en el umbral de la puerta. Las luces del porche estaban encendidas por lo que pudo distinguirla con perfecta claridad. Toda la ira o enfado que había sentido hasta ese momento se desvanecieron como por arte de magia. Controló el impulso de abrir la boca por el asombro como un niño idiota.

Estaba fabulosa. Con una simple falda blanca y una camisa de color claro, el pelo rubio recogido y un toque de rubor en las mejillas, era la mujer más impresionante que Cas hubiera visto jamás. Parecía recién salida de una revista de moda femenina, el *Vogue* o alguna otra similar.

Por un segundo, casi se avergonzó de su Navara lleno de golpes y algo destartado. Pero se recobró enseguida. Era su coche y así era él. Sin trampa ni cartón. Y no tenía nada de qué avergonzarse, por supuesto que no.

Ella se acercó andando con lentitud. Sus enormes ojos castaños reflejaban algún tipo de emoción que él no supo interpretar. Parecía nerviosa.

—Siento haberte hecho esperar —murmuró con voz queda mirándole con fijeza, como esperando algo.

Él hizo un gesto con la mano, restándole importancia.

—¿Subes? —preguntó al fin, viendo que ella no se movía.

Ella pareció dudar, pero rodeó el vehículo y se dirigió a la puerta del pasajero.

Cas entornó los ojos. ¿Acaso había esperado que él se bajase para abrirle la puerta del coche? Sinceramente, no se le había ocurrido. Resopló. Empezaba bien la cosa.

Esperó hasta que ella se hubo acomodado y se puso el cinturón para arrancar. De reojo, observó que se mantenía muy erguida y ni siquiera se apoyaba en el respaldo del asiento. ¿Tenía miedo a ensuciarse? Frunció el ceño, contrariado.

—¿Tienes hambre? —le preguntó sin mirarla.

—Eh... bueno, un poco, sí —repuso ella.

«Perfecto. Ya sé dónde te voy a llevar. Y espero que no te dé un infarto cuando veas el sitio».

Cas sonrió de medio lado, anticipando la reacción de ella cuando viese el bar de carretera adonde pensaba llevarla. Era el típico bar de moteros de unos amigos suyos, frecuentado por los *Ritter der Nacht* —Caballeros de la Noche—; una banda de moteros alemana con la que tenía mucho contacto, ya que era a su taller donde llevaban las motos a restaurar.

—¿Dónde vamos? —inquirió ella.

—Espera y lo verás. Es el bar de unos amigos, donde sirven unas hamburguesas de muerte. Te gustan las hamburguesas, ¿no?

Ella dudó antes de responder.

—¿Tienen también ensaladas?

Cas la miró de reojo, con una ceja arqueada. ¿Iba en serio?

—Supongo que sí. La verdad, nunca he pedido una ensalada, pero creo que Sabine te podrá preparar algo. ¿Eres vegetariana o algo así?

—No —respondió ella con nerviosismo, antes de girar la cabeza y mirar por la ventana.

Pasados unos instantes, Cas se concentró en la carretera. Estaba confuso. ¿Qué le pasaba a esa chica? Tenía una actitud extraña. No era él el que había forzado esa cita.

Temiendo que el incómodo silencio se alargase hasta el infinito, decidió abordar el tema.

—Oye, si no te apetece ir a cenar conmigo, dímelo y acabamos de una vez. Te llevo a casa y ya está. No tienes ninguna obligación, ¿sabes? Y si esto ha sido idea de tus amigas, pues la próxima vez les dices que se vayan a la mierda... La verdad, yo tampoco tengo por...

—Lo siento —le interrumpió ella sin mirarle—. Tienes razón. Esto ha sido idea de mis amigas, pero no hace falta que me lleves a casa. Vamos a cenar y a pasar un buen rato —terminó

con una tibia sonrisa que no acabó de convencerle.

La observó de reojo. Tenía un perfil perfecto. Su cuello, su barbilla recta, los pómulos altos y unas pestañas larguísimas.

Era guapa a rabiar.

Ella pareció darse cuenta de cómo la miraba porque giró la cabeza y clavó sus enormes ojos en él.

¡Joder! ¡Esa mirada era una visión! ¡Impresionante! Se revolvió inquieto en el asiento. Su entrepierna había comenzado a despertar.

Fuck! Fæn!

Volvió a centrarse en la carretera, intentando desterrarla de sus pensamientos. No faltaba mucho para llegar. El bar se encontraba en la falda de la montaña, a solo unos pocos kilómetros de la urbanización donde la había recogido. La zona estaba bastante tranquila; no era un lugar muy frecuentado por turistas. Pronto pudo ver las luces del local en la distancia. Era una edificación de madera, construida al estilo del típico bar de carretera americano. Tenía una terraza con mesas y sillas de metal en la parte lateral, iluminada por farolillos de colores. No era un sitio con *glamour*, pero allí, Cas se sentía como en casa. Dudaba mucho de que a ella le entusiasmase. Según se acercaban, la observó con disimulo, expectante.

Su Catherine Deneuve se mantenía impasible. Ni un músculo de su cara delató sus pensamientos, mientras él aparcaba el coche junto a tres Harleys y dos Triumph, una de las cuales había salido hacía poco de su propio taller.

—Es aquí —dijo, señalando lo evidente—. ¿Qué te parece? —preguntó con curiosidad, intentando provocar una reacción. Cualquiera.

—Muy bien, gracias —repuso ella con exagerada cortesía.

Cas la miró con los ojos entrecerrados. ¡Joder! ¿Cómo cojones podía ser tan contenida y perfecta? No se inmutaba... Extraño. En los breves encuentros que habían tenido en los días previos, ella le había parecido insegura a veces; presa de sus emociones en otras... Pero en ese momento parecía como si tuviese un control absoluto de su cuerpo.

Se bajó del coche y esperó a que ella también lo hiciese. Podía haberle abierto la puerta, pero se decidió por lo contrario. No estaban en el mundillo de la alta sociedad. Este era su mundo, y así eran las cosas. Si tenías manos y piernas, podías abrirte la puerta del coche tú solito y bajarte de él sin ayuda, ¿no?

La música que salía del interior del local llegó hasta ellos. Era Ramstein. Ideal para una niña pija de Madrid que escuchaba a Beyoncé, pensó él antes de darse la vuelta y esperar a que ella llegase a su lado. Caminaba con una elegancia fuera de lugar en ese sitio. Todo en ella

estaba fuera de lugar: su ropa, su peinado, sus sandalias doradas, su bolso —que parecía costar más que su Nissan Navara— e incluso él mismo estaba fuera de lugar a su lado, con sus vaqueros gastados, su camiseta negra, sus botas de cordones, sus tatuajes y su cara sin afeitarse.

Contempló el local e intentó verlo a través de los ojos de ella. El nombre *El sueño eterno* pintado en negro sobre una enorme lápida gris estaba descolorido por el sol y el tiempo, y justo encima de la puerta, colgando de la pared, había una Triumph Bonneville que él mismo le había conseguido a Oliver, el dueño. Era una antigüedad que no funcionaba, pero quedaba de lujo sobre la puerta; le daba carácter al sitio.

—*Cas!* —La voz de Sabine le sacó de sus pensamientos—. *Es ist aber lange her! Wo bist Du gewesen? Und wo ist dein Motorrad?*

—*Sabine! Gut Dich zu sehen!* Pero es mejor que hablemos en español —añadió, señalando a su acompañante—. Eli no habla alemán.

—*Pues claro, claro* —repuso la mujer de Oliver y dueña del local, con un fuerte acento alemán—. *Hace tiempo no venías aquí. ¿Dónde has estado? ¿Y tu moto? Raro verte sin él.*

—Liado con el negocio, como siempre. —Se acercó y le dio un abrazo—. Y que venga sin moto es culpa suya, la atropelló con su coche —añadió con las cejas arqueadas y una medio sonrisa—. Esta es Eli. Eli, esta es Sabine.

—Encantada —dijo la joven, extendiendo la mano con una sonrisa educada. Se había sonrojado y Cas supuso que sería por el comentario de la moto. Era bastante susceptible, al parecer.

—*¡Pero bueno qué novia guapa! ¡Ya es hora!*

Ignorando la mano de la chica, la estrechó entre sus brazos con energía. Eli abrió los ojos, sorprendida, correspondiendo al abrazo con torpeza. Su mirada se cruzó con la de Cas por encima del hombro de la fornida alemana. Pareció suplicar su ayuda.

Cas dejó escapar una carcajada al tiempo que se encogía de hombros. No iba a explicarle a Sabine que Eli no era su chica. Ya se daría cuenta más adelante cuando no volviese a traerla.

—*Venís cenar, ¿verdad?* —preguntó la alemana, soltando a una confusa Eli y dándose la vuelta para mirarle a él.

—Esa era la intención. Yo quiero una hamburguesa completa con patatas y Eli quería... ¿una ensalada?

—*¿Ensalada?* —Sabine bufó con desdén—. *Niña, debes comer una de míos hamburguesas. Eres demasiado flaca.*

El rostro de Eli adquirió un tono rojo que, aunque a Cas le pareció de lo más favorecedor,

le mostró la profunda incomodidad que las palabras sin tapujos de Sabine acababan de provocarle.

—Anda Sabine, hazle una ensalada. Seguro que está igual de estupenda que tus hamburguesas —intervino él guiñándole un ojo—. Ah, y tráeme una *Schorschbock*. ¿Tú qué quieres beber, Eli?

—Lo mismo que tú —repuso ella, todavía algo azorada.

—Es una cerveza un poco fuerte —trató de avisarla.

—Está bien. No hay problema —replicó con rapidez y algo de frialdad, como si no deseara profundizar en el tema.

Cas arqueó una ceja pero no dijo más. Le hizo un gesto a Sabine, que los miraba con curiosidad, y después, tomó a Eli del brazo y la condujo hacia la terraza donde había un par de mesas libres en la parte trasera, más apartadas de las otras. Allí la música no era tan molesta.

Se sentaron en silencio, ella a su derecha. Cas se apoyó sobre el respaldo de metal y estiró las piernas, suspirando con satisfacción. Le encantaba ese sitio. Desvió los ojos y la miró. Ella volvía a estar impassible y tenía la mirada perdida en un punto lejano, a su derecha. Se mantenía erguida en la silla en una postura opuesta a la relajación.

—¿Y? —preguntó él, rompiendo el silencio—. ¿Te gusta? Supongo que no es a lo que estás acostumbrada. —Hizo un gesto con la mano, abarcando el lugar.

—No, no es a lo que estoy acostumbrada, pero hay que probar cosas nuevas, ¿no? —respondió ella. Seguía con la mirada perdida.

—No te enfades por lo que te ha dicho Sabine. Es un poco... ¿cómo decirlo...? ¿Campechana?

—No hay problema. —Ella negó con la cabeza, mirándole al fin con los ojos vacíos.

Cas la observó, escéptico. Mentía. Las palabras de Sabine parecían haberle molestado bastante; quizá tenía un problema con su peso, a lo mejor era bulímica. ¿No lo eran la mayor parte de las niñas ricas? Además, no hacía falta ser adivino para darse cuenta de que ella hubiese deseado estar en cualquier lugar menos allí, en ese bar, con él.

Suspiró, algo cansado. La situación iba de mal en peor. Estaba claro que esa noche iba a ser un absoluto fracaso. Joder, la chica era preciosa, pero parecía no tener mucha sustancia. Haría un último intento, decidió. Y si no resultaba, se comería su hamburguesa a cien por hora y la llevaría a casa a toda hostia.

—Oye, ¿no has dicho antes en el coche que querías cenar y pasar un buen rato? Pues relájate y disfruta. —Se irguió y apoyó los codos sobre las rodillas, acercándose a ella—. Mira, estoy

seguro de que Sabine te va a preparar una ensalada de fábula, y si me das una oportunidad verás cómo hasta yo te parezco interesante cuando acabe la noche.

Al parecer, ella no había esperado esas palabras porque se le quedó mirando con fijeza y la sorpresa reflejada en los ojos. Una sonrisa comenzó a curvar sus labios y sus enormes ojos castaños mostraron algo parecido al interés.

¡La leche! ¡Esa sonrisa podía dejar sin aliento a cualquiera! Cas sintió cómo su entrepierna aumentaba de tamaño y la sangre comenzaba a hervirle en las venas. ¡Joder! ¿Qué cojones le pasaba?

—Me parece justo —repuso ella, dejando el bolso que había mantenido apretado entre sus manos sobre la silla que tenía a su lado; después se inclinó y apoyó los codos sobre la mesa adquiriendo una postura más relajada. La sonrisa no había abandonado su rostro.

Cas admiró su forma de moverse. Casi podía apostar a que había tomado clases de ballet en algún momento de su vida; sus movimientos tenían una gracia que serían la envidia de cualquier felino. Carraspeó, incómodo, al darse cuenta de que se había quedado mirándola embobado.

—Lo de Eli, ¿de dónde viene? Verás, me resulta bastante ridículo llamarte como a mi perra. Sin ofender, pero ella estaba antes... —sonrió para quitarle hierro al asunto. El comentario del primer día no había sido muy afortunado.

—De Elisa. Pero nadie me llama así, la verdad.

Elisa. Elisa. Elisa. Lo repitió mentalmente. Sí, sonaba bien.

—Y bien, *Elisa* —enfaticó—. Cuéntame algo sobre ti. ¿A qué te dedicas?

Ella desvió la mirada, como si no supiese muy bien qué contestar, y justo cuando iba a hacerlo, la voz de Sabine los interrumpió.

—*Dos Schorschbock.* —Dejó las dos botellas de porcelana blanca sobre la mesa—. *Y en minuto traigo la hamburguesa y el Salat.*

Cas cogió su botella y la levantó a modo de brindis, mirando a la joven. Ella le imitó, algo indecisa.

—¿Pasa algo?

—¿No traen vasos? —preguntó ella con timidez.

Cas rio y negó con la cabeza.

—No, pero si quieres te consigo uno.

—¡No! No te molestes. Está bien —repuso ella, mirando la botella con desconfianza.

Cas volvió a levantar su cerveza.

—Por una noche un tanto extraña —dijo.

—Sí, eso...

Él se llevó la botella a la boca, y, mientras daba un gran trago, observó la reacción de ella con interés, muy seguro de lo que iba a suceder a continuación. Y no se equivocó. Fascinado, contempló la cara horrorizada de ella al dar el primer trago. La **Schorschbock** era una de las cervezas más fuertes del mundo, si uno se fiaba de Oliver y Sabine. Tenía 43 grados, y era como beber vodka. Ni siquiera él mismo podía soportar más de una.

Los ojos de ella se llenaron de lágrimas, mientras intentaba evitar toser a toda costa. Se llevó la mano a la boca y clavó sobre él su mirada recriminatoria.

Cas se sintió mal de pronto. Si en algún momento le había parecido una buena idea no decirle nada sobre la cerveza, y esperar a ver su reacción, se estaba arrepintiéndose de su bromita infantil en ese mismo instante.

—¡Joder Elisa, lo siento! —farfulló, mientras se levantaba y le daba golpecitos torpes en la espalda—. Te voy a conseguir una Coca-Cola o agua, o algo...

—Co... Coca-Co...la Zero, por favor —logró articular ella, abanicándose con la mano derecha y alejando la cerveza con la izquierda.

Cas se apresuró en ir al bar y pedirle la Coca-Cola. Mientras esperaba a que la camarera se la sirviese, meditó sobre lo que había sucedido. Era un idiota. Si bien la broma no había sido para tanto, ella ya se había sentido bastante incómoda y fuera de lugar con anterioridad. ¡Joder! Había estado a punto de relajarse por fin. Seguro que él lo había jodido todo con esa broma pueril.

Antes de acercarse a la mesa con el refresco en la mano, se detuvo a contemplar a la cita más extraña de toda su vida. Ella le daba la espalda, por lo que no podía verle la cara, pero su postura le indicó que parecía haber recuperado el aplomo, y algo de su estiramiento también.

—Aquí tienes. —Dejó el vaso sobre la mesa y se sentó, intentando evaluar su estado de ánimo—. Siento no haberte avisado. Es un poco fuerte.

—No pasa nada —replicó ella, dando un trago de su bebida—. Pero a partir de ahora me voy a limitar a esto. —Alzó el vaso y le mostró una tensa sonrisa, que nada tenía que ver con la de hacía unos minutos.

—Me ibas a hablar sobre ti antes de que la jodiese con lo de la cerveza —se apresuró a decir él, haciendo un gesto con la mano.

Ella arrugó un poco la nariz y dejó el vaso sobre la mesa.

—Sí, ¿qué quieres saber?

—Todo. O lo que quieras contarme. No sé. ¿Qué haces? ¿Dónde vives? ¿Por qué estás aquí? En la costa, me refiero; no aquí conmigo, que ya sabemos que ha sido una encerrona —añadió él con una sonrisa algo irónica—. Prometo corresponderte con la misma información sobre mí.

En ese momento llegó Sabine con la hamburguesa y la ensalada.

—*Guten Appetit! Espero que os guste. Disfrutad la cena.*

—Muchas gracias —susurró Eli con voz apenas audible.

—Gracias Sabine, seguro que todo está cojonudo —exclamó él—. De verdad que las hamburguesas aquí están de vicio. Deberías probarla —añadió una vez que la alemana se había retirado—. ¿De verdad que no quieres intentarlo? —Se la ofreció con una sonrisa.

—No, gracias —murmuró ella, cogiendo el tenedor y sumergiéndolo en el plato de ensalada.

—¿No comes carne por algún motivo especial?

—Sí como carne, pero no me apetece ahora. Gracias.

—¿Y tampoco quieres probar las patatas? Pilla una, anda.

Ella cerró los ojos un instante.

—No. Las patatas tampoco. Gracias.

Cas se la quedó mirando con los ojos entrecerrados antes de llevarse un par de patatas a la boca.

—¿No comes hidratos? No será por el peso, ¿verdad? Porque sería absurdo.

El tenedor que ella sostenía en la mano derecha cayó sobre el plato, produciendo un desagradable ruido metálico. Había empalidecido.

—Si me disculpas un momento, voy al aseo. —Se incorporó rauda y cogió su bolso. Después, sin dirigirle ni una mirada, se alejó en dirección al bar, andando muy erguida.

Cas la miró con una mezcla de sorpresa y admiración. Sorpresa por lo abrupto de la retirada, y admiración por su forma de moverse.

Sabía que la había vuelto a cagar, pero ¿qué cojones había dicho?

Capítulo Seis

¡Qué desastre! ¡Qué desastre! ¡Qué desastre! ¡La peor cita de su vida! ¡No se lo iba a perdonar a Tana jamás!

Eran incompatibles. *Ab-so-lu-ta-men-te incompatibles.*

Desde el primer momento, él había conseguido que se sintiese incómoda con el vergonzoso comentario de la moto, luego la bromita de la cerveza, y después no cesando de cuestionar por qué no quería comerse una hamburguesa. ¡Y refiriéndose a su peso! ¡Era humillante! Y su soez forma de hablar: de cada dos palabras que salían de su boca, una era un taco.

¡Y el sitio al que la había llevado! ¡Ideal para llevar a una chica a cenar!

El sueño eterno.

Solo el nombre ya decía mucho del lugar..., y el aspecto del local... ¡Y los clientes! Para llegar hasta el aseo había tenido que pasar por delante de tres hombres vestidos como en las películas americanas de moteros —de cuero de arriba abajo—, que la habían mirado como si ella fuese un plato incluido en el menú.

Solo de pensar en las miradas lascivas de esos tres, le entraban escalofríos.

Por lo menos el baño estaba limpio, eso tenía que reconocerlo, pensó, mirando a su alrededor. Y había papel, otro punto a favor.

Se inclinó sobre el lavabo y se humedeció las manos y la cara. Contemplándose en el espejo, se secó con una toallita de papel. Llevaba ya un buen rato allí, no sabiendo si salir y volver a la mesa, donde su torturador particular la esperaba, o quedarse encerrada en el baño hasta que los bomberos viniesen a rescatarla.

En un impulso sacó el móvil del bolso y le envió un wasap a Tana.

Te odio

La respuesta no se hizo esperar.

Pero todavía no te lo has tirado? Menos hablar y más follar

Dejó escapar un gemido frustrado, y estuvo a punto de estampar el móvil contra el espejo. En lo último en lo que podía pensar cuando estaba con Cas era en acostarse con él. Y no porque no fuese atractivo, que lo era, pero su personalidad arrolladora la volvía insegura y la convertía en un manojito de nervios, por lo que debía estar midiendo sus palabras constantemente y

controlando su malestar. Imposible pensar en sexo cuando tenía que concentrarse en evitar tartamudear.

Había habido un instante en el que había estado a punto de relajarse y dejarse llevar, de mostrarse como era ella de verdad. Había sido justo antes del incidente de la cerveza, después ya no le había resultado posible. Y la gota que había colmado el vaso había sido el comentario sobre los hidratos de carbono. Ningún hombre con educación se hubiese referido a su peso de una manera tan descarada.

¿Qué sabía él lo que significaba estar perfecta siempre? ¿Qué sabía de la presión constante que su madre ejercía sobre ella, desde que tenía uso de razón, para no pasar de una talla treinta y cuatro o treinta y seis como mucho? Los comentarios hirientes cada vez que se permitía el lujo de comerse un caramelo o un helado en verano llevaban años haciendo mella sobre ella.

¿Qué sabía él de todo eso?

Gimió, al tiempo que se masajeara las sienes con los dedos.

Quizá era demasiado susceptible. Quizá le afectasen demasiado los comentarios de los demás. Y era probable que le diese mucha importancia a cosas que no la tenían. Quizá estuviese equivocada. A lo mejor él no era tan insoportable y la insoportable era ella.

Tenía que reconocer que él se había esforzado en hacer que se sintiese cómoda, al menos lo había intentado en un par de ocasiones, aunque la cosa no hubiese salido muy bien.

¿Era demasiado intransigente?

Negó con la cabeza. Claro que no. Con Lalo nunca tenía esos problemas. Jamás se sentía incómoda.

«Te aburres como una ostra con él. Es muy previsible». Una vocecita interior resonó en su cabeza.

Un golpe en la puerta le hizo dar un respingo.

—¿Vas a tardar mucho? —escuchó una voz cargada de impaciencia.

—Ya salgo —respondió en voz alta. Volvió a mirarse en el espejo una última vez. Su calmado rostro no mostraba la profunda agitación interior que sentía. Como debía ser.

Cuando abrió la puerta, una chica de su edad, vestida a conjunto con el lugar, la miraba con cara de pocos amigos. Eli murmuró una disculpa y se internó en el ruidoso bar. Sus tres admiradores, cubiertos de cuero y tinta, parecían haberla estado esperando. Sintió sus ojos hambrientos sobre ella hasta que abandonó el local y salió a la terraza. Un par de clientes de otras mesas se la quedaron mirando, mientras ella volvía a la mesa donde había dejado a Cas y su ensalada.

—¿Estás bien? —preguntó él al verla acercarse. Aparentaba estar realmente interesado y Eli se sintió un tanto culpable por haberse refugiado en el baño como una cobarde.

—Sí, sí. Todo perfecto —repuso, tomando asiento. Se fijó en que él ya se había terminado la hamburguesa y apenas si le quedaban patatas.

«Un hombre educado me habría esperado para seguir cenando».

La Eli snob.

«Una mujer educada no se habría largado a esconderse en el baño como una niñata».

La *otra* Eli.

—Oye, mira, Elisa, sé que hemos empezado con mal pie y eso, pero no quiero que te lleves una mala impresión tampoco. Si no estás a gusto, cuando acabes tu ensalada te llevo a casa y listo. No tienes ningún tipo de obligación conmigo —dijo él, haciendo girar la botella de cerveza en su mano. Parecía encontrarse incómodo con la situación.

Eli se quedó callada, sin saber muy bien qué decir. Desde luego, él tenía razón. La *cita-cena-encerrona* había sido un completo fiasco. Lo mejor para ambos sería que él la llevara a casa y se despidiesen cuanto antes. Ciertos obstáculos eran insalvables. Como el abismo que los separaba.

—Me parece bien —repuso cogiendo el tenedor y comenzando a comerse su ensalada, que estaba deliciosa.

El silencio se impuso y solo la música que provenía del interior añadía un toque algo alegre a la, de otro modo, muda escena. Eli apenas si levantó la mirada de su plato, aunque en todo momento sentía los ojos inquisitivos de él clavados en su persona.

¿Qué estaría pensando de ella? ¿Se sentiría tan a disgusto como se había sentido ella durante toda la velada?

Él se levantó de repente.

—Voy a pagar. Ahora mismo vuelvo.

—Espera. Pagamos a medias.

—Para nada —negó él con rotundidad—. No vas a privarme de pagar por esta cena tan especial —añadió, no sin un evidente sarcasmo. Y se marchó, dejándola a solas con su ensalada.

Eli se sintió mortificada.

El rubor le cubrió las mejillas de inmediato.

Ahora ya ni siquiera estaba segura de no haber sido la culpable de que la cena hubiese acabado así. Era una exagerada. Él tampoco se había portado de una manera tan desagradable... era algo rudo quizá...

¿Seguiría considerándola atractiva, pensando que se parecía a Catherine Deneuve? Esa tarde, al enterarse de que Tana le había organizado la estúpida cita, había pensado que si él había aceptado era porque la consideraba lo bastante atractiva como para salir con ella, ¿no?

Ahora ya no sabía qué pensar.

Se le había quitado el apetito. Dejó el tenedor en el plato y apartó la ensalada.

Cogió su bolso y sacó el móvil. Miró la hora. Eran las diez y media. Apenas si llevaban allí media hora.

«¡Enhorabuena Eli!», se felicitó a sí misma. «Acabas de batir un record en la historia de las primeras citas».

Estuvo a punto de enterrar la cabeza en las manos y gemir de vergüenza, pero su educación y su saber estar le impidieron hacer algo así.

—¿Nos vamos? —escuchó la voz de él a su espalda.

Se apresuró a levantarse. Se giró y le vio allí de pie, esperando. Ni siquiera la miraba. Tenía las manos dentro de los bolsillos de sus vaqueros, y parecía impaciente por marcharse. No esperó a ver si ella le seguía. Echó a andar hacia el coche.

Eli le siguió a poca distancia. Hasta ese momento los nervios no le habían permitido recrearse en el magnífico aspecto que tenía él esa noche. Parecía sacado de una revista de «chicos malos», con los vaqueros ajustados, las botas y esa camiseta que revelaba todos sus tatuajes. Había estado tan angustiada que no se había fijado en los detalles.

«Has perdido tu oportunidad, niña tonta».

Casi le pareció oír a Tana, reprochándole su actitud.

En fin, ya era demasiado tarde para lamentaciones. Se había acabado.

Cas, quizá en un descuido o un alarde de cortesía le abrió la puerta del pasajero. Ella se sorprendió.

—Supongo que esto era lo que esperabas desde el principio, ¿no? Que te abriese la puerta y eso... —Él se acarició la nuca con la mano, mientras la observaba sin parpadear—. No es mi estilo, la verdad —terminó con una sonrisa burlona.

Eli negó con la cabeza, evitando mirarle directamente. ¿Por qué tenía él que decir esas

cosas que le hacían perder la compostura? Se subió al vehículo y se abrochó el cinturón, en tanto él se acomodaba en el asiento del conductor.

—Ya sé que ha sido una cita rara. Más que rara, la verdad —comenzó él, al cabo de unos instantes—, pero te lo voy a preguntar igualmente. ¿Vamos a mi casa?

—¿Perdona? —Pensó que había escuchado mal.

—No sé, a lo mejor te apetece echar un polvo aunque la cena haya sido un desastre. Cosas más extrañas se han visto —dijo él, encogiéndose de hombros y arrancando el coche con calma, como si no hubiese dicho nada especial.

Eli tragó saliva, confusa. ¿Iba en serio?

—No me estás hablando en serio, ¿verdad?

Cas no contestó. Enfiló hacia la carretera por donde habían llegado y guardó silencio, concentrado en la conducción.

Eli apretó el bolso entre las manos con nerviosismo. Observaba el masculino perfil de reojo, sin saber cómo reaccionar. ¿Debía sentirse ofendida o halagada? Él seguía conduciendo como si no tuviese otra preocupación en el mundo, sin inmutarse. ¿Era así como solían acabar las noches para él cuando quedaba con alguna chica? Probablemente así fuese.. A un hombre tan atractivo seguro que no le faltaban mujeres. No, era más que probable que acabase cada noche en una cama distinta. Ella, por el contrario, casi se podía considerar una virgen, por la frecuencia con la que practicaba el sexo.

Las luces de la urbanización ya se divisaban a lo lejos y dejó escapar un pequeño suspiro de alivio. ¡Menos mal que la noche llegaba a su fin!

Cas desvió su atención de la carretera y la miró con una expresión inescrutable en el rostro. El color de sus ojos pasaba casi desapercibido en la oscuridad, pero Eli se percató de que la observaba con intensidad. Apenas si pudo sostenerle la mirada. Él volvió a girar la cabeza y siguió conduciendo.

Los guardias de seguridad, reconociendo el coche, abrieron la valla sin hacer preguntas, y en menos de un par de minutos Cas frenaba justo delante del chalet. Las luces de la planta baja estaban encendidas, cosa que no sorprendió a Eli, pues era bastante pronto todavía. Nerviosa, se quitó el cinturón de seguridad y se giró para despedirse de él. Su fría mirada la pilló por sorpresa.

—Bueno... gracias... por...

—Iba en serio —la interrumpió con dureza.

—¿CÓ... cómo?

—Antes me has preguntado si estaba hablando en serio cuando te he propuesto ir a mi casa a echar un polvo. Sí. Iba en serio.

Eli abrió los ojos, perpleja.

—Pero... pero... No tiene mucho sentido. La cena ha sido... horrible —musitó.

—Mira, voy a serte sincero —habló él en voz baja, acercando su cara a la de ella—, es verdad que la cena ha sido un absoluto desastre que no me gustaría volver a repetir. No sé si el responsable he sido yo —seguro que ha sido así—, o has sido tú. —Respiró hondo antes de continuar—. Pero hay algo en ti..., que me tiene descolocado. No sé lo que es, pero me pone. De una manera como hacía tiempo que no me ponía nada. —Las últimas palabras las dijo en voz tan baja que Eli tuvo que inclinarse hacia él para poder escucharlas, quedando sus rostros a pocos milímetros de distancia—. Y ahora voy a hacer algo que tengo ganas de hacer desde el primer momento en que te vi —continuó, casi en un susurro. Eli sintió su cálido aliento contra la mejilla—. No suelo avisar, pero en tu caso voy a hacer una excepción por hoy, Elisa. ¿Sabes qué voy a hacer?

Eli negó con la cabeza. La presencia de él invadiendo su espacio la había dejado paralizada. Tenía el corazón a punto de salirse del pecho.

—Te voy a besar. Y no te estoy preguntando. Te estoy avisando —murmuró él—. Tienes tres segundos para apartarte. Tres... Dos...

Eli dejó de respirar. Su cuerpo había dejado de pertenecerle, así que aunque su cerebro le hubiese enviado la orden de marcharse a sus piernas, no le habría resultado posible.

—Uno...

La fuerte mano derecha de Cas le sujetó la nuca firmemente y sus labios cubrieron los suyos. Si ella había esperado un beso salvaje y avasallador se había equivocado. Con una dulzura poco corriente en un hombre de su tamaño y fiereza, Cas la besó apenas rozándole, una, dos, tres veces. La suavidad de esos labios la sorprendió gratamente. Casi en contra de su voluntad, se descubrió disfrutando del beso, deseando corresponderle. Incluso anhelando que fuese más atrevido.

Sintió una sospechosa humedad extendiéndose entre sus piernas, y se avergonzó. ¿Cuándo había sido la última vez que Lalo había conseguido excitarla así, con un simple beso? Y sin lengua... ¿Nunca?

Cas se retiró sin apartar la mirada de su cara. La expresión de sus ojos no delató lo que pensaba.

Eli respiró hondo. Le miró sin saber qué decir. Decidió bajarse del coche antes de empezar a balbucear como una tonta y ponerse en evidencia. Lo hizo. Sin volverse a mirarle se dirigió

hacia la casa.

—Elisa.

Se dio la vuelta, con las piernas temblorosas. Le miró expectante... ansiosa... vacilante... insegura... confusa...

—Te llamo.

Capítulo Siete

Eli cerró la puerta con suavidad. No quería que sus amigas se enterasen de que ya había regresado. Tenía la cabeza hecha un lío y lo último que deseaba en esos momentos era tener que contarles lo que había sucedido.

—¿Eli? ¿Ya has vuelto? —escuchó la voz de Sandra desde el salón.

«Genial», pensó. Resignada, miró hacia el techo.

—Pero ¿qué ha pasado? ¿Por qué estás aquí? —Tana apareció ante ella. Llevaba puesto un pijama de seda rojo, y el pelo recogido en una coleta alta. La miraba con sorpresa—. ¿Tan horrible ha sido?

—Peor —repuso Eli sin mirarla, dirigiéndose al salón.

Sandra estaba sentada en el lujoso sofá de cuero blanco con un bol de palomitas entre las piernas. También llevaba puesto un pijama parecido al de Tana. La televisión estaba encendida con el volumen muy bajo. Parecían haber estado viendo una comedia.

—Cuéntanos qué ha pasado —le instó Sandra, haciéndole un gesto para que se sentase a su lado.

Eli se quitó las sandalias y dejó el bolso en el suelo, antes de sentarse con las piernas encogidas debajo de ella. Apoyó la cabeza en el sofá y dudó. ¿Por dónde empezar?

Tana se había sentado frente a ellas, en un butacón enorme, también de cuero. Mientras esperaba a que Eli hablase, cogió el mando y apagó la televisión.

—Yo ya sabía que iba a ser un fracaso y os lo dije —comenzó Eli, mirando a Tana con acritud—. Me ha llevado a un sitio horrible. Parecía que nos hubiésemos trasladado a la serie esa de los moteros, *Hijos de la Anarquía*. El lugar, imposible de describir, solo el nombre ya lo dice todo. —Hizo una pausa levantando las manos, como si dibujase un cartel en el aire—. ¡*El sueño eterno* sobre una lápida! —Su horrorizado tono de voz hizo que tanto Tana como Sandra se tapasen la boca, intentando contener la risa.

—¡No os riais! ¡No ha sido gracioso! Ya sabéis lo nerviosa que me pongo cuando me tengo que enfrentar a lo desconocido... No he parado de tartamudear... Y lo peor han sido sus comentarios... —suspiró, mientras se alisaba la falda con nerviosismo.

Tana y Sandra dejaron de reírse. Se miraron la una a la otra, con algo parecido a la preocupación en el rostro.

—¿Qué te ha dicho? —inquirió Tana mostrando enfado—. ¿Se ha pasado? No pensaba...

—Ah, déjalo. Tampoco ha sido para tanto si lo pienso... pero ha ridiculizado mi peso...

Sandra ahogó un gemido. Y Tana frunció el ceño.

Eli guardó silencio unos instantes intentando encontrar las palabras adecuadas. En un círculo como el suyo, el tema del peso era algo muy serio; y en su caso, todavía más, debido a la obsesión que su madre tenía con la alimentación y la gordura. Y sus amigas lo sabían. Ellas no eran tan obsesivas como Eli, pero también cuidaban su peso, aunque no muy en serio si se tenía en cuenta el bol de palomitas que Sandra sostenía entre las piernas.

—Ha insistido en que probase su hamburguesa y como he dicho que no, ha intentado convencerme para que probase sus patatas... Luego ha dicho algo así como que era absurdo que no comiese hidratos... —Volvió a suspirar—. Supongo que le he dado más importancia de la que debía.

—Eli —comenzó Tana, al cabo de unos segundos de haberla observado con atención—, deberías superar ese tema y poner a tu madre en su sitio. No pasa nada porque un día te comas una hamburguesa. No es para tanto.

—Lo sé. Lo sé. No hace falta que lo digas... pero... no sé... han sido tantos años de presión...

—Toma. —Sandra le ofreció el bol de palomitas—. Come un par y deja de sentirte culpable. De todas maneras tu madre no está aquí, ¿no?

—¿No hemos dicho que estos días iban a ser perfectos para tomar malas decisiones? —añadió Tana—. Come palomitas. Ya.

Eli soltó una risita nerviosa, mirando a sus dos amigas. Con lentitud levantó la mano y cogió un par de palomitas. Se las metió en la boca y masticó.

¡Estaban buenísimas!

—Asunto zanjado —concluyó Tana con una sonrisa—. La próxima vez que quedes con Cas, ya te puedes comer una hamburguesa.

A Eli se le borró la sonrisa de la cara.

—No creo que haya una próxima vez...

Y procedió a relatarles todo lo que había sucedido. Les habló de su incomodidad, de la broma de la cerveza y de cómo había reaccionado durante toda la cena. También les contó el «ofrecimiento» que él le había hecho para ir a su casa a terminar la velada.

—Pero entonces, sí está interesado en ti, ¿no? —arguyó Sandra.

—Por lo menos en acostarse contigo, que era lo que querías —adujo Tana.

—¿Lo que quería yo? ¿O lo que *vosotras* pensabais que era mejor para mí? —preguntó Eli con una pizca de sarcasmo.

—A fin de cuentas, es lo mismo. Tú a veces no sabes qué es lo que más te conviene. —Tana la miró con los ojos entrecerrados—. Has decidido no ir, claro, si no, no estarías aquí ahora.

—Sinceramente, no es mi tipo.

Sandra bufó con incredulidad.

—¡Por favor, Eli! ¿A quién pretendes engañar? —exclamó Tana, poniéndose de pie y encarándose con ella—. Cada vez que nos cruzamos con él, se te van los ojos detrás, y si mencionamos su nombre, te pones roja como un tomate. ¿No es tu tipo? ¡Ja! ¿Y quién es tu tipo? ¿Lalo? —terminó con tono despectivo.

—Lalo es un hombre encantador.

—Muy encantador, muy controlado, muy comedido, muy pulcro, muy educado, muy serio, muy limpio, muy en su sitio... ¡Muy aburrido!

Sandra asentía ante cada epíteto que salía de la boca de Tana.

Eli aguantó el chaparrón, sabiendo que su amiga tenía razón. Ella pensaba lo mismo más o menos, pero era difícil admitirlo. Sobre todo cuando los últimos años de su vida se los había pasado convenciéndose de que ese era el hombre con el que se iba a casar.

—Quizá tengas razón, pero eso no quita que Cas sea poco adecuado para mí —arguyó, irguiéndose en el asiento—. Es rudo y descortés. No me ha abierto la puerta del coche... Y ya habéis visto *qué coche*: sucio y lleno de golpes... Hace comentarios inapropiados todo el rato, y no para de soltar tacos. Es obsceno y soez. Se burla de mí y habla con sarcasmo... ¿Y su aspecto?, ¿qué me decís de su aspecto? —elevó la voz—. No voy a negar que es guapo, muy guapo, pero... esos vaqueros ajustados, y ¿botas de militar?... Y los tatuajes de presidiario... Solo de pensar en ellos me estremezco.

Tana y Sandra la miraban desconcertadas.

—¡Dios, Eli! —exclamó Tana—. Eres una snob.

—Pues claro que soy una snob. ¿No lo somos todas? —repuso con voz fría, al tiempo que se levantaba del sofá. Se agachó para recoger las sandalias del suelo, dando la conversación por terminada, y con ellas en la mano se giró, dispuesta a marcharse.

—A veces eres igual que tu madre.

La voz de Tana a su espalda la hizo detenerse. Cerró los ojos y respiró hondo. Odiaba que la comparasen con su progenitora y Tana lo sabía.

—Además, la idea no era que te casases con él, solo tenías que echar un polvo y disfrutar por una vez en tu vida —sentenció la otra con sarcasmo.

Continuó andando sin darse la vuelta. Las palabras de su amiga resonaban en su cabeza, mientras iba subiendo las escaleras de camino a su dormitorio. ¿De veras pensaba que era como su madre? No. No podía ser. En secreto siempre había deseado no parecerse a Carmen de Luis, portada de las revistas del corazón en más ocasiones de las que a ella le gustaba recordar, y mujer florero por conveniencia propia.

Cuando llegó a su habitación se encerró y se sentó en el borde de la cama, con la mirada fija en el vacío. Gracias a Dios que no les había mencionado a sus amigas lo del beso. Le parecía un momento demasiado privado e íntimo como para compartirlo con nadie.

Se rozó los labios con los dedos, con suavidad, y rememoró la dulzura con la que él la había besado y la curiosa aspereza de su mentón sobre su piel... Se estremeció solo de pensar en *ese* beso.

El beso de Cas...

Capítulo Ocho

El móvil comenzó a sonar. Los primeros acordes de *Highway to Hell* de AC/DC invadieron la tranquilidad del taller.

—Jefe, te llaman —gritó Tony desde la parte delantera.

Se encontraba en la parte trasera, revisando unas piezas de repuesto que acababan de llegar cuando escuchó a su mecánico llamándole. Dejó lo que había estado haciendo y se dirigió a su oficina.

La pantalla del móvil indicaba que era su amigo Pep, el dueño del *Crazy Coconut*. Cas había estado esperando su llamada; celebraba su cumpleaños esa noche y suponía que quería confirmar la hora.

—Eh, Pep, ¿a qué hora hay que estar allí? ¿Hay que llevar algo?

—...

—Ok, allí estaré ¿Has llamado ya a Jan y a Till?

—...

—Vale, perfecto. Oye... a lo mejor voy con alguien, no hay problema, ¿verdad?

—...

—¡Qué va! Ni novia ni hostias. Es una amiga.

—...

—Sí, nos vemos.

Colgó.

Se metió el móvil en el bolsillo del pantalón y volvió a la parte trasera. Mientras retomaba su tarea no pudo evitar pensar en *ella*, como tantas veces lo había hecho desde la miserable cena del domingo.

Había sido un verdadero desastre. La situación más incómoda —para ambos— desde que el mundo era mundo. Y no podía dejar de pensar que, en parte, él había sido responsable. Desde el primer momento había sabido que no era el tipo de chica que uno se podía encontrar en *El sueño eterno* y aun así había decidido llevarla allí para ¿provocarla?, ¿probarla? Ahora ni siquiera

sabía por qué lo había hecho... No era extraño que la noche hubiese acabado tan mal.

Nunca había visto a nadie tan incómodo como la había visto a ella esa noche. Desde el momento en que había salido del chalet y había visto su abollado y sucio Navara, había sabido que la noche iba a ser un fiasco. En el fondo se había sentido muy molesto de que ella le juzgase por el aspecto de su coche, o por sus tatuajes —que había mirado en diversas ocasiones, sin poder ocultar su desagrado—. Le había enojado, y por eso había decidido llevarla a *El sueño eterno*, como una especie de venganza.

La había cagado.

Desde aquella noche había hecho examen de conciencia y meditado sobre su actitud. Él solía ser franco y no tenía pelos en la lengua, decía lo primero que se le pasaba por la cabeza y nunca había tenido problemas con otras mujeres, parecía gustarles incluso, pero si de verdad quería tener algo —lo que fuese— con *esa* chica, iba a tener que actuar de otra manera.

No iba a cambiar por ella, él era como era, pero sí podía ser algo más diplomático. Menos brusco... No estaba acostumbrado a tratar con ese tipo de chicas, tan educadas y controladas... Ella era tan etérea... —sí, esa parecía ser la palabra perfecta para describirla—, pero ¿acaso no le gustaban las cosas nuevas y los riesgos?

El beso que habían intercambiado en la puerta del chalet había estado bien. No había sido tan pasional como a él le hubiese gustado, pero le había servido para confirmar su teoría de que los labios de ella eran increíblemente suaves y dulces. Si cerraba los ojos y se imaginaba su tacto todavía le hervía la sangre.

¡Joder!

Al despedirse le había dicho que la llamaría y ya habían pasado tres días. Era un buen momento para contactar con ella. Preguntarle si quería ir con él al cumpleaños de Pep había sido una idea de última hora. Quizá no aceptase.

«El que no arriesga, no gana, ¿no?», se dijo.

En ese preciso momento su móvil volvió a sonar.

Era Jan.

Activó el manos libres antes de coger una de las pesadas cajas de madera y subirla a la estantería.

—Dime, Jan.

—Esta noche es lo de Pep. Te recojo a las siete, ¿te parece?

La voz de su hermano llegaba distorsionada a través del altavoz.

—No. Voy por mi cuenta.

—¿Y eso? ¿No habíamos quedado en ir juntos?

—Eh... sí —vaciló—, pero a lo mejor llevo a alguien.

—Ah, a Catherine Deneuve —replicó Jan con sorna.

Cas elevó los ojos al cielo.

—Ya veré. Te veo allí, ¿ok?

—Perfecto, Cas —repuso Jan con la risa vibrando en su voz—. Ah, y no te olvides de lavar el Navara antes de recogerla.

—¡Gilipollas! —exclamó Cas, colgando el teléfono; pero sonreía.

Le había contado a su hermano el fiasco de la cena y Jan se había partido de risa con la situación. Till todavía no lo sabía, gracias a Dios. Su nivel de cachondeo podía ser mayor de lo que ningún ser humano era capaz de soportar.

Aprovechando que tenía el móvil en la mano, buscó en la agenda de contactos hasta que encontró su nombre. Había cambiado Eli por Elisa la misma noche de la cena. Elisa sonaba genial, y no le recordaba a su bulldog inglés, blanca y canela, de veinte kilos y mirada adormilada.

Se dirigió a su oficina y cerró la puerta. Solo Tony estaba en el taller, y no cerca, pero para tener esa conversación, que quizá fuese un poco extraña, prefería estar solo y no ser interrumpido. Se apoyó en el escritorio y marcó.

Tres tonos más tarde alguien cogió el teléfono.

—¿Sí? —Era ella.

—Elisa, soy Cas.

Silencio.

—Ho... Hola, Cas —respondió al fin.

—Te dije que te llamaría.

—Sí, sí, claro... —El tono de ella reflejaba algo de frialdad.

—Quería preguntarte si te apetece venir a una fiesta. Es algo informal... esta noche... — Estaba más nervioso de lo que le hubiese gustado admitir.

—¿Esta noche? —repuso ella al cabo de unos incómodos segundos de mutismo.

—Bueno, esta tarde, a las siete, aunque supongo que se alargará hasta la noche.

Otro silencio.

—Esta noche ya tenemos planes, lo siento... —se oyó un murmullo de fondo—. Un momento, Cas, no cuelgues.

Él se quedó esperando con el móvil pegado a la oreja. Podía oír una conversación agitada al otro lado de la línea, pero no las palabras exactas. Escuchar que ella ya tenía planes para esa noche había resultado una decepción. Expectante, esperó a que ella regresase con su respuesta.

—Perdona que te haya hecho esperar, Cas... Dices que es esta tarde...

—Sí, sobre las siete. ¿Te recojo a las seis y media? —Se aventuró.

—Eh..., bien..., sí —vaciló ella—. Está bien. A las seis y media entonces.

Cas sonrió de oreja a oreja.

—Trae un bikini —añadió—. Es una fiesta en la playa.

Otro incómodo silencio se hizo al otro lado de la línea.

—Bien —terminó ella por contestar—. No hay problema.

Y colgó.

Cas dejó el móvil encima de la mesa. Se pasó la mano por el mentón, mientras pensaba sobre su fría actitud. Pero había aceptado, ¿no?

Quizá debería afeitarse y lavar el Navara...

* * *

Eli colgó el teléfono con la mano algo temblorosa. Había dicho sí... a una fiesta en la playa... Cerró los ojos... Se iba a arrepentir, seguro.

—Vamos, Eli, vamos a planear lo que te vas a poner —dijo Tana a su lado, cogiéndola del brazo.

Eli gimió, mirando a la otra con impotencia.

—¿Lo que me voy a poner? ¡Ja! Ya sé lo que me voy a poner... ¡El bikini! Es una fiesta en la playa.

—¡Genial! Así puedes estrenar ese bikini tan estupendo de Versace que trajiste de Nueva York.

—Sabes que mi cuerpo no es mi fuerte, Tana...

—Estupideces. Lo que no es tu fuerte es tu autoestima. Eso hay que trabajarlo.

Eli suspiró. ¿Cómo narices se había dejado convencer otra vez para salir con Cas? ¿Por qué era tan débil?

«No es debilidad... Es que tienes ganas de verle...»

La *otra* Eli se manifestó en su cabeza.

Era miércoles a mediodía, y habían decidido no bajar a la playa. Se habían quedado en casa, tomando el sol en la piscina. Alba y Sandra estaban en la cocina, organizando la comida, y Tana y ella acababan de salir del agua cuando su móvil había sonado. El número no le había resultado familiar.

Al escuchar la voz de Cas al otro lado de la línea se había puesto muy nerviosa, pero había sabido mantener la compostura, gracias a Dios.

Después del desastre, no había creído que él volviese a llamarla, pero se había equivocado. Era una llamada que había ansiado y temido al mismo tiempo. Ansiado porque no había podido quitarse de la cabeza a ese inapropiado hombre y su fantástico beso; y temido porque, a pesar de saber que deseaba verle de nuevo, seguía siendo demasiado apabullante y no sabía si iba a ser capaz de manejar las sensaciones que él provocaba en ella.

Era cierto que tenían planes para esa noche. Iban a ir a cenar al Club Náutico con Jaime y sus amigos.

—Llevas tres días arrepintiéndote de la actitud que mostraste en la cena. Esta es tu oportunidad de enmendarte —le dijo Tana, sacándola de sus pensamientos.

—Sí, sí... Ya lo sé... pero eso no tiene nada que ver con que me sienta un tanto insegura. La verdad es que me impone bastante.

—Mira, esta noche te vas a tomar unas copas y vas a desinhibirte un poco, Eli. Te vas a poner tu bikini fabuloso. Vas a soltarte el pelo... Y si te apetece, te vas a acostar con ese dios vikingo que ha aparecido en tu vida para alegrártela un poco... —Tana se detuvo delante de ella y le cogió el rostro con las manos—. Eli, tú vales mucho. Solo tienes que creértelo. —Se puso de puntillas y le dio un beso en la mejilla.

Eli abrazó a su amiga impulsivamente.

—Te voy a hacer caso, como siempre.

—Pues claro —repuso Tana, tomándola de la mano y arrastrándola a toda velocidad hacia la casa— Tenemos que contárselo a Alba y a Sandra, y preparar un neceser por si acaso no vuelves a dormir... y que no se nos olviden los condones...

Capítulo Nueve

Cas aparcó frente al chalet como había hecho tres días antes. Una extraña sensación de *déjà vu* le embargó. Aunque no todo era igual, reconoció. Esta vez los guardias de seguridad habían abierto la verja directamente, como si le hubiesen estado esperando. Y su Nissan Navara negro brillaba al sol, recién lavado.

Pequeñas diferencias, pero importantes.

El reloj del salpicadero marcaba las seis y veintisiete. Apagó el contacto y se bajó del coche. Vaciló. No sabía si esperar ahí o dirigirse a la casa. Todavía no había tomado ninguna decisión cuando la puerta se abrió. Se dio la vuelta.

Cada vez que la veía estaba más guapa que la anterior, o al menos eso le parecía a él. La miró de arriba abajo recreándose con la imagen que le fundió las retinas. Llevaba un vestido blanco, corto, bajo el que asomaban los tirantes de un bikini amarillo. Un sombrero de paja y unas gafas de sol enormes con montura blanca de estilo sesentero ocultaban sus facciones. Cas estuvo a punto de dejar escapar un silbido apreciativo.

—¿Ya estás lista? Estupendo —comentó, acercándose a ella y cogiéndole la bolsa de playa que llevaba colgada al hombro. Abrió la puerta de atrás y la dejó en el asiento antes de apresurarse a llegar antes que ella a la puerta del pasajero y abrirla.

Ella le miró, sorprendida.

—¿No habías dicho que no era tu estilo? —preguntó, perpleja. La expresión de sus ojos quedaba oculta tras las gafas de sol.

—Bueno, aunque soy medio alemán, no soy tan cuadrículado; siempre puedo probar cosas nuevas, ¿no? —repuso él, sonriendo.

Ella correspondió a su sonrisa mostrando su perfecta hilera de dientes blancos.

«Ok, esto funciona», pensó. «Si sigo así todo irá suave como la seda», se aconsejó a sí mismo.

Se sentó al volante y arrancó. De reojo, comprobó que ella parecía bastante más relajada que la vez anterior. Quizá también había hecho examen de conciencia y había decidido poner de su parte para que esa cita saliese mejor que la primera.

—¿Dónde vamos? —inquirió ella, una vez hubieron abandonado la urbanización y se encontraron en la carretera.

—A casa de mi amigo Pep. Vive en un chalet a unos treinta kilómetros de aquí.

—Oh, pensé que íbamos a la playa.

—Es la playa —repuso él—. Tiene una playa privada. Es su cumpleaños.

Le miró horrorizada.

—¿Su cumpleaños? Pero... No he traído nada...

Él se rio.

—No te preocupes. No va a haber regalos ni nada por el estilo. Dentro de poco es su aniversario de boda y ya les hemos regalado un viaje entre todos. Suficiente.

Ella asintió, más tranquila. No se había quitado las gafas ni el sombrero, y él deseó que lo hiciera. Se sentía raro hablando con alguien cuyas facciones quedaban ocultas.

Como si le hubiese leído el pensamiento, en ese momento ella se desprendió de ambos complementos y los puso sobre su regazo; luego le miró.

Cas giró la cabeza y la miró a su vez. Su pelo dorado, que el sombrero había mantenido sujeto, se había derramado sobre sus hombros, y un mechón suave se enroscaba justo sobre su delicada clavícula. Sus ojos se detuvieron en ese rizo unos segundos más de lo necesario.

—Estás muy guapa —murmuró, después de aclararse la garganta. Volvió a concentrarse en la carretera. Se sentía algo torpe siendo tan cortés. Si era sincero consigo mismo, lo que le hubiese apetecido hacer era cogerla en brazos y meterle la lengua hasta la garganta. Se removió inquieto en su asiento.

—Gracias. Tú también —contestó ella.

Él sonrió de medio lado. No se había arreglado para la ocasión, pero aceptó el cumplido. Llevaba unos pantalones cortos llenos de bolsillos, una camiseta blanca y sus All Star negras. Inconscientemente se pasó la mano por el mentón. Se había afeitado, eso sí.

—La otra noche nos quedamos a medias. ¿Por qué no me cuentas algo sobre ti?

Ella pareció dudar, pero pasados unos segundos, con un ligero titubeo, comenzó a hablarle del motivo que las había llevado a la costa, a ella y sus amigas. Le contó lo de la próxima boda de Alba con Jaime Llorens, algo de lo que él ya estaba enterado por Jordi. Después, como si poco a poco fuese encontrándose más a gusto en su compañía, la conversación se tornó más personal y le habló de sí misma, le dijo que acababa de volver de Chicago de hacer un máster en Derecho Internacional y que todavía no tenía pensado qué hacer en el futuro.

Cas la escuchaba con interés. Cuanto más hablaba, más evidentes eran las diferencias que

había entre ellos. Nunca antes se había relacionado con alguien que viviese cerca del Parque del Retiro en Madrid —él sabía que era una de las mejores zonas de la capital—, que hubiese estudiado derecho en el ICADE y hubiese hecho un máster en Estados Unidos. Estaba claro que se movía por sitios en los que él jamás podría plantar un pie. Y sin embargo, la primera impresión que había tenido de ella, la de que era una niña pija mimada, se iba desvaneciendo paulatinamente. Se expresaba de una manera exquisita, con un tono de voz pausado y uniforme; no obstante, parecía cercana, una persona diferente a la de hacía unos días.

Fascinado, la observó de reojo, tratando de averiguar qué podía haber sucedido para que hubiese cambiado tan radicalmente.

Cuando le llegó el turno a él de hablar de su vida, le contó un poco sobre sus orígenes, la historia de sus padres, que su madre tenía una pastelería en el pueblo y su padre vivía en Alemania. Le habló del estudio de tatuajes de Jan, y de su taller. Ella pareció sorprendida al enterarse de que era mecánico.

—¿No lo parezco? ¿Esperabas a un tipo lleno de grasa con las uñas negras? Me las he cepillado antes de venir a recogerte —añadió con tono jocoso.

—No, no... no es eso... —dijo ella, bajando la mirada.

—Es broma, Elisa. No me hagas caso —la tranquilizó—. Tengo un humor un tanto sarcástico.

Ella asintió, aliviada.

—Estamos a punto de llegar. Va a haber bastante gente, pero no te preocupes. A mí y a mis hermanos ya nos conoces, y Pep y su mujer Ana son encantadores. Los demás son buena gente, también.

Quizá traerla no había sido la mejor idea de todas, consideró. Sus amigos eran bastante abiertos y no tenían pelos en la lengua. Elisa era demasiado delicada, quizá. Esperaba que no la pusiesen en un compromiso haciéndole preguntas difíciles.

Suspiró.

—No te preocupes —repuso ella, como si le hubiese leído el pensamiento—. Siento haber dado la impresión de que no sé desenvolverme en ambientes que no conozco... Es verdad que me cuesta aclimatarme, pero estoy segura de que todo va a ir bien.

La miró de reojo con escepticismo. No sabía si ella deseaba convencerle a él o a sí misma.

—Es aquí.

Puso el intermitente y giró a la derecha por un camino estrecho de grava. Había varios coches aparcados en la entrada, entre ellos el Jeep de su hermano Jan. Aparcó bajo un grupo de

palmeras y se bajó del vehículo. Iba a acercarse a la puerta del pasajero para abrirla, pero ella ya se había bajado.

—No me dejas impresionarte —le dijo, acercándose.

—¿Quién ha dicho que no lo hayas hecho ya? —respondió ella, poniéndose el sombrero y las gafas de sol que ocultaban su expresión.

Cas se detuvo en seco.

¿Estaba coqueteando con él? ¿La tímida y serena Elisa le tiraba los trastos?

La miró arqueando las cejas, sorprendido. Una enorme sonrisa apareció en sus labios y un peculiar fulgor asomó a sus ojos.

«Así, sí», pensó.

* * *

Eli no había pretendido decir eso, pero las palabras habían salido de su boca sin que hubiese podido contenerlas. Era lo que pensaba, pero reconocerlo en voz alta y delante de él...

Era consciente de lo mucho que estaba esforzándose por hacer que se sintiese cómoda. Sonrió al pensar que había lavado el coche y le había abierto la puerta. ¡Si hasta se había afeitado! Y la conversación totalmente distendida y agradable que habían mantenido en el trayecto había contribuido bastante a que ella se encontrara a gusto. Estaba positivamente sorprendida.

Le miró de reojo, mientras se acercaban a la puerta de la casa. Estaba muy atractivo vestido así, sin pretensiones; y la camiseta blanca le sentaba de fábula con el bronceado de su piel. No era de extrañar que tuviese ese color viviendo allí todo el año. Hasta los tatuajes que cubrían sus fornidos brazos le parecían menos amenazadores ese día.

«Me comporté como una tonta el domingo», reconoció. «Tengo que intentar relajarme y no ser tan “snob” como diría Tana. ¿No es esto lo que siempre he querido? ¿Relacionarme con gente “normal”?»

De pronto Cas la cogió de la mano. Se sorprendió, pero aceptó el gesto como algo natural. Él pareció no darle demasiada importancia. Su mano era cálida y firme, callosa, y le provocó una agradable sensación contra la piel.

En vez de dirigirse hacia la puerta principal, Cas la guio hasta la parte de atrás de la casa, que era la típica construcción que se veía por la zona: un chalet unifamiliar de dos plantas de color tierra. Atravesaron un pequeño jardín. Las voces de los allí reunidos llegaron hasta sus oídos; también pudo escuchar música y el sonido de las olas rompiendo en la arena.

La casa se encontraba a solo unos cien metros de la playa y desde el mismo jardín se accedía a una playita privada. Se percató de que la fiesta estaba en su apogeo. Algo más de dos docenas de personas se congregaban alrededor de la piscina y en la misma arena de la playa. La ropa brillaba por su ausencia, allí todos andaban en bañador o bikini. Justo a la derecha de donde ellos se encontraban, había una larga mesa con comida, y al lado una barra de bar portátil ocupando todo el lateral de la vivienda. Numerosas tumbonas y mesas con sillas se hallaban repartidas sin orden ninguno, algunas ocupadas, otras no. Parecía ser una reunión un tanto caótica, muy diferente a las fiestas a las que Eli estaba acostumbrada a asistir.

—¡Cas! —llamó un hombre desde detrás de la barra, agitando el brazo. Eli calculó que tendría unos cuarenta años. Estaba muy moreno y era algo más bajo y delgado que Cas.

—Ven, ese es Pep —dijo él, guiándola hacia la barra. Se cruzaron con varias personas por el camino que le saludaron con efusividad, pero él no se detuvo a hablar con nadie. Su mano la agarró incluso con más firmeza.

—Hola, cabronazo —exclamó el tal Pep, palmeándole el hombro con fuerza cuando se encontraron frente a él. Luego se dirigió a ella con una enorme sonrisa—. Tú debes de ser Cathe...

—Elisa. Se llama Elisa —le interrumpió Cas con rapidez.

Eli se sorprendió al verle enrojecer. Era quizá la primera vez que le notaba azorado. Extendió la mano dispuesta a estrechársela al dueño de la casa, pero este se abalanzó sobre ella y le dio dos sonoros besos.

—¡Elisa! Encantado de conocerte. ¡Ana! —gritó, volviendo la cabeza—. Esta es mi mujer —presentó a la esbelta rubia de ojos azules que se acercó a ellos. Lucía un bañador verde y se movía con elegancia—. Esta es Elisa, la *amiga* de Cas —dijo, enfatizando la palabra amiga, aunque Eli no estaba segura de ello.

La rubia, después de hacerle un guiño a Cas, al que él correspondió con otro, le sonrió amablemente; no parecía tan efusiva como su marido, pero a Eli le gustaron sus maneras, más reposadas que las de Pep.

—Encantada, Elisa. —Se acercó y le dio un par de besos—. Estás en tu casa. Cas te la puede enseñar. Buscad un sitio donde dejar las cosas. Sin formalidades, ya sabes, Cas.

—Muchas gracias por la invitación. Y feliz cumpleaños —repuso Eli, dirigiéndose a Pep.

—Uf, no me lo recuerdes. Un año más viejo. ¡Qué horror! Tomad lo que queráis. Servíos vosotros mismos. Luego nos vemos. Voy a llevarles estas cervezas a mis suegros. —Y sin más, se alejó seguido por su mujer, que les hizo un gesto de despedida con la mano.

—¿Qué te parecen? —preguntó Cas, soltándola al fin, y dirigiéndose al extremo de la barra.

Eli se sintió extraña. ¿Cómo era posible que notase la ausencia de su mano? Era curioso.

—Son encantadores —dijo, paseando la mirada por el jardín. Había más hombres que mujeres, advirtió. La mayoría de la edad de Pep.

—¿Qué quieres beber? —Cas arqueó las cejas. Él mismo se estaba sirviendo una cerveza —. ¿Quieres una? Te prometo que esta es normal —añadió, al ver cómo ella arrugaba la nariz.

—No sé si debería creerte, pero acepto —le sonrió.

La miró con intensidad, como si hubiese dicho algo de vital importancia. Sus ojos azules se oscurecieron de una forma que no supo interpretar. Parecía un depredador a punto de saltar sobre su presa. Sintió cómo los pelos de la nuca se le erizaban.

«No te pongas nerviosa. Todo va bien», se dijo.

—¡Eh, Cas!

Una voz profunda a su espalda la hizo girarse. A solo unos centímetros de distancia, casi invadiendo su espacio, se encontraba Jan: el imponente tatuador. Tuvo que levantar la cabeza para verle la cara. Era igual de alto que su hermano y ese día ella no contaba con la ventaja de los tacones.

—Hola, Jan. ¿Hace mucho que has llegado? Esta es Elisa.

—Hola, Elisa. Ya nos vimos el otro día, creo —dijo él, inclinándose a darle dos besos. Tenía un ligero acento parecido al de Cas.

No pudo evitar sentirse avasallada. Una cosa era Cas, al que poco a poco empezaba a acostumbrarse, y otra, ese gigante tatuado del cuello a los tobillos, como podía apreciar a simple vista. No llevaba camiseta, solo un bañador, por lo que la mayoría de sus tatuajes quedaban al descubierto. Intentando liberarse de sus prejuicios absurdos y deseando mantener una mente abierta, le devolvió los dos besos con una tímida sonrisa.

—Sí, en el *Western Ribs*, ¿no?

Él asintió. Parecía más serio que sus dos hermanos, aunque quizá fuese su expresión o la nariz un tanto torcida.

—¿No ha llegado Till? —preguntó Cas desde detrás de la barra, tendiéndole una cerveza a su hermano y otra a ella.

—No. Llegará más tarde —repuso el mayor, encogiéndose de hombros, mientras daba un trago de su vaso. Después giró la cabeza y la miró sin ningún disimulo —Supongo que te lo habrán dicho muchas veces y voy a ser poco original, pero ¿sabes que te pareces muchísimo a Catherine Deneuve?

Cas resopló, elevando la mirada hacia el cielo.

Eli bebió de su cerveza con cuidado, pero como Cas había dicho, era normal. Sonrió, mirándole de reojo; este levantó su vaso y le guiñó un ojo con picardía.

El corazón comenzó a latirle más deprisa.

Azorada, se concentró en Jan y en la pregunta que acababa de hacerle. Descubrió que le apetecía hablar con él. Prejuicios aparte, y aunque no podía evitar que sus ojos se fijasen en la profusión de tatuajes de colores que adornaban la mitad de su cuerpo, con el tatuador se sentía relajada.

—El primero en mencionarlo fue tu hermano Till, el otro día. Si te soy sincera, nunca me lo habían dicho antes.

—Entonces es que no te relacionas con la gente adecuada. —Jan sonrió de medio lado y sus duras facciones se suavizaron.

Ella soltó una carcajada. Le caía bien Jan. Se sentía más a gusto de lo que había pensado.

Cas apareció a su lado en ese instante. La miraba con una sonrisa deslumbrante.

—Como ya te habrás dado cuenta, mi hermano mayor está intentando tirarte los trastos —dijo, y acercando su cara a la de ella, añadió en voz baja—, pero todos sabemos que no le va a servir de nada porque se nota a la legua que estás colada por mí.

Eli volvió a llevarse el vaso a los labios y le miró por encima del borde tratando de contener su descontrolado corazón.

—Eso ha sido hasta ahora —repuso Jan—. En el momento en que me ha visto a mí se le ha pasado la tontería, ¿verdad Elisa? Yo soy mucho más atractivo que mi hermano. —Le hizo una mueca cómplice.

—Os equivocáis los dos. —Una voz cargada de confianza se mezcló en la conversación. Eli sintió cómo un brazo le rodeaba los hombros y se envaró, pero al ver que se trataba del simpático Till, se relajó un poco—. Es a mí a quién prefiere. Sin duda. Soy el más guapo de los tres, el más simpático y el menos macarra. Yo no tengo esas pintas de chico malo, ¿verdad, Eli? Soy un buen chico.

De pronto la situación le resultó demasiado ridícula. El que esos tres hermanos que parecían salidos de un Valhalla moderno, se peleasen por sus favores, aunque fuese en broma, se le antojaba inverosímil y rayano en lo absurdo. Se echó a reír sin poder evitarlo. Cas la miró con sorpresa e incluso con algo de genuina admiración.

—¿Os estáis portando bien con mi chica? —Till le dio dos besos—. Gracias por cuidar de ella, Cas, hasta que yo llegase. Ya no te necesitamos.

Cas cogió a su hermano por el cuello y le apartó de ella, después le alborotó el pelo con cariño.

—Eres un payaso.

Till le soltó un beso en el aire antes de darse la vuelta y meterse dentro de la barra de un salto.

—¿Queréis otra? —les preguntó, mientras se servía una cerveza.

—Vamos a buscar un sitio donde dejar las cosas —contestó Cas, negando con la cabeza y tomando a Eli de la mano, como ya había hecho antes. El gesto cada vez resultaba más natural—. Luego nos vemos.

—Cuídamela —les gritó Till.

Eli se despidió de los dos hermanos con un gesto y una sonrisa. Estaba sorprendida de encontrarse tan cómoda. Todo era francamente agradable. En ningún momento se había sentido extraña con ellos. Sus bromas no le habían molestado, por el contrario, habían hecho que se sintiera como si formase parte del grupo. Como si fuese una más.

¿Qué pensaría su madre si la viese allí, codeándose con esa gente y formando parte de su círculo? Riéndose con ellos..., y bebiendo de un vaso de plástico... Sonrió al imaginarse su cara.

—¿Te diviertes? —le preguntó Cas.

—La verdad es que sí.

—Cojonudo.

Eli tuvo que refrenar el impulso de arrugar la nariz al escuchar la palabra malsonante. Bueno, no todo podía ser perfecto, ¿verdad?

Él dejó su bebida sobre una mesita y la bolsa de playa en una tumbona que había junto a la piscina, y se alejó unos metros para coger otra. Después se quitó las zapatillas y la camiseta dejando su fornido pecho y sus tatuados brazos al descubierto. Debajo de los pantalones llevaba un bañador azul oscuro con una raya blanca en un lateral.

Eli le miró sin reservas, admirando su bronceado cuerpo. ¡Impresionante! Como recién salido de un anuncio de ropa interior... Se humedeció los labios con la punta de la lengua, sin ser consciente de que lo hacía, pero la mirada cargada de fuego de Cas, le reveló que él sí se había dado cuenta de su gesto.

Giró la cabeza, presa de los nervios, intentando recomponerse. Ella no solía ser así. Se fijó en una pareja que se alejaba hacia el mar de la mano. ¡Qué imagen más romántica!

—Vente al agua —dijo él, sacándola de sus pensamientos—. Esta es la mejor hora para bañarse.

Eli le miró. Dudó unos instantes antes de asentir. Dejó la cerveza sobre la mesa. Muy consciente de su poco voluptuoso cuerpo, pero dispuesta a no dejarse llevar por su inseguridad, se quitó las sandalias, se desabrochó el vestido y lo dejó sobre la tumbona. Evitó mirarle, pero sabía que los ojos de él seguían cada uno de sus movimientos. Se pasó las manos por el pelo y se lo colocó detrás de las orejas.

—¿Vamos? —preguntó, mostrando una confianza en sí misma que estaba muy lejos de sentir.

—Vamos —repuso él, volviendo a cogerla de la mano.

Juntos se alejaron hacia el mar, imitando a la pareja a la que Eli había admirado solo unos segundos antes.

Capítulo Diez

Cas estaba fascinado, a la vez que confuso. No podía creer que la chica que iba andando por la playa a su lado fuese la misma chica de hacía solo tres días. ¿Qué había pasado para que hubiese cambiado tanto en tan poco tiempo? Era como si otra persona hubiese tomado posesión de su cuerpo.

Desde luego, no iba a quejarse del brusco cambio producido en ella. Fuera lo que fuese lo que había pasado, la transformación había sido para mejor, para mucho mejor. Apenas si había mostrado trazas de nerviosismo o inseguridad. Nada de petulancia ni engreimiento. Un poco de timidez, quizá, pero le sentaba bien.

La miró de reojo. Caminaba con ese porte distinguido que la caracterizaba y que la hacía parecer recién salida de las páginas de una revista de moda. Con la cabeza erguida y los hombros muy rectos. Un golpe de brisa le agitó el cabello y ella se lo echó hacia atrás con la mano, dirigiéndole una sonrisa que estuvo a punto de hacerle tropezar.

¡Mierda!

Estaba hermosa con el sol brillando sobre su piel dorada y su pelo rubio. Las pecas que cubrían su nariz se acentuaban con esa luz, confiriéndole un aspecto de niña traviesa. El bikini amarillo que llevaba realzaba su figura delgada. No era demasiado curvilínea pero Cas acababa de descubrir que ese era el tipo de mujer que más le gustaba.

¡Joder! Se estaba empezando a comportar como un niño adolescente mirándola embobado. Era algo que no solía sucederle y, menos aún después de solo un par de breves encuentros.

—Me gustan tus hermanos —rompió ella el silencio—. Me gusta vuestra camaradería.

—Son pesados y unos aprovechados, pero lo soporto.

Ella se rio.

—¿Tú tienes hermanos?

—Uno. Más mayor —repuso—. Pero no tenemos ese tipo de relación que tenéis vosotros. Somos... más reservados.

Habían llegado al agua y ella pareció vacilar antes de meterse. Él tiró de su mano con suavidad, animándola. Lo cierto era que el agua estaba espléndida. La temperatura era ideal.

—Venga, no seas cobarde —la instó. Ella le siguió.

Se internaron en el mar, atravesando el rompiente de las olas y llegaron hasta el lugar donde el agua le cubría a ella los hombros. Cas la soltó para que pudiese moverse con más libertad. Nadó un poco alrededor de ella sin perderla de vista. Ella sumergió la cabeza y chapoteó, sin alejarse demasiado.

Estaban solos. A lo lejos se veía a alguien nadando en aguas más profundas; los demás bañistas se habían quedado en la zona donde cubría menos.

—Háblame de tu hermano y de por qué no estáis unidos.

Se acercó. Estaba realmente interesado. Para él era inconcebible que dos hermanos, que se habían criado juntos, no tuviesen una relación estrecha, como la que tenía él con Jan y Till. También discutían, pero eran familia, al fin y al cabo.

Ella hizo un gesto vago con la mano. Parecía no querer hablar de ello.

—No es un tema muy agradable de conversación.

—No importa. Quiero escucharlo —dijo él, acercándose todavía más. La cogió del brazo y la arrastró consigo un poco más adentro, donde sabía que ella no hacía pie, pero él sí.

—Eh... ¿Qué haces? —protestó, agitando las piernas e intentando desasirse.

—Traerte adonde no haces pie para tenerte a mi merced —le susurró al oído. Luego la abrazó por detrás y apoyó la cabeza sobre su hombro. Ella dejó de protestar, pero él sintió bajo la mano que le sujetaba el tórax cómo su corazón se aceleraba.

Reflejo del suyo propio, reconoció. El delgado cuerpo de ella, sin peso en el agua, pegado al suyo le provocaba sensaciones más que placenteras.

—Cuéntame lo de tu hermano —volvió a insistir.

—Es por cómo hemos sido educados —capituló ella. Hablaba en voz muy baja pero firme—. Pensarás que somos unos niños ricos mimados, y no te equivocas. —Hizo una pausa al tiempo que dejaba escapar una risa algo apesadumbrada—. Nuestra forma de vivir puede parecer absurda y de otro siglo, pero es la única que conozco... —suspiró—. Es todo cuestión de género. Él es un hombre, por lo que se espera de él que se convierta en el sucesor de mi padre en la empresa. Que haga lo que él..., que vaya a cazar los fines de semana, asista a comidas de negocios, juegue al golf con sus socios, ese tipo de cosas... Y de mí... Pues de mí se espera todo lo contrario. —Volvió a suspirar—. De mí se espera que organice fiestas y comidas benéficas, asista a rastrillos solidarios y juegue al tenis con otras mujeres del club. Que vaya de compras a boutiques caras... Me case, tenga hijos y me convierta en una «mujer florero». —Sus palabras estaban cargadas de amargura—. Por eso supongo que nos han educado de manera diferente a los dos. A él le han preparado para dirigir una compañía y a mí para decorar el brazo de mi marido... Es casi un milagro que me hayan costado una educación universitaria... En fin, como

ves, no tenemos nada en común y nuestra relación es distante —concluyó.

Cas la había escuchado en silencio. Por un lado le sorprendía que todavía hubiese familias tan rancias y retrógradas que pudiesen criar a sus hijos así, pero por otro, eso explicaba la actitud de ella el domingo pasado: sus modales y su forma de comportarse. ¿Qué te podías esperar de alguien que había recibido una educación tan machista? Lo sorprendente era cómo ella se estaba comportando ese día allí con él.

—Sinceramente, lo que más me sorprende es tu cambio de actitud —exteriorizó sus pensamientos—. La chica con la que cené el domingo pasado sí parecía ser esa que describes, a la que han educado como un objeto de decoración, pero ¿tú? Tú no. No sé qué habrá pasado en estos días para que hayas sufrido un cambio tan radical y hayas decidido venir hoy y comportarte de otro modo. Me tiene un poco descolocado.

Ella se dio la vuelta entre sus brazos y se agarró a sus hombros. Él la sujetó por la cintura, notando su suave piel bajo el agua.

—Mi amiga Tana me puso en mi sitio después de la cena —confesó con algo de reticencia, sin apartar la mirada.

—¿Qué te dijo? —La pregunta salió entrecortada de sus labios. La cercanía le estaba comenzando a afectar más de lo que había pensado.

—Me dijo que era igual que mi madre —musitó ella lo que parecía ser una sentencia terrible, bajando la mirada y clavándola sobre su pecho—. Y la verdad, es lo peor que podía haberme dicho.

Cas se quedó callado unos instantes, asimilando sus palabras. No tenía ni idea del tipo de relación que Elisa tenía con su familia, pero no parecía ser muy buena. Lamentaba haber sacado ese tema y haber estropeado el ambiente. Ella le había parecido tan relajada solo unos minutos antes bromeando con sus hermanos... Y ahora... Una sombra nublaba su bello rostro.

—Te propongo una cosa —dijo, levantándole la barbilla con la mano y obligándola a mirarle—. Vamos a disfrutar del día. Mira a tu alrededor. Estamos en la playa..., brilla el sol..., el agua está genial..., hay cerveza gratis y no de la fuerte... —le guiñó un ojo y los ojos de ella mostraron una chispa de diversión—. Además, ahí fuera hay dos cabronazos —y lo sé de buena tinta porque son mis hermanos— esperando a que salgas del agua para lanzarse a por ti y tirarte los trastos —terminó, asintiendo con mucha seguridad—. ¿Qué más se puede pedir?

Ella rio. Atrás parecía quedar la nube de tristeza que había oscurecido su semblante. Cas se felicitó en silencio por haber conseguido arrancarle otra sonrisa.

—Déjame enumerar entonces: la playa, el agua, el sol, la cerveza y tus hermanos... mmm... Todo perfecto. Menos lo de tus hermanos... No me creo nada de lo que dices de ellos —terminó ella, negando con la cabeza. Sonreía.

—Te seré sincero, entonces. —La atrajo hacia sí, hasta que sus pechos le rozaron el torso bajo el agua. Notó cómo se le aceleraba la respiración—. No puedo hablar por mis hermanos, es cierto, pero sí puedo hablar por mí —susurró cerca de su oído—, y lo que estoy haciendo ahora mismo es tirarte los trastos —concluyó, mirándola con mucha intensidad.

La distancia a la que se encontraban sus rostros era tan diminuta que pudo apreciar a la perfección los diferentes matices del color de sus ojos. No eran solo castaños, con la luz del sol reflejándose sobre ellos parecían cambiar de color a algo entre verde y avellana.

¡Dios, era preciosa!

El agua los mecía con suavidad acercándolos cada vez más, y Cas sintió cómo su cuerpo reaccionaba a esa cercanía. El roce de sus pechos y sus muslos hizo que una sospechosa erección comenzara a manifestarse.

De repente, ella hizo algo que le sorprendió. Se humedeció los labios con la punta de la lengua y, cerrando los ojos, acercó su boca a la de él. Cas apenas si pudo contenerse; cuando sintió esos carnosos labios contra los suyos, dejó escapar un gemido y la sujetó por las caderas apretándola contra su cuerpo.

Ella se tensó, pero no se apartó. Durante unos segundos él dejó que fuese ella la que tomase la iniciativa, permitió que depositase tímidos besos con algo de torpeza sobre su boca, lo que hizo que le hirviese la sangre. Pero pronto ni siquiera eso fue suficiente para él. Atrapó el labio inferior de ella entre los suyos, succionando despacio. Después, dejó que su lengua entrase en acción, penetrando con ella en su boca. Ella, vacilante, le facilitó el acceso e imitó sus movimientos y pronto se vio embargada por la pasión que él proyectaba. Le abrazó con fuerza e inclinó la cabeza un poco más para disfrutar del apasionado beso. Sus muslos, automáticamente le rodearon la cintura y él notó cómo su erección se acomodaba entre sus piernas.

De pronto, como si acabase de darse cuenta de lo que podía provocar un beso apasionado como ese, tan diferente a los castos besos que habían intercambiado el domingo por la noche, se apartó de él con brusquedad. Se alejó unos metros con la respiración acelerada y la cara de color escarlata.

Cas se la quedó mirando, confuso. Él también tenía la respiración acelerada y notaba cómo el corazón le latía a gran velocidad. Se pasó las manos por el pelo, provocando que multitud de pequeñas gotas de agua saltasen en todas direcciones. Ella había interrumpido el beso con tanta rudeza, que le había dejado sin palabras, perplejo.

Ella sumergió la cabeza en el agua y tardó en volver a emerger. Cas supuso que lo que quería era ganar tiempo antes de enfrentarse a él. Su ritmo cardiaco fue ralentizándose, y su erección comenzó a desaparecer con lentitud. Inspiró y espiró un par de veces, con calma. Una vez que se hubo tranquilizado, se dirigió hacia donde ella se encontraba; le daba la espalda y tenía la mirada fija en la playa.

—Elisa... —comenzó cuando llegó a su lado.

—No digas nada —le interrumpió, levantando la mano pero sin mirarle—. Mejor no digas nada, por favor. —Elevó la cabeza y se colocó el pelo mojado detrás de los hombros. Presentaba la misma imagen reservada y altiva que el domingo por la noche, y Cas entornó los ojos, disgustado.

—¡Joder! Diré lo que tenga que decir —repuso con dureza.

Giró la cabeza, sorprendida por su tono, pero se recuperó con rapidez y volvió a cargar sus ojos de desinterés y a mirar al frente, pareciendo de nuevo una niña petulante.

—Perfecto, pues di lo que tengas que decir —dijo con voz fría.

Cas apretó la mandíbula, intentando controlar su enfado. Pero ¿qué cojones le pasaba? ¿Acaso no había sido ella la que había empezado el beso? ¿Qué era lo que le molestaba tanto? ¿Que el beso se hubiera convertido en un beso de verdad, y que se hubiese excitado? ¿Qué pensaba, que él era de piedra?

El tiempo pareció haberse detenido. Según iban transcurriendo los minutos sin que ella moviese ni un músculo y permaneciera impasible e indiferente, su enfado aumentaba por momentos. ¿Qué era lo que pasaba por su cabeza? ¿En qué diablos estaría pensando?

—Solo ha sido un puto beso y nada más. Tampoco hemos echado un jodido polvo ni nada por el estilo. No hace falta que te pongas así, ¿no te parece, *Eisprinzessin*? —la increpó con acritud, deseoso de hacerla reaccionar.

Ella no se inmutó, pero él se dio cuenta de que sus hirientes palabras la afectaban más de lo que hubiese querido admitir. Alzó la barbilla de manera imposible y ridícula.

—¿Qué significa eso? —preguntó con apatía.

—Princesa de hielo, que es lo que pareces en este mismo momento.

¡Maldita sea! Si por lo menos supiese de qué iba ella, si consiguiera entenderla...

—No lo entiendes, Cas —dejó escapar entre dientes, contenida—. Apenas te conozco de unas horas..., y lo único que quería, mientras me besabas, era... —se interrumpió y cogió aire por la boca. Daba la sensación de que estaba a punto de decir algo horrible—. En lo único en lo que pensaba era en... que me echases un *jodido polvo*, como tú lo llamas —concluyó.

Y antes de que él tuviese tiempo de reaccionar, se alejó nadando con rapidez hacia la orilla.

Cas se quedó estupefacto. Lo último que hubiese esperado oír era algo así. La palabra *polvo* en sí parecía fuera de lugar en su boca, de algún modo, terriblemente equivocada; pero el significado de la frase en su conjunto era lo que le había dejado atónito.

Agitando la cabeza para aclarar sus confusos pensamientos, se apresuró a nadar tras ella, esperando alcanzarla antes de que llegase a la orilla.

Tenían que hablar.

* * *

Eli sabía que la seguía. Podía oír las brazadas a su espalda, pero confió en alcanzar la orilla antes que él. Allí, con tanta gente alrededor, le sería más difícil confrontarla con lo que había dicho.

¿Por qué narices le había dicho eso? No tenía ni idea de lo que le sucedía cuando estaba con él. No era capaz de pensar con claridad. Terminaba por decir cosas inapropiadas y absurdas.

¡Dios mío! ¡Había dicho *echar un polvo*! ¡Un *jodido polvo*! ¡En voz alta! Se moría de vergüenza solo de pensarlo. Aunque él mismo emplease ese lenguaje vulgar todo el rato y estuviese más que acostumbrado a escucharlo en otras mujeres, ella no era así. Para nada.

«Mira en lo que te has convertido después de solo unas horas con ciertas compañías». La Eli snob.

«Por una vez en tu vida has dicho lo que te apetecía decir sin ningún tipo de filtro». La *otra* Eli.

Se incorporó cuando el agua le llegaba por las caderas y comenzó a andar todo lo rápido que podía por la arena, pero sin éxito. La mano grande y callosa de Cas la cogió por el antebrazo.

—Tenemos que hablar.

Odiando hacer una escena, se detuvo y le miró. Él tenía esos impresionantes ojos azules clavados sobre su rostro. Había algo extraño en ellos que la confundió.

—¿Es necesario? —preguntó, fingiendo un aburrimiento que no sentía—. ¿No podemos hacer como que no ha sucedido nada?

—No me vengas con esas ahora —dijo él, sonriendo incrédulo—. No eres creíble, *Eisprinzessin*. No puedes soltarme lo que me acabas de soltar y luego pretender que no has dicho nada.

Ella le miró con los ojos entrecerrados. Gotas de agua brillaban en su poderosa mandíbula y sintió la imperiosa necesidad de pasar su lengua por ellas...

«¡Contrólate!», se regañó a sí misma, escandalizada por sus pensamientos. No sabía qué era lo que le estaba sucediendo, pero la cercanía de ese hombre le hacía perder la cabeza. Nunca antes su cuerpo la había traicionado de esa manera. Aún podía sentir la humillante humedad entre

sus piernas que el beso había provocado y que, gracias a Dios, quedaba disimulada por el líquido elemento donde se encontraban.

—Solo ha sido un beso, nada más. Podemos olvidarlo, ¿no? —consiguió articular al fin. Él seguía sujetándola por el brazo con firmeza.

—No sé..., quizá podría plantearme olvidar el beso... Quizá... —arguyó él, comenzando a andar hacia la orilla y arrastrándola consigo. Pequeñas olas rompían contra sus pantorrillas—. Pero lo del *jodido polvo* ni lo sueñes. Tú lo has dicho y yo lo he escuchado, así que dudo mucho que nada ni nadie me pueda hacer olvidar algo así. Lo tengo grabado a fuego en mi cerebro, *Eisprinzessin*.

Eli sintió deseos de que la tierra se abriese bajo sus pies y la enguliese sin dejar rastro. No le gustaba demasiado que él la llamase así, aunque la palabra sonase deliciosa en sus labios. Le miró de reojo y comprobó que estaba serio y bastante calmado, todo lo contrario a cómo ella se sentía. No la había soltado ni un segundo, y se sintió como una niña reticente a la que hay que llevar a rastras al colegio. Le hubiese gustado librarse de su contacto de un tirón, pero ya estaban en la orilla y varias personas los miraban con curiosidad.

—Me gustaría irme a casa... —comenzó ella.

—Ni lo sueñes —la interrumpió él en voz baja, deteniéndose de pronto—. No te vas a escapar así. Nos vamos a quedar aquí y nos vamos a divertir como estaba planeado. —Le soltó el brazo pero no se apartó.

La Eli snob estuvo tentada de protestar, de exigir que la llevase a casa en ese mismo instante, pero la *otra* Eli reconoció que se estaba comportando como una chiquilla. No podía hacerle responsable a él de algo de lo que no tenía culpa alguna. Era ella la que le había besado, y también la que se había asustado de su propia excitación, y la que no había sabido mantener la boca cerrada y le había dicho lo primero que se le había pasado por la cabeza, sin pensar en lo vergonzosa que iba a resultarle la situación después.

«Eres tú la culpable. Tú has provocado todo esto. Ahora no puedes dar marcha atrás».

Cas la miraba con algo de perplejidad, y a ella no le extrañó lo más mínimo, ella también estaría perpleja si tuviese que enfrentarse a alguien tan confuso y cambiante.

—Está bien —fue todo lo que dijo antes de encaminarse a las tumbonas donde tenían sus cosas. Él la siguió sin hacer ningún comentario.

El sol comenzaba a desaparecer detrás del chalet y las tumbonas se encontraban a la sombra. Sintió un escalofrío, que trató de contener sacando la toalla de la bolsa y secándose con ella. Se sentó en un extremo de la tumbona y evitó mirar a Cas, que se había sentado a su lado. Ni siquiera se molestaba en secarse; no parecía importarle que el sol ya no calentase.

—Voy a por una cerveza. ¿Quieres otra? —inquirió, cogiendo los vasos que habían dejado en la mesita a su llegada.

—¿Coca-Cola Zero? —preguntó ella.

—A ver qué hay.

—Puede ser normal —añadió antes de que él se marchase. Decidió hacer esa concesión. Llevaba años sin probar nada dulce, pero ya que toda su vida estaba volviéndose del revés gracias a ese vikingo, qué importaba un gramo más o menos de azúcar en su organismo.

Terminó de secarse y sacó un cepillo para el pelo. Mientras se peinaba observó a la gente que había a su alrededor. Todos parecían conocerse desde hacía tiempo y reinaba un ambiente agradable y algo ruidoso. Una carcajada estruendosa llegó hasta sus oídos y una sonrisa iluminó su cara. ¡Qué diferencia! Las reuniones que organizaba su madre en la casa de Formentera no se parecían en nada a esas. Por lo pronto, lo de ir descalzo y en bikini era de mal gusto; y lo de beber cerveza en vasos de plástico..., y el volumen de las conversaciones... ¡Imposible!

«Y lo de meterte en el agua con un chico y explorar su boca con la lengua y excitarte solo de sentir sus manos en tus caderas...»

Se mordió el labio inferior...

Jamás podría hacer algo así con Lalo... Actuar de ese modo en ¡público!

Levantó la mirada. Cas se acercaba con dos vasos en la mano. Uno de cerveza y otro de Coca-Cola. Se movía con una seguridad aplastante, más que a gusto con su cuerpo semidesnudo, observó Eli con velada admiración.

—No había Zero —le dijo, depositando el vaso en la mesita.

—No importa. Así está bien. Muchas gracias, eres muy amable.

—¡Qué formal estás, *Eisprinzessin!* Nadie diría que hace solo unos minutos me estabas metiendo la lengua hasta la garganta —comentó él en tono burlón, sentándose a su lado.

Eli enrojeció *otra vez*. Estaba claro que no iba a parar de recordarle lo que había sucedido a cada oportunidad que tuviese. Decidió ignorar el comentario y le dio un trago a su Coca-Cola, intentando ganar algo de tiempo y pensar con cuidado en sus siguientes palabras. Él se acercó todavía más a ella, robándole su espacio, de manera que tanto sus brazos como sus muslos se rozaban sin cesar.

La situación se convirtió en algo embarazoso cuando el silencio se alargó. Cas la miraba con los ojos entornados sin ningún tipo de discreción, mientras bebía su cerveza con parsimonia. Ella tenía la mirada fija en la playa y fingía ignorarle, pero era muy consciente de los ojos de él sobre su persona. Estuvo tentada de levantarse y alejarse de la intensidad del momento, pero

sabía que él no se lo iba a permitir. Dejó escapar un suspiro resignado; estaba claro que tenían que hablar, aunque ella hubiese preferido algo más de intimidad.

En ese preciso instante y justo cuando se había decidido a enfrentarse a él, los hermanos de Cas seguidos por la mujer de Pep y otro par de chicas se acercaron a ellos.

—El agua está deliciosa —comentó Till, dejándose caer en la tumbona de enfrente, mientras sacudía la cabeza. Un millar de gotitas de agua volaron en todas direcciones.

La mujer de Pep respondió algo a lo que Eli no prestó atención. Jan y las otras chicas se unieron a la conversación y comenzaron a hacer comentarios sobre la fiesta y lo buena que estaba el agua.

Casi sollozó de alivio. ¡Se había salvado de milagro!

Pronto, un grupo bastante nutrido se concentró en torno a ellos. Cas la presentó como su amiga y todos parecieron aceptarla de forma natural. Aparte de Ana, la anfitriona, había otras dos mujeres: Shelley, una inglesa que tenía una peluquería al lado del taller de Cas, según le dijo; y Astrid, una noruega que conocía a los tres hermanos desde hacía años. Ambas debían ser de su edad o algo mayores, y habían acudido con sus maridos: Arvid y Egil. Los demás componentes del grupo eran hombres; Eli no consiguió enterarse de sus nombres, o los olvidó, no estaba segura.

La conversación pronto se centró en las motos. Casi todos tenían una o pretendían comprársela. Le pidieron opinión a Cas, que no dudó en explayarse y explicarles cuáles eran las ventajas y los inconvenientes de una u otra marca. Eli le escuchaba fascinada. Se notaba que su trabajo le encantaba. ¡Cuánta pasión! Qué diferente a Lalo, que cada vez que hablaba de su trabajo lo hacía con un aire indiferente, como si estuviese hastiado de todo.

Las comparaciones eran odiosas y lo sabía, pero no podía evitarlo.

Al principio se había sentido un poco tensa con las otras mujeres, sobre todo porque se había dado cuenta de que la miraban sin parpadear y susurraban entre ellas. Había pensado que quizá la habían reconocido de alguno de esos reportajes que su madre siempre insistía en hacer para alguna de esas horribles revistas del corazón, pero ninguna había hecho ningún comentario al respecto y se habían limitado a sonreírle; habían comenzado a hablar de moda, zapatos y de los hijos de Ana. Al fin había conseguido relajarse y disfrutar de la reunión. No hablaba demasiado, solo cuando le hacían alguna pregunta directa; prefería mantenerse en silencio y escuchar.

Era consciente de que Cas estaba pendiente de ella. Notaba su mirada sobre ella con frecuencia, y cuando le correspondía, él le regalaba una sonrisa, que hacía que se le encogiese el estómago. Procuraba incluirla en las conversaciones, al igual que sus hermanos, que la trataban como si fuese una más del grupo.

Se encontraba a gusto. Le caían bien esas personas tan simpáticas y sencillas, tan poco artificiales.

Se permitió el lujo de contemplarle a hurtadillas, admirando su carisma y su seguridad en sí mismo. Su cuerpo fuerte y musculoso, bronceado y tatuado, destacaba sobre los otros, al menos eso le pareció a ella. Había conseguido lo que ni siquiera el hombre con el supuestamente se iba a casar había logrado jamás: excitarla con un simple beso. Nunca se había sentido así con Lalo, ni siquiera durante el acto sexual. Todo con él era algo planeado, controlado, casi aséptico. Tan diferente a lo que Cas le hacía sentir.

La situación era tan nueva para ella, que no sabía cómo debía actuar. Vergonzoso, si se tenía en cuenta que ya tenía veinticinco años.

Según se acercaba la hora de partir, sus nervios iban creciendo. Temía la vuelta, el momento en que estuviesen los dos solos en el coche de camino a casa, y la conversación que había quedado pendiente entre ellos.

La fiesta se iba a trasladar al pueblo, al concierto que un grupo local iba a dar en la playa. Cas no le había preguntado, pero parecía dar por hecho que iba a acompañarle. Ella todavía no se había decidido.

Era una estúpida, lo sabía, pero la situación le quedaba grande. Él le quedaba grande. Enorme, más bien. Tenía poca experiencia con los miembros del sexo opuesto, y ese era demasiado para ella. Tanto magnetismo la abrumaba. Había de reconocerlo.

Ya era de noche y solo las luces de la piscina iluminaban el ambiente. Pronto la gente comenzó a abandonar el chalet. Las mujeres se despidieron de ella con besos y sonrisas. Jan fue uno de los primeros en marcharse, no iba a ir al concierto porque al día siguiente tenía que madrugar. Till, que sí pensaba bajar a la playa, se despidió prometiéndoles que se verían en un rato.

Antes de lo esperado, Cas y ella se habían quedado solos, recogiendo. Durante las últimas horas se había establecido una especie de camaradería entre ellos y aunque no hablaban, el silencio no resultaba incómodo. Eli todavía sentía algo de desasosiego pensando en lo que había sucedido antes, en el agua, pero no deseaba que eso le estropease la tarde, que en conjunto había sido muy agradable.

—Eh, Cas... Tengo un problemilla —se oyó una voz a su espalda.

Se dieron la vuelta. Till se acercaba a ellos.

—¿Qué pasa?

—No me arranca el coche. Me he quedado sin batería. Me bajo con vosotros. —Se tiró en la tumbona más cercana y se pasó los brazos por detrás de la cabeza.

—Claro, hombre, pero ¿no tienes cables? Yo no llevo, se los presté a Jan.

—No, ni idea de dónde los tengo.

Eli sonrió. Le caía bien Till con ese aire descuidado y afable. Además, ahora le apreciaba todavía más si cabe. Acababa de salvarla de la temida conversación.

Se despidieron de Pep y su mujer y abandonaron el chalet. Solo dos vehículos permanecían todavía en la puerta.

—Te vienes con nosotros, ¿no? —preguntó Till, desde el asiento de atrás, dirigiéndose a ella una vez se hallaron en la carretera.

Dudó unos instantes antes de responder. Finalmente, tomó una decisión.

—He quedado con mis amigas en el Club Náutico; me están esperando —mintió—. Si pudieseis acercarme allí antes de ir al concierto sería estupendo.

Cas giró la cabeza y la miró con el ceño fruncido. Ella evitó mirarle.

—Pues que se vengan; va a estar genial —repuso Till.

—No... No creo —casi tartamudeó—. El novio de Alba ha organizado algo allí y sería una descortesía no asistir.

—Y ¿seguro que te están esperando? —intervino Cas con escepticismo—. ¿No tienes que ir a casa a cambiarte? —La miró de arriba abajo, deteniéndose en sus sandalias de playa y su vestido, tan poco apropiados para el Club Náutico.

—Oh... no, es algo informal... No hace falta... —farfulló. La mentira cada vez se hacía mayor.

—Pues pasaos el viernes o el sábado por la noche por el *Rock and Stars*, estoy currando allí —la invitó Till.

Eli le dio las gracias y le dijo que lo intentarían.

El trayecto hasta el Club Náutico no duró más de veinte minutos, durante el cual todo el peso de la conversación recayó sobre el hermano más joven, que no parecía ser consciente de la tensión que se había creado entre ellos dos. Cas se mantuvo en silencio, pensativo, y ella tampoco dijo gran cosa. Sabía que se estaba comportando como una cobarde, pero las circunstancias la habían desbordado. Necesitaba pensar sin que él estuviese cerca. Su presencia era demasiado poderosa y ocupaba un espacio excesivo en su mente.

Finalmente llegaron al puerto, que a esas horas de la noche no estaba muy concurrido, aunque las terrazas de los diversos restaurantes todavía no se hubiesen vaciado del todo. El Club

Náutico se encontraba justo al final, en un edificio de una sola planta muy bien iluminado y rodeado por palmeras. Cas se detuvo justo en la entrada.

Eli se giró para despedirse de Till, y con sorpresa observó que Cas se bajaba del coche y se encaminaba hacia su lado del vehículo.

—¡La hostia! ¿Qué le has hecho a mi hermano? —murmuró el otro con una sonrisa chistosa—. Si sigues quedando con él, pronto empezará a comerse la tortilla francesa con cuchillo y tenedor.

Eli le miró con impotencia. No estaba acostumbrada a tanta franqueza. Cualquiera de ellos conseguía abochornarla con ese tipo de comentarios. Se despidió de él, prometiendo acudir con sus amigas al *Rock and Stars* el fin de semana. Luego descendió del coche.

Cas le estaba sujetando la puerta y ella se sintió ridícula. Algo, que siempre le había parecido natural, de pronto le parecía fuera de lugar allí, con él. No sabía por qué, pero hubiese preferido que él actuara de una manera más acorde a cómo era.

—Sabes que no te vas a librar tan fácilmente, ¿verdad? —inquirió, cerrando la puerta. Era tan alto que ella tuvo que alzar la cabeza para poder ver su expresión. No parecía demasiado enfadado, pero sí algo molesto—. Hoy cedo yo porque no estamos solos, pero la próxima vez no va a ser así.

¿Iba a haber una próxima vez? A Eli le dio un vuelco el corazón.

—Muchas gracias por todo. Ha sido una tarde muy interesante. Lo he pasado muy bien.

—¿Todavía tan formal, *Eisprinzessin*? —Se acercó a ella reclamando su espacio, y Eli dio un paso atrás, amedrentada.

—Bueno, has sido tú el que se ha bajado del coche para abrirme la puerta —se defendió. Nerviosa, miró a su alrededor, pero no había nadie a la vista.

—¿No es eso lo que te gusta? —susurró él, bajando la cabeza y hablándole casi al oído.

Un escalofrío le recorría la espalda.

Till, que se había bajado del coche para ocupar el asiento que ella había dejado vacante, los observaba con curiosidad, se percató ella por el rabillo del ojo.

—¡Mejor me voy ya! —exclamó, apartándose con brusquedad.

Cas la miró con intensidad, pero no intentó volver a acercarse. Asintió un par de veces, antes de darse la vuelta y regresar al vehículo.

Eli comenzó a caminar hacia la entrada del Club Náutico con las piernas algo temblorosas.

Escuchó cómo él arrancaba. Estaba a punto de entrar cuando oyó su voz tras ella.

—Elisa.

Se giró. Él había bajado la ventanilla y la observaba con un curioso brillo en la mirada.

—Te llamo.

Capítulo Once

La música en el *Rock and Stars* era una mezcla de rock, heavy, punk, pop e incluso hip-hop. Y estaba a un volumen superior a lo soportable por el oído humano, decidió Eli al traspasar el umbral del local.

El público del establecimiento era también de lo más heterogéneo. Había chicas con minifaldas extra cortas y tops ajustados que podrían haber pasado por gogós, otras con vaqueros, botas y pinta de rockeras y la gran mayoría, como ellas mismas, turistas con vestidos playeros y sandalias. En cuanto a los hombres también destacaban los turistas vestidos de verano por su número, aunque los rockeros llamaban algo más la atención.

Eli y sus amigas se abrieron paso a través de la gente que ocupaba la primera sala, donde estaba la pista de baile, y se internaron en la sala del fondo. Allí la música no era tan estridente, y aunque también estaba llena de gente consiguieron hacerse un hueco al final de la barra.

Eli buscó a Till con la mirada. El guardia de la puerta les había dicho que estaba en la barra del fondo, pero no le vio.

Era sábado y habían decidido acercarse a esa playa y ver qué tal era el ambiente. Las últimas noches las habían pasado entre el *Crazy Coconut* y el *Western Ribs*, y querían cambiar de aires. Aunque la verdadera razón de encontrarse allí era otra.

Un vikingo algo y rubio en el que no podía dejar de pensar.

No había sabido nada de él desde la noche en que la había llevado al Club Náutico, a pesar de que había dicho que la llamaría.

Después de que él y su hermano la hubiesen dejado en la puerta, había entrado a la recepción y desde allí había llamado un taxi para que la llevase a casa. No podía acceder al interior del Club vestida de aquella guisa; y ella sabía que Cas lo había sabido, o al menos sospechado.

Esa noche no había podido dormir, desbordada por las desacostumbradas sensaciones que estaba experimentando. Había actuado de una manera tan impropia a como ella era, que no sabía muy bien qué pensar ni cómo justificar todo lo que había hecho o dicho. Se avergonzaba de habersele tirado al cuello para luego rechazarle. Era como si otra persona hubiese entrado dentro de su cuerpo y de su mente.

No se reconocía a sí misma.

A la mañana siguiente había desayunado con sus amigas y les había contado un poco por

encima lo que había sucedido. Todas, no solo Tana, habían estado de acuerdo en que se había comportado como una ñoña. Ella misma también lo pensaba. Todavía se acordaba de la conversación que había mantenido con Tana esa tarde en la piscina.

—*Pero entonces la que le besaste fuiste tú, ¿no?*

—*Sí, bueno... Yo fui la que empezó...*

—*Y luego cuando las cosas se pusieron serias, te apartaste y le miraste por encima del hombro.*

—*No exactamente, pero sí...*

—*Y después le dices que te has apartado porque lo que querías en realidad era echar un polvo pero te avergonzabas de estar cachonda.*

—*¡Qué vulgar eres, Tana! —Eli había cerrado los ojos, mortificada.*

—*¿Fue así o no?*

—*Más o menos —había admitido con reticencia.*

—*Y por último le dices que olvide todo lo que ha pasado entre vosotros, que ha sido un error y le pides que te lleve al Club Náutico, que tus amigas te están esperando. —Tana la había mirado con incredulidad.*

Escuchar en voz alta cómo había sucedido todo hacía que pareciese una niña boba.

—*Has quedado como una cretina, ¿lo sabías?*

—*Sí. Ya lo sé.*

—*Creía que habías decidido arriesgarte y pasártelo bien. Al menos eso dijiste.*

—*Lo sé, pero cuando estaba ahí y tenía que decidirme, de pronto todo empezó a pasar muy deprisa... Más deprisa de lo que yo esperaba... Fue todo tan rápido... Estábamos en el agua y estaba tan cerca y era tan apabullante..., y de pronto el beso y él ya estaba excitado y yo... —se había interrumpido, no sabiendo muy bien cómo continuar—. Lo cierto es que no es algo a lo que esté acostumbrada.*

—*Está claro. Solo de pensar en el pasional Lalo... —Tana había hecho un gesto despectivo con la mano.*

Ella no había replicado. Su amiga tenía razón.

—*Espero que te lo pienses bien la próxima vez que quedes con él —había dicho Tana,*

suspirando de impotencia—. No creo que tenga edad para juegucitos.

—¿La próxima vez? No sé si habrá una próxima vez —había comentado ella.

Y parecía que no se había equivocado. Habían pasado otros tres días y él ni siquiera había intentado ponerse en contacto con ella. Varias veces había cogido el móvil y había buscado su número, tentada de marcarlo, pero no había podido. Su tonto orgullo se lo había impedido. Cada vez que bajaban a la playa o iban al pueblo, se dedicaba a buscar el atlético cuerpo entre la gente, sin éxito. No había ni rastro de él ni de sus hermanos.

Al fin, sus amigas, hartas de verla con esa cara de tristeza, habían propuesto ir al *Rock and Stars*; quizá Cas estuviese por allí, habían sugerido. Y si no, siempre podrían sonsacarle a Till información sobre su hermano. Eli se había negado a ir al principio, pero había terminado por ceder. Si era sincera consigo misma, deseaba ver a Cas, o al menos saber algo de él.

Llevaban allí unos diez minutos y ya habían pedido sus consumiciones cuando por fin Till hizo su aparición. Las saludó a todas con efusividad y les sirvió otra copa que se negó a cobrarles. No obstante, apenas si pudo hablar con ellas un par de minutos, la barra estaba llena de gente y tuvo que volver al trabajo. Ni Eli ni ninguna de sus amigas tuvieron oportunidad de preguntarle por Cas.

Según avanzaba la noche el local se iba llenando cada vez más, y pronto las jóvenes tuvieron que compartir su trocito de barra con un grupo de ingleses de su misma edad más o menos, compuesto por cinco chicos de Londres que estaban allí de vacaciones. Solo uno de ellos no hablaba español, los demás lo hacían de manera bastante decente. No habían transcurrido ni veinte minutos y el más alto, un tal John, había conseguido separar a Eli del grupo y le hablaba demasiado cerca.

No era mal parecido y se notaba que era educado, aunque tenía pinta de llevar más de una copa encima, como todos ellos. Era muy alto y tenía los ojos azules, pero no tan azules como Cas, dictaminó. Decidida a no dejarse llevar por la melancolía que provocaba en ella su recuerdo, se esforzó por mantener una agradable conversación con él, aunque se sentía molesta cada vez que invadía su espacio.

Al cabo de un rato, John y otro de los chicos, un tal Sam, se fueron al baño y Eli pudo respirar tranquila unos segundos. Sus amigas seguían hablando con los otros tres que parecían encantadores. Ella aprovechó su distracción para volver a mirar el móvil. Nada. No tenía ninguna llamada perdida, ningún mensaje, ningún wasap. Se lo guardó en el bolsillo y bebió un trago de su Coca-Cola Zero.

Se sentía miserable.

* * *

Cas saludó al guardia de seguridad del *Rock and Stars* con un apretón de manos. Se

conocían desde hacía años, lo que no era muy sorprendente, en esa zona en invierno los residentes no eran tantos.

Entró en el local e hizo una mueca de desagrado. La música estaba a un volumen insoportable. Dejó vagar la mirada buscando a su hermano con los ojos. No consiguió localizarle a la primera, así que se encaminó hacia la barra del fondo. Till solía estar allí.

Lo último que le apetecía era estar en ese lugar en esos momentos, pero su madre le había pedido por favor que se acercase y le llevase a Till las llaves de su apartamento, que se había dejado olvidadas en su casa. Había estado a punto de negarse, pero sabía que si Till no recuperaba sus llaves, terminaría por irse a dormir a casa de su madre cuando terminase su turno, y eso sería a las cuatro o las cinco de la mañana.

Estaba agotado. Los últimos tres días habían sido una mierda, llenos de problemas, como una carrera de obstáculos. Primero, las piezas que había estado esperando para la nueva moto que estaban restaurando habían llegado equivocadas desde Leicestershire. Después, cuando había llamado para reclamar, no habían podido localizar a su persona de contacto, que al parecer estaba de baja, y el que estaba haciendo la sustitución no se enteraba de nada. Cas había tenido que darle largas a su cliente y reservar un vuelo para el lunes, para intentar resolver el malentendido. Después, el coche de su madre se había averiado y había tenido que acercarse para echarle un vistazo. Había terminado haciendo de chófer durante todo el día, llevándola de un lado a otro. Finalmente, se había tenido que ocupar de ir al estudio de tatuajes de Jan y atender al técnico del aire acondicionado porque su hermano estaba en la cama con fiebre. Y por último, eso, lo de las malditas llaves de Till.

Lo único positivo era que había recuperado su moto como nueva, gracias a Tony, claro. Había sido un alivio volver a ponerse el casco y sentir su máquina entre las piernas... Era mejor que el sexo...

Bueno, no..., con seguridad el sexo con esa chica que le traía de cabeza desde hacía días, sería mucho mejor que montar en moto.

Sonrió de medio lado.

Tenía ganas de volver a verla. Su intención era llegar a casa cuanto antes y pegarse una ducha, luego llamarla e intentar convencerla de que se viesen en algún sitio. A ser posible en su apartamento. A solas.

No la había llamado antes por dos razones; en parte porque había estado demasiado ocupado con su taller, su madre y su hermano, y por otro lado porque había decidido darle algo de tiempo para que aclarase sus ideas. Después de la escenita en el chalet de Pep, se notaba a la legua que estaba muy confusa y que no tenía claro qué era lo que quería. Y él deseaba que ella estuviese segura al cien por cien de que lo que quería era a él. Como él estaba seguro al cien por cien de que la quería a ella.

En su cama.

Desnuda, a ser posible.

Till no estaba en la barra del fondo, pero su compañero le dijo que había ido un momento a buscar más ron y que no tardaría en volver. Cas le dejó su casco para que lo guardase y se encaminó a los aseos.

Había un par de ingleses preparándose una raya de coca en la taza del retrete. Habían dejado la puerta del cubículo abierta y cualquiera podía ser testigo de lo que hacían. Cas, acostumbrado a ese tipo de escenas, sobre todo en lugares como ese, los ignoró. Pero no pudo evitar escuchar su conversación. Su inglés era fantástico por lo que no tuvo problemas a la hora de entenderlos.

—Está buena la tía esa, eh... —decía uno de ellos, el de la camiseta roja, al tiempo que se agachaba para esnifar.

—Para mi gusto, demasiado delgada. Me gusta más la otra, la morena —repuso el más moreno, esperando su turno.

—Sí, esa está muy buena también, pero es muy espabilada. Yo prefiero a la tímida, ¿sabes? Las tímidas son más fáciles de follar, al final. Las avispadas no te lo ponen fácil.

Cas hizo una mueca. ¿Había sido él así a su edad? No. Ni de coña. Probablemente les sacase unos ocho o diez años, tampoco era tanto, pero se sentía a años luz de gente como esa.

—Pero parece muy estirada y con esos aires... No sé si vas a poder... —El moreno se agachó para poder esnifar su parte de coca.

—Ya verás que sí... En el fondo se muere por chupármela. —Hizo un gesto obsceno, tocándose la bragueta—. Y si no..., mira lo que tengo... —Se metió la mano en el bolsillo y sacó una bolsita de plástico con dos pastillas blancas—. Con esto no hay tía que se me resista. —Y se echó a reír.

—¡Joder, tío, eres un crack!

Cas apretó la mandíbula. La ira que asomaba a sus ojos se reflejó en el espejo, mientras se lavaba las manos. Estaban tan colocados que, o bien no se habían percatado de su presencia o les daba igual. Decidió no perderlos de vista y avisar a la pobre chica que iba a ser víctima del hijo de puta ese. Y decírselo a Till para que los echase del local o llamase a la policía.

Abandonó el baño tras ellos. No los siguió, pero no les quitó el ojo de encima, mientras se dirigía a la barra. Su hermano había regresado y le esperaba con una sonrisa de oreja a oreja.

—Eh, Cas, ¿me has traído las llaves? Tengo una sorpresita para ti.

Cas, sin perder de vista a los ingleses, se sacó las llaves del bolsillo y se las lanzó a Till que las atrapó al vuelo. Iba a comentarle lo que acababa de escuchar en el baño cuando varias cosas sucedieron al mismo tiempo.

—Tu chica está aquí —dijo su hermano casi a gritos para hacerse oír por encima de la música.

Pero él ya la había visto.

Estaba justo frente a él, a solo unos veinte metros de distancia. Llevaba unos vaqueros cortos que se ajustaban a su figura y una blusa roja sin mangas. Estaba de perfil y hablaba con una de sus amigas, la pelirroja. Un par de chicos las rodeaban.

Cas sintió cómo se le aceleraba el corazón. Era curioso el efecto que ella parecía ejercer sobre él. Como siempre, estaba impecable. Perfecta.

En ese preciso momento se dio cuenta de algo que hizo que le hirviese la sangre en las venas. Los dos ingleses que acababa de ver en el baño se habían detenido junto a las chicas, y el cabrón de la camiseta roja, el de las pastillas, se pegaba a ella apartándola de los demás, cosa que no pareció agradaarle demasiado.

La visión de Cas se oscureció de pronto. La imagen llegó hasta él como a través de un túnel. No oyó la voz preocupada de su hermano a su espalda, preguntándole que qué sucedía. La gente, la música..., todo desapareció. Solo era capaz de ver una cosa: a Elisa y a ese hijo de puta tratando de invadir su espacio.

Casi sin ser consciente de lo que estaba haciendo, en dos zancadas se plantó delante del fulano y de Eli, que levantó la cabeza y le miró con una mezcla de alegría contenida y aprensión.

—*Fuck off, you son of a bitch!* Aléjate de ella, hijo de puta —masculló entre dientes, alternando ambos idiomas, dirigiéndose al cerdo. El tipo no era tan alto como él y tampoco tan fornido, por lo que Cas supo al instante que no tenía nada que hacer.

—¡Cas! —exclamó Eli horrorizada; su mirada reflejaba incredulidad y miedo al mismo tiempo.

—¿Quién es este tío, Eli? ¿Le conoces? —El inglés se permitió el lujo de plantarle cara y hablarle a ella con una confianza excesiva, en un español casi perfecto. Cas gruñó.

—Sí... Sí, claro que le conozco..., pero debe ser un malentendido... —tartamudeó ella, llevándose las manos al pecho.

—He dicho que te alejes de ella, y no lo voy a repetir otra vez —insistió Cas acercándose al inglés, de manera que solo unos centímetros los separaron.

Los amigos del interpelado, percatándose de que algo estaba sucediendo, tomaron

posiciones junto a su amigo; uno de ellos, le espetó también en español, aunque con más acento:

—Tío, ten cuidado, somos más que tú y te vamos a partir las piernas si no te largas.

Cas apenas le dirigió una mirada cargada de indiferencia, toda su atención estaba concentrada en el cabrón que se mantenía demasiado pegado a Eli para su gusto. Apretó los puños con fuerza y giró la cabeza un poco, mirándola. Ella se había quedado paralizada. Le observaba con los ojos muy abiertos, aterrada.

—Elisa, aléjate de él —le ordenó. Sabía que estaba asustada y su actitud violenta no facilitaba las cosas, pero no podía controlar la ira que sentía.

En ese instante, el inglés hizo algo que no debería haber hecho. La cogió por la cintura con un gesto posesivo y trató de apartarla.

—Ven, este tío no está bien de la cab...

No pudo decir más. El puño de Cas se estrelló contra su nariz. De pronto, se encontró en el suelo, sangrando profusamente. Se tapó la cara con las manos, intentando contener el torrente de sangre y gritando de dolor. Cas le miró con desdén.

Los otros ingleses intentaron echarse encima de él, pero Till y otros dos empleados del local ya se habían acercado y los detuvieron. Uno de ellos comenzó a gritar y a patear y los guardias de seguridad se vieron obligados a reducirle. Terminó en el suelo, al lado de su amigo.

Cas aprovechó el desconcierto para agacharse y meter la mano en el bolsillo del pantalón del gallito que se había enfrentado a él. Sacó la bolsita con las pastillas y se la tiró encima del pecho. Luego se dio la vuelta y se dirigió a Till.

—Estaban en el baño poniéndose hasta el culo de coca y planeando echarle esto a Elisa en la bebida.

Eli contemplaba la escena, anonadada. Se había apoyado en una de sus amigas y parecía estar temblando. Cas se acercó a ella.

—Vámonos de aquí —le dijo con voz suave, al tiempo que le tendía la mano.

Ella pareció vacilar, pero al cabo de un par de segundos dio un paso adelante y se agarró a él casi con desesperación.

—Llévatela a casa —intervino Till. Tenía el móvil pegado a la oreja y parecía estar hablando con el dueño—. Nosotros nos ocupamos de sus amigas, y de estos cabronazos. —Les dirigió una mirada cargada de desprecio—. No te preocupes.

Tana se acercó a Eli y la abrazó.

—Vete Eli, no hay problema. Luego hablamos.

Ella asintió, confusa. Se agarraba a su mano con fuerza, como si fuese una tabla de salvación y ella alguien a punto de ahogarse. Él intentó tranquilizarla con la mirada pero estaba demasiado agitada. La guio hasta la barra, dejando tras de sí la caótica escena. Le pidió su casco al camarero y le preguntó si podía buscar el de Till en la parte trasera. Mientras esperaban a que trajese los cascos ninguno de los dos habló. La música seguía sonando a toda pastilla, como si nada hubiese sucedido, y lo cierto era que el incidente había pasado desapercibido para casi todos los clientes. Tampoco era nada que no sucediese un sábado cualquiera. Así era el *Rock and Stars*.

Una vez tuvieron los cascos, Cas la condujo fuera del local. Ella se limitó a seguir sus instrucciones como si se hubiese olvidado de pensar por sí misma.

Había dejado la moto a la vuelta de la esquina. Se puso el casco y la ayudó a ponerse el de su hermano, que le quedaba un poco grande. Tendría que bastar por el momento, no tenían nada mejor. Lo único que quería era alejarla de allí cuanto antes, como fuese.

Arrancó la moto y le hizo un gesto para que subiera. Ella lo hizo. Aparentaba estar muy nerviosa y algo asustada. Sus ojos parecían más grandes de lo habitual en su rostro pálido.

—Todo está bien, Elisa —la tranquilizó, acariciándole la pierna con suavidad—. Agárrate a mí —añadió, cogiéndole los brazos y haciendo que se abrazase a su torso con firmeza. Sintió sus pechos contra su espalda y sus desnudos muslos pegados a sus caderas.

A pesar de que no lo había planeado de aquella manera y la noche había terminado de forma más violenta de lo que él hubiera deseado, tenía a Elisa exactamente donde había querido tenerla: sobre su moto.

Apretó la mandíbula y miró al frente.

Aceleró.

La Triumph Bonneville se perdió en la oscuridad.

Capítulo Doce

Seguía temblando cuando Cas paró el motor. El trayecto había sido demasiado corto como para que hubiese conseguido calmar sus nervios. Si cerraba los ojos todavía podía ver el rostro de él, desdibujado por la ira, golpeando con furia al bastardo inglés. Y la sangre... Sacudió la cabeza intentando alejar esas imágenes de su mente.

Cas volvió a apretarle el muslo, como había hecho en varias ocasiones durante el camino. Parecía estúpido, pero ese pequeño gesto había servido para calmarla un poco. Se bajó de la moto con las piernas temblorosas. Luego se quitó el casco y miró a su alrededor, tratando de averiguar dónde se encontraban. Habían bajado a la playa del *Crazy Coconut*, comprobó al ver las luces del restaurante a unos cien metros de distancia. Se encontraban dentro de una urbanización privada, en el parking. No tenía ni idea de qué hacían allí. Había esperado que él la llevase a casa.

Confusa, se dio la vuelta y le miró. Él también se había quitado el casco y la observaba en silencio. No pudo descifrar su expresión.

—¿Por qué estamos aquí? —le preguntó.

—Vivo aquí —repuso él, señalando los edificios a su espalda.

—Entiendo —dijo ella, pero realmente no entendía nada. ¿Por qué la había llevado él allí?

No creía que pasar un rato con él fuese lo más adecuado en ese momento. Todavía se encontraba bastante alterada por el altercado. No estaba acostumbrada a verse involucrada en peleas de bar. Odiaba llamar la atención y se le revolvía el estómago solo de pensar que uno de los infames *paparazzi*, que solían seguirla a todas partes, pudiese haber presenciado la escena. Hasta el momento parecía haberse librado de ellos, pero no podía estar segura.

En su fuero interno sabía que Cas no era el responsable del incidente, y que debía estarle agradecida por haber descubierto lo que ese maldito inglés tenía planeado hacerle, pero no podía dejar de pensar en el hecho en sí, y en la violencia que él había empleado. Había sido brutal. Su reacción le había hecho comprender cuán diferentes eran los mundos de los que provenían. Y aunque la lógica le dijese que lo único que él había hecho había sido defenderla, la figura del inglés tirada en el suelo, con la cara ensangrentada, la había aterrorizado.

Pero lo peor de todo era la especie de enfermiza fascinación que la había poseído al verle temblando de furia y perdiendo el control por ella. Había sido impresionante ver cómo ese imponente hombre cubierto de tatuajes, que parecía salido de una película de acción, perdía los papeles por ella.

No sabía si sus contradictorios pensamientos hacían de ella una mala persona. Lo que sí sabía, era que hacían de ella alguien diferente a cómo había sido solo unos días antes. La Eli de Madrid, la Eli de Lalo jamás podría haberse sentido fascinada por la violencia, y sin embargo la Eli que estaba ahí, en ese momento, sentía una mezcla entre repulsión y admiración cuando contemplaba al hombre que tenía enfrente. ¿Qué decía eso de ella?

—Vamos —susurró él, cogiéndola de la mano, y ella, como en trance, se dejó llevar.

El parking desembocaba en la zona ajardinada de las piscinas, que a esas horas estaba desierta. La atravesaron. El césped amortiguaba el sonido de sus pisadas. Pese a que la urbanización parecía grande, los edificios, tres en total, no debían tener más de cinco o seis plantas. La iluminación era bastante tenue, pero la mano firme de Cas la guiaba con seguridad.

Se detuvieron frente al edificio de la derecha y él abrió la puerta, cediéndole el paso. El portal, minimalista, con una pequeña recepción a un lado, también estaba vacío. Subieron a uno de los dos ascensores y él pulsó el botón del sexto piso, el último.

Eli deseó romper el silencio pero no sabía qué decir. Hubiese querido preguntarle por qué no la había llamado, no obstante desechó la idea. Él no tenía ningún tipo de obligación con ella. ¿Había ido a buscarla al *Rock and Stars* o había sido casualidad? Le miró de reojo; parecía distraído y tenía la mirada fija en la puerta del ascensor.

Por fin llegaron a la planta donde él vivía y sin soltarle la mano, la guio hasta el fondo del pasillo, a la última puerta. Abrió y encendió la luz, luego se apartó dejando que ella entrase en la vivienda.

A simple vista, Eli pudo comprobar que se trataba de un piso pequeño. Se accedía a un amplio salón con cocina americana a la derecha. A la izquierda había una puerta que Eli supuso sería el dormitorio. No había nada más. Los grandes ventanales del frente daban a una enorme terraza, en la que había una mesa de madera con sillas. Era el típico apartamento moderno, con muebles de Ikea, que probablemente cabría entero dentro de su vestidor, en su piso de Madrid, pero tenía algo que hacía que uno se sintiese cómodo. Quizá el organizado desorden o la falta de artificio. No sabía qué era, pero le gustaba. Las vistas al mar eran espectaculares, incluso a esa hora de la noche, en la oscuridad.

De pronto, sintió un empujón en la pierna y dio un respingo. Un bulldog blanco y canela se había sentado en el suelo frente a ella y la miraba con curiosidad, con unos enormes ojos castaños.

—Esta es Eli —dijo Cas, agachándose a acariciar la cabeza del perro—. Eli, esta es Elisa.

Eli se quedó mirando al perro con curiosidad. Así que era verdad lo que él había dicho sobre un perro llamado como ella. Se agachó y dejó que la otra Eli le oliese la mano. Al cabo de un instante, la perra, satisfecha, se alejó y se acostó en una especie de manta que había cerca de la cocina, en el suelo.

—Ya sois amigas. Estupendo —comentó él, quitándole el casco de la mano y dejando ambos sobre un sillón de cuero que había a la derecha—. ¿Quieres beber algo?

Eli negó con la cabeza. No estaba segura de qué hacía allí y tampoco sabía muy bien cuánto tiempo iba a quedarse. Se acercó a los ventanales y miró a través de ellos.

—No sé qué hago aquí, Cas —comenzó, sin darse la vuelta.

No le oyó acercarse, tal vez por eso, cuando sintió su presencia pegada a su espalda, se sobresaltó.

—Bueno, estás aquí conmigo. Yo quería que estuvieses aquí. ¿Tú no quieres estar aquí? — La voz aterciopelada de él junto al lóbulo de su oreja derecha la hizo estremecerse.

—No sé lo que quiero —susurró—. Lo que ha pasado en el *Rock and Stars*... No sé..., ha sido un poco desconcertante.

Él suspiró y ella notó cómo se apartaba unos centímetros. Pudo ver en el reflejo del cristal que él meneaba la cabeza antes de apoyar las manos sobre sus hombros. El calor que se desprendía de ellas provocó que un gemido involuntario se escapase de sus labios.

—Estaba en el baño y les he escuchado planearlo todo. Lo que no sabía es que su objetivo eras tú... Cuando los he visto ir hacia donde tú estabas... La verdad, me ha invadido la cólera... Se merecía lo del puñetazo, Elisa —se justificó él con voz ronca.

—Seguro que sí, Cas..., y te estoy muy agradecida. No sabes cuánto. Es..., es solo que... Bueno..., no es algo que suela ver todos los días... Que a alguien le rompan la nariz delante de mí —concluyó. Sin ser muy consciente de ello buscó la mirada de él en el cristal, pero el reflejo no era demasiado nítido y no la encontró.

Durante unos segundos ninguno dijo nada. Fue él el que rompió el silencio al fin.

—Supongo que los hombres con los que te sueles relacionar no van en moto, sino que conducen un Ferrari, y tampoco se visten así ni llevan el cuerpo lleno de tatuajes. Y desde luego no viven en un apartamento de un dormitorio con cocina americana... —Hizo una pausa antes de continuar con incuestionable frialdad—. Pero esto es lo que soy. Soy un mecánico de treinta y dos años que todo lo que tiene se lo ha ganado currando, y al que no le importa enfrentarse a un hijo de puta y partirle la cara, cuando es necesario. ¿Te asusto?

Ella negó con la cabeza. Claro que él no le daba miedo... Quizá la situación..., pero él no. No le conocía apenas, pero si algo sabía con seguridad era que jamás le haría daño.

Tenía que tomar una decisión. Era ahora o nunca. Podía darse la vuelta y pedirle que la llevase a casa, otra vez, y comportarse como la niña pija tonta que sus amigas la acusaban de ser... O bien podía darse la vuelta e iniciar algo que no sabía si iba a poder controlar, pero que estaba deseando que sucediera con todo su ser.

«Venís de dos mundos muy diferentes. Lo que pueda haber entre vosotros, ya sea una noche de locura o algo más, fracasará, sin duda. No tenéis nada en común». La voz de la Eli snob, más cuerda, resonó en su cabeza.

«Deja de comportarte como una virgen asustada y decídetes. Si no te arriesgas no vas a saberlo. Esta es tu última oportunidad de acostarte con este hombre. No lo estropees. Tú sabes que lo estás deseando». La voz de la *otra* Eli, trataba de imponerse.

Estaba claro quién iba a ganar esa vez.

Se dio la vuelta y le miró con fijeza. El deseo que vio en los ojos de él era solo un reflejo del deseo que irradiaban los de ella.

—Quiero acostarme contigo —murmuró al fin, bajando la vista.

—¡Joder, Elisa, pensaba que no me lo ibas a pedir nunca! —exclamó él con exultación, al tiempo que la levantaba en brazos y hacía que las piernas de ella se enroscasen en su cintura. Acto seguido su boca cubrió la de ella y la besó con fiereza.

Ella estuvo a punto de gritar por la sorpresa, pero los labios de él acallaron cualquier sonido que hubiese podido surgir de su garganta.

—Dúchate conmigo —susurró él en su oído, mientras la llevaba al dormitorio.

¡Ducharse! ¿Cómo? ¿Ahora? Se sintió abrumada. Él era como un ciclón, arrasando todas las barreras que ella se había pasado años construyendo. No sabía si iba a poder seguirle el ritmo, por lo que no contestó. Se limitó a enterrar la cara en su cuello y a dejar que él decidiese por ella. Aspiró. ¡Dios, su olor era indescriptible!

—No dices nada, así que supongo que es un sí.

Sin soltarla entró en el baño y buscó el interruptor a tientas. Eli cerró los ojos, huyendo de la inesperada claridad. Era todo más fácil a oscuras, decidió azorada.

Él pareció percatarse de su incomodidad porque encendió la lámpara que había sobre el espejo del lavabo, y apagó la más potente del techo. La iluminación cambió de manera radical, bañando la estancia con una luz mucho más tenue.

Levantó la cabeza y le miró. Sus ojos azules estaban fijos en ella; brillaban con pasión. Dejó que ella se deslizase por su cuerpo lentamente, hasta que sus pies tocaron el suelo. Eli no pudo evitar notar el bulto de su miembro erecto contra su estómago, y sintió como ella misma comenzaba a excitarse.

—Espera —murmuró él, alejándose y abriendo el grifo de la ducha.

Eli le observó con intensidad. Como ya había pensado mil veces con anterioridad, él tenía

ese aspecto de chico malo, de esos de las películas, con sus vaqueros ajustados que ponían de manifiesto su magnífico trasero y la camiseta blanca marcándole los bíceps y los pectorales. Tembló de impaciencia al darse cuenta de que estaba a punto de verle sin ropa.

Cas se acercó a ella. Alzó la mano derecha y cogió un mechón de su pelo que se le había soltado de la coleta; lo examinó brevemente con admiración antes de colocárselo detrás de la oreja. Deslizó la mano por su cuello y luego por su brazo. Eli notó cómo se le ponía la carne de gallina. Levantó la mirada y vio que el azul de sus ojos se había intensificado. Deseaba tocarle y sentir su piel bajo las palmas de sus manos, pero al mismo tiempo se sentía torpe e insegura.

—Tócame —pidió él en ese instante, como si le hubiese leído los pensamientos.

Eli depositó las manos sobre su pecho, que pareció endurecerse aún más ante su contacto. Comenzó a acariciarle con timidez, maravillándose de la fuerza que emanaba de él, deteniéndose en cada surco, cada montículo formado por sus increíbles músculos.

Él perdió la paciencia; con brusquedad la atrapó por las caderas y la atrajo hacia sí, juntando sus dos cuerpos. Las manos de ella quedaron atrapadas entre los dos. Inclino la cabeza y la besó, primero con suavidad, pero pronto eso pareció no ser suficiente. Le mordisqueó el labio inferior, y la excitación la embargó. Después la penetró con su lengua intentando explorar todos y cada uno de los rincones de su boca. Era increíble que con un simple beso, ese hombre pudiese conseguir que ella se derritiera. Un gemido de placer escapó de su garganta y fue a morir a la boca de él. Notó cómo su ropa interior se mojaba y se removió inquieta. Cas había abandonado su boca para recorrerle el cuello con pequeños besos húmedos y febriles.

—¡Joder, Elisa! ¿Sabes cómo me pones? Me vuelves loco. Mira —susurró. Y le cogió la mano, llevándola hasta donde su miembro erecto parecía que iba a estallarle en los pantalones.

Eli dejó que él la guiase, admirándose de su tamaño. Indecisa, tragó saliva y le acarició sin ejercer demasiada presión. El gimió, y eso la animó a ser más atrevida. Presionó con más fuerza. Él echó la cabeza hacia atrás y cerró los ojos extasiado.

De repente, se apartó, sorprendiéndola, dejándola temblorosa y confusa. Pero solo quería quitarse la ropa, lo que hizo casi con violencia. Se arrancó la camiseta de un tirón y la arrojó al suelo, dejando al descubierto su torso cubierto apenas por escaso vello rubio. Eli no pudo evitar deslizar su mano por él. Era suave. Sintió cómo la respiración de él se aceleraba, al igual que la suya.

Cas comenzó a desabrocharle la camisa. Sus manos parecían enormes manejando los diminutos botones. Le miró, insegura. Si bien era cierto que ya la había visto en bikini, en esos momentos ella era más que consciente de sus carencias, de su poco desarrollado pecho, de cómo se le marcaban las costillas y de la prominencia de los huesos de sus caderas.

Él pareció percatarse de que algo no encajaba porque se inclinó y la besó con suavidad.

—Eres perfecta, ¿lo sabías? Nunca había estado con nadie como tú, Elisa. Hay algo... No sé lo que es, pero me resulta imposible mantenerme alejado de ti. ¡Dios! ¡Qué ganas tengo de estar dentro de ti!

Ella cerró los ojos. Quizá él les decía lo mismo a todas las mujeres con las que se acostaba, pero en ese instante parecía tan sincero... que prefirió creerle.

La camisa de ella cayó al suelo, a sus pies, mostrando el sujetador blanco sin tirantes que llevaba debajo. Cas no perdió el tiempo. Con destreza abrió el cierre que se encontraba a su espalda, y dejó sus pechos al descubierto. Eli se sonrojó al sentir su mirada penetrante sobre sus desnudos senos, pero él no le dio opción. Se inclinó y con determinación comenzó a besarlos. Ella dejó escapar un gemido de placer.

—¡Dios, Elisa! Eres preciosa... *Mein Gott, bist Du wunderschön...* —No paraba de murmurar él, mientras que con la lengua le lamía los pezones erectos, abrazándola con fiereza. La aspereza de su mentón le arañaba la suave piel de forma muy erótica, y notó cómo la humedad entre sus piernas se acentuaba.

No le importó no entender ni una sola palabra de lo que él decía. Daba igual. Lo único que le importaba en esos momentos era esa lengua lamiéndola, chupándola, succionándola...

Él no tardó en apartarse y quitarle los pantalones y las sandalias, deleitándose en su esbelto cuerpo. Pronto se encontró de pie, delante de él, cubierta solo por las diminutas bragas blancas de encaje. Él respiraba con dificultad presa de la excitación. No podía dejar de observarla con fascinación, o al menos eso le parecía a Eli.

Sin dejar de mirarla, se quitó los pantalones y las zapatillas que llevaba, y después, lentamente, el bañador. Eli abrió los ojos sorprendida al ver su enorme pene erecto pegado a su estómago. Comenzó a respirar con rapidez. Notó cómo su sexo se empapaba más todavía.

Cas introdujo los pulgares en el elástico de sus bragas, y con una calma exasperante, las fue bajando, hasta que cayeron al suelo. Después comenzó un recorrido con su boca, lamiendo cada centímetro del cuerpo que estaba a su alcance. Comenzó en los senos, y descendió por su estómago, deteniéndose en su vientre, que mordisqueó con suavidad, haciéndola estremecer. Eli tuvo que apoyarse contra el lavabo; sus temblorosas piernas apenas la sostenían.

Se arrodilló frente a ella. Clavó sus ojos, nublados por el deseo, en su rostro antes de bajar la vista. Le separó los muslos con sus callosas manos, tomándose su tiempo para mirar y admirar el centro de su femineidad.

—*Fuck!* Estás empapada, Elisa —exclamó con la voz tomada por el placer—. Me encanta que te mojes así por mí.

Ella cerró los ojos, avergonzada. Se sentía tan expuesta, abierta para él...

Él tomó una de sus piernas y se la pasó por encima del hombro facilitándose así el acceso a su sexo. Ella se agarró con fuerza al lavabo y abrió los ojos. Los posó sobre la rubia cabeza, como hipnotizada. Sentía todo su cuerpo vibrando de pasión.

Con suavidad, él procedió a separar los ardientes labios con los dedos, y acercó la boca a su pulsante y caliente centro. Ella echó la cabeza hacia atrás justo un segundo antes de sentir su lengua lamiéndola de una manera increíble.

Gimió.

¿Cómo era posible que estuviese tan excitada y que hubiese perdido todas las inhibiciones? ¡Ese hombre conseguía cosas de ella, que nunca antes nadie había conseguido! No pudo seguir hilando pensamientos coherentes, la boca de él en su sexo la estaba volviendo loca.

Entonces él se detuvo y ella balbuceó como protesta, pero cuando sus miradas se encontraron y vio el fuego reflejado en sus ojos, esperó ansiosa, sin saber muy bien qué anhelaba, pero segura de que él sí lo sabía. Y de que se lo iba a dar.

Con delicadeza, utilizando sus dedos pulgar e índice, apartó el capuchón que cubría su clítoris, dejándolo al descubierto, enrojecido e hinchado. Ella le observaba cautivada. Vio cómo la punta de su lengua se acercaba a esa zona tan sensible y erógena, y sintió cómo se le ponía la carne de gallina. El calor se expandió por la zona baja de su vientre. Solo faltaban unos simples milímetros para que se estableciese el contacto... Y entonces lo sintió. Un jadeo ahogado rompió el silencio del baño, justo antes de que él succionase con firmeza provocándole un respingo. Se agarró al borde del lavabo con desesperación. Empezó a jadear...

Nunca antes había sido así. Tan intenso, tan profundo, tan diferente.

Intentó contener los gritos que pugnaban por salir de su boca apretando los labios con fuerza.

—Elisa, no te contengas. Quiero oírte gritar. Grita mi nombre —murmuró él contra su sexo, excitándola más todavía, si es que eso era posible.

Ella negó con la cabeza. Gemir en voz alta era algo que nunca se había permitido a sí misma, nunca. Sin embargo, la lengua de ese hombre podía hacer que se cuestionase todos sus principios.

Él levantó la cabeza y la miró con determinación. Sin apartar la vista le cogió la otra pierna y se la pasó por encima del otro hombro de manera que su sexo quedó totalmente expuesto y vulnerable a él. Y ella no tuvo más remedio que agarrarse al borde del lavabo con fuerza para no perder el equilibrio.

Él volvió a sumergir la cabeza entre sus muslos, y con su lengua, como si de un miembro se tratase, la penetró varias veces antes de dirigir su atención al abultado clítoris, de nuevo. Esta

vez hizo uso de sus dientes, mordisqueándola con delicadeza.

Eli gritó sin poder evitarlo.

—Joder, qué bien sabes... ¡Dios! —gimió él.

Las vibraciones que provocaron sus palabras la hicieron volver a gemir. Ya ni siquiera intentaba ahogar sus gritos. Había perdido el control por completo. Estaba a punto de alcanzar el clímax. Él también pareció darse cuenta de ello porque sin previo aviso se apartó, dejándola temblorosa e insatisfecha. Se incorporó y la ayudó a sostenerse en pie y ella tuvo la sensación de que sus piernas no iban a poder aguantar su peso. Le costaba respirar, al igual que a él, se percató. Estaba bastante afectado, y una curiosa sensación de triunfo la embargó. No tuvo tiempo de analizarla, ya que él se inclinó y la besó. Se saboreó a sí misma en su boca, mas lo que quizá con otra persona le hubiese hecho avergonzarse, con Cas no le importó. Había algo de morboso y lujurioso en sentir esa boca húmeda por su propia esencia devorándola a besos. Notó el pulsante miembro de él pegado a su estómago, y se estremeció, ansiando el momento en que por fin estuviese dentro de ella.

No iba a tener que esperar mucho más, comprobó con regocijo al ver como él se apartaba y abría un cajón del que sacó un preservativo. Luego la cogió de la mano y la guio hasta la ducha. Ella se dejó llevar.

Cas se llenó las manos de gel sin dejar de mirarla con lascivia, cosa que, para su sorpresa, le gustó. Comenzó a enjabonarse con lentitud, con movimientos sensuales que ella no pudo dejar de admirar. Le contempló con la respiración acelerada, deseando ser ella la que le frotase el cuerpo con vigor, recorriendo todos y cada uno de sus músculos.

Algo debió ver él reflejado en sus ojos, porque la cogió del brazo y tiró de ella, pegándola a su cuerpo cubierto de jabón. Le tomó las manos y se las apoyó contra el pecho. Cuando Eli sintió los pectorales de él bajo sus palmas, gimió con suavidad. Le acarició.

El agua caía sobre los dos, empapándolos.

Él se restregó contra ella y la abrazó, embadurnándola de gel con sus jabonosas manos. Le frotó los hombros, la espalda, las caderas... Ella sentía cada caricia magnificada por efecto del gel; era como si todas sus terminaciones nerviosas se hubiesen sensibilizado. El roce de ese cuerpo contra el suyo la estaba volviendo loca. Él comenzó a recorrerle el cuello con los labios.

—*Gott Du machst mich so heiss!*

No tenía ni idea de qué podía significar eso, pero las palabras, en alemán, le parecieron increíblemente eróticas. Se estremeció en sus brazos.

—Llevo días pensando en este momento —le susurró—. Deseando poder abrirte de piernas y hundirme dentro de ti. Deseando correrme dentro de ti y sentir como tú te corres conmigo.

Joder, Elisa, me pones tan cachondo. Deseo penetrarte hasta el fondo y ver cómo te vuelves loca...

Cerró los ojos, enardecida en grado sumo. Jamás hubiese pensado que la vulgar forma de hablar de Cas pudiese excitarla tanto.

—¿A... A qué estás esperando, Cas? —jadeó vacilante contra su hombro. Se sentía lasciva allí en la ducha, como si fuese otra persona, sin inhibiciones ni complejos.

Cas cogió el preservativo, que había dejado sobre una repisa, y rompió el envoltorio con los dientes. Ella observó, fascinada, cómo se lo enfundaba. Algo aprensiva contempló el endurecido miembro que parecía a punto de explotar... El tamaño era considerable y por un instante dudó de que pudiese caber dentro de ella.

Él la cogió en brazos y la apretó contra la pared; y Eli tuvo una extraña sensación, era la misma postura de la que había huido en la playa hacía unos días. Esta vez no había nada que se interpusiese entre ellos, ni bañadores ni bikinis ni vergüenza, comprobó con sorpresa.

Cas tenía la mirada fija en ella y su respiración era más que agitada.

—Agárrate a mis hombros —jadeó—. No te sueltes, *Prinzessin*. —Apoyó la frente contra la de ella y con lentitud, pero con firmeza la hizo descender, penetrándola con mucha calma.

Ella se mordió los labios con una mezcla de turbación y de éxtasis. Poco a poco empezó a sentir como el formidable miembro de él se introducía dentro de ella, dilatándola. Al principio sintió una pequeña incomodidad, que pronto fue sustituida por el placer, según él iba adentrándose más y más. En solo unos segundos, se encontraba enterrado por completo en su interior.

Él levantó la cabeza y la miró. La niebla que cubría su mirada solo podía ser de deseo. Una sonrisa lujuriosa le curvaba los labios.

—Por fin —murmuró con voz ronca.

Eli solo pudo asentir. Sentía cómo su sexo palpitaba excitado y el calor se extendía en su vientre. Solo deseaba que él se moviese dentro de ella.

Cas no se hizo de rogar. Inició sus movimientos sin apartar la vista de sus ojos. Al principio fue cuidadoso, pero cuando ella le clavó las uñas en la espalda, presa de la excitación, aceleró el ritmo. La sujetó firmemente por las caderas y comenzó a empujar con más ímpetu, al tiempo que devoraba sus labios con fiereza, ahogando con su boca los gemidos que ella exhalaba.

—No creo que aguante mucho más, Elisa. Me voy a correr —jadeó.

Eli no pudo contestar. Se hallaba en otro plano. Si bien era consciente de las palabras que él había pronunciado, estaba tan enardecida que no estaba segura de poder balbucear algo

coherente. Se encontraba cerca del orgasmo y Cas, como si supiese lo que tenía que hacer, introdujo una mano entre ambos y sosteniéndola con un solo brazo, mientras continuaba moviéndose, empezó a acariciarle el clítoris con destreza.

Eli se agarró a sus hombros con fuerza. Al sentir sus hábiles dedos sobre la parte más erógena de su cuerpo, gritó sin poder contenerse. Solo unos segundos después se tensó, y el calor que había comenzado a sentir en la parte baja del vientre se esparció por todo su cuerpo. Escalofríos de placer la recorrieron y notó cómo su sexo se encogía y expandía, aprisionando el miembro de él. Cerró los ojos y se dejó llevar por el orgasmo, gritando su nombre con la voz entrecortada.

Él tampoco tardó en terminar. Pronto, un rugido emergió de su garganta y los espasmos sacudieron su cuerpo. Su miembro se agitó en su interior, reflejando las vibraciones de su propio sexo. Pasados unos instantes, cerró los ojos y apoyó la frente sobre su hombro, respirando hondo. Parecía hallarse extenuado.

—¡Dios Elisa... Ha sido increíble!

Ella solo pudo asentir, mientras le acariciaba el cuello con suavidad. Tenía los ojos cerrados y una sonrisa en los labios.

El agua seguía cayendo encima de sus cabezas.

Capítulo Trece

Cas se apartó de Eli y cerró el grifo de la ducha. La miró con intensidad. Tenía el pelo y el rostro empapados. Pequeñas gotas de agua se habían quedado suspendidas en sus largas pestañas. Estaba preciosa, mojada y con los ojos entrecerrados. Volvió a sentir un tirón en su entrepierna y se sorprendió por ello. ¿Acababa de tener un orgasmo increíble y su cuerpo pedía más?

Salió de la ducha y cogió dos toallas; le tendió una a Eli, que se envolvió en ella con rapidez. Él se quitó el condón y lo tiró a la papelera antes de comenzar a secarse con energía. No podía evitar que sus ojos se posasen sobre la femenina figura, una y otra vez.

Ella se revolvió incómoda al darse cuenta de que él la miraba y él dejó escapar una risa irónica, antes de dejar caer la toalla al suelo y acercarse. La estrechó por detrás con fuerza entre sus brazos. Después apoyó la barbilla sobre su cabeza y contempló el reflejo de ambos en el espejo.

Ella no era menuda de estatura, pero a su lado él se sentía como un gigante. Su cabeza le llegaba al hombro. La toalla dejaba al descubierto sus brazos, hombros y cuello, y él se maravilló de su suavidad. Ya había admirado sus formas a distancia, pero ahora que la tenía justo delante podía apreciar sus delicadas líneas. Se inclinó y depositó un beso en su hombro derecho. La sintió estremecer.

—No hablas mucho, ¿verdad? —musitó, volviendo a clavar su mirada en el reflejo de sus ojos castaños.

Ella se sonrojó. Cas sonrió por dentro, recordando algo. Sus rubores no afectaban solo a su rostro, sino a su cuerpo entero. La imagen de ella retorciéndose de placer y el rubor extendiéndose por todas partes, mientras él la exploraba con su lengua hizo que su miembro comenzase a revivir de nuevo.

—No, no hablo mucho —repuso ella en voz baja.

—Bueno, has gritado mi nombre en el momento exacto —comentó él, enterrando la cara en su húmedo cabello y aspirando. Un delicioso aroma a coco o a vainilla, no pudo precisar, impregnó sus fosas nasales.

¡Qué bien olía!

Se sentía como un adolescente. Todo en ella le tenía fascinado: su olor, su sabor, su forma de moverse, la manera cómo le miraba ahora, con los ojos entrecerrados y algo tímidos, los mechones de su pelo rozándole el pecho, la vena que le palpitaba en el cuello, las pecas que cubrían su nariz... Todo. Hacía años que una mujer no le hacía sentir así, si es que alguna vez se

había sentido así, reconoció. Apenas la conocía, pero su cuerpo reaccionaba a ella como si fuesen viejos amantes, y su mente era incapaz de formar un solo pensamiento cuerdo cuando ella estaba cerca.

Eli se estremeció.

—¿Tienes frío? —le preguntó, frotándole los brazos.

—No demasiado.

—Es decir que sí —concluyó él con una sonrisa—. Espera, deja que te ayude. —Y con una delicadeza que a él mismo le sorprendió, apartó la toalla y comenzó a secarle el pelo. Su esbelto cuerpo quedó al descubierto y no pudo evitar recorrerla de arriba abajo con los ojos. Ella parecía algo incómoda y se preguntó si tendría vergüenza. Después de la falta de pudor que ambos habían mostrado en la ducha, no era lógico.

—¿Te da vergüenza que te vea desnuda?

—Ya sé que no tiene ningún sentido —murmuró—, pero sí, me da vergüenza.

—No tiene por qué. Tienes un cuerpo precioso.

Le miró con escepticismo, como si pensase que él estaba mintiendo. Cas dejó de secarle el pelo y tiró la toalla al suelo. Después la giró entre sus brazos y le cogió la cara entre las manos.

—He dicho que tienes un cuerpo precioso —habló con mucha gravedad—. Y lo he dicho en serio.

Ella siguió observándole incrédula, pero no dijo nada. Se limitó a asentir como si no quisiera seguir hablando del tema. Cas se preguntó cuál sería su problema. Estaba muy delgada, eso era cierto, pero tenía un cuerpo hermoso y bien proporcionado, con una piel perfecta.

Se inclinó y la besó con suavidad en los labios, en esos labios tan dulces y carnosos que le volvían loco. ¿Acaso había algo que no le volviese loco?, se preguntó profundizando el beso al que ella correspondió con avidez. Sintió sus manos recorriéndole la espalda y descendiendo hasta sus caderas; allí se detuvieron.

—Puedes tocarme el culo, ¿sabes? —Levantó la cabeza y observó su reacción. Ella se sonrojó *de nuevo*.

Se rio, satisfecho, antes de volver a besarla.

Sus manos comenzaron a descender, vacilantes, hasta que agarraron su culo firmemente. Él dejó escapar otra risa. Ella se apartó unos centímetros y le observó con los ojos chispeantes.

—¿Así? —preguntó con la voz entrecortada.

—Aprendes rápido —repuso él, besándola de nuevo.

Disfrutaron de pequeños y suaves besos, en apariencia castos e inocentes, pero al cabo de varios minutos, Cas comprendió que si no dejaban de jugar, iban a terminar de nuevo en la ducha. Con pesar apartó sus labios de los de ella, que estaban enrojecidos y húmedos, y la miró con intensidad.

—Te quedas esta noche.

No era una pregunta. Era una afirmación, y ella también pareció entenderlo así.

—Dependo de ti para que me lleves a casa —murmuró.

—Perfecto, entonces prepárate para una larga estancia —sonrió él, cogiéndola en brazos.

Ella emitió un grito, sorprendida, que terminó por convertirse en una carcajada. Cas acababa de descubrir que le encantaba su melódica risa. Esperaba poder escucharla con más frecuencia.

La dejó sobre la cama en el dormitorio y encendió la lámpara de la mesilla. Quería poder contemplarla.

—¿Quieres beber algo? ¿Comer algo? —le preguntó, tumbándose junto a ella. Apoyó el brazo en la almohada y la cabeza sobre su mano y la observó con deleite.

—¿Tienes una camiseta que pueda ponerme? —Le pidió ella algo incómoda.

—¿Y privarme de poder mirar tu cuerpo cuando quiera? Nada de eso —susurró, inclinándose y dándole un beso en la frente. Ella se removió inquieta, pero no protestó.

Cas se giró, mirando hacia el techo y la atrajo hacia sí con firmeza, de manera que la cabeza de ella terminó descansando sobre su pecho. Ahora que estaba tumbado se dio cuenta del enorme cansancio acumulado que sentía. No quería dormir; no cuando tenía a Elisa entre sus brazos completamente desnuda, y menos todavía después de lo que había pasado entre ellos. Tenía ganas de hablar con ella, de contarle cosas.

—¿Qué hacías esta noche en el *Rock and Stars*? —rompió ella el silencio. Le había pasado una pierna por encima del muslo y apoyado la mano en su estómago—. ¿Sabías que estaba allí?

—La verdad es que no. Ha sido casualidad —dijo él, y procedió a explicarle lo que había sucedido y por qué había ido.

Percatándose del interés que ella mostraba, le contó los problemas que había tenido los últimos días en el trabajo, con su hermano y con el coche de su madre.

—Con sinceridad, esta noche solo quería llegar a casa, darme una ducha y llamarte a ver si

podía convencerte de que nos viésemos —concluyó—. Pero parece que la noche ha acabado mejor de lo que yo pensaba. ¿No crees?

Eli levantó la cabeza y le miró con suspicacia.

—No me mires así. Y no te hagas la inocente conmigo. Tenías todo planeado para que yo cayese en tus redes. No, no digas nada —la hizo callar al ver que ella iba a protestar con indignación—. Probablemente ha sido todo una conspiración orquestada por mi hermano y por ti. Seguro que se olvidó las llaves en casa de mi madre a propósito, y el cabronazo inglés ese no era más que un actor pagado por ti para hacerme caer en tu trampa, ¿verdad?

Eli que había comenzado a incorporarse ofendida, se dio cuenta de que él le estaba tomando el pelo y se dejó caer sobre su pecho conteniendo la risa.

—Eres todo un cómico, ¿lo sabías? —repuso al cabo de un rato.

—Sí, pero esta noche soy *tu* cómico, ¿lo sabías? —Y se giró para poder besarla. Ella se apretó contra él y aceptó el beso de buena gana.

—El lunes me voy a Inglaterra, a hablar con mi persona de contacto en la fábrica Triumph. Me voy a quedar hasta el viernes —comentó él segundos después, una vez la hubo soltado. Los ojos de ella se apagaron decepcionados, y él hubo de reconocer que era así como él mismo se sentía.

—Nosotras nos vamos el domingo que viene a Madrid —repuso ella, apartándose de él y tumbándose boca arriba.

Cas maldijo su suerte en silencio. Apenas si iban a tener tiempo para estar juntos, pero no podía aplazar su viaje, era imprescindible que fuese a Inglaterra a solucionar la situación.

—Pasa mañana el día conmigo —dijo, colocándose encima de ella, pero apoyando su peso en los brazos para no aplastarla. La idea se le había ocurrido de pronto y le pareció genial. No tenía nada que hacer. Era domingo. Esperaba que ella tampoco tuviese otros planes. La miró expectante, con una ceja arqueada, esperando su respuesta.

—No sé... —comenzó ella. Parecía dubitativa.

—¿Tienes otros planes?

—No, pero mis amigas...

—Lo entenderán —arguyó él sin dejar que ella terminase la frase—. Y más todavía cuando sepan que vas a pasar el día conmigo.

—Eres un poco presumido, ¿no? —inquirió ella con una sonrisa.

—Mujer, Elisa, llevan intentando liarnos desde el mismo día en que casi destrozas mi moto para siempre.

—¡Tu moto está perfecta! —le golpeó en el hombro, indignada.

—No gracias a ti —dijo, contemplándola con fingida severidad. Luego se dejó caer sobre ella con cuidado, haciendo que todas las partes de su cuerpo que verdaderamente importaban rozasen las partes del cuerpo de ella que también eran significativas—. Di que sí, *Prinzessin...* —susurró en su oído con voz provocadora.

Eli cerró los ojos, suspirando de placer y Cas supo que había ganado.

—Está bien. Tú ganas. —Se apretó contra él, provocando que su miembro se irguiese excitado.

—Lo sabía —susurró él contra su boca.

* * *

El sol que entraba a raudales por la ventana fue lo que la despertó. Tardó unos segundos en ser consciente de dónde se encontraba, pero un vistazo al hueco que había dejado la cabeza de él en la almohada confirmó su sospecha. Estaba en el piso de Cas, en la cama de Cas. Y había pasado la noche con Cas..., pero ¿dónde estaba Cas?

El sonido de la ducha contestó su muda pregunta.

Se desperezó con lentitud antes de darse media vuelta y enterrar la cara en la almohada. Respiró hondo y dejó que su olor penetrase en sus fosas nasales y la inundase. ¡Delicioso!

No llevaba reloj y no tenía ni idea de qué hora podía ser, pero teniendo en cuenta la claridad del día, no debían ser más de las ocho o las ocho y media. Suspiró, recordando los acontecimientos de la noche anterior. Había sido una experiencia increíble, asombrosa y sobre todo placentera. No recordaba ninguna otra noche como esa. Ni con los chicos con los que se había acostado en la universidad, que no habían sido muchos, ni con Lalo.

¡Lalo!

El simple hecho de pensar en él le provocó una pequeña punzada de culpabilidad. Tampoco es que se hubiesen prometido fidelidad eterna; es más, incluso sospechaba que él tenía sus líos, pero era la primera vez que *ella* había deseado acostarse con otro. Y lo había hecho.

Además, Lalo llevaba en Dubai más de dos meses y solo la había llamado en un par de ocasiones, mostrándose cordial y distante, como era su estilo. Eli no podía ni quería sentirse culpable. No por una noche tan especial como esa. ¡Dios mío! Todavía le temblaban las piernas al recordar ciertas cosas que había hecho con Cas, y que había dejado que él le hiciese.

Lo del baño había sido solo el comienzo. Después de haber aceptado pasar el día con él, lo habían vuelto a hacer, esta vez en la cama, de manera más pausada y tranquila. Pero el final había sido el mismo. Cas, el volcán en erupción, embistiéndola con fuerza y haciendo que ella gritase su nombre como una loca. Todavía se sonrojaba solo de pensar en sus gemidos y sus gritos.

Ella no era así. Al menos no lo había sido hasta el día anterior. Eli Álvarez era contenida y controlada. El mayor logro que Lalo había conseguido provocar en ella, había sido algún que otro suspiro descafeinado. Y si era sincera consigo misma, solo llegaba hasta el final en contadas ocasiones. Era frustrante.

El grifo de la ducha paró, y Eli esperó con el corazón encogido a que Cas hiciese su entrada en la habitación. Se sentía nerviosa. ¿Cómo debía comportarse? No estaba acostumbrada a tener ese tipo de relaciones. Conocer a alguien de pocos días y marcharse a su apartamento... En Madrid no podía hacer eso, desde luego; allí los periodistas siempre estaban al acecho, buscando alguna exclusiva. Menudo titular sería ese: *La hija de Carmen de Luis, única nieta del Conde de Miraflores, pillada in fraganti*. A una historia así, su madre no sobreviviría.

Se tapó con la sábana, consciente de que cualquier tipo de pudor, después de lo que había ocurrido la noche anterior, era ridículo. No obstante, suponía que las viejas costumbres morían despacio.

Así era ella.

O no...

La puerta del baño se abrió con sigilo. Cas asomó la cabeza con cuidado, mas al ver que estaba despierta, su cara se iluminó con una sonrisa.

—¡Buenos días, *Prinzessin!* —exclamó, acercándose. Una toalla enrollada en sus caderas era lo único que le cubría. Se inclinó sobre la cama y tiró de la sábana para descubrir su cuerpo desnudo, al tiempo que la besaba en la boca. Eli luchó por el trozo de tela que le permitía conservar algo de su decoro, pero él era más fuerte como se demostró a continuación.

—¡No! —gritó ella, pero era demasiado tarde. Él le había arrancado la sábana de un tirón y la contemplaba como un hambriento contempla un trozo de pan.

—Qué delicia salir de la ducha y encontrarse una mujer desnuda en la cama... mmm... —casi se relamió él.

Ella abandonó la cama de un salto, y dirigiéndole una mirada cargada de rencor, se encaminó al baño sin molestarse en cubrirse. Irguió la cabeza y pasó ante él como si de un plebeyo se tratase.

—Puedes jugar a la *Eisprinzessin* todo el tiempo que quieras, *Prinzessin*, pero los dos sabemos que solo es una pose. —Él la siguió hasta puerta del baño y antes de que pudiese entrar

y encerrarse allí la cogió por la cintura y la besó en el hombro—. No tardes. Quiero llevarte a un sitio especial a desayunar.

Eli se estremeció. ¿Cómo era posible que con tan solo un suave beso y una caricia consiguiese excitarla tanto? Agitó la cabeza para aclarar sus ideas antes de cerrar la puerta. No podía enfadarse con él, no cuando se comportaba de esa manera tan encantadora. Todo era perfecto, demasiado perfecto quizá, pero no iba a ponerse a cuestionarlo... Como decía Tana, tenía que disfrutar del momento y relajarse.

Se metió en la ducha y dejó que el chorro de agua caliente cayese sobre ella. Cogió el gel que Cas había utilizado la noche anterior y vertió una cantidad en su mano. El olor le trajo recuerdos muy placenteros. Se enjabonó recorriéndose el cuerpo con las manos, deteniéndose más de lo necesario entre sus piernas. Se frotó con abandono y la mirada perdida. Estaba un tanto irritada, pero no cambiaría nada de lo que había sucedido. Nada.

Los recuerdos asaltaron su mente. Cómo él la había cogido y la había apretado contra la pared; cómo la había penetrado lentamente; cómo había comenzado a embestirla con fuerza...

Gimió, y su propio gemido la sacó de su fantasía. Tuvo que parpadear varias veces para volver a la realidad.

Se aclaró con rapidez y salió de la ducha. Después de secarse hizo sus necesidades y se recogió el pelo en una coleta. No tenía más ropa que la de la noche. Se la puso, encogiéndose de hombros. Ya se cambiaría cuando él la llevase al chalet. Al coger los pantalones, el móvil se le cayó del bolsillo. Tenía varias llamadas perdidas de sus amigas. Tana le había enviado un wasap.

Si no coges el teléfono es que debes estar teniendo una noche de locura. No te preocupes y disfruta. Nosotras estamos bien. Till nos ha traído al chalet. Mañana hablamos.

Eli sonrió.

Unos golpes en la puerta la sobresaltaron.

—Pasa si quieres —dijo.

Cas entró con una sonrisa deslumbrante en su rostro y a ella le dio un vuelco el estómago. Era inconcebible lo que esa sonrisa podía provocarle. Se había vestido con unos pantalones cortos negros y una camiseta azul.

—Menuda putada —exclamó con fingida tristeza—. Llegó tarde... Y yo que había esperado encontrarme una mujer desnuda en mi baño... —meneó la cabeza con pesar—. Hay un cepillo de dientes sin estrenar en ese cajón —señaló—. Y si necesitas cualquier cosa dímelo. Te espero en el salón.

Eli le dio las gracias y esperó a que se marchase antes de lavarse los dientes. Se miró en el

espejo, mientras lo hacía, y descubrió que tenía un resplandor inusual en la mirada. ¿Era de felicidad? No lo sabía, pero pensaba expresar la situación al máximo.

Cas la esperaba en el salón, sentado en el suelo jugando con su perra.

—Genial —dijo cuando la vio entrar, incorporándose—. Vámonos. Tengo un hambre de lobo. Te voy a llevar al sitio más especial de la zona a desayunar. Ya verás.

Eli sonrió, insegura. Ella no solía tomar más que un café solo y un zumo por la mañana.

«No tienes por qué tomar nada más que un café y punto. No te puede obligar». La Eli snob.

«Si te comportas como una tonta puede que termine viéndote como una tonta. Disfruta y cómete un trozo de tarta o una tostada o lo que sea. Tampoco es que tu madre te esté viendo por una rendija, ¿no?». La *otra* Eli.

Se agachó a acariciar la cabeza de la dócil perra, que aprovechó para lamerle la mano con entusiasmo. Cas cogió las llaves de la moto y los cascos y le hizo un gesto con la cabeza.

—Como la mimes estás perdida. Eli es demasiado amorosa.

—Es un encanto. Yo tengo un bichón maltés que se llama Peppermint, pero le llamamos Pipi.

—Curioso nombre.

Eli asintió. No deseaba decirle que el perro había sido un regalo de Lalo, que era el que le había puesto el nombre. ¿Para qué dar explicaciones que no iban a llevar a ningún sitio?

—¿Preparada para un día maravilloso? —preguntó él con una de esas enormes sonrisas a las que ella comenzaba a acostumbrarse.

Eli volvió a asentir.

Capítulo Catorce

Le Vieux Bruxelles era un pequeño bistró que se encontraba a solo dos calles de distancia del apartamento. Tenía ese típico aire de panadería-cafetería francesa que con tan poca frecuencia se veía en la costa, y ya a esa hora de la mañana estaba lleno de gente. Servía los mejores *croissants* de la zona. La gran afluencia de público daba fe de ello.

Había un par de mesas libres en la pequeña terraza, y Cas guio a Eli hasta una de ellas. El bistró no tenía vistas al mar y los dueños, para evitar la horrible visión de la carretera, habían cercado el recinto con una valla de madera cubierta de enredaderas, y habían estructurado las mesas como si fuesen acogedores reservados, lo que les otorgaba un insólito aire de privacidad.

—¿Qué quieres tomar? ¿Café? ¿Un *croissant*? ¿O prefieres otra cosa? —preguntó Cas, dejando los cascotes en la silla contigua a la suya.

Eli le miró dubitativa.

—Café solo con sacarina y bueno..., la verdad es que no tengo mucha hambre.

—Entonces, *croissants* —la interrumpió él con firmeza.

La camarera, una chica que parecía recién salida del instituto, vestida con un coqueto uniforme de color rosa se acercó a su mesa. Con una sonrisa de bienvenida les preguntó que qué querían.

—Dos cafés, uno solo y otro con leche, dos zumos de naranja y una bandeja de *croissants* —pidió él, ignorando la mirada cargada de impotencia de Eli—. Ah, y sacarina.

La chica tomó nota y luego se marchó dejándolos solos.

—¿No sueles comer nada para desayunar? —Él se inclinó sobre la mesa y le cogió la mano.

—No, no suelo —respondió ella, mirando a su alrededor, nerviosa.

—Pues deberías —dijo, y con la mirada fija en ella, añadió—: Estás demasiado delgada.

Eli intentó desasirse, pero él se lo impidió.

—No, esta vez no te vas a escapar tan fácilmente —susurró, acercándose más a ella. Sabía que se arriesgaba, pero no quería que hubiese tensión entre ellos, y cada vez que surgía el tema de la comida parecía haberla. Era mejor dejar las cosas claras desde el primer momento—. ¿Qué pasa, Elisa? ¿Por qué no puedo decirte lo que pienso?

—No es de hombres educados el mencionar el peso o la edad de una mujer —repuso ella, desistiendo de luchar, y abandonando su mano a su suerte. Levantó la barbilla con altivez.

—Otra vez la *Eisprinzessin*... —murmuró Cas, arqueando una ceja—. Ya sabes que yo no soy un caballero de esos con los que sueles codearte, así que supongo que no me lo vas a tener en cuenta si hablo del peso... Ya sabes que mi educación ha sido bastante peor que la tuya. No he ido a colegios privados ni pertenezco a tu clase social. —La miró con sarcasmo.

Ella bajó la mirada, avergonzada.

Cas casi se arrepintió de sus palabras, mas el tono con el que se había dirigido a él, como si fuese una condesa y él un simple lacayo, no le había gustado ni un pelo.

—Lo siento —balbuceó ella. Parecía abochornada—. No debería haberte hablado así, es que hay ciertos temas sobre los que...

Su móvil comenzó a sonar, interrumpiéndola. Se lo sacó del bolsillo y miró la pantalla. No pareció agradaarle mucho lo que vio, porque se quedó indecisa unos instantes, no sabiendo muy bien si cogerlo o no. Cas se preguntó quién sería. Al fin, ella levantó la mirada y le regaló una sonrisa insegura, antes de responder.

—Hola —dijo con sequedad.

—...

—Todo bien. Sí.

—...

—No, no se me ha olvidado. Luego le llamo.

—...

Semejaba estar incómoda con la situación. Comenzó a hacer dibujos invisibles con el dedo sobre la mesa. Cas frunció el ceño contrariado. Nunca la había visto tan tensa. ¿Qué le sucedía?

—No, no sé nada. No hemos hablado desde hace un par de semanas.

—...

—¡Claro que no! —exclamó, con voz contenida.

—...

—Lo haré.

—...

—Bien. Luego hablamos. Un beso. —Se despidió y dejó el móvil encima de la mesa. Luego levantó la mirada e hizo un gesto vago señalándolo—. Lo siento. Era mi madre.

Cas abrió los ojos, sorprendido. ¿Su madre? Estaba claro que no tenían una relación demasiado estrecha. Recordó lo que le había contado sobre su educación, el día de la playa, y sobre que no deseaba parecerse a su progenitora. De pronto no le sorprendió nada cómo había transcurrido la conversación, aunque le pareció triste. Él tenía una excelente relación con su madre.

—Hoy es el cumpleaños de mi padre y quería recordármelo. —Parecía incómoda hablando sobre ello. El brillo que había tenido en la mirada antes de la llamada telefónica, había desaparecido.

En ese instante llegó la camarera con su pedido. Lo depositó sobre la mesa y les dirigió una sonrisa antes de marcharse.

Cas se percató de que Eli miraba la enorme bandeja de *croissants* con impotencia. Estuvo a punto de decir algo, pero decidió esperar. La observó con intensidad, mientras ella se ponía sacarina en el café y lo removía lentamente con la cucharilla. Todos los gestos que hacía parecían estudiados al milímetro, como si el simple hecho de tomar café fuese un complicado ritual. Cogió un *croissant* —el más pequeño de todos, advirtió— y con mucha delicadeza, partió un trozo con los dedos y se lo llevó a la boca, ignorando la mantequilla y la mermelada que les habían servido también. Elevó los ojos hacia el cielo y pareció encontrarse en el paraíso. Cas siguió mirándola, fascinado. Los *croissants* de *Le Vieux Bruxelles* eran exquisitos, pero ella se comportaba como si no se hubiese comido uno en su vida.

—¿Qué te parece? —preguntó. Él mismo cogió uno y lo devoró de un bocado.

—Está delicioso —repuso ella, dejando el resto de su *croissant* sobre el plato antes de mirarle por espacio de unos segundos. Parecía querer decirle algo—. Respecto a lo que has dicho antes..., sobre que estoy muy delgada —comenzó, nerviosa, pero con decisión—. Es cierto. Lo estoy. Es solo que en mi familia hay mucha presión con el peso. Mi madre es un poco estricta y siempre lo ha sido con ese tema —se lamentó, mientras cogía el vaso de zumo y lo acariciaba, distraída—. En los ambientes en los que me muevo, que te sobre un kilo es un drama, ¿sabes?

Cas se abstuvo de hacer ningún comentario, y esperó a que ella continuase, pero en el fondo pensaba que todo eso que decía, era una locura. A ella no solo no le sobraba ningún kilo, sino que más bien parecían faltarle varios. Le indignaba que una mujer, con su inteligencia, no se diese cuenta de lo absurda que sonaba su aseveración.

Eli volvió a remover el café. El ruido de la cucharilla chocando contra la taza daba fe de su inquietud. Él alargó la mano y la posó sobre la de ella deteniendo su movimiento,

sorprendiéndola. Aprovechó su desconcierto para tirar de ella y acercarla a él. Cuando sus rostros estuvieron a pocos centímetros de distancia, y no había escapatoria posible, comenzó a hablar en voz baja, pero firme:

—Creo que eres preciosa, Elisa.

Ella le miró, perpleja.

—Y creo que hoy deberías relajarte y olvidarte de tu madre y de tu peso —continuó él—. Ahora estás aquí, conmigo. Solo deberías pensar en que vamos a pasar el día juntos en una playa fantástica. Y que luego te voy a llevar a un pueblecito en las montañas; y que esta noche la vas a volver a pasar conmigo. —Se inclinó y depositó varios besos suaves en su cuello. La sintió estremecer ante su contacto—. Y que espero que me dejes volver a hacerte todas esas cosas que hicimos anoche y alguna más. ¿Ok?

Ella no respondió, pero pudo oír como un gemido se escapaba de sus labios. Sintió cómo su entrepierna se endurecía. La cercanía de esa chica era intoxicante. Le sujetó la cara con las manos y guio su boca hasta que se encontró con la de él. Sacó la lengua y lamió con delicadeza su labio inferior.

Ella volvió a gemir.

¡Dios! ¡Qué dulzura!

Disfrutó un par de segundos más del húmedo beso, antes de separarse lentamente. La soltó y se recostó contra el respaldo de la silla. Ella parecía encontrarse bastante acalorada, si se tenía en cuenta el color de sus mejillas, y él sonrió satisfecho.

—¿Sabes que cuando te sonrojas tus pecas se oscurecen?

Ella se llevó las manos a las mejillas y se las cubrió con ellas.

—Esas no, las de la nariz —bromeó y se echó a reír al ver cómo ella se acariciaba la nariz, sorprendida. No sabía por qué, pero cada pequeño gesto que hacía, le maravillaba. Le hacía sentirse bien.

—Entonces, ¿vamos a ir a la playa? —le preguntó ella, al cabo de unos segundos, ignorando su comentario. Había cogido el resto de su *croissant* y parecía dispuesta a comérselo.

—Sí, es una playita pequeña. No está muy lejos y es el mejor sitio para hacer *snorkel*.

—¿*Snorkel*?

—¿Lo has practicado alguna vez?

—No, no soy muy de deportes acuáticos, la verdad.

—¿Y qué deportes practicas?

—Bueno..., lo cierto es que hago un poco de todo...

Aparentaba no querer hablar del tema y Cas la miró con curiosidad. Dio un sorbo a su café, mientras esperaba a que continuase. Después de unos segundos de silencio, arqueó una ceja sin quitarle la vista de encima.

—Vale, vale —repuso ella, haciendo un gesto con la mano—. No quería decirlo porque no quiero sonar como una niña pija, pero suelo practicar equitación, esgrima, voy a esquiar... Ese tipo de cosas.

Él soltó una carcajada.

—Pues, sí. Es muy de niña pija, la verdad.

Ella le dirigió una mirada de fingida indignación.

—¿Y tú? ¿Qué deportes practicas tú? —le preguntó.

—Por fin vamos a hablar de mí. Estaba ya harto de hablar de ti todo el tiempo —respondió él con un suspiro exagerado. Ella frunció el ceño, pretendiendo estar enfadada—. Viviendo aquí en la playa, ya te imaginas..., buceo, pesco, hago windsurf..., y también practico algo de lucha.

—¿Lucha?

—Sí, solo por diversión, claro. El experto es Jan. Fue campeón de MMA hace años.

Ella le miró confusa.

—Artes Marciales Mixtas —le aclaró—. Ganó un par de títulos cuando todavía vivíamos en Alemania. Cuando nos vinimos a España intentó seguir en ese mundo, pero terminó dejándolo. Se pasó a lo de los tatuajes, como puedes ver —añadió levantando los brazos.

—¿Qué significado tienen?

Él se echó a reír.

—Significan que soy un gilipollas. Mi hermano no tenía a nadie mejor con quién practicar al principio, así que me utilizó como conejillo de indias. El brazo izquierdo está peor porque todavía no tenía mucha experiencia. El derecho está bastante mejor. —Cas le mostró a lo que se refería. Ella le pasó la mano con suavidad por la serpiente que llevaba tatuada cerca de la muñeca—. Sus tatuajes están mucho mejor. Se los ha hecho un profesional y le ha tapado los que se hizo a sí mismo.

—¿Y tú no quieres taparte estos?

—La verdad es que me he acostumbrado y les tengo cariño —repuso él, mirándose los nudillos, donde ya desdibujados y apenas legibles, aparecían los nombres de sus hermanos y de sus padres.

—¿Por qué habláis en español tú y tus hermanos? —le preguntó ella con genuina curiosidad. Había cogido otro *croissant* y aunque lo miraba con indecisión, Cas estaba casi seguro de que se lo iba a comer.

—Costumbre, supongo. Al principio cuando nos vinimos a vivir aquí, Till era bastante joven y tenía problemas de adaptación en el instituto, así que mi madre sugirió que aprendiésemos el idioma cuanto antes y solo le hablásemos en español, para que pudiese desenvolverse mejor con sus compañeros. Y luego..., pues nos acostumbramos.

—Y, ¿por qué mecánico?

—¡Cuántas preguntas! —exclamó él en broma—. Es lo que siempre me ha gustado —respondió después de coger otro *croissant* y comérselo de un bocado—. Aunque cada vez trabajo menos de mecánico, ahora casi siempre estoy liado con pedidos de piezas, y tratando con clientes. Tengo suerte de tener a Tony, que por cierto es el que me ha arreglado la moto, esa que tú destrozaste.

Ella le lanzó una mirada asesina. Él le guiñó un ojo.

—Pero volvamos a ti, ¿no te parece? El otro día me dijiste que habías terminado un máster de Derecho Internacional. Eso suena muy importante. ¿A qué quieres dedicarte tú?

Ella se comió los últimos restos de su segundo *croissant* antes de mirarle con tristeza.

—Casi fue un milagro que aceptasen costearme el máster. Como te conté, mis padres no tienen mucho interés en que trabaje, la verdad. Preferirían que no lo hiciera. Pero a mí me gustaría montar un despacho o trabajar en alguna empresa... No sé, sentirme útil —concluyó, encogiéndose de hombros.

—Deberías hacerlo entonces, si es lo que quieres, ¿no crees?

—Supongo que sí —repuso ella con la mirada perdida. No parecía convencida en exceso.

Cas se la quedó mirando sin saber muy bien qué decir. No podía imaginarse lo que debía ser vivir condicionado por sus padres. A él y a sus hermanos, siempre los habían apoyado en sus decisiones, incluso aunque algunas habían sido descabelladas, como cuando Till había dejado la universidad en tercero de medicina, o cuando él mismo había decidido invertir todos sus ahorros en el taller, o cuando Jan había abandonado su prometedor carrera como luchador para convertirse en tatuador. Sus padres nunca habían dicho nada, no los habían presionado. Se habían limitado a darles consejos, pero les habían dejado tomar sus propias decisiones. Todavía no conocía a Elisa lo suficiente como para saber mucho de ella, pero no creía que fuese muy

saludable a su edad vivir bajo el yugo de sus progenitores.

—¿Has acabado ya? —le preguntó pasados unos segundos, tomando su último sorbo de café. Los *croissants* habían desaparecido. Ella se había comido dos y él, el resto—. Será mejor que vayamos al chalet para que puedas cambiarte de ropa.

Ella asintió antes de levantarse. Cas también se incorporó. Antes de coger los cascos, dejó un billete encima de la mesa que cubría la cuenta con creces. Luego abandonaron el bistró.

Hacía un día espléndido y Cas pensó que era el día ideal para ir a hacer *snorkel* a la calita. Era una playa muy poco concurrida, ya que era de difícil acceso, y además, al ser junio, el grueso de los turistas todavía no había llegado para invadirla.

Según se acercaban al parking, la miró de reojo. No había duda de que se trataba de la misma chica que había conocido hacía días; caminaba igual, con la misma elegancia y dignidad, como si perteneciese a un mundo de *glamour* y estilo —cosa que era cierta—. Pero algo había cambiado en ella. No supo precisar qué era, pero las diferencias eran evidentes. En ese instante ella levantó la cabeza y le sorprendió mirándola. Le sonrió.

Él le devolvió la sonrisa.

* * *

Eli colgó el teléfono. Había llamado a su padre para felicitarle por su cumpleaños, y como siempre, después de hablar con alguno de sus progenitores se sentía agotada. Si bien él no era tan abrumador como su madre, la conversación no había sido fácil. Y todo por Lalo. Lalo esto, Lalo lo otro... Si volvía a escuchar el nombre de Lalo en las próximas veinticuatro horas sabía que cometería una locura.

¡Qué situación más embarazosa la de esa mañana! Cuando su madre la había llamado para recordarle lo del cumpleaños, había comenzado a preguntarle si sabía algo de Lalo; si la había llamado; si ella le había llamado a él... y Cas frente a ella mirándola con esos ojos azules maravillosos. Se había sentido culpable y a la vez impotente.

Prefería no pensar en Lalo y disfrutar de Cas.

¡Cas! ¡Cas! ¡Cas!

No tenía ni idea de lo que estaba haciendo, pero le daba igual. Era la primera vez en su vida que se estaba dejando llevar, y la experiencia estaba resultando fabulosa. Se negaba a pensar en el futuro o en las consecuencias. Iba a vivir ese sueño...

Había sido un día increíble. Primero habían ido al chalet a que se cambiase de ropa. Sus amigas seguían durmiendo así que les había dejado una nota, prometiendo llamarlas más tarde.

Luego habían ido a esa fabulosa calita de la que él había hablado, que estaba prácticamente

desierta. El agua del mar tenía un color diferente allí, casi se podía ver el fondo sin necesidad de ponerse gafas de bucear. Practicar *snorkel* había sido una pésima idea, ella había descubierto que no era su fuerte, pero repetiría la experiencia en cualquier momento, siempre y cuando fuese con Cas. Había estado fantástico. Con una paciencia infinita y sin dejar de gastarle bromas, le había explicado lo que tenía que hacer en caso de que le entrase agua en el tubo. No había servido de nada, ella se había tragado la mitad del mar Mediterráneo, y después de más de tres horas de intentarlo, toser, y escupir agua salada, Cas la había dejado por imposible.

Al principio se había sentido cohibida e insegura ante las bromas irónicas de Cas; no estaba acostumbrada a desenvolverse en un ambiente tan informal, excepto con sus amigas más íntimas, pero al cabo de un rato, se había relajado y permitido el lujo de bromear también. Había sido estupendo. Todavía le dolía el estómago de las carcajadas que los dos habían compartido.

Después del fallido intento de practicar *snorkel*, habían comido en un pequeño chiringuito de madera que había en la misma playa. Y ese había sido el momento crucial del día. Estaba muy orgullosa de sí misma y de cómo se había comportado, aunque sin lugar a dudas su madre la eliminaría del testamento, en caso de enterarse de lo que había comido.

¡Hidratos de carbono y grasas saturadas!

Le entraba la risa solo de pensar en lo mucho que había gozado probando todo lo que les habían ido trayendo a la mesa, que no había sido poco. Cas se había vuelto loco pidiendo plato tras plato, y riéndose de los gestos que ella hacía cada vez que degustaba un bocado. Aunque lo cierto era, que Cas siempre tenía la sonrisa en la cara, o al menos así había sido durante todo el día.

Después de la apetitosa comida habían subido al pueblecito de las montañas, a ver las ruinas del castillo. El trayecto había sido fantástico, con unas vistas impresionantes según iban ascendiendo y dejaban el mar tras ellos.

Montar en moto con Cas había sido cuando menos interesante..., cuando más muy especial... Se había deleitado abrazándole y sintiendo sus poderosos músculos bajo las palmas de sus manos y su fornida espalda contra su pecho... Había sido una experiencia que estaba más que dispuesta a repetir... en cualquier momento...

El pueblecito no era un sitio muy turístico y a primera hora de la tarde apenas si había habido gente por sus calles, así que habían deambulado por allí a sus anchas. El castillo tampoco eran gran cosa, apenas unas rocas informes, pero se respiraba una paz increíble y solo por las vistas había merecido la pena subir... Bueno, por eso y por la cantidad de besos y caricias que habían intercambiado en las abandonadas ruinas. Todavía se le aceleraba el corazón al pensar en cómo se habían devorado mutuamente a la sombra de un muro invadido por el musgo.

Antes de marcharse habían tomado algo en el pequeño bar de la plaza y cuando ya comenzaba a ponerse el sol habían regresado.

El día había sido espléndido.

Ahora, ya caída la noche, y mientras Cas bajaba a Eli a la calle, ella se había quedado en su apartamento preparando unos sándwiches. Él la había mirado con escepticismo cuando se había ofrecido, a lo que ella había replicado que si era capaz de utilizar su propio microondas cuando su cocinera estaba de vacaciones —era una broma, por supuesto—, podría arreglárselas y organizar algo comestible. Unos sándwiches podía hacerlos cualquiera, ¿no?

Había aprovechado que estaba sola para llamar, primero a sus amigas, con las que había hablado explicándoles que esa noche tampoco iba a ir a dormir, y después a su padre, conversación que había sido cordial, pero fría, como de costumbre.

La cocina no era muy grande, pero estaba bien equipada, y como comprobó, mientras abría un armario detrás de otro, bien surtida. Acababa de sacar el pan de molde y había abierto el frigorífico para ver qué había, cuando una música desconocida llamó su atención. Giró la cabeza buscando el origen de la melodía y vio el móvil de Cas encima de la mesita del salón. Estaba iluminado y vibraba. Lo ignoró. Ya se encargaría Cas de devolver la llamada cuando regresase.

Sacó mantequilla y varios paquetes de embutido y lo colocó todo en la isla.

La misma música, algo de rock, volvió a interrumpirla. No le prestó atención. En breve dejó de sonar.

Canturreó por lo bajo, mientras untaba la mantequilla en el pan. Estaba cometiendo terribles excesos, lo sabía, pero prefería no pararse a pensar en ello. Ya se sentiría culpable cuando regresara a Madrid, a su vida real.

¡Otra vez el dichoso móvil!

Lo miró indecisa. ¿Quién podría ser? Desde luego era persistente, eso sin duda. Vacilante, pero también curiosa, se acercó a la mesa, pero antes de que llegase la melodía volvió a interrumpirse. Agitó la cabeza, pensando que no era de su incumbencia si alguien deseaba localizar a Cas con tanto fervor, pero ¿y si era algo urgente? A lo mejor le había pasado algo a alguien.

Volvió a la zona de la cocina, decidida a terminar los sándwiches, pero justo cuando iba a coger el cuchillo, la música que ya le resultaba familiar rompió el silencio del apartamento por cuarta vez. Sin dudar se dirigió a la mesita y cogió el móvil. En la pantalla aparecía el nombre de Till. Tardó solo un segundo en decidirse.

—¿Sí?

—¿Cas? —La voz de Till sonaba aterrorizada.

—Soy Eli. Cas ha bajado un momento con la perra a la calle. ¿Pasa algo?

Hubo un silencio al otro lado de la línea, que la inquietó bastante.

—Dile a Cas que me llame cuando llegue, por favor, es muy urgente.

Y colgó.

Eli no tuvo tiempo de decir nada. Se quedó mirando el ahora silencioso móvil con aprensión. Algo no iba bien, eso estaba claro. El siempre alegre Till parecía muy angustiado. ¿Qué habría sucedido?

Volvió a la cocina, pero se llevó el aparato con ella. Quizá volviese a llamar.

Mientras terminaba los sándwiches meditó sobre la extraña llamada. Debía haber ocurrido algo grave.

La puerta de la entrada se abrió y una más que excitada Eli entró en el apartamento moviendo su diminuto rabo con energía. Cas la seguía.

—Espero que la cena esté lista, mujer —bromeó él, acercándose.

—Cas, espero que no te importe —comenzó ella—, pero he contestado tu móvil. No paraba de sonar y he pensado que quizá era importante..., y al ver que era Till... —Le miró, sintiéndose culpable; quizá él pensaba que se había entrometido.

—Sin problema, Elisa. Dime, ¿qué quería?

—Ha dicho que le llames cuanto antes... No sé. Me ha dado la impresión de que estaba muy nervioso.

Él frunció el ceño. Sin hacer ningún comentario tomó el móvil que ella le tendía y llamó.

Eli le observaba desde la cocina. No sabía por qué, pero tenía el presentimiento de que algo malo había sucedido. Y las palabras de Cas, mientras hablaba con su hermano, lo confirmaron.

—¡Joder, Till! ¿Qué cojones has hecho? —gritó al cabo de unos segundos. Había cerrado los ojos y se frotaba la parte posterior de la cabeza con excesiva energía—. No me vengas con esas, joder. *Scheisse! Scheisse! Fuck! Dritt og dra!* —Las siguientes palabras que salieron de su boca fueron incomprensibles. Parecía tratarse de una mezcla de alemán, noruego e inglés.

Eli le contemplaba, estupefacta. Si había pensado que ya había visto a Cas perdiendo el control la noche anterior en el *Rock and Stars*, había estado muy equivocada. *Ese* era Cas perdiendo el control. Daba paseos frenéticos por la habitación y sus ojos centelleaban coléricos. Apretaba la mandíbula con excesiva fuerza y de su boca surgían improperios en diversos idiomas.

Daba la sensación de que se había olvidado de su presencia y ella casi lo agradeció.

Al fin colgó el teléfono. Se lo guardó en el bolsillo y estuvo unos segundos inmóvil, en medio del salón, con la mirada clavada en los ventanales. Una vena le latía furiosamente en el cuello. La tensión de su cuerpo era más que evidente.

Se dio la vuelta y la miró. Respiraba con dificultad y se notaba que estaba intentando calmarse antes de dirigirse a ella. Tenía los puños apretados.

—Ha surgido algo —le dijo. Su voz parecía no pertenecer a la misma persona con la que Eli había pasado el día. Era ronca y áspera—. Te llevo a casa.

—¿Puedo ayudar en algo? —le preguntó sin dejar de observarle.

—No. No puedes hacer nada. Es solo que tengo que marcharme cuanto antes. Till me está esperando.

—Claro —se apresuró ella a responder. Sin dudarle un instante cogió su bolsa, que había dejado encima del sofá y se encaminó a la puerta sin dilación. Olvidados quedaron los sándwiches encima de la isla—. ¿Está bien Till? —se atrevió por fin a preguntar.

Cas resopló, furioso.

—Till está bien —repuso—. Es complicado.

—No tienes que contarme nada —dijo ella con un gesto—. Lo importante es que todo se solucione.

Él la miró con una expresión indescifrable en el rostro.

—Till es Till —terminó diciendo enigmáticamente—. No lo necesitas. Vamos en coche —añadió, viendo que ella cogía el casco de la moto.

No tardaron en llegar al parking subterráneo. Él se mantenía callado, sumido en pensamientos poco agradables, si se tenía en cuenta la expresión atormentada que mostraba su cara.

El trayecto hasta el chalet fue igual de silencioso. Ella no se atrevió a romper el mutismo que se había impuesto entre ellos. Daba por hecho que si él desease hablar con ella, lo haría. Se sentía apenada sabiendo que el día tan maravilloso había tenido tan triste final, y que él se marchaba al día siguiente. No iba a volver a verle en una semana. Pero comprendía que lo que estuviera sucediendo con Till, fuese lo que fuese, tenía absoluta prioridad.

No tardaron en llegar a la urbanización. Cuando él detuvo el coche delante de la casa Eli se giró en el asiento dispuesta a decirle adiós. Pero antes de haber podido abrir la boca, los labios de Cas estaban sobre los suyos y sus manos la mantenían sujeta por los hombros.

El beso no fue dulce ni suave, esta vez, sino profundo y algo violento, como si él quisiese

llevarse un trocito de ella, o arrancárselo de golpe.

Después de solo unos segundos de intensa brutalidad, él se apartó. Sus pupilas se habían dilatado y respiraba con dificultad.

Eli le observó, jadeante.

—Por favor, cuando soluciones lo de Till, házmelo saber —le suplicó.

Él asintió con gravedad.

Ella se bajó del coche. Sabía que él estaba impaciente por marcharse, así que no quiso alargar más la despedida.

—Elisa —escuchó la voz de él a su espalda, cuando ya estaba cerca de la puerta.

Se dio la vuelta y le miró. Esa escena ya la habían vivido antes, recordó. Pero en las otras ocasiones, él no la había mirado con esa fiera vehemencia ni agarrado el volante con tanta fuerza que sus tatuados nudillos se habían vuelto pálidos. Tampoco su postura había estado tan rígida ni sus labios apretados en una severa línea. Parecía otro Cas, y sin embargo era el mismo.

Esperó ansiosa, sabiendo lo que él iba a decir.

—Te llamo.

Capítulo Quince

Cas golpeó el volante con fuerza varias veces. La ira que llevaba tratando de contener desde que había hablado con su hermano pequeño amenazaba con desbordarse. ¡Dios! ¿En qué cojones había estado pensando Till para mezclarse con gente así? Mejor dicho, no había pensado, como era su costumbre.

Frenó en seco delante de la casa de Jan. No tenía ni idea de por qué su hermano prefería vivir tan alejado del pueblo y de la gente, en medio de la montaña, en esa parcela de terreno seco y en esa casa destartada en la que había invertido todos sus ahorros. El vecino más próximo se encontraba a kilómetros de distancia.

Jan le estaba esperando en la puerta. Tenía un aspecto lamentable, se notaba que aún no había superado el virus que le había obligado a pasar en la cama los últimos días, pero se había empeñado en estar presente. ¡Qué cabezota!

—¿Puedes subir solo o necesitas ayuda? —le preguntó Cas, abriendo la puerta del pasajero desde dentro.

—¡Qué gracioso! —repuso el otro, encaramándose al coche. Tenía el rostro enrojecido por la alta temperatura, los ojos le brillaban febriles y se movía como un señor de noventa años.

—¡Joder, Jan! Estás hecho una mierda.

—Lo sé.

—Puedo ir solo.

—No.

—Pero...

—He dicho que no. Arranca —dijo con voz fría—. Till es hermano de ambos y no quiero que te veas envuelto en esto tú solo.

Cas no dijo nada. Encendió el motor, y en poco tiempo habían dejado atrás el camino de tierra que conducía a la casa de Jan, y alcanzado la carretera iluminada.

—¿Tú sabías algo? —preguntó mirando a su hermano de reojo.

—¿De qué? ¿De la gente con la que va o de las apuestas?

—No sé, de algo... —suspiró.

—Supongo que lo mismo que tú. ¡Joder! ¡Es un inconsciente! ¡Apostando! —Jan resopló con incredulidad.

Cas guardó silencio. Todavía estaba intentando asimilar la situación. Por lo visto, su hermano Till llevaba un tiempo apostando y les había dejado a deber una cantidad de dinero importante a los hermanos Albescu, unos rumanos que llevaban varios años establecidos en la costa y que tenían varios locales de apuestas legales, y otros tantos ilegales. Para poder pagarles la deuda le había pedido dinero prestado al dueño del *Rock and Stars*, Bajram Sejdiu, del que se rumoreaba que andaba metido en negocios ilegales, peleas clandestinas, prostitución e incluso narcotráfico. Le habían detenido en varias ocasiones, pero siempre le habían soltado; la policía no había conseguido aportar pruebas concluyentes.

En fin, que para escapar de unos delincuentes se había puesto en manos de otro. Ellos ya le habían advertido a Till con frecuencia de que no debía mezclarse con esa clase de gente. Ya era bastante malo que trabajase en el *Rock and Stars*, pero que encima le pidiese dinero prestado a su jefe. Eso no tenía nombre. ¡Menudo gilipollas!

—¿Sabes cuánto ha perdido? ¿Tenemos alguna opción de conseguirlo? —le preguntó Jan rompiendo el silencio.

—No tengo ni idea. Cuando me ha llamado estaba tan nervioso que apenas si ha podido decirme dónde estaba y nada más.

—¿A quién le debe la pasta? ¿A los Albescu o a Bajram?

—Ni puta idea, pero cuando lleguemos le pienso partir el cuello con mis propias manos —repuso Cas con furia.

Jan no contestó.

No tardaron en alcanzar la pequeña urbanización cercana a la capital, donde Till había buscado refugio. Los había llamado desde el piso de un amigo que se encontraba fuera, del cual tenía las llaves para recogerle el correo. No les había dicho mucho más, solo lo que había sucedido a grandes rasgos; dónde estaba; y que estaba acojonado.

Aparcaron el coche frente al complejo donde se ocultaba Till. La calle estaba desierta a esas horas de la noche, y la iluminación no era muy buena. Cas agradeció que así fuese. Abandonaron el vehículo y se dirigieron a la puerta del edificio. Llamaron al segundo piso.

Era uno de esos porteros automáticos con cámara incorporada y cuando la puerta se abrió con un zumbido al cabo de unos segundos, Cas supuso que su hermano los había reconocido. Subieron andando. Él delante y Jan, con dificultad debido a la fiebre, detrás.

La puerta del apartamento 2-B estaba cerrada, pero no tardó en abrirse una rendija, por la que asomó el nervioso rostro de Till. Una vez se hubo asegurado de que eran ellos, la abrió de

par en par. Cas entró primero con un brillo asesino en la mirada. Till tenía los ojos enrojecidos por el llanto y el pelo alborotado, como si hubiese estado revolviéndoselo con las manos durante horas. Las manos le temblaban. Posó su mirada inyectada en sangre sobre el rostro de Cas.

Este se detuvo en seco al ver el miserable aspecto de su hermano pequeño. Había llegado allí dispuesto a cogerle por el cuello y a zarandearle, a golpearle si era necesario, pero el terror que mostraban sus ojos le hizo vacilar. Meneó la cabeza con impotencia antes de respirar hondo, intentando calmarse.

Jan parecía haber llegado a la misma conclusión que él, porque se sentó en el sofá y contempló a su hermano pequeño a través de sus ojos febriles.

Till no dijo nada. Solo los miraba. Finalmente el opresivo silencio pareció vencerle.

—Lo siento, lo siento, lo siento —murmuró, tapándose la cara con las manos—. He sido un gilipollas, un mierda... Lo siento, lo siento...

Cas apretó los puños con fuerza. Le dolía verle así. Por un instante se sintió tentado de abrazarle y consolarle, pero se dio cuenta de que eso quizá no fuera lo más adecuado en ese momento.

—Siéntate Till, cálmate y cuéntanos lo que ha pasado —dijo, tomando asiento junto a Jan. Hablaba con una calma extraordinaria, que desmentía el volcán en erupción que tenía dentro.

Till tardó unos segundos en rehacerse. Frotándose los ojos con la palma de las manos se dejó caer en un sillón frente a sus hermanos. Con la voz temblorosa y alguna que otra lágrima que se derramaba por sus mejillas, les relató lo que había ocurrido.

Llevaba apostando unos cuantos meses; al principio solo habían sido pequeñas cantidades, pero poco a poco le había cogido el gusto, y había empezado a jugar más fuerte. Todos los jueves por la noche había una timba de póker en un garito cercano al aeropuerto, y se había aficionado. Los hermanos Albescu, que eran los organizadores de esas reuniones, se habían ofrecido a prestarle dinero con un interés muy bajo para lo que era la costumbre, así que había aceptado. Pero después de un par de meses de mala racha se había dado cuenta de que les debía más de veinte mil euros.

Cas y Jan le escuchaban en silencio, con severidad.

Hacia unos días, Viorel, el mayor de los Albescu había contactado con él exigiéndole el pago íntegro de la deuda. Si no pagaba antes de veinticuatro horas, había amenazado con romperle las piernas. Till, en un momento de desesperación había acudido a Bajram, que le había prestado treinta mil euros sin hacerle demasiadas preguntas. Solo le había puesto como condición que se los devolviese en el plazo de una semana.

Había saldado su deuda de veinticuatro mil euros con los rumanos y había intentado

conseguir más dinero apostando los seis mil restantes, pero también los había perdido. La noche anterior había pasado el plazo que Bajram le había dado para devolver el dinero, y aunque había intentado hablar con él para negociar una nueva fecha, este había sido implacable. O devolvía el dinero ese mismo día o tendría que atenerse a las consecuencias.

Se había venido al piso de su amigo Oli, sabiendo que allí no le iba a buscar nadie porque nadie conocía su amistad con él, que databa de la época del colegio. Se había devanado los sesos intentando encontrar alguna salida a su desesperada situación. No quería tener que decírselo a sus hermanos, pero aunque había llamado a algunos amigos no había podido conseguir la pasta.

Al principio no había estado muy preocupado, pero al caer la noche había recibido un mensaje de un número desconocido en el móvil. Cuando lo había abierto se había quedado de piedra. Era una foto de su madre saliendo de casa y en el texto ponía: *O pagas tú o paga ella.*

Ese había sido el momento en que había decidido ponerse en contacto con ellos.

—No sabía qué hacer... —murmuró, mirándoles fijamente.

Tanto Cas como Jan tardaron en reaccionar. La situación era esperpéntica.

Cas se pasó las manos por la cara intentando poner orden en su cabeza. Entonces... Till ya no tenía la deuda con los rumanos, sino con el albano-kosovar, que le había prestado dinero sin pedirle explicaciones y sin intereses..., y que luego le había mandado una foto de su madre, amenazándole.

Algo no terminaba de cuadrar en todo aquello.

—Lo de la foto, ¿va en serio? ¿O es para acojonarte? Tú le conoces mejor —Jan le miró muy serio.

—No lo sé, ya no sé nada... No creo que llegue tan lejos..., pero no sé... —farfulló.

—¿Cuánto dinero tienes tú? —le preguntó Cas a Jan. Mejor solucionar esa mierda cuanto antes.

—Unos quince mil. Más o menos.

—Yo ahora mismo tengo seis mil disponibles, acabo de invertir el resto en piezas.

—Eso hace unos veintiuno —murmuró Jan, acariciándose el mentón.

—Mamá puede poner el resto —añadió Cas con la mirada perdida.

Till, que había escuchado en silencio, comenzó a mover la cabeza lentamente.

—¿Se lo vais a contar a mamá?

—No creo que tengamos otra opción, ¿no? —Cas le espetó con dureza—. A no ser que tú puedas poner el resto.

—No puedo... —La desesperanza se filtró en sus palabras—. Ya sabéis que ni siquiera el coche es mío, es de la financiera.

—No sé por qué pero algo no termina de convencerme en todo esto. Bajram tiene más dinero que un político corrupto, y ¿la monta de esta manera por treinta mil míseros euros? Algo no encaja —murmuró Cas con suspicacia.

—No es el dinero lo que de verdad le importa, de eso tiene más que de sobra... Es el respeto... Tiene que imponerse para que la gente le respete... Eso dijo... —balbuceó Till.

—Hay que llamarle —dijo Jan con firmeza.

Durante unos instantes los tres guardaron silencio. Till se miraba las manos, que le temblaban, con nerviosismo. Jan había comenzado a tamborilear con los dedos de la mano izquierda sobre el antebrazo del sofá. Tenía la mirada fija sobre su hermano pequeño. Cas había cerrado los ojos y fruncía el ceño, concentrado.

—Ok. Esto es lo que vamos a hacer ahora. —Se levantó del sofá y se frotó la nuca antes de dirigirse a Till—. Tú te vas a quedar aquí y no vas a salir a la calle bajo ningún pretexto. Nosotros nos encargamos de hablar con él y arreglar este jodido asunto. Ah, otra cosa... Olvídate de volver a trabajar en el *Rock and Stars*. ¿Me has entendido? Y ten en cuenta que nos vas a tener que devolver hasta el último puto euro que nos gastemos en esta mierda, ¿lo pillas? —Se pasó las manos por la cabeza al tiempo que dejaba escapar un suspiro—. ¡Mierda! Y mañana me voy a Inglaterra. No puedo aplazar el puñetero viaje. Reza para que podamos solucionar todo esto antes de que me vaya. —Señaló con el dedo a Till que asintió con vigor.

—Necesitamos el teléfono de Bajram para hablar con él, así que pásame el contacto —añadió Jan, levantándose.

Till se sacó el móvil del bolsillo. Buscó en la agenda y le pasó la información a Jan.

—Llámale y mira a ver si podemos quedar con él mañana por la mañana a primera hora —le dijo Cas a Jan—. Espero que tenga tiempo... —Hizo una pausa—. ¿Tú qué opinas? ¿No te parece raro?

—No sé. Toda la situación... No me gusta un pelo..., lo de la foto de mamá... Me da mala espina. Supongo que solo era para acojonar a Till. Bajram nos conoce, sabe quiénes somos y sabe que podemos conseguir treinta mil euros, no es tanto. Lo de la amenaza de mamá me parece excesivo... No sé, no tiene sentido.

Cas suspiró. Su hermano estaba en lo cierto, treinta mil euros no era una gran cantidad, no en el mundo en el que se movía Bajram. ¿Qué cojones había pretendido con lo de la foto? Inútil

especular. Sabrían más cuando hablasen con él.

Jan marcó el teléfono de Bajram y esperó.

—...

—Soy Jan Landvik, el hermano de Till.

—...

—Él no está disponible, pero a lo mejor te interesa hablar conmigo.

—...

—Mejor en persona. Y a ser posible cuanto antes.

—...

—Sí. —Jan levantó las cejas con un gesto de sorpresa—. Ahora sería perfecto. ¿Dónde?

Cas asintió con lentitud. Cuanto antes resolviesen el asunto, mucho mejor. Till iba a decir algo pero le silenció con la mano.

—Iré con mi hermano Cas.

—...

—Bien. En una hora nos vemos allí.

Y colgó.

—¿Qué ha dicho? —inquirió Till, nervioso.

—Hemos quedado con él en un bar que hay cerca del *Rock and Stars*, el *Capricho*, en una hora.

—Es suyo, también —murmuró Till.

Cas comenzó a pasear por la habitación. Tendrían que pedirle el resto del dinero a su madre, y sinceramente, odiaba molestarla con algo así, pero no tenían otra opción. ¡Maldita sea! Si no hubiese hecho el pedido de piezas la semana anterior podían haber evitado que su madre se enterase, aunque quizá fuese mejor así. Till no se iba a librar esta vez. Lo que había hecho ya no se podía considerar una chiquillada. Era grave. Y ellos no iban a estar ahí toda su vida, cubriéndole las espaldas. Esperaba que el susto le sirviese de escarmiento. ¡Qué idiota!

Bufó, lleno de frustración. Su vida parecía haber dado un giro de ciento ochenta grados. Ese día magnífico, que había pasado junto a una mujer que le interesaba más de lo que todavía estaba

dispuesto a admitir, de pronto se había convertido en una puta pesadilla.

—Será mejor que nos marchemos —dijo Jan, sacándole de sus pensamientos.

Se despidieron de Till, que ya no parecía el mismo de siempre. En solo unas horas ese chico despreocupado y con una sonrisa constante en la cara, se había convertido en un hombre desesperado, que tardaría mucho en volver a sonreír. ¡Ojalá sirviese de algo!

Jan y Cas se subieron al coche sin decir palabra. La urbanización seguía igual de desierta que cuando habían llegado. El silencio solo se veía interrumpido por el canto de un grillo en unos matorrales al otro lado de la calle.

—¿Estás preparado? ¿Te encuentras bien? —le preguntó a su hermano, cuyos síntomas de gripe eran evidentes.

—No, la verdad. Ni me encuentro bien ni estoy preparado, pero ¿acaso nos queda otra? —respondió Jan con la voz cansada.

Cas tardó en contestar.

—Supongo que no —terminó por decir.

* * *

Miró la hora en el móvil antes de dejarlo en la mesilla y apoyar la cabeza sobre la almohada. Eran las cuatro de la mañana. Bostezó. Estaba agotado, pero dudaba mucho de que pudiese pegar ojo. Las últimas veinticuatro horas habían sido vertiginosas.

El día con Elisa había sido genial, y la noche previa... La imagen del femenino cuerpo pegado al suyo acudió a su mente. ¡Joder, qué sexo tan increíble! Hacía tiempo que no disfrutaba tanto en la cama con una mujer. ¡Qué ganas tenía de volver a estar con ella! Se excitaba de solo imaginársela desnuda, a su lado...

Se revolvió inquieto.

La expresión de su rostro se ensombreció al pensar en Till.

Apenas si podía dar crédito a lo que había sucedido. Menos mal que en un par de horas, en cuanto abriesen los bancos, todo iba a quedar resuelto. Bueno, todo no, ¿qué cojones iban a hacer con Till? *Fuck!* Todavía tenían que hablar de eso.

Habían llegado al *Capricho* a la hora convenida. Era el típico pub al que acudían lugareños más que turistas, así que la entrada de dos tíos con pinta de nórdicos, de más de metro noventa, había llamado la atención, sin duda.

Bajram los había estado esperando en la mesa del fondo; estaba con un par de tíos con

apariencia de boxeadores retirados, que miraban todo y a todos con desconfianza. A Cas le había recordado a una escena de una película de la mafia.

El albanos-kosovar aparentaba ser un tipo corriente, demasiado corriente. Nada en él destacaba, ni por bueno ni por malo. Era de estatura y de complexión media, y tenía el pelo y los ojos castaños. Llevaba pantalones de vestir oscuros y una camisa azul. Resultaba tan común que rayaba en la vulgaridad. Los había saludado con una sonrisa que parecía ser genuina, aunque con ese tipo de gente uno nunca sabía a qué atenerse. Ellos se habían limitado a mirarle con seriedad.

Desde el primer momento en que había abierto la boca, Cas se había percatado de que no había nada ni mediocre ni vulgar en él. La primera impresión engañaba, desde luego.

Suspiró, recordando la conversación.

—Por fin nos conocemos —había dicho el dueño del Rock and Stars, después de hacer un gesto a sus acompañantes para que los dejaran solos. Los había invitado a sentarse, pero tanto Cas como Jan habían declinado.

—En no muy apropiadas circunstancias —había replicado Jan. En el coche, antes de entrar, habían acordado que fuese él el que hablase.

—Lo lamento. Los temas de dinero nunca son muy apropiados, me temo. —Hablaban un español muy correcto pero con un acento bastante pronunciado.

—Hemos visto la foto que le has enviado a Till.

—Eso ya está solucionado —había dicho haciendo un gesto despectivo con la mano—. Uno de mis hombres la ha enviado por error. Se preocupa demasiado por mí y es muy celoso de su trabajo... —había bajado la voz, como si les quisiese contar alguna confidencia—. No tenéis de qué preocuparos.

—Es preocupante —había añadido Jan sin apartar la vista del mafioso-hombre-de-negocios-prestamista o lo que fuese.

—Está todo arreglado. —La voz firme de Bajram pareció haber dado el asunto por zanjado—. Lo que me lleva a retomar el tema del dinero y qu...

—Mañana en cuanto abran los bancos tendrás tu dinero —le había interrumpido Jan. Bajram se le había quedado mirando con un brillo calculador en la mirada que a Cas no le había gustado ni lo más mínimo.

—Perfecto, perfecto... —había murmurado, acariciándose el mentón.

—¿Treinta mil, verdad?

—Sí, sí. Podéis traerlo al Rock and Stars, aunque no esté abierto. Tenía pensado pasar

allí la mañana, solucionando unos temas.

—Bien. —Jan había comenzado a girarse, dispuesto a irse y Cas le había imitado, pero la voz de Bajram había hecho que se detuviesen.

—Tú eres Jan Landvik, ¿verdad? Fuiste campeón de MMA hace años en Alemania, ¿no? —había preguntado como por casualidad, pero a Cas no le había pasado inadvertido el interés que mostraban sus ojos, mientras contemplaba a su hermano de arriba abajo.

—Ya no me dedico a eso —había sido la respuesta ambigua de Jan.

—Es una pena.

—Respecto a lo de nuestra madre... —había comenzado Jan antes de marcharse.

—No hay nada que hablar de eso. Como he dicho, ha sido un lamentable error. —Había vuelto a hacer un gesto desdeñoso con la mano—. Por cierto, decidle a Till que puede acudir a mí siempre que me necesite. Es un placer hacer negocios con los hermanos Landvik.

Cas había tenido que contenerse para no darse la vuelta y decir algo que le hubiese valido un puñetazo o algo peor de los dos guardaespaldas del tipo, que se mantenían a solo unos metros de distancia. Pero Jan le había cogido del brazo y con un gesto le había indicado que se callase. Era mejor no estar a malas con tíos como ese.

Después de eso se habían marchado. Durante el trayecto de camino a casa de Jan apenas habían hablado. Ambos parecían haber estado tratando de asimilar todo lo que había sucedido aquella noche. Habían quedado en verse a primera hora de la mañana en casa de su madre para ponerla al corriente de todo, y luego ir al banco.

Solo hacía diez minutos que había llegado a su apartamento y casi no había tenido fuerzas para quitarse la ropa y tumbarse en la cama.

Le había prometido a Elisa que la informaría cuando todo estuviese resuelto, pero era demasiado tarde. Estaría durmiendo. Dudó por espacio de unos segundos, pero terminó por coger el móvil. Decidió enviarle un wasap. Si estaba despierta lo leería y si no, lo vería cuando se levantase.

Todo arreglado con Till

Dejó el móvil sobre la mesilla y cerró los ojos, pero el sonido de un wasap entrante le hizo abrirlos de nuevo.

Me alegro. Gracias por avisar. Buen viaje mañana

Cas sonrió. Ella era siempre tan formal. Hasta sus wasaps sonaban formales. Decidió darle algo en qué pensar.

Mi cama huele a ti. Se me pone dura cada vez que pienso en lo que hicimos ayer aquí

Esta vez tardó en contestar. Se la podía imaginar tumbada en la cama, leyendo su wasap y sonrojándose de esa forma tan encantadora que tenía ella...

Un sonido le alertó de la llegada de su respuesta. Cas, más ansioso de lo normal, se apresuró a leer el mensaje.

¡Varios emoticonos sonrientes sonrojados!

Soltó una carcajada.

Sueña conmigo. Te llamo cuando vuelva

A lo que ella respondió al cabo de unos segundos con otro emoticono, el que tenía corazones por ojos.

Sonrió con languidez, dejando el móvil sobre la mesilla de nuevo. No sabía si ella iba a soñar con él, pero estaba casi seguro de que él sí iba a soñar con ella.

Capítulo Dieciséis

—¿No te ha llamado? —preguntó Sandra.

Eli levantó la vista del libro que fingía leer y negó con la cabeza.

Era sábado por la mañana y estaban en la piscina, aprovechando el último día de sus vacaciones. Alba, Sandra y ella estaban tumbadas en las tumbonas, mientras que Tana se daba un chapuzón.

—Llámale tú —la animó Alba, levantando la cabeza.

Eli ya había pensado en ello, pero le parecía un poco precipitado. Al fin y al cabo él había dicho que la llamaría cuando regresase de Inglaterra. Era cierto que en principio iba a volver el viernes, pero a lo mejor su vuelo se había retrasado. Quizá todavía no hubiese vuelto.

—Puede que todavía no haya regresado —se inmiscuyó en la conversación Tana desde el borde de la piscina, exteriorizando los mismos pensamientos de Eli.

Asintió.

—Te llamará seguro. Por todo lo que nos has contado, se nota que le gustas —adujo Sandra, mirándola con simpatía.

—Yo también lo creo, pero... —Eli se interrumpió. No sabía muy bien si contarles a sus amigas lo que de verdad le preocupaba.

—Pero ¿qué? —insistió Alba, irguiéndose.

Sandra también se incorporó.

—Nada, no es nada —repuso con un gesto ambiguo.

—No nos vale. —Tana salió del agua. Llevaba un diminuto bikini blanco que realzaba sus curvas. Cogió una toalla y se envolvió en ella. Empujó los pies de Eli para sentarse en su tumbona—. Tienes que decirnos qué pasa.

—Nada, en realidad.

—Ni de coña. Habla —insistió Tana. Sandra y Alba asintieron.

—Bien, es solo que no sé muy bien lo que va a pasar ahora. Nos vamos mañana...

—¿Y? —insistió Alba, viendo que no continuaba.

—¿Y si quiero seguir viéndole? —suspiró.

Sus amigas se quedaron calladas unos segundos. Se miraron entre ellas con sorpresa.

—Pero si llevas toda la semana diciendo que era algo físico, que en la cama genial y eso, pero que nada más. —Sandra frunció el ceño, perpleja.

—Esto iba a ser una aventura de verano, ¿no? —Alba le tocó el brazo con suavidad.

Tana se mantenía en silencio. Había girado la cabeza y contemplaba el mar en la distancia.

—Bueno sí, eso he dicho, pero imaginad que..., que me gusta de verdad... No sé, más en serio... —Eli comenzó a ponerse nerviosa. Una cosa era pensar en ello y otra muy diferente decirlo en voz alta.

—Que complicado —murmuró Alba al cabo de un rato, con consternación.

Sandra asintió sin decir nada.

—No he conseguido dejar de pensar en él ni un instante. Y no solo en lo maravillosa que fue la noche que pasamos juntos... No. También en lo increíble que fue el día; y en lo bien que me hace sentir; en la persona que soy cuando estoy con él... No sé. Estoy confusa —terminó, negando con la cabeza.

—Estás pillada —resumió Tana, rompiendo su silencio por fin y mirándola fijamente.

—¡Pero si apenas nos conocemos! Nos hemos visto solo un par de veces. —Su voz sonaba alterada.

—¿Y?

—Y eso... Que no puede ser..., que será un enamoramiento de verano...

—Tú misma te contradices —la cortó Tana—. Hace un segundo has dicho que a lo mejor te gusta de verdad, de una forma más en serio, y ahora dices que a lo mejor solo es un rollo de verano. ¿En qué quedamos?

Eli se llevó las manos a la cara y suspiró de nuevo. ¡Estaba tan confundida!

—A lo mejor no te llama y pasa de ti —sugirió Sandra—. Y entonces todo arreglado, ¿no?

—Pero que burra eres —la reprendió Tana, lanzándole una mirada exasperada—. Vamos a ver. Situación uno: Él pasa de ti y tú no quieres nada serio, como te vas a Madrid mañana, no hay problema.

Eli elevó los ojos al cielo.

—Situación dos: Él pasa de ti pero tú de él no. Como te vas a Madrid mañana, al principio te costará olvidarle, pero lo superarás.

Sandra dejó escapar una risa contenida, pero Tana parecía estárselo tomando todo muy en serio.

—Situación tres: Él no pasa de ti, pero tú sí de él. Como te vas a Madrid mañana, terminará por superarlo.

Ahora fue Alba la que se unió a la risa de Sandra. Incluso Eli estuvo a punto de imitarlas.

—Situación cuatro: Él no pasa de ti y tú no pasas de él. Como te vas a Madrid mañana, tendréis que intentar tener una relación a distancia hasta que uno de los dos decida mudarse e irse a vivir con el otro, ¿no? —finalizó Tana su exposición. Parecía bastante satisfecha.

—Claro, Tana, claro. La situación cuatro es la más probable de todas —comentó Eli con sarcasmo—. Está más que claro que puedo presentar a Cas a mis padres y hacer que se integre en mi vida. Quizá hasta pueda jugar al golf con mi hermano Poncho.

—Bueno, también te puedes venir a vivir aquí y ser la mujer de un mecánico, ¿no? —repuso la otra con cierta ironía.

Todas rieron, incluida Eli.

«¡Ella, la mujer de un mecánico! ¡Imposible!» La Eli snob.

Pero, mientras se burlaba de lo que había dicho Tana, una pequeña, pequeñísima parte de ella no parecía demasiado disgustada con la idea.

«Recuerda que no es un mecánico cualquiera. Es Cas». La *otra* Eli.

—De todas maneras creo que estamos adelantando acontecimientos, ¿no creéis? —intervino Alba, una vez que hubieron dejado de reír.

—Pues sí. Espera a ver si te llama, y si lo hace aprovecha para pasar más tiempo con él —dijo Sandra—. Puede ser que cuando le conozcas más no te guste tanto.

Eli asintió, dubitativa. Muchas cosas terribles tenían que suceder para que Cas no le gustase tanto.

—Hemos solucionado el momento de crisis, ¿no? —preguntó Tana con la mirada fija en Eli—. Pues me voy al agua otra vez. Intentad no molestarme con vuestras tonterías, niñas.

—Claro, *darling* —repuso Alba, sacándole la lengua.

Eli volvió a coger su libro y retomó su fingida lectura. Lo cierto era que tenía la cabeza demasiado ocupada como para concentrarse en un libro, el que fuese. Hablar con sus amigas sobre lo que sentía o no por Cas no había servido de nada. Quizá debería aclarar sus ideas primero, y luego ya se vería.

No había sabido nada de él desde la madrugada del domingo, cuando había recibido los wasaps. Enterró la cabeza en la novela, intentando ocultar el rubor que teñía su cara cada vez que se acordaba de lo que él había escrito.

Mi cama huele a ti. Se me pone dura cada vez que pienso en lo que hicimos ayer aquí

Había leído y releído ese wasap miles de veces en los últimos días. El simple hecho de imaginarle tumbado en la cama donde habían dormido juntos, hacía que se le acelerase la respiración.

Esos cinco días se le habían hecho interminables y si no había mirado el móvil cientos de veces, no lo había hecho ninguna. No era que él le hubiese prometido que la iba a llamar, pero en el fondo, ella lo había esperado.

Habían ido con frecuencia a la playa, y por las noches habían salido a divertirse, como cualquier grupo de chicas de su edad de vacaciones. Una noche, incluso se habían acercado al *Rock and Stars*, y se habían sorprendido bastante al enterarse de que Till ya no trabajaba allí.

Eli sospechaba que la marcha de Till podía tener algo que ver con lo que había sucedido la noche de la llamada telefónica, pero no había querido comentarlo con sus amigas. Solo les había contado por encima que Cas había tenido que irse debido a una emergencia familiar. Sin profundizar. Tampoco era asunto suyo, en realidad.

Sentía curiosidad por saber qué le había sucedido a Till. Era un chico encantador, mucho más abierto y extrovertido que sus hermanos mayores, quizá un poco irresponsable, pero eso era sin duda consecuencia de la diferencia de edad.

Cerró el libro y lo dejó en la tumbona. Sandra parecía haberse quedado dormida. Alba contemplaba las nubes con una mirada algo soñadora, y Tana había salido de la piscina por el otro extremo y estaba sentada en el borde con los ojos cerrados, bronceándose.

Al ser el último día que iban a pasar allí, habían decidido tomárselo con calma y no salir, quedarse en la piscina y disfrutar del sol. Comer algo y pasar la tarde viendo películas o jugando a cualquier tontería. Su avión salía al día siguiente a media mañana por lo que tampoco tenían que madrugar en exceso.

Esas vacaciones le habían venido bien, reconoció. Aparte de conocer a Cas, que ya no sabía si había sido algo bueno o malo —ya se vería—, había pasado unos días estupendos con sus amigas. Cuando regresasen a Madrid la vida que llevaban las atraparía y les robaría la oportunidad de verse con tanta frecuencia. Tana estaría liada con su boutique. Sandra, con sus

miles de proyectos —ese verano le había dado por diseñar joyas—, y Alba, preparando la boda del siglo. Y ella..., ella estaría intentando librarse de la presión de su madre para que siguiese sus pasos en la vida.

¿Qué pensaría Carmen de Luis si llevase a Cas a casa y le presentase como su novio? La mera idea hizo que se le curvaran los labios en una sonrisa. ¡Qué locura! Primero, le miraría de arriba abajo con desdén y después, muy educadamente, por supuesto, comenzaría a hacerle preguntas incómodas del tipo: *¿Quiénes son tus padres?, ¿dónde has estudiado?, ¿dónde vas a esquiar? Ah, ¿pero no montas a caballo? ¿Tampoco juegas al golf? ¿Nunca has estado en las Maldivas de vacaciones?...* Y finalmente le miraría por encima del hombro si él no escogía el tenedor adecuado para el pescado. Eli se estremecía solo de pensarlo.

Su móvil vibró. Acababa de recibir un wasap. Se incorporó con precipitación y lo cogió. Le temblaba la mano, advirtió.

Era Cas.

Sus amigas la miraron con impaciencia.

Desbloqueó el móvil.

Estás libre?

—¿Qué dice? —preguntó Sandra.

Leyó el mensaje en voz alta.

—Di que sí, vamos —la apremió Alba.

Sí

—Eres muy escueta, ¿no? —Se burló Tana. Se había acercado y contemplaba la pantalla del móvil por encima de su hombro. Eli giró la cabeza y la miró indignada.

El móvil volvió a vibrar en sus manos.

Ábreme la puerta

—¿A qué se refiere? —preguntó Alba que también había alargado la cabeza para ver los mensajes.

—No sé —repuso Eli, algo confusa.

En ese instante el timbre de la puerta las sobresaltó a todas.

Eli sintió cómo si el corazón se le quisiese salir del pecho.

—¡Está aquí! —exclamó casi sin aliento.

Capítulo Diecisiete

Cas cerró la puerta de su apartamento y suspiró aliviado. ¡Por fin! El viaje había sido extenuante, además de durar un día más de lo previsto. Tiró la bolsa sobre el sofá y se dirigió directo al baño. ¡Cómo le apetecía meterse en la ducha! Tenía la sensación de llevar días viajando.

Menos mal que todo se había solucionado, pensó, mientras abría el grifo del agua caliente. Se desnudó de prisa y se metió en el cubículo. El agua le empapó, llevándose el cansancio con ella.

Después de cinco días de reuniones había conseguido llegar a un acuerdo muy ventajoso con la nueva persona de contacto que le habían asignado, y el problema de las piezas equivocadas también se había arreglado. Y aunque no era la primera vez que visitaba la fábrica de Triumph en Hinckley, nunca dejaba de fascinarle. Si bien la mayor parte del tiempo la había pasado en la Fábrica Uno, donde se almacenaban los repuestos, que era lo que él había ido a buscar; era la Fábrica Dos, la que le apasionaba. Allí era donde se montaban los motores y los chasis y donde se realizaban las pruebas de funcionamiento de los diferentes modelos. El sueño de cualquier mecánico de motos. Lo más tedioso habían sido las interminables discusiones encerrado en un despacho. De eso podía haber prescindido, la verdad.

En fin, todo había salido bien y había conseguido incluso que le abonasen una parte del último pedido, debido a las molestias ocasionadas.

Lo único que había ensombrecido su viaje, era haber tenido que quedarse un día más en Inglaterra por motivos de agenda de su nuevo agente. Tuvo que hacer noche en Londres y había cogido el primer vuelo de la mañana. Su coche le había estado esperando en el parking de larga distancia del aeropuerto. De camino a casa ya había hablado con Jan para informarse sobre su perra, a la que este estaba cuidando, y para preguntarle por Till.

Till...

Lo del tema de Till había quedado resuelto antes de su viaje. Todavía le entristecía pensar en cómo había reaccionado su madre al enterarse de lo sucedido. Se había llevado un disgusto terrible, pero no había tardado ni diez minutos en ponerse en marcha para ir al banco a sacar el dinero. Jan y él mismo habían hecho lo propio, y antes de las doce de la mañana, habían acudido al *Rock and Stars* a llevarle la cantidad acordada a Bajram. Todo había ido como la seda. El albano-kosovar lo había cogido sin hacer ningún comentario y se había despedido de ellos dándoles recuerdos para Till.

Cas apretó los puños con ira. Se le revolvía el estómago pensando que su hermano pequeño podía volver a tener algún tipo de relación con ese tío.

Durante los días que había pasado fuera se había mantenido en contacto con Jan, no con Till. Estaba muy enfadado con él, y había preferido dejar el tema en manos del siempre calmado Jan, que le había ido informando. Till parecía estar arrepentido y avergonzado. Había dejado su piso de alquiler para volver con su madre. Lo había decidido él mismo, para poder ahorrar y pagar a la familia el dinero que les debía, cuanto antes. Tampoco había puesto pegas a lo de no volver a trabajar en el *Rock and Stars*; de momento iba a seguir trabajando en la tienda de repuestos y se iba a buscar algo más para los fines de semana.

Al menos algo positivo.

Cas esperaba que lo sucedido le sirviera de escarmiento y no se juntase con esa gentuza otra vez, ni con los Albescu ni con Bajram. Ojalá el tema de las partidas de póker y las apuestas hubiese sido algo momentáneo, y no un verdadero vicio. No deseaba tener que estar vigilándole.

Cerró el grifo y salió del pequeño habitáculo, sintiéndose como un hombre nuevo. Se secó con vigor y se miró al espejo que estaba empañado. A pesar de la reconfortante ducha, tenía un aspecto algo cansado. Las pequeñas arrugas que se le formaban en torno a los ojos, aparecían más marcadas que de costumbre. Aparentaba cada uno de los treinta y dos años que tenía.

Treinta y dos años... ¿No iba siendo ya hora de que sentase la cabeza? ¿De encontrar a alguien y echar raíces? ¿De tener hijos?

«¡Para! ¡Para! ¿Qué gilipollices son esas?»

Meneó la cabeza con rudeza, tratando de ahuyentar esas ridículas ideas, pero no pudo evitar que la imagen de Elisa se deslizase en su cerebro.

Había pensado mucho en ella, mientras estaba fuera. Demasiado. Quizá por eso no la había llamado. Se había querido probar a sí mismo que no era para tanto, que lo que había tenido con ella había sido un lío de una noche o de un par de noches a lo sumo, como tantos otros con anterioridad. Pero había cogido el móvil cien veces y había estado tentado de marcar su número o mandarle un wasap otras mil. Eso no le había sucedido antes. Esas ansias por saber de ella, esa sensación de que era diferente a otras, la forma cómo se sentía cuando pensaba en ella, como si fuese algo suyo, de su propiedad.

Tenía muchas ganas de volverla a ver y comprobar si de verdad era tan impresionante como la tenía en mente, o si la había idealizado debido a la distancia. A fin de cuentas solo se habían visto un par de veces, y poco más. No se conocían en absoluto. Y cuanto más tiempo pasaban juntos, más evidentes se hacían las diferencias que había entre ellos.

Y sin embargo..., aquel día y aquella noche habían sido simplemente... geniales.

Había prometido llamarla en cuanto llegase, así que se vistió con rapidez y fue al salón a por su móvil. Lo sacó del bolsillo de su bolsa de viaje y advirtió que tenía varios wasaps de su amigo Pep. Debían haber llegado, mientras estaba en la ducha. Los leyó.

¡Joder! Se le había olvidado lo de la barbacoa en el chalet de Pep, por lo de su aniversario. Y contaba con él, le decía en los wasaps.

Dudó. Elisa se marchaba al día siguiente y él pretendía que pasasen el día juntos —y la noche también, si era sincero—. Esperaba que ella no hubiese hecho otros planes.

Se acarició el mentón antes de mirar la hora. Era temprano para que se hubiese ido a la playa. Con toda probabilidad seguiría en el chalet.

No la iba a llamar, decidió. Prefería sorprenderla.

Capítulo Dieciocho

Se pasó las manos por el cabello, intentando calmar los nervios. Cada vez que se encontraba con él, esa extraña sensación de no tener suelo bajo sus pies se manifestaba en su estómago. Se sentía como cuando era pequeña y montaba en la montaña rusa, en el momento exacto en el que se quedaba suspendida en el aire allá arriba en las alturas, sabiendo que al siguiente instante se iba a encontrar descendiendo a toda velocidad hacia el vacío por la pendiente elevada.

Se preguntó si en algún momento eso dejaría de sucederle.

Sus amigas la esperaban en la piscina, muertas de curiosidad. Ella había cogido una toalla y se la había atado a la cintura para no sentirse tan expuesta. Lo cual era una estupidez, admitió, ya que él la había visto con mucha menos ropa encima.

Con un movimiento brusco abrió la puerta.

Y ahí estaba. *Su* vikingo besado por el sol. Y la miraba como si ella fuese una gacela y él un león hambriento.

Y ahí estaba también la pendiente de la montaña rusa... y el aleteo de multitud de mariposas descontroladas en su estómago, en su vientre, incluso en su pecho...

—Elisa —murmuró él. Y sin darle tiempo a reaccionar la cogió por la cintura y se apoderó de su boca. Ella se dejó llevar. Mentiría si negara que había estado soñando con algo así desde hacía días. ¡Esos labios!

Como siempre que él la besaba sintió cómo le temblaban las piernas. Era insólito el efecto que ese hombre tenía sobre ella. Y aunque el beso no duró más que un suspiro, cuando se separaron, le costó trabajo respirar. Por enésima vez se preguntó qué tenía él que conseguía hacerla reaccionar de aquella manera.

—¿Me has echado de menos? —le preguntó él, sonriendo de esa forma tan especial que hacía que se sintiese tonta y se le acelerase el corazón.

—No demasiado —respondió, apartándose y cediéndole el paso.

—¡Qué cruel! Yo apenas he podido pensar en otra cosa que no fueses tú y tu cuerpo desnudo jun...

—¡Cas! —le reprendió.

Él le guiñó un ojo con complicidad. Parecía muy satisfecho. Nada recordaba al Cas que había visto la noche anterior a su partida. Eli suponía que eso era buena señal, y que todo se había solucionado

—Estamos en la piscina —le indicó, al ver que se había parado a la entrada del salón, y contemplaba la estancia con interés. Intentó verla a través de sus ojos. Se podía imaginar que un chalet de esas características imponía bastante, sobre todo cuando uno no estaba acostumbrado a desenvolverse en esos ambientes, pero Cas no hizo ningún comentario o valoración. Se limitó a mirarla con calidez y a seguirla al jardín.

Estaba nerviosa. Sentía su presencia a su espalda, emanando calor y seguridad en sí mismo. Hasta ahora no había tenido que interactuar con él estando sus amigas delante, y no sabía muy bien cómo iba a afrontar la situación. Cuando estaba con él se sentía como una persona diferente, más libre, más abierta, menos reprimida y seria. Pero con sus amigas... De pronto, un pensamiento insano acudió a su cabeza. Las tres eran unas bellezas; de las cuatro ella siempre se había considerado la más mediocre. Su figura no se podía medir con la de la voluptuosa Tana; ni su rostro con el angelical de Sandra. Y Alba era preciosa, con su pelo rojo y sus enormes ojos azules.

¿Y si Cas al ver a las cuatro juntas se percataba de sus deficiencias? ¿Y si...?

Demasiado tarde. Ya estaban allí.

Las tres chicas se habían puesto de pie y se acercaron a ellos. Hubo un intercambio de besos; Eli se mantuvo algo apartada, observándole. Él estuvo muy simpático, como era su costumbre, aunque su sonrisa especial no hizo acto de presencia. ¿Solo la sonreía a ella de aquel modo?

—Menuda sorpresa —dijo Tana—. No te esperábamos. Bueno, Eli ha dormido estos días con el móvil pegado a la oreja por si la llamabas, pe...

—¡Tana!

Estuvo a punto de saltar encima de ella y taponarle la boca con la mano. ¡A veces era odiosa!

Cas se echó a reír. La miró con los ojos chispeantes de diversión y se acercó a ella. Le acarició el antebrazo con la mano, apenas fue un roce suave, pero el gesto provocó que una corriente eléctrica le recorriese el brazo entero, desde la muñeca al hombro. Si él se percató de ello no lo demostró, pero se pegó más a ella invadiendo su espacio por completo.

—La verdad es que he estado muy ocupado. No sé si Elisa os habrá dicho que he ido a Inglaterra por negocios. Acabo de regresar esta misma mañana.

Ella se sorprendió al oír eso. Era temprano. Así que él había venido a buscarla poco después de aterrizar. Eso quería decir algo, ¿no? Le miró de reojo. El sol le acariciaba el corto

cabello rubio. ¿Cómo era posible que fuese tan guapo?

—¿A qué parte de Inglaterra has ido? —inquirió Alba con curiosidad.

Mientras Cas les contaba por encima dónde había ido y lo que había hecho, Eli se dedicó a observarle. Iba vestido como siempre, con carácter informal, con una camiseta negra, un pantalón corto de color tierra lleno de bolsillos y zapatillas deportivas. Le resultaba curioso que la apariencia de alguien que parecía esforzarse tan poco por su aspecto físico, destacase de esa manera. Tenía carisma, reconoció.

Giró la cabeza y descubrió a Tana mirándola con una extraña expresión en la cara. Sin saber por qué se sintió avergonzada de que su amiga la hubiese visto examinando a Cas de aquel modo.

Desvió la vista.

—Mi amigo Pep —Eli ya le conoce— celebra su aniversario y ha organizado una barbacoa en su casa —decía él en ese instante—. Si no tenéis otros planes, podíais venir —sugirió, y aunque la invitación iba dirigida a todas, solo esperaba su respuesta.

—La verdad es que no tenemos planes —repuso Tana—. ¿Qué os parece? ¿Nos acoplamos? —Al igual que Cas, aunque pareció dirigirse a todas, su mirada estaba centrada en Eli, como pidiendo su aprobación.

Esta asintió lentamente con la cabeza. Si bien era cierto que hubiese preferido estar a solas con él, se conformaría; de todas formas no creía que en casa de Pep fuese a disfrutar de muchos momentos de soledad tampoco; no obstante, si pensaba en la playita privada y en el baño de la última vez...

—Perfecto. No hace falta que os cambiéis. Es una barbacoa informal y tiene piscina y playa, así que podéis ir en bañador.

Ellas se echaron a reír como si él hubiese dicho algo muy gracioso. Incluso Eli sonrió por dentro. ¿No cambiarse? ¿Ir en bañador? Si bien tampoco había que sacar el *Hermès Birkin* para ir a una barbacoa, el simple hecho de pensar que podían mostrarse con esas pintas les causaba hilaridad.

Cas las miró arqueando las cejas, sin entender muy bien a qué venían las risas.

—No tardamos nada —dijo Sandra y echó a andar hacia la puerta. Tana y Alba la siguieron. Eli iba a hacer lo mismo, pero Cas la retuvo por el brazo. Esperó hasta que las demás abandonaron el jardín y entonces la abrazó por detrás inclinando la cabeza para besarle el cuello.

—¿Te sientes incómoda delante de tus amigas? —susurró. Su ronca voz, acariciando el lóbulo de su oreja, provocó que una oleada de calor se extendiese por la parte baja de su vientre.

—No... No es eso... —consiguió articular—. No estoy muy acostumbrada a actuar así en

público... En general... —terminó con la voz entrecortada.

—Entonces tendremos que esperar a esta noche, cuando estemos solos, ¿no? —murmuró él sin apartarse ni un milímetro. Tenía su cuerpo pegado al de ella y Eli sintió cómo el miembro masculino comenzaba a crecer y se clavaba en su espalda. La excitación también se apoderó de ella; no sabía si a causa de la cercanía o por las palabras que él acababa de pronunciar.

—¿Esta noche? —balbuceó sin apenas aliento.

—Esta noche. Tú y yo. En mi casa.

—Mañana me voy —musitó.

—Lo sé, por eso esta noche es nuestra —repuso él con firmeza. Eli no podía verle la cara pero notó cómo la respiración de él se aceleraba—. ¿No quieres? Porque yo no he podido pensar en otra cosa desde que me marché.

Ella no respondió. Sabía que si intentaba hablar la voz se le quedaría atascada en la garganta. Se limitó a asentir. Después, sin saber muy bien cómo, se desasió de su abrazo y echó a correr hacia el interior del chalet, con las piernas temblorosas.

La carcajada de Cas la siguió.

* * *

La observó partir con la risa brotándole del pecho. No sabía qué era lo que tenía ella que le hacía sentirse así, tan despreocupado, tan satisfecho, tan ¿feliz?

Esperó hasta que hubo desaparecido de su campo de visión para darse la vuelta y mirar a su alrededor con curiosidad. Así que así era como vivían los más ricos de los ricos... Dejó vagar la vista por el amplio y cuidado jardín con la enorme piscina rodeada de palmeras, inmaculadamente podadas. Al fondo, había una construcción de madera independiente, que por su aspecto, supuso sería la sauna o spa o algo similar.

El chalet de su amigo Pep era de lo mejorcito de la costa, pero no tenía ni punto de comparación con ese. Si el de Pep era un Mercedes, este se podía considerar un Rolls Royce.

Demasiado para él, decidió.

Demasiada pulcritud. Demasiado orden. Demasiado equilibrio.

Demasiado dinero.

Se dirigió al salón. Era grande y estaba decorado en tonos blancos y cromados. Su apartamento, el de su madre y la casa de Jan habrían cabido dentro, sin dificultad, y todavía habría habido sitio para jugar un partido de fútbol, pensó con sarcasmo.

Era la típica estancia en la que uno entraba, y se convencía a sí mismo de que era mucho mejor quedarse de pie. Se sentó en el sofá de cuero blanco, mientras lo contemplaba con una ceja arqueada. Un par de horas allí con su perra y el blanco immaculado del sofá adquiriría diversas máculas.

Había actuado sin pensar al invitar a las amigas de Eli a la barbacoa, aunque sabía que a Pep no le importaría en absoluto. De todos modos decidió cerciorarse y le envió un wasap, comentándoselo. Apenas habían transcurrido unos segundos cuando la respuesta de Pep le hizo sonreír.

Cuanto más mejor

Se recostó contra el respaldo del incómodo sofá, y esperó a que ellas bajasen. No había entendido muy bien por qué se habían echado a reír ante su sugerencia de que no necesitaban cambiarse de ropa. Cosas de mujeres, se dijo. Cosas de mujeres con pasta, se repitió.

Mientras esperaba, conjuró la imagen de Elisa. Si había tenido alguna duda sobre si esa chica era imponente o la había idealizado debido a la distancia... esta había quedado disipada en el mismo instante en que ella había abierto la puerta del chalet y le había mirado de aquella manera, con una mezcla de timidez y deseo... No había podido resistirse. El impulso de saborear esos seductores labios había sido demasiado para él. Además, ¿por qué resistirse? Ella lo deseaba tanto como él. Y lo había hecho. Se había apoderado de su boca y la había besado como llevaba días queriendo hacer... y ella había respondido al beso con avidez.

¡Joder, qué dulce y tentadora era!

La única cosa que ensombrecía un tanto la curiosa sensación de regocijo que sentía cada vez que se encontraba cerca de ella, era saber que ese iba a ser el último día que podían pasar juntos.

Frunció el ceño.

Los pasos de las chicas bajando las escaleras le apartaron de sus cavilaciones. Meneó la cabeza y se levantó para ir a su encuentro. No habían tardado demasiado, la verdad.

«Ahora entiendo lo de las risas. ¿Cómo he podido sugerir que lo que llevaban puesto antes estaba bien para ir a una barbacoa?», pensó con ironía, mirándolas de arriba abajo.

Si antes, en la piscina, habían tenido un aspecto desaliñado e informal en bikini, ahora parecían salidas de una pasarela de modelos, con sus modernos vestidos de luminosos colores, enormes sombreros de paja y extravagantes gafas de sol.

Cas sonrió por dentro. Eran como un cliché. Como las cuatro mujeres de *Sexo en Nueva York*...

Pero la sonrisa se le quedó atascada en la garganta cuando la miró a *ella*. Sin duda, era la más hermosa de todas. *Su* Catherine Deneuve. Lucía un vestido corto de color azul y unas

sandalias marrones atadas a los tobillos a juego con el sombrero que llevaba en la mano. Se había recogido el pelo en una coleta alta y tenía las mejillas sonrojadas.

Fuck!

¡Esa mujer le dejaba sin aliento!

—¿Todo listo? —preguntó sin dirigirse a nadie en especial, pero no pudiendo evitar que sus ojos la mirasen a *ella*.

Ellas asintieron, y entre risas y comentarios ingeniosos abandonaron el chalet. Él se las ingenió para quedarse un poco rezagado con Eli y aprovechó para decirle lo que pensaba.

—Estás guapísima, ¿lo sabes? Solo de pensar en lo que te voy a hacer esta noche me pongo a cien —le susurró al oído.

Ella miró a sus amigas, azorada; Cas dejó escapar una risa burlona.

—Están disimulando y haciendo como que no saben que te estoy intentando seducir —repuso sonriendo—. Creo que les caigo bien.

—Ahora mismo les caes mejor que a mí. —Le miró con obvio reproche antes de hacer un gesto negativo con la cabeza.

Él rio.

Las otras tres se apresuraron a tomar asiento en la parte trasera del Navara, no dejando a Eli otra opción más que acomodarse en la parte delantera, junto a él. La miró de reojo. Le gustaba verla ahí sentada, como si fuese «su chica». Aunque nada comparable a sentir su cuerpo pegado a su espalda sobre su Bonneville. La vívida imagen que acudió a su cerebro provocó que le aumentasen las pulsaciones. Agarró el volante con fuerza haciendo gala de todo su autocontrol.

El camino a casa de Pep se le hizo corto. Las chicas, a excepción de Eli que se mantuvo callada y solo articuló algún monosílabo que otro, no dejaron de hablar en todo el trayecto. Tana, que parecía ser la más abierta de todas, le hizo un montón de preguntas sobre su vida y su trabajo, a las que él respondió de buena gana. Tenía la sensación de que era objeto de mucho interés para ellas, y se preguntó si sería mera curiosidad, o si de verdad estarían preocupadas por su amiga y el tipo con el que había decidido liarse ese verano.

La miró a hurtadillas. Intentaba disimular la incomodidad que le producía el interrogatorio al que le estaban sometiendo sus amigas, pero no podía ocultar el interés que se reflejaba en su mirada, cada vez que las preguntas se hacían más íntimas.

—¿Y no has pensado en casarte y tener hijos? —le preguntó Tana con un tono de voz un tanto malicioso.

Eli dejó escapar un suspiro ahogado, pero antes de que pudiese darse la vuelta y asesinar a su amiga con los ojos, Cas intervino.

—Supongo que todavía no he encontrado a la mujer adecuada, pero estoy abierto a posibilidades —concluyó con una sonrisa.

—¿Qué tiene que tener tu mujer adecuada? —inquirió Alba con curiosidad.

Cas dudó. Eli había girado la cabeza y contemplaba el paisaje con fingido desinterés.

—Me gustaría que pareciese una súper modelo, que fuese alta, delgada y rubia, por supuesto. Que hubiese estudiado una carrera... No sé, preferiblemente Derecho. —La miró a hurtadillas para observar su reacción, pero ella permanecía impertérrita—. Que hubiese hecho un máster en el extranjero... Sí, eso me parece muy importante.

Las risas de las chicas a su espalda le interrumpieron.

—Y lo más importante de todo —concluyó con una pícaro sonrisa—, que esté loca por mí, aunque se esfuerce en disimularlo... No pido mucho, ¿no?

La cara de Eli había adquirido la tonalidad de un tomate maduro. Y Cas casi se arrepintió de haber bromeado.

Casi.

No podía evitar que le encantase verla así de turbada.

Las tres pasajeras intercambiaron miradas significativas, como pudo comprobar en el espejo retrovisor. Ocultó una sonrisa indulgente. ¡Eran tan jóvenes!

Pronto el tema de conversación varió y las chicas se concentraron en los preparativos de lo que parecía iba a ser la boda del milenio, aunque Eli siguió callada y no intervino en la conversación. Cas se preguntó qué estaría pensando.

—Estamos llegando —anunció, pasados unos instantes—. Es ahí delante.

Al igual que la última vez que habían estado allí, la casa de Pep se encontraba llena de gente, si se tenía en cuenta la cantidad de vehículos que aparcaban justo delante. Cas tuvo que alejarse unos cientos de metros para encontrar sitio.

Se bajaron del coche y caminaron hacia la entrada. Las amigas de Eli se adelantaron unos metros. Él tenía la sensación de que lo hacían a propósito para dejarles solos. Ella parecía algo más relajada que hacía unos minutos. La cogió de la mano.

—*Prinzessin* —comenzó, deteniéndose y obligándola a hacer lo mismo—, es nuestro último día juntos. Vamos a aprovecharlo. ¿Ok? —Su voz tenía un ligero tono suplicante que no le gustó

demasiado. Sonaba como un gilipollas.

Ella le miró con intensidad por espacio de unos segundos, sin decir nada. Sus ojos reflejaban duda, pero al mismo tiempo una determinación que momentos antes no había estado allí. Cas se maravilló de lo profundo de esa mirada. Una pequeña brisa le agitó un mechón de pelo que se había salido de su coleta, y él lo cogió y se lo colocó detrás de la oreja con delicadeza rozando su mejilla, y deleitándose en la suavidad de su cabello y de su piel.

La respiración de ella se aceleró visiblemente. Sin apartar los ojos de su rostro, levantó la mano y se tocó la mejilla en el punto exacto que él acababa de abandonar. Parecía haber olvidado que sus amigas se encontraban solo a unos metros de distancia y los observaban con curiosidad.

—Ok —repuso en voz baja, usando la expresión que él siempre utilizaba.

Le apretó la mano con firmeza y sintió cómo ella le devolvía el apretón. Una inexplicable sensación de euforia comenzó a expandirse por su cuerpo; se sentía como cuando en el instituto había conseguido convencer a Anke Kruse de que fuese con él al cine.

Sin aliento.

Con el corazón latiéndole al doble de velocidad de lo normal.

Como un imbécil.

—¿Vamos? —La voz de una de las chicas —no supo precisar de cuál— le sacó del extraño trance en el que se había sumido. Agitó la cabeza, aturdido. Le costó apartar la mirada, pero se dio la vuelta y carraspeó antes de contestar.

—Claro, vamos.

No volvió a mirarla, mientras se encaminaban juntos hacia la entrada, pero no hacía falta, la calidez de la mano de ella en la suya, y su simple y arrolladora presencia a solo unos centímetros de distancia le bastaban.

«¡Estás jodido, cabrón!», pensó.

Capítulo Diecinueve

Por primera vez en su vida Eli estaba sintiendo lo que significaba estar celosa y era una sensación muy desagradable. Con Lalo no le había pasado jamás. Bien porque él no solía coquetear con otras mujeres delante de ella, o bien porque a ella le importaba un bledo que lo hiciese.

Estaba descubriendo que con Cas todo era diferente. Todavía no sabía lo que sentía por él, pero si esas punzadas que notaba en el pecho y esa desazón eran un indicativo de sus sentimientos, entonces estaba colada por él.

Cas y la llamativa morena llena de tatuajes se encontraban a solo unos metros de distancia. Demasiado lejos como para oír su conversación, pero lo bastante cerca como para ver la mano de ella apoyada sobre el pecho de él, mientras hablaban.

Llevaban enfrascados en esa conversación más de media hora.

Media hora en la que, una Eli, en apariencia indiferente, se había dedicado a beber su Coca-Cola y a charlar con sus amigas y otras mujeres que asistían a la barbacoa.

Media hora en la que había tenido que contenerse para no mirar a la pareja con descaro, en tanto sentía cómo le hervía la sangre cada vez que la mujer tatuada le tocaba de esa forma tan familiar.

Y Cas sonreía. Con amplitud.

Volvió a llevarse la bebida a los labios y sonrió a Ana, la mujer de Pep, que le relataba algo sobre la última travesura de su hijo pequeño. Solo la escuchaba a medias. Tenía la mente ocupada por pensamientos bastante desagradables.

Habían llegado a la barbacoa hacía un par de horas, cuando la fiesta estaba en plena ebullición. Como la vez anterior, Pep y su mujer habían estado encantadores y las habían recibido a ella y sus amigas con los brazos abiertos. Pronto se habían integrado en la animada reunión.

Eli había reconocido a varias personas que también habían estado presentes en el cumpleaños, que la habían saludado con efusividad. De alguna manera, todos daban por hecho que entre ella y Cas había algo, o al menos eso le parecía. La trataban como si fuese una más de ellos, alguien que pertenecía. Se sentía a gusto. A gusto y relajada. Incluso sus amigas se lo habían dicho. Habían comentado que se la veía muy feliz y que se alegraban por ella.

Cas había permanecido a su lado la mayor parte del tiempo; las había llevado de grupo en

grupo intentando que se sintiesen cómodas. Y lo había conseguido. Tanto él como sus amigos eran muy afables, y las cuatro se habían sentido aceptadas enseguida. El ambiente era genial, la compañía era estupenda y todo era más que perfecto...

Y de pronto, había aparecido esa mujer.

Habían estado cerca de la barra sirviéndose bebida, cuando la cara de Cas se había iluminado con una sonrisa. Eli había girado la cabeza para ver qué era lo que podía haber causado esa reacción en él, y entonces la había visto.

Físicamente se parecía algo a Tana. Era morena, de ojos oscuros, no demasiado alta y tenía unas curvas de infarto, como su amiga, pero ahí se acababan las similitudes. Mientras que Tana vestía de una manera cuidada y elegante, esa mujer llevaba un top y una minifalda de escándalo, que dejaban al descubierto sus brazos y muslos tatuados. Parecía ser la típica chica que disfrutaba llamando la atención y que se deleitaba haciendo girar la cabeza de los hombres a su paso.

Cas se había disculpado e ido a su encuentro. El abrazo que habían intercambiado había sido caluroso por no decir intenso, al menos eso había pensado Eli, que se había esforzado por mirar la escena con frialdad y una fingida sonrisa indiferente.

Al cabo de unos segundos de conversación, Eli ya sabía dos cosas: una, que Cas y esa morena espectacular habían tenido algún tipo de relación afectuosa, y dos, que la morena espectacular deseaba volver a tener algo con él. Era más que evidente en la forma cómo le hablaba y le tocaba una y otra vez, el brazo, la mano, el pecho, e incluso la mejilla.

Cas parecía contento de verla. La sonrisa no se le había borrado de los labios ni un instante y dejaba que ella le acariciase, como si estuviese encantado de ello.

A Eli le dolía la cara de pretender fingir, sonriendo, que la situación no le resultaba harto incómoda. Y lo peor de todo no era ya la incomodidad, sino percatarse de que él quizá le importase más de lo que debiera. Estaba celosa. Aunque se repetía a sí misma, todo el rato, que no tenía motivos para ello; entre Cas y ella no había nada serio. ¿Verdad?

«Es vulgar. Tiene pinta de macarra poligonera», decía la Eli snob, mientras contemplaba a la mujer tatuada de reojo.

«Es guapa y llamativa. Son tus celos los que te hacen verla en esa luz tan negativa», decía la otra Eli.

—¿Quieres otra Coca-Cola? —La inesperada pregunta a su espalda la sobresaltó. Había estado tan ensimismada observando a hurtadillas a la pareja, que no había oído llegar a Jan. Se dio la vuelta y le vio justo a su lado, mirándola con seriedad.

—Perdona, no te había visto —se disculpó—. Eh, sí, gracias. —Le entregó su vaso ya

vacío, y él se metió en la barra para rellenárselo.

Eli le miró con una sonrisa en los labios. Le caía bien Jan. Era más reservado que su hermano, pero muy agradable.

—¿Te lo estás pasando bien? —preguntó él, entregándole la bebida. Él mismo se había servido una cerveza.

—Sí... Sí, muy bien —titubeó, sin poder evitar que su mirada se dirigiese de nuevo hacia Cas y su morena acompañante.

Jan levantó la vista y miró en la misma dirección. No dijo nada.

—¿Va a venir Till? —inquirió Eli. Le había sorprendido no encontrarle allí.

—No. No va a venir. Hemos tenido algunos problemillas y ha preferido quedarse en casa —respondió él con gravedad.

Eli volvió a preguntarse qué podía haber sucedido para que Till hubiese dejado de trabajar en el *Rock and Stars*, y estuviese desaparecido del mapa. No iba a interrogar a Jan, desde luego, pero sentía curiosidad.

Una estridente carcajada llegó hasta sus oídos y sin necesidad de darse la vuelta supo de sobra quién la había emitido. Hasta su voz era sensual... Cerró los puños. Le estaba afectando más de lo que debía.

—No hay nada entre ellos —dijo Jan de pronto.

Eli cerró los ojos un instante. ¿Acaso era tan evidente que se sentía molesta porque Cas estuviese hablando con la otra?

—No te entiendo —comenzó, intentando negar lo evidente.

Jan la miró con escepticismo.

—Seguro que sí —repuso al fin.

Eli miró a su alrededor. Si era tan obvio para Jan, ¿también se habrían percatado sus amigas y las otras mujeres del grupo?

No, no parecía que fuese así. Seguían conversando a solo un par de metros de ella. Tana estaba explicándoles algo de su nueva colección.

—Es su ex —continuó Jan, al cabo de unos segundos de incómodo silencio.

Ella ya se había imaginado algo parecido, dada la familiaridad con que hablaban y se

comportaban. Sin embargo deseó haberse equivocado.

—Rompieron hace mucho y lo último que Cas haría sería volver con ella.

—No sé por qué me cuentas todo esto. No me importa —anunció, irguiendo la cabeza y mirándole con indiferencia.

—Eres buena disimulando, no te lo niego —admitió él, sonriéndole—, pero tus ojos te delatan.

Bajó la mirada rápidamente. Maldijo sus expresivos ojos.

—Mira, Eli, te voy a decir algo, aunque me dirás que no es cosa mía y que me meta en mis propios asuntos. —Jan se acercó de manera que nadie pudiese escucharle—. No sé qué hay entre mi hermano y tú, pero tengo muy claro que hay algo. Ninguno de los dos podéis ocultarlo. —Soltó una pequeña carcajada—. Es más que obvio. —Hizo una pausa antes de continuar. Se aproximó más a ella, su mejilla casi rozándole la oreja—. Quizá tú no lo veas porque no le conoces tan bien como le conozco yo, pero entre mi hermano y ella no hay nada.

Eli dejó que las palabras que acababa de susurrarle Jan al oído penetrasen en su cerebro. Levantó la cabeza y buscó a Cas con los ojos.

Él la estaba mirando y parecía molesto. Incluso desde la distancia se percató de que sus azules iris estaban oscurecidos por el disgusto.

* * *

Cas apretó la mandíbula con fuerza, mientras se esforzaba por mantener la calma. ¿Qué cojones estaba haciendo su hermano susurrándole a Elisa al oído? ¿Por qué estaba tan cerca? ¿Qué le estaba diciendo?

Por primera vez en su vida sintió algo parecido a los celos.

No desconfiaba de su hermano, no, pero no le agradaba nada la corta distancia que le separaba de *su* chica.

Con reticencia apartó la mirada de Eli y de su hermano y volvió a concentrarse en lo que su ex le estaba contando.

La mano de Eva volvió a acariciarle el brazo, y él suspiró por dentro. No era idiota y sabía cuál era su juego. Se había alegrado muchísimo de verla; llevaba más de dos años sin saber nada de ella por lo que había sido toda una sorpresa encontrarla allí.

Habían tenido una relación hacía años, y aunque no habían vivido juntos, para Cas había sido la relación más seria que había mantenido con ninguna mujer. No duró porque Eva había decidido que la costa mediterránea se le quedaba pequeña y se había marchado a Barcelona. Se

separaron amistosamente, y al poco tiempo el contacto se perdió del todo.

Cualquier sentimiento amoroso que hubiese podido albergar por ella se había desvanecido, comprobó, mientras la escuchaba. No había nada más entre ellos que una amistad. Al menos para él. No estaba tan seguro de ella... La forma cómo se estaba comportando, con todas esas miradas seductoras, esos roces apenas disimulados y esa manera de acapararle. Era Eva. Siempre había sido así. Necesitaba ser el centro de atención.

Volvió la cabeza apenas y miró a Elisa, que como constató, se esforzaba en no mirarle. ¿Estaría celosa?, se preguntó. No tenía motivos, la verdad.

Una nueva caricia de Eva en su mejilla, esta vez más directa, hizo que se sintiese incómodo. Decidió poner fin al espectáculo.

—Anda, ven que te presento a mi novia —la interrumpió con brusquedad, cogiéndola del brazo y encaminándose hacia donde Eli y su hermano Jan se encontraban.

Las palabras que estaban a punto de salir de la boca de Eva quedaron interrumpidas, también el color de su cara cambió. Había empaldecido. Borrada quedó su sonrisa y la mano que con posesividad y firmeza le había agarrado del brazo, se aflojó.

Si Elisa se sorprendió de que se acercasen, no lo demostró. Una expresión de estudiada indiferencia apareció en su semblante según se aproximaban a ella.

«Mi *Eisprinzessin*», pensó Cas.

—Esta es Eva. Eva, esta es Elisa. A Jan ya le conoces. —Al decir esto, soltó a su ex, y con deliberada lentitud pasó el brazo por encima de los hombros de Elisa, que se envaró ante su contacto, debido ¿a la sorpresa? o ¿a la demostración pública de afecto? No supo precisarlo.

—Encantada —murmuró Eli con exquisita cortesía, inclinándose a besar las mejillas de la otra, que la miraba con una mezcla de curiosidad y arrogancia.

Eva no contestó, y si bien correspondió a los besos, procedió a ignorar a la que semejaba considerar como su competencia. Se centró en Jan y en el mismo Cas, involucrándolos en una conversación sobre tatuajes de la que, con toda intención, excluyó a Eli, que la miraba con una sonrisa educada dibujada en los labios.

Cas no pudo evitar hacer comparaciones. Eva siempre le había parecido una chica muy atractiva, llamativa en grado sumo. Pero ahí de pie, junto a Elisa... Nada tenía que hacer. La calmada belleza y serenidad que se desprendían de la mujer que tenía a su lado, superaban con creces cualquier atractivo que su ex pudiese tener.

Notó cómo Eli se ponía rígida a su lado y se concentró en lo que Eva estaba diciendo. Había estado tan abstraído, que no se había percatado del tema de conversación. Su ex había comenzado a hablar de un episodio un tanto escandaloso de su época como pareja. Jan la

escuchaba incómodo, y el malestar de Eli era evidente.

—Oye, Eva, nos tienes que disculpar, pero tenemos que saludar a unos amigos que acaban de llegar —la interrumpió sin miramientos. No pensaba dejar que su actitud infantil estropease el último día que podía pasar con Elisa.

La morena le miró con los ojos entornados. Cas sabía que no le gustaba claudicar, pero esa batalla la tenía perdida desde el día en que Elisa había decidido estrellar el Mini contra su moto. Era así de simple.

Después de una despedida engorrosa, Cas condujo a Eli hasta el otro extremo del jardín, detrás de unas palmeras que los ocultaban de la vista de los demás. Jan se quedó en la barra, decidido a otorgarles algo de privacidad.

—Mírame —murmuró, levantándole la cara con los nudillos de la mano derecha.

Ella obedeció. Sus ojos castaños no reflejaban otra cosa que indiferencia, y Cas se maldijo en silencio, porque sabía que había sido la estúpida actitud de Eva la que había puesto esa expresión allí.

—Me molesta verte hablando con mi hermano —le susurró sin despegar la mirada de su rostro—. No, no digas nada —añadió al ver que ella iba a responder indignada—. Ya sé que es una estupidez, y es mi hermano..., pero no puedo evitar sentirlo. Todas tus palabras y todos tus alientos deberían ser para mí. —Se acercó lentamente a ella hasta que apenas unos milímetros los separaban—. Cada respiración, cada suspiro que salga de esa boca, cada gemido que se escape de tu garganta..., míos...

Y la besó.

Despacio y con ternura.

No tenía ni idea de qué era lo que le estaba pasando, pero la cercanía de esa mujer le volvía insano.

Ella correspondió al beso. Levantó los brazos y los enredó en torno a su cuello. Su cuerpo se amoldaba al de él a la perfección. Tanto que no se sabía dónde comenzaba uno y dónde acababa el otro. Todo lo que había fuera de ese cálido abrazo que estaban compartiendo dejó de existir. Ignorada quedó la fiesta, los asistentes, la música y el sonido de las olas rompiendo contra la playa.

Por fin fue ella la que se separó unos centímetros y le miró. Sus expresivos ojos castaños habían perdido todo signo de la indiferencia antes mostrada y chispeaban con una calidez tal, que Cas sintió cómo se le encogía la garganta.

—Sabes que Eva no me importa una mierda, ¿verdad? Sabes que estoy contigo, ¿no? Llámame loco, pero solo tengo ojos para ti. —Las palabras salieron de su boca, entrecortadas,

sin demasiada claridad, lo cual le resultó extraño.

Ella asintió. Parecía incapaz de emitir sonido alguno y Cas se preguntó si estaría sintiendo lo mismo que él, si ella también estaría desbordada por la situación y los sentimientos.

Deseó que así fuera.

—Quiero marcharme ya —murmuró contra el lóbulo de su oreja—. ¿Crees que a tus amigas les importará volver con Jan?

—No lo creo —repuso ella en voz baja; sin aliento.

—Vámonos, entonces. —La cogió de la mano y la arrastró tras de sí con suavidad pero también con firmeza, no dejándole otra opción más que seguirle.

* * *

Se dejó guiar por Cas. Se encontraba como en una especie de trance del que cada vez le resultaba más difícil salir. No sabía qué tenía ese hombre que conseguía poner su mundo de cabeza y le impedía pensar con claridad.

Era como si en su presencia, ella dejase de ser un ser racional y se convirtiese en una especie de autómatas que actuaba solo siguiendo sus deseos. Era humillante y refrescante al mismo tiempo. Actuar por impulso... Algo insólito en ella.

La despedida fue breve, más bien brevísima. Sus amigas se quedaron mirándola con diferentes grados de aprobación. La sonrisa deslumbrante de Tana se clavó en su obnubilado cerebro. Apenas si fue consciente de que le hacía un gesto con los pulgares arriba.

En breve se hallaban instalados en el coche de Cas, y Eli se recostó contra el respaldo de su asiento, mirándole de reojo. Las palabras que él le había dicho resonaban en su cabeza una y otra vez:

Cada respiración, cada suspiro que salga de esa boca, cada gemido que se escape de tu garganta... míos...

Un escalofrío le recorrió la espalda.

—¿Tienes frío? —preguntó él, inclinándose hacia ella y acariciándole el desnudo muslo con suavidad.

—No —consiguió susurrar. El contacto de su mano sobre su piel hizo que se le pusiese la carne de gallina. Tragó saliva notando cómo el ritmo de su corazón volvía a acelerarse... ¿Un simple roce provocaba eso en ella?

El trayecto hasta el apartamento transcurrió en silencio. Se sorprendió cuando el automóvil

se detuvo de repente. Había estado mirando por la ventanilla, pero sin ver realmente; el contacto de esa cálida y callosa mano sobre su pierna había mantenido su mente demasiado ocupada como para darse cuenta de que ya habían llegado. Se encontraban en el garaje subterráneo del edificio.

Él se bajó del coche y lo rodeó, dirigiéndose a la puerta del pasajero para abrirla. Eli le observó desde dentro. ¡Qué poco se parecía ese Cas al Cas de la primera cita! Era como si no se tratase de la misma persona... El hombre rudo y grosero había desaparecido, dando paso a ese otro hombre, encantador, dulce y atento...

—¿Estás bien, *Prinzessin*? —inquirió él, tomándola de la mano. La expresión de su rostro era más seria que de costumbre y ella se preguntó por qué sería así.

—Sí, estoy bien —repuso, sonriéndole. Él le devolvió la sonrisa.

Sin más preámbulos, se dirigieron al ascensor.

Iban de la mano, como una verdadera pareja.

Capítulo Veinte

Cas cerró la puerta del apartamento detrás de Eli y se recostó contra la hoja de madera. Recorrió su cuerpo con la mirada. Se sentía poseído por un deseo de observarla, de deleitarse en cada uno de sus movimientos, de sus gestos...

¡Joder! No tenía ni idea de lo que le sucedía, pero el estar con ella se le antojaba como estar borracho, drogado, puesto de algo.

Dejó que ella se adentrara en el apartamento. No la siguió. Continuó observándola a distancia, fijándose en su pelo suave, sus hombros, la apenas perceptible curva de sus caderas, sus torneados muslos...

Meneó la cabeza intentando librarse de la estupidez que le invadía cuando estaba cerca de ella. ¡Por Dios! Tenía treinta y dos años, no quince.

—¿Quieres beber algo? ¿Comer algo? —preguntó, más por compromiso que porque en realidad tuviese algo que ofrecerle.

Ella negó con la cabeza. Se había acercado al ventanal y con la frente apoyada contra el cristal admiraba las vistas.

—Me encanta el paisaje. Eres afortunado de poder vivir aquí.

Él se acercó en silencio y abrió la puerta que daba al balcón. Una suave brisa que trajo el olor a mar penetró en la estancia. Extendió la mano y la cogió por el brazo, invitándola a salir. Ella se dejó guiar.

Se apoyaron en la barandilla y contemplaron el infinito azul del mar durante unos segundos. El sol todavía brillaba con fuerza; ni siquiera serían las siete de la tarde. La calma era absoluta. Los ruidos de la playa —todavía muy concurrida a esas horas—, varios pisos más abajo, no llegaban hasta allí.

—¿Dónde está Eli? —preguntó ella de pronto, girando la cabeza para mirarle.

—En casa de Jan. Se la llevó cuando me fui a Inglaterra —respondió él sin apartar la vista del horizonte—. Mañana iré a recogerla. Esperemos que quiera volver conmigo; cada vez que la dejo con él me cuesta más que quiera regresar. —Hizo una mueca irónica—. Jan le consiente demasiado. Le da golosinas y deja que se suba a su sofá.

Ella rio.

—¿Te hace gracia? —preguntó, arqueando las cejas con fingida severidad.

—No sé, no me puedo imaginar a Jan, con ese aspecto tan fiero, cuidando amorosamente de tu perra. No me cuadra —concluyó con una sonrisa.

Cas la imitó. Era cierto que el aspecto exterior de Jan no terminaba de encajar con su interior. Pero a veces las apariencias engañaban... Y si no que se lo dijeren a él... Nunca había estado tan equivocado en su vida juzgando a alguien, como lo había estado con Elisa, pensando que era una niña pija sin sustancia.

Nada más lejos de la realidad.

Un soplo de viento agitó su rubio cabello y un mechón del mismo revoloteó junto a su mejilla. Ella se lo colocó detrás de la oreja, sin ser consciente de ello. Cas siguió cada uno de sus movimientos con la mirada. Se sentía calmado, en paz; una placidez poco habitual parecía haberse apoderado de su cuerpo y de su mente.

Despacio, se acercó a ella y la abrazó por detrás, sintiendo cómo su cuerpo se amoldaba al suyo a la perfección. No sabía por qué, pero esa postura le encantaba. Le hacía sentirse fuerte y protector. Necesitado, de alguna manera. Aspiró, y el aroma de su champú penetró en sus fosas nasales creando un recuerdo que con seguridad nunca más fuese a olvidar. La estrechó con más fuerza al tiempo que cerraba los ojos.

Esa chica... había sido un rollo de verano peculiar, reconoció en silencio. Lo que había comenzado como un tonto y una oportunidad de acostarse con una mujer atractiva, se había convertido en... algo más. ¡Joder! Si no podía dejar de pensar en ella. Ocupaba la mayor parte de sus pensamientos. Y se iba al día siguiente...

Intentó concentrarse en ese lugar y en ese momento. La tenía justo donde la quería tener: entre sus brazos. Se aclaró la garganta con suavidad antes de dirigirse a ella.

—Así que le has dado vueltas al aspecto de mi hermano —murmuró contra su sien—. ¿Tengo que preocuparme? ¿Es a él al que dedicas tus pensamientos? ¿Sí?

Ella se estremeció y negó con la cabeza.

—Quiero oírte decir que no es en mi hermano en quién piensas. Quiero oírte decir que todos tus pensamientos son para mí. Dilo. *Dilo* —repitió con más insistencia, al ver que ella no respondía. Sabía que le costaba hablar, pero tenía necesidad de escuchar de sus labios que el hombre al que deseaba era él.

—Sí —terminó por decir con la voz temblorosa.

—Sí, ¿qué? —presionó él, mordisqueándole el lóbulo de la oreja al tiempo que la abrazaba con rudeza.

—Sí..., eres tú en el que pienso —susurró con la voz entrecortada.

—¡Repítelo!

—¡Eres tú en el que pienso!

Cas la giró entre sus brazos y se apoderó de sus labios con vehemencia. El sabor de su boca se le subió a la cabeza y le hizo gemir de placer. Ella correspondió a su beso con fervor y se agarró a él con desesperación, como si de pronto se hubiese dado cuenta de que esa iba a ser la última vez que iban a estar juntos.

La aprisionó contra la barandilla, de forma provocadora, ajeno a los vecinos de los edificios contiguos y a lo precario de su posición, allí, en el balcón, a la vista de todo el mundo. Ella emitió pequeños gritos de placer que fueron a morir a su boca, mientras se dejaba saborear por él, haciéndole olvidar dónde se encontraban. Sintió sus manos recorriéndole el cuerpo con torpe desenfreno. Se detuvieron en su cuello y en su pecho, para después descender hasta su cintura, donde se quedaron más de lo necesario, como si su dueña dudase sobre si seguir bajando hasta cierta parte de su anatomía, que se había erguido orgullosa respondiendo a sus caricias, o detenerse. Él se dio cuenta de que la situación no iba a acabar muy bien si continuaban por ese camino, así que se apartó apenas unos milímetros y la sujetó por las mejillas, obligándola a mirarle. La respiración agitada de ella se mezcló con la suya propia.

—¿Seguimos dentro? —murmuró.

Ella asintió.

Sin darle tiempo a reaccionar, la cogió por el talle y la levantó en el aire. Pesaba menos que una pluma, advirtió, mientras la transportaba hasta el dormitorio sin dejar de depositar suaves besos en sus mejillas, su nariz, su barbilla y su boca. Ella había cerrado los ojos y le abrazaba con firmeza, como si tuviese miedo a caerse, o como si no pudiese imaginar otra postura mejor que estar en sus brazos.

—Dime qué es lo que quieres, Elisa —susurró él después de haberla hecho descender hasta el suelo, al lado de su cama. Ella ocultó la cara en su pecho. Pero esta vez Cas decidió que no iba a dejar que la vergüenza la invadiese. La apartó con los brazos, manteniendo las distancias.

—Quiero escucharte decir lo que quieres, Elisa —repitió con firmeza, ignorando la mirada suplicante de ella. Si él estaba dispuesto a confesar lo que estaba sintiendo, solo podía pedir lo mismo, se dijo con una confusa lógica—. Ya sabes lo que quiero yo, pero te lo puedo volver a decir... —Hizo una pausa en la que no dejó de observarla—. Quiero sentir tu cuerpo desnudo contra el mío, tu corazón latiendo a más velocidad de lo normal por lo que mis caricias te provocan... Quiero sentir cómo tiembles entre mis brazos cuando recorro tu cuerpo con mi lengua y con mis dientes, y cómo te retuerces de placer cuando te voy penetrando poco a poco... —Se detuvo unos instantes, perplejo. No tenía claro qué era lo que le impulsaba a hablar así; nunca antes lo había hecho con otra mujer, pero Elisa parecía sacar al otro hombre que había dentro de

él: uno más tierno, más entregado. —Pero lo que más deseo..., es escuchar cómo gritas mi nombre cuando me corro dentro de ti... —concluyó con la respiración acelerada.

Ella había comenzado a jadear, desbordada por sus palabras. Seguía en silencio y se le habían nublado los ojos, bien de vergüenza, o bien por la pasión, Cas no supo discernirlo; lo que sí sabía a ciencia cierta era que no iba a poder esperar mucho tiempo más manteniéndola a distancia. Se maldijo en silencio por su debilidad. Con un gruñido que pareció surgir de lo más profundo de su garganta, la atrajo hacia sí y la apretó contra su pecho.

Ella se dejó abrazar al tiempo que se aferraba a su cintura. Murmuró algo, pero las palabras quedaron amortiguadas por su pecho, donde había apoyado la cabeza.

—Repítelo —la instó él, aspirando el aroma de su pelo.

—Yo también quiero sentir tu cuerpo contra el mío..., y tus manos sobre mi piel... Quiero que me beses y me toques hasta dejarme sin aliento... Y quiero que te hundas dentro de mí y me hagas tuya... —musitó, en voz apenas audible.

Pero Cas la había oído. A la perfección. Con un rugido triunfal, volvió a levantarla en brazos, poniéndola a su altura, y la besó con pasión deleitándose en la suavidad de sus labios. Ella gimió, cerrando los ojos y abandonándose al beso.

Gott! ¡Era tan dulce!

El escuchar de la boca de ella —por fin— que deseaba lo mismo que él había sido como un bálsamo para su ego. Sabía que se sentía atraída por él, pero hasta ese momento había dudado de cuánto en realidad.

El beso que había comenzado con los dos de pie junto a la cama, terminó con ambos tumbados sobre ella. Sus piernas, sus brazos y sus lenguas enredados de una forma casi imposible.

Pronto, la ropa que los separaba se convirtió en una molestia de la que había que librarse, lo que hicieron casi al unísono, ayudándose mutuamente. Cas no tardó en quitarle el vestido, mientras la recorría de arriba abajo con sus manos y su boca, dejando el amarillo bikini al descubierto. Ella, por su parte, casi con rudeza, le liberó de la camiseta y los pantalones.

—¡Joder, Elisa! Sé que te lo digo cada vez que te veo, pero ¿eres consciente de lo preciosa que eres y de lo que me haces sentir? —La admiró sin poder apartar la vista de su cuerpo, apenas cubierto por la ropa de baño.

—Todavía tienes que decírmelo unas mil veces más, para que termine de creérmelo —murmuró, bajando los ojos.

—¿Y si en vez de decírtelo te lo muestro? —preguntó, cogiéndole la mano y llevándola a su entrepierna. Su rígido miembro había adquirido unas proporciones considerables y ella se

estremeció al sentirlo bajo su palma. Comenzó a acariciarle con lentitud, haciéndole gemir—. ¿Ves lo que me haces? Me vuelves loco... —Enterró la cabeza en su cuello, mientras disfrutaba con los rítmicos movimientos que ella empleaba para tocarle. La sentía temblar debajo de él, y eso quizá le pareció más erótico y excitante que el simple roce de su mano. Alzó la cabeza y se percató de que tenía los ojos cerrados y semejaba disfrutar del intenso momento.

—¿Te gusta tocarme? —le susurró con la voz ronca.

—Sí —repuso ella sin abrir los ojos. Desplazó la mano de manera que llegó a la cinturilla del bañador. Cas esperó anhelante, sabiendo lo que venía a continuación. Contuvo el aliento unos segundos hasta que sintió cómo ella agarraba su miembro con firmeza, sin tela alguna que dificultase el contacto.

Dejó escapar un estertor casi agónico.

Fuck! Heilige Mutter Gottes!

No era normal la intensidad con la que estaba experimentando ese encuentro. No sabía qué le sucedía, pero con ella todo lo sentía magnificado y multiplicado por diez. ¡Por cien!

Comenzó a besarla con delicadeza en los labios, desmintiendo así el estado febril en el que se encontraba, y que sus caricias le provocaban. Su férreo autocontrol se estaba poniendo a prueba. Sintió cómo el calor comenzaba a invadir la parte baja de su espalda cuando ella —más osada— apretó su miembro con más fuerza y aceleró el ritmo.

—¡No sigas! —gruñó, apartándose con brusquedad, sorprendiéndolos a ambos.

Se deshizo del bañador, arrojándolo al suelo y liberando así su erección. Después, con mucha lentitud procedió a quitarle el bikini. Primero la parte de arriba, dejando sus pechos al descubierto, cuyos pezones atrapó entre sus labios y lamió con delicadeza extrema, provocando que ella gimiese y se agarrase con fuerza a la sábana sobre la que estaban tendidos. Luego, con más parsimonia que antes, le bajó la parte de abajo centímetro a centímetro, descubriendo el triángulo de dorados rizos y besando cada trozo de su piel que la tela del bikini rozaba.

Ella comenzó a emitir sonidos ininteligibles. Parecía querer que él se detuviese, pero cuando lo hacía, le instaba a continuar con sus manos.

Cas la abrazó con fuerza. La sensación de ese cuerpo desnudo contra el suyo era indescriptible. Y aunque no era la primera vez que se acostaban, tenía la impresión de que era diferente. No era un polvo, se dijo, mientras la sentía temblar debajo de él y la miraba con la vista nublada por la pasión. Algo más estaba pasando. Sentía la necesidad de abrazarla, besarla, acariciarla, aspirar su perfume, escuchar el latido de su corazón...

Se sentía extraño, lleno de algo a lo que no sabía ponerle nombre.

—Quiero sentirte dentro de mí —escuchó la voz de ella justo al lado de su mejilla. Esas

palabras le hicieron reaccionar sacándole del estupor en el que se había sumergido por unos breves instantes. La miró. Se encontraba muy excitada, a punto de alcanzar el clímax, advirtió. Al igual que él mismo.

Dudó un segundo, buscando en su rostro una respuesta a la pregunta que ni él mismo se atrevía a formular. ¿Acaso estaba sintiendo más de la cuenta? ¿Se estaba enamorando de ella? ¿Le veía ella solo como un polvo? ¿Es que él ya no pensaba que ella era solo eso?

Respiró hondo, intentando apartar de su mente esas ideas locas que le habían asaltado en ese más que inoportuno momento. Sin más dilación, alargó el brazo y sacó un condón del cajón de la mesilla, sin desviar en ningún momento la mirada de su cara. Después de enfundárselo, se colocó entre sus piernas con mucha calma, como si tuviesen todo el tiempo del mundo, y notando cómo los ojos de ella se oscurecían por el deseo, se dejó caer con suavidad, entrando en ella poco a poco, llevando hasta el límite el significado de la palabra lentitud.

Eli gimió ahogadamente cuando su rígido miembro la llenó por completo.

—Quiero que me hables, que me digas qué es lo que te gusta... —gimió él, comenzando a moverse dentro de ella. El calor que desprendía su sexo era apenas soportable, como un fuego abrasador... que le iba a llevar a la ruina. No creía que fuese capaz de resistirlo mucho más.

Ella abrió la boca como si quisiese decir algo, pero solo un gemido escapó de sus labios. Giró la cabeza y cerró los ojos. Pero él no se lo permitió. Levantó una de sus manos y la sujetó por la barbilla, evitando así que pudiese desviar la mirada.

—No dejes de mirarme —le ordenó, jadeante.

Ella le obedeció. Le miró febril, con deseo.

Él dejó que su mano descendiese por sus curvas con suavidad, hasta que alcanzó el lugar donde sus cuerpos se unían. Buscó el centro neurálgico de su sexo y comenzó a acariciar el excitado clítoris con maestría, mientras que con sus caderas se esforzaba por llevarla más allá de los límites del simple placer. Notó cómo ella se tensaba y sus embestidas se hicieron más violentas, al tiempo que los movimientos de su mano también. Ella comenzó a emitir gritos ahogados que le resultaron de lo más sensual. Dudó de su propio aguante. Estaba al límite.

—¡Cas! —gritó ella de repente, al alcanzar el orgasmo, y el sonido de su excitada voz pronunciando su nombre en ese momento tan especial, provocó que se le acelerase el pulso. Las convulsiones que sacudieron su cuerpo hicieron que él mismo llegase a su clímax, de una forma totalmente desprevénida y más intensa de lo habitual.

—¡Elisa! —rugió, antes de dejarse caer sobre ella y enterrar la cara en las sábanas al lado de su cabeza.

Eli contempló el techo del dormitorio sin verlo realmente. Sentía el peso del cuerpo de Cas sobre ella y una placentera y desconocida sensación comenzaba a expandirse por su cuerpo.

«Es porque acabas de tener un orgasmo», habló consigo misma.

Arqueó las cejas, sorprendida por su conclusión. ¿Cuándo, después de un orgasmo, se había sentido así? ¿Con Lalo? Desde luego que no. Ni siquiera con el propio Cas se había sentido tan llena y tan satisfecha la última vez que se habían acostado. Algo diferente había sucedido, y aunque no sabía con exactitud qué era, tenía claro que era especial...

Cas levantó la cabeza en ese preciso instante y la miró con esos maravillosos ojos azules.

—¿Te aplasto? —murmuró con una voz tan ronca y sexy que Eli estuvo a punto de estremecerse de placer.

—No, para nada. —Al darse cuenta de que él intentaba apartarse le sujetó por los hombros, impidiéndoselo—. No, no te vayas. Estoy bien así.

Él la besó en la nariz antes de regalarle una espléndida sonrisa.

—Me encantaría quedarme aquí todo el día y toda la noche, pero creo que primero tengo que deshacerme de algo... —Y subiendo una ceja burlonamente señaló el punto de unión de sus cuerpos. Eli bajó la mirada; el ahora flácido miembro de él envuelto en el condón se mostró ante ella.

—Ah... —repuso nerviosa.

Cas soltó una carcajada al tiempo que se levantaba de la cama y se dirigía al baño. Ella le siguió con la mirada y admiró su cuerpo, desde su firme trasero, pasando por su musculosa espalda y deteniéndose en sus tatuados hombros. Suspiró en silencio. ¡Era tan atractivo! Demasiado para su salud mental, decidió.

Giró la cabeza y volvió a mirar hacia arriba. La estancia se encontraba bañada por la luz del atardecer y extrañas sombras se manifestaban en el antes blanco techo. Sintió un pequeño escalofrío y se dio cuenta de que estaba desnuda. Nada la cubría. Se encogió de hombros, asombrada. Esa falta de pudor no era propia en ella, no obstante, allí con Cas, en su cama, parecía lo más natural del mundo.

Cas... Cas...

El nombre resonaba en su cabeza como una letanía. Se preguntó si le iba a echar de menos. Quizá. Con seguridad. No. Sí... Se giró adquiriendo una posición fetal y enterró la cara en la almohada. Si era sincera consigo misma, hasta hacía unas horas no había tenido muy claro lo que sentía por él; sí que había sabido que se estaba convirtiendo en algo más que un rollo de verano, claro, pero después de aquella tarde...

«¡No! ¡Para!», se regañó. «Ni lo pienses. Por más tierno y dulce que sea contigo, y por más que sus palabras te lleguen muy adentro, es solo una aventura. Nada más».

Y sin embargo... Algo en su mirada, en su forma de tocarla, de besarla..., incluso en su manera de hacer el amor...

«¿Hacer el amor? Pero ¿tú te has oído? ¿Estás loca? Follar. Se llama follar. Eso es lo que habéis hecho. Eso es lo que los tíos como él hacen». La Eli snob reclamaba su atención.

Cerró los ojos intentando ahuyentar esas horribles palabras de su cabeza.

—*Prinzessin*, ¿estás bien? —escuchó su voz desde la puerta del baño. Abrió los ojos y le miró. Tenía el ceño fruncido y parecía preocupado.

Adoraba que él la llamase así. Sonaba tan bien en su boca...

Tardó en responder. ¿Qué podía decirle? ¿Que no sabía si lo que estaba sintiendo era algo serio? ¿Que no tenía ni idea de si él sentía lo mismo por ella? ¿Que quizá le fuese a echar de menos? ¿Que ojalá no hubiese sido un polvo más? ¿*Qué?*

—Estoy muy bien —repuso finalmente con una sonrisa un tanto fingida. Le hizo un gesto invitador con la mano para que él se acercase. ¿Qué era lo que él tenía que la hacía sentirse tan liberada?

Él arqueó las cejas con desconfianza. No pareció haberla creído. Aun así se dirigió a la cama andando con calma, lo que le permitió a ella volver a admirar su espléndido cuerpo. Ya no le inspiraban ningún tipo de temor los tatuajes que cubrían sus brazos, por el contrario, el simple hecho de pensar que él pudiese no tenerlos le producía una sensación de disgusto. Cas era Cas debido a ellos.

Se tumbó detrás de ella y la abrazó con firmeza, obligándola a acoplarse a su cuerpo en la tan conocida postura de la cucharilla que siempre salía en todas las películas románticas. Se acomodó entre sus brazos apoyando la cabeza en su bíceps. Se sintió envuelta en el calor que irradiaba el cuerpo a su espalda. La sensación era maravillosa.

Siempre había deseado tener una pareja con la que poder relajarse de aquel modo, y el destino —que era perverso y malvado— la había llevado hasta él, hasta ese vikingo rubio de un mundo opuesto al suyo, al que quizá nunca más volviese a ver después de marcharse al día siguiente.

Se sintió un poco melancólica.

La respiración de Cas en su nuca hizo que se le pusiese la carne de gallina, pero las siguientes palabras que él susurró en su oído hicieron que su corazón dejase de latir unos instantes y le diese un vuelco el estómago.

—Te voy a echar de menos, *Prinzessin*.

Capítulo Veintiuno

Cas se despertó sobresaltado. No sabía qué era, pero algo parecía estar fuera de lugar, aunque en ese preciso y borroso instante no supiese precisar el qué.

Alargó el brazo casi sin darse cuenta y tocó la sábana que todavía conservaba el calor de un cuerpo humano. Giró la cabeza con brusquedad.

¡Elisa!

Se incorporó con prontitud y barrió el dormitorio con los ojos. Ya había amanecido y la suave luz del sol entraba por la ventana, mostrando la ropa de ambos en el suelo junto a la cama, allí donde la habían dejado caer el día anterior. El sonido de la ducha en el baño contiguo llegó hasta sus oídos, haciendo que recobrarse la calma que parecía haber perdido solo unos segundos antes al darse cuenta de su ausencia.

Suspiró. El amanecer había llegado demasiado pronto.

Se pellizcó la base de la nariz con los dedos. Cerró los ojos y reflexionó sobre la situación.

La tarde/noche con Elisa había sido asombrosa. Después de la primera vez se habían quedado dormidos, él detrás, envolviéndola con sus brazos, protegiéndola de no sabía muy bien qué y sin deseos de separarse de ella más de un milímetro. Se había despertado en medio de la noche para descubrir que ella dormía con una sonrisa en los labios. No había podido resistirse; había tenido que besarla y acariciarla hasta que la había despertado también. Una cosa había llevado a la otra y habían terminado haciendo el amor otra vez. De un modo tan lento y sensual, que todavía le hacía preguntarse quién era ese hombre que había tomado posesión de su cuerpo y que se comportaba de esa desacostumbrada manera.

«Hacer el amor», se dijo arqueando las cejas. «¿Hacer el amor? ¿No suena eso cursi? Parezco el protagonista de una peli ñoña. ¡Joder!».

Meneó la cabeza, desconcertado, mientras recordaba las escenas de la noche anterior. Había dicho cosas así como:

Quiero sentir tu cuerpo desnudo contra el mío, tu corazón latiendo a más velocidad de lo normal por lo que mis caricias te provocan... Quiero sentir cómo tiembles entre mis brazos cuando recorro tu cuerpo con mi lengua y con mis dientes, y cómo te retuerces de placer cuando te voy penetrando poco a poco...

¿Había dicho también que la iba a echar de menos? Las palabras habían surgido de sus labios por sí solas.

Scheisse! Dritt!

¿Qué narices le sucedía? Cuando estaba con esa chica no parecía poder hilar ningún pensamiento coherente. Nunca antes le había pasado nada igual. Él, que siempre se había jactado de ser un hombre seguro de sí mismo, al que nunca le habían faltado mujeres con las que acostarse, y siempre había llevado las riendas de la situación... De pronto, con esa mujer que era su absoluto opuesto, se encontraba en terreno desconocido.

Tenía que pensar.

Ella se marchaba en unas horas, y era más que probable que no volviese a verla, se dijo. ¿Pero era eso lo que en verdad deseaba? ¿No volverla a ver nunca más? Frunció el ceño. No lo tenía tan claro.

Y ella... ¿Estaría tan confundida como él?

Decidido a averiguarlo, se levantó de prisa y sin más preámbulo se dirigió al baño. No llamó a la puerta, que como comprobó no estaba cerrada con cerrojo. Entró con sigilo, aunque el agua de la ducha que seguía corriendo disimuló cualquier ruido que hubiese podido hacer. El vapor condensado había empañado las paredes de cristal, pero aun así, pudo distinguir el cuerpo desnudo de Elisa a la perfección. Estaba de espaldas. Había apoyado la frente contra la pared y dejaba que el agua caliente cayese sobre sus hombros. Semejaba estar muy relajada.

Sin dudarle un instante, y notando cómo su miembro comenzaba a adquirir vida propia y recordando otro momento parecido en aquella misma ducha, abrió la puerta de cristal y entró en el cubículo, procurando no rozarla, lo que no le resultó fácil; aunque la ducha tenía unas más que generosas dimensiones, él ocupaba mucho espacio. Ella no se dio cuenta de su presencia; estaba abstraída, o al menos eso pensó él.

Alargó el brazo y cogió el bote de gel sin dejar de observar su espalda que se encontraba a solo unos centímetros de distancia. Un reguero de agua bajaba por ella y sintió el impulso de pasar su lengua allá por donde las gotas caían e iban a morir al esbelto trasero. Se contuvo. Vertió un poco de gel en su mano y dejó el bote en su sitio. Con delicadeza posó la mano sobre su hombro.

* * *

Eli dio un respingo al notar la mano sobre su espalda. El corazón se detuvo en su pecho durante un instante al tiempo que se daba la vuelta con brusquedad.

—¡Dios mío, Cas! ¡Me has asustado! —Un suspiro de alivio salió de sus labios.

—No quería asustarte, solo sorprenderte —murmuró él, atrayéndola hacia sí con sus manos que el gel había vuelto suaves.

Eli apoyó la cabeza en su pecho y se dejó abrazar. Le rodeó la cintura con los brazos y

respiró hondo. Cas olía a Cas. Volvió a aspirar con fuerza deseando que ese olor se impregnase en su memoria, y poder llevárselo con ella cuando se marchase. Él comenzó a frotarle la espalda con rítmicos movimientos que debían haber sido relajantes, pero que lo único que consiguieron fue excitarla. La erección de él contra su estómago también contribuyó a ello.

Levantó la cabeza y le miró. Tenía una expresión extraña, como si quisiese decirle algo, pero después de contemplarla unos segundos, terminó por bajar la cabeza y besarla. Suave y lento, mientras el agua caliente de la ducha caía sobre ambos.

Hicieron el amor. Era algo inevitable.

Allí, de pie, como ya lo habían hecho en ese mismo lugar hacía días.

Y sin embargo en nada se asemejaba esa situación a la que habían vivido la última vez que habían compartido la ducha.

Algo había sucedido la tarde anterior que lo había cambiado todo.

Ella había estado meditando sobre ello antes de que él llegase. Había estado preguntándose si lo que había comenzado a sentir era algo profundo, o un enamoramiento pasajero de verano. Nunca se había encontrado en esa posición y no sabía muy bien qué pensar. ¿Era ese sentimiento tan intenso normal para una aventura? No tenía ni idea. Solo pensar que esa iba a ser la última vez que iba a estar con él, la ponía triste; por otro lado, sabía que cualquier relación con Cas estaba destinada al fracaso más absoluto. Venían de dos mundos tan diferentes, y a pesar de eso...

Había estado tan ensimismada en sus propios pensamientos que no se había percatado de su presencia en la ducha. La sorpresa había sido más que grata. No podía imaginarse mejor manera de empezar el día.

Después de un magnífico orgasmo que volvió a dejarla maravillada por su intensidad, se recostó de nuevo contra su pecho. Completamente saciada, escuchó cómo su corazón latía al doble de la velocidad normal. Supuso que el suyo no le andaría muy a la zaga. Sonrió.

—¡Joder!

El exabrupto la sobresaltó. Se apartó y le miró extrañada. Él tenía el ceño fruncido y había comenzado a acariciarse el mentón con nerviosismo. Se había apartado para que el chorro de agua caliente no cayese sobre él. La contemplaba con consternación.

—¿Qué sucede, Cas? —inquirió, sorprendida.

—Joder Elisa, lo siento mucho...

—¿Qué? —su voz sonó alarmada.

—No hemos usado condón —repuso él, fijando su mirada sobre sus muslos, donde la prueba de lo que él decía se mostraba evidente. Ni siquiera el agua de la ducha había podido eliminarla. Eli bajó la cabeza y comprobó qué lo que él decía, era cierto.

Se quedó unos instantes paralizada. Si bien tomaba la píldora y no tenía ningún miedo de quedarse embarazada, además de que su relación con Lalo era más bien aséptica —en las contadas ocasiones en las que se habían acostado, habían usado condones—, no tenía nada claro cuál era la situación de Cas. Quizá se llevaba mujeres a la cama todos los fines de semana y lo hacía sin protección. Entornó los ojos.

—Eh, mírame —susurró él, levantándole la cara con los nudillos—. ¿Estás tomando algo? —preguntó con extrema dulzura.

Ella asintió. No parecía encontrar las palabras.

Él suspiró con alivio.

—Entonces no te preocupes —musitó—. Yo estoy limpio, Elisa. No suelo acostarme con nadie sin protección... Creo que es la primera vez que me pasa en años... —Se sonrojó de una forma curiosa—. No sé qué tienes que me haces perder la cabeza y la lógica —confesó casi con reticencia. Y después, como si quisiese evitar la mirada de los inquisitivos ojos de ella, la abrazó con firmeza y enterró la cabeza en su cuello.

Eli se aferró a él, perpleja. Nunca había conocido a nadie tan sincero como él, que no dudaba en expresar lo que sentía y decía lo que pensaba. Le envidió. Envidió esa seguridad aplastante que él parecía poseer en grandes cantidades.

Cuanto más tiempo pasaba con Cas, más convencida estaba de que él era mucho más de lo que aparentaba. Si al principio sus prejuicios la habían cegado y no había visto más allá de la fachada, de sus tatuajes, de sus modales groseros o de su estilo tosco, ahora estaba más que segura de que él era mejor persona que ella.

Le escuchó carraspear.

—Será mejor que salgamos de la ducha, ¿no crees?

Ella asintió. De pronto la situación se le antojaba demasiado íntima y cercana. Se separó de él y terminó de enjabonarse y aclararse con rapidez. Él imitó su ejemplo. Ninguno de los dos parecía dispuesto a romper el silencio que se había impuesto entre ellos. Ella tuvo la sensación de que él la miraba de reojo, pero le ignoró y cerró los ojos dejando que el agua se llevase el jabón y su turbación.

Al cabo de unos segundos sintió la ráfaga de aire sobre su piel y supo que él había abandonado la ducha. Abrió los ojos y le siguió con la mirada. Él cogió una toalla y se secó con movimientos enérgicos. Se acercó al lavabo y se miró al espejo, mientras se pasaba la mano por

la barbilla. Parecía dudar sobre si afeitarse o no.

Sus ojos se encontraron sobre la bruñida superficie.

—¿A qué hora sale tu avión? —le preguntó él en esos instantes.

Ella cerró el grifo de la ducha y salió del cubículo. Cogió la toalla que había dejado sobre el taburete y se secó.

—A las doce. Tenemos que estar en el aeropuerto una hora antes.

—¿Quieres que te lleve?

Intentó descifrar la expresión de su rostro, pero el espejo estaba empañado y no le resultó posible. ¿Por qué se había ofrecido? ¿Era mera cortesía? ¿O quería pasar todo el tiempo posible con ella?

—Eh..., no. No es necesario... Tenemos que devolver el Mini en la agencia de alquiler de coches así que lo mejor es que vayamos todas juntas —titubeó. Quizá la explicación sonase tonta, pero no se le había ocurrido otra mejor; además era la verdad. Se colocó junto a él frente al espejo. La diferencia de estaturas era más que evidente en el reflejo.

—Voy a hacer el desayuno y luego te llevo al chalet —dijo él.

—No tengo mucho tiempo.

—¿Ni para un café? —La contempló con escepticismo.

—Sí, para un café sí —terminó ella por responder.

—Estupendo. Te espero en el salón.

Eli aferró la toalla que cubría su desnudez con fuerza. Le observó partir. Había dejado caer la toalla al suelo y estaba desnudo, ajeno a lo que su cuerpo libre de ropa provocaba en ella.

El espejo iba perdiendo su opacidad poco a poco. El rostro que le devolvió la mirada era el de una desconocida. Si bien las facciones eran las mismas de siempre, la expresión no era igual. La mujer del espejo parecía más madura, más decidida..., y más confusa. Parecía ¿satisfecha? ¿Era posible que unos cuantos días en compañía de ese hombre la hubiesen cambiado?

¡Qué tontería! Ella era la misma de siempre, la Eli de toda la vida. Era completamente absurdo pensar que una breve relación de verano podía afectarla de una manera tan trascendental...

¡Qué estupidez!

Cas sirvió el café en dos tazas. Por más que había mirado en los armarios de la cocina, había sido incapaz de encontrar algo comestible. Se maldijo en silencio por su falta de previsión. Tampoco tenía sacarina. Dudó, pero al final puso azúcar en los dos cafés.

¿No estaba tardando ella más de la cuenta en salir del baño? ¿Acaso se sentía avergonzada por la situación?

Gimió en voz baja al recordar lo sucedido. Nunca jamás le había sucedido algo así. ¡Olvidar el condón! ¡Joder! Cada vez que la escena le venía a la cabeza se sonrojaba de vergüenza. Se había visto tan desbordado por la pasión que ni siquiera había pensado en ello. La última vez que le había pasado eso, había sido en el instituto. *Fuck! Fuck!*

—Debe pensar que soy un inconsciente —murmuró con pesar, sentándose en el sofá, con el café en la mano—. Y no es para menos. —Una mueca burlona desfiguró su rostro por unos instantes al imaginarse las caras de Jan y Till si llegaban a enterarse de su estupidez.

Su expresión se tornó sobria, de repente. En los minutos que había tardado en preparar el café, había tomado una decisión con respecto a ella. Una decisión que sin duda era la más lógica si tenía en cuenta lo que sentía. Y en cuanto ella saliese del baño —donde parecía estar escondiéndose— le diría lo que había resuelto. Quizá se estuviese equivocando, pero tenía la sensación de que ella tampoco deseaba que aquello —fuese lo que fuese— acabase.

Unos suaves pasos a su espalda le hicieron girarse. Y de nuevo se quedó sin aliento. Su belleza le dejaba siempre sin palabras. Llevaba la misma ropa que el día anterior, y aunque parecía un tanto desaliñada y no tan pulcra y cuidada como estaba acostumbrada a mostrarse, para él era, sin duda, la mujer más espectacular del mundo.

«El desaliño le sienta bien», pensó. «Da la sensación de que una parte de mi imperfecto mundo ha llegado hasta ella para sacarla del suyo, ese tan perfecto y elegante, y la ha descolocado. Ahora aparenta ser más humana..., más para mí...»

Ella se acercó a la isla donde la esperaba su café, y cogió la taza con ambas manos. Permaneció así durante unos segundos, dándole la espalda, mientras sorbía lentamente. Parecía indecisa.

Cas la contemplaba en silencio. Dudó si acercarse a ella y estrecharla entre sus brazos, que era lo que realmente le apetecía, o esperar a que se diese la vuelta y le mirase. Optó por lo segundo. Era un hombre paciente —a veces—.

No tuvo que esperar mucho.

—Bueno, me encantaría darte las gracias por estos días que hemos pasado juntos. La verdad es, que me lo he pasado muy bien... —comenzó ella, girándose; mantenía la espalda erguida y se

expresaba con una formalidad extrema—. Ha sido estupendo y me alegro mucho de haberte conocido.

Cas suspiró para sí. ¿Otra vez la *Eisprinzessin*? ¿Incluso después de todo lo que había sucedido entre ellos? No. No estaba dispuesto a volver a eso.

Se levantó, dejó la taza sobre la mesita, y sin quitarle los ojos de encima se acercó a ella, que retrocedió un par de pasos al tiempo que una expresión de alarma asomaba a su rostro. La isla de la cocina detuvo su retirada.

—Cállate, Elisa —musitó él cuando se encontró a solo un par de pasos de distancia.

Se detuvo y la miró con fijeza. Estaba tan cerca que podía distinguir las pálidas pecas que cubrían su nariz. Se aproximó todavía más y comprobó con agrado que sus pupilas se dilataban.

—¿Qu... qué haces? —casi tartamudeó, nerviosa.

—Decirte lo que pienso. Eso hago.

—¿Lo qué piensas...? ¿Y... qué piensas?

—Pienso que no quiero que esta sea nuestra última vez, Elisa. Quiero que sigamos en contacto. Quiero volver a verte. Eso quiero...

Levantó la mano y le acarició la mejilla. La sintió estremecer bajo su tacto.

—¿Eso... eso quieres? —susurró ella. La expresión de su rostro había cambiado. Ya no parecía fría y controlada como hacía unos segundos, ahora reflejaba una calidez que Cas consideró más que atrayente.

—Eso quiero —repitió en voz baja. Seguía sin besarla, con su boca a solo unos milímetros de la de ella, respirando el aire que ella expulsaba y que tenía un inconfundible aroma a café—. ¿Tú no? —inquirió sin dejar que la inseguridad que le producía el no saber cuál iba a ser la respuesta, tiñese sus palabras.

Fue ella la que acertó distancias. Fue ella la que dio un paso adelante y juntó sus labios con los de él.

—Sí, yo también quiero —susurró contra su boca.

Y él descubrió que todavía era capaz de respirar.

Después la abrazó y la besó con vehemencia. Ella le correspondió de igual manera.

* * *

El trayecto hasta el chalet transcurrió en silencio, pero no fue incómodo en absoluto. Si el día anterior había sido Cas el que había conducido con una sola mano por tener la otra apoyada en su muslo, ese día fue Eli la que decidió prescindir de su mano izquierda y abandonarla sobre la musculosa pierna de él. Cas se la acariciaba de vez en cuando con suavidad.

Había algo de mágico en todo aquello, pensó.

Se sentía pletórica. Desde el mismo instante en que él le había dicho que quería volver a verla, todas sus dudas habían desaparecido como por encanto. La única conclusión lógica había sido decirle que ella también lo deseaba. ¿O acaso no era así? ¡Claro que lo deseaba! Ya se preocuparía más tarde por los inconvenientes y los obstáculos.

—Llámame cuando llegues o envíame un wasap —rompió él el silencio, de repente. Su callosa mano atrapó la suya. Se la llevó a los labios y depositó un beso sobre su muñeca. Un escalofrío de placer le recorrió la columna vertebral.

—Sí. Lo haré.

El silencio se impuso de nuevo. Solo se escuchaba el ruido del motor.

No tardaron en llegar a la urbanización. Los guardias los saludaron con un gesto amistoso antes de abrir la valla. Eli se sintió mortificada. ¿Qué estarían pensando de ella? Viéndola regresar por la mañana con ese hombre, con el pelo descolocado y la cara somnolienta. La conclusión era obvia.

Miró por la ventanilla, deseando que Cas no se percatase del rubor que cubría sus mejillas. A él parecían importarle tan poco las opiniones de los demás... Todo lo contrario a ella...

Suspiró.

—¿Estás bien, *Prinzessin*? —le escuchó preguntar con preocupación. Se giró y le regaló una sonrisa tranquilizadora, que hizo que su fruncido ceño se relajase.

—Sí, todo bien.

Él le devolvió la sonrisa. Pequeñas arruguitas se formaron en torno a sus ojos, confiriéndole un aspecto cautivador que provocó que a ella se le acelerase el pulso.

«Cálmate, Eli», se dijo. «Reaccionas como una adolescente en pleno enamoramiento».

Él frenó el coche delante del chalet. Descendió del vehículo y lo rodeó. Eli estuvo a punto de soltar una carcajada. ¡Qué poco adecuado resultaba que él viniese a abrirle la puerta! Antes de que hubiese llegado, descendió del vehículo.

—Eh —la regañó él—. Quería abrirte la puerta, como hacen esos niños pijos con los que acostumbras a salir... — Y sin darle a tiempo a responder, la levantó por el talle poniéndola a su

altura, facilitando así el beso que depositó en sus labios a continuación.

Ella enroscó los brazos en torno a su cuello y con perversa satisfacción, también las piernas a su cintura. No era quizá lo que la antigua Eli hubiese hecho, pero la nueva Eli, la Eli de Cas podía hacer esas cosas, decidió.

Él se apartó unos centímetros y la miró con sorpresa.

—No sé quién eres y qué has hecho con la Elisa estirada y remilgada que conocí hace unos días, pero bienvenida seas... —murmuró con voz ronca antes de volver a besarla con pasión.

Ella dejó escapar una carcajada contra su boca y correspondió al beso con avidez. Pronto, lo que había empezado como un jugueteo se convirtió en algo más serio, más profundo, más intenso, que dejó a ambos jadeando y bastante excitados. La erección de Cas era más que patente en sus ajustados vaqueros y la humedad que Eli comenzó a sentir entre las piernas solo terminó por corroborarlo.

—Tengo que marcharme —murmuró ella—. Es un poco tarde.

—Sí, es mejor que te vayas si no quieres que te devore aquí mismo sobre el capó de mi coche —repuso él con la voz áspera.

La dejó en el suelo, y con una mueca burlona se colocó los vaqueros que parecían a punto de reventar. Después le dio un ligero beso en los labios y le acarició la cara con suavidad. Pegó sus frente a la suya y aspiró hondo. Pasaron un par de segundos sin que ninguno dijera o hiciera nada.

—Cuando llegue te envío un mensaje —le dijo ella, aclarándose la voz y retirándose unos pasos. Tenía la respiración acelerada y una sonrisa adornaba sus labios.

—Hazlo. —Él se apoyó contra la puerta del Navara y contempló cómo se alejaba. La expresión de su rostro se había tornado seria.

Ella volvió a asentir. Caminó hacia atrás sin despegar los ojos de su alta figura. Se sobresaltó cuando notó la hoja de madera de la puerta a su espalda. Se dio la vuelta y asió el picaporte. Le temblaban un poco las manos, descubrió sorprendida. No pudo resistir el volverse una última vez para impregnarse de su aspecto y llevárselo impreso en la retina. Su dios nórdico seguía mirándola con profunda intensidad.

Intentando contener la desconocida emoción que amenazaba con desbordarla, desvió la vista y abrió la puerta.

—Elisa —la llamó él.

Giró la cabeza con la garganta encogida. ¿Le diría él lo mismo que le decía siempre? Ansió escucharlo.

Pero se equivocaba. Esta vez la frase fue otra.

—Piensa en mí, *Prinzessin*. Yo no voy a hacer otra cosa que pensar en ti...

Parte 2 – La realidad – Cómo todo acaba...

Capítulo Veintidós

Una lengua húmeda sobre su mejilla y unos gemidos quejumbrosos fueron lo que la despertaron. Abrió los ojos y se encontró frente a frente con un hocico peludo y mojado. Suspiró antes de darse media vuelta, decidida a ignorar al intruso, pero los quejidos lastimeros no cesaron.

—Noooo, Pipi, déjame dormir —murmuró—. Es muy pronto.

Pero su perro parecía decidido a que ella no se entretuviese mucho más en la cama. Saltó por encima de su cuerpo y comenzó a ladrar excitado, empujándola con la cabeza al mismo tiempo.

Volvió a suspirar. ¡Así era imposible pegar ojo! Se reprendió a sí misma en silencio por tener a Pipi tan mal acostumbrado. Era ella la que le había enseñado a subirse a la cama, al sofá, a las sillas...

Se giró y buscó el despertador con la mirada. ¡Solo eran las siete!

La habitación se encontraba en un estado de semipenumbra, señal de que el sol no hacía mucho que había salido. Bostezó, estirándose. Le dolía el cuello y supuso que sería por el viaje en avión del día anterior. No le gustaba volar y siempre que lo hacía, era en tensión, de manera que sus cervicales eran las que más sufrían.

Pipi volvió a ladrar.

—Voy, voy —se dirigió a su mascota en voz baja abandonando la cama. El perro pareció entenderla porque comenzó a mover su diminuta cola con energía.

Eli se agachó y le acarició la cabeza con cariño. Era quizá el mejor regalo que Lalo le había hecho jamás, decidió.

Lalo.

Una sombra cubrió su rostro al acordarse del que había sido el hombre con el que había pensado que se casaría. Meneó la cabeza, molesta. Mejor no pensar en él ahora. Era más que probable que tuviese que hablar de él largo y tendido en unas horas, cuando se reuniese con sus padres para comer. Estaba claro que no se iba a librar del interrogatorio de su madre al respecto.

Antes de dirigirse al baño miró el móvil, que la noche anterior había dejado sobre la mesilla. Una luz blanca parpadeaba insistente, y ella sintió cómo el corazón le daba un vuelco.

¿Sería Cas?

Le había mandado un wasap el día anterior, informándole de su llegada, pero él no había respondido, lo que la había llenado de incertidumbre. Sus amigas se habían reído de ella en el taxi que las llevaba a sus respectivas casas —en especial la «odiosa» Tana—. Todas parecían pensar que Cas estaba loco por ella y que si no contestaba era porque estaba ocupado o algo así.

El avión había aterrizado con retraso, por lo que hasta media tarde no había llegado a casa. Después de deshacer el equipaje, se había dado un baño relajante —sin dejar de mirar el móvil cada diez minutos— sintiéndose como una mema por ello. No obstante, había seguido haciéndolo hasta pasada la medianoche.

Mercedes, la mujer que trabajaba para sus padres y que se ocupaba de limpiarle el piso, le había traído a Pipi, al que se había llevado a su propia casa, mientras Eli estaba ausente. Su adorada mascota se había vuelto loca de alegría al verla.

Había cenado una frugal ensalada y se había acostado pronto. El cansancio del viaje le había pasado factura y apenas si había podido mantener los ojos abiertos. Había mirado el móvil por última vez antes de dormirse. Él ni siquiera había visto su wasap. Su último pensamiento antes de sumirse en un profundo sueño fue de intranquilidad. ¿Le habría pasado algo?

Cogió el móvil con aprensión. La lucecita blanca parecía burlarse de ella. ¿Y si no era él?

Chasqueó la lengua, enfadada consigo misma. ¿Acaso se podía ser más infantil y más cretina? A veces se desesperaba a sí misma.

Desbloqueó el móvil y miró la pantalla. ¡Cuatro nuevos wasaps! ¡Todos de Cas!

Con las piernas temblorosas debido a la ansiedad, se sentó en el borde de la cama haciendo caso omiso de Pipi, que había comenzado a lloriquear de nuevo.

Siento no haber contestado antes, pero no tenía cobertura y lo acabo de ver. He estado un poco liado hoy.

Qué tal el viaje? Espero que bien.

Es tarde. Supongo que estarás durmiendo. Yo también me voy a la cama. Espero soñar contigo. Mi cama huele a ti.

Te llamo mañana por la noche.

Releyó los mensajes varias veces. Le resultaba tan extraño que un hombre como él se expresara de aquella manera, con tanta sinceridad y sin artificio, sin dobles sentidos. Solo diciendo lo que pensaba.

Era tan diferente a lo que estaba acostumbrada. Siempre midiendo cada palabra que salía de su

boca, para quedar bien en cualquier momento. Cuidando hasta el mínimo detalle para no destacar o parecer vulgar o demasiado inexperta o muy inteligente.

¡Qué delicia poder ser como él!

¡Cas la iba a llamar por la noche! Casi no podía esperar a que eso sucediese. Una pequeña carcajada de felicidad emergió de su garganta. Le dio una palmadita en la cabeza al excitado Pipi y se encaminó al baño, a empezar con su rutina.

Canturreaba por lo bajo.

La mañana pasó volando. Después de sacar a Pipi a dar un paseo por el Retiro, fue al gimnasio, a su habitual clase de yoga, y luego hizo un par de llamadas telefónicas que tenía pendientes a unas tiendas donde debía probarse vestidos para la boda de Alba. Todavía no se había decidido por uno específico.

Antes de lo que le hubiese gustado, llegó la hora de ponerse en camino a casa de sus padres. Intentó acicalarse con todo el esmero posible. Su madre era muy crítica con su aspecto y no deseaba darle ningún tipo de munición, aunque cuando se puso el vestido azul marino que había planeado llevar a ese encuentro, descubrió que la munición estaba a la vista. Había engordado. Por lo menos uno o dos kilos.

Un destello de rebeldía acudió a sus ojos. ¿Y qué? ¿Acaso su madre era la dueña de su vida? Sacudió la cabeza. No iba a dejarse intimidar por ella, no esta vez.

Se observó en el espejo de cuerpo entero de su vestidor, con atención. No se apreciaba tanto. Solo se había dado cuenta al subirse la cremallera. El vestido que antes le había quedaba algo holgado, ahora se ajustaba a sus poco pronunciadas curvas. Se giró varias veces para verse desde todos los ángulos. Sí, parecía tener más pecho. Aunque quizá fuese más un deseo que una realidad...

Intentó mirarse con objetividad. El par de kilos que había ganado le sentaban bien, decidió. Por primera vez en años se sentía cómoda con su aspecto. Quizá todavía pudiese engordar un poco más.

Se llevó las manos a las mejillas y contempló su rostro. Aunque era la misma de siempre, notaba un ligero cambio, en su postura quizá. Parecía más energética, más decidida... Se preguntó si se debería a él. Se preguntó si su madre se daría cuenta.

¡Otra vez su madre!

Antes de abandonar el apartamento que sus padres le habían regalado cuando cumplió dieciocho años, y que se encontraba en una de las mejores zonas de Madrid —en pleno Retiro—, le puso comida y agua fresca a Pipi y bajó al garaje subterráneo del edificio, donde su Mercedes C Cabrio —también regalo de sus padres— la esperaba.

Se detuvo frente al automóvil. La carrocería blanca resplandecía bajo los fluorescentes del techo. Parecía recién sacado de fábrica. En verdad, casi era así. Lo tenía solo desde hacía cuatro meses, desde que había vuelto de Chicago, y lo utilizaba muy poco, ya que en Madrid era bastante difícil aparcar.

Quizá por primera vez en su vida, se cuestionó ciertas cosas sobre las que nunca antes se había preocupado. ¿Qué pensaría Cas si la viese en su elemento? Él, que se lo había ganado todo trabajando con esfuerzo, ¿qué opinaría si descubriese cómo era ella en realidad? En la costa las diferencias entre ambos no habían sido tan evidentes, pero allí, en Madrid... Solo el vestidor de su casa podía contener el apartamento de él al completo, y ese coche probablemente costara más que todo su negocio.

—Vamos, Elisa, no seas tonta... —se reprendió—. No tienes por qué avergonzarte de tener dinero.

Pero mientras sacaba las llaves del bolso —un *Hermès Birkin*— una ola de calor acudió a sus mejillas. De repente, su forma de vida le pareció ridícula. Trató de ahuyentar esos pensamientos de su mente y concentrarse en la comida que iba a tener lugar a continuación. Si deseaba sentirse turbada por algo, esa reunión iba a ser más que adecuada para ello.

Su móvil vibró. Miró la pantalla. Era un wasap de Tana.

Comemos algún día esta semana?

Respondió.

El viernes paso a recogerte a las 13.30

Perfecto

No tardó en ponerse en marcha hacia la urbanización del norte de Madrid donde vivían sus padres —rodeados de futbolistas famosos y célebres personajes—. El tráfico a esas horas era bastante fluido por lo que no tardó más de veinte minutos en llegar. Descubrió con alivio que su hermano Poncho también había aceptado la invitación; su Audi estaba aparcado en la puerta. Dio gracias en silencio. No es que su hermano y ella se llevasen muy bien, pero así, no toda la atención se centraría en su persona.

Se bajó del coche y cruzó el caminito de grava que llevaba a la entrada principal. Llamó y esperó unos segundos a que Conchi le abriese la puerta. Conchi era, junto a Mercedes y Tino —el jardinero—, el personal que llevaba toda la vida trabajando para sus padres. Siempre había sido como una especie de abuelita que había malcriado a los niños de los Álvarez dándoles golosinas a escondidas.

—Señorita Elisa. —La mujer de avanzada edad la saludó con una sonrisa. Era muy delgada y menuda de complexión, y su rostro mostraba marcadas arrugas.

—Hola Conchi, ¿qué tal todo? —Eli se inclinó y le dio dos besos.

—Muy bien, señorita. Muy bien. Sus papás y el señorito Poncho están esperándola en el salón azul. Y la comida está casi lista.

Eli sintió deseos de gemir. Odiaba esas reuniones familiares y aunque venía preparada para aquella, ahora que había llegado el momento, ya no se sentía tan segura y rebelde como en su casa.

—No les digas que estoy aquí todavía. Voy un momento a retocarme.

Conchi se la quedó mirando con cariño, mientras se alejaba. El ruido de sus tacones sobre el suelo de mármol la siguió hasta el aseo de la planta baja.

Cerró la puerta tras de sí y se contempló en el espejo enmarcado en un ridículo y ostentoso marco dorado, del que su madre estaba muy orgullosa. Sus ojos ya no brillaban de aquella manera indómita de hacía solo una hora. Ahora parecían apagados, señal inequívoca de su nerviosismo.

Se pasó las manos por el pelo, que no se había recogido. Otro crimen grave, según su madre. No se podía ir a una comida formal —aunque fuese en familia— con el pelo suelto. Eli no sabía de dónde se sacaba todas esas reglas, pero ahí estaban, y había crecido con ellas. De pronto deseó tener una goma en el bolso.

Respiró hondo un par de veces, intentando calmarse. Odiaba sentirse así, pero ese era el efecto que su madre y esa casa tenían sobre ella. Siempre había sido de aquel modo. Y hasta ese mismo día, había sabido presentar una fachada impoluta, centrada, firme y fría, como a su madre le gustaba..., pero ahora... Quizá era por haber conocido a Cas, a lo mejor eso le había hecho ver las cosas de otra forma. No lo sabía. Y tampoco tenía mucho tiempo para analizarlo.

¡Cas! Ojalá hubiese hablado con él...

Con la mano temblorosa sacó el móvil del bolso y abrió la aplicación de wasap. Solo hacía cinco minutos que Cas había estado conectado. Dudó. Se entretuvo un rato contemplando su foto de perfil; era una moto, quizá la que ella había tirado con el Mini, no estaba segura.

¿Qué podía enviarle? Nada demasiado obvio, claro, pero tampoco nada demasiado frío. ¡Qué dilema! ¿A todo el mundo le pasaba lo mismo cuando tonteaba con alguien por wasap? ¿O solo a ella?

Tomó una decisión. ¿No era él siempre sincero? Quizá ella también debería lanzarse y tratar de ser igual de sincera que él.

Le costó escribirlo.

Estoy pensando en ti

Antes de poder arrepentirse, pulsó enviar.

Se llevó la mano a la boca, mientras seguía contemplando la pantalla, inmóvil. El corazón le latía a mil por hora.

Él acababa de ver el mensaje... Estaba en línea... Escribiendo... Escribiendo...

Soltó un gemido ahogado. ¡Dios! ¡Se sentía tan emocionada como una niña en la feria!

Me lees el pensamiento. Yo también pensaba en ti. Eran pensamientos húmedos? Los míos si lo son. Solo de pensar que esta noche voy a escuchar tu voz... Me pongo a cien, Prinzessin

Una carcajada histérica emergió de su garganta. Se miró al espejo de nuevo y vio cómo sus ojos chispeaban de una manera poco natural. ¡Dios mío! ¡Se había excitado!

Él seguía en línea, comprobó. ¿Cómo narices iba a responder ella a ese wasap? ¿Qué podía decir?

Un golpe en la puerta la sobresaltó y estuvo a punto de dejar caer el teléfono al suelo.

—¿Eli? ¿Estás bien? Te estamos esperando. —La voz de su hermano llegó hasta ella, distorsionada.

—Sí, ya salgo —se apresuró a contestar. Frunció el ceño molesta por la interrupción, pero tampoco se podía quedar en el aseo para siempre, coqueteando con un hombre que se encontraba a cientos de kilómetros de distancia.

Hablamos esta noche.

Y se permitió añadir varios emoticonos de corazones. ¿Muy ñoño? Quizá sí. Pero es que ella era ñoña, al menos con él...

Abrió la puerta del baño y vio a su hermano que la esperaba con una expresión impaciente en el rostro.

Poncho era alto, no tanto como Cas, pero lo suficiente como para resultar imponente. Era moreno y tenía los ojos oscuros —herencia de la familia de su padre—, mientras que ella había heredado el pelo rubio y la tez clara de la familia materna.

—He venido a buscarte para prepararte —le dijo situándose a su lado. No intercambiaron besos ni nada por el estilo aunque llevaban varios meses sin verse. Las demostraciones de afecto en la familia Álvarez no estaban muy bien vistas—. Mamá ha organizado otro de sus espectáculos. En dos días, en la casa de la playa. No podemos librarnos, así que ni lo intentes —dijo con rapidez viendo que ella quería protestar.

—¡Pero yo no puedo ir a Formentera este año! Tengo que organizar muchas cosas para la

boda de Alba... ¡No tengo vestido!

—A mí no me lo cuentes —la interrumpió él con frialdad—. Díselo a ella, si te crees capaz de llevarle la contraria.

Eli apretó los labios, contrariada. ¡Otro espectáculo de su madre! Eso significaba sin lugar a dudas que había vuelto a vender una exclusiva a alguna tonta revista, y que tendrían que posar sonrientes durante todo un día y fingir que eran la familia perfecta. ¡Lo odiaba! ¡Todos los veranos igual!

Miró a su hermano de reojo. Le envidiaba. Él no se dejaba manipular por su madre. Le decía lo que quería escuchar, le daba siempre la razón en todo y participaba en sus «espectáculos» sin quejarse. Luego se daba media vuelta, y hacía lo que le venía en gana. Era independiente y no le daba cuentas a nadie. Era un hombre, al fin y al cabo.

—¡Elisa!

La voz de su madre desde el otro extremo del vestíbulo la sacó de su ensimismamiento. Levantó la cabeza y allí estaba, la imponente Carmen de Luis, tan perfecta e inmaculada como siempre, con sus pantalones blancos impolutos y su blusa verde jade de seda. Llevaba el pelo rubio, tan parecido al de ella misma, recogido en un moño.

—Hola mamá —la saludó sin excesiva efusividad, acercándose y depositando un frío beso en su mejilla.

—Has engordado —fue la respuesta. Su crítica mirada la recorrió de arriba abajo—. Y, ¿qué te ha pasado en el pelo? Tienes un aspecto horrible. Ya sabía yo que ese viajecito con tus amigas no iba a ser nada bueno. Mira qué pinta más deplorable. Voy a llamar ahora mismo a mi nutricionista y a mi peluquero —murmuró, alejándose de ella con el ceño fruncido.

—No es necesario...

—Claro que lo es —respondió la otra enérgicamente, sin volverse a mirarla—. ¿Tú no te has visto? Menudo desastre. Espero que podamos solucionar al menos lo del pelo antes del reportaje.

Eli estuvo a punto de poner los ojos en blanco. Por supuesto no lo hizo.

—Hola Eli.

Su padre se había acercado por detrás, sorprendiéndola. Tenía una copa de un líquido ambarino en la mano y parecía bastante satisfecho.

—Hola papá —murmuró, todavía algo molesta por las palabras de su madre.

—Será mejor que pasemos al comedor, creo que van a servir la comida.

Y sin más preámbulo se acercó a su hijo, le pasó una mano por la espalda y comenzó una conversación —de la que ella quedó excluida—, mientras se dirigían a la otra sala.

Se quedó sola en medio del vestíbulo. Por un instante deseó encontrarse en cualquier lugar del mundo, excepto allí. Dejó escapar un pequeño suspiro, levantó la mirada y la posó sobre el techo. La ridícula bóveda redonda y las pinturas al fresco que la decoraban, que su madre había encargado hacía años y habían costado una fortuna, le devolvieron la mirada. Nunca le habían parecido tan grotescas como en ese momento.

Capítulo Veintitrés

Cas se tiró sobre el sofá. Estaba exhausto. Tony y él se habían pasado todo el día en el taller, y ni siquiera entre los dos habían logrado terminar la moto en la que estaban trabajando. El error con las piezas les estaba costando un tiempo muy valioso. Tendría que llamar al cliente y pedirle disculpas si no conseguían acabarla para cuando estaba previsto.

No se quejaba por tener demasiado trabajo, más bien lo contrario. Estaba encantado de que así fuese, pero le molestaba sobremanera no poder cumplir los plazos por un error que no había sido suyo.

Suspiró.

Y luego estaba lo de Till.

Se habían vuelto a ver ese día por primera vez desde el «desafortunado incidente». Till había acudido a trabajar esa mañana, como si nada hubiese pasado, pero su avergonzada actitud daba fe de que algunas cosas sí habían cambiado. Cas no había querido sacar el tema, se había limitado a hablarle como siempre. Tampoco quería hacer leña del árbol caído, y además sabía que Jan ya le había echado la charla en su ausencia. De todos modos, la relación entre ambos se había resentido.

Si hacía balance de cómo le iban las cosas en ese momento, sin lugar a dudas, lo más positivo de todo era haber conocido a Elisa. ¡Quién se lo iba a haber dicho hacía solo unas semanas! Que una niña pija de Madrid iba a ocupar el noventa y cinco por ciento de sus pensamientos.

Se había llevado una gran sorpresa al recibir su mensaje. Había estado en su oficina, buscando unas facturas, cuando había notado la vibración en el bolsillo trasero de su pantalón. No había esperado que ella se pusiese en contacto con él, y menos todavía que fuese tan franca y tan directa. Debía haberle costado una barbaridad haber escrito aquello. Estaba seguro de que su respuesta la había hecho enrojecer.

Rio, recostando la cabeza contra el respaldo del sofá. Eli le gruñó desde la manta donde estaba tumbada al otro lado de la habitación.

—¿Estás celosa porque pienso en otra? —murmuró, dirigiéndose a ella.

La perra le ignoró.

Se incorporó y fue a la cocina a sacar una cerveza del frigorífico. Luego se dirigió al balcón. Abrió la puerta corredera y salió. Se apoyó en la barandilla y bebió un trago. La luna, en

su fase de cuarto creciente, se reflejaba en el mar, que aparecía calmado. La brisa nocturna llevó el olor a sal hasta sus fosas nasales. Aspiró. Adoraba vivir en la costa. Se respiraba una paz increíble.

Sacó el móvil del bolsillo. Eran las diez de la noche. No había concretado ninguna hora para hablar con ella, pero suponía que ese sería un momento tan adecuado como cualquier otro.

El teléfono sonó tres veces.

—¿Sí?

—¿Sí? —repitió él, extrañamente eufórico por hablar con ella—. ¿No sabías que era yo? ¿Estabas esperando otra llamada? —preguntó, bromeando.

—Eh, sí, claro... Digo no, claro que no.

Estaba nerviosa y eso se notaba incluso a través del teléfono.

—Me gusta escuchar tu voz —la interrumpió él—. Suenas sexy, ¿sabes?

Hubo un prolongado silencio.

—Tú también —respondió ella, en voz muy baja.

La boca de Cas se curvó en una involuntaria sonrisa.

—Menos mal, creía que solo te atraía mi enorme piso y mi abultada cuenta bancaria.

Ella se rio.

—¿Te he dicho alguna vez que eres muy cómico?

—Sí. Creo recordar que lo mencionaste la primera noche que pasamos juntos, justo antes de que pasase mi lengua por todo tu...

—¡Cas! —casi gritó ella.

—¿No fue así? —inquirió él, arqueando las cejas burlescamente. Le encantaba descolocarla de aquella manera.

—Sí, claro, pero...

—¿No estás sola? ¿Hay alguien escuchando?

—No, pero...

—Pero nada, *Prinzessin*. Acostúmbrate. Sabes que me encanta decirte lo que quiero hacerte

y lo que quiero que me hagas, así que tendrás que soportarlo —bajó la voz, convirtiéndola en un susurro—. ¿O no te gusta cuando murmuro todas esas cosas en tu oído, mientras estoy dentro de ti?

Ella jadeó, y eso le desconcentró un poco. ¡Joder! ¡Estaba empalmándose! Se llevó la botella de cerveza a los labios y dio un trago; quizá la bebida fría lograra calmar sus instintos, aunque lo dudaba. Los sonidos que provenían del otro lado del auricular, parecidos a suspiros, le estaban poniendo a cien.

—¿Qué... Qué tal tu día? —preguntó ella al cabo de un rato, más recuperada. Cas decidió no presionarla más. Ya tendrían tiempo en otra ocasión de *conversar* con más profundidad...

—Un poco estresante, la verdad —contestó después de aclararse la garganta—. Seguimos teniendo problemas con lo de las piezas que te conté, por lo que tuve que ir a Inglaterra.

Ella parecía interesada, así que le relató los inconvenientes que habían surgido. Se encontraba a gusto hablando con Elisa de todo aquello. Ella le escuchaba con interés.

—Así que como ves, he estado bastante ocupado todo el día. Como quien dice, acabo de llegar a casa. No he tenido tiempo ni para ir al gimnasio a entrenar con Jan —concluyó.

—¿Qué tal tus hermanos? ¿Todo bien con Till?

Cas vaciló. No sabía si contarle lo que había sucedido con su hermano pequeño, o esperar para hacerlo. No era una historia demasiado halagüeña. No estaba muy seguro de cómo se lo podía tomar ella. Apuestas, prestamistas, amenazas... No sonaba demasiado bien. Mejor dicho, sonaba fatal...

—Sí. Más o menos—respondió—. ¿Y tu día, qué tal? —prefirió cambiar de tema.

Ella parecía un poco reacia a hablar de la comida que había tenido con sus padres, pero terminó por hacerlo, aunque Cas se dio cuenta de que callaba más de lo que contaba. Escuchó en silencio; seguía sorprendiéndole la extraña relación que tenía con su familia.

—Me voy a Formentera mañana. Voy a pasar un par de días en la casa que tienen allí mis padres.

Sonaba bastante alicaída al mencionarlo.

—No parece que te apetezca mucho, Elisa.

—No me apetece nada.

—¿Y por qué vas?

Tardó en contestar.

—Es complicado —repuso con un suspiro exasperado.

Cas no quiso seguir indagando, pero encontraba tan absurdo que alguien de la edad de Eli siguiese actuando con arreglo a los deseos de otros. En fin, ¿qué sabía él de su vida? Apenas acababan de empezar a conocerse.

—Me ha sorprendido recibir tu mensaje esta mañana.

—A mí también me ha sorprendido el habértelo enviado —expuso ella con desacostumbrada sinceridad, lo que le hizo sonreír.

—Me gusta que me molestes, mientras trabajo —murmuró él—. Es estimulante recibir mensajes tuyos, aunque sean tan castos como el de hoy. No me importaría recibir alguno un poco más descarado, ¿sabes? Uno de esos, que seguro te hace sonrojar cuando lo escribes. Piénsalo.

Ella volvió a gemir, y él notó cómo toda la sangre se le agolpaba en la entrepierna, de nuevo.

Un ladrido lejano llegó hasta sus oídos.

—Cas, perdona pero tengo que colgar... Mi perro está histérico porque no he bajado con él a la calle.

—¿Tienes Skype? —preguntó él de pronto. Había tenido una idea.

—Eh, sí, claro. ¿Por qué?

—Mañana por la noche conéctate y hablamos. Es estupendo escuchar tu voz, pero preferiría verte al mismo tiempo.

—Bien, sí... —Los ladridos se tornaron más insistentes—. Te pasaré mi dirección por wasap.

—De lujo. Mañana hablamos. Ah, y Elisa...

—¿Sí?

—Piensa en mí —susurró con voz ronca.

—No hago otra cosa —murmuró ella antes de colgar.

Cas se quedó mirando el teléfono durante unos segundos, con una estúpida sonrisa en los labios.

Capítulo Veinticuatro

Eli se volvió a mirar en el espejo de cuerpo entero que ocupaba toda la pared izquierda del vestidor de su madre. Era el único espejo de ese tamaño de toda la villa. No sabía por qué el resto de la casa, exceptuando los baños, carecía de espejos. El decorador que había contratado su madre, había sido uno de esos que solo creían en lo minimalista y en los colores blancos y grises, así que la casa entera destacaba por su insulsez y sobriedad.

Se había puesto un vestido rojo que le quedaba muy bien. Se ajustaba a su cintura y se ensanchaba en torno a las caderas, haciendo su cuerpo más voluptuoso de lo que realmente era. Le encantaba.

Su elección había causado una discusión con su madre, que había elegido para sí misma un elegante vestido amarillo. ¡Rojo y amarillo en la misma foto! ¡Imposible! Normalmente, Eli hubiese terminado por ceder y buscar otra cosa, pero esta vez se había rebelado. Las vacaciones en compañía de sus amigas, y el haber conocido a Cas habían sacado una parte indómita de ella a la superficie. Una parte que había estado dormida hasta entonces.

Al final, había sido su madre la que había transigido, muy sorprendida por la inusual testarudez de su hija. Se había puesto un sencillo pero sugerente vestido azul marino que le hacía aparentar menos años de los que tenía.

Ahora se encontraba en el dormitorio, aguardando a que Eli abandonase el vestidor para bajar juntas al salón, donde la periodista y el fotógrafo de la revista las estaban esperando.

—Elisa —se oyó su voz impaciente—, ¿vas a tardar mucho?

Eli suspiró. Odiaba encontrarse en aquella situación, pero como siempre, había sido incapaz de negarse. Su madre había sido más que insistente, por no decir obstinada en exceso durante la comida de hacía dos días. Cualquier intento por su parte de llevarle la contraria solo podía haber terminado en un cisma familiar, así que, a regañadientes, había aceptado.

—No, mamá. Ya salgo.

Miró su reflejo una última vez. El bronceado natural que había adquirido en la playa contrastaba de una manera muy atractiva con el vivo tono del vestido, y el pelo dorado que el sol había aclarado le quedaba muy bien sobre los hombros. No había consentido que el peluquero de su madre, que había venido —¡desde Madrid!—, a peinar a ambas esa misma mañana le hiciese ningún complicado recogido parecido al de su progenitora, como sin duda esta deseaba.

Estaba contenta con su aspecto.

Se retocó el pintalabios con un dedo antes de abandonar el vestidor y encararse con su madre, que tenía los brazos cruzados y una expresión exasperada en el rostro.

—Ya era hora —murmuró, mientras la contemplaba de arriba abajo con desaprobación.

Eli sabía por qué estaba tan molesta. No era solo que no hubiese cedido con el vestido, era también que se hubiese negado a recogerse el pelo como ella, en un complicado *chignon*. Peinadas de igual forma se asemejaban más todavía, y Carmen de Luis disfrutaba sobremanera con los cumplidos que recibía cuando escuchaba decir que más que madre e hija, parecían hermanas.

—No es tarde —repuso Eli, sentándose en la cama para ponerse las sandalias doradas que había dejado ahí antes de entrar al vestidor.

—¿Esas sandalias? —Su madre arqueó las cejas con reprobación.

Eli decidió ignorarla. No pensaba dejarse amargar el día por sus comentarios. Con mucha parsimonia se abrochó las hebillas que mantenían el calzado sujeto al tobillo y se levantó con lentitud, como si tuviesen todo el tiempo del mundo.

Su madre la observaba con los ojos entrecerrados. Sus labios, por lo general suaves y carnosos tan parecidos a los de su hija, se apretaban en una delgada línea.

—¿Bajamos? —Eli se dirigió a la puerta sin mirarla. Sentía satisfacción por haberse comportado así con ella. Era quizá la primera vez en su vida que la desafiaba tan abiertamente. Aunque también sabía que ese pequeño arrebató de obstinación le pasaría factura más adelante.

Descendieron la escalera juntas, el brazo derecho de su madre rozando el suyo. Y sin embargo esa cercanía física era opuesta a la terrible distancia que en verdad las separaba.

Su padre y su hermano estaban en el salón conversando con la periodista. Se llamaba Clara y Eli ya la conocía de anteriores reportajes. No le caía mal aunque no le gustase demasiado el trabajo que hacía.

—¡Clara! ¡Cielo! —El tono almibarado de la voz de su madre casi le hizo levantar la mirada al cielo. Siempre se comportaba así con los extraños, toda dulzura, rebosante de mermelada.

—¡Carmen! ¡Estás estupenda! Te he visto antes en la ventana y le estaba comentando a tu marido lo guapa que estás. —La periodista se levantó del sofá y se acercó a ellas con una sonrisa genuina. Le dio dos besos a su madre antes de girar la cabeza y mirarla con atención—. ¡Eli, estás impresionante! ¡Qué bien te queda el rojo! Las fotos van a salir estupendas.

—¿Seguro? —la interrumpió su madre con escepticismo—. ¿No es un color demasiado llamativo?

La periodista pareció percatarse de que el color del vestido no era del agrado de Carmen ya que, haciendo gala de una diplomacia exquisita, repuso:

—Para nada. Si hubiese posado sola, quizá, pero junto a ti, que has elegido un color fabuloso, hará un contraste fantástico. Ya lo verás.

Eli observó a su madre de reojo. Una sonrisa satisfecha había aparecido en su boca. Le dio las gracias en silencio a Clara por la respuesta. Era una gran profesional y no solo en su trabajo, sino en el trato con su madre. Todavía tenía que lisonjearla un poco más y entonces el día sería perfecto.

—Cada día estás más joven, Carmen. Si no te conociese diría que parecéis hermanas.

«*Touché*».

Estuvo a punto de soltar una carcajada al escuchar el piropo. Eran las palabras que su madre más ansiaba oír en este mundo. Odiaba envejecer. Sus visitas a la clínica de belleza a ponerse bótox cada vez eran más frecuentes.

Era cierto que se parecían, pero ni todas las inyecciones del mundo iban a conseguir que sus fríos ojos castaños se asemejasen a los cálidos y expresivos ojos de su hija.

Clara, el fotógrafo y su ayudante —a quienes Eli no conocía— habían retirado la mesita del centro del salón y las conminaron a sentarse en el sofá. Ella y su madre una junto a la otra, y su padre y su hermano, justo detrás de ellas, de pie. Eli miró a su hermano de medio lado. Poncho tenía una expresión de aburrimiento extremo, pero cada vez que su madre se dirigía a él le regalaba una sonrisa de lo más agradable.

«Hipócrita», pensó. Aunque reconoció que quizá fuese el más listo de todos. Siempre sabía poner buena cara para salirse con la suya.

Su padre comenzaba a dar muestras de impaciencia. A pesar de consentirle todo, o casi todo a su mujer, era un hombre muy ocupado y el tener que perder varios días para un reportaje, le sacaba de quicio. Eli casi lo había sentido por él, pero había dejado de sentir pena alguna en el momento en que él había empezado a hacerle preguntas sobre Lalo la noche anterior durante la cena.

Le atormentó recordar lo culpable que se había sentido hablando de Lalo con sus padres, cuando lo único que deseaba era encerrarse en su habitación y hablar con Cas.

Cas...

Le vino a la mente la conversación que habían mantenido por Skype. Él había estado tan guapo... Más que guapo, de quitar el aliento.... Recién duchado, con el pelo todavía mojado, una incipiente barba rubia y una camiseta blanca que se le ajustaba donde debía. Hasta los tatuajes le parecían de lo más sexy.

Habían hablado más de una hora, de todo y de nada. Ella estaba ansiosa por contarle cosas de su vida, de sí misma, pero cuanto más le conocía, menos pensaba que él fuera a entender lo que era ser una Álvarez y haberse criado en ese ambiente. No le dijo nada sobre el reportaje. Le parecía ridículo y esperaba que no lo descubriese jamás. Tampoco le habló de sus planes de futuro. ¿Qué podía decirle? ¿Que hasta hacía unas semanas había estado casi segura de que se iba a casar con otro, y que iba a ser una esposa y madre ideal? Tampoco quiso contarle mucho sobre su familia o sobre su forma de vivir. Si miraba en retrospectiva se daba cuenta de que —al contrario que sus amigas, que parecían tener bastante claro hacia dónde se dirigían— su vida hasta el momento, exceptuando sus estudios, había sido vana y vacía. Visitas a la peluquería, clases de yoga, fiestas, comidas benéficas, ir de tiendas, el *brunch* de los domingos, los partidos de tenis en el club, montar a caballo, esquiar en los Alpes, los veranos en el yate de su padre...

No había podido contarle nada de todo eso, no después de haber escuchado el entusiasmo que destilaban sus palabras cada vez que hablaba de las motos, de su negocio o de su familia.

Se había sentido tan insignificante... No tenía ninguna ilusión, meta o futuro ansiado. Ella no tenía nada, aun teniéndolo todo... Así que se había limitado a generalizar, a hablar un poco de los dos años que había pasado en Chicago, mucho de sus amigas, y nada de todo lo demás.

Le había escuchado hablar con gran pasión sobre las motos antiguas. Se había recreado explicándole cosas que ella jamás hubiese pensado que pudieran interesarle, pero era tal la emoción que se desprendía de sus palabras, que se había mantenido en silencio, fascinada.

La conversación había terminado con un intento de seducción, como era su costumbre. ¡Se había atrevido a sugerir que se quitase la blusa y que le enseñase algo de piel! —¡No lo había hecho, claro estaba!—. Todavía se sonrojaba solo de pensarlo. Era tan Cas...

Aunque quizá la próxima vez lo hiciese...

Una pequeña y traviesa sonrisa apareció en su cara.

—¿Estás bien, Eli? —La pregunta de su madre la trajo de vuelta a la realidad—. Tienes una expresión rara. ¿Te pasa algo?

Se aclaró la garganta antes de volverse a poner la mueca de indiferencia que su madre prefería y girar la cabeza para mirarla.

—Estoy bien, mamá. Todo bien.

—Estás muy extraña, Eli. Muy extraña. —La observó con los ojos entrecerrados.

Eli arqueó las cejas con frialdad haciendo ver que no entendía a qué se refería. Por lo menos la había vuelto a llamar Eli y eso era todo un progreso. Llevaba dos días llamándola Elisa, muestra incuestionable de su enfado.

—Vamos a hacer una prueba de luz —dijo Clara en ese instante, acercándose al fotógrafo,

que le daba instrucciones a su ayudante sobre cómo colocar los trípodes de los flashes. Habían tirado varias tomas, mientras ella se encontraba en su mundo particular.

—Necesito que los hombres se desplacen un poco a la derecha —murmuró el fotógrafo después de hacer unos cuantos disparos.

Así estuvieron por espacio de unos minutos hasta que la escena los satisfizo. Eli tuvo que acercarse más a su madre que permanecía erguida, sin apoyar la espalda en el respaldo del sofá. La comodidad de la pose era hartamente discutible, desde luego, pero si en la portada de la revista quedaba bien...

Después de varias —más bien unas cien— fotos y otros tantos cambios de vestuario, se trasladaron al jardín, a seguir con más tomas. Hicieron varias junto a la piscina, en las tumbonas blancas, lo que a Eli le pareció ridículo, ¿los hombres trajeados junto a la piscina?

«Así pasan sus vacaciones los ricos y poderosos, en la piscina tomando el sol en traje y corbata», se imaginó el titular. Absurdo.

Después tomaron otras miles de instantáneas. Ella con su madre, su madre con su padre, ella y Poncho, ella sola, su madre sola, todos juntos. A Eli le dolía la cara de sonreír. Su progenitora no aparentaba tener ese problema. Estaba disfrutando de lo lindo, se percató al ver la enorme sonrisa que adornaba su boca.

Cuando la luz comenzó a no ser la mejor para las tomas de exterior, regresaron al interior de la casa, donde volvieron a cambiarse de atuendo. Su madre eligió un vestido color café y ella una falda floreada y una blusa blanca. El fotógrafo insistió en fotografiarlas a su madre y a ella en el dormitorio de la primera, ambas sentadas en la cama, como si se estuviesen haciendo confidencias. Lo hicieron. Y aunque a Eli le pareció de lo más forzado, todo el mundo quedó muy satisfecho.

Se prometió a sí misma que ese verano iba a ser el último en que se prestase a eso. Había odiado cada segundo del día. Y aunque parecía que la tortura estaba llegando a su fin, sabía que ahora venía lo peor: la entrevista.

Dejó escapar un gemido ahogado. ¡Lo odiaba!

Capítulo Veinticinco

Tana la estaba esperando en la puerta de su *boutique* cuando pasó a recogerla el viernes. A pesar del tráfico de aquella hora, pudo estacionar en doble fila justo delante de la tienda. Su amiga llevaba un vestido elegantísimo y muy original de color pistacho sin mangas, que resaltaba sus curvas. No parecía ser consciente de la cantidad de hombres que se quedaban mirándola embobados cuando pasaban a su lado.

—Espero que hayas reservado en algún sitio estupendo porque estoy famélica —comentó, mientras se montaba en el coche. Con ligereza se inclinó y besó a Eli en la mejilla antes de ponerse el cinturón de seguridad.

Eli sonrió sin decir nada. Había hecho una reserva en el *Kabuki Wellington*, uno de sus restaurantes favoritos, que a Tana no le entusiasmaba gran cosa.

—Estoy teniendo una semana horrorosa —comenzó Tana al cabo de un rato de silencio, en tanto que Eli se concentraba en la conducción—. Tengo a dos clientas que ya han venido varias veces a la tienda a arreglarse el mismo vestido. A veces me dan ganas de decirles que lo único que no tiene arreglo son sus cuerpos... ¡Dios! Eli, deberías verlas. Se empeñan en comprarse vestidos que solo le sentarían bien a una súper modelo o a alguien con tu cuerpo.

—Seguro que no es para tanto.

—¡Seguro que sí! —repuso Tana con indignación—. ¡Qué suerte tienes de no tener que dirigir tu propio negocio! Es agotador.

Eli la contradujo en silencio. ¿Suerte? Preferiría mil veces estar en el lugar de Tana que en el suyo propio.

—¿No me digas que vamos al *Kabuki*? —preguntó Tana en ese instante al darse cuenta de la dirección que tomaba el coche—. Eliiiiiii, otra vez nooooo.

—Se siente. Si yo reservo, yo elijo —contestó, encogiéndose de hombros.

—Muy bien, pero prometo vengarme de ti acribillándote a preguntas, mientras comemos.

Eli arqueó una ceja con cinismo. El restaurante era lo de menos; Tana la hubiese acribillado a preguntas de todos modos.

Después de darle las llaves del coche al aparcacoches, accedieron al local y se instalaron en una de las mesas —habían decidido ignorar la barra de sushi para tener más privacidad—. Tana no tardó en empezar con su interrogatorio.

—Cuéntame lo de Formentera primero. ¿Ha sido igual de horrible que los otros años?

—Peor —repuso Eli, y procedió a relatarle la desagradable experiencia sin ahorrarle ninguno de los comentarios hirientes de su madre. Con Tana tenía muchísima confianza. Era quizá su mejor amiga, a la que le podía contar cualquier cosa.

—¿Y la entrevista?

—La entrevista, un horror. No es que me caiga mal Clara, ya lo sabes, pero cuando empezó a hacerme preguntas sobre Lalo y sobre nuestros planes de futuro, me sentí muy violenta. —Eli se mordió el labio con nerviosismo—. Y mi madre aprovechó para meterse y decirle que más o menos lo único que nos faltaba era fijar fecha.

Tana la miró con fijeza sin decir nada. Rompió el silencio con una pregunta que Eli no había esperado:

—¿Y Cas?

Eli abrió los ojos, sorprendida.

—¿Cas? ¿Qué pasa con Cas?

La otra bufó con incredulidad.

—No te hagas la tonta. Desde que hemos vuelto de la costa no has hecho otra cosa que pensar en él, y hablar con él todas las noches.

—Cas es solo una aventura... —Hizo un gesto vago con la mano, como si el tema no le importase lo más mínimo, pero sus mejillas habían adquirido una tonalidad rosada.

—Claro, y yo soy virgen —replicó Tana con sarcasmo.

—¿En serio? Yo creí que habías perdido la virginidad con Santi.

—Ja, ja. No te pega nada ser maliciosa, así que ni lo intentes.

Se hizo el silencio que se vio roto por la llegada del camarero que les tomó nota de las bebidas y de la comida. Después se retiró, dejándolas solas.

—Mira Eli, no creo que hayamos llegado tan lejos con nuestra amistad para que ahora me vengas con medias verdades y tonterías. Sabes que no me estás contando todo.

Tana se reclinó contra el respaldo de su silla y esperó.

—No sé qué hay que contar, Tana. Y esa es la pura verdad —comenzó Eli con la mirada clavada sobre la pulida mesa de madera—. Hablo con Cas todas las noches y cuanto más le

conozco..., más me gusta. Me gusta de verdad. Le admiro —confesó en un suspiro—. Nunca había conocido a un hombre como él. Un hombre que se ha hecho a sí mismo, que no le importa lo que otros piensen, que sabe lo que quiere... Es tan diferente a los hombres con los que me suelo relacionar.

—Lalo —asintió Tana.

—Exacto, Lalo —admitió Eli, levantando la vista—. No es como Lalo. Y eso me encanta y me asusta al mismo tiempo. Me encanta porque Lalo nunca ha provocado en mí nada parecido a lo que me provoca Cas, pero me asusta porque yo, con quién me sé desenvolver de verdad, es con gente como Lalo, gente como yo: vana, fría, superficial y... no muy pasional. O al menos no de cara a la galería.

—Eh, que también te relacionas conmigo, y yo no soy nada de eso —la interrumpió Tana con el ceño fruncido—. Y soy bastante pasional, que conste.

—Ya sabes a lo que me refiero. Tú quizá seas la más auténtica de todos nosotros, pero ¿yo? ¿Acaso no soy yo un producto de esta sociedad donde me he criado? Dime algo de mí que pueda encajar en el mundo de Cas. Algo que él, si me conociese de verdad, *a la verdadera Eli*, no despreciase. —Cerró los ojos un instante antes de volverlos a abrir y clavarlos sobre el rostro de su amiga. Su semblante presentaba una expresión de profunda tristeza.

Tana la miró con sorpresa.

—Eli, te infravaloras —terminó por decir con suavidad—. Tú vales mucho —y sabes que odio utilizar frases que parecen clichés—, pero en este caso es más que adecuada. Cas es afortunado de haber encontrado a alguien como tú.

Eli arqueó las cejas con escepticismo.

—¡En serio! ¡Mírate! Eres guapa, eres inteligente. ¡No! No me repliques. —Levantó la mano al ver que iba a interrumpirla—. No todo el mundo es capaz de sacarse una carrera y un máster con las notas que has sacado tú.

—¿Y para qué? ¿Para ser una esposa estupenda y organizar cenas de gala?

—Eso está en ti. Eli, no puedes dejar que tus padres decidan por ti. No puedes. Llevo años diciéndotelo. No eres el reflejo de tu madre. No.

Eli guardó silencio. Sabía que su amiga tenía razón. Pero ciertas costumbres y tradiciones eran más que difíciles de romper.

—¿Y Lalo?

—¿Lalo? ¿Qué pasa con Lalo? ¿Acaso estáis prometidos? ¿Acaso te hace feliz?

—No, pero todo el mundo da por hecho que nos vamos a casar.

—¿Todo el mundo? ¿Qué mundo? ¿Tus padres? ¿Los suyos? ¿Él? ¿Tú? Hay más mundo ahí fuera, Eli. —La indignación tiñó sus palabras—. Odio verte así, tan dubitativa. Una mujer tan estupenda como tú, echada a perder por... por todas esas reglas y normas... y gilipolleces. A veces me entran ganas de zarandearte, a ver si espabilas.

—Supongo que tienes razón —contestó Eli al cabo de unos instantes.

—¡Pues claro que tengo razón! Por lo que me has contado de Cas, de cómo te habla y de lo que te dice, creo que le gustas de verdad. No seas idiota. Deberías daros una oportunidad.

Eli se la quedó mirando largo rato, sin decir nada, con la mirada perdida.

—Quizá. Quizá lo haga —respondió al fin.

Capítulo Veintiséis

Cas se quitó los guantes y los arrojó sobre el banco de madera que tenía frente a él. No lo hizo de forma muy violenta, aun así escuchó la risa de su hermano Jan a su espalda.

—¿Enfadado porque he vuelto a ganar? —se dejó oír la voz cargada de burla.

—No eres muy justo y lo sabes —bufó Cas, dándose la vuelta—. Para ser un profesional y yo un *amateur* no ha estado tan mal. He estado a punto de tumbarte por lo menos dos veces.

—Si tú lo dices.

Cas le ignoró. Esa escena se repetía con frecuencia, al menos una vez cada quince días, que era cuando entrenaban juntos. Jan siempre ganaba —algo lógico—, y Cas siempre salía de allí con la sensación de que si se hubiera esforzado un poco más, hubiese podido tumbar a su hermano, lo que era ridículo, claro.

Se quitó los pantalones sudados y los calzoncillos deportivos que llevaba debajo. El vestuario del gimnasio estaba desierto a aquella hora de la noche. Solo su hermano y él permanecían allí. A su espalda escuchó el ruido del agua correr, señal de que Jan ya estaba bajo la ducha. Se apresuró a ocupar la cabina contigua para acabar al mismo tiempo y que no tuviese que esperarle.

El agua caliente sobre sus maltratados músculos hizo maravillas. Se contorsionó de diferentes maneras, desentumeciendo su dolorido cuerpo. Su hermano pegaba fuerte, la verdad, y no se controlaba lo más mínimo. Gimió al tocarse las costillas. Ahí tenía un buen golpe.

—¿Estás lloriqueando? —La voz de Jan desde la otra cabina de ducha llegó hasta él.

—Sí, se lo voy a decir a mamá —se mofó, poniendo voz lastimera, lo que hizo que Jan se riese a mandíbula batiente.

Apoyó la cabeza contra la pared y dejó que el chorro de agua le cayese sobre la nuca. Se echó gel en la mano y comenzó a frotarse con vigor. Cuando sus manos alcanzaron su entrepierna, suspiró. Se tocó con suavidad. Llevaba más de una semana con una erección permanente, desde que hablaba todas las noches con Elisa. Y ese estado de excitación perpetua le tenía totalmente desconcertado y con los nervios a flor de piel.

Retiró las manos y las apoyó contra la pared, a los lados de su cabeza. Respiró hondo un par de veces tratando de relajarse. No era quizá el mejor momento para masturbarse, allí, en el gimnasio, con su hermano a solo dos metros de distancia.

Una mueca burlona transformó sus facciones. ¡Qué situación más ridícula!

Se dio prisa en aclararse. Una vez que hubo comprobado que su pene había vuelto a adquirir su tamaño normal en reposo, cerró el grifo y abandonó la ducha. Su hermano ya se había secado y se estaba vistiendo.

—Has tardado una barbaridad, Cas. Había llegado a pensar que te estabas masturbando ahí dentro.

Cas no fue lo bastante rápido para esconder su rostro enrojecido detrás de la toalla, mientras fingía secarse la cabeza con vigor.

—¡Joder, Cas! ¿En serio? ¿Mientras yo me duchaba al lado? —Jan estalló en carcajadas, arrojándole a la cabeza la camiseta que había estado a punto de ponerse.

Cas la cogió en el aire y se la devolvió de la misma manera. De nada servía ocultarle nada a Jan, así que, mientras continuaba secándose y su hermano se reía en silencio, repuso:

—No lo he hecho, pero no por falta de ganas, la verdad.

—Nunca te había visto así. —Jan se sentó para ponerse las zapatillas. Miró a su hermano con los ojos brillando de diversión—. Esa chica te ha pegado fuerte. Ni con Eva estabas así de colgado.

Cas bufó.

—No tiene nada que ver. No hay comparación posible. Con Eva todo era más salvaje, más sexual... Con Elisa... Con Elisa todo es más... No sé, no sé cómo explicarlo. —Se pasó las manos por el pelo húmedo con confusión—. Todo es más tranquilo, más calmado... es como si ella me proporcionase paz... pero tampoco es así exactamente... —Sacudió la cabeza intentando aclarar sus pensamientos—. No sé cómo expresarlo. Es difícil de entender. Ni yo mismo sé qué me pasa. Creo que de veinticuatro horas que tiene el día, veintitrés me las paso pensando en ella, y la otra hora es la que hablamos por teléfono o por Skype. No tiene mucho sentido, ¿verdad? Apenas nos conocemos. —Mientras hablaba, había comenzado a vestirse.

El silencio se hizo entre ellos. Jan se había quedado algo atónito, sin saber qué decir.

—¿No vas a decir nada? —le increpó Cas, arqueando las cejas.

—No sé, me dejas un poco descolocado. Ya sabes que no tengo mucha experiencia con eso; la relación más larga que he tenido me ha durado dos semanas. Para mí suenas como si te hubieses... enamorado.

—¿Enamorado? ¿De una mujer a la que no conozco y que proviene de una constelación diferente a la mía? Ja, ja. Muy gracioso, Jan —se burló Cas, pero hasta a él mismo le sonó falsa su mofa—. ¿Sabes qué le pasa a Till? —cambió de tema con rapidez. La situación comenzaba a

resultarle incómoda.

—¿Till? Pero si tú le ves más que yo. ¿No está yendo a trabajar?

—Sí, sí, no es eso. Es que está bastante silencioso y retraído. Nada que ver con nuestro Till —comentó, poniéndose las zapatillas. Después se incorporó y cogió la bolsa de deporte.

—Supongo que sigue afectado por lo que pasó, ¿no crees? —arguyó Jan, mientras abandonaban los vestuarios.

El dueño del gimnasio estaba barriendo el fondo del local; ya había apagado la mayoría de las luces. Se despidieron de él con un gesto. Le conocían desde hacía años y dejaba que entrenasen allí cuando ya habían terminado las clases. Era de los pocos gimnasios que disponían de un ring donde poder practicar MMA.

—No es eso —continuó Cas con la conversación, una vez dentro del Jeep—. Hablé con mamá anoche y me dijo que llevaba tres días sin ir a dormir allí, así que esta mañana le he preguntado y me ha dicho que se está quedando donde Oli. ¿No te parece raro?

Jan no contestó. Parecía estar meditando.

—No sé. No tiene que ser fácil para Till haber tenido que regresar a casa de mamá con el rabo entre las piernas, después de haber estado viviendo por su cuenta los últimos dos años, ¿no? Y además, el sentimiento de culpabilidad debe de ser muy jodido —respondió al fin.

—Bueno, sí, supongo que tienes razón, pero no sé, no lo veo muy claro. Está muy raro. —No estaba muy convencido.

—Vamos a darle unos días y si sigue así, nos vamos de cena a ver qué nos cuenta. De todas maneras, hace tiempo que no quedamos los tres.

Cas asintió algo ausente. La última cena que habían compartido los tres había sido en el *Western Ribs*, la noche en la que había conocido a Elisa, la noche del accidente de la moto. ¡Maldición! Ni siquiera cuando hablaba de los problemas de Till podía dejar de pensar en ella. Las palabras que su hermano le había dicho antes resonaron en su cabeza:

...suenas como si te hubieses... enamorado...

Scheisse!

Tenía que pensar.

No tardaron en llegar a la puerta de su edificio y se despidió de su hermano con un gesto antes de bajarse del coche. Después atravesó la urbanización con rapidez y subió las escaleras de los seis pisos de dos en dos. Se había acostumbrado a no utilizar el ascensor.

Eli le recibió en la puerta, como acostumbraba. Luego le ignoró, como también era su costumbre, y se retiró a su adorada manta en el rincón.

—Sinceramente, Eli, como tu tocaya me ignore como tú lo haces, creo que estoy jodido —murmuró con sorna.

Se sacó el móvil del bolsillo y miró la hora. No era tan tarde. Se dirigió a la cocina y se preparó un par de sándwiches, que se comió allí mismo, de pie, mientras se bebía una cerveza bien fría. Era más que consciente de su impaciencia y de qué la motivaba, pero no quería sentarse a analizarlo. Ya lo haría más tarde.

Volvió a mirar el móvil. Era la hora correcta.

Encendió el portátil y abrió el Skype. No tardó en establecer conexión y pronto, la cara de ella ocupó la pantalla. Durante unos breves segundos, antes de decir ni una palabra, se recreó en su etérea belleza. Su pelo rubio algo despeinado —como a él le gustaba—, los expresivos ojos, la nariz perfecta cubierta de pecas, los labios carnosos...

—Hola, Cas.

Su voz, aunque distorsionada por el altavoz del portátil, pronunciando su nombre, hizo que una agradable y cálida sensación le embargase.

—Hola, *Prinzessin*. ¿Me has echado de menos?

—Un poco —repuso.

—Mientes —arguyó él con una sonrisa—. Sabes perfectamente que no puedes dejar de pensar en mí.

Ella sonrió con amplitud. Se la notaba relajada. Mucho más que al principio, durante sus primeras conversaciones.

—Está bien, lo reconozco. Ni como ni duermo pensando en ti. Ocupas todos mis pensamientos conscientes e inconscientes —bromeó ella y Cas deseó que fuese verdad. ¿Acaso a él no le pasaba lo mismo?

—Me gustaría tenerte aquí, ahora mismo —murmuró, acercándose más a la cámara del portátil, creando de esa manera más cercanía. Hasta esa noche las conversaciones habían girado en torno a su trabajo, sus aficiones, su familia, las amigas de ella... cosas muy generales, pero esa noche Cas quería algo más—. Me gustaría tenerte aquí y abrazarte por detrás, mientras te beso el cuello y el lóbulo de tu oreja, ¿sabes? Sentir tu cuerpo pegado al mío.

La respiración de ella comenzó a acelerarse según le escuchaba. Incluso a través de la pantalla era más que evidente que había comenzado a ser presa de la excitación. Cas decidió ser más osado todavía.

—Antes, en la ducha del gimnasio me he tocado pensando en ti, Elisa..., y no es la primera vez —confesó con la voz ronca. Notaba cómo su miembro iba endureciéndose poco a poco solo de imaginarse todo lo que le gustaría hacer con ella—. Cada vez que me acuerdo de cómo gritabas mi nombre cuando me corría dentro de ti me pongo a cien, Elisa. Ahora mismo estoy muy excitado... —gimió al ver cómo los ojos de ella comenzaban a nublarse por la pasión, y su respiración entrecortada llegaba hasta él.

—No deberíamos hacer esto, Cas —repuso ella vacilante. Parecía haberle costado trabajo articular esa frase, y Cas se felicitó en silencio por haber conseguido estimularla incluso a cientos de kilómetros de distancia.

—¿Por qué no? ¿No es lo que quieres? —la increpó—. Dime la verdad, porque yo estoy deseando que suceda.

Ella se pasó las manos por el pelo con nerviosismo. Su silencio fue incluso más elocuente que cualquier palabra.

Notando sus pantalones a punto de estallar, Cas tomó una decisión. Por él, por ella, por ambos.

—Elisa, aléjate de la cámara y quítate la ropa. Quiero verte.

Ella abrió los ojos, sorprendida. Tardó varios segundos en reaccionar, segundos en los que Cas estuvo a punto de gritar de impotencia. *Fuck!* Si la hubiese tenido delante ya no tendría ni una sola prenda sobre su cuerpo.

Pareció recobrase al fin. Dejó el portátil al final de la cama y se alejó hacia el cabecero, con movimientos lentos, cargados de sensualidad, aunque él estaba convencido de que eso era lo último que ella pretendía.

Cas se sintió invadido por una extraña calidez. Que Elisa estuviese haciendo lo que él le había pedido, le acababa de dejar perplejo a la vez que encantado. Se echó hacia atrás y se quitó la camiseta, mostrándole sus pectorales. Al igual que le sucedía a él con el de ella, Eli parecía fascinada por su cuerpo. No le quitaba la mirada de encima.

Ella comenzó a desabrocharse los botones de la blusa, con calma, poco consciente del efecto que eso tenía en él. Cas empezó a salivar. Se llevó la mano a su erección y apretó suavemente. ¡Dios! Si ella no se daba prisa iba a terminar corriéndose en los pantalones, como un seminarista virgen ante su primera mujer desnuda.

Estuvo a punto de echarse a reír al conjurar aquella imagen.

Eli le observaba con verdadera admiración, mientras dejaba que la prenda se deslizase por sus hombros y el blanco sujetador de encaje quedaba al descubierto.

—¡Joder! Quítatelo también —gruñó Cas al ver que ella se detenía. Él mismo se desabrochó

los pantalones y se bajó los calzoncillos unos centímetros, dejando que su miembro se liberase de la opresión a la que había estado sometido. Los ojos de ella se desviaron para contemplarlo y Cas sintió cómo toda la sangre se le agolpaba allí.

Sin parpadear siquiera, ella se quitó el sujetador y lo arrojó a un lado. Dejó que el pelo le cayese sobre la cara para ocultar su expresión.

Cas contempló los perfectos pechos a través de la estúpida cámara del portátil, maldiciendo en silencio la distancia que los separaba. Recordó su tacto aterciopelado y su dulce sabor, y su deseo creció por momentos.

—Elisa, tócate —musitó con la voz entrecortada al tiempo que comenzaba a masturbarse.

Y ella lo hizo, cosa que le dejó estupefacto. Sin mirarle, con los ojos bajos, clavados sobre la cama, se acarició los pezones de una forma algo torpe pero de lo más sensual.

—Quítate toda la ropa, Elisa. Quiero verte desnuda —gimió él, acelerando el ritmo de su mano. ¡Dios! No sabía qué tenía esa mujer que le volvía loco.

Ella levantó la vista y le miró absorta, como si nunca antes hubiese visto nada igual; en un momento de lucidez, Cas pensó que probablemente así era. Estaba más que seguro que ella nunca había visto a un hombre masturbándose por Skype. No tenía pinta de ser la típica chica que viese porno tampoco.

Mientras él seguía tocándose, ella se bajó los pantalones con mucha parsimonia, y pronto solo unas diminutas bragas blancas ocultaron su desnudez. Se notaba que estaba muy nerviosa pero su acelerada respiración y los ojos nublados por la pasión eran la prueba inequívoca de que también se encontraba muy excitada.

Él jadeó sabiendo que estaba en el límite. Se hallaba en un estado de permanente excitación desde el día en que ella se había marchado, hacía ya diez días, pero no había recurrido a la masturbación. Así que ahora que por fin la tenía delante, desnuda y hambrienta, no creía que pudiese aguantar mucho más.

Ella se quitó las bragas y se tumbó en la cama de medio lado, observándole con fijeza. Los movimientos de su mano parecían tenerla hipnotizada. Respiraba con dificultad. Vacilante y con mucha lentitud—excesiva para él— deslizó su mano hasta donde se unían sus muslos y comenzó a acariciarse.

Cas sofocó un rugido excitado. ¡Joder! ¡Iba a estallar de un momento a otro si ella seguía tocándose así! Incluso a través de la pantalla del portátil la escena era de lo más estimulante. Tenía un toque de erotismo elegante muy lejano a la pornografía. Era algo muy sensual, placentero de observar, incluso carnal, pero nada obsceno o impúdico... Era Elisa en estado puro, masturbándose para él.

—¡Me voy a correr! —exclamó con la voz rota por el esfuerzo de contenerse. Deseaba que ella también se corriese con él, pero no podía aguantar más. Era frustrante... Él, que siempre se había tenido por un hombre de resistencia, con esa chica no duraba más que unos minutos...

Un increíble orgasmo sacudió todo su cuerpo y le hizo ponerse rígido, al tiempo que su miembro se convulsionaba. Soltó un gruñido más animal que humano y dejó que su cerebro se desconectase de su cuerpo durante unos breves instantes. Retornó a la realidad, entornando los ojos. Se negó a cerrarlos. No quería perderse ni un segundo de la escena que estaba teniendo lugar al otro lado de la cámara. Todavía sintiendo los efectos postorgasmo e ignorando que se había puesto perdido, se acercó y la contempló con avidez. Ella se había tumbado boca arriba ocultándole sus encantos, y seguía acariciándose, con más energía ahora. Se retorció de placer.

—Eso es, Elisa —murmuró—. Imagina que soy yo el que está ahí contigo. Imagina que soy yo el que te está tocando.

Eli jadeó una vez, dos veces. Luego su cuerpo se tensó y volvió a gemir con más fuerza.

—Di mi nombre —la instó él casi sin aliento.

—¡Cas! —gritó ella en el último segundo con la voz ahogada.

Una sensación de regocijo se expandió por su pecho al escucharla. Quizá se estaba volviendo loco, pero no recordaba nada que sonase mejor que su nombre en labios de ella en un momento tan especial.

Se echó hacia atrás en el sofá y se deleitó contemplando cómo ella iba recomponiéndose lentamente. Se esforzaba por ocultar su rostro detrás de la cortina de rubio cabello y aunque a él le hubiera encantado poder verle la cara, no dijo nada. Se limitó a escuchar en silencio la respiración acelerada de ambos.

Sentía el vientre y la mano pegajosos, y tenía la camiseta y los pantalones manchados, pero no se levantó para ir a buscar papel para limpiarse. No quería perderse aquella escena que le mantenía clavado al asiento.

El tiempo pareció haberse detenido.

A pesar de que acababa de suceder, todavía no terminaba de creerse que la tímida Elisa se hubiera prestado a eso. Estaba simplemente maravillado. Notó cómo una incipiente carcajada comenzaba a tomar forma en su pecho y trataba de ascender por su garganta. Se contuvo en el último segundo. Quizá ella no interpretase bien su arranque de hilaridad, que solo se debía a que se sentía pletórico.

Eli giró la cabeza y miró la cámara. Si el color de sus mejillas cada vez que se avergonzaba era el de un tomate maduro, en ese instante había llegado a alcanzar la tonalidad del fuego. Con torpeza alargó la mano y cogió la blusa que se había quitado solo minutos antes. Se cubrió con

ella, sin conseguir taparse del todo. Al descubierto quedaron sus muslos, sus brazos y la parte superior de sus senos.

Él hubiese preferido que ella prescindiera de la jodida blusa.

—¿Te avergüenzas? —murmuró sin poder quitarle la vista de encima.

Ella cerró los ojos. No dijo nada.

—Es tarde para eso, Elisa. —Sabía que con ella había mil barreras que romper, y otros tantos tabúes que superar. Nunca antes había conocido a nadie tan poco consciente de su sexualidad como a ella. Pero estaba dispuesto a llegar hasta donde hiciese falta por esa chica. Sentía que merecía la pena, que debajo de toda aquella sofisticación, educación, timidez e inseguridad, había una mujer de verdad... aunque ella ni siquiera lo supiese.

—Eh —susurró, cansado del silencio y deseoso de que ella le mirase. Ansiaba ver esos preciosos ojos castaños tan expresivos e intentar leer en ellos cómo se sentía—. Abre los ojos y mírame.

Con visible reticencia lo hizo. Le miró.

Cas maldijo en silencio la distancia que los separaba. A través de esa puñetera cámara era imposible adivinar cuáles eran los sentimientos que mostraban las profundidades de esos iris.

Transcurrieron varios instantes sin que ella dijese nada. Se limitaba a mirarle, desbordada por la situación, y Cas se compadeció de ella. Quizá le estaba exigiendo demasiado.

«Deberías tener paciencia e ir despacio», se aconsejó a sí mismo. «Dale tiempo a que se acostumbre a ti».

—Elisa —terminó por decir con voz ronca—. Vuelve a decir mi nombre.

Ella vaciló, pero no demasiado.

—Cas... —musitó con la voz temblorosa por la emoción contenida.

Capítulo Veintisiete

Cas y Tony estaban hablando al fondo del taller sobre la última moto que les acababan de traer cuando el sonido estridente del teléfono los interrumpió. Cas le hizo un gesto a Tony para que le esperase y se encaminó con rapidez a su pequeño despacho.

—¿Sí? —preguntó con curiosidad al reconocer el número. No era muy usual que le llamasen de la peluquería de Shelley. A lo mejor tenía algún problema.

—...

—¿Ha pasado algo?

—...

—Ok. En cuanto pueda me paso...

—...

—¿Tiene que ser ahora mismo?

—...

—Ok. Ok. Ya voy. Pero como sea una gilipollez te vas a enterar —la amenazó con sorna antes de colgar.

Era curioso. Shelley no solía llamarle a no ser que necesitase algo importante. La última vez había sido hacía meses para decirle que creía que se había dejado la puerta de atrás abierta. Cas no había tenido ningún problema en ir a comprobarlo; eran vecinos ¿no? Al final había resultado que Shelley estaba equivocada. Tanta insistencia ahora, era raro. Quería mostrarle algo, había dicho, y no podía esperar. Tenía que ser ya.

Cas meneó la cabeza con exasperación. Tenían mucho trabajo y no quería dejar solo a Tony.

—Tony, voy un momento a la peluquería de Shelley. No sé qué cojones quiere, pero no tardo.

El mecánico le hizo un gesto con la cabeza antes de volver a concentrarse en una pieza oxidada que tenía en la mano y que había estado inspeccionando.

Cas abandonó el taller y cruzó los escasos cincuenta metros que le separaban del local donde Shelley tenía su peluquería, justo al lado del estudio de tatuajes de Jan. Se detuvo solo un instante frente a la ventana del estudio y llamó con los nudillos al cristal. Tita, la chica que le

echaba una mano a su hermano por las mañanas, levantó la vista del libro que estaba leyendo y le saludó con la mano. Casi la totalidad de su cuerpo estaba cubierto de tatuajes y su cara pálida y fuertemente maquillada presentaba más de veinte piercings. Cas le devolvió el saludo.

La puerta de la peluquería se abrió en esos momentos y giró la cabeza esperando ver a Shelley. En efecto, era ella que le miraba con impaciencia. Le urgió a acercarse con un gesto.

—Joder, Shelley, si tan importante es, haberte acercado tú al taller.

—Ya te he dicho que estoy con una clienta. No podía dejarla sola.

Cas miró a la que era la mujer de su amigo Egil. Era muy menuda y tenía el pelo rojizo y esa piel tan típica de los ingleses, blanca y pecosa. A veces se preguntaba qué narices habría visto en Egil, que era un hombre no muy agraciado y bastante serio. Todo lo contrario a ella, que era muy parlanchina y curiosa. En esos momentos le miraba con una chispa traviesa y emocionada en la mirada. Semejaba estar ansiosa por contarle algo.

—¿Qué pasa? —inquirió, cruzándose de brazos con resignación.

Ella solo parecía haber estado esperando a que él le preguntase, porque se llevó la mano con rapidez al amplio delantal negro que llevaba cuando estaba trabajando, y sacó lo que aparentaba ser una revista enrollada. Con una sonrisa pícara se la tendió.

—¡Qué calladito te lo tenías, Cas!

Tendió la mano sin comprender a qué se refería. Cogió la revista con patente confusión y la desenrolló. Era una famosa revista del corazón, se fijó en el logotipo. Alzó la mirada y arqueó las cejas, confuso.

—¡Es tu chica, Cas! ¡Mírala! —Ella hizo un gesto impaciente señalando la portada.

Cas bajó la mirada de nuevo. Y entonces lo vio.

La vio a *ella*.

Estaba sentada junto a una versión más mayor de sí misma sobre un sofá de cuero negro. Detrás de las dos mujeres, dos hombres altos y morenos miraban a la cámara con seriedad.

El titular decía:

Así pasan el verano los famosos. La familia Álvarez de Luis nos abre las puertas de su casa en Formentera.

Cas levantó la cabeza bruscamente y miró a Shelley, que le observaba con manifiesta curiosidad. Se había quedado sin palabras.

—¿Puedo llevármela? —preguntó al fin.

—Sí, claro, claro. Pero luego me la devuelves que no la he leído. Me la acaban de traer.

—Luego te la acerco, claro. —Se dio la vuelta, dejando a Shelley con la palabra en la boca y se dirigió a su taller con paso rápido. Agarraba la revista con fuerza en la mano derecha y sentía cómo el corazón le latía algo más deprisa de lo normal.

—Jefe, creo...

—Ahora no, Tony —interrumpió a su mecánico con brusquedad, encaminándose a su oficina—. Me ha surgido una cosa. No tardo... —farfulló al tiempo que cerraba la puerta tras de sí de un golpe.

Se sentó en la baqueteada silla y dejó la revista encima de la mesa. No pudo evitar que su mirada se clavase sobre Elisa. Estaba guapísima con ese vestido rojo que hacía que su piel pareciese más suave y resplandeciente de lo que por sí ya era. El cabello sobre los hombros enmarcaba ese bello rostro que él no conseguía quitarse de la cabeza.

Apretó los labios un instante. Así que eso era lo que había ido a hacer a Formentera. No se lo había dicho. Habían hablado largo y tendido durante más de diez días, todas las noches, y ella no le había mencionado nada del reportaje. Se preguntó por qué.

Miró a los otros integrantes de la foto con curiosidad; Elisa era la viva imagen de su madre, pero, mientras que la belleza de la hija era natural, la belleza de la madre era más artificial. Incluso en una simple fotografía se notaba. Debían haber empleado algún programa de retoque, ya que no tenía mucho sentido —al menos para él— que aparentase la misma edad que su hija.

Los dos hombres tenían que ser el padre y el hermano, supuso. Ambos bastante serios y muy estirados, algo arrogantes incluso.

Aunque la foto quería representar una familia unida, desprendía un aire de frialdad inequívoco. Las adustas expresiones de los varones y las fingidas sonrisas de ambas mujeres —al menos la de Elisa lo era—, no reflejaban una familia muy unida. Él ya había visto esa sonrisa antes, al principio, la noche que la había llevado a *El sueño eterno*. Después, y cuanto más habían ido conociéndose la sonrisa se había ido haciendo cada vez más cálida, más Elisa.

Inspeccionó la habitación dónde se había tomado la foto con interés. Aparte del sofá se podía ver una mesa de cristal y al fondo, colgados de la blanca pared, unos grabados en blanco y negro. Aunque la decoración era minimalista se notaba a la legua que apestaba a dinero. Mucho dinero. Más de lo que él probablemente podía ganar en toda una vida.

Pensativo pasó las hojas y buscó el reportaje. No tuvo dificultad para encontrarlo. Ocupaba las páginas centrales y era muy extenso. Contempló las fotos que mostraban a las claras la opulencia del lugar y de sus ocupantes. La casa de verano de la familia de Elisa era una de esas

mansiones modernas que salían en los programas de televisión. Todo era perfecto. Ni un solo mueble, cuadro o alfombra fuera de lugar. Hasta los libros de la estantería de lo que semejaba ser una sala de lectura o biblioteca aparecían colocados por colores y tamaños. ¡Qué ridiculez!

Una de las fotos mostraba a toda la familia sentada en unas tumbonas blancas junto a la piscina —que era de unas dimensiones considerables—. La pose era de lo más incongruente, tanto las mujeres como los hombres le parecieron fuera de lugar. Ellas, con sus elegantes vestidos y ellos, con traje y corbata. Meneó la cabeza con incredulidad. No tenía ni idea de a quién se le habría ocurrido esa escena, pero le parecía absurda.

Había varias fotos de las mujeres a solas, con diferentes atuendos, y Cas se regaló la vista con la imagen de Elisa. Le llamó la atención en especial una toma de ella y de su madre, sentadas en la cama, mirándose. A pesar de que Elisa estaba guapísima, se dio cuenta de que no estaba cómoda con la situación. Durante esas noches en las que habían hablado de todo y de nada, había llegado a conocer cada una de sus expresiones, y esa cara que aparecía en las fotos no era la cara de la mujer que él conocía, *su* Elisa.

Era la cara de la otra Elisa.

Se quedó pensativo unos minutos. El ver ahí, a todo color, el mundo en el que ella se desenvolvía le hizo sentirse extraño. Había sabido que ella era una chica de clase alta, de familia rica, pero no había sido consciente de cuánto más rica que él. Siempre la había visto en bikini o con ropa informal, con sus amigas en la playa, en bares... Claro que el chalet de los padres de Jaime mostraba a las claras que había dinero de por medio, pero esas fotos en esa casa... Era otro nivel.

Recordó que la primera vez, cuando ella le había dado su tarjeta, él había pensado que el nombre le resultaba familiar. *Eli Álvarez de Luis*. Ahora ya sabía por qué. Aunque no solía ver ese tipo de programas o leer esa clase de revistas, lo habría escuchado o visto en algún sitio. Era la hija del conocido promotor Alfonso Álvarez, dueño de múltiples empresas de construcción y de Carmen de Luis, conocida por ser nieta de un conde o duque...

Con curiosidad comenzó a leer el reportaje. No le interesaba lo más mínimo saber quién había sido el diseñador del vestido de la madre de Eli, ni quién había sido el decorador de esa casa, pero sí le interesaban otras cosas. Leyó con rapidez las afectadas palabras de la periodista que parecía ser una antigua amiga de la familia, por la complicidad con la que se expresaba, y que no paraba de lisonjear sobre todo a la madre. No se detuvo hasta que no encontró su nombre.

Eli, que está tanto o más guapa que de costumbre, tiene un brillo especial en la mirada. Ha regresado hace poco de Estados Unidos donde ha terminado un máster de Derecho Internacional y ahora se encuentra aquí, descansando con la familia. Le preguntamos por Lalo. No podíamos dejar de hacerlo. Se han convertido en la pareja de moda de Madrid. Siempre van juntos a todas partes y pensamos que es cuestión de días, a lo sumo semanas que nos den una buena noticia.

Con esa serenidad que la caracteriza, nos mira y no dice nada, pero el rubor que cubre sus mejillas cuando hablamos de él lo dice todo. Su madre nos lo confirma. El compromiso entre estas dos figuras de la vida pública madrileña parece ser algo hecho.

Gonzalo “Lalo” de Lucas Suárez es uno de los socios de Alfonso Álvarez. Y no son solo los negocios lo que une a estas dos familias, la amistad de Carmen de Luis y Pepi Suárez alcanza hasta los años en que las dos debutaron en sociedad. No es de extrañar, por lo tanto, que el amor surgiese entre estos dos jóvenes, que se han criado juntos desde la infancia. Lo que nos sorprendía era que tardasen tanto en tomar una decisión, pero por fin parece que la relación está llegando a buen puerto y no tardaremos mucho en ver a la feliz pareja más feliz todavía.

Mientras Lalo lleva un tiempo fuera en Dubai, dirigiendo la construcción de un hotel de la empresa, Eli pasa el verano con sus padres y con sus amigas.

Bla bla bla...

Cas sintió cómo la sangre comenzaba a hervirle en las venas. Levantó la mirada del texto y la clavó sobre la puerta, sin verla en realidad. Apretó los puños.

«¡Qué cojones!»

No sabía qué pensar de lo que acababa de leer, pero si era cierto lo que contaba la puñetera revista no le gustaba ni un pelo, *ni un pelo*. Rechinó los dientes con furia contenida y dejó caer el puño sobre la mesa.

Fuck! Fuck! Fuck!

«¿Elisa se va a casar con otro? ¿Con ese Lalo?», se preguntó a sí mismo con incredulidad. Sacudió la cabeza un par de veces como si la simple idea le pareciese ridícula.

¿Elisa? ¿La chica en la que no podía dejar de pensar? ¿La chica con la que hablaba todas las noches antes de dormirse? ¿Esa que le hacía sentirse así? ¿La que se había entregado a él de aquella manera tan inocente y pasional al mismo tiempo? ¿La chica que se había masturbado para él delante de la cámara la noche anterior? ¿*Su chica*?

Un gruñido le brotó del pecho. Se agarró con fuerza al borde de la mesa tratando de contener la furia asesina que comenzaba a nublarle la vista. Respiró hondo e intentó razonar consigo mismo.

«Sé lógico, Cas. Elisa y tú nunca habéis hablado de una relación ni os habéis confesado vuestros sentimientos ni nada parecido...»

Se detuvo en esa línea de pensamiento.

¿A quién cojones pretendía engañar? Él estaba más que colado por ella, y creía saber que

ella también por él. Algo no encajaba. No podía ser que estuviese casi comprometida con otro y tonteando con él al mismo tiempo. Más que tonteando, en realidad.

—¡Mierda! —exclamó en voz alta antes de volver a coger el jodido magazine.

Volvió a releer el artículo, esperando haberse equivocado, pero la segunda lectura fue igual que la primera. Allí estaba negro sobre blanco. El nombre de ese tal Lalo y el de Eli, juntos en la misma frase.

Entrecerró los ojos un instante antes de cerrar la revista y encender el ordenador. Quizá debería haber hecho eso mucho antes, al principio. O por lo menos cuando empezó a pillarse por ella.

La buscó en el Google. Y sí, allí estaba. ¡Más de cuatrocientos mil resultados!

Eli Álvarez en Chicago con sus amigas.

Eli Álvarez sacando a pasear a su mascota.

La hija de Carmen de Luis luciendo palmito en Formentera.

Eli y Lalo, ¿campanas de boda?

Eli Álvarez de compras por la isla.

Y así cientos y cientos de entradas más.

Apenas pudo dar crédito. ¡Dios mío! Parecía que toda la vida de Eli estuviese documentada en multitud de revistas. Con la estupefacción reflejada en su semblante cambió a *Imágenes* y la vio multiplicada por cien. En casi todas —sobre todo en las más actuales, ya que había fotos hasta de cuando era niña— aparecía del brazo del típico hombre guapo y recolocado, de esos que nunca se despeinan. Era moreno y con los ojos claros y vestía de un modo... pijo no, lo siguiente.

«Lalo», pensó. Y el titular que había bajo una de las fotos se lo confirmó. *Lalo de Lucas y Eli Álvarez, de copas por Madrid.*

Cas buscó alguna foto en la que apareciesen besándose o abrazándose en actitud cariñosa, pero no halló ninguna. Parecían una pareja. Sí. Pero no una pareja demasiado efusiva. Más bien algo distante. Miró el rostro del tipo y no entendió cómo podía tener esa actitud de indiferencia y frialdad estando al lado de esa mujer. ¿Era de hielo? Él mismo apenas podía controlarse cuando la tenía delante.

Su móvil comenzó a sonar. Estuvo tentado de ignorarlo, pero se arrepintió y lo sacó del bolsillo. Era su hermano Jan. Contestó con el modo manos libres.

—¿Qué pasa?

—No, ¿qué te pasa a ti? Dice Tita que te ha visto y que llevabas cara de cabreo.

Cas guardó silencio unos segundos, antes de hablar por fin.

—¿Puedes acercarte un momento? Tengo algo que me gustaría que vieses.

—Voy para allá. Acabo de terminar con un cliente y el próximo no viene hasta dentro de media hora.

—Te espero.

Colgó. No sabía por qué, pero aunque deseaba hablar con ella y preguntarle ciertas cosas, creía que hablar con su hermano primero y contarle lo sucedido le ayudaría a calmarse.

Miró la pantalla del ordenador y contempló a la feliz pareja con los ojos entornados. Aparta de la furia que sentía, otra extraña sensación comenzó a expandirse por su cuerpo.

Celos.

Estúpidos y venenosos celos.

Capítulo Veintiocho

Jan arrojó la revista sobre la mesa y se quedó mirando la pantalla del ordenador. No había dicho palabra en los veinte minutos que llevaba allí; primero había escuchado la historia, luego había leído el reportaje y después había mirado las fotos de Google.

—¿No es un poco increíble? —masculló Cas, esperando alguna reacción.

Jan se acarició la barbilla con lentitud. Finalmente miró a su hermano con perplejidad.

—Joder, tío, no sé qué decir. Según lo plantea ese reportaje es casi cosa hecha lo de la boda y eso, y las fotos de internet..., pues la verdad, parece que llevan tiempo juntos... —Hizo una pausa—. Pero algo no termina de encajarme. No me parece que sea el tipo de chica que juegue a dos bandas. Por lo que me has contado y por lo poco que la conozco... No sé, es raro.

Cas asintió, pensativo. A él también le parecía extraño.

—¿Por qué no la llamas y sales de dudas? —inquirió Jan.

Ya lo había pensado, claro, pero el jodido artículo y las fotos le habían dado qué pensar. Aun a riesgo de estar comportándose de manera infantil, no iba a llamarla. Deseaba que fuese ella la que le llamase, por una vez. Que fuera ella la que le contase lo del reportaje, lo del tal Lalo, ese. La que tomase la iniciativa, la que mostrara interés. Hasta ese día, siempre había sido él el que había dado el primer paso.

—Creo que voy a pasar —repuso al fin—. Que me llame ella.

Jan arqueó las cejas.

—Eso suena un poco ¿dolido? ¿Vengativo? No sé, Cas.

—Sé cómo suena y la verdad, así es como me siento; más que dolido un poco jodido, como si todo hubiese sido una mentira.

—Hombre, no te ha engañado. Quizá no te lo haya contado todo...

—Supongo que me he engañado a mí mismo —suspiró—. Sabía que ella venía de otro mundo, a años luz del nuestro, pero el verlo a todo color en las páginas centrales de esta puñetera revista, me ha dejado un poco tocado, la verdad. —Guardó silencio unos segundos—. Y lo de ese Lalo, del que no ha hecho ningún comentario. Joder, me da la sensación de que yo le he contado toda mi puta vida y ella no me ha dicho nada importante, en verdad.

—Sigo pensando que deberías llamarla y aclarar las cosas. —Jan clavó los ojos sobre la

pantalla del ordenador—. A lo mejor son solo rumores y solo son amigos. Tampoco es que parezcan una pareja muy feliz ni entusiasta, ¿no crees?

Cas volvió a mirar las imágenes. No, ni feliz ni entusiasta. Pero algo había, desde luego.

—Oye, cambiando de tema —le interrumpió Jan, sacándole de sus pensamientos—. Till sigue sin ir a casa de mamá a dormir. Está preocupada.

—Lo sé. Ayer me llamó a ver si yo podía averiguar algo, pero conmigo no habla. Está en la tienda; acércate si quieres. A ver si tú tienes más suerte que yo.

—Pues me voy a pasar. —Se levantó y se encaminó a la salida. Justo antes de atravesar el umbral le miró—. Habla con ella. Seguro que hay una explicación lógica.

—Sí, seguro que sí —repuso, pero no parecía muy convencido—. Hablamos luego y me cuentas qué tal con Till.

Jan se despidió con un gesto silencioso, cerrando la puerta tras él.

Cas se recostó contra el respaldo de la silla y fijó la vista en el techo. No tenía ganas de seguir mirando la cara del pijo gilipollas, que llevaba a *su* chica del brazo. Porque era *su* chica. Al menos, así lo sentía él.

¿Qué cojones veía ella en alguien como ese Lalo? ¡Dios! Era el típico tío pagado de sí mismo, que había heredado una fortuna familiar y no sabía lo que era currar de verdad. Con seguridad, el esfuerzo más grande que habría hecho en su vida habría sido coger fajos de billetes para contarlos, o levantar una copa de champán para hacer un brindis.

¡Joder!

Cas despreciaba a los hombres como ese. Hombres a los que la vida les había dado todo, que habían nacido con una cuchara de oro en la boca, y aun así parecían no sentirse agradecidos y miraban a todos por encima del hombro.

«Niño de papá», pensó con desdén.

Sabía que no estaba siendo justo del todo, que no le conocía y que quizá fuese un gran hombre de negocios con una mente prodigiosa, pero el verle al lado de Elisa con esa mueca de indiferencia sobre el rostro, le había hecho desear tenerle delante y pegarle un puñetazo para borrarla para siempre. ¿Qué hombre que se preciase de serlo podía ser tan frío al lado de una mujer como ella?

«¿Hubieses preferido que estuviera colado por ella y ver fotos de ambos, besándose?», le cuestionó una voz interior.

«¡Joder, no!»

Otra idea acudió a su mente y se instaló allí, provocándole una inseguridad a la que él no estaba acostumbrado. Elisa y ese Lalo —hasta el nombre era ridículo— se habían criado juntos, en sitios y ambientes similares. Se conocían de toda la vida... Tenían amigos comunes y se movían en los mismos círculos. Las madres de ambos eran amigas íntimas, al parecer, y los padres eran socios, ¿no?

Todo apuntaba a que Elisa y Lalo eran la pareja ideal. Tal para cual.

Cas se pasó las manos por el pelo, inquieto. No le gustaba nada dónde le estaban llevando sus cavilaciones.

«¿Qué tenemos ella y yo en común?», se preguntó, entornando los ojos. Sí, el sexo era increíble; pero además de eso, ¿qué? Se le había quedado la mente en blanco.

Dejó escapar una maldición sofocada y se incorporó con brusquedad.

Había tomado una decisión, que quizá fuese la equivocada, pero era lo que pensaba hacer. «Sí», se dijo con una mezcla de enfado y de orgullo herido. «Sé perfectamente lo que voy a hacer... Nada. Que sea ella la que mueva ficha por una vez».

Capítulo Veintinueve

Eli volvió a mirar el móvil con incertidumbre.

Nada. No había nada.

Cuatro días ya sin saber de Cas.

La última vez que habían hablado había sido la noche de... *eso...* Todavía le invadía una vergüenza profunda al recordar cómo se había comportado. ¡Dios Santo! ¡Se había desnudado delante de una cámara y se había revolcado en su cama, gimiendo su nombre, mientras se masturbaba! Apenas podía creer que hubiese hecho algo así.

Y luego, después de *eso...* ¡Nada! Cas no había vuelto a dar señales de vida.

Los dos días posteriores a su escandalosa actuación, había estado tan abochornada que no había sentido deseos de hablar con él y casi había agradecido que no la hubiera llamado, pero ahora, cuatro días después... Algo había pasado y no tenía ni idea de qué.

Paseó inquieta por su salón. El suelo de parqué le devolvió los sonidos que sus zapatos de tacón provocaban. Pipi se levantó de su camita y se acercó a ella moviendo la cola con nerviosismo. Parecía pensar que era la hora del paseo.

—No, Pipi, ahora no. Me tengo que ir.

Suspiró con abatimiento. Tenía que ir al aeropuerto a buscar a Lalo. Su avión aterrizaba en un par de horas.

Volvió a coger el móvil y miró la pantalla. ¿Y si le llamaba ella?

«Cobarde. Tienes miedo de que pase de ti». Le dijo la *otra* Eli, la que cada vez era más ella misma.

«¿Y qué? ¿Realmente es tan importante? Él no es el chico más adecuado para ti. Reconócelo». Le susurró al oído la Eli snob, la que cada vez hablaba menos.

—Soy una cretina —exclamó en voz alta. Pipi pensó que se dirigía a él y comenzó a ladrar a sus pies, con mucha excitación—. No, no hablo contigo, tontito, hablo conmigo misma.

Él aparentó entenderla porque la miró con fijeza durante unos instantes y luego se retiró a su cama con lentitud. Se tumbó y la observó con atención.

Hasta su perro era más inteligente que ella, decidió. La situación la desbordaba. Deseaba

hablar con Cas; preguntarle qué había sucedido y por qué no la había vuelto a llamar después de aquella noche, pero por otro lado no quería pensar en él ni tenerle rondando por su cabeza todo el tiempo. Y menos ahora, que debía centrarse en Lalo y en cómo se iba a comportar con él. Tenía claro que lo poco o mucho que hubiese habido entre ellos ya no existía, pero no sabía si debía contarle que había conocido a otra persona... o esperar a ver cómo se desarrollaban las cosas...

Un gemido de frustración se escapó de sus labios. Se detuvo en medio del salón y se cruzó de brazos, fijando la mirada en la ventana con sus fantásticas vistas al Retiro, sin verla realmente.

¿Por qué Cas no la llamaba?, se preguntó exasperada. Estuvo a punto de golpear el suelo con el pie, como una niña malcriada en un arranque de pueril enojo.

La alarma del móvil, que apretaba en la mano, la sobresaltó. La había puesto por si acaso se le pasaba la hora de ir a recoger a Lalo.

La apagó.

Lalo la había llamado la noche anterior, comunicándole la hora de llegada de su avión, dando por hecho, como hacía siempre, que ella no tenía otros planes y que estaba más que dispuesta a ir a recogerle al aeropuerto. Lo que normalmente no le hubiese molestado. Así funcionaba su más que extraña relación. Ella siempre estaba disponible para él. No obstante, esta vez había sido diferente. Había estado tentada de decirle que no podía ir y que cogiese un taxi. En el último segundo, y después de vacilar, había accedido a ir a buscarle, claro...

Cogió su bolso y las llaves del coche de la enorme mesa de cristal para diez comensales, que hasta ese momento nunca había utilizado, y se dispuso a abandonar la vivienda con resignación.

En ese instante el móvil vibró. La lucecita blanca indicadora de que acababa de entrar un wasap comenzó a parpadear.

Eli lo contempló con una mezcla de aprensión y de esperanza.

¡Por favor, por favor! *Que sea Cas...*

Desbloqueó el móvil con la mano temblorosa, apenas atreviéndose a respirar.

El vestido rojo te sienta muy bien. Estás espectacular. Póntelo esta noche cuando hables conmigo.

Eli frunció el ceño, confusa. ¿El vestido rojo? ¿Qué vestido rojo? ¿De qué hablaba? Meneó la cabeza sin comprender muy bien a qué se refería.

¡No!

De repente, la imagen de la portada de la revista le vino a la mente. ¡El vestido rojo! Se llevó la mano a la boca, conteniendo un gemido. ¡Cas había visto el reportaje! ¡Nooooo! ¡Cómo? ¡Cuándo? ¡Dónde? Multitud de preguntas sin respuesta la desbordaron.

Dejó caer el bolso al suelo y aferró el móvil con fuerza. ¡Dios! Cas estaba en línea, ¿esperando su respuesta? ¡No! No podía contestarle. Tenía que pensar.

¿Cómo era posible que Cas hubiese visto la revista? Hacía cuatro días que se había publicado y... ¡Cuatro días! Exactamente los días que hacía que él no había contactado con ella. ¿Una coincidencia? Lo dudaba.

¡Dios Santo! Habría leído el reportaje y lo que su madre había dicho sobre ella y sobre Lalo... ¡No, no, no! ¡Qué desastre!

Sintió cómo el corazón se aceleraba en su pecho. Comenzó a respirar con dificultad y se dio cuenta de que estaba teniendo un ataque de pánico. Hacía años que no le sucedía nada parecido. Intentó coger aire al tiempo que se dejaba caer sobre el sofá. Puso la cabeza entre las piernas y estuvo así un par de minutos, concentrada en su respiración. Espirar, inspirar, espirar, inspirar...

Pipi, como si supiese que algo le estaba sucediendo, se había acercado a ella y se había tendido a sus pies, dándole su canino apoyo. Ella le acarició la cabeza con suavidad.

Ahora entendía por qué él no había contactado con ella en todo ese tiempo. Era más que probable que estuviese enfadado, ¿no? Quizá más que eso. No se habían prometido fidelidad eterna ni nada por el estilo, pero ella ni siquiera le había mencionado lo del reportaje, ni a Lalo, y enterarse por la prensa rosa de que estaba a punto de casarse con otro, aunque no fuese cierto...

Gimió, sofocada. ¿Qué habría pensado? Se tapó la cara con las manos. ¡Dios! Cas era siempre tan sincero y tan directo. No podía soportar que creyese que le había estado engañando.

«¿Acaso no ha sido así?», le susurró una voz interior. «Le has ocultado a Lalo. Claro que le has mentado. Si no, ¿por qué no le dijiste lo del reportaje?».

Sí, ¿por qué le había ocultado lo de la revista? Aunque lo había justificado como que era algo ridículo de lo que se avergonzaba —odiaba mostrarse con toda esa ostentosa riqueza y más incluso delante de alguien tan natural como Cas—, en el fondo no había deseado que él leyese el artículo y descubriera lo de Lalo.

Pues bien, al parecer lo había hecho y había visto las fotos. Quizá había ido incluso más allá. ¿Y si la había buscado en internet y había visto todas esas imágenes donde aparecía con Lalo? Había sido una ilusa pensando que él no se iba a enterar de quién era ella en realidad, que de alguna forma, toda esa información que circulaba por ahí no le iba a alcanzar.

«Pero, ¿cómo se puede ser tan mema?», se preguntó, mortificada.

—¡Mierda! —exclamó en voz alta, sorprendiéndose a sí misma por usar esa palabra. No

solía hacerlo, pero ¿qué otra mejor? ¿Diantres? ¿Córcholis?

Lo que no terminaba de entender era el wasap que acababa de recibir. Desbloqueó el móvil —gracias a Dios, Cas ya no estaba en línea— y lo releyó.

El vestido rojo te sienta muy bien. Estás espectacular. Póntelo esta noche cuando hables conmigo.

No parecía enfadado. Más bien todo lo contrario. La piropeaba y le decía que esa noche iban a volver a hablar, como si nada hubiese sucedido... Bueno, no exactamente. Al decirle lo del vestido, quería que supiese que él sabía que había visto la revista. Quizá esperaba algún tipo de explicación por su parte...

¡Por supuesto que esperaba algo así...! Cualquiera lo esperaría...

Había tardado cuatro días en enviarle ese mensaje. Cuatro días, en los que con seguridad habría estado esperando que fuese ella la que contactase con él, la que mostrase interés, la que tomase la iniciativa y le diese explicaciones... Y durante esos cuatro días, ella había estado escondiéndose detrás de su absurda vergüenza y lloriqueando como una tonta, mientras él pensaba que era una burda mentirosa.

«Lo eres», se dijo.

Se le llenaron los ojos de lágrimas.

Respiró hondo y sacudió la cabeza. Ahora no tenía tiempo. No tenía tiempo para dejarse llevar por la angustia... ¡Tenía que irse al aeropuerto! ¡Iba con retraso!

Se levantó con lentitud y sin volver a mirar el móvil, cogió el bolso del suelo. Luego, con la espalda erguida y la barbilla muy alta, se dirigió a la puerta. Tenía el mismo aspecto seguro, frío y distante de siempre.

Pero por dentro no era la misma Eli de hacía media hora. Era otra. Una más consciente de sus errores y bastante más avergonzada, y esa vez por un buen motivo.

Capítulo Treinta

El avión llegaba con media hora de retraso, o al menos eso anunciaba la pantalla luminosa, pero Eli llevaba ya más de una hora esperando, incapaz de quitar la mirada de la puerta. Cada vez que se deslizaba para dejar salir a los pasajeros llenos de maletas, buscaba ansiosa la morena cabeza de Lalo entre ellos.

No es que tuviese muchas ganas de verle, la verdad, pero odiaba estar allí, de pie, sin hacer nada. Lo odiaba, y hoy más que nunca. Hubiese deseado estar ocupada y así no tener la cabeza libre para darle vueltas al mensaje de Cas.

Durante el trayecto al aeropuerto se había preguntado cientos de veces qué podía decirle cuando hablasen en unas horas, porque daba por hecho que esa noche él la iba a llamar. El mensaje había sido más que claro.

¿Debía contarle la verdad?

«Pero ¿cuál es la verdad?», se cuestionó a sí misma, en silencio.

No era verdad lo que había dicho la prensa, que Lalo y ella fueran una pareja a punto de casarse. No... Y sin embargo, tampoco era del todo mentira. Quizá no hubiesen hablado de ello, pero iban juntos a todas partes y todo el mundo pensaba que lo del matrimonio era cosa hecha. Incluso ella misma hasta hacía unas semanas...

La puerta volvió a abrirse. Levantó la cabeza, ansiosa.

No, no era Lalo. Una familia compuesta por los padres y tres niños pequeños hizo su aparición. El padre llevaba un carrito lleno de maletas, en tanto que la madre se esforzaba por controlar a su ruidosa prole. Todos ellos tenían el cabello rubio, de ese rubio que parecía casi antinatural por su claridad. Eli tuvo una fugaz visión de Cas y sus hermanos.

«Ese debía ser su aspecto cuando eran niños». Sonrió para acto seguido suspirar resignada. Estaba claro que no podía dejar de pensar en él.

Su móvil comenzó a vibrar. Lo sacó del bolso con aprensión, pero al ver el nombre de Tana en la pantalla, se relajó.

—¿Sí?

—...

—En el aeropuerto, esperando a Lalo.

—...

—Como siempre me ha tocado a mí, ya ves.

—...

—¿Hoy? Eh... —dudó. Esa noche pensaba pasarla en casa, vestida de rojo y hablando con Cas, la verdad—. Esta noche no puedo. ¿Te parece mejor mañana?

—...

—No, no tengo planes con Lalo. Es solo que..., bueno..., he quedado en hablar con Cas.

—...

—Noooo —su voz sonó exasperada. Lo último que necesitaba ahora mismo era a su amiga interrogándola sobre su confusa relación con Cas. —Tengo que dejarte. Lalo acaba de salir. Te llamo luego. —Y colgó. No había mentido. Lalo atravesaba la puerta arrastrando tras de sí una maleta negra de generosas proporciones.

Eli intentó olvidarse de las inoportunas preguntas de Tana sobre Cas. No era el momento de pensar en el impresionante rubio. Levantó la mano y saludó con relativo entusiasmo.

Lalo levantó la mirada y le hizo un gesto con la cabeza. Se dirigió hacia ella, sonriendo. Las numerosas féminas con las que se cruzaba le siguieron con los ojos.

Era un hombre guapo. Muy guapo. Alto, moreno y con los ojos de un tono avellana claro que llamaba la atención. Sus facciones eran estilizadas y elegantes, clásicas. Nada en su aspecto desentonaba, nada parecía fuera de sitio. Desde su impecable traje azul marino, su immaculada camisa azul clara, su corbata rojiza y sus brillantes zapatos negros, hasta el corte de su pelo, sus andares moderados y su forma de inclinar la cabeza cuando llegó ante Eli... Excelencia absoluta. Esa excelencia que solo se consigue cuando has nacido en un ambiente selecto y te han educado de una manera exquisita.

Era el epítome de perfección masculina.

Las cabezas de muchos de los allí presentes se giraron para observarlos. Al fin y al cabo no todos los días se podía ver en persona a una de las más conocidas parejas de las publicaciones del corazón, ¿no? Lo raro era que un hubiese ningún *paparazzi* por allí rondando.

—Siento llegar tarde. El avión ha despegado con retraso —se disculpó, inclinándose para darle un insípido beso en la mejilla.

Eli le sonrió, dejándose besar. Jamás le había visto hacer ningún tipo de demostración cariñosa en público. Ni en privado, reconoció. Hasta sus encuentros sexuales habían sido algo planeado y formal. Gélidos.

—¿Qué tal el viaje? —inquirió, echando a andar. Irguió la barbilla tratando de ignorar a los curiosos que se habían quedado mirando. Esa pose de arrogancia era lo único que hacía que su timidez no pareciese tan evidente.

—Ocho horas de avión. Te puedes imaginar. Estoy agotado. Quiero llegar a casa cuanto antes —repuso él con seriedad.

Eli le miró de soslayo. Ni un pelo fuera de su sitio. ¿Agotado? Tenía un aspecto glorioso como si acabase de salir de casa, recién duchado y arreglado. Se preguntó qué aspecto tendría Cas después de un viaje de ocho horas en avión. Con toda probabilidad desaliñado y desarreglado... delicioso...

Gimió internamente. Estaba claro que no podía dejar de pensar en él...

Justo antes de atravesar la puerta que daba a la calle Eli pudo ver la imagen de ambos reflejada en el cristal. Él, alto, trajeado y elegante, y ella, rubia, distinguida y esbelta.

«Somos la pareja perfecta», pensó. Una sensación de desolación la invadió.

—¿Has dejado el coche muy lejos? —le preguntó él.

—Eh... no, está aquí mismo —respondió, aclarándose la garganta.

—Muy bien. —Se sacó el móvil del bolsillo del pantalón con la mano que tenía libre—. Tengo que hacer un par de llamadas importantes. No te importa conducir, ¿verdad?

Ella negó con la cabeza. Era su coche, ¿por qué no iba a conducir? Pasó revista a sus innumerables encuentros y citas, y reconoció en silencio que casi siempre le cedía el volante a él. Era como si, por el hecho de ser un hombre tuviese que conducir, y ella, por el hecho de ser mujer, ir en el asiento del pasajero. ¿Por qué no se había dado cuenta antes? Frunció el ceño.

Lalo abrió el maletero y depositó la maleta. Después se sentó, sin dirigirle ni una mirada. Había conseguido establecer comunicación con su oficina, al parecer, y mantenía una animada conversación con alguien del departamento de contabilidad.

Eli casi agradeció que así fuese. Se sentía incómoda en su presencia. Algo había cambiado entre ellos. O quizá fuera ella la que había cambiado...

Él se rio, y ella no pudo evitar comparar la distendida actitud que presentaba cuando hablaba con otras personas y la frialdad que utilizaba con ella. La diferencia era abismal. Era tan evidente que él no estaba enamorado.

«Ni tú de él».

El tráfico era fluido y el trayecto en coche se hizo más corto de lo habitual. Cuando Eli aparcó frente a la puerta de su chalet situado en una urbanización en la zona norte de Madrid,

Lalo todavía seguía hablando por el móvil.

—Te llamo ahora —interrumpió la conversación al percatarse de que el vehículo se había detenido. Colgó con una sonrisa en los labios. Giró la cabeza para mirarla. De alguna manera su sonrisa se hizo más fría—. Eli, esta noche paso a recogerte. He reservado mesa en el *Kabuki*.

Ella le contempló sin saber muy bien qué decir. ¿Esa noche? Pero esa noche ella tenía planeado hablar con Cas...

—A las nueve y media te espero abajo. Tenemos mesa a las diez. Ah, y gracias por recogerme. Eres un encanto. —Se inclinó y volvió a besarla en la mejilla antes de bajarse del coche y sacar su equipaje del maletero. Atravesó el caminito de piedra de la entrada y la miró una última vez desde la puerta. Le hizo un gesto con la cabeza. Eli le sonrió, todavía confusa. Después él volvió a ponerse el móvil en la oreja, e ignorando su presencia entró en la casa.

Ella se quedó un par de minutos allí, sentada en el coche, indecisa. Lalo acababa de decidir por ella, y con asombro se dio cuenta de que no era la primera vez. Lo que acababa de pasar sucedía con frecuencia. Él decidía y ella se dejaba llevar.

«Eres idiota», se dijo, negando con la cabeza. Esa noche había planeado hablar con Cas, explicarle lo de Lalo. Y de nuevo, debido a su pasividad, se encontraba en una situación de la que no sabía cómo salir: una cena en el *Kabuki* con Lalo.

—Tú eres la que ha propiciado esto, dejando que él tome las decisiones por ti. A ver ahora cómo lo solucionas —murmuró. Se miró en el espejo retrovisor, y lo que vio allí reflejado no le gustó nada. Sabía que tenía que ser más decidida, más atrevida, más resuelta.

—Sigues los mismos patrones, una y otra vez. Sigues dejando que todo el mundo decida por ti —musitó, y el tono de su voz, lastimero, la llenó de vergüenza. Chasqueó la lengua y apretó los labios.

Tenía que poner fin a todo aquello. Debía rebelarse. Si no lo hacía, iba a terminar perdiéndose a sí misma, si es que todavía quedaba algo de ella bajo su apariencia perfecta.

Con los ojos nublados por la tristeza, y perdida en sus pensamientos, arrancó el coche. Casi sin darse cuenta, y en menos tiempo de lo esperado, había atravesado Madrid y se encontraba en su garaje subterráneo. Aparcó y se encaminó al ascensor.

Mientras subía planta tras planta, contempló su imagen dorada en el espejo. Al cabo de unos segundos tomó una decisión. Sacó el móvil del bolso y buscó en los contactos... la A... la B... la C...

Sabía lo que tenía que hacer.

Cuando abrió la puerta de su piso, Pipi la recibió dando saltos de alegría. Parecía ansioso por salir a la calle.

—Espera un poco, Pipi; hay algo que tengo que hacer primero —murmuró, dejando el bolso sobre la mesa. Él pareció entenderla porque se tumbó en el suelo y la contempló con interés.

Se sentó en el sofá, respiró hondo un par de veces y pulsó el símbolo de llamada antes de poder arrepentirse.

El teléfono sonó cuatro veces.

—Hola, *Prinzessin*. —La voz ronca y sexy le provocó un agradable vuelco en el estómago.

—Hola, Cas —repuso con vacilación. ¡Dios mío! ¡Qué nerviosa estaba!

—No esperaba tu llamada tan pronto. ¿Ha pasado algo? —Su tono se tornó más preocupado.

—No, no... Es solo que esta noche no voy a poder hablar contigo.

Se hizo el silencio al otro lado de la línea.

—¿Por qué no has usado el Skype? ¿No llevas el vestido rojo? —preguntó él. Su actitud parecía haber cambiado. Sonaba más tenso, menos cercano.

—De eso quería hablar contigo, Cas... —comenzó con nerviosismo—. No te comenté nada del reportaje porque... Bueno, en fin..., no es algo de lo que me guste hablar... La verdad es que no me agrada demasiado intervenir en... digo, participar... en fin..., que no sé... —Se percató de que estaba tartamudeando como una boba. Y el que Cas no dijese ni una palabra tampoco ayudaba—. Lo de la revista fue idea de mi madre, ¿sabes? Es algo que se repite todos los veranos... Una especie de ritual... No quiero que pienses que te estoy... ocultando algo pero es que... —Se detuvo nuevamente. ¿Qué podía decirle? ¿Que era una necia que hacía todo lo que le decía su madre? Era más que probable que él estuviese pensando eso...

—¿Quién es Lalo? —La pregunta sonó como un latigazo. Cualquier pensamiento coherente que ella hubiese podido tener en la cabeza quedó borrado por la brusquedad de su voz.

—Es un amigo de la infancia. Nuestras familias se conocen desde hace tiempo —contestó, titubeante.

—¿Para cuándo es la boda? —Otro latigazo.

Cerró los ojos. En el fondo había sabido que eso iba a pasar.

—No va a haber boda —explicó—. Es algo que mis padres desean y supongo que los padres de Lalo también, pero solo somos amigos —concluyó en voz baja.

«Estás mintiendo». La voz de la *otra* Eli resonó en su cabeza. «Sabes muy bien que habéis sido más que amigos. Díselo. ¡Díselo!»

Apretó los labios con fuerza. De alguna manera no deseaba que Cas supiese el tipo de relación que ella y Lalo habían mantenido. Le resultaba de lo más incómodo pensar en ellos como pareja. Le avergonzaba. Una relación sostenida por la inercia, por los convencionalismos... Si Cas supiese cómo era ella en realidad, la despreciaría. Juzgaría que era una imbécil sin voluntad propia. No quería que él pensase así de ella, quería que la admirase.

—Entiendo —contestó él al cabo de unos minutos, pero el tono de su voz indicaba lo contrario. El silencio volvió a hacerse dueño de la conversación.

—No me gusta la vida que vivo, Cas. Pero no me había dado cuenta hasta hace poco —dejó escapar en un arranque de sinceridad. Se tapó los ojos con la mano que tenía libre y trató de contener un suspiro, sabiendo que él podía escucharlo todo.

—Pues no lo hagas, Elisa. No la vivas así —le dijo él en voz baja. Parecía que las palabras de ella le habían sorprendido—. Vive tu vida como quieras vivirla, *Prinzessin*. Recuerda que al final del día solo tienes que rendirte cuentas a ti misma, así que vive como *tú* quieras, no como quieran los demás —concluyó con extrema suavidad.

Eli sintió cómo se le llenaban los ojos de lágrimas. ¡Qué fácil sonaba cuando él lo decía! ¡Qué fácil! ¡Ojalá fuese así de simple! Espiró con lentitud, intentando serenarse antes de contestar. No deseaba que él se percatase de que estaba a punto de llorar.

En ese instante escuchó voces al otro lado de la línea.

—¡Joder! ¡Joder! Elisa, tengo que colgar. Algo ha pasado en el taller. —La voz de Cas sonaba muy preocupada, de repente—. Llámame esta noche cuando regreses a casa —la instó con urgencia—. No importa la hora. Llámame. ¡Di que me vas a llamar, Elisa!

—Lo haré. Te llamo esta noche —respondió ella con rapidez. Iba a asegurárselo de nuevo, pero se dio cuenta de que él ya había colgado.

* * *

Cas salió de su oficina con rapidez. No tenía ni idea de qué estaba sucediendo, pero los gritos le habían alarmado.

—¡Tony! —casi gritó viendo que su mecánico estaba en el suelo junto a la moto que había estado restaurando. Tenía la cara contraída de dolor y se sujetaba la pierna derecha a la altura de la rodilla—. ¡Joder! ¿Qué ha pasado? —Se arrodilló a su lado y le miró con preocupación, sin saber muy bien qué hacer.

—Es el menisco, Cas, como la última vez. Me he escurrido y creo que se me ha salido. —Le costaba articular las palabras.

Cas se sacó el móvil del bolsillo y llamó al ciento doce. Con pocas palabras les explicó la situación y le prometieron que la ambulancia llegaría en unos minutos.

—La ambulancia estará aquí en nada, no te preocupes —se dirigió a Tony, que seguía tumbado en el mismo sitio, sin moverse. Miraba al techo con resignación. No era la primera vez que tenía problemas con el menisco.

—Voy a llamar a tu mujer para que vaya directa al hospital.

Tony asintió. A pesar de que se notaba que el dolor debía ser terrible sonrió con ironía.

—Tío, creo que vas a tener que ensuciarte otra vez y terminar tú esta belleza —dijo, señalando la Triumph a su lado—. Espero que no tengas miedo de mancharte las manos ahora que te codeas con la nobleza.

Cas hizo amago de pegarle un puñetazo al tiempo que alzaba los ojos al techo. Desde el día que había salido el reportaje, tanto Jan como Tony le tomaban el pelo con ello casi a diario.

—No estarás muy mal si tienes ganas de broma —repuso arqueando las cejas, antes de ponerse de pie y llamar a su mujer.

La ambulancia no tardó en llegar y en menos de lo previsto, Cas se encontró solo en su taller. Se pasó la mano por la nuca y suspiró, preocupado. Era más que probable que Tony tuviese que estar de baja por un tiempo. Esperaría a ver qué decían los médicos antes de tomar una decisión, pero estaba claro que, como bien había ironizado su mecánico, iba a tener que mancharse las manos. Contempló la moto con ojo crítico. Había que quitar los radios viejos de las ruedas, preparar los tambores y pulir las llantas y luego radiarlas y montar los neumáticos adecuados. Eso podía hacerlo solo, pero chorrear el motor y luego pintar el chasis... Iba a necesitar ayuda si no quería eternizarse...

Se dirigió a la parte trasera del taller a buscar su ropa de trabajo. Mientras se desnudaba, repasó la conversación que había mantenido con Elisa. Apretó la mandíbula recordando la desagradable sensación que le había invadido al preguntarle por Lalo. Celos. Los celos habían provocado que la pregunta hubiese salido de su boca.

Resopló. Incluso ahora que había pasado más de una hora seguía sintiendo cómo la ira le consumía.

Ella no le había dicho la verdad. Aunque había afirmado que solo eran amigos, él sabía que no era cierto. Su instinto le decía que no había sido del todo sincera con respecto a Lalo.

Se quedó pensativo. Las últimas palabras que ella le había dicho le habían dejado un amargo sabor de boca.

No me gusta la vida que vivo, Cas. Pero no me había dado cuenta hasta hace poco.

¿Qué vida era esa que estaba viviendo ella? Pensaba que había comenzado a conocerla, pero cuantas más vueltas le daba, más consciente era de que no la conocía en absoluto.

—¡Cas! —La voz de Jan le sacó de sus oscuras cavilaciones—. ¿Dónde estás?

—Estoy aquí —gritó—. Ya salgo.

Se abrochó la cremallera del mono negro de trabajo y salió. Su hermano mayor se dirigía a él con una expresión angustiada en el rostro.

«¡Dios! ¿Qué más puede pasar hoy?», pensó Cas sacudiendo la cabeza.

—¿Qué pasa? —inquirió cuando estuvo junto a Jan.

—Es Till. Ha vuelto a joderla.

Capítulo Treinta y Uno

Lalo se miró el reloj de pulsera. Eran las nueve y veintinueve minutos. Acababa de aparcar su Audi en doble fila, delante del edificio de Eli, y sabía que ella no tardaría en bajar. Nunca le hacía esperar. Era muy puntual.

Otra buena cualidad de ella que le satisfacía, como tantas otras que la hacían más que apropiada para ser su pareja.

Era perfecta.

Su mente se entretuvo enumerando la cantidad de razones por las cuales lo era.

Había nacido en el seno de una familia adinerada y con raíces en la nobleza por parte de su madre.

Había sido educada en los mejores colegios y asistido a una de las más prestigiosas universidades de Madrid.

Se relacionaba con la gente adecuada.

No tenía demasiado carácter. Se dejaba manejar.

Sabía cuál era su sitio, su lugar en el mundo... *En su mundo.*

En resumidas cuentas: su pedigrí era exquisito.

Y esa mujer de pedigrí era suya, y por si acaso a ella se le había olvidado, él se iba a encargar de aclarárselo aquella noche.

Se bajó del coche y se encaminó a la puerta del pasajero. Esperó allí con la mirada en el portal, mientras se acariciaba el bolsillo interior de la chaqueta. Un brillo calculador asomó a sus ojos. Si todo salía cómo esperaba, después de solo unas horas no tendría que preocuparse por nada más.

* * *

Eli se despidió del portero de noche con un gesto. Podía distinguir la figura de Lalo a través del cristal de la puerta, apoyado contra su coche.

Se pasó la mano por la falda ajustada de color café, estirándosela, consciente de que el movimiento era más un producto de los nervios que de la necesidad. Aun así no pudo evitarlo.

La conversación con Cas la había dejado confusa, como iba siendo costumbre, y el brusco final tampoco le había ayudado a aclarar sus ideas. Además, el simple hecho de imaginar que iba a pasar las próximas horas en compañía de Lalo, la llenaba de enorme desagrado. No tenía ningún deseo de ir a cenar con él.

Pintándose una sonrisa en el rostro, salió del portal y se acercó a él.

—Estás bellísima, Eli —la saludó, recorriéndole el cuerpo con los ojos, con admiración.

Ella se sorprendió. Lalo no era de los que piropeaban. Le miró arqueando las cejas, mientras él le abría la puerta del coche.

—No me mires así. Ya sabes que es cierto —susurró cerca de su oído con una voz aterciopelada que no consiguió despertar ni la más mínima sensación en ella. Después cerró la puerta y rodeó el coche.

Eli se puso el cinturón, todavía perpleja por la actitud de él. No tenía sentido. Esa misma tarde la había ignorado como hacía siempre, y ahora... ¿la lisonjeaba y le hablaba al oído como si fuesen una pareja apasionada? Entornó los ojos. ¿Qué había sucedido en las horas posteriores a su llegada?

Lalo montó en el coche y se puso el cinturón. Arrancó y encendió las luces.

—¿Estás bien o quieres que ponga el aire acondicionado? —le preguntó, solícito.

—Estoy bien así.

—Perfecto. Cuéntame cómo te ha ido con tus amigas en la playa. ¿Lo habéis pasado bien? —inquirió, al tiempo que ponía el intermitente y se sumergía en el tráfico de la calle Alfonso XII, que no era excesivo un día de diario a aquella hora de la noche.

Eli le observó de reojo. Él no solía interesarse demasiado por lo que ella pudiera contarle, pero al comprobar que la escuchaba con interés, mientras le hablaba de sus vacaciones, frunció el ceño. Esa noche todo aparentaba ser diferente. Extraño.

—Veo que habéis pasado unos días fantásticos. Me alegro mucho. Supongo que Alba estará nerviosa por la boda, ¿no?

—Sí, sí lo está. No es solo la boda, es el hecho de que se va a vivir allí lo que más le preocupa, pero está muy ilusionada.

Él asintió. Por un instante pareció perderse en sus pensamientos y Eli le miró directamente. Su rostro no mostraba ninguna expresión.

—Nos vamos el viernes, ¿verdad? —Se giró, sobresaltándola.

—Sí, sí. El viernes —repuso, inquieta. Casi había llegado a olvidar que la boda de Alba y Jaime era ese fin de semana y que iba a acudir con Lalo. Las últimas semanas había estado tan ocupada, intentando averiguar qué deseaba hacer con su vida que no había pensado en que Lalo era su acompañante.

Empalideció.

¿Lalo y Cas en la misma ciudad! ¿En qué narices había estado pensando hasta ese momento para haber ignorado lo que no se podía ignorar?

—¿Estás bien? —preguntó él, de pronto—. Te has quedado pálida.

—Eh... sí, sí, estoy bien. Es solo que... estoy hambrienta —se inventó una excusa. Ese no era el momento para cuestionarse ciertas cosas. Ya lo haría luego, en casa, a solas.

—Pues ya hemos llegado. No tienes que esperar mucho más para volver a comer tu plato de sushi favorito.

En efecto, acababan de llegar al restaurante. Lalo le entregó las llaves del coche al aparcacoches y le abrió la puerta, tan atento como siempre. O quizá más atento de lo normal, decidió Eli al sentir cómo él la cogía por el brazo con posesividad, algo que no solía hacer.

Entraron al restaurante y pronto fueron atendidos por uno de los camareros que los condujo hasta una mesa al fondo del local. Era la única mesa que no estaba ocupada. Los otros comensales se quedaron mirándolos, mientras atravesaban la sala. Eli se dio cuenta de que una joven de su misma edad sacaba el móvil y tomaba una foto de ellos. Gimió en silencio. ¿Siempre iba a ser así?

«Si te casas con él y sigues viviendo este tipo de vida, seguro que sí». La voz de la *otra* Eli resonó en su cabeza.

«Bueno, si sigues adelante con Cas, te verás condenada al ostracismo en un pequeño pueblo costero, todo el día llena de grasa de mecánico», replicó la Eli snob.

Agitó la cabeza, tratando de espantar esas absurdas e incongruentes ideas sin fundamento.

La mano de Lalo en la parte baja de su espalda comenzaba a incomodarla. ¿Por qué estaba comportándose así, tan obsequioso y atento? Incluso se le podía tachar de afectuoso. Frunció el ceño.

Sobre la mesa que Lalo había reservado, ardían un par de velas. Eli observó con suspicacia que era la única de todo el local, las demás no tenían ese tipo de iluminación. Una terrible sospecha comenzó a tomar forma en su mente.

«Por favor, no. Por favor, no», suplicó en silencio.

Dejó su *Petite Malle* de Louis Vuitton sobre la mesa y no sin nerviosismo levantó la cabeza y miró a Lalo, que se había sentado frente a ella. Disimuló su horror al darse cuenta de que él estaba pidiendo champán.

«No puede ser. No puede ser. Esto no puede estar pasando», gritaba en su interior, aunque su exterior era el de una mujer elegante y tranquila. A gusto con la situación.

—Creo que tenemos muchas cosas de que hablar —se dirigió a ella, después de haber pedido el champán y la cena inclusive. Ni siquiera le había preguntado, reconoció, pero no le importó. Era más que probable que cualquier cosa que probase aquella noche le supiera a serrín.

—¿Muchas cosas? —fingió curiosidad.

—He pasado tres meses fuera y apenas hemos hablado un par de veces por teléfono. Tenemos que ponernos al día, ¿no crees? Te he echado de menos, ¿sabes? Dubai puede ser muy aburrido.

Él bajó la voz y se inclinó sobre la mesa. La luz de las velas se reflejó en sus ojos color avellana, haciéndole parecer todavía más guapo si eso era posible. Eli sintió cómo se le encogía el estómago.

«¿Por qué este hombre me deja absolutamente indiferente?», se cuestionó. «Lo tiene todo. Todo. Y pertenece a mi mundo. Es el hombre más adecuado para mí».

—Bueno —comenzó, echándose hacia atrás y rompiendo la intimidad que él había creado —, yo no tengo mucho qué contar, la verdad, lo cierto es que todo sigue igual que siempre.

Él entrecerró los ojos y la miró con desconfianza.

—¿No me has echado de menos? —preguntó a bocajarro.

Eli se sorprendió, pero sus facciones no lo mostraron. Él no solía ser tan directo. ¿De verdad la había echado de menos? Lo dudaba. Si así fuese, ¿por qué no la había llamado con más frecuencia?

—Pues claro que te he echado de menos. Todos lo hemos hecho —respondió por fin, con diplomacia—. Eres el alma de todas las fiestas, Lalo. Sin ti, Madrid no ha sido lo mismo.

Si a él le molestó su poco comprometida forma de contestarle, no lo demostró. El camarero acababa de llegar con el champán y Lalo se apresuró a servir dos copas. Parecía ansioso por algo. Se llevó la mano al bolsillo interior de la chaqueta y Eli sintió cómo se le helaba la sangre en las venas.

«No. No. No», repetía una y otra vez en su cabeza, como una letanía.

Lalo le ofreció una copa, que ella tomó, y levantó la suya ligeramente. La miró a los ojos.

—Por el futuro —murmuró.

Eli repitió las mismas palabras en un susurro. Se hallaba en un estado de puro horror, temiéndose lo peor.

Él bebió un trago y depositó el champán con cuidado sobre la mesa, después se llevó la mano al bolsillo, ese que había acariciado antes sin ser consciente de ello.

Los angustiados ojos de Eli siguieron cada movimiento con una impotencia rayana en el espanto. Sujetó el recipiente de cristal con fuerza.

«Podía haber esperado al postre...» Una sarcástica voz que ni siquiera reconoció como propia resonó en su cerebro. Estaba viviendo una situación surrealista. No podía ser verdad. ¿Lalo iba a pedirle matrimonio en público? No podía ser cierto. Esas cosas solo sucedían en las comedias norteamericanas. ¡Estaban en España! ¡En Madrid! ¡En su restaurante favorito! ¡Era un día de diario!

La escena iba teniendo lugar como a cámara lenta, no..., muy lenta. Podía ver lo que estaba sucediendo como si estuviese mirándolo todo a través de un túnel. En un extremo estaba ella, con una sonrisa petrificada sobre la cara y agarrando una copa de champán con fuerza, como si la vida le fuese en ello. Y al otro extremo estaba Lalo, cuyos movimientos ralentizados le habían llevado a sacarse una cajita de terciopelo negro del bolsillo y a abrirla delante de ella. Un anillo con un enorme diamante con corte princesa la deslumbró. La luz de las velas se reflejó en sus múltiples facetas proyectando un caleidoscopio de colores sobre la mesa.

Levantó la vista y la posó sobre el rostro de Lalo, que la miraba con marcada complacencia.

—¿No te lo esperabas? No me lo creo. Estaba más que claro, Eli —murmuró él sin quitarle la vista de encima—. ¿Quieres casarte conmigo?

En ese instante, como surgido de la nada, un fotógrafo hizo su aparición y comenzó a tomar fotos. La luz del potente flash la deslumbró. Parpadeó un par de veces antes de girar la cabeza y mirar con enojo al inoportuno *paparazzi*. O a lo mejor no tan inoportuno, comprendió al ver la reacción de Lalo. Parecía contento, más que contento.

Tragó saliva al tiempo que erguía la barbilla. De repente todas las miradas se hallaban posadas sobre la escena que estaba teniendo lugar en esa mesa, la misma escena que hacía tan solo unos segundos le había parecido tan surrealista como surgida de una película de Buñuel o de un cuadro de Dalí...

Los ojos de Lalo irradiaban confianza, como si la única respuesta posible a su pregunta fuese un manifiesto *sí*.

El anillo brillaba de manera ridícula, decidió Eli mirándolo con una mezcla de fascinación y rechazo.

El fotógrafo volvió a disparar su cámara.

—Sonríe, Eli —se atrevió a decir, dejándola incluso más perpleja de lo que ya se encontraba.

—Eli, querida —murmuró Lalo—, dame tu mano para que pueda ponerte el anillo.

Una mano parecida a la suya hizo acto de presencia delante de sus ojos. Era curioso que el esmalte de uñas fuese exactamente igual al que ella usaba. *Rojo pasión* se llamaba el color. El anillo se deslizó con lentitud por el dedo anular de aquella mano. El contraste del pedrusco con el delgado dedo era impactante. Parecía pesar demasiado para aquella delicada falange...

El fotógrafo sacó varias fotos más.

Los aplausos llegaron hasta ella. Giró la cabeza. La gente la miraba y le sonreía. ¿Por qué se alegraban? ¡Pero si no la conocían!

De pronto, Lalo estaba de pie a su lado y la cogía de la mano, la misma mano que ahora pesaba el doble, debido al enorme y ostentoso anillo. Se puso en pie dócilmente. Sintió cómo sus labios se curvaban en una sonrisa. Eso era lo que debía hacer en ese momento, ¿no? Sonreír.

Los labios de Lalo la besaron. Ella correspondió al beso. No sintió nada, solo el roce de carne contra carne, piel contra piel.

Cerró los ojos y pensó en Cas.

—Enhorabuena —escuchó una voz a su espalda. Era el propio fotógrafo, deseándoles felicidad.

—Muchas gracias, Enrique —repuso Lalo separándose de ella y dirigiéndose al portador de la cámara. Seguía agarrándola firmemente de la mano y Eli deseó que la soltase. Fingió una sonrisa que no alcanzó sus ojos antes de encararse con el *paparazzi*. Tenía tablas en eso de manejar a la prensa; años de ver cómo su madre lo hacía tenían que haberle servido de algo, ¿verdad?

Aunque la situación la había desbordado —no todos los días le pedían matrimonio en público con decenas de ojos sobre ella, más un fotógrafo tomando instantáneas—, era consciente de lo que había sucedido y de las circunstancias en las que se encontraba. Su mente, que hasta hacía unos minutos había sido como la mente de un autómatas, comenzaba a reaccionar y salir de la nebulosa. Sabía que no tenía muchas opciones en esos momentos. No le quedaba más remedio que sonreír y aparentar una satisfacción que no sentía.

Estaba horrorizada.

Lalo le había tendido una trampa.

Después de unos cuantos posados, en los que pensó que la cara se le iba a cuartear por efecto de la falsa sonrisa, el fotógrafo decidió marcharse y dejar que cenasen en paz. Las miradas de los curiosos comensales dejaron de clavarse sobre ellos y los empleados del restaurante decidieron servirles la cena, por fin.

Eli se puso la máscara de fría cortesía, entrecerró los ojos y contempló a Lalo a través de sus espesas pestañas. Parecía bastante satisfecho, como si hubiese conseguido algo imposible, como cuando lograba cerrar alguna operación importante. Solo le faltaba frotarse las manos.

Se puso de pie con calma y cogió su cartera de la mesa.

—Voy un momento al aseo. Ahora mismo vuelvo —murmuró en voz baja.

No esperó a que él contestase. Consciente de que todos los ojos seguían sus pasos, echó a andar hacia el fondo del local con la cabeza bien alta.

El baño estaba libre, gracias a Dios. Se apoyó contra la puerta y cerró los ojos un instante, antes de acercarse al espejo para verse allí reflejada. La serena imagen que presentaba nada tenía que ver con el torbellino de emociones que bullía en su interior. Solo sus expresivos ojos mostraban algo del terrible desasosiego que la dominaba.

«Qué bien me has educado, mamá», se dijo, no sin cierto sarcasmo. «Ante todo, compostura. Que nadie sepa lo que estás pensando».

Se miró el reloj y se percató de que llevaban en el restaurante casi una hora. Eran las once menos diez. ¿Cómo era posible que el tiempo hubiese pasado tan rápido? ¡Si parecía que acabasen de llegar!

Gimió.

Todavía se encontraba en estado de shock y quizá tardase horas en comprender las consecuencias que iba a tener la encerrona de Lalo. Porque eso era lo que había sido: una verdadera encerrona. ¿Cómo se había atrevido a hacerle eso? Un destello airado apareció en sus ojos castaños. ¡Era increíble!

Lalo no era así. No era espontáneo. No hacía esas cosas. Era planificador. Todo lo hacía con arreglo a su agenda, y las demostraciones públicas de afecto no le agradaban.

Algo no terminaba de encajar.

Llevaban años saliendo juntos, teniendo una relación que nunca terminaban de formalizar..., y cuando por fin ella se había dado cuenta de que Lalo no era la persona con la que deseaba estar..., sucedía eso. ¿Por qué? Su cambio de actitud tan brusco no tenía ningún sentido.

Bajó la mirada y contempló el monstruoso anillo. Era impresionante. Con toda probabilidad costaría más que la moto y el coche de Cas juntos.

Cas...

Se le puso la carne de gallina al pensar en él. ¿Qué iba a decirle? ¿Qué podía contarle? Después de haberle dicho esa tarde que no pensaba casarse con Lalo, de pronto, esa misma noche había aceptado su anillo de compromiso delante de decenas de personas y un fotógrafo.

Se llevó las manos a la cara y contempló su avergonzada imagen en el espejo. ¿Qué iba a pensar de ella?

«Pues que eres una imbécil, sin capacidad de decisión, insegura y cobarde...»

¡Pero las circunstancias la habían desbordado!

«Estupideces. ¿Las circunstancias? ¿Se puede ser más ñoña que tú? No, es imposible». La voz enfadada de la *otra* Eli resonó en su cabeza.

En ese preciso momento la puerta del baño se abrió y la misma chica que antes había estado tomando fotos con el móvil entró. Era joven y guapa, con el pelo castaño y los ojos claros. Se le iluminó la cara al verla allí.

—¡Enhorabuena! —le dijo con una enorme sonrisa—. ¡Sois la pareja perfecta!

Eli le dirigió una sonrisa diplomática. ¿Por qué la gente que no la conocía se creía con derecho a hablarle? ¿A felicitarla? ¿Por qué? ¡Qué tontería! Estaba claro por qué. Era una figura pública. Era la *hija de*.

Murmurando un *gracias*, abandonó los aseos que le habían servido como refugio en los últimos minutos, y se dirigió a la mesa donde su pesadilla la esperaba.

Lalo no había probado bocado. La aguardaba.

Eli tuvo una visión fugaz de la noche en la que Cas la había llevado a *El sueño eterno* y ella se había escondido en el baño. Cuando había regresado a la mesa él ya se había terminado su hamburguesa. En aquel momento, eso le había parecido una falta de educación, ahora ya no sabía qué pensar... El comportamiento de Cas era tan natural, y el de Lalo, tan mecánico...

Su «prometido» se puso en pie y le retiró la silla, como en una película de los años cuarenta, con un gesto que a ella le resultó exagerado. Mientras se sentaba y dejaba la cartera sobre la mesa, evaluó la situación. Una sospecha comenzaba a invadirla. Una sospecha que quedó confirmada con las siguientes palabras que salieron de la boca de Lalo.

—Tienes que llamar a tu madre cuanto antes. Se alegrará de que por fin nos hayamos comprometido.

Eli clavó la mirada sobre su rostro.

—¿Mi madre? ¿Ella sabía que me ibas a proponer matrimonio? —inquirió con la voz calmada, aunque la sangre había comenzado a hervirle en las venas.

—Claro —repuso él sorprendido, como si el hablarlo con la madre de ella antes que con ella misma fuese la cosa más normal del mundo—. Hemos hablado esta tarde y se lo he comentado. Estaba encantada de que por fin nos hubiésemos decidido.

Eli entornó los ojos. ¿*Hubiésemos*? ¿En plural?

Así que eso era lo que había sucedido... *Su madre* había sucedido.

—No estarás molesta, ¿verdad? —preguntó él.

—No, no... —mintió. ¿Qué podía decir? ¿Qué podía reprocharle realmente? ¿Que le parecía de un mal gusto terrible que lo hubiese consultado con su madre antes que con ella? De nada le iba a servir comenzar una discusión en público, con todos los clientes del restaurante pendientes de sus gestos y sus palabras.

Tenía que pensar mucho en cómo iba a actuar de ahí en adelante. La vida se le acababa de complicar de una manera impredecible.

Y luego estaba Cas...

Cas.

Capítulo Treinta y Dos

Cas arrojó el trazo que había estado estrujando en las manos contra la pared. El sonido apenas perceptible que el golpe provocó no le produjo ningún alivio. Hubiese deseado tener algo más consistente a su alcance, una llave inglesa o un martillo y haber destrozado la pared con él.

La historia que Jan acababa de contarle le había llenado de ira. ¿Cómo era posible que el inconsciente de su hermano hubiese hecho eso? ¡No podía ser cierto!

—¡Mierda, mierda, mierda! —volvió a exclamar. Parecía haberse convertido en su expresión favorita en los últimos minutos—. *Scheisse, Scheisse, Scheisse!*

—Da igual en qué idioma lo digas, Cas. La ha cagado —repuso Jan. Aunque aparentaba encontrarse más calmado que su hermano, la tensión que presentaba su postura y su mandíbula apretada daban fe de que no era así.

Cas se pasó las manos por el pelo con un gesto nervioso. Se sentía responsable de la situación. ¿Acaso Till no trabajaba para él? ¿Cómo era posible que no se hubiese dado cuenta de lo que estaba sucediendo?

—¿Dónde está? —gruñó.

—No tengo ni idea. Me ha llamado desde un móvil de prepago y no ha querido decirme dónde estaba.

—Joder, Jan, esto es muy gordo. No podemos arreglarlo. —Comenzó a frotarse la nuca. Tenía que pensar en algo.

Jan no contestó. Se dio la vuelta y se dirigió a la puerta del taller.

—¿Le has visto hoy? —terminó por preguntar.

—Sí, claro. Ha venido a trabajar y ha estado toda la mañana en la tienda. Luego, antes de comer, ha cerrado y se ha ido —respondió Cas, acercándose a su hermano—. No me preguntes si me he dado cuenta de que algo no iba bien, porque si hubiese sido así no me habría pillado de sorpresa lo que me has contado.

Jan asintió con gravedad. Cas dejó escapar otro trazo.

Era impensable que después de lo que había sucedido hacía solo unas semanas, su hermano hubiese vuelto a apostar con la misma gente que había estado a punto de joderle la vida. Y había vuelto a perder. Y no unos cuantos miles de euros. No...

¡Ciento ochenta mil euros!

Todavía no daba crédito a lo que su hermano mayor acababa de contarle.

—¿Qué cojones estaba pensando? —masculló.

Jan se encogió de hombros.

—Dice que quería solucionar el problema en el que nos había metido. Que quería recuperar lo que habíamos perdido.

—*Fuck!*

Cas sintió cómo la furia tomaba posesión de él. Se dio la vuelta y cogió lo primero que tenía al alcance de la mano, que era un medidor de presión para neumáticos que Tony había dejado encima de la mesa. Lo arrojó con fuerza contra la pared. El aparato se rompió en pedazos. Siempre había sido temperamental, pero la edad y la vida le habían calmado y vuelto más racional. De algún modo esa racionalidad acababa de desaparecer.

—Tampoco sirve de nada que te pongas así. —La voz sosegada de Jan le reprendió.

—Me sirve para calmarme —rugió, aun a sabiendas de que su hermano tenía razón. El haber estrellado contra la pared el medidor tampoco le había ayudado. La sangre seguía hirviendo en su interior—. ¿Qué cojones vamos a hacer ahora? ¿Hay alguna opción de que podamos hablar con los Albescu?

—No tengo ni idea, pero no creo que vayan a hablar con nosotros si no vamos con el dinero por delante —suspiró Jan. Se acarició la rasurada nuca con lentitud, pensativo. Parecía ser un gesto común de ambos.

—¿Y mamá? Habrá que decírselo... —masculló Cas cerrando los puños. La situación en la que Till había puesto a la familia era aterradora. Su madre tenía que saberlo y estar preparada para lo peor.

—Sí. Hay que contárselo.

Cas se dio la vuelta y se encaminó a la parte trasera del taller. Con movimientos bruscos se quitó el mono de trabajo y procedió a vestirse. Tenía la mirada clavada sobre la pared, sobre una foto enmarcada de la primera moto que había restaurado. Recordaba el día que se había tomado esa instantánea como si fuese ayer. Se había sentido tan orgulloso. Aquella noche había invitado a cenar a su madre y a sus hermanos para celebrar que el negocio que tanto le había costado montar comenzaba a tener éxito.

Se preguntó si tendría que venderlo para poder saldar la deuda de su hermano.

Todos sus sueños a la basura.

Cerró los ojos y respiró hondo varias veces.

—¡Joder, Till! ¿Por qué lo has hecho? ¿Por qué no has dejado que las cosas siguiesen su curso?

Fue al abrocharse los pantalones cuando se dio cuenta de que le temblaban las manos. Hacía años que no le embargaba una furia de aquella magnitud. Tenía que serenarse y tratar de encontrar una solución al problema. De nada servía perder los nervios. De nada.

A veces envidiaba la sangre fría de Jan.

Su hermano le estaba esperando en el mismo sitio donde le había dejado. Acababa de colgar el teléfono.

—Acabo de hablar con Bajram.

—¿Con Bajram? —se alarmó Cas—. ¿Para qué?

—Para que me dé el teléfono del mayor de los Albescu —repuso Jan haciendo un gesto tranquilizador con la mano.

—¿Te ha preguntado para qué lo querías?

—Sí. Pero le he dicho que no era asunto suyo —manifestó Jan con gravedad—. Se ha reído. Supongo que ya sabe lo que ha sucedido.

—¿Tienes el número? —inquirió Cas, bufando de impotencia. No le sorprendía que toda esa gentuza de los bajos fondos supiese lo que había hecho Till. Con seguridad ellos habrían sido los últimos en enterarse.

—Sí, voy a llamarle.

—Hazlo.

Jan marcó el número y se llevó el móvil a la oreja. Clavó los ojos sobre el rostro de Cas con una expresión seria.

—¿Viorel?

—...

—Sí, soy Jan Landvik.

—...

Cas se mantenía en silencio, observando las facciones de su hermano.

—¿De cuánto tiempo disponemos? —La tensión se reflejó en sus palabras.

—...

—Va a resultar difícil conseguir tanto en tan poco tiempo... —comenzó, pero la voz al otro lado de la línea le interrumpió.

—...

—Está bien. Estamos en contacto.

Cas arqueó las cejas esperando a que su hermano colgase y le mirase. La conversación no parecía haber ido muy bien.

—Tenemos cinco días —dijo Jan finalmente, guardándose el móvil en el bolsillo trasero de los pantalones. Su expresión era sombría.

—¡Cinco días! ¡Pero eso es el sábado! ¿Cómo cojones vamos a conseguir ciento ochenta mil euros de aquí al sábado? —estalló Cas. De pronto, todas sus intenciones de mantenerse sereno y en calma se desvanecieron. La cólera se apoderó de él. Con un gruñido casi salvaje agarró el borde de la mesa donde se apilaban los diseños y dibujos, y a pesar de su enorme peso la levantó en el aire y la volcó, como si no pesase más que una simple pluma. Las hojas de papel salieron volando en todas direcciones.

Jan no dijo nada, ni siquiera intentó calmarle. Se hallaba sumido en sus propios pensamientos con la mirada perdida.

Cas contempló el desorden que su arranque de ira había causado. Respiraba con dificultad, no debido al esfuerzo, sino a la profunda rabia que sentía.

—¿Podemos localizar a Till de alguna manera? —terminó por preguntar.

—No. No ha querido decirme dónde está. Dice que nos llamará —replicó Jan, aclarándose la garganta.

—¡Será gilipollas! —masculló Cas—. Primero la caga y luego se esconde.

—Supongo que en el fondo está acojonado.

—¡Y tiene que estarlo! ¡Joder! En menudo lío nos ha metido a todos.

El móvil de Jan comenzó a sonar. Este lo sacó del bolsillo y miró la pantalla.

—Es mamá.

Cas profirió una maldición.

—Dile que vamos para allá. Que tenemos que hablar con ella. Que nos espere en casa.

Jan asintió antes de descolgar.

Cas se dirigió a su oficina a coger las llaves de la moto. Tenía tal confusión de ideas en la cabeza que le costó pensar dónde las había dejado. Después de buscarlas durante unos minutos, se dio cuenta de que las llevaba en el bolsillo de los vaqueros.

Dejó escapar un gemido frustrado. El día había resultado ser un absoluto desastre, primero lo de Tony, ahora lo de Till; solo deseaba llegar a casa y poder hablar con Elisa.

Oír su voz, ver su rostro...

Elisa.

Capítulo Treinta y Tres

La conversación con Cas estaba resultando de lo más extraña. No parecía ser el mismo hombre de otras veces. Un tinte de desesperación teñía su voz, pero por más que ella le había preguntado qué le sucedía, él se había limitado a decirle que tenía algún problemilla en el trabajo.

Eli no le creía. La preocupada actitud de él no cuadraba con que solo se tratase de eso. Parecía disperso, distraído..., incluso su sonrisa era forzada.

Pero ¿quién era ella para cuestionarle? ¿Acaso no le estaba ocultando lo de su «compromiso» con Lalo?

La cena había sido un horror. Todas esas horas fingiendo interesarse por lo que él le relataba de su estancia en Dubai, mientras intentaba encontrar alguna manera de escapar de la situación en la que la encerrona de Lalo la había colocado, la habían dejado agotada. Como ya había sospechado, el magnífico sushi con el que tanto disfrutaba, le había sabido a serrín, y el fabuloso y caro champán le había resultado del todo desagradable. No deseaba beber más de la cuenta y nublarse el sentido. El shock de la pedida de mano ya la había emborrachado lo suficiente.

El trayecto de regreso a casa había transcurrido en silencio. Lalo, gracias a Dios, había respetado que ella no deseara hablar. Parecía haberse sentido bastante satisfecho mirando su mano con el anillo brillando en su dedo anular.

Eli había suspirado de alivio cuando se habían despedido en la puerta de casa. Se había limitado a besarla en la mejilla y a desearle buenas noches, prometiendo llamarla al día siguiente. Ella había asentido sin demasiado entusiasmo. Solo quería que la noche acabase...

Lo primero que había hecho nada más entrar por la puerta de su apartamento, además de acariciar a Pipi, había sido quitarse el anillo y dejarlo sobre la mesa del salón. El simple hecho de hacerlo la había aliviado una barbaridad.

Después se había dirigido al dormitorio, y había sacado el vestido rojo del armario. Se lo había puesto y se había mirado al espejo con atención. Se sentía un poco bipolar, como si dos mujeres diferentes habitasen dentro de ella. Una había cenado con Lalo en el *Kabuki* y se había «comprometido» con él. La otra estaba allí, en ese instante y se había vestido de rojo para complacer a Cas.

Se había ahuecado el pelo con las manos antes de apresurarse en encender el portátil. Ya había pasado la medianoche, pero Cas había insistido en que le llamase, fuese la hora que fuera, y ciertamente ella se moría por escuchar su voz. Con el corazón palpitándole con fuerza se había

conectado al Skype y le había llamado.

Desde el primer momento había sido consciente de que algo no marchaba bien. Cas parecía agotado y aunque se esforzase por ocultarlo, las profundas arrugas de preocupación que rodeaban sus ojos eran muy evidentes.

—Y dime, *Prinzessin*, ¿cuándo vienes? —susurró él en ese momento. Aparentaba estar más triste que de costumbre y su voz sonaba tensa.

—¿A verte? —inquirió ella, sorprendida de que él le hiciese una pregunta tan directa.

—¿No se casa tu amiga aquí? —Él arqueó las cejas.

—Eh... sí, sí, claro. —Eso era lo que había querido decir..., no que fuese a verle a él.

—¿Y?

—Voy el viernes —contestó. Se mordisqueó el labio inferior con nerviosismo al pensar que Lalo también iba a acudir.

—¿Estás bien, Elisa? —Él se acercó más a la pantalla. La miraba con atención como si quisiese escudriñar los secretos de su mente. Se puso nerviosa.

—Sí. Sí.

—No lo parece.

—Estoy un poco cansada, eso es todo —mintió.

Él la miró con suspicacia. Parecía saber en todo momento qué era lo que ella estaba pensando. ¿Cómo era posible que un hombre al que apenas había visto media docena de veces la conociese tan bien?

—No me dices toda la verdad —insistió él con los ojos entrecerrados.

De pronto, se sintió demasiado presionada.

«Demasiado para una sola noche. Dos hombres y ambos intentando hurgar en mi mente».

—Tú a mí tampoco —reaccionó a la defensiva, contestando con rudeza.

Él arqueó una ceja, sorprendido por su tono. Se alejó de la cámara y se recostó contra el respaldo del sofá donde estaba sentado.

—Quizá sea mejor que nos despedamos por esta noche —repuso con frialdad, al cabo de unos segundos de incómodo silencio.

Ella sintió un pinchazo en el pecho. ¡No! No quería que la conversación terminase así!

—¡Espera! —exclamó al ver que él hacía un gesto con la mano, como si fuese a cortar la comunicación—. No te vayas... Lo... lo siento... —murmuró—. Hoy he tenido un día complicado. No es culpa tuya —terminó, suspirando. Clavó los ojos en el portátil e intentó comunicarle con la mirada lo que no se atrevía a decirle con palabras. *No me dejes sola. Te necesito.*

Él tardó unos instantes en reaccionar. La miró con fijeza por espacio de varios segundos con una indescifrable expresión en el rostro. Finalmente volvió a acercarse a la cámara.

—¿Quieres hablar de ello? —preguntó en voz baja.

—No —respondió ella en un susurro.

—Está bien —repuso él—. No hablemos de ello. —Hizo una pausa—. Yo tampoco he tenido un buen día hoy.

—¿Quieres hablar de ello?

—No.

Eli asintió con lentitud. Le hubiese gustado que él le contase cuáles eran sus problemas, pero respetaba que no quisiese hacerlo. Sintió cómo se le encogía el corazón al ver su preocupado semblante. Tuvo que reprimir el absurdo impulso de levantar la mano y acariciarle el ceño.

—Estás espectacular. —Las palabras de él la sacaron de su melancólica contemplación—. Ese vestido es perfecto.

Eli se sonrojó.

—Me alegro de que te lo hayas puesto y me hayas llamado. —Pareció que él iba a añadir algo más pero no lo hizo. La contempló pensativo.

—Yo también me alegro de haberte llamado —musitó ella, apenas sin voz.

No sabía qué le sucedía esa noche. Las otras ocasiones en las que había hablado con Cas no habían sido así. Siempre había habido tensión sexual en el ambiente, palabras y gestos de doble sentido... Pero esa vez estaba siendo diferente. El aire semejaba estar cargado de otro tipo de sentimientos... No había tensión sexual..., era otra cosa.

—Así que el viernes —carraspeó él sin apartar la mirada—. ¿Dónde te vas a alojar? ¿En el mismo chalet?

—No, no. Tenemos habitaciones reservadas en *El Palacio del Morisco*, es allí donde va a

celebrarse la boda.

Eli bajó la mirada. Le resultaba difícil hablar de la boda de Alba sabiendo que Lalo iba a ser su acompañante. Gracias a Dios iba a compartir una suite con Tana y Sandra, así lo habían decidido, y no con él.

Cas se había quedado absorto, como si algo le rondase por la cabeza. Se llevó la mano a la barbilla y comenzó a acariciársela. Aunque tenía la vista fija en la pantalla de su ordenador Eli dudó de que realmente la estuviese viendo.

Al cabo de un rato, pareció haberse recuperado del extraño lapsus de atención y la observó con más atención que nunca antes, o al menos eso pensó ella.

El silencio volvió a reinar entre ellos, mientras se miraban. Cualquier banalidad que hubiese podido flotar en el ambiente se había esfumado, dando paso a una grave y potente intensidad. Transcurrieron varios segundos sin que ninguno dijese nada. Eli sintió su corazón latiendo de manera desacompañada y su respiración acelerándose.

¿Qué era lo que estaba sucediendo?

—Quiero volver a verte. —Cas rompió el silencio, al fin. Su voz, un mero susurro.

Ella sintió cómo se le erizaban los pelos de la nuca y se le cerraba la garganta. Sus palabras tenían un ligero toque de desesperación que nunca había escuchado en él. Notó cómo le temblaban los labios, ¿de la emoción contenida? No lo sabía, pero se llevó la mano a la boca como para detener esa estúpida agitación que parecía haber tomado posesión de ella. También su mano temblaba, se percató perpleja.

«¿Qué me pasa? ¿Por qué reacciono así?»

«Lo sabes perfectamente», le dijo una voz dentro de ella. «Te estás enamorando. Reconócelo. Ese hombre que tienes frente a ti, con toda su crudeza y su forma de ser tan diferente a la tuya te ha conquistado».

—Voy a desconectar, Elisa. Estoy agotado.

Cas se pasó la mano por el pelo y suspiró. Parecía decepcionado.

«¡Dile algo! ¡Reacciona!»

—¡Cas!

Él la miró con los ojos entornados. Incluso a través de la lente de la cámara, su expresión era dubitativa.

—Yo también quiero verte —musitó ella con la voz entrecortada.

* * *

Cas cerró el portátil y se recostó contra el respaldo del sofá. Miró al techo y pensó en las últimas palabras que le había dicho Elisa antes de despedirse.

Yo también quiero verte.

No habían sido las palabras en sí, sino el tono, la forma de decirlas, cómo le habían temblado los labios al pronunciarlas...

Sintió una pesadez enorme en el pecho.

Giró la cabeza y miró a Eli que le observaba con aburrimento desde su lugar preferido en el rincón del salón.

—Joder, Eli... Creo que me estoy enamorando...

Capítulo Treinta y Cuatro

Eli cerró los ojos y se mordió la lengua. Llevaban solo diez minutos en casa de sus padres y ya había deseado en más de cuatro ocasiones que la tierra se la tragase.

Tal y como había sospechado la noche anterior, la escenita del compromiso en un restaurante público parecía haber sido orquestada por su madre y Lalo en connivencia. Tanta mirada cómplice entre ellos no era mera casualidad.

Había recibido una llamada de su madre a primera hora de la mañana, dándole la enhorabuena. Había enterrado la cara en la almohada ahogando un gemido de desesperación y ni siquiera se había cuestionado cómo era posible que ya estuviese enterada. La respuesta era clara: Lalo. Había soportado en silencio y con estoicismo las felicitaciones de su progenitora y no había podido negarse a aceptar su invitación a comer.

Y allí estaban, la feliz pareja sentada en el sofá del salón de la casa de sus padres, mientras Carmen de Luis los observaba con satisfacción desde el sillón de alto respaldo de enfrente. Su padre y su hermano no estaban, gracias a Dios.

—¿Habéis decidido ya la fecha? —preguntó su madre en esos instantes, llevándose la copa de vino a los labios. Había abierto una botella de un *Domaine de la Romanée-Conti* carísimo que había estado reservando para una ocasión especial. Eli ni siquiera lo había probado. Su copa permanecía intacta sobre la mesa.

—En cuanto acabe el proyecto de Dubai —contestó Lalo a su lado, al tiempo que se aproximaba más a ella y le apoyaba la mano en la rodilla. Eli sintió cómo se le revolvía el estómago. ¿Iba en serio? ¿Así? ¿Sin consultarle ni haberlo hablado con ella?

—Todavía no lo hemos hablado —repuso con voz firme, poniéndose de pie para huir de su cercanía. Llevaba una falda azul no muy larga y la ausencia de medias había propiciado que el contacto fuese demasiado para ella. Su mano no era áspera, era suave. No era la mano adecuada, decidió.

Vio cómo su madre fruncía el ceño y la miraba con reprobación. En cualquier otro momento hubiese dado marcha atrás, intentando aplacarla, pero no en esa ocasión. Lo que estaba en juego era su futuro y no pensaba dejarse influir por nadie, aunque su pasividad quizá diese muestra de lo contrario.

No. No pensaba dejarse manejar. Esta vez no. No.

Pero necesitaba tiempo. Tiempo para dilucidar cuál era la mejor forma de enfocar el tema. No iba a seguir adelante con el compromiso, eso lo tenía muy claro, pero era algo que tenía que

hablar con Lalo a solas. Ellos dos y nadie más.

Ya en el coche de camino a casa de sus padres le había insistido en que llamase al fotógrafo de la noche anterior, para que no publicase las fotos del restaurante hasta que no hubiese hablado con sus amigas y su familia, no quería quitarle el protagonismo a Alba justo unos días antes de su boda. Era una maniobra dilatoria, cierto, pero la confusión que tenía en la cabeza no le había dejado pensar en nada más inteligente.

Lalo le había asegurado que el reportaje no iba a salir hasta la semana siguiente, y ella había respirado tranquila al saber que por lo menos disponía de algo de tiempo para planear una estrategia.

—Bueno, cariño —dijo él en ese preciso instante—, tampoco me puedes hacer esperar demasiado, ¿no?

Eli se dio la vuelta y le miró con suspicacia. ¿Lalo acababa de decir *cariño*?

—Pues claro que no —respondió su madre dejando la copa sobre la mesita baja de cristal, y poniéndose en pie. Con una sonrisa que no terminó de alcanzar sus ojos, se dirigió hacia donde Eli había huido —el otro extremo del salón— y cogió a su hija del brazo, como si la relación madre-hija que tenían fuese perfecta—. Eli está un poco cansada por todo lo de la boda de Alba, ¿verdad? —Y sin dejarle tiempo para contestar, siguió hablando—. Tiene la cabeza llena de preocupaciones con lo del vestido. Lalo, no se lo tengas en cuenta. La semana que viene seguro que estará más dispuesta a hablar de la fecha.

Eli sintió cómo la sangre hervía en su interior. Estuvo a punto de soltarse del brazo de su madre con brusquedad y de replicarle, pero la voz de su hermano desde la puerta del salón se lo impidió.

—Creo que hay que dar la enhorabuena, ¿no?

Se acercó a ella y a su madre con su eterna y educada sonrisa en el rostro. La cogió por los hombros y le dio un par de tibios besos en las mejillas.

Eli murmuró un *gracias*. Se alegró de que la felicitación, si bien poco efusiva, hubiera servido para apartarla de su madre. Un solo segundo más escuchándola y hubiese estallado.

Su hermano la soltó para acercarse a Lalo, que se había levantado, y estrecharle la mano con vigor. Ambos lucían sonrisas satisfechas, esas sonrisas que solían mostrar los hombres cuando creían que eran más listos que las mujeres que los rodeaban.

—Eli, enhorabuena. —La voz de su padre a su espalda hizo que se sobresaltase—. Ya era hora. —Se acercó a ella sonriendo condescendiente y la abrazó con firmeza. Parecía alegrarse de veras, como si ese matrimonio fuese lo que más deseaba en el mundo.

—Gracias papá —repuso en voz baja aprovechando el momento y enterrando la cabeza en

su cuello. Olía bien. A colonia. Aspiró hondo. El aroma le trajo recuerdos casi olvidados de su niñez. ¿Cuándo había sido la última vez que su padre la había abrazado así?

El abrazo terminó demasiado pronto. Su padre, ajeno a los sentimientos que la inusual muestra de cariño había despertado en ella, se alejó y se acercó a Lalo y a su hijo Poncho. Notorias felicitaciones siguieron.

Eli se sintió melancólica. Nunca jamás podría competir con su hermano Poncho por el afecto de su padre. Pensaba que ya se habría acostumbrado a eso, pero la escena que acababa de tener lugar le recordaba que estaba equivocada, seguía afectándole. Y lo peor de todo era pensar que esa demostración de afecto por parte de él solo venía motivada por su compromiso con Lalo. Ni siquiera cuando había terminado la carrera con unas calificaciones excelentes se había alegrado tanto...

—Espero que cambies de actitud después de la boda, Eli —musitó su madre justo a su lado, sacándola de sus lúgubres pensamientos—. Lalo es el hombre perfecto para ti y si sigues actuando así vas a terminar por hacer que se te escape. No lo estropees. No seas pueril.

—A lo mejor no es lo que quiero para mi futuro, mamá —susurró ella, no sin violencia. Había comenzado a temblar de indignación.

—¿Y qué vas a querer si no? —La voz de su madre resonó con sorpresa y sus facciones presentaron una mueca de incredulidad—. Lalo es lo mejor que te podía pasar, Eli. Con él toda tu vida va a estar más que resuelta y vas a poder vivir como una reina.

Eli respiró hondo antes de volverse a mirar a su madre, que tenía los labios apretados y la mandíbula tensa. Sintió deseos de replicar, de rebelarse, pero ¿para qué? No le iba a servir de nada. Cuando Carmen de Luis tomaba una decisión, nada ni nadie podían hacerle cambiar de opinión.

—Creo que este no es el momento ni el lugar para hablar de eso —dijo, suspirando con resignación.

—Es la primera cosa con sentido que dices desde que has llegado, Eli. Espero que cambies de actitud. No estás actuando con lógica. Me decepcionas.

Eli se mordió la lengua. A veces, en esa casa se sentía como si se encontrase en el interior del libro *Alicia en el país de las maravillas* y todo lo que sucediese a su alrededor fuera irreal. ¿Acaso su madre no se parecía hoy a la malvada reina de corazones, con ese vestido color granate a juego con su pintalabios? Se llevó la mano a la boca para contener la risita histérica que estuvo a punto de brotar de su garganta.

—No te entiendo, Elisa —murmuró su progenitora, mirándola con las cejas arqueadas—. No sé qué puede tener de graciosa esta situación. Te estás comportando como una niña boba. —Y sin más se alejó de ella, acercándose a los hombres, que seguían palmeándose la espalda y

hablando «masculinamente».

Eli recuperó la sobriedad. Su madre tenía razón en una cosa. Se estaba comportando como una niña boba, pero no por reírse histéricamente, no. Por dejar que el «compromiso» siguiese adelante y no haber puesto fin a esa farsa desde el primer momento.

Volvió a preguntarse qué pensaría Cas de todo aquello si se enterara. Después de la extraña conversación que habían mantenido la noche anterior, en la que ambos semejaban haberse expuesto algo más de la cuenta, el que ella le ocultase algo así le parecería una traición, un doble juego, sin duda.

No tuvo oportunidad de pensar mucho más en su rubio tormento; su madre le indicaba con un gesto que la comida ya estaba lista y que debían pasar al comedor.

Eli obedeció.

Capítulo Treinta y Cinco

Cas bajó el cierre de su taller con energía. A pesar de estar agotado física y mentalmente, todavía parecían quedarle fuerzas para eso.

Caótico día. Horrible día.

Él, Jan y su madre se habían pasado toda la mañana en el banco, intentando negociar con el director la mejor forma de hipotecar la casa de su madre. Era la única propiedad que no estaba ya hipotecada. Tanto su negocio como su piso, así como los de Jan, lo estaban. Después de varias horas de inútiles conversaciones, solo habían sacado en claro una cosa: aunque consiguiesen que el banco les diera una hipoteca por la casa en tan corto periodo de tiempo —lo que era del todo imposible—, el importe no les alcanzaría para pagar la deuda. Su madre vivía en un pequeño apartamento de dos dormitorios en segunda línea de playa; ni siquiera tenía vistas.

Ebba Landvik era una mujer muy fuerte e independiente, que siempre se había tomado la vida con pragmatismo. La extraña relación que mantenía con su marido ya daba fe de que no era una persona convencional. Amaba a sus hijos con pasión pero siempre había intentado que no acudiesen a ella buscando solución a sus problemas. Los había criado de tal manera que supiesen desenvolverse por sí solos. Había tenido suerte con Jan y con Cas, pero Till...

No había derramado ni una sola lágrima cuando Jan y Cas habían acudido a ella a contarle la nueva hazaña del pequeño; se había limitado a fruncir el ceño y a sentarse con ellos a intentar encontrar una salida al atolladero. Cas adoraba a su madre y verla reaccionar con ese aplomo hacía que el corazón se le expandiese en el pecho de orgullo. Pero después de aquella mañana, hasta la fortaleza de su madre se había visto comprometida.

Ni siquiera se habían planteado hablar con su padre. A pesar de que era un excelente médico, y eso en Alemania era sinónimo de un sueldo más que aceptable, su carácter filantrópico le llevaba a donar a diferentes organizaciones casi todo lo que ganaba y vivía al día, incluso con estrecheces.

Jamás iban a poder conseguir el dinero a tiempo de un modo legal.

Después de despedirse de su abatida madre, prometiéndole encontrar una solución, se habían ido a trabajar. Jan no tenía tanta prisa, tenía a Tita ocupándose de su negocio, pero Cas estaba solo. Había llamado a la mujer de Tony y esta le había informado de que tenía que ser operado y tendría que estar de baja de cuatro a seis semanas.

Le entraban sudores fríos pensando que tenía cuatro motos esperando a ser restauradas y que estaba solo. Dudaba que pudiese cumplir con los plazos. No le agradaba, pero iba a tener que buscar a alguien que le echase un cable. Y para la tienda también. Till no había vuelto a dar

señales de vida, exceptuando un breve mensaje diciéndoles que se encontraba bien.

Se pasó la mano por la nuca y cerró los ojos. Suspirando, se dirigió a la parte trasera. Allí había una pequeña cocina, donde él y Tony solían tomar café a media mañana. Abrió el frigorífico y sacó una lata de cerveza. Eso era lo que más necesitaba en ese momento: una cerveza bien fría. Eso y unos minutos de reflexión hasta que su hermano cerrase el estudio y se acercase para hablar de Till y del marronazo en el que se habían convertido sus vidas.

Le mandó un wasap.

Te estoy esperando en el taller. Tardas?

Al cabo de solo unos segundos llegó la respuesta.

No. En quince minutos

Cas se sentó en la oscuridad de su oficina y bebió un largo trago de la lata. La fría bebida no solo le calmó la sed, pareció calmarle los nervios también.

«Joder, Till, joder, ¿dónde estás?», se preguntó por enésima vez aquel día. Si por lo menos pudiesen localizarle no estarían tan preocupados. Chasqueó la lengua y sacudió la cabeza.

«Menuda mierda».

De pronto, tenía dos puñeteros frentes abiertos en su vida. El jodido tema de cómo iban a conseguir ciento ochenta mil euros en tres días, y... Elisa.

Elisa.

Volvió a beber otro trago de cerveza, intentando evitar lo inevitable, reconocer que se había enamorado de ella.

«Apenas la conozco».

«Viene de un mundo muy diferente al mío».

«Sé que me oculta cosas».

Daba igual. Por más que todos esos pensamientos le rondasen por la cabeza sabía que estaba tocado.

—Tocado y hundido —murmuró, levantando la lata y brindando consigo mismo, al tiempo que hacía una mueca sarcástica.

Tenía unas ganas terribles de volver a verla, de abrazarla, besarla, oler ese aroma tan de ella... De sentir su cuerpo desnudo contra el de él y escucharle gritar su nombre cuando se corría

dentro de ella... *Gott!* Solo de pensarlo sentía cómo su entrepierna aumentaba de tamaño. ¡Joder!

Y no solo la deseaba sexualmente y eso era lo más frustrante... Había algo más. No solo quería tocarla, besarla, poseerla. No... Tenía la necesidad de abrazarla y hacer que se sintiese segura, de protegerla, de cuidarla..., de borrar sus preocupaciones, de hacerla sonreír. Quería ser el responsable de que le brillasen los ojos de felicidad...

—Joder, Cas, tío... ¡ya está! Te has convertido en el protagonista de una peli ñoña —gimió, cerrando los ojos y sonriendo con ironía. ¿Quién se lo iba a haber dicho a él hacía solo unas semanas? ¿Quién podía haberse imaginado que se iba a transformar en Hugh Grant?

Soltó una carcajada, burlándose de sí mismo.

«Solo falta que me presente en su casa en Navidad, con un antiguo radiocasete y le cante villancicos bajo la ventana, mientras le muestro tarjetas donde pone lo mucho que la quiero. ¿No salía eso en una película?»

La sonrisa se le borró de la cara de repente, al recordar lo esquiva que había estado cuándo le había preguntado qué le sucedía. Sabía que le ocultaba algo. Y esperaba que no tuviese que ver con el tal Lalo de los cojones.

«Bueno, tú también le estás ocultando lo de Till», se recordó a sí mismo.

¿Cómo reaccionaría ella si averiguase el lío en el que estaban metidos? *Fæen!* No quería ni pensarlo. Una chica bien como ella, relacionándose con la... mafia... Sacudió la cabeza con rudeza. Elisa no iba a enterarse de nada de eso.

No podía enterarse.

Unos golpes en la entrada le sacaron de su abstracción. Se apresuró a ir al taller y abrió el cierre metálico. Su hermano entró sin decir palabra. Mientras él volvía a echar el cierre, Jan fue a la parte trasera y regresó con unas cuantas latas de cerveza al cabo de unos segundos.

Se instalaron en la oficina. Cas, en su silla giratoria destrozada, y Jan, en una silla de madera a la que dio la vuelta para que el respaldo quedase frente a él.

—He estado pensando —comenzó.

—¿Y? —Cas abrió la segunda cerveza de la noche. Después de echar un largo trago y mirar a su hermano se recostó contra el respaldo—. ¿Has llegado a alguna conclusión? Porque yo le he dado muchas vueltas y no tengo ni idea.

—¿A quién conocemos que pueda disponer de esa cantidad en efectivo? —preguntó Jan mirando la mesa. De pronto parecía incómodo. Cas tuvo la sospecha de que lo que su hermano iba a decir a continuación no le iba a gustar un pelo—. Quizá si hablas con E...

—¡No! ¡Ni lo insinúes! —Se levantó con violencia haciendo que la silla cayese al suelo del impulso. Se había puesto lívido—. Ni se te ocurra decir su nombre, Jan. *Ni se te ocurra* —masculló con la mandíbula apretada y los ojos centelleantes por la cólera.

Jan también se había incorporó. La reacción de su hermano semejaba haberle tomado por sorpresa.

—Eh, Cas, tío, no te pongas así —intentó tranquilizarle. Levantó las manos con un gesto pacificador—. No voy a volver a mencionarlo. No te preocupes.

Cas le contempló en silencio. Los ojos azules de Jan, tan parecidos a los suyos, trataban de transmitirle calma, y la furia ciega que había sentido hacía unos segundos comenzó a disiparse poco a poco. Abrió y cerró los puños con fuerza y respiró hondo.

—Lo siento —dijo al fin, ya más sosegado—. No quiero que ella se entere, Jan. Esta es nuestra mierda y no quiero involucrarla.

—No me des explicaciones tío, lo entiendo —repuso el otro, volviendo a sentarse.

—Si quiero que lo mío con Elisa funcione, no puede saberlo —suspiró Cas, levantando la silla del suelo y tomando asiento. Cogió su lata de cerveza y volvió a dar un par de tragos—. Al menos todavía no.

—¿Vais en serio, entonces? —preguntó Jan.

—Ni idea. No lo sé.

Transcurrieron varios minutos en silencio sin que ninguno de los dos dijese nada. Ambos se hallaban sumidos en sus pensamientos y ninguno parecía ser demasiado agradable, si se tenían en cuenta sus semblantes.

—Solo nos queda una solución —arguyó Jan.

Cas levantó la cabeza y le miró. Sabía lo que su hermano iba a decir. Frunció el ceño.

—Eso es hipotecarnos la vida, lo sabes, ¿no? Mejor dicho, hipotecártela tú.

—Claro que lo sé, pero no tenemos otra opción. ¿Ciento ochenta mil euros en tres días? —se rio con sarcasmo—. Quizá sería mejor que atracásemos un banco, o que organizásemos un secuestro exprés.

Cas se encogió de hombros con cansancio. El humor de su hermano, fuera de lugar, hizo que las comisuras de sus labios se elevasen en una sonrisa.

—No, mucho mejor sería atracar un furgón blindado.

—Sí.

El sonido del móvil de Jan interrumpió la conversación. Lo sacó del bolsillo y miró la pantalla con gravedad.

—Es el número desde el que me ha estado llamando Till.

Cas entornó los ojos. No se preguntaba por qué su hermano pequeño no contactaba con él y prefería hablar con Jan. Lo sabía. Aunque siempre se habían llevado bien, el temperamento calmado de su hermano mayor era más agradable de soportar que el suyo, más irascible.

—Pásamelo. Deja que sea yo el que hable con él —dijo ahora tendiendo la mano.

Jan le miró con escepticismo pero no dudó. Le pasó el móvil, que seguía emitiendo los acordes de esa peculiar música irlandesa que tanto le gustaba y que tan poco iba con él. Cas lo cogió con impaciencia.

—Till, soy yo —respondió a la llamada con voz fría pero calmada.

—...

—Nos has metido en un lío de cojones. —Miró a Jan al decir esto. Después permaneció largo rato en silencio, escuchando—. Claro. Lo hablamos. Si eso es lo que quieres.

—...

—Ok, pero tienes que volver hoy. No puedes seguir escondiéndote, Till, y dejar que seamos nosotros los que resolvamos tu problema. Al menos ten la decencia de dar la cara, joder.

La mirada alarmada de Jan sobre su rostro le hizo darse cuenta de que se estaba exaltando demasiado. Apretó la mandíbula.

—...

—Está bien. Pero mejor lo hablamos en persona.

—...

—Estamos en el taller. Te esperamos aquí.

Colgó y le devolvió el teléfono a su hermano.

—Viene. —Fue una afirmación más que una pregunta.

—Sí. Viene —repuso Cas con la voz cansada. Su hermano había sonado aterrorizado. Tan diferente al Till que él conocía, que hasta incluso tan enojado como estaba, había sentido

conmiseración por él—. Quiere ayudarnos a resolver esto y luego quiere largarse de aquí.

—¿De aquí? ¿De dónde?

—De España. Dice que ha pensado mucho en ello y que quiere irse a vivir con papá a Hamburgo, que allí no estará rodeado por esa gente y que le resultará más fácil pasar página.

Jan asintió lentamente. Tenía sentido.

—¿Tú qué opinas?

—Que quizá sea lo mejor —respondió Cas, levantándose y mirando hacia el taller, que estaba sumido en la oscuridad—. Quizá el volver a Alemania y relacionarse con otro tipo de personas le sirva para escarmentar y sentar la cabeza. No sé.

Jan se inclinó sobre la mesa y cogió otra lata de cerveza. Le ofreció una a Cas con un gesto, pero este negó con la cabeza. Ya se había tomado un par; más que suficiente, decidió.

—¿Esperamos a Till o llamamos ya? —preguntó.

Jan vaciló. Volvió a sacarse el móvil del bolsillo y lo miró indeciso.

—Con quien quiere hablar es conmigo. No necesitamos a Till para nada —dijo en voz baja—. Y a ti tampoco, Cas. Creo que esto es algo que solo voy a poder resolver yo.

Cas asintió con gravedad. Era probable que Jan estuviese en lo cierto. Él, Cas, no tenía nada que ofrecer que pudiese resultarle interesante a un hombre como aquel, Jan por el contrario...

—Estoy aquí y estoy contigo, y somos familia. Lo que sea, será, pero no pienso dejarte negociar solo. ¿Queda claro?

Una carcajada ahogada emergió de los labios del mayor. Sus curtidas facciones parecieron suavizarse por efecto de ello.

—¡Cuánto amor!

—Calla, cabrón, y llama ya.

Y Jan lo hizo.

Buscó entre sus contactos del móvil. En la B, la B de Bajram.

Capítulo Treinta y Seis

Eli volvió a mirar la hora. Era la una de la mañana y Cas no la había llamado. Se mordisqueó el labio inferior con ansiedad. ¿Y si le había pasado algo? Consultó el wasap. La última vez que había estado activo había sido hacía horas.

Nerviosa, cogió el mando de la tele y la encendió. A aquellas horas de la noche lo único decente que pudo encontrar fue una repetición de un capítulo de *CSI Miami*. Se entretuvo un rato observando a Horatio y su peculiar forma de hablar y moverse. Ese capítulo ya lo había visto, las escenas le resultaban familiares..., aun así no cambió de canal. Trató de concentrarse en los diálogos y en la trama, pero al cabo de diez minutos dejó de intentar engañarse a sí misma. No podía ver la televisión cuando lo único que le rondaba por la cabeza era Cas.

«¿Por qué no le llamas? Siempre estás esperando a que te llame él. Toda tu vida te la pasas esperando a que alguien decida por ti. ¡Haz algo! ¡Toma la iniciativa!». Su voz interior, cada vez más persistente y decidida, la empujaba desde el subconsciente.

Tomó el móvil que había dejado a su lado en el sofá y con determinación buscó entre las últimas llamadas. Pulsó sobre su nombre.

El teléfono móvil al que llama está apagado o fuera de cobertura. Deje su mensaje después de oír la señal.

Colgó con la mirada perdida, clavada en los vívidos colores de Miami representados en la pantalla. Se habría quedado sin batería, especuló. Sí, eso sería lo que había sucedido... y aun así eso no terminaba de explicar por qué no la había llamado aquella noche. ¿Estaría enfadado?

«No. No puede ser. Anoche cuando nos despedimos todo estaba bien», recordó.

Un horrible pensamiento acudió a su cabeza. ¿Y si se había enterado de lo de su compromiso con Lalo? ¿Era posible?

No, no lo era. Si él lo supiese, más gente lo sabría y la habrían llamado... Era imposible. Además, Lalo le había prometido que iba a retrasar lo del reportaje hasta después de la boda de Alba... No, no era eso.

Quizá su silencio tenía algo que ver con los problemas que estaba teniendo y que no deseaba contarle. Aunque le había dicho que no eran demasiado serios y que estaban relacionados con el trabajo, Eli no lo creía. Un instinto le decía que todo apuntaba a Till. Desde la noche de la fatídica llamada de teléfono, algo había cambiado con el hermano pequeño, algo de lo que Cas no quería hablar.

Se recogió el pelo con las manos formando una irregular coleta en lo alto de su cabeza que sujetó con la goma del pelo que llevaba en la muñeca. Después subió los pies al sofá y se acomodó en él. Le encantaba esa postura. Hizo una mueca de desagrado al pensar en lo que diría su madre si la viese así, con un pantalón de pijama y una camiseta de tirantes, con el pelo desarreglado y sentada de aquella manera. Para Carmen de Luis no existían los momentos de relax. Incluso en la intimidad y la soledad de su casa estaba impecable. Siempre.

¡Qué día más horrible! La comida con su familia se había convertido en un suplicio, intentando esquivar las preguntas de su madre y fingiendo un agrado que no sentía. Lalo, gracias a Dios, había sido un encanto, tenía que reconocerlo. Después de haberse percatado de que ella no deseaba ser presionada con el tema de la fecha, se había limitado a cederle su espacio y a no insistir más. Hasta la había rescatado de los insidiosos comentarios de su madre. Se había comportado como un verdadero amigo.

Había hablado con Tana de ello esa misma tarde, después de que él la hubiese llevado a casa, y esta había encontrado segundas intenciones en su conducta. Lo cierto era que desde que le había contado lo del falso compromiso, estaba bastante molesta con ella y furiosa con Lalo.

—Ten por seguro que está tramando algo, Eli. No es normal que esté actuando así. Primero lo del compromiso, con anillo incluido, en un restaurante... Y luego lo de tratarte con guantes de terciopelo, como si le importases algo... No me cuadra —le había dicho.

—Pero ¿qué puede tramar? Tampoco estamos en una novela del siglo dieciocho donde mis parientes me pueden obligar a casarme con él... Soy una persona adulta capaz de tomar mis propias decisiones —había insistido ella.

—¿Estás segura? Porque no lo parece —había respondido la otra con sarcasmo—. Vamos, llevas puesto un anillo de compromiso de un hombre con el que no te quieres casar y no te atreves a decírselo a tus padres. ¿Crees que eso es muy maduro y adulto?

Eli había guardado silencio unos segundos. Claro que Tana tenía razón. Su actitud no parecía demasiado madura, cierto. Pero solo necesitaba tiempo... para planear cuál era la mejor manera de decírselo a su madre y a Lalo.

—Sabes que no voy a seguir adelante con este compromiso —había dicho finalmente—. Es solo que...

—Es solo que nada —la había interrumpido Tana con el enfado latente en sus palabras—. Si Cas llega a enterarse...

—¡No! ¡No puede enterarse! Pensará que soy una niña tonta.

—Es que lo eres. Por lo menos te comportas como tal, y sabes que te lo digo desde el cariño, Eli. —De pronto el tono de su voz se había suavizado como si se hubiese dado cuenta de que había sido demasiado dura—. Tanto yo, como Sandra y Alba, solo queremos lo mejor

para ti, Eli, y Lalo no lo es. Y esa relación enfermiza que tienes con tu madre, tampoco... —Había hecho una pausa—. Cuando hablas de Cas pareces otra, más feliz y más libre de lo que has sido nunca en tu vida. Parece el hombre ideal, ¿no crees?

—Es el hombre ideal —había murmurado Eli—. El problema es que quizá yo no sea la mujer adecuada.

—¡No digas eso! —había protestado Tana—. Tú eres perfecta, cuando no dejas que tu familia te maneje. Haz el favor de espabilarte y lanzarte a por Cas. Hasta un ciego puede ver que estáis hechos el uno para el otro.

—Quizá tengas razón —había murmurado con vacilación—. Sé que hay algo especial entre nosotros. Lo siento, y sé que él también. —Había suspirado antes de cambiar de tema—. Tengo que acabar con esta farsa cuanto antes y decírselo a Lalo. No puedo seguir así, pero voy a esperar hasta después de la boda.

—No tardes mucho en decidirte. Esta situación te puede estallar en la cara.

Después de aquellas palabras la conversación había girado en torno a la boda y al viaje de novios que Alba y Jaime planeaban hacer a Australia. Habían hablado también del vestido que Eli iba a llevar y que por fin ya tenía en su poder, y de otras nimiedades sin importancia.

La canción *Won't Get Fooled Again* de The Who, señal de que un nuevo capítulo de *CSI Miami* estaba comenzando, la sacó de sus cavilaciones. Volvió a mirar el reloj y se dio cuenta de que ya eran las dos de la mañana. Demasiado tarde para esperar una llamada de Cas. Se levantó y apagó la televisión. Pipi, que había estado durmiendo en un rincón junto a la puerta, al ver que ella se marchaba a la cama, se incorporó y procedió a estirarse. La siguió hasta el dormitorio, con aspecto somnoliento.

Acababa de apagar la luz del pasillo, cuando el móvil que llevaba en la mano, vibró. Lo desbloqueó con ansiedad y leyó el wasap que acababa de recibir.

Buenas noches, Prinzessin. Acabo de ver tu llamada. Me había quedado sin batería. No he podido llamarte hoy, estaba con Jan y Till solucionando cosas

Otra vibración y un segundo wasap, esta vez de voz. El corazón le dio un vuelco. Pulsó sobre el símbolo de play. La profunda y ronca voz de Cas llenó toda la vivienda.

Veo que estás en línea, Prinzessin. He estado todo el día pensando en ti. ¿Tú también en mí?

Eli se llevó la mano a la boca presa de una emoción incontenible. ¡Oh Cas! Iba a contestarle cuando una vibración la sobresaltó. Otro mensaje de voz.

Te echo de menos. Me gustaría que estuvieses aquí.

La voz de él parecía triste, cansada, preocupada... y Eli sintió cómo se le llenaban los ojos de lágrimas. Ni siquiera se cuestionó por qué no la llamaba directamente y se limitaba a comunicarse de aquella manera... Quizá era lo que él necesitaba en esos momentos... Vaciló antes de pulsar el símbolo del micrófono y grabar ella misma un mensaje.

Yo también he pensado en ti. Parece que no puedo pensar en otra cosa. Y también te echo de menos.

Hizo una pausa y después de pensar unos instantes, asintió con determinación y volvió a grabar otro mensaje.

Estoy loca por ti, Cas.

No tuvo que esperar mucho. En solo un segundo recibió la respuesta.

Y yo por ti, Elisa.

Capítulo Treinta y Siete

A esa hora de la mañana el *Capricho* estaba cerrado, pero Jan y Cas no dudaron en llamar a la puerta. No tardaron en obtener acceso al local. Bajram los estaba esperando.

El sitio tenía un aspecto miserable por el día. Si bien por la noche, la oscuridad y las luces algo tenues disimulaban los desconchones de las paredes y las manchas del suelo, la luz diurna presentaba inexorable su decadente abandono. Un camarero delgado, con cara de no haberse acostado todavía y un exterior destartado, parecido al del bar, los saludó desde la barra. Con un gesto les indicó que Bajram estaba al fondo.

El albano-kosovar se encontraba sentado en la misma mesa que la vez anterior. También parecía llevar un traje similar. Su aspecto anodino era el mismo de entonces.

No se levantó cuando los vio acercarse, pero les dedicó una sonrisa agradable. «Demasiado agradable», pensó Cas con suspicacia.

—Los hermanos Landvik. Qué pena que tengamos que vernos en estas trágicas circunstancias. —Su voz aparentaba reflejar verdadero pesar. Los invitó a sentarse.

Cas lo hizo a su derecha, mientras que Jan lo hacía enfrente. Ninguno de los dos dijo nada, aunque ambos se mantenían alerta. Cas sabía que su presencia era un mero formalismo y que el verdadero protagonista de aquella reunión era su hermano. Lo habían tenido claro desde el primer momento, y más todavía después de la llamada telefónica de hacía tres noches.

Bajram quería a Jan. Ahora solo había que negociar los términos.

—Creo que lo mejor será que vayamos al grano —comenzó Jan.

—Bueno, bueno, ¿no queréis beber algo antes? —preguntó Bajram.

Jan hizo un gesto negativo con la cabeza, que Cas secundó. Cuanto antes acabasen con todo eso, mucho mejor.

Bajram suspiró, resignado.

—Veo que tenéis prisa. En fin, esperaba que pudiésemos disfrutar de una charla entretenida antes de entrar en detalles, pero bien... —De pronto el tono de su voz se volvió cortante como la hoja de un afilado cuchillo—. Son ciento ochenta mil euros los que necesitáis de un día para otro. Es mucho dinero. Pero si llegamos a un buen acuerdo, lo podéis tener mañana.

Cas soltó el aire que había estado conteniendo sin ser consciente de ello. El día siguiente

era sábado, justo cuando acababa el plazo que les había dado Viorel.

—¿Las condiciones? —preguntó Jan sin despegar la mirada de la cara del albano-kosovar, que parecía muy satisfecho.

—Supongo que habréis oído decir que tengo una especie de negocio paralelo a mis locales de copas... Digamos que no es del dominio público —continuó con los ojos entornados—, pero dado que vuestro hermano ha trabajado para mí y ha visto ciertas cosas, doy por hecho que lo sabéis.

—Algo hemos oído —murmuró Cas sin querer comprometerse. Jan guardó silencio.

Bajram asintió. Su mirada iba de un hermano a otro. Finalmente se detuvo sobre el adusto rostro de Jan.

—Los fines de semana organizo... «competiciones» en un almacén que tengo cerca del puerto. No es nada especial, pero me reporta un dinero... Son peleas no profesionales, nada del otro mundo... —El brillo de sus ojos al hablar de su otro negocio desmentía la falta de interés que parecían destilar sus palabras—. Jan, siendo tú un antiguo campeón de MMA, me vendría muy bien que participases en algún que otro torneo. Si ganas podemos dividir las ganancias. Como ves es algo positivo para ambos —sonrió.

—¿Y si pierdo? —inquirió Jan con brusquedad.

Hubo un silencio muy significativo. Cas miró a su hermano de reojo, pero la ausencia de expresión en su semblante no le dio ninguna pista sobre cómo se sentía. Bajram, por el contrario, presentaba una sonrisa de asquerosa autocomplacencia.

—¿Durante cuánto tiempo tengo que pelear para ti?

—Ciento ochenta mil euros es mucho dinero... —Se rascó la barbilla como si de verdad no supiese qué responder, cuando realmente todos los allí presentes tenían claro que ya había decidido lo que iba a pedir—. No menos de dos años.

Cas apretó la mandíbula, presa de la indignación. ¿Dos años? ¿Dos años de la vida de su hermano regalados a ese hombre?

—Un año y vamos al setenta treinta —repuso Jan con frialdad. Aparentaba una calma que Cas admiró—. Si pierdo algún combate prolongamos a dos años hasta que recuperes lo perdido.

Bajram arqueó las cejas sorprendido.

—Puedes ganar mucho más de los ciento ochenta mil euros en esas condiciones y lo sabes, Bajram —intervino Cas en ese instante. Si los rumores eran ciertos, en las noches de combate se intercambiaban desorbitadas cantidades de dinero.

Bajram centró su atención en él. Le miró de arriba abajo con interés.

—¿Y tú? ¿Tú no quieres pelear para mí también?

—¡No! —exclamó Jan, dando un ligero golpe en la mesa y atrayendo la atención hacia su persona—. Esto es conmigo. Deja fuera a mis hermanos. Ni Cas ni Till. Solo yo voy a hacer este trato contigo.

Cas no intentó protestar. Sabía que aunque entrenaba casi todas las semanas con su hermano, no tenía nada que hacer en un ring. Mientras que él peleaba por diversión y para mantenerse en forma, Jan había sido, y seguía siendo, un profesional. Para poder llegar al nivel de su hermano tendría que entrenar durante meses sin descanso y quizá ni aun así consiguiese alcanzar el nivel de los tipos que tomaban parte en esas peleas. Además, las reglas o más bien la falta de ellas, en esos combates clandestinos no eran algo para tomarse a la ligera. No, no estaba preparado y tanto él como su hermano lo sabían.

Bajram asintió. Una sonrisa comprensiva se dibujó en su cara.

—¿Aceptas? —le preguntó Jan, que comenzaba a perder la paciencia.

—Un año al setenta treinta. Y si pierdes prolongamos. —El albano-kosovar extendió la mano.

Jan se la estrechó.

—No perderé —dijo con gravedad. Después se levantó de la silla con lentitud. Cas le imitó—. ¿Todo arreglado entonces?

—Hablaré con Viorel. Yo me encargo de todo —Bajram también se incorporó—. Estamos en contacto. Ha sido un placer hacer negocios con vosotros. Dadle recuerdos a Till. —Sus apenas llamativos ojos castaños resplandecían victoriosos.

Cas y Jan se despidieron con un gesto antes de abandonar el local. No hablaron entre ellos hasta que no alcanzaron el coche de Cas, que habían dejado a un par de calles de distancia.

—Todo solucionado —murmuró Jan dejando caer los hombros. Ahora que por fin se hallaban a solas mostró su abatimiento.

—Joder, Jan, tengo la sensación de que has firmado un pacto con el diablo —masculló Cas, abriendo la puerta del coche y tomando asiento.

—Creo que lo he hecho. —Esas palabras, apenas audibles, no llegaron hasta los oídos de su hermano.

Capítulo Treinta y Ocho

Eli se sentó sobre la cama y contempló cómo Tana y Sandra deshacían el equipaje. Ella acababa de hacerlo. Estaba tan ansiosa por marcharse que se había apresurado a terminar. En contra de su costumbre, ni siquiera había doblado la ropa correctamente, se había limitado a sacarla de la maleta como estaba y a meterla en los cajones sin inspeccionarla. Solo se había preocupado de colgar el vestido que se iba a poner al día siguiente en la boda, con mucho cuidado. Era un Hannibal Laguna de seda muy delicado.

—No sé por qué tengo que esperaros —murmuró, contrariada.

—¿Pues porque lo has prometido? —repuso Sandra mirándola por encima del hombro—. Además, no te puedes ir todavía sin ver a Alba que está a punto de llegar, así que no seas pesada.

Eli se cruzó de brazos y siguió a Tana con la mirada, que tarareaba una pegadiza cancioncilla, mientras colocaba varios pares de sandalias en la parte baja del armario. Sonrió. Era absurdo que alguien necesitase ocho pares de sandalias para un viaje de fin de semana. Aunque... ella misma había traído seis... Su sonrisa se hizo más profunda todavía.

Se levantó y se dirigió al balcón. Se apoyó en la balaustrada y contempló los terrenos que pertenecían al *Palacio del Morisco*, donde iba a tener lugar la boda al día siguiente. Su suite se encontraba en una casita independiente rodeada por jardines exóticos de estilo mudéjar. Se decía que el enorme complejo hotelero había sido construido sobre lo que en otro tiempo fue un palacio morisco, de ahí el nombre. Toda la decoración y ambientación del elegante lugar se basaba en el mundo árabe. Desde la recepción en el edificio adyacente, con los típicos arcos de herradura de ladrillo, los techos de madera taraceada y los suelos de azulejos de vivos colores, hasta la propia suite, con sus paredes de mosaicos geométricos, los cortinajes, las mesas bajas de madera con tableros ajedrezados, la profusión de almohadas sobre las camas y las lámparas de cristal y forja en forma de farol... Todo parecía haber salido de otra época. Hasta los jardines que en ese instante se abrían ante los ojos de Eli, se asemejaban a los de la Alhambra de Granada, con multitud de fuentes y de flores. El sonido del agua de las mencionadas fuentes tenía un efecto casi somnífero, y Eli, quizá por primera vez en horas, se permitió relajarse unos minutos.

Cerró los ojos y disfrutó de la paz. Aspiró con fuerza, y el aroma de los jazmines que crecían a solo unos pocos metros de la casita llegó hasta su nariz. ¡Qué placer! Y que sitio más bello había elegido Alba para celebrar su boda... Era precioso. Se encontraba a solo unos kilómetros del chalet de los padres de Jaime, donde habían estado el mes anterior, y a solo unos pocos kilómetros más de la playa donde vivía Cas...

Cas. Cas. Cas

Se sintió eufórica. ¡Iba a verle en cuestión de poco tiempo! En cuanto Alba, que se alojaba con sus suegros, se pasase a saludarlas, cogería el coche que habían alquilado en el aeropuerto y se iría a buscarle.

¡Apenas si podía contener la emoción!

Durante las últimas conversaciones, le había parecido que él estaba preocupado y que tenía la cabeza en otra parte —en Till, sospechaba—, pero incluso siendo así, él siempre le hablaba con extrema dulzura y le decía que la echaba de menos y que estaba impaciente por verla. Esa misma mañana le había enviado un mensaje increíble, pidiéndole que le avisara en cuanto llegase.

Prinzessin, llámame cuando llegues. No me hagas esperar mucho, estas semanas se me han hecho eternas... sé que suena cursi, joder, pero tengo ganas de tenerte cerca...más cerca de lo que piensas...

Ella había decidido sorprenderle.

Pensaba ir al taller a buscarle. Sí, iba a hacerlo... En su mente se había imaginado el reencuentro como una de esas escenas de película en las que la chica sorprende al chico.

... Se acerca a él por la espalda y le tapa los ojos..., entonces él se da la vuelta y la coge en brazos e intercambian un beso de esos que quitan el aliento...

Se le aceleró el corazón solo de pensar dónde iba a desembocar ese beso y elevó la mirada soñadora al cielo. Estaba viviendo su momento perfecto y no iba a dejar que nada ni nadie lo estropease...

—Por Dios, Eli, desde que estás enamorada tienes cara de mema.

La voz de Tana a su espalda hizo que se sobresaltase. Se llevó las manos a las mejillas intentando ocultar su rubor y su estúpida sonrisa. Imposible.

—Eres muy desagradable, ¿lo sabes? —repuso, volviendo a entrar en la habitación. Tanto Tana como Sandra habían terminado ya con el equipaje.

«Qué suerte que hayamos podido alojarnos las tres en la misma suite», pensó, dejando vagar la mirada por la estancia. Era como un apartamento de dos dormitorios y dos baños al que le faltaba la cocina. Tana y ella iban a compartir un dormitorio y Sandra se había quedado con el otro.

—Supongo que esta noche no dormirás aquí, ¿no? —preguntó Tana, dejándose caer sobre el sofá. Su vestido color esmeralda se le subió hasta medio muslo. No se molestó en colocarlo, al contrario, se quitó las sandalias y subió los pies, cruzándose de piernas.

—Supones bien. —No pudo evitar sonreír.

—¡Qué suerte tienes, Eli! —exclamó Sandra, sentándose al lado de Tana con más recato—. Al final te has llevado a Thor.

Eli soltó una carcajada, algo insegura. Sí, parecía que al final se había llevado a Thor, y si bien todavía no estaba claro de qué manera podía funcionar esa atípica relación, estaba dispuesta a averiguarlo.

—Con lo que has tenido suerte ha sido con lo de Lalo —murmuró Tana sin quitarle la vista de encima. Sus palabras hicieron que Eli frunciese el ceño.

—Sí, es verdad. Si hubiese venido hoy no sé qué excusa podría haberme inventado para no estar aquí.

—Deberías decirle que no quieres seguir adelante con el compromiso, Eli. —Esta vez fue Sandra la que la aleccionó.

Asintió ausente. Iba a hacerlo, claro que sí. Después de la boda. Hablaría con Lalo y le devolvería el anillo.

Había sido una fortuna que Lalo y su hermano Poncho se hubiesen quedado en Madrid debido a un problema de última hora que había surgido en la empresa. No llegarían hasta el día siguiente.

¡No quería pensar en Lalo ahora!

—¿Dónde está Alba? —preguntó impaciente, acercándose al espejo de cuerpo entero del dormitorio y contemplando su reflejo.

—Estará a punto de llegar. Y no te mires otra vez. Estás perfecta —le dijo Sandra.

—¿Sí? ¿De veras?

Se observó con ojo crítico. Había decidido ponerse un vestido blanco de vuelo y unas sandalias a juego. Se había dejado el pelo suelto y apenas llevaba maquillaje. ¿No estaba demasiado arreglada?

—Da igual lo que te pongas. Te lo va a arrancar en cuanto te vea —exclamó Tana con una risa burlona, a la que Sandra se unió. Eli se dio la vuelta y las miró con los ojos entrecerrados. Terminó por romper a reír, secundándolas.

Y así fue como las encontró Alba. Habían dejado la puerta de la casita abierta, por lo que se plantó en medio del salón.

—¡Hello girls! —gritó, llamando su atención.

De pronto, los gritos de las cuatro se mezclaron en una cacofonía de sonidos. Abrazos y

besos se sucedieron. Llevaban sin verse casi un mes.

—¡OMG, Eli! —Alba la cogió por las manos y la observó de arriba abajo—. ¡Estás guapísima! ¡Ese vikingo tuyo te tiene que estar tratando pero que muy bien!

Eli se echó a reír e hizo un gesto vago con la mano.

—La que está guapa eres tú. —La abrazó. Y era cierto. Los ojos azules de Alba refulgían de una manera muy especial y hasta su piel resplandecía.

—Es que mañana me casooooo —canturreó.

Hubo un momento de aplauso generalizado antes de que todas comenzasen a hablar a trompicones. En menos de cinco minutos ya se habían puesto al día. Alba se atropellaba con las palabras; parecía estar muy excitada, y no era para menos si se tenía en cuenta lo que iba a suceder al día siguiente.

—No puedo quedarme mucho tiempo —murmuró, mirándose el reloj de pulsera—. Tengo una ultimísima prueba del vestido. Viene la encargada de la tienda en media hora. Así que no puedo entretenerme más, pero mañana nos vemos, *sweeties*.

Tana elevó los ojos al cielo como siempre hacía.

—No vas a cambiar ni aunque estés casada, ¿verdad? —preguntó con escepticismo.

—*Never, darling, never*. —Y se echó a reír, contagiando a todas.

Después de la partida de Alba, cuya visita apenas si había durado un cuarto de hora, y mientras Tana y Sandra se tiraban en el sofá a ver la tele un rato, Eli se fue al dormitorio a preparar un neceser con diversas cosas esenciales para pasar la noche fuera. No tardó más de diez minutos. Con el corazón casi saliéndosele del pecho se despidió de sus amigas.

—No hagas nada que yo no haría —le gritó Tana justo cuando iba a cerrar la puerta. La risa de Sandra fue lo último que escuchó.

Se montó en el coche que habían alquilado, un BMW 320 GT de color negro, que habían dejado en la plaza de aparcamiento privada que correspondía a la suite. Miró la dirección del taller de Cas en el móvil. La había buscado en Google y la había introducido en el GPS. No estaba muy lejos de su ubicación actual. Según había visto en las imágenes, se encontraba en la carretera que bajaba al pueblo, en una zona de locales y naves comerciales.

Fue al abrocharse el cinturón cuando se dio cuenta de que le temblaban las manos. Estaba fuera de sí, presa de una excitación indescriptible, algo que nunca antes le había pasado.

«Voy a ver a Cas, voy a ver a Cas, voy a ver a Cas», repetía una y otra vez en su cabeza.

No tardó en encontrarse en la carretera, la misma carretera llena de curvas por la que solo hacía un mes habían conducido para ir a cenar al *Crazy Coconut*, la noche que le había conocido. Volvió a revivir el momento no sin vergüenza. Solo de pensar en cómo le había tirado la moto y en su reacción...

Ahora la escena le parecía graciosa, pero en aquel momento se había sentido tan nerviosa. Se le aceleró el pulso al recordar la primera imagen que vio de él, agachado en el suelo junto a su moto, con esa camiseta negra ajustada y esos vaqueros que le marcaban cada músculo de sus piernas... Y cuando se había levantado con su formidable estatura y se había dado la vuelta... Todavía hoy se quedaba sin respiración al recordarlo. ¡Qué hombre! El pelo rubio corto y algo desaliñado, su piel bronceada, la nariz recta, la mandíbula cubierta por esa incipiente barba rubia y esos ojos azules... Se había quedado completamente impactada al verle.

Hasta que había bajado la mirada y había visto sus brazos cubiertos de tatuajes. ¡Había retirado la mano! Había reaccionado como si él tuviese algo contagioso, como si la tinta de sus dibujos le hubiese podido manchar si se aproximaba demasiado. ¡Qué imbécil!

«Aunque, ¿qué se podía esperar de una Álvarez de Luis?», se preguntó no sin ironía. Su madre se había encargado de educarla con esa estrechez de miras.

Gracias a Dios, todavía parecía quedarle algo de cordura y había decidido saltar sobre su propia sombra y darles a ambos una oportunidad.

¡La mejor decisión de su vida!

La voz del GPS le indicó que a dos kilómetros debía salirse a la derecha. Notó cómo le invadía una ola de felicidad. Cualquier pensamiento negativo que hubiese podido surgir en su cabeza se evaporó. Nada de madre, de Lalo, de compromiso... nada de nada...

Solo Cas y ella.

Puso el intermitente, y antes incluso de lo esperado, se encontraba a solo quinientos metros de su destino. Todavía no había anochecido, pero las sombras del atardecer comenzaban a transformar los objetos. La mayoría de las luces de los negocios ya estaban encendidas. Aprovechando que no había mucho tráfico, condujo más despacio y buscó el cartel del taller con los ojos. ¡Sí, allí estaba! *Landvik Motos*, ponía en negro sobre blanco. Y justo frente al portón metálico había un hueco para aparcar. Era como si el destino hubiese decidido que tenían que verse cuanto antes.

Aunque el letrero con el nombre del taller no estaba iluminado, el portón no estaba bajado y había luz en su interior, prueba inequívoca de que había alguien. No podía ser otro que Cas, ya que su mecánico estaba de baja.

Aparcó el coche y se miró en el espejo retrovisor. Sus mejillas estaban sonrojadas debido a la excitación. ¡Tenía tantas ganas de verle!

Con la respiración entrecortada se bajó del vehículo. Se alisó el vestido con las manos temblorosas y con una luminosa sonrisa se dirigió al taller.

* * *

Cas estaba en la parte trasera. Había decidido terminar y marcharse a casa a esperar la llamada de Elisa. No sabía con exactitud a qué hora iba a llegar, pero no podía tardar ya mucho más. Estaba anocheciendo.

Después de la reunión que habían tenido con Bajram esa mañana, se había enfrascado en el trabajo sin siquiera parar a comer, por lo que el gruñido de hambre que surgió de su estómago no le sorprendió.

Se acababa de quitar el mono de trabajo y apenas había tenido tiempo de ponerse los vaqueros, cuando un ruido en la entrada hizo que se le erizasen los cabellos de la nuca. ¿Quién cojones podría ser a esas horas? El taller estaba en penumbra y era evidente que estaba cerrado. Aunque era una zona tranquila y nunca había ocurrido nada por allí, decidió no jugársela y se acercó a la mesa donde tenía varias herramientas. Seleccionó una pesada llave inglesa. Luego, sin hacer ruido alguno con sus pies desnudos salió de la zona donde se había estado cambiando.

Una figura menuda vestida de blanco se recortaba contra la puerta del taller.

—¿Cas? —dijo la figura con la voz titubeante, y él sintió cómo el corazón se le encogía en el pecho.

—¿Elisa?

Apenas fue consciente de que lo había dicho en voz alta. Dejó caer la llave inglesa al suelo y sin preocuparse de que no llevaba zapatos se acercó a ella a gran velocidad. En solo dos segundos la tenía entre sus brazos. La levantó en el aire como el que levanta una pluma y enterró la cara en su cuello aspirando ese aroma que tanto había echado de menos. Se emborrachó con él.

—¡Dios, Elisa! ¡Estás aquí! ¡Estás aquí! —murmuró con voz ronca contra la suave piel de ella. Casi no podía creer que ella estuviese ahí, a su lado, aferrándose a él con una necesidad parecida a la suya.

—Sí, Cas, estoy aquí —logró susurrar ella, cuando se apartó unos centímetros para poder contemplarla.

¡Era tan guapa que dolía mirarla! Llevaba grabado a fuego en su mente ese rostro desde el mismo día que la había conocido. Recorrió con los ojos cada centímetro de él, desde la suave piel de su frente, a su pequeña nariz cubierta de pecas, pasando por sus carnosos labios, que solo parecían estar esperando que él los besase, hasta detenerse en sus expresivos y enormes ojos castaños, que reflejaban todo tipo de emociones, con seguridad, las mismas que los suyos.

—Joder, Elisa, no sabes lo que te he echado de menos.

Y sin más dilación bajó la cabeza y se apoderó de esa boca con la que llevaba soñando semanas.

Ella gimió y correspondió al beso con una pasión tanto o más grande que la suya. Le abrazó con fuerza y enterró las manos en el corto cabello de su nuca casi con desesperación.

Cas no solo la besó. La devoró con su boca, sus labios, su lengua, sus dientes, su aliento... Se sentía poseído por algo que no sabía cómo calificar. Nunca antes se había encontrado en ese estado de febril excitación, como si todo su ser, toda su pasión hubiese estado contenida por un invisible dique que acababa de resquebrajarse, dando paso a una avalancha arrolladora de sentimientos. La propia intensidad de sus acciones le hizo detenerse.

Cerró los ojos y apoyó la frente contra la de ella. Respiraba con dificultad e intentó serenarse. Eli parecía tener el mismo problema, si se tenía en cuenta su respiración entrecortada.

—Me dejas sin aliento, *Prinzessin* —dijo al cabo de unos segundos, algo más calmado. Abrió los ojos y se separó lo justo para poder contemplarla a gusto. La depositó en el suelo con cuidado; durante todo ese tiempo la había tenido en brazos, pegada a él, pero ahora necesitaba las manos para algo más importante. Le tomó la cara con ellas, maravillándose de nuevo de la suavidad de su piel, y fue depositando besos tiernos en su frente, sus mejillas, su nariz, sus párpados y sus labios.

Ella suspiraba, desbordada por las caricias.

—Te estoy manchando —murmuró él contra su boca, al darse cuenta de que el vestido blanco de ella, al contacto con su pecho sudoroso y lleno de grasa acababa de sufrir las consecuencias.

—No me importa —susurró ella pegándose más a él, si es que eso era posible.

Cas sintió cómo una carcajada pugnaba por brotarle del pecho con algo cercano a la felicidad más completa. «Sí, soy como Hugh Grant», fue su último pensamiento coherente cargado de ironía antes de volver a inclinar la cabeza y tomar posesión de los ardientes labios de *su chica*.

Capítulo Treinta y Nueve

Finalmente, después de lo que a Eli le pareció muy poco tiempo, sus bocas se separaron. Al igual que a él le sucedía, ella también se quedaba sin aliento cada vez que le besaba. ¡Bobadas! El simple hecho de mirarle ya la dejaba sin aliento.

El pecho desnudo y húmedo de sudor de él atrajo su mirada. Un pensamiento indecoroso cruzó su mente y se lamió los labios.

—Espero que estés pensando en cómo quitarme los vaqueros y aprovecharte de mí —dijo él con una amplia sonrisa y una ceja arqueada.

—No andas muy desencaminado —repuso en voz baja.

—¡Joder, *Prinzessin*! ¡Qué atrevida te estás volviendo! —casi ronroneó él junto a su oreja—. Me gusta... —Y la mordisqueó en el cuello haciéndola estremecer—. Creo que será mejor que nos vayamos a casa cuanto antes...

Eli se sintió extrañamente reconfortada al escucharle decir «a casa», como si en verdad el apartamento de Cas fuese el hogar de ambos. Cerró los ojos y aspiró su aroma. Suponía que debía disgustarle el olor a sudor que emanaba de él, pero no, era un olor muy masculino, en absoluto desagradable. Era muy... Cas.

—Me alegro de estar aquí —musitó contra su pecho—. Llevo días queriendo hacer esto —confesó, abrazándose a su talle con fuerza. No había sabido cuánto le importaba ese hombre en realidad hasta que no le había visto avanzar hacia ella con el torso descubierto, descalzo y la mirada febril, como si ella fuese la cosa más importante del mundo para él. Su sinceridad y su franqueza a la hora de mostrarle lo que sentía, la desarmaban por completo.

—No tienes ni la menor idea de lo que lo he deseado yo, *Prinzessin* —manifestó él, volviéndola a coger en brazos y haciéndola girar. Una felicidad contagiosa los embargó a ambos y una fácil carcajada brotó de sus gargantas casi al unísono.

—Te he puesto perdida. El vestido ha quedado para la lavadora. —Se detuvo él de pronto, depositándola en el suelo con el ceño fruncido, mirando su blanco y arruinado vestido.

—Bueno, como bien me ha dicho Tana antes de venir... Qué más da el vestido... me lo vas a arrancar.

Él rió.

—Me cae bien tu amiga, es tan... ¿clarividente?

Ella se unió a su risa. ¿Era posible ser más dichosa?

Cas se separó de ella con reticencia. Cogiéndola de la mano la condujo hasta su oficina y la obligó a sentarse en una silla giratoria con pinta de estar a punto de desintegrarse.

—Espérame aquí, mientras termino de vestirme. —Se inclinó y le dio un beso en la punta de la nariz antes de marcharse.

Ella no pudo evitar que su mirada hambrienta le siguiese. Los músculos de su ancha espalda, bajo el extraño y descolorido tatuaje que cubría sus omóplatos, brillaban por el sudor. Se sintió presa de una gran excitación.

Todavía con la respiración entrecortada giró la cabeza y contempló la abigarrada oficina. La pared de la derecha estaba cubierta por una estantería repleta de archivadores y libros. En la de la izquierda había fotos y dibujos de motos, sin marcos, solo sujetos por chinchetas a la pared, y sobre la mesa de madera que se encontraba frente a ella descansaba un ordenador y multitud de papeles en completo desorden.

«¿Cómo puede trabajar con este caos?», se preguntó, meneando la cabeza maravillada. «Yo me volvería loca».

Una foto enmarcada casi enterrada entre los papeles de la mesa llamó su atención. No solía ser curiosa, pero alargó la mano y la cogió para echarle un vistazo. Era una foto de su familia. Estaban los tres hermanos y los que supuso serían sus padres. Parecía haber sido tomada de improviso, ya que ninguno miraba a la cámara. La madre, una guapa rubia de mediana edad, de complexión delgada y ojos azules como los de sus hijos, estaba sentada en un sillón con un vaso en la mano mirando al hombre que se sentaba junto a ella, en el reposabrazos del sillón —debía ser el padre—, aventuró Eli. Era también alto y delgado, y aunque se le notaba la edad en el rostro, tenía una formidable mata de pelo rubio parecido al de Till. Los tres hijos estaban al fondo de la fotografía, Jan y Till mirándose, mientras hablaban, y Cas algo apartado, contemplando a sus hermanos con su sonrisa más atractiva.

Una ola de envidia sana la invadió. Esa sí que era, o al menos semejaba ser una familia feliz. No como la suya. Los Álvarez de Luis no tenían ni una sola foto que no hubiese sido planeada al milímetro y en la que no hubiera habido un fotógrafo profesional, un peluquero o un maquillador de por medio. Ni una.

Con el dedo índice acarició la figura de Cas. No era sorprendente que habiéndose criado con tanto amor le resultase tan fácil exteriorizar sus sentimientos... Era tan seguro de sí mismo... No se contenía, no ponía freno a sus emociones... Ojalá ella pudiese ser más como él y menos como ella misma.

—¿Prinzessin? —La voz desde la puerta hizo que levantase la cabeza—. ¿Estás bien?

Eli dejó la fotografía encima de la mesa con precipitación y se levantó con una expresión de

culpabilidad en el rostro.

—No pretendía curiosear. Ya sé que no tengo derecho a... —comenzó, pero él no la dejó continuar. Se acercó a ella de dos zancadas y la cogió de la mano atrayéndola hacia sí.

—Creo que no lo has entendido, Elisa —dijo con mucha seriedad, clavando la mirada en sus ojos—. No has entendido nada.

—¿Cómo? No sé a qué te refieres... —balbuceó, confusa.

—Tienes todo el derecho del mundo, Elisa. *Todo*. —La sujetó por las mejillas con suavidad—. ¿Lo entiendes ahora? Nunca más vuelvas a pedirme permiso o a disculparte por estar en mi vida. Estás y punto. —Y la besó.

Eli soltó un gemido ahogado que fue a morir a la boca de él. ¿Cómo era posible que ese hombre fuese tan... perfecto?

El beso no duró demasiado, pero su intensidad sí. Cuando se separaron a Eli todavía le temblaban las piernas.

—Vámonos —dijo él, cogiéndola de la mano—. Tengo un hambre de lobo. ¿Cogemos algo por ahí y cenamos en casa?

Ella asintió. Aparte de desear estar a solas con él, el lamentable estado en el que se encontraba su vestido le aconsejó que lo mejor sería no hacer ninguna aparición pública.

Dejaron la moto de Cas en el taller y fueron en el BMW a su apartamento. Él no insistió en conducir, dejó que fuese ella la que llevase el coche, y eso le agradó. Tantas veces había tenido que ceder su propio vehículo a Lalo o a su hermano, que casi había estado esperando que él le pidiese las llaves. Pero no, él se acomodó en el asiento del acompañante y estiró sus largas piernas buscando comodidad, después apoyó la mano en su desnudo muslo y la dejó allí.

Eli sonrió. Esa áspera y callosa mano sí que era la correcta. Se estremeció al recordar la suavidad del roce de Lalo sobre el mismo muslo no hacía muchos días.

«No pienses en Lalo, ahora», se recriminó. Decidida a borrar la escena de su mente, se concentró en la conducción y en el hombre que iba a su lado.

No hablaron demasiado durante el trayecto. De vez en cuando intercambiaban una mirada y se sonreían. Ambos parecían tener las emociones a flor de piel.

Poco antes de llegar a su complejo de apartamentos, Cas le indicó que parase frente a un pequeño restaurante italiano que aparentaba estar abarrotado. Eli aparcó en doble fila.

—Ahora mismo vuelvo —dijo él, bajándose del vehículo—. ¿Te parece bien una pizza?

Ella asintió con la cabeza. Lo cierto era que le daba igual. No tenía hambre, al menos no de comida, reconoció con una sonrisa algo pícaro y poco usual en ella después de que se marchara. Mientras él se adentraba en el concurrido local, apagó el motor del coche y se miró en el espejo retrovisor. Gimió al darse cuenta de su aspecto. Algo marrón oscuro le manchaba la barbilla y tenía el cabello alborotado.

Nunca se había sentido más guapa que en ese momento.

«Estos son los percances cuando sales con un mecánico», se dijo con una risita. «Con Lalo las manchas hubiesen sido de...no sé... Bueno, no, con Lalo no hubiese habido manchas... Él jamás habría consentido que me mostrase así en público».

Sacó un pañuelo de papel del bolso para limpiarse lo que suponía era grasa de motor. Pero en el último instante, un pequeño ataque de rebeldía la hizo detenerse.

«No», se dijo a sí misma. «No me voy a limpiar». Y una risa casi histérica sacudió su cuerpo imaginándose la expresión de su madre si la viese ahora, con la cara manchada, el pelo despeinado y el vestido blanco completamente arruinado.

Se reclinó contra el respaldo del asiento y respiró hondo. No tenía ni idea de lo que iba a hacer con su vida de ahí en adelante. No sabía si iba a ser desheredada o desterrada de la familia cuando rompiese el falso compromiso con Lalo. Pero le importaba bien poco. Por primera vez, lo que su familia pensase de ella *le importaba un bledo*.

—Espero que esa sonrisa satisfecha sea para mí —anunció Cas al abrir la puerta del coche con brusquedad. Llevaba una bolsa blanca de la que salía un delicioso aroma.

—¡Me has asustado! —Eli dio un respingo—. ¡Has tardado muy poco! ¿Cómo lo has hecho? El restaurante está lleno.

—Soy un hombre importante en la zona—bromeó él, ajustándose el cinturón de seguridad—. Mi fama es legendaria.

Ella sonrió. ¡Le encantaba cuando él bromeaba así, con esa naturalidad genuina!

No tardaron en llegar a su piso. Su tocaya perruna la recibió en la entrada con un lametón afectuoso en la mano cuando se agachó para acariciarle la cabeza.

—Ya te dije que os haríais amigas. Terrible... dos mujeres contra mí... Estoy en desigualdad de condiciones. ¿Por qué no preparas esto, mientras yo me ducho? —Cas le entregó la bolsa.

—Yo también debería lavarme... —arguyó ella señalándose la barbilla.

—No. Para nada. Llevas mi marca... y eso me gusta —susurró él con voz ronca al tiempo que la cogía por la cara y le daba un sonoro y húmedo beso justo al lado de la mancha de grasa

—. Estás perfecta.

Eli le empujó fingiendo enfado.

—Vete a la ducha. Vamos. Eres imposible.

—No, *Prinzessin*. Soy muy posible, muy posible, y *muy fácil*... —Se alejó hacia el dormitorio con deliberados movimientos sensuales, sabiendo que ella le observaba.

Eli meneó la cabeza de un lado a otro con regocijo, luego se dirigió a la cocina y sacó platos y cubiertos. Después de buscar en todos los armarios y cajones encontró también un mantel y servilletas. Lo dispuso todo en la mesa baja del salón. Aunque Cas sí tenía una mesa de comedor, estaba tan llena de revistas, papeles y cajas, que pasó de largo y buscó otro lugar más apto para depositar comida.

Cuando él regresó, recién duchado, descalzo, con el pelo mojado y un simple pantalón corto de deporte por ropa, a Eli se le hizo la boca agua. Y no precisamente a causa de la pizza.

—¿No te pones una camiseta? —preguntó, humedeciéndose los labios con la lengua sin poder apartar la mirada de su pecho.

—¿Una camiseta? ¿Y privarte del placer de poder contemplar mis trabajados pectorales y mi fabulosa tableta de chocolate? —repuso, señalándose a sí mismo con una mueca arrogante y una sonrisa de medio lado—. No, *Prinzessin*. Tendrás que aceptarme como soy, sin trampa ni cartón.

Ella tragó saliva. Le iba a resultar más que complicado concentrarse en la cena.

Cas sacó una cerveza y una Coca-Cola Zero del frigorífico y las puso sobre la mesa. Después se sentó en el suelo y le hizo un gesto a ella para que copiase su ejemplo. Abrió la caja de la pizza, e ignorando tanto el plato como los cubiertos, partió un trozo y comenzó a comérselo con la mano. Ella le imitó.

Se sentía relajada, sentada junto a él en el suelo, con la espalda apoyada contra el sofá, bebiendo de una lata y comiendo con las manos. Hasta el hecho de tener a un hombre semidesnudo a su lado ya no le parecía tan mala idea. De vez en cuando sus traidores ojos se perdían en el juego de músculos de su torso. Era el complemento ideal a la pizza, decidió.

No hablaron mucho. Él le habló del taller, de su madre, de Jan, pero evitó a toda costa mencionar a Till, y Eli no quiso preguntarle. Ella tampoco quiso profundizar demasiado y aunque le habló de sus amigas y de la inminente boda, tuvo especial cuidado en medir sus palabras. No deseaba que él se enterase de su extraña relación con Lalo. Al menos, no todavía. No hasta que no lo hubiese solucionado. Entonces se lo contaría todo. Solo esperaba que él pudiese entenderla.

—¿Cuándo regresas a Madrid? —le preguntó él en ese momento.

—Pensaba volver el domingo, con las demás.

Se quedó pensativo unos instantes. Bebió un trago de cerveza antes de girar la cabeza y mirarla directamente a los ojos.

—Quédate unos días más. Conmigo.

Le dio un vuelco el estómago. Quedarse con Cas... No lo pensó demasiado.

—Sí.

—Perfecto —exclamó él arrojando sobre la mesa su lata de cerveza ya vacía, e incorporándose súbitamente—. ¿Has acabado de cenar o tienes más hambre?

—Ya... ya he terminado —respondió, sorprendida por su actitud.

—Ya era hora. —Y la cogió de la mano tirando de ella.

—Cas...

—Cas, nada. —Le pasó el brazo por detrás de las rodillas y la levantó en el aire como si no pesase más que una pluma—. No me he puesto la camiseta porque esperaba que te aprovecharas de mí durante la cena, pero veo que voy a tener que ser más directo, *Prinzessin*.

—¿Querías que me aprovechara de ti? —Una sonrisa juguetona se dibujó en sus labios.

—¡Pues claro! —exclamó con fingida indignación, mientras se dirigía hacia el dormitorio—. ¿Qué otro motivo puede tener un hombre para quitarse la ropa delante de su mujer?

Eli se mordió el labio intentando contener la risa que pugnaba por surgir de su garganta. Aparte de ser gracioso le resultaba tan dulce cómo pronunciaba la letra *r*, con ese acento suyo.

—¿Te ríes de mí? —le susurró él en el oído—. ¿Te ríes de mí porque he dicho que eres *mi* mujer?

—No por lo que has dicho, sino por cómo lo has dicho. —Le echó los brazos al cuello con un brillo malicioso en la mirada.

Cas frunció el ceño.

—¿Te ríes de mi acento? Pues que sepas que es uno de mis *rasgos* más atractivos —pronunció la *r* de una manera muy exagerada haciéndola reír.

De pronto su expresión cambió. Se quedó serio y la observó con fijeza. La bajó al suelo poco a poco de forma que sus cuerpos se frotaron el uno contra el otro en agónica lentitud. No apartó la mirada de los ojos de ella, que dejó de reír, contagiada por la solemnidad del momento.

—¿Me crees si te digo que nunca había sentido por nadie lo que siento por ti? —pronunció las palabras en voz baja pero con firmeza.

Ella asintió. ¿Cómo no iba a creerle si todos y cada uno de sus actos daban fe de que lo que decía era cierto?

—Bien. —Y la besó.

Pronto sus manos la recorrieron de arriba abajo; de su rostro descendieron por su cuello y sus brazos..., hasta que sus dedos se entrelazaron. En ningún momento sus labios se separaron. Los suaves gemidos que surgieron de la garganta de ella fueron absorbidos por la boca de él. Eli notó cómo su erección se le clavaba contra el estómago y sintió cómo su propia excitación aumentaba; la humedad entre sus piernas se hizo evidente. ¡Había soñado tanto tiempo con eso! Con estar entre sus brazos...

Él levantó la cabeza y la miró. Sin pronunciar palabra pero diciéndolo todo con los ojos, comenzó a desabrocharle los diminutos botones delanteros del vestido. Los movimientos de sus callosas manos con los nudillos tatuados realizando esa delicada operación eran hipnóticos, y Eli no pudo apartar la mirada. Poco a poco la prenda se fue abriendo dejando al descubierto su sujetador blanco.

La mano de Cas —quizá intencionadamente— le rozó la parte superior del pecho, y ella se estremeció. La entrepierna de él se endureció más todavía contra su cuerpo. Él tampoco parecía ser inmune a sus encantos.

—Eres perfecta —susurró, deslizándole el vestido hacia atrás, hasta que cayó al suelo a sus pies. La devoró con los ojos, como si fuese una joya preciosa y extraña de mucho valor, o al menos así se sintió ella bajo el fuego de su mirada. Después le desabrochó el sujetador con enorme pericia y lo arrojó al suelo. Sus pechos quedaron al descubierto pero él no los miró, aun así ella notó cómo sus pezones se endurecían de deseo.

Sus labios volvieron a unirse.

Mientras Cas exploraba con su lengua las comisuras de su boca, y empleaba los dientes para mordisquear su labio inferior, ella —en un impropio alarde de osadía— le abrazó e introdujo las manos dentro de su pantalón de deporte. Con decisión le agarró el firme trasero.

Él levantó la cabeza y rio con ganas.

—¡Qué atrevida! Me gusta... Sigue así.

Ella jadeó con satisfacción cuando él imitó sus movimientos exactos. A través del fino tejido de sus bragas pudo notar sus ásperas manos y deseó que no hubiese tela alguna de por medio. Él pareció entender su muda súplica, porque sin previo aviso, introdujo los pulgares en el elástico de la cinturilla y las bajó hasta que cayeron al suelo, siguiendo el rastro de su vestido.

Eli emitió un gritito sorprendido y se inclinó hacia delante, dejando que su pelo le cubriese el enrojecido semblante.

—¿Todavía te avergüenzas? —preguntó él con una burlona sonrisa—. ¿La mujer que me tiene firmemente agarrado por el trasero se avergüenza?

—Es solo que me gustaría que estuviésemos en igualdad de condiciones...

—Mmm... Quieres que me desnude..., que me quite el pantalón... —Pareció vacilar unos instantes. En ningún momento la había soltado y Eli podía sentir el vello de su pecho rozándole los senos y provocándole una más que placentera sensación—. Pídemelo —repuso con esa voz ronca tan sexy que hizo que se le pusiese la carne de gallina—. Suplícame que me desnude.

Eli enterró la cara en su pecho. Sabía que era absurdo sentirse avergonzada, pero no estaba acostumbrada a actuar de aquella manera tan abierta, sin tapujos. El sexo siempre había sido algo más mecánico, más aséptico... no tan... carnal, tan primario... tan sincero...

—Quítate el pantalón —murmuró en voz apenas audible.

—¿Por qué? —susurró él contra su pelo.

—Quiero... Quiero verte desnudo.

Un silencio siguió a esas palabras. Él comenzó a recorrerle el cuerpo con las manos, con deliciosa parsimonia. Alcanzó la parte externa de sus pechos y se detuvo.

Ella jadeó. Sentía cómo la excitación iba creciendo en su interior.

—Pídemelo otra vez —volvió él a murmurar. Su cálido aliento le acarició la frente.

—Desnúdate... por favor... Quiero verte desnudo... quiero sentirte contra mi piel... por favor... —suplicó ella con la respiración entrecortada.

No se hizo de rogar. Con un gemido algo ahogado surgiendo de su garganta, se apartó lo suficiente para poder desembarazarse de la última pieza de ropa que separaba sus cuerpos. Eli le observó fascinada. A pesar de haberle visto desnudo con anterioridad, el tamaño de su erección volvió a maravillarla. No era una experta en anatomía masculina... pero el sexo de Cas emergiendo de aquella cuna de vello rubio oscuro era... ¿impresionante? No, no había palabras para describirlo... ¿Fuerte? ¿Poderoso? No, no resultaban adecuadas.

Era... Cas.

—¿Te gusta lo que ves? —preguntó él con un ronroneo seductor al tiempo que cogía la mano de ella y la acercaba a su miembro, que vibró al contacto.

—Sí —repuso, acariciándole lentamente. La suavidad de su erección solo podía competir

con su extrema rigidez.

Él echó la cabeza hacia atrás y gruñó.

En ese instante un móvil comenzó a sonar en el salón. Era el de él.

Eli apartó la mano. Levantó las cejas, confusa.

—Deja que suene —murmuró él, haciendo caso omiso a la interrupción—. Volverán a llamar... —Se pegó contra ella y bajó la cabeza para besarla. Lo hizo empleando su lengua y sus dientes, respirando en su boca...

El móvil dejó de sonar.

Cas la cogió de las manos y la arrastró hasta la cama. Se sentó en el borde de la misma y la abrazó entre sus piernas, mientras que depositaba ligeros besos sobre sus senos. Ella enterró las manos en su rubio cabello y se dejó besar. Cerró los ojos y se abandonó a las cálidas caricias.

Nuevamente la música del móvil invadió el silencio del apartamento.

—*Fuck!* —exclamó Cas, levantando la cabeza y mirándola con pesar.

—Quizá sea mejor que lo cojas... podría ser importante... —susurró ella, acariciándole la mejilla.

La preocupación había asomado a sus azules ojos.

—Sí, creo que debería cogerlo... —murmuró, volviendo a besarla, pero la música del móvil que seguía sonando había roto la magia del momento.

Eli se apartó dejando que él se pusiese de pie. Su erección no había descendido ni un milímetro, comprobó con deleite.

—No te muevas de aquí. Ahora mismo vuelvo... ¡Y ni se te ocurra vestirme! —La amenazó con un gesto al darse cuenta de que ella se había agachado a coger el vestido del suelo.

Ella se rio dejando caer el vestido al suelo de nuevo. Se sentó en la cama, mientras le veía abandonar la habitación. Su musculoso trasero era una verdadera delicia.

Capítulo Cuarenta

Cas miró la pantalla de su móvil y soltó una maldición ahogada. ¿Qué cojones podía querer su hermano Jan ahora? Esperaba que no fuese algo relacionado con Till, otra vez.

—Tienes un segundo para decirme qué quieres. Espero que sea importante de verdad, porque me acabas de pillar en el peor momento posible —gruñó.

—Pon la tele —fue la lacónica respuesta de su hermano al otro lado de la línea.

Cas arqueó las cejas sorprendido.

—¿Qué dices?

—He dicho que pongas la tele. En el canal cinco. Ya.

Cas, todavía algo perplejo por la urgencia que la voz de su hermano dejaba traslucir, cogió el mando de la tele que estaba sobre el sofá, y la encendió. Pulsó el canal cinco. La cara del archiconocido presentador del programa de cotilleos, que solían pasar todos los viernes por la noche, apareció en la pantalla. Tenía el volumen apagado así que no pudo escuchar de qué hablaba.

—No me digas que te gustan estas cosas —le dijo a su hermano con una carcajada—. No sé de qué vas, Jan, pero tengo mejores cosas que hacer que ver al tío ese —comentó con impaciencia. No entendía nada. ¿Qué cojones quería su hermano que viese?

—Espera, o mejor, sube el volumen...

Cas meneó la cabeza con exasperación. Apuntó a la televisión con el mando y se disponía a subir el volumen, cuando la foto de una pareja llenó la pantalla. Se estaban besando. La mujer tenía su mano apoyada sobre el hombro del hombre. En ese mismo momento un zoom de cámara enfocó la mano ampliando el enorme anillo de diamantes que lucía ella en el dedo anular.

—¿Lo ves ahora? —La voz distorsionada de Jan llegó hasta él.

—Luego te llamo. —Logró articular antes de colgar el teléfono.

Se había quedado paralizado, como si la escena perteneciese a una película y alguien hubiese pulsado a la pausa. El corazón había comenzado a latirle a una velocidad absurda y un frío sudor bañaba su cuerpo.

¿Qué demonios estaba viendo?

La imagen cambió de repente, mostrando a la misma pareja pero en otra pose. Ahora el hombre estaba mirando a la cámara y sonreía satisfecho. Sus ojos claros brillaban triunfales. La mujer, que apoyaba la cabeza en su hombro, también sonreía.

Sonreía.

Lalo y Eli confirman su compromiso en un famoso restaurante madrileño.

La frase aparecía al pie de la foto.

Escuchó un extraño zumbido en su cabeza como si un panal de abejas estuviese rondando por su cerebro y el sonido de un gruñido llegó hasta él; giró la cabeza buscando a su perra con la mirada, pero estaba durmiendo en su mantita en el rincón. Entonces se percató de que el gruñido había surgido de su propia garganta...

Con la mano temblorosa subió el volumen. La imagen de Elisa y Lalo había vuelto a desaparecer; la cara de una de las tertulianas del programa ocupaba su lugar.

—Pero si llevan ya años saliendo, era lo más lógico que se comprometiesen —decía en ese momento.

—Pues a mí me ha sorprendido, qué quieres que te diga —decía otra—. Era la eterna pareja que va siempre a todas partes de la mano pero que nunca se decidía...

—Pues a mí me ha confirmado mi contacto que están planeando la boda y desde hace tiempo —intervino otro de los colaboradores.

—Además este fin de semana van a asistir juntos a la boda de Alba González y Jaime Llorens —decía el presentador—. Así que lo de que no van en serio...

—¿Habéis visto el anillo? Dicen que se lo ha comprado en Cartier...

Cas no quiso seguir escuchando. Bajó el volumen y se limitó a mirar las silenciosas imágenes. Nuevas fotos de la feliz pareja ocuparon la pantalla. Sintió una enorme presión en el pecho y se llevó la mano al esternón en un absurdo intento de aliviar el dolor.

Respiró hondo un par de veces tratando de ordenar sus caóticos pensamientos. Algo no terminaba de encajar. Debía de haber un error. No podía ser verdad que la mujer que ahora mismo se encontraba desnuda, esperándole en su cama, se hubiese comprometido con otro hombre hacía solo un par de días... No. No tenía sentido. La Elisa que él conocía no haría algo así...

«Pero ¿realmente la conoces?», se cuestionó en silencio.

Apretó la mandíbula. Una nueva foto mostraba a Elisa y a Lalo saliendo del restaurante donde al parecer había tenido lugar la «pedida de mano». Ella estaba muy guapa, como siempre,

y él... bueno, él tenía pinta de gilipollas...

La frase que había dicho el presentador acudió a su cabeza.

Además este fin de semana van a asistir juntos a la boda de Alba González y Jaime Llorens...

¿Sería eso cierto? Meneó la cabeza con incredulidad... No. No lo creía. Ella estaba allí con él y no con el Lalo ese...

Un ruido a su espalda le hizo girar la cabeza. Allí, en el umbral de la puerta del dormitorio, estaba Elisa. Se había vestido. Tenía la mirada fija sobre la pantalla del mudo televisor y una expresión horrorizada en el rostro.

—Dime que no es verdad —dijo él con voz seca.

Ella apartó la vista de la televisión y le miró con esos enormes ojos castaños que brillaban por lágrimas no derramadas. No dijo nada.

—*Dime que no es verdad* —volvió a repetir él de forma más violenta esta vez.

Eli se llevó la mano a la boca como si intentase acallar un sollozo.

—No me digas que eso es cierto... No me digas que te has comprometido con ese tío y luego has venido aquí a acostarte conmigo...

La furia tan visceral que se desprendía de sus palabras pareció penetrar por fin en su cerebro y hacerla reaccionar.

—Puedo explicarlo... —comenzó con la voz temblorosa.

—¿Explicarlo? —casi gritó él—. Dime solo una cosa. ¿Es verdad que te ha regalado un anillo y que tú has aceptado casarte con él?

—Es complicado, pero...

—¡No! —Se acercó a ella de dos zancadas, ignorando que estaba desnudo, y la cogió por los hombros—. Solo responde a mi pregunta. ¿Es cierto que te ha regalado un anillo y que tú has aceptado casarte con él? ¡Responde! —La zarandéó.

Ella asintió. Un par de gruesas lágrimas rodaron por sus mejillas.

Cas la soltó de repente, con una mueca de disgusto. Se dio la vuelta. De pronto no quería ni mirarla. No quería verle la cara ni quería ver sus lágrimas ni sus temblorosos labios...

—Has estado jugando a dos bandas durante todo este tiempo... —murmuró, dejando

escapar una carcajada burlona cargada de dolor—. Salías con él y luego regresabas a casa para hablar conmigo... ¡Qué gilipollas he sido!

—No, Cas, no lo entiendes... —musitó ella a su espalda.

—No, claro que no lo entiendo. No entiendo cómo has podido engañarme de esta manera.

—No te he engañado... —comenzó.

—¿Y cómo llamas tú a comprometerte con otro hombre, mientras te diviertes conmigo? ¡Dime! Si no es engaño, ¿tú cómo lo llamas?

—Escúchame, Cas... Es una situación horrible, lo sé..., pero déjame que te explique cómo ha sido... —La voz de ella cargada de lágrimas estuvo a punto de hacer que sucumbiese, que cediese. Casi se dio la vuelta, dispuesto a abrazarla. No soportaba escuchar cómo ella sufría..., pero se contuvo. ¿Acaso él no estaba sufriendo también?

—¿Quién va a ser tu acompañante mañana en la boda? —La pregunta surgió de sus labios como un disparo.

Un opresivo silencio solo roto por los suaves sollozos de ella se extendió por la habitación.

Se dio la vuelta con los puños apretados. No quería saberlo.

Si era verdad lo que habían dicho en ese jodido programa, no quería saberlo...

Se la quedó mirando con fijeza, presa de un sinfín de extrañas emociones. Ella lloraba con los ojos cerrados al tiempo que se abrazaba a sí misma. Todo dependía de su respuesta y ambos lo sabían.

—Lalo —respondió al fin, abriendo los ojos.

Y en ese instante el corazón de Cas se hizo pedazos. Así, de repente, sin más. En medio de su apartamento, un viernes cualquiera por la noche y después de lo que había sido uno de los momentos más felices de su vida... Su corazón se rompió. Un desconcertante entumecimiento pareció tomar posesión de su cuerpo.

Se la quedó mirando sin verla realmente. ¿Quién era esa mujer en realidad? No tenía ni idea. No la conocía.

—Creo que será mejor que te vayas.

Ella se llevó una mano a la boca. Temblaba con violencia, se percató él.

—¿No me vas a dejar que te lo explique? —preguntó con la voz entrecortada.

Cas se rio con amargura.

—Cualquier explicación que puedas darme no va a borrar lo que has hecho, Elisa. Me has mentado. Me dijiste que entre tú y Lalo no había nada, que erais solo amigos..., y has dejado que me entere por un puto programa de televisión de que sois más que eso... —Volvió a reírse—. He sido un completo idiota. Un imbécil.

Ella levantó la mano como si no pudiese seguir escuchándole hablar así.

—¿Dónde está tu precioso Lalo ahora? ¿Sabe que estás conmigo? ¿Es uno de esos tíos que no tiene problemas a la hora de compartir? Porque eso no va conmigo, *Prinzessin*... —dijo con dureza—. Dime, ¿qué le has dicho? *Voy un momento a echar un polvo con un gilipollas, cariño, luego te veo cielo*... —concluyó con sarcasmo. Según hablaba la ira iba comenzando a crecer en su interior.

—No, no, no es así... Él no está. Está en Madrid.

—¡Qué pena! Así que no ha podido venir contigo... Pobre *Prinzessin*, que ha tenido que conformarse con Cas para poder follar esta noche...

Sabía que estaba siendo desagradable, pero de algún modo deseaba hacerle daño. Daño como el que ella le había hecho.

Ella intentó controlar un sollozo a duras penas. Sus ojos anegados en lágrimas parecían todavía más grandes en su pálida cara y él sintió cómo se le encogía el corazón. No. No era momento de mostrar debilidad.

—No estás siendo justo, Cas...

—¿Justo? —bufó, acercándose a ella y haciéndola retroceder por la furia que irradiaban sus movimientos—. ¿Justicia? No me hagas reír. Tú no sabes lo que es eso—. La cogió por los hombros y como ya había hecho antes, la zarandó. Ella apartó la mirada pero no intentó soltarse—. Mírame y dime que no llevas ese anillo guardado en el bolso... Dime que todo ha sido un error y que se lo has devuelto, que él sabe que tú estás conmigo..., que no estás con él. Dímelo —insistió—. Dime que no llevas el anillo en tu bolso... —Cas notó cómo las palabras surgían entrecortadas de su boca y se dio cuenta de que toda la indiferencia que había estado intentando mostrar era una mera fachada. Si solo ella no le hubiese engañado...

La zarandó nuevamente. Y ella volvió a sollozar con más fuerza.

—¡Joder, Elisa! —gruñó, abrazándola con fiereza y enterrando la cabeza en su pelo—. ¡Joder! ¿Por qué lo has hecho? ¿Acaso no sabes que...? —se interrumpió con brusquedad levantando la cabeza y mirando al techo. Maldijo en silencio su momento de debilidad. No. No podía decirlo... ¿Para qué ahora? Ya nada parecía tener sentido.

Mientras que las lágrimas de ella bañaban su pecho y sentía cómo temblaba entre sus

brazos, se preguntó si sus sospechas serían ciertas, si de verdad ella llevaba el anillo en el bolso para ponérselo en presencia de Lalo y se lo quitaba cuando estaba con él... Prefería no saberlo.

Cerró los ojos un instante y respiró hondo antes de apartarse. Nunca nada en su vida le había costado tanto como alejarse de ella, pero comprendió que era lo mejor... Evitó mirarla, mientras se dirigía al dormitorio y se ponía los pantalones que se había quitado hacía solo unos minutos. Aunque parecía que hubiesen pasado horas desde el mágico momento que habían compartido, en realidad no habían transcurrido más de veinte minutos.

Vio la ropa interior de ella tirada en el suelo, junto a su cama y se agachó para recogerla. Estrujó las bragas de encaje casi transparente en su puño. Unos celos de increíbles proporciones le atenazaron la garganta.

«Quizá ha usado esta misma ropa interior para acostarse con Lalo».

Un bramido furioso abandonó su garganta.

«Quizá se ha estado acostando con él todo este tiempo... Quizá el día que se masturbó delante de la cámara estaba pensando en él...»

Su furia iba creciendo por momentos. Se sentía incapaz de razonar. Multitud de desagradables pensamientos comenzaron a tomar forma en su cabeza y un velo rojo de ira le cegó.

Abandonó el dormitorio más trastornado de lo que estaba cuando había entrado en él. Eli había cogido el mando de la tele y se disponía a apagarla, pero él la detuvo con un gesto. No sabía qué era lo que se había apoderado de él para desear seguir viendo la imagen de la que hasta hacía un rato había considerado su chica y del gilipollas del niño pijo ese... besándose...

«Eres un masoquista de mierda», se dijo, y poseído por una furia irracional se encaró con ella.

—Toma tu ropa interior —le gritó, arrojándola al sofá, justo a su lado—. Espero que no sea la misma que llevas cuando follas con él.

Una palidez cadavérica cubrió su tez y él se arrepintió de sus palabras nada más haberlas pronunciado. ¿Qué narices le estaba pasando? ¿Por qué se estaba comportando de aquella manera tan errática? Sabía que no estaba siendo justo, pero no podía parar... Apretó la mandíbula y la contempló con los ojos entornados. Ella había erguido la barbilla y se estaba secando las mejillas con las manos. Una expresión altiva había acudido a sus facciones.

—Será mejor que me marche —dijo, cogiendo la ropa interior con mucha dignidad.

Sin mirarle se dirigió al dormitorio y Cas se quedó solo en el salón. Sentía cómo la sangre le hervía de ira, pero al mismo tiempo una pequeña parte de él gritaba de dolor... Esperó a que ella regresase, con el corazón en un puño... Quizá debía dejar que ella le explicase lo que había

sucedido... Quizá había una explicación coherente para todo aquello... Su mirada volvió a clavarse en la pantalla. Una nueva foto apareció. En ella el gilipollas de Lalo le ponía el anillo y ella sonreía.

Sonreía.

¡No! ¡No había explicación posible!

Eli regresó con las sandalias puestas y el pelo recogido en una coleta. Los restos de lágrimas eran más que evidentes en sus mejillas, pero su rostro mostraba una expresión contenida y fría. No le miró.

—¡Dios! La *Eisprinzessin* está de vuelta —murmuró. No soportaba esa actitud en ella, esa indiferencia...

Ella fingió no oírle. Se acercó a la isla de la cocina donde había dejado su neceser y lo cogió. Se alisó el arrugado vestido sin éxito, y levantó la cabeza para mirarle. Sus enormes ojos brillaban extrañamente, mostrando a las claras que su indolencia era impostada.

La contempló con impotencia. Quería... No tenía ni idea de qué era lo que quería... Sí, sí lo sabía... quería que ella le gritase, le insultase, le dijese que era un gilipollas, se encarase con él y le explicase la situación a gritos, que le dijese que Lalo era un mierda, un don nadie y que todo había sido un malentendido, y que el único hombre de su vida era él... Eso quería.

O quizá no.

¡Qué sabía él ya lo que quería!

—Me voy, Cas. —La voz le tembló, pero se repuso—. Espero que te vaya bien. —Y se dirigió a la puerta.

—¡Joder! —masculló, acercándose a ella de dos zancadas. Le tomó el rostro entre las manos y se sumergió en su belleza. Sentía cómo si el corazón estuviese a punto de estallarle en el pecho—. ¡Joder, Elisa! ¿Por qué me has hecho esto? ¿Por qué? —Cerró los ojos como si el mirarla a la cara fuese demasiado para él—. Joder...

—Odio saber que ya no me vas a volver a ver cómo me veías antes —susurró ella en voz apenas audible.

—Joder, Elisa... *Verdammt!* Yo... Te quiero, joder... —terminó por confesarle con los dientes apretados —*Fuck!* —La soltó y se dio la vuelta, incapaz de seguir mirándola. No quería ver su reacción a esa confesión que le había brotado desde el fondo del alma. Era cierto. Más que cierto.

¡La quería!

Quizá por eso la traición dolía el doble.

Escuchó cómo la puerta se abría y se cerraba. No se giró. No quería ver cómo se marchaba. Cerró los puños con fuerza. Todavía pudo escuchar los pasos de ella en la escalera, alejándose... Todavía podía abrir la puerta e ir en pos de ella, intentar detenerla... Todavía podía reclamar una explicación... No lo hizo...

Luego solo escuchó el silencio.

Se dejó caer contra la pared y levantó la mirada hacia el techo.

—¡Mierda! —exclamó, y se golpeó la cabeza contra el muro—. *Scheisse, Scheisse!* —repitió unas cuantas veces, mientras seguía dándose golpes.

Súbitamente se incorporó y con rapidez se dirigió al balcón. Abrió la puerta y salió al exterior. Una bocanada de aire caliente con olor a salitre le recibió. Miró hacia abajo, hacia el coche de Eli. No tuvo que esperar demasiado. Pronto, la figura de ella, diminuta en la distancia, salió de la urbanización y se encaminó hacia el vehículo. Andaba muy erguida y con pasos firmes. No parecía que acabase de experimentar una escena como la que había tenido lugar hacía solo unos minutos.

Entornó los ojos y la siguió con la mirada. Se agarró a la barandilla con tanta fuerza que los nudillos se le pusieron blancos del esfuerzo. Ella pareció detenerse unos instantes junto al coche, vacilante, aunque quizá fuese un simple efecto óptico debido a la oscuridad y la distancia. Terminó por montarse en el lujoso BMW y encendió las luces, después puso el intermitente. El vehículo se alejó de la acera y se incorporó al fluido tráfico. Al cabo de unos segundos las luces traseras desaparecieron en la oscuridad de la noche.

Transcurrieron más de diez minutos hasta que pudo reaccionar. Se incorporó y entró en la vivienda. Cerró la puerta del balcón y se detuvo en medio del salón. La tele seguía encendida, pero ya no aparecían las fotos de Elisa y Lalo. Quizá estuviesen hablando de alguna otra cosa.

Como un autómatas se acercó al frigorífico y sacó una lata de cerveza, no porque le apeteciese, pero deseaba tener las manos ocupadas. La abrió. La dejó intacta sobre la isla de la cocina. Después apoyó los codos sobre el frío mármol y enterró la cabeza en las manos.

«Se ha ido. Y no va a volver».

«Aunque es mejor así... Te ha engañado. Te ha mentado».

«Ha estado jugando contigo, Cas. A dos bandas».

«Pretendiendo que le importabas».

«No se puede confiar en ella».

«Es una mentirosa».

Y sin embargo por más que intentaba convencerse de que le había traicionado, de que iba a estar mejor sin ella..., una pequeña parte de él no estaba convencida. Una pequeña parte de él le decía que no había sido justo, que ni siquiera le había dado opción de poder explicarse... de poder defenderse...

Sintió cómo le ardían los ojos y se maldijo por ello. Odiaba sentirse así de vulnerable, así de dolido, así de destrozado... Gimió impotente y levantó la cabeza. Cerró los ojos y volvió a ver las imágenes de Lalo y ella besándose, mirándose... Le entraron sudores fríos y ganas de matar a alguien.

La ira le dominó.

Con un rugido casi inhumano cogió la lata de cerveza y con furia la estrelló contra la pared.

Ignoró a Eli que había comenzado a gruñir en su rincón y observó con indiferencia cómo la cerveza chorreaba por la pared y terminaba por formar un charco en el suelo.

El arranque de violencia tampoco había servido de nada, comprobó. Se sentía igual de miserable que antes. Apoyó las manos en la encimera y dejó que su mirada se perdiese en el vacío.

—Elisa, joder..., me has partido el corazón... —dijo en voz alta, con incredulidad.

Capítulo Cuarenta y Uno

Volvió a limpiarse las lágrimas con el dorso de la mano; pero de nada sirvió. Sus lagrimales seguían produciendo más y más salado líquido, sin interrupción. Eli sabía que no podía conducir así, la humedad de sus ojos le quitaba visibilidad y las luces de los faros de los coches con los que se cruzaba, la deslumbraban. Terminó por poner el intermitente y detenerse en el arcén.

Ya sin tener que preocuparse del tráfico, dejó que el llanto fluyese con libertad y fuertes sollozos sacudieron su cuerpo con violencia. No recordaba ni una sola vez en su vida en la que hubiese llorado de aquella manera. Ni siquiera cuando su hermano Poncho le rompió su muñeca favorita hacía ya muchos años ni cuando se cayó de un caballo por vez primera y se fracturó el brazo. No. En ninguna de aquellas ocasiones había llorado así.

Aferró el volante con las dos manos y reclinó la cabeza sobre él. Las palabras que Cas le había dicho resonaron en su mente por enésima vez.

...pobre Prinzessin, que ha tenido que conformarse con Cas para poder follarse esta noche...

...espero que no sea la misma que llevas cuando follas con él...

Había sido tan horrible escucharle hablar así, con ese tono tan despectivo... y ver su mirada cargada de desprecio...

Se llevó la mano a la boca intentando contener otro violento sollozo. Negó con la cabeza incapaz de aceptar que las cosas hubiesen sucedido tal y como lo habían hecho. ¿Cómo era posible que todo hubiera acabado de aquella forma? Cas había sido cruel... Sus palabras habían sido brutales, horribles, dolorosas...

Y lo peor de todo era saber que él tenía razón.

¡Qué espantoso había sido ver esas fotos llenando la pantalla! Y si para ella había sido terrible, no quería ni imaginarse cómo debía haber sido para Cas. Él, que en todo momento había sido tan sincero y tan abierto...

Cada vez que le venía a la cabeza la cara de Cas sentía náuseas.

¡Qué situación más repugnante! Encontrarte con que la mujer con la que estás aparece en televisión abrazada a otro, besándose con otro, aceptando la propuesta de matrimonio de otro... ¡Asqueroso!

De pronto, el caudal de lágrimas que había brotado de sus ojos sin interrupción, se cortó

como por encanto. Levantó la cabeza y se secó las mejillas, que le ardían de vergüenza.

«Dios Santo, Eli, te has comportado de una manera miserable. ¿Cómo has podido ser tan ruin y tan mezquina? Solo pensando en ti y en tus miedos, sin preocuparte por lo que podría sentir él si lo averiguaba. Has jugado a dos bandas... a un doble juego, como Cas ha dicho... *Para él es como si le hubieses puesto los cuernos...*»

La lógica de estos pensamientos fue penetrando en su cerebro. Era evidente que así era, comprendió horrorizada.

«Has actuado como una niña malcriada y cobarde. ¿Qué pensabas conseguir con ello? ¿Que tu madre no se enfadase contigo? ¿Que Lalo no se disgustase? ¿Qué? ¿Qué?», se increpó a sí misma en silencio, con desdén. «Por tus miedos y tu cobardía has estropeado todo. Cas nunca va a volver a mirarte como lo hacía antes, con admiración, con cariño, con deseo, *con amor...*»

Sollozó al recordar lo que él le había dicho antes de marcharse.

¡Le había dicho que la quería!

Incluso en esos instantes en los que estaba confuso y dolido, se lo había dicho.

Sintió cómo la garganta comenzaba a cerrársele de nuevo, señal inequívoca de que iba a empezar de nuevo a llorar. Se llevó la mano al cuello y respiró con profundidad, intentando calmarse.

«Deja de llorar y compórtate como una mujer y no como una idiota», se dijo. «Tú también le quieres. Le quieres y tienes que luchar por él. Es lo mejor que te ha pasado en la vida, Eli. Nunca habías sido tan feliz, tan libre, tan tú misma... Lucha por él, Eli. No dejes que un malentendido arruine lo que hay entre vosotros... Un malentendido y Lalo...»

El simple hecho de acordarse de Lalo hizo que un sabor amargo acudiese a su boca. Rechinó los dientes.

Lalo.

Lalo había sido el responsable de que esas fotos acabasen en la televisión. A pesar de que le había prometido que iba a esperar, no lo había hecho. La ira hizo que su cuerpo se tensase. Entornó los ojos, indignada.

—¡He sido una idiota, una idiota, una idiota...! —murmuró, golpeando el volante con la palma de la mano—. ¿Cómo he podido dejarme manipular así? ¡Dios mío!

En un impulso sacó el móvil del bolso y marcó el número de Lalo. No se cuestionó si era buena idea llamarle en ese momento en el que se encontraba tan exaltada. Solo sabía que tenía que hacerlo.

El teléfono móvil al que llama está apagado o fuera de cobertura. Deje su mensaje después de oír la señal.

Cortó la llamada con violencia y arrojó el móvil al asiento del pasajero. Respiraba con dificultad, en parte debido a que el llanto le había obstruido la nariz y en parte por lo enfurecida que estaba.

«Quizá haya sido mejor que no esté disponible. Estás demasiado excitada para hablar con él».

Apoyó la frente en el volante y meditó unos segundos. Aunque desease echarle la culpa de todo a Lalo, en su fuero interno sabía que la verdadera culpable de todo aquello era ella. La pasiva y manipulable Eli. La niña tonta sin voluntad propia... La cobarde.

Sacudió la cabeza. Tenía que arreglar el desastre en el que se había convertido su vida. Y cuanto antes, mejor. Una de las primeras cosas que tenía que hacer era enfrentarse a Lalo y tirarle su anillo a la cara. Por primera vez en su vida le iba a decir lo que pensaba de él y de sus manipulaciones. Ni siquiera sabía por qué no lo había hecho antes...

Y después intentaría arreglar —no, *arreglaría*— lo sucedido con Cas como fuese, a toda costa. No quería ni pensar en que la extraña ruptura pudiera no tener solución. Si tenía que suplicar, suplicaría. No tenía ni idea de cómo se iba a tomar él sus explicaciones. La verdad la colocaba en una luz poco atractiva. ¿Cómo iba él a comprender que ella se hubiese dejado manipular de aquella manera y hubiera aceptado que los demás decidiesen por ella? Era patética. Muy patética. Pero aun despreciándose a sí misma tanto como lo hacía en esos momentos, sabía que no podía perderle. Tenía que hacer que él la escuchase.

Y ojalá lo hiciese... porque si no...

«Basta. No te atormentes», se reprendió. «No puedes dejarte llevar por la tristeza. Tienes que coger las riendas de tu vida. Ya eres mayorcita, y sabes lo que quieres. Ahora solo tienes que ir a por ello».

Quería a Cas. Solo a Cas.

Todo lo demás se había convertido en algo secundario, sin importancia.

Irguió la barbilla con una confianza en sí misma, que le había faltado hacía solo unos minutos y encendió el motor del coche. Respiró hondo y tragó saliva. Puso el intermitente y se adentró en el tráfico.

Capítulo Cuarenta y Dos

Los primeros acordes de *Highway to Hell* llenaron el apartamento y Cas miró el móvil esperanzado. No era Elisa. Era Jan. Maldijo en silencio.

—¿Qué quieres, Jan? No estoy de humor —respondió con brusquedad.

—...

—Pues claro que lo he visto, joder.

—...

—No sé. No sé nada. —Se dejó caer sobre el sofá y se cubrió los ojos con una mano. Con la otra aferraba el móvil de manera casi convulsiva.

—...

—Mira tío, no quiero hablar de ello. Tengo que pensar...

—...

—No sé qué explicación puede tener. Ni siquiera he dejado que me dé su versión de los hechos —confesó finalmente—. La he echado de casa... y no le he dejado explicarse —suspiró.

—...

—No sé, Jan. No sé nada —volvió a repetir. Se sentía tan confuso, y lo último que quería era seguir teniendo esa conversación con su hermano, que no paraba de preguntarle por qué no la había escuchado. Él se preguntaba lo mismo...

—...

—Sí, mañana te llamo. —Y colgó.

Tiró el móvil sobre el sofá. Se llevó los brazos a la cabeza y miró al techo.

¿Por qué no la había dejado explicarse? ¿Por qué había sido tan rudo, tan vulgar? Había visto cómo la cara de ella se había contraído de dolor cuando le había arrojado la ropa interior, y le había dicho... *espero que no sea la misma que llevas cuando follas con él...*

Cerró los ojos atormentado. Se había comportado como un canalla. Y él no era así. Ni siquiera la había dejado hablar..., pero es que esa ira que de vez en cuando le dominaba no le

había permitido pensar con claridad. La furia había guiado sus actos y sus palabras.

Habían transcurrido un par de horas, y ya se encontraba más calmado después de haber limpiado el estropicio de la cerveza, y haber salido con Eli a dar una vuelta. Por fin podía pensar con algo más de lógica. No había necesitado la llamada de su hermano aconsejándole que se serenase y que hablara con ella para aclarar la situación. Él mismo sabía que tenía que hacerlo.

Y aun así, seguía sintiéndose confundido. ¿Cómo era posible que Elisa se hubiese prestado a aquella farsa de compromiso? Porque tenía claro que era una farsa. Quizá no le había parecido así al principio, pero había estado mirando las fotografías —que ya inundaban internet— con más detenimiento, y se había percatado de la forzada sonrisa de ella y de su estudiada pose. Ni siquiera el beso parecía natural. Había observado las imágenes varios minutos y había comprendido que si bien el gilipollas de Lalo mostraba una satisfacción evidente, Elisa parecía sentirse incómoda, fuera de lugar, infeliz...

Sacudió la cabeza y apretó la mandíbula.

¡Qué rápido la había juzgado! Claro que ver las fotos había sido como sentir un jarro de agua fría sobre la cabeza, pero ¿acaso querer a alguien no significaba confianza? Tenía que haberla escuchado... Tenía que haberle dado la oportunidad de explicarlo todo... Pero no, había reaccionado como un energúmeno, como un ser irracional, y la había echado de su casa.

Gimió, sintiéndose como un gilipollas.

Sabía que no se conocían apenas, pero lo que sentía por ella era más intenso que lo que jamás había sentido por mujer alguna. Era un hombre de impulsos, pero también era realista y no solía engañarse a sí mismo. Había aceptado la pura realidad: la quería.

Sí, la quería.

Y se lo había dejado claro, no se arrepentía de haberlo hecho...

No obstante un pensamiento inquietante acudió a su cabeza. ¿Y ella? ¿Le quería ella? No tenía ni idea. Era tan comedida en sus pasiones y con sus sentimientos, que a veces era difícil saber qué era lo que sentía, si bien últimamente estaba más receptiva, más abierta... La noche anterior había sido un magnífico ejemplo de ello; había respondido a sus caricias con la misma pasión y con las mismas ansias que él. Se había comportado como una mujer enamorada, joder... Pero...

«Joder, Cas, no dudes. Ni se te ocurra dudar de lo que siente ella. Es probable que no te lo haya dicho, pero no por ello es menos obvio lo que te muestra y cómo se comporta contigo... Ni se te ocurra dudarle. Tienes que hablar con ella. Tienes que aclarar las cosas».

Miró la hora en el móvil. Eran las dos de la madrugada. Estuvo tentado de llamarla pero

comprendió que era demasiado tarde.

«Mañana. Mañana hablaremos y todo se solucionará», se dijo a sí mismo con determinación. «No puede ser de otra manera».

* * *

Eli abrió la puerta de la suite con cuidado. No deseaba despertar a sus amigas, pero se dio cuenta de que el sigilo no era necesario. Ambas se encontraban tiradas en el sofá viendo la tele. Tenían las piernas encima de la mesita baja de madera taraceada y trocitos de algodón entre los dedos de los pies. Tana giró la cabeza y la miró con sorpresa.

—¿Eli? ¿Qué haces aquí?

Eli no dijo nada. Se limitó a cerrar la puerta a su espalda y a acercarse al sofá.

—¿Ha pasado algo? —inquirió Sandra incorporándose. La alarma que reflejaba su rostro era un calco de la que presentaba la cara de Tana.

—Sí —repuso Eli, dejando el neceser en el suelo y sentándose junto a ellas en el sofá—. Ha pasado algo. Ha pasado Lalo.

Sandra y Tana intercambiaron una mirada extrañada.

—¿Cómo?

—¿Qué dices?

Eli se recostó contra el respaldo del sofá y carraspeó con nerviosismo. Ya no sentía esa opresión en el pecho que había sentido horas antes, pero aun así seguía sin resultarle fácil hablar del tema. Estaba indignada.

—Lalo ha filtrado las fotos de la pedida de mano a un programa de la tele y Cas lo ha visto... justo cuando estábamos a punto de..., bueno, de acostarnos... —dijo sin mirarlas.

La reacción de ambas a sus palabras no se hizo esperar.

—¡No me lo puedo creer! ¡Menudo cerdo! —exclamó Sandra, llevándose las manos a la boca horrorizada.

—¡Qué cabrón! —masculló Tana entre dientes—. Por fin ha demostrado ser lo que siempre había pensado de él... un verdadero gilipollas. —Hizo una pausa antes de fruncir el ceño y clavar la mirada en el rostro de Eli—. ¿Y Cas? ¿Cómo ha reaccionado?

—Pues... no muy bien, la verdad... —Eli notó cómo se le ponía la carne de gallina al recordar las palabras que él le había arrojado a la cara—. Pero ¿qué podía esperar? Ha sido

espantoso ver su reacción cuando ha visto las fotos en la televisión... Espantoso.

—¿Qué le has dicho?

Sandra se incorporó torpemente, debido a las uñas recién pintadas de sus pies, y se acercó a ella. Se sentó a su lado y la miró con simpatía.

—Nada. No le he dicho nada. Ni siquiera ha querido escucharme.

Y procedió a relatarles cómo había transcurrido la escena. Ellas la escucharon en silencio, sin interrumpirla.

—Entonces, ¿Cas piensa que lo tuyo con Lalo va en serio? —preguntó Sandra cuando terminó.

—Sí. Eso cree. Cree que he jugado a dos bandas.

—Y es cierto, Eli —intervino Tana con dureza en su tono.

—Sí, es cierto. Me he portado como una idiota malcriada. Como una cobarde insegura..., que por otro lado es lo que soy... —contestó con amargura. No le resultaba fácil admitirlo, pero era la pura verdad.

—¿Qué vas a hacer ahora? —preguntó Sandra.

Eli no dudó. Después de su estallido de llanto en el coche, había estado conduciendo por la zona un par de horas, meditando sobre cuál era la mejor manera de proceder. Lo tenía muy claro.

—He intentado llamar a Lalo, pero tiene el móvil apagado. Así que, en cuanto que llegue mañana, le voy a tirar el anillo a la cara y le voy a decir un par de cosas... Y después..., voy a ir a buscar a Cas y a pedirle de rodillas si es necesario que me perdone. Eso es lo que tengo que hacer —terminó, con la decisión vibrándole en la voz.

—¡Bien dicho! —casi gritó Tana—. No sé quién es esa mujer que se ha apoderado de tu cuerpo, pero invítala a quedarse, por favor. Me gusta.

Eli sonrió por primera vez en horas.

—¿Tú crees que Cas querrá hablar contigo? —preguntó Sandra en voz baja.

Un incómodo silencio siguió a sus palabras.

—Sí. Sí... Hablará conmigo cuando esté más calmado —repuso Eli con la mirada perdida—. Antes de irme de su casa... Bueno..., me ha dicho que me quería —murmuró.

—¡Eso son palabras mayores! —Tana abrió los ojos sorprendida—. ¿Y tú? ¿Qué has dicho

tú?

—Yo no he dicho nada. Nada. —Meneó la cabeza con desdén—. He actuado como actúo siempre. Me he callado y no he dicho nada.

—No pasa nada —se apresuró a intervenir Sandra—. Mañana se lo dices y punto. En cuanto sepa tu versión de los hechos lo entenderá.

—¿Tú crees? —El escepticismo se filtró en su voz—. Un hombre tan seguro de sí mismo, tan directo, que no tiene miedo a nada y reconoce sus sentimientos sin tapujos... ¿va a entender que yo haya actuado como una marioneta de Lalo? ¿Que me haya dejado manipular? No lo sé... —suspiró—. Él es tan especial que a veces siento que no voy a poder dar la talla.

—Para ahí, Eli. Tú también eres especial, solo tienes que creértelo —la interrumpió Tana, levantando la mano con energía—. ¿Acaso crees que un hombre tan especial se habría enamorado de ti si tú no fueses especial también? Para nada. Hazme caso.

—Es verdad, Eli. Tana tiene razón. Te has comportado como una tonta con el tema de Lalo, pero eres una gran mujer y Cas lo sabe. —Sandra asintió con vehemencia y Eli, aun en su tristeza, estuvo a punto de romper a reír por lo absurdamente categórico de su afirmación.

—Está bien, chicas. Me habéis convencido. Habéis ganado. Dos contra una.

—Y porque Alba no está aquí, si no la derrota hubiese sido aplastante.

La simple mención del nombre de su ausente amiga llevó a Eli a pensar en el día siguiente con aprensión. Odiaba tener que estropearle el día a Alba, pero no podía hacer como si nada hubiese sucedido y esperar hasta después de la boda para enfrentarse a Lalo.

—¿Cuándo vas a hablar con Lalo? —preguntó Sandra, como si le hubiese leído los pensamientos.

—En cuanto llegue. Intentaré no estropearle el día a Alba, claro, pero tengo que hablar con él cuanto antes. No voy a demorarlo más.

—No le vas a estropear el día por ponerte en tu sitio y mandar a Lalo donde se merece, te lo aseguro —dijo Sandra.

—Yo no descarto que tu madre haya tenido algo que ver en toda esta historia —observó Tana en ese momento. Había estado un poco pensativa.

—¿Tú crees?

—Sí. No es normal cómo se ha estado comportando Lalo. Esa precipitación... Y venderle las fotos a ese programa de la tele que desprecia... Algo no termina de encajar.

Eli entornó los ojos, sopesando las palabras de su amiga. Ella misma había pensado que algo no terminaba de cuadrar en esa historia; el frío y calculador Lalo no solía comportarse como lo había hecho en los últimos días. Quizá Tana tenía razón y su madre estaba detrás de todo aquello. Lo averiguaría.

—Chicas, no es por nada pero deberíamos acostarnos. Es tardísimo y mañana a primera hora viene la peluquera. Así que no sé vosotras, pero yo necesito dormir un mínimo de ocho horas para estar bella —manifestó Sandra levantándose y retirando con cuidado los algodones de sus pies.

—Es verdad. —Tana también se levantó y la imitó—. Por cierto, Eli, sabes que tu vestido está destrozado, ¿no? ¿Qué es eso?

—Aceite de motor..., creo —repuso bajando la mirada y fijándose en las manchas que adornaban su blanco vestido.

Tana soltó una carcajada. Sandra se tapó la boca con las manos para no ser tan obvia, pero se carcajeó igualmente.

Eli las ignoró. Dándoles las buenas noches, cogió el neceser y se dirigió al baño. Cerró la puerta y se miró al espejo. Su apariencia externa era deplorable. Tenía el cabello descolocado y la nariz y los ojos enrojecidos por efecto del llanto, pero en su interior se sentía mucho más decidida y animada que hacía horas.

Sacó el móvil del bolso y miró la hora. Eran las dos de la mañana. Demasiado tarde. Cas estaría durmiendo, o todavía muy excitado como para hablar con ella, especuló.

«Mañana. Mañana hablaremos y todo se solucionará», se dijo a sí misma con determinación. «No puede ser de otra manera».

Capítulo Cuarenta y Tres

—Voy a ir —repitió Cas con obstinación

—¿Estás seguro? ¿Qué ganas con eso? —Jan meneó la cabeza con impotencia.

—Nada, quizá, pero quiero saber la verdad.

Se levantó del sofá y comenzó a pasear por el espartano salón de la casa de su hermano. Llevaba allí varias horas y ya no lo soportaba más; esa pasividad le estaba matando.

—Deberías esperar a que termine la boda. Seguro que ha estado ocupada. —La voz calmada de Jan desde la cocina no consiguió tranquilizarle.

Cas había amanecido con el peso de las horribles palabras que le había dicho a Elisa la noche anterior sobre sus hombros. Apenas había conseguido dormir y cuando lo había hecho, había sido para soñar con ella. Sintiéndose miserable, lo primero que había hecho esa mañana, había sido intentar llamarla, pero sin éxito. Su móvil estaba desconectado, y lo había estado durante todo el día. Según transcurrían las horas, más inquieto se sentía y más necesidad tenía de aclarar las cosas con ella.

Sabía que estaba en la boda de su amiga. Todo el mundo en la zona sabía lo de la boda de Jaime Llorens. Parecía haberse convertido en el acontecimiento de la década. Según se murmuraba iban a acudir personalidades del mundo de la política y de la alta sociedad. Todo el pueblo estaba exaltado, ilusionado, idiotizado... Y él solo quería saber si ella había ido a esa puñetera boda con el gilipollas de Lalo. Solo eso.

Había estado a punto de ir a buscarla, de presentarse en medio de la ceremonia y encararse con ella, pero la voz de su conciencia —Jan— había conseguido convencerle de que eso era una estupidez. Él mismo sabía que lo era, pero se encontraba en un estado de nerviosismo tal, que hasta el plan más descabellado le había parecido estupendo.

Lo peor era no saber. Estar en la oscuridad.

Miró el móvil por enésima vez. Ni siquiera había intentado ponerse en contacto con él, y ya eran las siete de la tarde. La ceremonia habría concluido y los huéspedes estarían yendo al fastuoso *Palacio del Morisco*, al banquete. Si se iba ya, quizá podría llegar antes de que lo hiciese ella. Quizá podrían hablar, o ver si había ido con Lalo o sola... Necesitaba saberlo.

—Deberías tranquilizarte un poco, ¿no crees? —Jan salió de la cocina con una taza de té humeante en la mano.

—¡No me jodas, Jan! ¿Tranquilizarme? —bufó, despectivo—. Estoy muy tranquilo. Muy tranquilo.

Jan le observó con las cejas arqueadas durante unos instantes, después se encogió de hombros y se sentó en el sofá que minutos antes el propio Cas había abandonado para desgastar el suelo con sus nerviosos andares.

—Mira, Cas, si eso te va a hacer sentir mejor, vete. Vete y búscala, pero a lo mejor no te gusta lo que ves.

—¿Y eso qué significa? —Se detuvo en seco en medio de la habitación y observó a su hermano con suspicacia.

—Pues que a lo mejor está con el fulano ese, ni más ni menos. ¡No! Déjame terminar. —Se apresuró a decir antes de que Cas le pudiese interrumpir—. Es la boda de su amiga. A lo mejor no quiere estropearle el día y ha ido con el tío ese para no montar un escándalo —adujo de forma muy razonable.

—¡No! —le refutó—. Ella no iría con ese tipo si de verdad le importo. No después de lo de anoche. —Cas negó con la cabeza, obcecado y cerrado a cualquier tipo de razonamiento. Elisa no podía hacerle eso. No. No después de que él le hubiese confesado que la quería, ¿verdad?

Le había servido su corazón en bandeja. Ella no podía ser tan cruel como para hacerle eso... ¿o sí? Las dudas le atenazaron la garganta.

Jan le contempló preocupado.

—No vayas.

Cas entornó los ojos y miró a su hermano con dureza.

—Sí voy —concluyó, tomando una decisión. Tenía que saberlo. Tenía que saber con quién había ido ella a la boda. De pronto, el saberlo le parecía algo vital.

—¡Joder, Cas! No seas tan impulsivo. Espérate. ¡Deja que termine la puñetera boda!

Cas le dirigió una última mirada a Jan, que parecía realmente alarmado, pero decidió ignorarle. Cogiendo su casco de la silla donde lo había dejado hacía un par de horas, se dispuso a marcharse. Era lo que tenía que hacer.

Aunque sentía cómo la adrenalina le recorría las venas, cerró la puerta de la casa con suavidad. Bajó los dos escalones de madera con rapidez y se montó en su moto. Se ajustó el casco con movimientos precisos y arrancó. Ni siquiera la vibración del motor entre las piernas, que siempre conseguía hacer que se sintiese bien, tuvo un efecto positivo. Estaba demasiado ansioso por llegar al *Palacio del Morisco* y ver con sus propios ojos si la mujer de la que se había enamorado estaba con otro, o no era así.

No tardó demasiado en abandonar el camino de grava que conducía a la carretera principal, y aunque a esa hora el tráfico era denso para una carretera costera de segunda, el trayecto no le llevó más de diez minutos. Ventajas de ir en moto.

El *Palacio del Morisco* estaba ubicado a las afueras del pueblo, en una enorme extensión de terreno rodeada por vegetación. El dueño del complejo hotelero había sabido explotar a la perfección lo que antiguamente había sido un palacio mudéjar, respetando además las ruinas allí encontradas, y lo había convertido en un hotel de lujo y una atracción turística más, consiguiendo así incrementar la afluencia de personas a la ya de por sí popular zona de costa. Hacía solo un par de años que las obras de remodelación de la carretera que conducía hasta el hotel habían tenido lugar, y como consecuencia una ancha avenida bordeada de palmeras llegaba hasta la misma puerta del complejo.

Cas detuvo la moto a solo unos cientos de metros de distancia de la entrada principal y apagó el motor. Se quitó el casco y esperó.

Aunque se sentía presa de una tremenda inquietud, no era un gilipollas y no pensaba ir a montar un escándalo. Si bien ganas no le faltaban, no era su estilo. Prefirió quedarse allí, bajo un grupo de palmeras. Tampoco se escondía. Si alguien miraba en su dirección podría verle a la perfección, y él tenía un estupendo punto de vista de los elegantes vehículos que ya iban llegando. En menos de cinco minutos pudo contemplar la llegada de dos Audis, un Porsche y un Mercedes.

Los ocupantes de los coches también parecían podridos de dinero. Los hombres llevaban las ridículas levitas que tan de moda estaban, y las mujeres iban de largo. Incluso desde donde él se encontraba pudo apreciar la profusión de joyas que lucían ellas. Arqueó las cejas con desdén.

«Vaya mierda de gente», pensó, aun a sabiendas de que estaba siendo injusto. Quizá no todos fueran unos mierdas, habría de todo, pero estaba demasiado enfadado y ansioso como para ser lógico. De alguna manera los comparaba a todos con Lalo. Para él todos eran unos gilipollas.

Sin embargo, cuanto más tiempo pasaba allí observando, más consciente era de la gran distancia que los separaba a Elisa y a él. Ya había vislumbrado algo de eso cuando leyó el reportaje de la revista, pero ver a toda esa gente —gente del mundo de Elisa— desfilando ante sus ojos, con esos vestidos, esas joyas y esos cochazos espectaculares, hizo que un extraño desasosiego comenzase a crecer en su interior y que su estado de ánimo decayese. Una sensación parecida a la melancolía le poseyó.

De repente se sintió fuera de lugar. Intentó visualizarse a sí mismo desde fuera, con objetividad, y se vio allí en su moto, con sus vaqueros ajustados y desgastados, su camiseta vieja y sus brazos llenos de tatuajes, sin afeitar..., con las manos siempre llenas de aceite..., y su piso y su negocio hipotecados. Su vida un puto desastre desde que Till había decidido relacionarse con la «mafia».

No era una estampa muy favorecedora.

No pudo meditar mucho más porque en ese instante su némesis —alias Lalo— descendía del asiento del conductor de un coche oscuro y le entregaba las llaves al aparcacoches. Después rodeaba el vehículo y abría la puerta del acompañante.

Cas sintió cómo se le detenía el corazón.

«No. No. No», rogó en silencio, aunque el instinto le decía que era ella.

Una morena pierna femenina con una sandalia de tacón alto de color plateado fue lo primero que vio de Elisa. Cuando salió del coche y pudo verla en todo su esplendor se quedó sin respiración.

Nunca antes la había visto así de hermosa..., y hermosa era quedarse corto. Llevaba un vestido largo de tirantes, que resaltaba su esbeltez y dejaba su suave espalda al descubierto. El pelo recogido mostraba su delicada nuca... Si alguna vez había pensado que se parecía a Catherine Deneuve eso había quedado más que confirmado en ese momento.

Apretó la mandíbula con fuerza y entornó los ojos sin quitar la vista de encima de la que —muy a su pesar debía reconocer— parecía una pareja perfecta. El majadero había apoyado la mano en la parte baja de su espalda.

Cas rechinó los dientes.

Un fotógrafo les dijo algo que Cas no pudo oír, pero que hizo que se detuviesen. Posaron para la cámara, sonriendo.

Se le revolvió el estómago.

Se acabó.

No podía soportarlo más.

Era suficiente.

Pero una especie de fuerza incomprensible le mantenía inmóvil, observando cada movimiento, cada ademán, cada minúsculo gesto del rostro de ella.

Volvieron a detenerse justo antes de atravesar el umbral de la enorme puerta de piedra, para posar de nuevo para otro fotógrafo. En esa ocasión el gilipollas le pasó el brazo por los hombros. Como si la escena estuviese transcurriendo a cámara lenta, los labios de ella se fueron curvando lentamente, muy lentamente, en una sonrisa...

Una sonrisa.

Un gruñido escapó de su garganta. Cualquier sentimiento de tristeza o inseguridad que pudiese haber albergado en su interior fue sustituido por una furia ciega.

Apartó la mirada. Ya había visto bastante, decidió. Ya tenía la verdad.

Se puso el casco y arrancó la moto.

Metió primera.

Y aceleró.

Capítulo Cuarenta y Cuatro

El ruido de una moto hizo que Eli se diese la vuelta antes de entrar a la enorme recepción del recinto. Todavía no era de noche pero la luz crepuscular comenzaba ya a deformar las sombras y tuvo que entornar los ojos intentando vislumbrar algo, pero no vio nada, por lo que supuso que habrían sido imaginaciones suyas. Estaba tan obsesionada con Cas que hasta creía oír su moto.

—¿Pasa algo, Eli? —La voz de Lalo la sacó de su ensimismamiento.

—Ni se te ocurra volver a tocarme —le susurró entre dientes desasiéndose con elegancia de su mano, que trataba de cogerla por el brazo.

Él ya sabía que algo le pasaba. Su fría actitud para con él, era más que evidente. No le había dirigido la palabra en todo el trayecto que habían hecho desde el pueblo hasta allí, por más que él le había preguntado un par de veces si se encontraba bien.

La mala suerte había querido que el avión de Lalo y Poncho hubiese llegado con retraso y le hubiese resultado imposible hablar con él antes de la ceremonia, pero no pensaba esperar mucho más. Ya había hecho su representación delante de los fotógrafos, tanto en la puerta de la pequeña iglesia donde había tenido lugar la misa, como allí en el hotel.

Se acabó.

En cuanto entrasen al salón, donde iba a tener lugar una especie de reunión informal antes de la cena, mientras esperaban a que llegasen los novios, iba a hablar con él. No podía soportarlo ni un minuto más. El anillo le quemaba en el bolso...

El día había transcurrido como en un suspiro. Había sido todo tan caótico que apenas había tenido tiempo de pensar en su propia miseria. Primero la peluquera, luego una maquilladora, el vestido, un sándwich rápido, y por fin marcharse a la iglesia, donde se había reencontrado con un Lalo asquerosamente satisfecho, al que había decidido ignorar hasta que tuviesen un momento a solas.

No había sabido nada de Cas en todo el día y ella misma tampoco había tenido tiempo de llamarle. Estaba un poco preocupada, la verdad. ¿Y si Cas estaba tan decepcionado que no quería saber nada de ella?

—Eli, te estoy hablando.

Lalo la miraba con el ceño fruncido. Al igual que otras decenas de huéspedes que ya habían llegado, habían accedido a un salón decorado en estilo oriental.

No se molestó en contestarle. Buscó a Tana y a Sandra con la vista pero parecía que todavía no habían llegado. Decidida a acabar con todo cuanto antes se dio la vuelta y se encaró con su acompañante, que la miró sorprendido:

—Lalo, tenemos que hablar.

—Ya era hora —repuso él con petulancia—. Dime.

—No, aquí, no. Mejor en privado.

Él la miró con los ojos entrecerrados, suspicaz, pero la tomó por el codo y la guio hacia la parte más alejada del salón.

«Esta es la última vez que dejo que me guíe a ningún sitio», iba diciéndose a sí misma, mientras atravesaba la enorme sala, siguiéndole. Saludó a varias personas conocidas con una inclinación de cabeza. Se habían formado pequeños grupos aquí y allá, y camareros con bandejas llenas de copas y pequeños aperitivos hacían la ronda de uno a otro.

Al fondo, al lado de lo que parecía ser la entrada a la sala de camareros, había una pequeña habitación que en ese momento se encontraba vacía. No tenía muebles ni nada que indicase cuál era su utilidad y Eli se preguntó para qué se emplearía.

«Es igual. Esta noche se va a utilizar para romper un falso compromiso», se dijo.

—Y bien —comenzó Lalo después de cerrar la puerta con suavidad y darse la vuelta para mirarla—, ¿qué es eso tan importante que querías decirme? —Volvía a hablarle con ese tono condescendiente tan típico en él, que ella odiaba.

Eli metió la mano en su diminuto bolso sin apartar la mirada de los ojos avellana que la observaban con curiosidad. Palpó hasta encontrar el anillo. Lo sacó con un movimiento lleno de energía y se lo tendió.

—Te devuelvo tu anillo —dijo con firmeza—. No lo quiero. Lo de este compromiso es un error y creo que no deberíamos seguir adelante.

Lalo arqueó una ceja y la miró sorprendido, pero no tanto como ella hubiese esperado. Después de unos instantes de silencio le sonrió.

¿Lalo le sonreía? No entendía nada.

—¿Tiene esto algo que ver con tu mecánico? —inquirió él al fin.

Eli empalideció al escuchar esas palabras. Toda la furia que había sentido se convirtió en desconcierto.

—¿Cómo? ¿Qué estás diciendo? —La voz le temblaba y se odió por ello. Bajó la mano que

todavía mantenía extendida y le miró estupefacta. ¿Qué sabía él de Cas? ¿Cómo se había enterado?

—Sí, el tipo ese del taller de motos, el rubio alto con el que te liaste el mes pasado —Lalo hablaba de una forma indiferente, como si todo ese asunto fuese tan solo una pequeña molestia.

—Pero... —balbuceó ella cada vez más atónita.

—¿Creías que no me iba a enterar? —Una desagradable risa surgió de su garganta—. Vamos, Eli, tú sabes que no puedes dar ni un paso sin que te sigan un par de fotógrafos. ¿Qué pensabas? ¿Que esas vacaciones con tus amigas habían sido diferentes? ¡Qué ingenua eres!

Eli se llevó la mano a la frente. Así que algún fotógrafo la había estado espiando... Casi se sintió aliviada al escucharlo. Mucho mejor un fotógrafo de una revista que no un detective privado pagado por Lalo. De todas maneras, su actitud la tenía desconcertada. Parecía no importarle que ella hubiese tenido algo con otro.

—Entonces... ¿un fotógrafo me vio y contactó contigo?

—Fue Antonio Torres —repuso él con indulgencia, como si estuviese hablando con una niña pequeña—. Gracias a Dios que es un excelente amigo de tu madre, fue ella...

—¿Mi madre? —La voz le salió algo aflautada por la sorpresa.

—Pues claro que fue tu madre. Me llamó a Dubai y me lo contó todo... —le dijo con vehemencia—. Menos mal que consiguió parar el reportaje. ¿Te imaginas la vergüenza? ¿Tú? ¿Eli Álvarez con un mecánico de tres al cuarto? Con un sucio mecánico... —Meneó la cabeza como si le costase creerlo, y después se echó a reír.

Eli apretó el anillo con tanta fuerza en su puño que sintió como las aristas se clavaban en su palma. Era probable que le quedasen marcas. La ira que la embargaba en esos momentos era tan grande que estuvo a punto de abalanzarse sobre él y arrancarle los ojos.

—Restaura motos antiguas —masculló, temblando de indignación.

—Lo que sea. —Hizo un gesto despectivo con la mano—. A partir de ahora tienes que ser un poco más discreta con tus líos, Eli. Cuando nos casemos no podemos permitirnos que cosas así salgan a la luz.

—¿Casarnos? Acaso no me has oído antes cuando te he dicho que el compromiso se anulaba. Yo no tengo ninguna intención de casarme contigo.

—Vamos, no seas exagerada. —Se dirigió a ella con ese tono paternalista que tanto odiaba—. Pues claro que nos vamos a casar. Somos la pareja perfecta.

—Lalo, no te quiero.

Él dejó escapar una carcajada.

—Ni yo a ti. Pero eres la mujer adecuada.

Ella comenzó a negar con la cabeza, presa de la incredulidad.

—Eli, está claro que lo nuestro va a ser un matrimonio de conveniencia, querida. Solo de apariencias... Mientras cumplas como esposa y me des un par de hijos, yo cumpliré como marido y haré que no te falte de nada. Es la solución ideal, ¿no crees? —Se detuvo solo a un paso de ella y la miró con curiosidad—. Tú puedes tener tus cosas fuera del matrimonio, siempre y cuando seas discreta; igual que yo voy a tener las mías...

—¿Estás hablando en serio? —El shock era evidente en su voz.

—Pues claro, Eli. Así funciona. Estamos hechos el uno para el otro. Vamos a ser un matrimonio ejemplar.

—Mientras te acuestas con otras... —murmuró, todavía intentando digerir lo que estaba escuchando.

—Hombre, Eli, no pretenderás que me conforme con lo que tú me ofreces... No eres lo que se dice una fiera en la cama... —Y sonrió.

Ella estaba tan perpleja que ni siquiera se sintió ofendida por sus palabras.

—¿Todo este tiempo que estabas conmigo también estabas con otras?

No es que le molestase en demasía, descubrió con asombro, mientras se lo preguntaba, pero tenía curiosidad.

—Tengo mis necesidades, ¿sabes? —repuso él algo altanero, como si ella no tuviese ningún derecho a pedirle explicaciones.

—Entiendo —musitó ella.

Y en verdad así era. Cada vez entendía más que había sido una boba manipulada por ese hombre y por su madre. Se había dejado llevar por ellos y casi había dejado que le arruinasen la vida.

—Perfecto. Entonces sigamos adelante. Sigue con el mecánico ese si te apetece, pero sé más discreta. Tu madre no puede estar siempre pagando a fotógrafos para que no publiquen tus fotos. —De pronto él parecía haber zanjado la cuestión. Como siempre, decidía por ella—. Y el próximo que te busques que tenga un poquito más de clase, más categoría... No sé, algo más de estilo... —Sacudió la cabeza, sonriendo con sarcasmo—. Pero si parece un presidiario con esos tatuajes, con esas pintas... —suspiró con afectación—. Pensaba que tenías un poquito más de dignidad y que no te abrías de piernas para cualquiera.

Eli le escuchaba en silencio. En su fuero interno sabía que debía sentirse molesta, que debía gritarle y decirle que quién se había creído que era para hablarle así, pero una extraña calma había comenzado a extenderse por su cuerpo.

Alzó la cabeza y le miró. Le sonrió.

—¿Sabes una cosa, Lalo? Es probable que Cas no tenga dinero y que no haya estudiado en una universidad de élite, y que no sepa distinguir un tenedor de postre de uno de ensalada. Y que su apartamento quepa dentro de tu cuarto de baño más pequeño. Sí, es posible... —Hizo una pequeña pausa, mientras se acercaba a solo un paso de él, de manera que sus rostros quedaron a meros centímetros de distancia. Con deleite se percató de que las pupilas de él se dilataban por la sorpresa ante su insólita reacción—. Pero solo en el dedo meñique de ese «mecánico de tres al cuarto» hay más hombría que en todo tu cuerpo —le susurró con firmeza.

Después dejó caer el anillo al suelo y se encaminó hacia la puerta.

—¡Elisa! ¡Vuelve aquí ahora mismo!

Ya tenía la mano en el picaporte cuando la indignada voz de él hizo que se detuviese. Giró la cabeza y le miró por encima del hombro.

—Disculpa Lalo, pero me voy a abrirme de piernas por ahí.

Después abandonó la pequeña sala y se internó en el cada vez más concurrido salón. Se sentía poderosa. Como si hubiese hecho alguna conquista importante o hubiera conseguido algo imposible. Una burbujeante sensación de felicidad hizo que se le encogiese la garganta y se le acelerase el corazón.

Estaba a punto de sacar el móvil del bolso para llamar un taxi e ir a casa de Cas, cuando un movimiento al otro extremo del salón llamó su atención. Tana y Sandra le hacían señas para que se acercase. Junto a ellas estaba su hermano Poncho. Suspiró en silencio. Lo último que deseaba en ese momento era hablar con su hermano.

Se acercó a ellos con la cabeza erguida. Se sentía segura. Estaba contenta consigo misma.

—¿Se lo has dicho? —inquirió Sandra con ansiedad nada más verla acercarse.

—¿Le has devuelto el anillo? —preguntó Tana.

—Sí. Ya está —respondió a ambas, mirando a su hermano de reojo.

—No me mires así. Ya me han contado lo que planeas hacer. Ya eres mayorcita para tomar tus propias decisiones. Si no quieres casarte con Lalo, no te cases —arguyó Poncho, levantando las manos en actitud defensiva.

Eli le miró sorprendida. Iba a replicar cuando el teléfono de su hermano comenzó a sonar en

su bolsillo.

—¿Cómo se lo ha tomado? —preguntó Tana, que estaba sensacional con su vestido color turquesa. La mayoría de los hombres allí reunidos parecían pensar lo mismo.

—Ya os contaré. Ha sido... diferente a lo que esperaba... peculiar... —dejó escapar una pequeña risa. En realidad la situación le parecía grotesca—. Ahora no puedo hablar. Tengo prisa. Necesito ver a Cas y aclarar las cosas. Disculpadme ante Alba. No quiero estropearle el banquete, pero tengo que hacer esto cuanto antes. Necesito las llaves del coche.

—No te preocupes —la tranquilizó Sandra. Se sacó las llaves del bolso y se las dio.

—Eli, es para ti. Es mamá. —La voz de Poncho hizo que se diese la vuelta. Él tenía el móvil en la mano y se lo ofrecía.

—¿Por qué no me llama a mí?

—Dice que lo tienes apagado.

Frunció el ceño. ¿Apagado? No podía ser. La noche anterior lo había cargado... Ignorando a su hermano metió la mano en el bolso y sacó su propio móvil.

¡No! ¡Estaba apagado! Lo encendió e introdujo el PIN.

—Eli, cógelo y habla con mamá —insistió Poncho con algo de impaciencia.

—Un momento —murmuró en voz baja, mientras esperaba que su móvil volviese a la vida. Al cabo de unos segundos la pantalla se encendió... ¡Ocho llamadas perdidas de Cas! El corazón le dio un vuelco.

—Eeeeeeli.

Alargó la mano y cogió el teléfono. Sus amigas la observaban con atención. Vaciló antes de llevárselo a la oreja y contestar.

—Dime, mamá.

—...

—No. No me apetece hablar contigo y con franqueza, lo que tengas que decirme, *me importa una mierda*.

Y acto seguido colgó. Con una expresión arrogante en el rostro le devolvió el móvil a su hermano, que al igual que sus amigas la observaba estupefacto. Poncho rompió a reír a carcajadas.

—Muy bien, Eli. Ya es hora de que pongas a mamá en su sitio... Has sido poco diplomática, pero creo que le ha quedado claro... —Y volvió a reírse.

Eli se sonrojó un tanto, pero sonrió. Después los miró a todos y les hizo un gesto de despedida con la mano.

—Me voy a buscar a Cas.

Capítulo Cuarenta y Cinco

Cas apoyó los codos sobre la barra de madera y clavó la mirada en el vaso lleno de oscuro líquido. Todavía no había bebido lo suficiente para que su cerebro alcanzase el entumecimiento requerido para olvidar lo que había visto, pero iba por buen camino.

Cogió el vaso y lo vació de un trago. Después lo dejó en la barra de un golpe haciendo que la camarera levantase la vista y se acercase a él con la botella de *Jägermeister* en la mano.

—¿Otro?

—Sí —respondió secamente.

Dejó vagar la mirada por el local, con los ojos algo turbios. Había llegado hacía una hora más o menos a *El sueño eterno*, que para ser un sábado de verano no estaba muy concurrido, y en ese corto espacio de tiempo ya había consumido bastante alcohol. No solía beber de aquella manera tan desenfadada, pero las circunstancias y la ocasión parecían requerirlo. Se había apostado al final de la barra, con la ira y la impotencia comiéndole las entrañas y se había dedicado a beber un *Jägermeister* tras otro con la mirada fija en la estantería llena de botellas de detrás del bar, inmerso en confusas cavilaciones.

Odiaba a Elisa, se decía una y otra vez, para arrepentirse nada más pensar en ello. Realmente la quería, se decía también, pero se negaba a aceptar que pudiese querer a alguien que le estaba engañando. Verla con Lalo a la entrada del hotel, después de todo lo que había pasado la noche anterior, había sido duro, muy duro. Los celos abrasadores le habían comido por dentro, viendo cómo ese hombre le acariciaba el brazo, le tocaba la desnuda espalda... Un hombre que no era él y que nunca podría ser él. Un hombre que pertenecía a la misma clase que ella, que se movía en sus círculos, con el que tenía mil cosas en común...

Un hombre que no tenía las manos manchadas de aceite...

Se las miró con el ceño fruncido. En verdad estaban limpias, pero su mente que ya comenzaba a acusar los efectos del alcohol, no reaccionaba como debía. Cerró los puños y los ojos, y la imagen del vestido blanco que ella había llevado la noche anterior, manchado de grasa, acudió a su memoria.

La autocompasión fue mezclándose poco a poco con la tristeza, y esta a su vez con la ira y con los celos, dejándole confuso, impotente y desarmado.

Volvió a pedir otro chupito.

Elisa le había mentado. Le había engañado. ¿Cómo podía no haberse dado cuenta del tipo de

mujer que era? Le había parecido tan perfecta... tan especial..., pero solo era fachada, pura fachada... Con su carita preciosa y su aire a lo Deneuve.

Parecía tan inocente... tan tímida...

¡Mentira! ¡Una puta mentira!

Volvió a vaciar el vaso de un trago, sintiendo como el líquido le quemaba en la garganta. Después le hizo un gesto a la camarera que volvió a acercarse con la botella en la mano.

—Du bist betrunken, mein Freund.

Cas se dio la vuelta y trató de identificar al propietario de la voz que le hablaba en alemán. Era Oliver, el dueño del local. Su enorme figura cubierta de cuero negro se erguía frente a él. Sus ojos de un extraño azul pálido le miraban divertidos, o al menos eso le pareció.

—Na und? ¿Y qué? ¿A ti qué te importa si estoy borracho? Además, no lo estoy... todavía puedo beber un poco más. —Y como para demostrarlo, volvió a coger el vaso que la camarera acababa de llenarle y se lo bebió de una sola vez—. ¿Lo ves? Todavía puedo con otro.

—Como quieras. No es mío problema. Pero no conduces hoy. Dame la llaves de moto —le dijo el otro con su fuerte acento alemán. Llevaba más de veinte años en España, pero su español era terrible. Extendió la mano y esperó con paciencia a que Cas se sacase las llaves del bolsillo.

Lo hizo. Incluso en su estupor alcohólico sabía que no estaba en condiciones de conducir. Quizá estuviese borracho, pero no era estúpido, al menos no mucho.

El gigante alemán meneó la cabeza con conmiseración antes de palmearle en el hombro y marcharse en dirección a la parte trasera del local. Cas le siguió con la mirada, o al menos lo intentó. Ya no enfocaba tan bien como hacía un rato.

«Parece que ya estoy consiguiendo lo que quería. Estoy borracho. Estoy borracho y Elisa no. Elisa no está aquí y no está borracha». Su obnubilada mente hilaba curiosos pensamientos.

Volvió a golpear la barra con el vaso atrayendo la atención de la camarera, una chica bajita con el pelo corto y un piercing en la nariz, que le miró dubitativa antes de volver a servirle.

—Es el último —le advirtió.

Cas entornó los ojos y la miró con enfado. ¿Quién se había creído que era ella para decidir por él? ¿Acaso había una confabulación de mujeres? Todas se habían puesto en su contra. Todas eran iguales... unas mentirosas...

—Ponme uno a mí también —dijo una voz a su espalda.

Cas giró la cabeza para ver quién era la persona que se había acercado. Lo hizo demasiado

rápido y estuvo a punto de perder el equilibrio, pero tuvo los reflejos suficientes como para agarrarse a la barra.

—¡Eva! —Su tono de voz sonó sorprendido y complacido al mismo tiempo. ¡Era Eva! Su alcoholizado cerebro se alegró de verla.

—Hola, guapo —dijo ella, sentándose en un taburete a su lado, mientras le dedicaba una deslumbrante sonrisa.

Iba vestida acorde con el local, como siempre, con vaqueros ajustados y un top negro muy breve que realzaba sus encantos. Sin dejar de mirarle, apoyó sus tatuados brazos sobre la barra y se inclinó hacia adelante, de manera que su voluptuoso pecho adquirió todavía más notoriedad. Los ojos de Cas no pudieron resistir aquella sobreexposición. Pestañeó aturdido, intentando apartar la mirada y subirla unos cuantos centímetros para fijarla sobre su cara.

—Estás... mu...muy guapa —dijo, arrastrando las palabras. La miró confuso; no era eso lo que había querido decir, pero la frase parecía haber acudido sola a sus labios.

—Tú también. —Ella siguió sonriéndole. Después cogió el vaso que la camarera acababa de servirle y lo vació de un trago—. Te veo muy solo. ¿Quieres compañía? —Su timbre de voz aterciopelado no le pasó desapercibido. Se encogió de hombros algo indeciso sobre qué debía responderle. ¿Quería compañía? Ni idea.

—¿Bebemos por algo especial? —preguntó, acercándose a él y rozándole el brazo con uno de sus senos.

—Por las mujeres, supongo. Por... que todas sois unas mentirosas...

—Oh, oh, Cas... ¿tormenta en el paraíso con tu niñita de Madrid? —Eva meneó la cabeza con fingida preocupación y un ligero tono sarcástico.

Cas giró la cabeza y la miró con fijeza. Su rostro estaba tan cerca que solo tenía que inclinarse unos centímetros y sus bocas entrarían en contacto. Los ojos de Eva, oscuros y profundos parecían ofrecerle algún tipo de invitación. Frunció el ceño y se apartó un poco para poder contemplarla mejor. Recorrió su cuerpo de arriba abajo, deteniéndose en su opulento pecho.

«¿Por qué no?», le dijo una voz en su interior. «Elisa estará con su “prometido” a estas horas y lo último que estará haciendo será pensar en ti. Recuérdalo. Está con otro».

«Sí, pero Eva no es Elisa. Su cuerpo no es el cuerpo que tú quieres abrazar y su boca no es la boca que tú quieres besar. Recuérdalo. No es Elisa».

Trató de enfocar la mirada y sacudió la cabeza, tratando de despejarse, pero el resultado fue peor. Todo comenzó a dar vueltas.

—No hay ninguna tormenta —repuso—. Todo está bien.

Ella arqueó las cejas con incredulidad pero no dijo nada, se limitó a hacerle un gesto a la camarera para que volviese a llenarles los vasos. Esta miró a Cas con reticencia. Él tenía la mirada perdida y se agarraba con las dos manos a la barra.

—Es la última —dijo Eva—. Después de esta ya no hay más.

La camarera se encogió de hombros. Terminó por servir lo que quedaba de la botella en los dos vasos.

—Se la ha bebido él solo —murmuró, arrojando la vacía botella a la basura.

—Se nota —comentó Eva, mirando a Cas de reojo—. Yo me encargo de llevarle a casa.

La camarera hizo un gesto de asentimiento antes de marcharse a atender a otros clientes.

—Cas... ¿Brindamos? —Cogió el vaso y lo levantó en el aire esperando que él hiciese lo mismo.

Cas la imitó con dificultad, derramando parte del contenido en el proceso. Miró a su ex. Era guapa. Muy guapa...

—Por nosotros y los recuerdos que compartimos —susurró ella con la voz ronca y sexy, creando un momento de extraña intimidad entre ambos, del que Cas no pudo sustraerse. De pronto, toda la situación parecía muy familiar y cómoda, y aunque una voz interior le decía que algo no estaba bien, el calor que desprendía el cuerpo de su acompañante, tan cerca de él, le empezaba a parecer delicioso...

—Por los recuerdos —dijo, bebiéndose el contenido del vaso sin dejar de mirar esos ojos oscuros. Eran más oscuros que otros que él recordaba, ¿no?

—¿Nos vamos? —La voz de Eva, dulce y tentadora, penetró en su mente.

—Sí, vámonos —respondió al fin sin dudarlo. De alguna manera y no sabía por qué esa semejava ser la única respuesta correcta. Apoyó las manos sobre los cálidos hombros de ella. Su piel era muy sedosa, decidió. Y olía bien... Muy bien...

—Yo conduzco —susurró ella, cogiéndole de la mano y dirigiéndose hacia la salida.

Cas la siguió. Ni siquiera se preocupó de si había pagado o no, ni del casco de la moto que había dejado sobre la barra... La siguió como si fuese un marinero de la tripulación de Odiseo y ella una de las seductoras y atrayentes sirenas que le iba llevar a su perdición.

O no...

Capítulo Cuarenta y Seis

Eli aparcó el coche a pocos metros de la entrada de los apartamentos donde Cas vivía, en un hueco diminuto. Se felicitó a sí misma. Era quizá el único sitio libre en la zona. Una noche de un sábado de julio, en primera línea de playa de un pueblecito más que turístico..., Sí que había tenido suerte. Era eso, o es que el destino se había puesto de su parte.

Había necesitado más tiempo del esperado en llegar, ya que el aparcacoches había tardado una barbaridad en entregarle el vehículo. Al parecer no estaba previsto que ninguno de los huéspedes abandonase el recinto tan pronto, y habían tenido que mover varios coches para poder sacar el suyo.

Mientras había estado allí junto a la entrada esperando, su móvil había sonado varias veces. Después de comprobar con exasperación que todas y cada una de las llamadas eran de su progenitora, había quitado el volumen. ¡Qué horrible lo que su madre y Lalo le habían hecho! ¡Qué miserables! Todavía temblaba de indignación al pensar en ambos hablando a sus espaldas, intentando manejarla como a una muñeca.

Y Lalo... Lalo y sus grotescas ideas sobre el matrimonio. No se lo podía creer. Durante los años que habían estado «saliendo juntos», él se había estado acostando con otras. Si era sincera consigo misma no le molestaba tanto como debía haberlo hecho; no se sentía como una mujer engañada. Lo que sí le atormentaba era no haberse dado cuenta de cómo era él en realidad. ¡Había sido tan idiota!

Una risita nerviosa se había escapado de su garganta al pensar en la cara de Lalo cuando le había dicho que se iba por ahí a abrirse de piernas. La expresión de su rostro había sido impagable, con seguridad parecida a la que habría desfigurado la cara de su madre cuando había soltado eso de: *me importa una mierda*. Carmen de Luis jamás habría esperado que algo así saliese de los labios de su comedia y manipulable hija.

Lo único que la había puesto furiosa habían sido las palabras de Lalo, denigrando a Cas... ¿Cómo se había atrevido? ¿Cómo? Cada vez que acudían a su memoria temblaba de ira.

El aparcacoches había llegado por fin, haciendo que su furia se disipase. Y en solo unos minutos había alcanzado el pueblo y el complejo de apartamentos de Cas.

Reconocía que estaba nerviosa. Tenía tantas explicaciones que darle. Solo esperaba que él la escuchase. Tenía que hacerlo, se repetía una y otra vez. Tenía que hacerlo porque ella le quería.

¡Le quería!

Se miró en el espejo retrovisor y la imagen reflejó el rostro de una mujer guapa y elegante, perfectamente maquillada y peinada. Nada indicaba la agitación que sentía en su interior. Incluso los ojos castaños del reflejo mostraban decisión.

«Vas a ir a su apartamento y vas a hablar con él. Y no vas a rendirte hasta que no consigas que te crea. Le vas a convencer de que solo le quieres a él. Solo a él».

Asintió con la cabeza un par de veces, como intentando convencerse a sí misma. Después cogió su diminuto bolso plateado del asiento del pasajero y sacó el móvil. Tenía cinco llamadas perdidas de su madre y ninguna más de Cas. Se mordió el labio inferior vacilante. ¿Debía llamarle antes de presentarse en su casa?

«Ya estás aquí», se dijo. «No dudes ahora. Vamos. Actúa como una mujer segura y decidida».

Se bajó del coche y cerró la puerta con suavidad. Había unas cuantas personas en la acera, justo detrás de ella y se percató de que la miraban con curiosidad. Iba demasiado elegante para un sitio playero lleno de kioscos y terrazas de verano. Su exquisito vestido de seda gris perla parecía fuera de lugar.

Ignorando las curiosas miradas se dio la vuelta, dispuesta a acercarse a la entrada del complejo de apartamentos, cuando una imagen inesperada a solo unos metros de distancia la dejó petrificada.

Era Cas.

Y no estaba solo.

Estaba con otra mujer.

Y se estaban besando.

Era Eva. Su ex.

Eli sintió una terrible opresión en el pecho. Notó cómo le flojeaban las piernas y tuvo que apoyarse en el coche que acababa de abandonar. Se llevó la mano a la boca, intentando contener un sollozo que nunca llegó a materializarse.

No existía error posible. La distancia era demasiado corta como para no ver la realidad. A pesar de ser de noche, las dos figuras destacaban limpiamente contra la pared del edificio adyacente al de Cas. La luz de una traidora farola los iluminaba de lleno. Eva tenía la espalda apoyada contra la pared y los brazos tatuados le agarraban los hombros... y él... él la aplastaba de esa manera tan sensual que Eli conocía tan bien, y con su boca le recorría el cuello y el rostro con aparente deleite. Ambos tenían los ojos cerrados y semejaban estar inmersos en las caricias que intercambiaban.

Trató de no mirarles, de despegar los ojos de esa escena que la estaba desgarrando por dentro, pero una perversa y masoquista curiosidad hizo que apartar la mirada le resultase imposible.

El beso se alargaba en el infinito. Y cuanto más duraba más se le rompía el corazón, pedacito a pedacito, poco a poco...

—¿Está usted bien? —La voz, perteneciente a uno de los curiosos que la habían mirado antes, hizo que girase la cabeza y sus ojos se apartasen por fin del horror del que estaba siendo testigo.

Miró a su interlocutor sin verle. Un raro estupor había comenzado a extenderse por su cuerpo y en ese instante no supo siquiera cuál era la respuesta correcta a la pregunta.

—¿Se encuentra bien? Está muy pálida —repitió la voz. Un par de personas se habían acercado a ella y comenzaban a rodearla.

Intentó hablar, lo intentó de veras, pero ningún sonido salió de su garganta. Se llevó una mano temblorosa al cuello y trató de tragar saliva, sin éxito. Respirar también le parecía algo imposible de conseguir.

—¿Quiere que llamemos a un médico? —Esta vez fue una mujer la que se dirigió a ella.

Eli advirtió que había demasiadas personas a su alrededor. Demasiados desconocidos observándola..., mirándola... Sintió cómo se ahogaba. ¡No podía respirar! ¡Había demasiada gente! ¡Demasiada! Sus ojos iban de un rostro a otro, intentando encontrar a alguien conocido, alguien que la sacase de allí... ¡No podía respirar! Una pequeña parte de su mente que todavía conservaba la lógica, la avisó de que estaba teniendo un ataque de ansiedad. Estaba hiperventilando... Sabía que tenía que serenarse si no quería perder el conocimiento, pero no sabía cómo...

¡No podía respirar!

—¿Eli? —De pronto, una voz conocida llegó hasta sus oídos. Un hombre alto, musculoso y rubio se abrió paso entre lo que comenzaba a ser una muchedumbre o al menos eso le parecía a ella. El ver un rostro amigo hizo que la enorme presión que sentía en la garganta se disolviese un poco. Con alivio notó que podía tomar aire de nuevo.

—¿Till? —logró balbucear. Él se acercó a ella y la cogió por la cintura, sosteniéndola. Parecía consternado—. Sácame de aquí —murmuró con un hilo de voz—. No quiero estar cerca de ellos...

Él miró perplejo hacia donde ella señalaba con la cabeza y su expresión preocupada dio paso a una de furia.

—Joder, Cas... menudo gilipollas... —susurró, antes de dirigirse al grupo de personas que

los miraban con una mezcla de curiosidad y preocupación—. Ya me encargo yo. No se preocupen. Yo la llevaré a casa.

Eli se aferró a él como si le fuese la vida en ello. Apoyó la cabeza en su pecho y cerró los ojos. Ignoró las palabras que Till les dirigía a los transeúntes y se concentró en su corazón, que latía con fuerza bajo su oreja. El ritmo de su respiración fue serenándose poco a poco.

—¿Puedes andar? —murmuró él.

Ella levantó la cabeza y se dio cuenta de que estaban solos. El grupo de curiosos se había dispersado, comprobó agradecida. Y allí a lo lejos, la pareja seguía besándose, ajena a lo que había sucedido a solo unos cientos de metros de donde ellos estaban.

Cerró los ojos con fuerza.

—Sí, puedo andar.

—Entonces, vámonos.

La cogió de la mano y echó a andar con ella en dirección contraria a los apartamentos de su hermano. Eli se dejó guiar. Estaba desorientada y perdida.

Cruzaron la carretera y se adentraron en el paseo marítimo que a aquella hora estaba desierto y oscuro. El par de farolas que deberían haber prestado su luz a esa área estaban apagadas o fundidas.

No anduvieron mucho, lo que agradeció en silencio. Sus sandalias plateadas de tacón eran preciosas, pero no el calzado más adecuado para caminar.

Al final del paseo había un pequeño banco de piedra, detrás de unas palmeras, que si bien no quedaba del todo oculto a las miradas de quien pudiese pasar por allí, era bastante discreto. Till se sentó y la invitó a hacerlo a su lado. La seguía mirando preocupado y ella se vio obligada a tranquilizarle.

—Estoy bien —murmuró—. De verdad —añadió al ver el escepticismo reflejado en su semblante—. Ya estoy bien.

Él no pareció muy convencido, pero no volvió a insistir. La contempló en silencio durante unos instantes antes de hablar.

—¿Qué es lo que ha pasado? Me refiero... No lo entiendo. Mi hermano y Eva... No tiene mucho sentido. —Sacudió la cabeza con incredulidad.

Eli no respondió. Ella tampoco sabía muy bien qué había pasado. Habían transcurrido menos de veinticuatro horas desde que él le había dicho que la quería y sin embargo había tenido que ver con sus propios ojos como besaba a otra...

Era cierto que ella le había engañado y traicionado..., pero ¿tan inconstantes habían sido sus sentimientos? ¿Tan efímeros que en el plazo de unas pocas horas la había olvidado?

—Es mi culpa —respondió al fin con aire derrotista. Bajó la mirada y la clavó en el bajo de la larga falda del vestido—. Yo he provocado esto. Yo y mi forma de tratar a tu hermano.

—No —negó él con energía—. No lo creo. No sé qué habrá podido pasar en las últimas horas, pero hasta ayer mismo mi hermano estaba colado por ti, Eli, te lo aseguro. Si existe en el mundo un hombre loco por una mujer, ese es mi hermano por ti.

Ella giró la cabeza y le miró. A pesar de que las palabras actuaron como un bálsamo para sus heridas, la imagen de Cas y Eva besándose con pasión desmentía lo que Till afirmaba. No queriendo volver a revivir la horrible escena, intentó ahuyentarla de su mente y se concentró en su acompañante.

Era Till, pero no parecía el mismo que ella había conocido el mes anterior, tan jovial y divertido. Este Till estaba más delgado y más pálido, como si ya no disfrutase de los beneficios del sol. Además, tenía ojeras y un rictus de cansancio afeaba su rostro. Parecía haber envejecido diez años.

Eli recordó las veces en las que Cas le había dicho que Till tenía dificultades pero no había especificado de qué tipo y ella no había querido ser demasiado insistente. Sin duda los problemas debían haber sido graves si se tenía en cuenta su desmejorado aspecto. ¿Qué habría sucedido?

—Aunque no tengamos la mejor de las relaciones —comenzó él con una mueca, interrumpiendo el hilo de sus pensamientos—, ayer por la tarde hablé con él y me dio a entender que todo marchaba muy bien entre vosotros, por eso no entiendo esto... —Hizo un gesto con la mano señalando el lugar donde quedaba el apartamento de su hermano.

La foto fija del cuerpo de Cas apretándose contra el cuerpo de Eva volvió a acudir a su cabeza. De pronto, un sollozo sacudió su cuerpo. Se llevó la mano a la boca para intentar contenerlo, pero fue en vano. Pronto uno siguió a otro y en menos de un minuto se encontraba llorando con amargura en brazos de Till, que le acariciaba la espalda con torpeza, mientras murmuraba palabras de consuelo.

Eli se dejó abrazar y terminó por contarle todo lo que había sucedido entre su hermano y ella la noche anterior. También le contó lo de su falso compromiso y la encerrona que entre su madre y Lalo le habían organizado. Llegó incluso a contarle la escena que había tenido lugar en la recepción del banquete y cómo le había devuelto el anillo a Lalo. Le contó todo. No se guardó nada. Y cuando terminó de hablar alzó la cabeza y le miró con los ojos llorosos.

—¿Lo ves? ¿Ves por qué es mi culpa? Yo lo he estropeado todo. Todo.

Él no dejó que siguiese hablando. Le cogió las empapadas mejillas entre las manos.

—Eli, no es cierto. No has estropeado nada. Nada. Mi hermano te quiere y tú le quieres a él. ¡No! No digas nada. Es así. Lo sé. Lo que no sé es qué bicho le habrá picado para actuar como estaba actuando hace unos minutos... Tiene que estar borracho o no sé...

Eli parpadeó varias veces, deseosa de creerle, deseosa de que todo fuese un error.

—Tenéis que hablar —concluyó él, soltándole la cara y mirándola con mucha convicción—. Estoy seguro de que todo ha sido un malentendido.

Eli dejó escapar un suspiro.

—¿Un malentendido? No se puede malinterpretar lo que he visto, Till. La estaba besando como si... como si... —tartamudeó—, como si fuese la mujer de su vida... —Cerró los ojos angustiada.

Till se levantó de repente, sobresaltándola, y se colocó frente a ella.

—Ve y habla con él.

—¿Ahora?

Ella sintió como se le helaba la sangre en las venas. ¿Ir ahora a hablar con él, mientras estaba ahí besándose con otra? Negó con la cabeza una y otra vez.

—Sí. Ve y habla con él.

—¿Estás loco, Till? Está con ella. No puedo ir y presentarme allí, mientras... él y ella... ¡No! No voy a hacerlo.

—Lo tuyo con Lalo fue un malentendido, ¿verdad? ¿Quién te dice a ti que lo de Cas con Eva no es otro malentendido? Tú deberías ser la primera en no juzgar una situación con tanta rapidez —arguyó él con una lógica aplastante.

Ella se quedó en silencio sin saber qué decir. ¿Y si era cierto? ¿Y si de verdad había alguna explicación lógica para lo que había visto? ¿Acaso los besos que ella había intercambiado con Lalo no habían sido también un puro fraude?

Dudó.

No. Un beso como el que Cas y Eva se estaban dando nada tenía que ver con los anodinos besos de Lalo y ella. Nada.

—No, Till —repuso con firmeza al cabo de unos instantes—. No voy a ir. No insistas.

—Entonces voy yo.

Y se dio la vuelta echando a andar con celeridad, desandando el camino que habían hecho juntos hacía unos minutos.

—¡Till! —gritó angustiada. ¡No podía creerse lo que estaba pasando!—. ¡Till, vuelve aquí!

—Espérame ahí. No tardo nada —le contestó él por encima del hombro, sin detenerse. Sus largas piernas cada vez le alejaban más del banquito de piedra y de ella, que le contemplaba impotente.

—No me puedo creer que me esté haciendo esto... —susurró, siguiéndole con la mirada hasta que desapareció en la acera de enfrente detrás de un monovolumen.

Nerviosa, estrujó su bolso entre las manos y bajó la cabeza. Un mechón de pelo se había escapado de su elegante recogido y le cayó sobre la mejilla derecha. Se lo apartó con suavidad, colocándose detrás de la oreja. Se tocó el pelo y comprobó que el resto del peinado resistía, lo que era sorprendente en sí.

Suspirando con resignación sacó el móvil del bolso y marcó el número de Tana, pero apenas dejó que sonase una vez. Colgó. En realidad no deseaba hablar con sus amigas; había sido un impulso tonto. Decidió mandar un wasap.

Ha sido horrible. Ya os contaré

No esperaba contestación. Lo más probable era que en el barullo del banquete ni siquiera lo escuchase sonar.

Miró hacia el mar, apenas visible en la oscuridad de esa noche sin luna. Parecía tranquilo, sin olas, en calma; todo lo contrario a cómo ella se sentía. Estuvo tentada de levantarse y marcharse. La lógica le decía que no podía quedarse allí esperando a que Till regresara... Si lo hacía solo, sus peores sospechas se habrían confirmado... y si lo hacía con Cas... si lo hacía con Cas, no sabía si podría mirarle a la cara después de todo lo que había pasado.

Una especie de morbosa curiosidad mezclada con una esperanza casi imposible, la hizo permanecer allí, sentada en ese banco al final del oscuro paseo, retorciéndose las manos en el regazo y con el corazón embalado de pura ansiedad.

Escuchó un ruido a su espalda y antes de poder girarse para ver qué lo había provocado, unas manos rudas la sujetaron por el talle, haciéndole daño.

—¿Till? —exclamó sorprendida, girando la cabeza.

Unos ojos oscuros, tan oscuros como el cielo sobre su cabeza se clavaron sobre su rostro.

¡No era Till!

Abrió la boca para gritar, pero el desconocido la sujetó con rudeza por la cintura y le tapó

la boca y la nariz con una mano enorme. Ella se retorció al sentir cómo él presionaba más de la cuenta y le cortaba el suministro de aire.

—*Dacă țipi te omor, curvă. Como grites te mato, puta* —le susurró en el oído con una voz ronca y chirriante que hizo que sus ojos se abriesen horrorizados.

En ese momento sintió el pinchazo en el cuello.

Fue doloroso. Muy doloroso.

Cerró los ojos un instante presa del pavor.

La mano áspera de ese hombre la estaba ahogando...

Y después solo la negrura...

Capítulo Cuarenta y Siete

Cas levantó la cabeza y se apartó de los labios que había estado besando. Aun en su estado de profunda embriaguez era consciente de que esa boca, por muy tentadora y suave que fuese, no era la boca que él deseaba.

Una sensación de estar cometiendo un terrible error se apoderó de él. Cerró los ojos y apoyó las manos en la pared, ignorando a la mujer que le abrazaba y se pegaba a él con sensualidad.

—Eh, Cas... ¿pasa algo? —susurró ella.

Asintió con la cabeza sin abrir los ojos. Estaba mareado y un sudor frío perlaba su frente.

—Sí... Pues... pasa que no debo, no quiero... No debería estar haciendo esto. No. No es lo correcto... —murmuró. Comenzó a negar con la cabeza, con la intención de recuperar la cordura que el alcohol parecía haberle robado.

«¿Qué cojones estás haciendo, Cas? ¿Liándote con tu ex? Tío, no seas gilipollas. La estás cagando».

—Vamos, Cas, no digas eso... Pero si todo iba sobre ruedas —ronroneó ella, tratando de besarle.

Él abrió los ojos y se apartó bruscamente. De pronto, el rostro de Elisa, tan diferente al rostro que tenía delante, acudió a su memoria.

—¡No! No, Eva. No voy a seguir con esto. —Y se alejó un par de pasos con las manos levantadas, intentando detener cualquier avance que ella pudiese hacer. Volvió a negar con la cabeza, cada vez con más firmeza—. No quiero esto. No lo quiero. Ha sido un error.

—¿Un error? —gritó ella de repente, furiosa—. ¿Un error? ¡Qué te jodan, Cas! ¡Eres un mierda! —La frustración se reflejaba en cada una de sus palabras—. No sé quién te has creído que eres, tío..., pero yo no soy el error de nadie, ¿me entiendes? —Con un gesto rudo se apartó el pelo de la cara y se subió el top que se le había deslizado hacia abajo—. Quédate con tu niña pija de Madrid y no vengas a buscarme cuando te deje tirado por el ricachón ese de las revistas...

Cas frunció el ceño, contrariado. Así que era *vox populi* lo del compromiso de Elisa... Tampoco era de extrañar, había salido en la televisión...

—Mira, Eva, lo siento... —se disculpó.

—Más lo siento yo por ti. Eres un gilipollas —le cortó. Después, dejando escapar una carcajada burlona algo fingida, le miró con desdén—. Que tengas suerte con la niña esa.

Y sin más se dio la vuelta y se alejó, moviendo sus caderas con voluptuosidad. Cas no pudo evitar seguirla con la mirada. Eva era una bomba. Una bomba explosiva, pero él no tenía ganas de explotar con ella. Casi había conseguido olvidarlo por un instante debido al alcohol; menos mal que todavía le quedaba algo de lógica a ese cerebro suyo tan idiotizado, y había conseguido detenerse a tiempo...

Ignorando a un par de parejas que pasaron a su lado y le miraron con curiosidad, se apoyó contra la pared y levantó la mirada hacia el cielo. La luz de la farola bajo la que se encontraba iluminó su rostro. Gruñó con frustración.

«Eres un imbécil. Un verdadero imbécil», se dijo a sí mismo. ¿Qué había pretendido demostrar liándose con Eva, ¿que Elisa no le importaba?

Le importaba más que nunca.

Más que nunca.

Se tapó los ojos con las manos y trató de concentrarse en lo que había sucedido. Se había comportado como un mierda, como bien le había dicho Eva. Era un mierda.

Un mierda.

Se golpeó la cabeza contra la pared varias veces, provocándose un dolor que de alguna manera pareció aliviarle. Estaba mareado, pero ya no sabía si era por los efectos del alcohol o por los efectos de intentar olvidar las imágenes que había visto aquella noche y que le habían atormentado...

Ni todo el alcohol del mundo iba a conseguir que olvidase a Elisa. ¡Joder! Era como pretender olvidarse a sí mismo...

Tensó la mandíbula y se apretó las sienes con las manos, con fuerza, como si así, presionándose el cerebro fuese a lograr sacársela de la cabeza.

Fuck! Fuck! Fuck!

¿Por qué cojones le había engañado?, se preguntó por enésima vez aquella noche. ¿Por qué?

—¿Cas? —La voz de un sorprendido Till a pocos metros de él le hizo volver la cabeza.

—¿Till? —exclamó perplejo. Agitó la cabeza, causándose un nuevo mareo—. ¿Qué narices haces tú aquí?

Su hermano pequeño no contestó. Tenía el ceño fruncido y los labios contraídos en un

profundo gesto de desagrado. Se detuvo justo a un paso de él y le miró con enfado.

Cas se incorporó en toda su estatura y respiró hondo un par de veces. Su cerebro parecía ir despejándose por momentos, siempre y cuando no hiciese movimientos demasiado bruscos. ¿Qué demonios hacía su hermano allí a esas horas de la noche?

—¿Estás solo? —inquirió el más joven, mirando a un lado y a otro de la calle.

Cas arqueó las cejas con suspicacia. ¿A qué se refería?

—Como ves.

—¿Se ha ido Eva? —le increpó Till.

—¿Qué sabes tú de eso, tío? —respondió, enfadado. No le gustaba ni un pelo el tono con el que se dirigía a él, y menos todavía tener que dar explicaciones—. ¿A ti qué cojones te importa? —Un enorme sentimiento de culpabilidad le obligó a reaccionar a la defensiva.

—Mira, a mí me importa una mierda, Cas —le espetó Till furioso, acercando su cara a la de él y confundiéndole con tanta agresividad—, pero a Eli le ha importado bastante.

—¿Qué dices? —No era posible. Seguro que lo había entendido mal.

—He dicho que a Eli sí que le ha importado bastante ver cómo te dabas el lote con Eva en la puerta de tu casa.

Cas se quedó petrificado. ¿Qué idioteces estaba diciendo su hermano? Elisa estaba en la boda de su amiga, con Lalo..., ¿o no? De repente notó cómo se le revolvía el estómago y las náuseas comenzaban a invadirle. Tragó saliva un par de veces, intentando ahuyentar esa desagradable sensación, pero fue en vano. Apenas si tuvo tiempo de apartar a su hermano de un empujón e inclinarse entre los coches a vomitar. Los espasmos sacudieron su cuerpo, mientras el contenido de su estómago, principalmente líquido, ya que no había comido nada desde hacía horas, se vaciaba en la calzada. ¡Dios! ¡Qué horrible! No había vomitado así desde hacía años, desde que era un adolescente inexperto... ¡Qué asco! Un nuevo temblor le recorrió la espalda, pero ya no quedaba nada dentro de él que pudiese expulsar... Respiró hondo antes de incorporarse. Se llevó las manos a la frente y se la frotó con energía, como si ese gesto fuese a terminar de despejarle por completo.

Su hermano le miraba con una mezcla de irritación y pesar.

—Pero si Elisa está en la boda de su amiga... —comenzó sin mucha convicción. Ya no sabía qué pensar.

—Te equivocas. Eli está al final del paseo con un disgusto del quince porque te ha visto morreándote con tu ex —le lanzó Till a la cara.

—¡Joder! No puede ser verdad.

—Sí, tío. Me la he encontrado ahí mismo, a punto de tener un puñetero ataque de ansiedad, ¿sabes? —le habló con reproche y continuó con disgusto—. Joder, apestas a alcohol. Estás borracho.

—Pues claro que estoy borracho —repuso Cas entre dientes—. Me he bebido una puta botella de *Jägermeister* yo solo. ¿Acaso no has visto que acabo de vomitar? —continuó con amargura—. ¿Elisa está bien?

—Mejor de lo que estaba cuando he llegado —respondió Till algo más calmado al ver la cara de preocupación de su hermano mayor—. ¿Por qué te has liado con Eva? Creía que lo tuyo con Eli... no sé, creía que iba en serio...

Cas enterró la cabeza en las manos y murmuró algo ininteligible.

—He visto a Elisa llegando a la boda con el gilipollas de su prometido...

—Joder, Cas, eres mi hermano mayor, pero eres un idiota. Anoche ni siquiera le dejaste que te explicase lo que pasaba de verdad entre ella y el tal Lalo... y luego vas y te lias con Eva. —Till meneó la cabeza, exasperado.

—¿Tú qué sabes de lo que pasó anoche? —inquirió Cas, mirándole muy serio.

—Me lo ha contado ella. Me lo ha contado todo. Todo. Cómo su madre y el tío ese la manipularon, y cómo reaccionaste tú al enterarte. Ah, sí, y cómo le ha mandado a la mierda hoy mismo y se ha largado de la boda de su mejor amiga para venir a buscarte.

Cas sintió cómo se le revolvió el estómago al escuchar esas palabras. Si no hubiese vomitado antes, con toda probabilidad lo habría hecho en ese instante.

«Eres un gilipollas, Cas. Un jodido gilipollas», se recriminó a sí mismo en silencio. Cualquier vestigio de embriaguez desapareció como por encanto por efecto del shock de escuchar a Till diciéndole cómo habían sido las cosas en realidad.

—¿Dónde está Elisa? Llévame con ella.

Till echó a andar. Sin dirigirle la mirada, le contó lo que Eli le había dicho. Mientras hablaba y le ponía al corriente de todo, Cas se iba sintiendo cada vez más miserable. Aparentemente, Elisa se había dejado influir por su madre y por el gilipollas de Lalo demostrando poco juicio, pero ¿y él? ¿Qué juicio había demostrado tener él que ni siquiera había querido escucharla? Y luego se había emborrachado y se había liado con Eva.

¡Imbécil!

La zona donde Till le condujo estaba muy oscura, las farolas estaban apagadas y Cas se

esforzó por escudriñar cada rincón con atención intentando encontrar a Elisa.

—Está ahí, en el banco —murmuró Till, adelantándose.

Cas le siguió en silencio. No sabía cuál iba a ser el recibimiento. De algún modo se esperaba lo peor... Una bofetada, un insulto... Ojalá Elisa perdiese los papeles y le gritase como una loca... se lo tenía merecido, decidió.

—¿Eli? ¿Eli? —La voz preocupada de Till le alarmó.

—¿Qué pasa? —inquirió, acercándose. Allí no había nadie.

—Se ha ido —masculló Till.

Cas miró el banquito de piedra durante unos instantes con impotencia. Claro que se había ido... ¿No lo había hecho él con el corazón desgarrado cuando la había visto a ella con Lalo? Lógico que se hubiese marchado...

Todavía se sentía mareado, pero el haber expulsado la mayor parte del alcohol y la ligera brisa nocturna le habían despejado bastante. Apretó los puños. Las cosas no podían quedar así, con los malentendidos sucediéndose. Se sacó el móvil del bolsillo con decisión y la llamó. No hubo respuesta.

—No lo coge —murmuró.

—No puede haberse ido muy lejos —dijo Till—. Su coche sigue ahí. —Hizo un gesto con la mano—. Al menos ese es el coche junto al que estaba cuando la he encontrado.

Cas asintió pensativo.

—Ve tú por ahí y yo iré a la playa. Quizá haya decidido andar un poco —dijo, señalando la zona de chiringuitos.

—Ahora te veo. —Till no tardó en alejarse.

Cas abandonó el paseo marítimo y bajó a la playa de cantos rodados. Era muy incómodo andar por allí y más todavía debido a la falta de luz; tuvo que sacar el móvil en un par de ocasiones para alumbrarse el camino. No tenía ningún sentido que Elisa hubiese bajado; lo más seguro era que Till la encontrase antes que él. Se detuvo y trató de otear la oscuridad. Un par de bultos pálidos llamaron su atención cerca del agua. Se acercó.

Eran dos montones de piedras blancas, como si alguien se hubiese molestado en buscar los cantos más limpios de toda la playa y amontonarlos con cuidado.

Chasqueó la lengua, desencantado. Elisa no estaba. La playa estaba desierta.

¡Qué situación más estúpida! Meneó la cabeza con desdén por sí mismo. Se había comportado como un gilipollas. El que ella hubiese aceptado formar parte de la farsa de compromiso no terminaba de convencerle ni de gustarle, pero en resumidas cuentas, ¿qué sabía él realmente de cómo era su vida y de la presión a la que podía haberse visto sometida? El verdadero imbécil de toda esa historia era él... Solo de pensar en su propia idiotez le entraban ganas de abofetearse. ¡Dios! Esperaba que Elisa pudiera perdonarle.

—¡Cas! ¡Cas! —La voz angustiada de Till a su espalda le sacó de sus lúgubres pensamientos. Se giró demasiado deprisa y la cabeza le dio vueltas. ¡Mierda!

Till se acercaba a él corriendo con torpeza debido a las piedras. Estaba demasiado lejos como para distinguir sus facciones, pero todo en él mostraba una urgencia poco tranquilizadora. Echó a andar a su encuentro.

—¿Qué pasa? —inquirió cuando solo unos pasos los separaban. La tez de su hermano presentaba un color ceniciento y respiraba con dificultad. Cas comenzó a alarmarse.

—Tienen a Eli —consiguió murmurar al fin, apoyando las manos en las rodillas y mirándole angustiado—. La han cogido.

—¿Qué estás diciendo? —Cas se acercó y le sujetó por los hombros, obligándole a incorporarse—. ¿Quién tiene a Elisa? ¿Qué cojones dices? —El tono de su voz se elevó en varios decibelios.

—Los Albescu. Los Albescu se la han llevado —farfulló Till apartando la mirada. Algo parecido a un sollozo emergió de su garganta.

—¡¿Qué demonios estás diciendo?! —gritó Cas, zarandeándole con violencia. Las palabras pronunciadas por su hermano habían tenido un efecto parecido a una mano helada estrujándole el corazón.

—Me acaba de llamar Bogdan, el pequeño de los Albescu, para decirme que tienen a mi chica, que se la acababan de llevar de aquí... —balbuceó—. Habrán confundido a Eli con mi chica... No sé...

Cas se le quedó mirando, sin verle en realidad. Terribles imágenes de lo que le podían estar haciendo a *su* chica en ese mismo momento desfilaron ante sus ojos. Las pulsaciones se le dispararon y un sudor frío cubrió todo su cuerpo.

¡No! ¡No! ¡No! ¡No podía ser verdad! ¡Tenía que haber un error!

Trató de calmarse y respiró hondo, pero su cuerpo temblaba de furia.

—Dime exactamente lo que te ha dicho —murmuró entre dientes, clavando los ojos en el demudado rostro de su hermano. Al ver que no respondía de inmediato le sacudió—. ¡Joder! ¿Qué te ha dicho?

—Que... que... tenían a mi chica..., y que si no le daba... el... el dinero le iban a hacer daño... —tartamudeó—, y que se la habían llevado de aquí... y me ha dicho cómo va vestida para que no dude de que es ella a quién tienen... —terminó con más firmeza aunque con la voz temblorosa.

Cas le soltó y se dio la vuelta. Se pasó las manos por la cabeza, intentando aclarar sus pensamientos. ¿Qué cojones estaba pasando? ¿Por qué se habían llevado a Elisa? Pero si la deuda había sido saldada... ¿A qué demonios jugaban los Albescu? Algo no cuadraba.

—No me encaja —murmuró con el ceño fruncido—. Bajram ha pagado ya tu puta deuda. Al menos eso ha dicho. Él ya lo ha aclarado todo con Viorel.

—No me ha llamado Viorel. Ha sido Bogdam.

—¿Y? ¿No trabajan juntos?

Till pareció dudar. Cas se giró y le miró impaciente, esperando su respuesta.

—Bogdam es un poco... impulsivo... Está algo... desequilibrado...

—¡De puta madre! —exclamó Cas con un bufido sarcástico—. Solo nos faltaba ya un loco para «equilibrar» la puñetera ecuación. —Se acercó a Till de dos zancadas y le cogió por los hombros. Le miró a la cara con desesperación—. Till, te juro que como le pase algo a Elisa... Te juro que... —Las palabras se le quedaron atascadas en la garganta. Un gruñido desesperado las sustituyó. Soltó a su hermano que le miraba con esos ojos tan parecidos a los suyos llenos de lágrimas—. Llama a Jan y dile que venga ahora mismo a mi casa. ¡Ya! —gritó. Y echó a andar, sin cerciorarse de si Till le seguía o no.

Capítulo Cuarenta y Ocho

Eli comenzó a despertarse. Sentía cómo todo le daba vueltas en la cabeza y aunque trató de abrir los ojos no pudo. Los párpados le pesaban muchísimo. Se llevó la mano a la frente, para descubrir, sorprendida, que también el brazo le pesaba una barbaridad.

«Qué extraño», pensó confusa. «No he bebido tanto en la boda, pero parece que tengo resaca».

La superficie sobre la que se hallaba tendida era dura y fría y algo punzante se le clavaba en la cadera. Intentó abrir los ojos de nuevo, y esta vez lo consiguió, pero la oscuridad del lugar le impidió distinguir dónde se hallaba. Parpadeó varias veces y trató de moverse, pero la cabeza seguía dándole vueltas.

De pronto, el recuerdo de lo que había sucedido irrumpió con fuerza en su confundida mente. Gimió, angustiada y se incorporó con brusquedad. A pesar de las náuseas que la invadieron lo consiguió. Se sentó erguida y trató de enfocar con la vista. Según pasaban los segundos, iba distinguiendo su entorno con más claridad.

Estaba en el suelo de lo que parecía ser un almacén no demasiado grande, o al menos la habitación donde ella se encontraba no lo era. Tanto el techo como las paredes eran metálicas y estaban cubiertas de múltiples estanterías vacías. Al fondo destacaba una puerta, también de metal. La única luz la proporcionaba una miserable bombilla que pendía del techo al lado de la puerta.

Se llevó la mano al cuello donde había recibido el pinchazo y aunque no notó nada al tacto, el dolor que sintió al presionar, le confirmó que lo que acababa de recordar era cierto.

¡La habían secuestrado!

Se le aceleró la respiración. Miró a su alrededor con nerviosismo, buscando algo que le diese una idea de dónde podía estar, pero excluyendo las estanterías, el almacén estaba vacío. Palpó con las manos, ansiosa por localizar el objeto que se le clavaba en la cadera, pero se dio cuenta de que solo era el pico de una baldosa mal encajada.

Se puso de pie con dificultad. No sabía qué era lo que le habían inyectado, pero los efectos no habían desaparecido del todo. Notaba las piernas temblorosas, como si fuesen de gelatina. Se agarró con firmeza a las estanterías para sostenerse.

Apenas si recordaba la cara del hombre que la había cogido en la playa. Solo tenía una vaga impresión de que era alto, fuerte y moreno. Lo que más le había llamado la atención eran sus ojos, oscuros y sin vida, apagados... Si en verdad los ojos eran el espejo del alma, entonces ese

hombre no debía poseer ninguna... Se le puso la carne de gallina al recordar su mirada clavada en ella cuando le había dicho aquellas palabras con voz chirriante..., primero en su idioma, y después en español, con un marcado acento; no uno suave como el de Cas, sino uno más fuerte, como si no llevase demasiado tiempo en España. Se estremeció al recordar la brutalidad con que la había agarrado por la cintura y se frotó las mejillas con las manos, como si ese gesto pudiese borrar el contacto de la mano con la que había estado a punto de asfixiarla.

Se agachó, no sin esfuerzo, y se quitó las sandalias. Sus piernas vacilantes se lo agradecieron, aunque el suelo estaba congelado. Agarrándose a la estantería se fue acercando a la puerta y a la única fuente de luz del pequeño recinto. No tendría más de sesenta o setenta metros cuadrados, pero aun así le costó llegar hasta el otro lado. Sus articulaciones parecían no querer colaborar con ella y la cabeza le daba vueltas como si fuese un enorme carrusel.

Al fin, apoyó la frente contra la puerta jadeando debido al esfuerzo. Buscó pero no halló ningún picaporte. Pegó la oreja al frío metal, tratando de escuchar. Unas voces masculinas llegaron hasta ella, distorsionadas por la distancia. Hablaban en un idioma que no pudo entender pero semejaban estar discutiendo, dado el tono y el volumen.

Se preguntó por qué la habrían cogido a ella. Con toda probabilidad sabían quién era y quisiesen pedir un rescate. Su familia tenía dinero, mucho dinero y gracias a su madre y a su ostentosa forma de mostrarlo, todo el mundo lo sabía. ¿No estaban a la orden del día los secuestros exprés de gente importante, y no tan importante?

¡Ojalá solo se tratase de eso!

No quería ni debía pensar en nada peor, pero imágenes de chicas blancas, que eran raptadas para ser vendidas a hombres depravados, acudieron a su mente sin que pudiese hacer nada por evitarlo. ¡No podía ser! Eso era cosa de las películas... Eso no sucedía en un pueblecito costero de España... ¿o sí? Se le puso la carne de gallina. Un lamento se escapó de su boca. Rápidamente se la tapó, intentado contenerlo. Era mejor que sus secuestradores no supiesen que había recobrado el conocimiento, decidió.

Derramando amargas lágrimas y con las piernas todavía vacilantes, se dirigió al fondo de su «prisión» y se dejó caer en el suelo. Apoyó la espalda contra la estantería, encogió las rodillas pegándolas al pecho y se abrazó a sí misma, sin quitar la vista de la puerta. Silenciosos sollozos sacudían su cuerpo.

«¡Por favor, por favor, por favor, que esto acabe pronto».

Capítulo Cuarenta y Nueve

Cas había salido al balcón hacía unos minutos. No soportaba seguir dentro de su apartamento esperando, sin poder hacer nada. Se agarró con firmeza a la barandilla y contempló el oscuro horizonte sin verlo. Una vena le palpitaba en la sien.

Hacía horas que Jan había llegado y que le habían puesto al corriente de la situación. Al igual que les había sucedido a él y a Till, la sorpresa le había dejado estupefacto. Se habían apresurado a llamar a Bajram y pedirle explicaciones, pero este no había podido decirles nada. Su voz había sonado fría como el hielo a través del manos libres, cuando les había prometido ocuparse del asunto. Para él, el tema había quedado solucionado y zanjado con Viorel, y si el hermano pequeño de los Albescu había decidido trabajar por su cuenta..., alguien iba a tener que pagarlo caro, muy caro. A pesar de ser quién era, Bajram parecía seguir un estricto código de honor.

Habían deliberado sobre la conveniencia de informar a la policía, pero después de sopesar los pros y los contras habían decidido no hacerlo. No tenían ni idea de cómo reaccionaría Bogdam si intervenía la policía. Tenían más opciones con Bajram y con su gente.

No obstante ya habían pasado horas desde la conversación que habían mantenido con él, y no habían vuelto a saber nada más. Silencio absoluto.

Silencio desesperante.

Jan se mantenía taciturno y pensativo sentado en el sofá, con la mirada clavada en el móvil que sostenía en la mano. Semejaba estar calmado. Till, por el contrario, no paraba de moverse inquieto y de mirar a Cas de reojo con la culpabilidad reflejada en su semblante.

Cas no había podido soportar estar ahí, en la misma habitación en la que había discutido con Elisa solo veinticuatro horas antes, sin saber si ella estaba bien ni dónde se encontraba, y sin poder hacer nada al respecto. Había salido al balcón, huyendo del opresivo ambiente que se había creado entre los tres.

«¡Dios! Como le pase algo... no me lo voy a perdonar nunca. ¡Es mi culpa! ¡Mi culpa que ella esté en esta situación! ¡Mía y de mi familia!» Se llevó la mano al pecho, como si ese gesto pudiese aliviar el dolor que parecía haberse concentrado allí. Cerró los ojos y respiró hondo.

Pensamientos positivos y negativos se alternaban en su cabeza. Quizá Bajram lo solucionase todo y pudieran recuperar a Elisa sana y salva..., pero si el tal Bogdam era un demente como afirmaba Till, entonces a lo mejor ni el mismo Bajram conseguiría que saliese ilesa de todo aquello.

«¡Para, Cas, para! No puedes pensar así o te vas a volver loco. Elisa está bien. Todo va a salir bien», intentó tranquilizarse.

Levantó la cabeza y clavó la mirada en ese cielo sin luna y sin estrellas. No era religioso, pero la angustia podía inducir a las personas a tomar medidas desesperadas.

—Te juro que si me la devuelves, voy a dedicar cada día de mi vida a compensarla. Voy a vivir solo para ella. La voy a adorar como ningún hombre jamás ha adorado a una mujer..., solo... devuélvemela —susurró entre dientes. Lo que había pretendido que sonase como una plegaria, se había convertido en una amenaza—. Joder, tú devuélvemela... —masculló con fiereza cerrando los puños.

—¡Cas! ¡Tienes que ver esto!

La alarmada voz de Jan llegó hasta él desde el interior de la vivienda. Se dio la vuelta y de dos zancadas se encontró junto a sus hermanos. Ambos le miraban horrorizados. Jan tenía el móvil de Till en la mano. Cas miró la pantalla, que mostraba un vídeo.

Jan dio al *play*.

A Cas se le heló la sangre en las venas al ver las imágenes.

Capítulo Cincuenta

Eli se despertó con violencia al sentir como una mano la agarraba por el pelo y tiraba de ella con fuerza. Los ojos se le llenaron de lágrimas al instante por efecto del dolor. Clavó la mirada en el individuo que acababa de levantarla de tan horrible manera. Los ojos negros sin vida la contemplaban con fijeza.

—*Despierta, curvă, no pongas cómoda* —le susurró en la cara con esa tenebrosa voz que conseguía ponerle los pelos de punta. Contuvo las ganas de gritar. ¿Quién sabía de lo que podía ser capaz ese monstruo si le desafiaba?

Él la miró de arriba abajo por espacio de unos segundos antes de soltarla, luego se dio la vuelta y se acercó a otro hombre, que había permanecido junto a la puerta. Le dijo algo en su idioma.

Elisa se agarró a la estantería, tratando de controlar los temblores de su cuerpo, sin éxito. El pelo que hasta hacía unos minutos había mantenido recogido, ahora le caía suelto por encima de los hombros debido a la brutalidad de ese... animal. Su crueldad la había dejado desorientada. Ni siquiera sabía cómo había sido capaz de quedarse dormida en aquella espeluznante situación.

Contempló a los dos hombres que conversaban junto a la puerta entre los mechones de su pelo. Su captor era más alto, más fuerte y más fiero que el otro, pero ambos parecían luchadores profesionales o porteros de discoteca, enormes y compactos. Se dio cuenta de que una simple bofetada de uno de ellos podía muy bien terminar con ella. El miedo le atenazó la garganta cuando fue consciente de que el que ambos estuviesen allí delante, mostrándole sus caras, no era muy buena señal. Si pretendían cobrar un rescate y luego soltarla, no era lógico que le dejaran ver sus rostros, ¿no? Intentó contener el sollozo que pugnaba por salir de su boca. No quería llamar la atención ahora que parecían haberse olvidado de su presencia.

Se equivocaba. No la habían olvidado. El otro, el menos fornido, se aproximó, y sin mirarla a los ojos ni mediar palabra la cogió por el brazo y tiró de ella. De poco le sirvió resistirse; aunque intentó aferrarse a la estantería, la rudeza del hombre hizo que se soltase. La arrastró hasta el centro de la habitación y se situó tras ella.

Ella comenzó a respirar con agitación. El miedo a lo que pudiese pasar a continuación la tenía petrificada. Al fin, fue capaz de encontrar su voz.

—No... no me hagáis daño —susurró—. Mi familia pagará..., pagará lo que les pidáis...

La profunda carcajada que surgió del pecho de su captor fue pavorosa. La miraba con una mueca de algo que podía ser una sonrisa pero que en su rostro parecía otra cosa. Solo subía un lateral de la boca para sonreír, y la confusa y asustada mente de Eli pensó que se parecía a

Sylvester Stallone.

—*Claro que pagan. Tu novio paga si no quiere que ese bonito cara tuyo ya no sea tan bonito* —anunció con lentitud, regodeándose en su miedo.

Eli frunció el ceño, sorprendida. ¿Su novio? ¿Lalo? No entendía nada. ¿Por qué no sus padres?

—*El novio tuyo va a pagar a mí lo que me debe* —masculló sin quitarle la vista de encima. Se metió la mano en el bolsillo y sacó un móvil—. *Se acabó hacer negocios con mi hermano. Ahora es yo el que ocupo de cosas y si Till quiere volver a verte tiene que pagar a mí.*

¿Till? Pero... ¿qué estaba diciendo? ¿Cómo había llegado a la conclusión de que Till era su novio? ¿Qué estaba pasando? Iba a protestar cuando el falso Sylvester Stallone le hizo un gesto a su socio y Eli sintió un brazo de hierro rodeándole el pecho. Se tensó inmediatamente y comenzó a revolverse, pero la hoja del enorme cuchillo que apareció ante sus ojos, hizo que se quedase quieta, muerta de miedo.

Su captor comenzó a reírse de nuevo. Luego la enfocó con el móvil y ella pudo ver cómo el flash del mismo se encendía, iluminando la escena. Sintió el filo del cuchillo apoyado en un lateral de su cuello y trató de no mover ni un músculo. Esos dos maniacos parecían dispuestos a cualquier cosa. Un par de lágrimas se derramaron por sus mejillas.

—*Por si no me crees antes, mira. Tenemos tu novia y si no traer dinero al muelle de carga del puerto, en dos horas, tu chica ya no tan guapa como antes* —dejó escapar una risotada—. *Di algo puta. Di algo, vamos.* —Al ver que ella no decía nada, frunció el ceño enfadado—. *¡He dicho que dices algo, kurvã de rahat!*

El hombre que estaba tras ella apretó el cuchillo con fuerza y Eli sintió un dolor lacerante en el cuello. No necesitó notar las gotas de sangre rodando por su pecho para saber que la había herido; la cara de placer enfermizo de su captor lo decía todo.

En ese preciso instante supo que iba a morir. Esos hombres no iban a soltarla cuando tuviesen el dinero. No.

Sollozó impotente.

—Por favor... —balbuceó—. No me hagáis daño...

—*Tú ves vamos en serio. Lo dicho. Dos horas en muelle. Te llamo para decir punto exacto.*

La luz del flash se apagó y el hombre que estaba tras ella la soltó. Eli cayó al suelo, desmadejada. Se llevó la mano al cuello y se palpó la herida con cuidado. El corte no era profundo, pero dolía bastante. La puerta se abrió y volvió a cerrarse con el característico sonido metálico. Después solo el silencio se quedó allí para acompañarla.

Las palabras de su captor resonaron en su mente.

... si Till quiere volver a verte tiene que pagar a mí...

Asintió con la cabeza. Poco a poco, todas las piezas iban encajando en su lugar. Ese debía ser el problema del que Cas no había querido hablarle. Till debía haber adquirido algún tipo de deuda con esa... gente..., y la estaban utilizando a ella para poder cobrársela... Lo que no acababa de entender era por qué pensaban que ella era su novia... Quizá los habían visto juntos en la playa aquella noche.

Lo que estaba claro era que el secuestro o lo que fuera, no tenía nada que ver con ella o con sus padres. Se preguntó en silencio si Till y su familia —Cas— tendrían el dinero necesario para poder pagar a esos hombres, y si así era, cuál sería el desenlace de todo aquello. Un temblor le recorrió la espalda. La actitud de sus captores no presagiaba nada bueno.

Apoyó las manos en el suelo y se incorporó con esfuerzo. Bajó la mirada y la clavó sobre el que hasta hacía unas horas había sido un vestido maravilloso. La pechera comenzaba a teñirse de rojo. Se agachó, agarró el bajo y lo rasgó. Al cabo de unos segundos tenía unas cuantas tiras de tela en las manos, que se ató al cuello con suavidad, para detener el flujo de sangre.

Como si el hecho de haberse vendado la herida la hubiese motivado, en vez de volver al fondo de la habitación y acurrucarse contra la pared, comenzó a dar pequeños paseos por el vacío almacén. Sentía el suelo de congeladas baldosas bajo la planta de sus pies. Su mente, que había estado medio paralizada por el miedo, empezó a despejarse.

El vídeo se lo iban a enviar a Till. Y este con toda probabilidad se lo enseñaría a sus hermanos, ¿no? ¿No acudía siempre a ellos cuando tenía problemas y necesitaba ayuda? Deseaba creer que así era.

Cas iba a ver el vídeo. Cas iba a saber lo que estaba sucediendo. Cas iba a sacarla de allí. No sabía cómo, pero lo sabía.

Solo esperaba que llegase a tiempo.

Capítulo Cincuenta y Uno

Cas tenía el móvil de Till en la mano y volvía a reproducir el vídeo por tercera vez. La primera, apenas había podido entender las palabras del que Till había dicho que era Bogdam; había estado demasiado alterado viendo como el hijo de puta del cuchillo le cortaba el cuello a su chica. La ira había provocado que un rugido casi animal se formase en su pecho y surgiese de su garganta, ahogándole, ahuyentando toda cordura de su cerebro. Había tenido que volver a poner el vídeo, que apenas duraba treinta segundos para poder escuchar las palabras del psicópata de Bogdam.

Jan estaba llamando a Bajram y Till se había sentado en el sofá con la cabeza enterrada en las manos. Estaba llorando.

Cas levantó la mirada de la pantalla del móvil y estuvo a punto de acercarse a su hermano pequeño y abofetearle. ¿Qué derecho tenía él a llorar? ¿*Qué derecho?* Elisa no era su chica, era la *suya*, la de Cas, y él no lloraba por ella. *No lloraba.*

Volvió a mirar el vídeo. La expresión aterrorizada de Elisa le partía por la mitad... Se le iba a quedar grabada a fuego en su mente. Nunca más la iba a olvidar.

—Bajram dice que ahora nos llama. Va a informar a Viorel de lo que acabo de contarle — Jan se acercó, guardándose el teléfono en el bolsillo.

—¿Y nosotros? ¿Nosotros qué hacemos, mientras tanto? ¿Esperar como unos gilipollas? — exclamó Cas con la voz ronca y un brillo salvaje en la mirada.

No obtuvo respuesta porque en ese instante sonó el timbre de la puerta, sobresaltándolos a todos. Jan y Cas se miraron con el ceño fruncido, e incluso Till levantó la cabeza, alarmado.

—¿Esperas a alguien? —preguntó el mayor.

—No me jodas, tío, son las cinco de mañana. ¿Quién cojones iba a venir a estas horas?

—No sé. Pero hay alguien en la puerta.

El timbre volvió a sonar, esa vez con más insistencia.

Cas dejó escapar un exabrupto antes de dirigirse a la puerta de dos zancadas. Miró por la mirilla y al ver quién era la persona que se encontraba fuera, apoyó la frente contra la hoja de madera con resignación. Respirando hondo, abrió.

Un torbellino en forma de mujer accedió al apartamento.

—¿Dónde está Eli? —preguntó Tana sin detenerse. Llevaba unos vaqueros cortos y una camiseta blanca y parecía haberse recogido el pelo con precipitación, ya que la coleta que lucía en su cabeza estaba torcida.

—No está aquí —masculló Cas, sabiendo que esa respuesta en modo alguno iba a satisfacerla. Cerró la puerta y la siguió—. ¿Cómo sabías mi dirección?

—Eli nos dijo dónde vivías hace semanas —repuso haciendo un gesto vago con la mano.

Se detuvo en medio del salón y observó a Till y a Jan con hostilidad y desconfianza. Se cruzó de brazos y esperó a que alguien dijese algo.

—Sé que ha venido. Su coche está aparcado abajo. Acabo de verlo, así que no me digas que no ha estado aquí, ni nada por el estilo. ¿Dónde está? —increpó a Cas, dándose la vuelta y encarándose con él.

Él se la quedó mirando sin saber qué decir. ¿Qué podían contarle? ¿Que el gilipollas de su hermano se había mezclado con quien no debía mezclarse, y que a cambio un psicópata se había llevado a Elisa para exigir el pago de una deuda? Sonaba descabellado, y sin embargo, al ver la determinación en el semblante de la chica, supo que no iba a conformarse con una verdad a medias.

Dejó caer los hombros con derrotismo.

—De veras que no está. Será mejor que te sientes.

Tana comenzó a abrir la boca pero debió percatarse de la angustia en su voz, porque una expresión alarmada acudió a su rostro. Se sentó al lado de Till, que se apartó para hacerle sitio.

—Déjame a mí —intervino Jan en ese momento, cogiendo a Cas del brazo. Este se soltó con suavidad y negó con la cabeza. Por más que le doliese debía ser él el que le dijese a Tana lo que había pasado.

Y así lo hizo. Le relató los acontecimientos según habían sucedido. Con la voz vibrante de desprecio por sí mismo le contó lo de Eva. Luego le explicó que Till había estado hablando con Eli en la playa y cómo, cuando la había dejado sola, se la habían llevado. Con bastante más dificultad le informó de la llamada y le habló incluso del vídeo.

Ella le escuchaba en silencio, sin interrumpirle, lo que él agradeció, ya que el simple hecho de hablar de lo que estaba sucediendo le hacía sentir un dolor sordo en el pecho.

—Hay algo que no entiendo —comenzó ella con voz temblorosa una vez que él se quedó callado. No se había movido del sofá, pero se percibía que todos sus músculos estaban en tensión—. ¿Por qué se la han llevado esos hombres? ¿Quieren pedirle un rescate a su familia? ¿Saben quién es? ¿Y por qué os han avisado a vosotros y no a ellos?

—Ahora sí —intervino Jan antes de que Cas pudiese decir nada—. Déjame a mí. —Y con voz profunda y calmada le contó lo de Till. No todo ni muy específicamente, pero lo suficiente para que ella entendiese por qué estaba pasando aquello.

Cas se dirigió a la cocina. Desde allí observó la escena como si de una representación teatral se tratase y él un mero espectador. En su interior, agradeció que Jan le hubiese tomado la palabra. Tenía sentimientos encontrados con respecto a su hermano pequeño y no se veía capaz de ser tan benevolente como su hermano mayor. Había evitado en todo momento pensar en la implicación de Till en todo aquello, porque si lo hacía..., si lo hacía, quizá terminase por darle una buena paliza.

Till ya no lloraba como había hecho antes; tenía la cara petrificada. Parecía esculpido en mármol, allí, junto a la mejor amiga de la mujer que se encontraba en esa situación por su culpa.

Tana comenzó a temblar con violencia al comprender el alcance de lo que estaba sucediendo. Agarró el bolso que tenía en el regazo con mucha fuerza, y una mueca de furia desfiguró su bello rostro. Lentamente se dio la vuelta y miró a Till, que le devolvió la mirada con la súplica brillando en ella.

De pronto, Tana abofeteó a Till con todas sus fuerzas dos veces. La última de ellas de tal manera que cuatro largos y profundos arañazos aparecieron en su mejilla izquierda. Él no se inmutó. Aceptó los golpes con estoicismo, como si ese fuera un más que merecido castigo.

Todo había sucedido demasiado rápido como para que ninguno hubiera podido intervenir.

Jan se acercó, pero Tana le hizo un gesto con la mano. Parecía muy calmada. Respiraba con dificultad, pero nada más delataba su grado de excitación.

—Ya. No hace falta que me sujetes. No voy a volver a golpearle —dijo en voz baja, pero firme. Y se incorporó, mirando a Till con un profundo desprecio. Él se limitó a bajar la vista. Ni siquiera se limpió la sangre que manchaba su mejilla—. No puedo con la gente débil como tú, ¿sabes? Te juro que como le pase algo a Eli...

—Estamos intentando encontrar una solución —la interrumpió Jan.

—¿Solución? —gritó ella, apartándose del sofá—. ¿Habéis llamado a la policía?

—La policía no tiene nada que hacer. Tardarían días en encontrarla... —intervino Cas—. Tenemos a alguien mejor.

—¿Alguien mejor que la policía? Alguien fuera de la ley querrás decir... ¿La puñetera mafia o algo así? —Ella le contempló incrédula por espacio de unos segundos, después meneó la cabeza con pesar—. Y yo que llevo semanas animando a Eli a que no tenga miedo y reconozca que te quiere... y resulta que por tu culpa, *por vuestra culpa* está metida en esto... ¡Dios! ¡Qué equivocada estaba! Has resultado ser peor que Lalo... Más dañino y más nocivo... —De pronto

se tapó la cara con las manos y empezó a llorar.

Cas la miró con impotencia. Él mismo hubiese deseado enterrar la cara en las manos y llorar como estaba llorando ella. Se acercó y le palmeó la espalda con suavidad. No existían palabras de consuelo para ninguno de los dos. ¡Qué razón tenía al decir que había resultado dañino y nocivo para Elisa! ¡Cuánta razón!

Clavó su ausente mirada en el rincón donde su perra dormitaba, y apretó la mandíbula. Se juró a sí mismo que aunque fuera lo último que hiciese en su vida, iba a sacar a Elisa de toda esa mierda donde se encontraba gracias a su familia... y después ya se vería... Después ya se vería si era demasiado nocivo... o si ella le daba la oportunidad de redimirse...

La música irlandesa del móvil de Jan rompió el silencio, alarmándolos a todos.

—Es Bajram —murmuró su hermano antes de cogerlo.

Al escuchar aquello Cas se acercó a Jan, y se apartó de Tana, cuyos sollozos habían ido apagándose poco a poco. Este tenía una expresión tensa en el rostro pero asentía con la cabeza. No tardó más de cinco segundos en colgar.

—Ya saben dónde está Bogdam y van a buscarle. Me ha dado la dirección.

—Perfecto. Vamos —gruñó Cas, dirigiéndose hacia la puerta con decisión.

—¡Espera! —exclamó Jan a su espalda.

—No me jodas, Jan. No pienso esperar una mierda.

—No hablaba contigo. Se lo decía a ella. —Señaló a Tana con la mano, que se había apresurado a ir tras Cas.

—No me digas que yo no voy —comenzó ella, con fiereza.

—Claro que tú no vienes con nosotros. —Cas se dio la vuelta y la miró con seriedad—. No tenemos ni idea de qué nos vamos a encontrar, Tana. Y esa gente es peligrosa. Seguro que hay armas de fuego de por medio... —Al ver que no lograba convencerla, se pasó la mano por el pelo con exasperación—. Joder, Tana, si vienes con nosotros, es probable que seas más una carga que una ayuda.

—Tiene razón —intervino Jan—. Es mejor que nos esperes aquí. Dame tu número de teléfono y te prometo que en cuanto sepamos algo, yo te llamo.

Tana le miró poco convencida.

—No podemos perder más tiempo, ¡joder! —exclamó Cas con furia.

Ella pareció darse cuenta por fin de que los estaba retrasando. Le dictó a Jan su número, y este se apresuró a guardarlo en la memoria del móvil. Luego abandonaron el apartamento. Cas iba delante con los puños apretados y la mandíbula tensa. Toda su postura irradiaba determinación. Jan le seguía con algo más de calma pero igualmente decidido. Cerraba la pequeña comitiva un silencioso Till. Los cuatro arañazos sanguinolentos destacaban sobre su pálida mejilla.

De pronto y sin la presencia de los tres hermanos, el piso parecía más grande, más inhóspito... Tana se sentó en el sofá y miró a la perra que roncaba en su rincón, ajena a la agitación de los humanos.

—Nos hemos quedado solas —murmuró en voz muy baja—. Ahora solo nos resta esperar.

Capítulo Cincuenta y Dos

Algo estaba pasando al otro lado de la puerta. Señales innegables de revuelo llegaban hasta ella y varias voces enfadadas se mezclaban unas con otras. Parecía haber más de dos personas discutiendo, no solo Sylvester Stallone y el otro, alguien más había llegado al almacén y se había enzarzado en una disputa a gritos con sus dos captores.

Eli pegó la oreja al frío metal y trató de descifrar lo que estaba sucediendo, pero le resultó imposible. Hablaban en otro idioma. Escuchó golpes y algo como el sonido de una puerta pesada cerrándose.

«A lo mejor viene alguien a rescatarme», se dijo con optimismo.

Se apartó de la puerta y se dirigió al fondo del almacén. No tenía ni idea de cuántas horas llevaba allí dentro, ni si era de día o de noche, pero la temperatura había bajado varios grados desde que había llegado. Se abrazó a sí misma para entrar en calor. Notó cómo la carne se le ponía de gallina y se frotó los brazos. Además del frío, el hambre había comenzado a acuciarle, y aunque el dolor de la herida del cuello ya no era tan profundo, seguía notándolo cada vez que movía la cabeza. Ya no sangraba, gracias a Dios, pero la parte frontal de su vestido estaba cubierta de sangre seca y se pegaba desagradablemente a su cuerpo.

Después de la horrible experiencia del «rodaje» del vídeo, había intentado encontrar algo con lo que poder defenderse de alguna manera de aquellos cerdos, en caso de que volviesen a buscarla. Había tanteado las estanterías buscando algún tornillo suelto que pudiese utilizar, pero sin éxito. Todos parecían bien ajustados, y se había destrozado las manos intentando aflojarlos. En su desesperación, había tratado incluso de desprender la baldosa mal colocada que con anterioridad se le había clavado en la cadera, pero después de muchos forcejeos y de que sus dedos comenzaran a sangrar, había desistido. No había podido moverla ni un milímetro. En un último y desesperado arranque, había roto los tacones de sus sandalias de mil quinientos euros y había pensado utilizarlos para defenderse, pero pronto se había dado cuenta de lo absurdo de su idea, ni eran lo bastante resistentes ni ella tenía la fuerza requerida para utilizarlos como arma. Con desesperación, había asumido que no tenía ningún recurso.

Los ruidos al otro lado de la puerta se apagaron o al menos ya no llegaron hasta ella con tanta claridad. O bien habían alcanzado un acuerdo, o se habían alejado. Se permitió el lujo de relajarse unos segundos. Por enésima vez se preguntó si Till habría recibido el vídeo y si Cas lo habría visto. Cerró los ojos, intentando controlar su ansiedad. El pensar en Cas hacía que se sintiese inquieta y esperanzada al mismo tiempo. No sabía por qué pero tenía la sensación de que si alguien iba a sacarla de allí, era él. Ni la policía, ni su familia...

Nadie.

Solo Cas podía rescatarla.

Sabía que no era lógico, que Cas no tendría los recursos necesarios para enfrentarse a ese tipo de gente, pero una parte de ella estaba convencida de que solo él iba a ser capaz de salvarla.

Con los ojos cerrados se apoyó contra la estantería y rememoró su imagen.

Recordaba a la perfección cada rasgo de su cara, cada gesto, la forma cómo fruncía el ceño cuando algo le molestaba, las diminutas arruguitas que se formaban en torno a sus ojos cuando se reía, la chispa traviesa en sus ojos azules cuando le decía algo que sabía que a ella la iba a avergonzar, la suavidad de sus labios cada vez que la besaba, su olor tan masculino..., su voz ronca con ese acento tan sexy... Y sobre todo y lo más importante..., su sinceridad. Esa sinceridad con la que desde el primer momento la había conquistado.

Era imposible no querer a ese hombre.

Por más que sus mundos se encontrasen a años luz de distancia y que no tuvieran nada en común... Él había sido el que le había abierto los ojos y le había mostrado lo vacío de su existencia...

Cas.

Sintió cómo se le encogía la garganta solo de pensar que no iba a volver a verle nunca más, y un dolor sordo comenzó a expandirse por su pecho. La respiración se le aceleró.

¡No!

¡No pensaba dejar que aquello sucediese! Apretó los puños con determinación. Siempre se había tenido por una cobarde, pero desde que había conocido a ese hombre, cada vez se sentía más fuerte, más decidida. Una especie de extraña valentía empezó a crecer en su interior. Si tenía que defenderse con uñas y dientes de sus asaltantes para salir de allí, lo haría.

Por supuesto que lo haría.

De pronto la puerta se abrió con violencia, golpeando contra la pared de metal. Se llevó la mano al pecho, intentando detener los latidos de su desbocado corazón.

Stallone entró en su habitáculo y se dirigió a ella con el ceño fruncido por el enfado, aunque decir eso era quedarse corta, la verdad. Semejaba estar furioso, muy furioso. Tenía el rostro, ya de por sí poco atractivo, deformado por la ira y sus ojos oscuros irradiaban maldad. La agarró con brutalidad por el brazo y la arrastró tras de sí como si fuese una muñeca.

—*Parece que mi hermano decide unir al enemigo y dar espalda*—chirrió con su odiosa voz—. *Voy a tener que usar tú como prenda, puta. Si mi hermano y jodido albano no quieren ver tu carita destrozada tienen que darme lo que pido.*

Se sacó un cuchillo de la parte trasera del pantalón, parecido al que su socio había utilizado para cortarle el cuello, y Eli sintió cómo el miedo le paralizaba el corazón.

¡Tenía que hacer algo!

Trató de resistirse pero fue en vano, él era demasiado fuerte y parecía muy determinado a sacarla a rastras de allí si era necesario. Gruñó algo en su idioma y la miró con un odio profundo.

—*Debes ser muy importante para alguien si puto Bajram ha venido a sacar tú de aquí.* — La carcajada que siguió a sus palabras hizo que a Eli se le helase la sangre en las venas. ¿Quién era ese albano que había venido a rescatarla? No entendía nada. Apretó los puños con fuerza.

Stallone tiró de ella con tanta fuerza que estuvo a punto de dislocarle el brazo. Un gemido de dolor se escapó de sus labios, pero él no se detuvo. La arrastró tras él con el enorme cuchillo en la otra mano.

Al parecer, el almacén que había sido su prisión, se encontraba en el piso superior de una gran nave industrial. Al final de la plataforma metálica a la que su captor acababa de remolcarla, había una empinada escalera también de metal que descendía al piso de abajo. No habría más de cien metros hasta allí, calculó Eli con rapidez. Frenéticamente buscó con la mirada y descubrió un par de hombres en la planta inferior, a la izquierda, junto a un montón de cajas apiladas. A la derecha, un portón que se encontraba abierto, dejaba pasar la sucia luz del amanecer. Valoró sus posibilidades y decidió que era factible. No sabía de dónde estaba sacando toda esa sangre fría; debía ser su instinto de supervivencia que se había despertado al ver el cuchillo.

Uno de los hombres de abajo gritó algo y su captor se inclinó sobre la barandilla para contestarle. Se distrajo. Y Eli comprendió que el momento de actuar había llegado.

Recordando a la perfección, que hacía años su hermano Poncho le había dicho que la mejor manera de dar un puñetazo era manteniendo el pulgar fuera de la mano para no rompérselo, alzó el puño, y aprovechando que él no la miraba, lo estampó contra su nariz con todas sus fuerzas. Sintió cómo si la mano se le fuese a partir por la mitad, tan intenso fue el dolor, pero no perdió el tiempo ni se entretuvo en ver el resultado obtenido por su acción. En el instante en que oyó el grito de él y sintió su brazo libre, echó a correr como alma que llevaba el diablo hacia la escalera. El suelo de metal vibró bajo sus pies.

Una respiración jadeante a su espalda puso alas a sus pasos, y en menos de lo esperado se encontraba frente a la escalera. Giró apenas la cabeza para calcular la ventaja que le sacaba a su captor y al ver los escasos dos metros que los separaban, una horrible sensación comenzó a expandirse por su pecho.

Se sujetó con firmeza a la barandilla, ahogando un gemido, ya que la mano le dolía horrores. Ignorando el dibujo metálico de la escalera que se clavaba en las plantas de sus desnudos pies, se apresuró a descender con la respiración acelerada y el terror atenazándole la garganta.

Solo había bajado un par de escalones cuando una mano enorme y áspera la agarró por el cuello. El pavor la invadió. Se retorció y trató de zafarse con todas sus fuerzas, girando el cuerpo casi en el aire. Los ojos que siempre le habían parecido muertos y sin vida refulgían perversos en ese rostro desfigurado por la furia y la sangre que manaba de su nariz.

En su desesperación se soltó de la barandilla y comenzó a golpearle en los brazos, en la mano que la mantenía sujeta, en la cara, intentando zafarse..., y debió encontrar un punto débil, porque de pronto ya nada la sujetaba, nada la ahogaba...

En ese instante, perdió el equilibrio. Por encima de ella y cada vez más lejos, las facciones ensangrentadas de su captor mostraron algo parecido al asombro.

Un grito agudo rompió el silencio.

«Es curioso. Puedo volar», pensó un segundo antes de golpearse contra el suelo.

Luego, la nada.

Capítulo Cincuenta y Tres

Habían llegado hacía unos diez minutos. A esa hora de la mañana el puerto hervía de actividad. Multitud de estibadores se afanaban en el comienzo de su jornada laboral. Era la hora en la que comenzaban a descargar los barcos. Gracias a Dios, la nave que los Albescu utilizaban para sus negocios legales y que era la tapadera de algún chanchullo ilegal, estaba al final del muelle tres, alejada del trasiego. Habían dejado el coche de Jan aparcado en un lateral. Bajram había salido a su encuentro y les había informado de que Viorel estaba dentro, negociando con su hermano.

Cas apenas si había podido escucharle; se hallaba en un estado de profunda excitación. La impotencia hacía que le resultase complicado calmarse. Saber que Elisa estaba dentro de ese edificio a tan solo unos metros de distancia, y no poder hacer nada, le estaba destrozando por dentro.

Bajram les contó sobre el acuerdo que Viorel quería proponerle a su hermano. Pensaba partir con él el dinero de la deuda, a cambio de que soltase a la chica.

—¿Y si no acepta? —masculló Cas con el ceño fruncido.

Bajram le miró en silencio.

—Si no acepta tengo aquí a mis hombres —murmuró el albano-kosovar con un tono de voz frío como el hielo.

Cas entornó los ojos. No quería ni pensar en lo que podía suceder si los hombres de Bajram tenían que intervenir. Apretó la mandíbula y comenzó a dar pequeños paseos erráticos sin alejarse demasiado, mientras, sus hermanos permanecían al lado de Bajram.

Todavía era temprano, pero los rayos del sol ya se filtraban entre jirones de nubes. Iba a ser un día caluroso. Los sonidos habituales de un puerto de mercancías llegaron hasta él. Cas se llevó la mano a la nuca y se la frotó, distraído...

Toda la situación era surrealista. Se encontraban en el muelle portuario, junto a una nave que con seguridad se usase para el contrabando..., su chica estaba retenida por la mafia rumana para cobrar una deuda de juego..., y un gánster albano-kosovar los iba a ayudar a recuperarla... Meneó la cabeza con incredulidad. Ese tipo de cosas solo pasaban en las películas de acción. En las de Bruce Willis o Jason Statham.

¡Joder! ¡Esas cosas no pasaban en la puta vida real!

¿Cómo cojones su vida había dado ese giro de ciento ochenta grados en solo un par de

meses?

Verdammt! El gilipollas de su hermano y sus terribles decisiones... Como le sucediese algo a ella...

Se frotó la frente. Ahora solo podía pensar en Elisa. Elisa...

Su mierda de vida importaba eso, una mierda. Elisa era lo principal.

En ese instante, un hombre alto, fuerte y moreno, vestido con ropa deportiva dobló la esquina de la nave y se acercó a ellos. Cas le observó con recelo. ¿Sería ese Viorel? Seguramente. No traía cara de buenas noticias.

—Todo o nada —dijo en buen español aunque con un fuerte acento, al detenerse junto a Bajram. Su mirada los recorrió a todos, deteniéndose con brevedad sobre Cas, quizá porque parecía exudar más agresividad que los otros—. No hay más negociación.

—Pues entonces tienes un gran problema, Viorel. Solucióvalo o tendré que intervenir.

—No quiere negociar.

—Sí quiere. Lo quiere todo. Dáselo —dijo Bajram con voz profunda, sin apartar la vista de Viorel, que terminó por bajar la mirada al suelo, nervioso—. Arréglalo. No puede pasarle nada a esa chica, Viorel. Si le sucede algo, estamos jodidos todos. No es alguien insignificante, es una persona importante, conocida.

Al parecer Bajram había hecho los deberes, informándose sobre quién era Elisa. A Cas no le sorprendió. El albano-kosovar parecía saberlo todo de todos.

Viorel maldijo por lo bajo. Se le notaba reticente, pero a la vez resignado. Bajram había decidido y todos debían acatar sus decisiones.

Un grito femenino, agudo y desgarrador interrumpió la reunión.

El corazón de Cas se detuvo.

¡Elisa!

No lo pensó ni un segundo. Echó a correr. Se liberó de un manotazo de las manos de su hermano Jan, que intentaba detenerle. No escuchó los gritos de los hombres a su espalda. Su instinto le decía que Elisa le necesitaba. Ya.

Rodeó la nave y sin detenerse a calibrar la situación, como un hombre lógico hubiese hecho, se dirigió al portón con rapidez. El corazón le latía tan fuerte en el pecho que era un milagro que el sonido no llegase hasta sus oídos. No había nadie, o al menos nadie se interpuso en su camino cuando accedió al interior del almacén, aunque tampoco lo hubiese notado. Todos sus sentidos

estaban pendientes de una única cosa. Encontrar a Elisa.

Y la encontró.

Justo frente a él, al fondo, tendido en el suelo bajo una escalera metálica estaba su cuerpo desmadejado. Roto. Inmóvil. Cubierto de sangre.

El tiempo se detuvo. El mundo dejó de girar para Cas. Se paró en seco, incapaz de creer lo que sus ojos estaban contemplando. Levantó la mano en el aire, como si ese gesto fuese a borrar o eliminar la escena. Comenzó a sentir una insoportable opresión en el pecho. Quizá si cerraba los ojos la figura inerte de Elisa desaparecería y en su lugar la vería a ella, sonriéndole, ilesa...

Lo hizo.

Los abrió de nuevo.

La escena no había cambiado.

—¡No! ¡No! ¡No! —gimió

Finalmente pareció salir del trance en el que se había sumido. De dos zancadas estaba junto a ella. Se tiró al suelo de rodillas, a su lado, y sus ojos la recorrieron de arriba abajo, con frenesí. Tenía el vestido desgarrado y sucio y no llevaba zapatos. Su pecho y un precario vendaje que cubría su cuello estaban cubiertos de sangre, pero era sangre seca. El pelo le tapaba la mitad de la cara y con mucha suavidad se lo apartó, dejando su precioso rostro al descubierto, pálido como la nieve. Debajo de su cabeza, en el suelo, se había formado un pequeño charco de sangre.

No fue consciente del revuelo que se había organizado a su alrededor. No oyó las voces, los gritos, ni los golpes. Todo había desaparecido, excepto él y el cuerpo sin vida de Elisa.

Con la mano temblorosa le tomó el pulso en el cuello.

No lo encontró.

—¡No! ¡No me hagas esto, Elisa! ¡Por favor! —susurró con la voz entrecortada, volviendo a buscar sus pulsaciones con nerviosismo. Sin éxito.

Un grito ronco y desgarrador surgió de su garganta.

¡No podía morir! ¡No podía morir! ¡Era la mujer de su vida!

En ese momento, como si sus súplicas hubiesen sido escuchadas, ella abrió los ojos, parpadeando ligeramente.

—¡Dios mío! Elisa, Elisa, Elisa... —comenzó él a repetir, presa de la más profunda de las emociones. La visión de esos ojos castaños tratando de focalizar fue quizá lo más maravilloso

que había visto en toda su vida. Con sorpresa se dio cuenta de que la humedad le cubría las mejillas. Estaba llorando.

—C... Cas —balbuceó ella.

—No hables, amor. No te esfuerces —susurró, rozándole el pómulo con delicadeza. Parecía tan frágil allí tendida en el suelo, como una muñequita rota... El pecho se le encogió de la emoción y una lágrima cayó desde su cara a la cara de ella. La recogió con ternura con su dedo índice.

¡Dios Santo! Había estado a punto de perderla... Se inclinó sobre ella y la contempló con avidez, tratando de evaluar dónde estaba herida. Ella le miraba confusa como si todavía no hubiese terminado de despertar del todo.

—Has venido —murmuró.

—Claro que he venido. ¿Creías que no iba a hacerlo? ¿Pero no te has dado cuenta de que no puedo vivir sin ti?

Ella cerró los ojos. Parecía agotada. Cas levantó la cabeza y fue consciente por vez primera de que sus hermanos se encontraban a su lado.

—Llama a una ambulancia —le instó a Till, que tenía el móvil en la mano.

—Ya hemos llamado —murmuró Jan.

Cas volvió a mirar a la mujer que había estado a punto de perder, y se vio reflejado en sus enormes ojos castaños que le miraban con fijeza.

—Todo va a ir bien, Elisa.

Ella asintió con cuidado, pero una mueca de dolor le desfiguró la cara.

Al ver ese gesto, una ira ciega, enorme, profunda le invadió. Con los ojos ardiendo por las lágrimas y una furia asesina desmedida, elevó la cabeza y clavó la mirada sobre un par de hombres que se encontraban justo a su derecha, con Viorel y Bajram. Uno de ellos tenía la cara ensangrentada y trataba de explicar algo a gritos. Su aspecto era el del típico matón de discoteca, grande, vulgar y chulesco. Cas no le había visto en su vida, pero algo en su interior le dijo que solo podía ser Bogdam.

Bogdam.

El que le había hecho eso a Elisa.

La cólera tomó posesión de su mente, e ignorando todo lo demás se puso de pie y con la mandíbula y los puños apretados, atravesó de un par de zancadas la distancia que le separaba del

rumano y se lanzó contra él violentamente.

Nadie se lo impidió.

El otro, que no se había esperado el ataque, tardó demasiado en reaccionar y cuando quiso hacerlo ya era demasiado tarde, el bárbaro en el que se había convertido Cas le tenía cogido por el cuello con una mano, mientras que con la otra le pegaba puñetazo tras puñetazo en la cara. Una especie de velo rojo le había cubierto la mirada impidiéndole ver otra cosa que no fuese el hombre que había hecho daño a Elisa.

Bogdam intentó zafarse de los golpes, en vano, y aunque era igual de alto e incluso más fuerte que Cas, este parecía haber adquirido una fuerza sobrehumana, antinatural. La rabia dictaba cada uno de sus movimientos y una sed de venganza que nunca antes había sentido, había reemplazado cualquier pensamiento coherente. Sintió cómo el hueso de la mandíbula del tipo se rompía bajo sus nudillos y una enorme satisfacción le poseyó.

Por fin el rumano consiguió reaccionar y le propinó un par de puñetazos en el estómago, pero el nivel de adrenalina de Cas era tan elevado que ni siquiera sintió los golpes. La locura que le había poseído parecía hacerle inmune al dolor.

Alguien le agarró por detrás, tratando de separarle de aquel hijo de puta, pero él no se dejó desviar de su propósito. Dado que tenía los brazos inmovilizados, terminó por estrellar su frente contra la nariz del tipo, con violencia. Si no había estado rota con anterioridad, ahora tendría fracturas múltiples. Él apenas si sintió el golpe, tan exaltado como estaba. Respirando con dificultad dejó que le apartasen del ensangrentado Bogdam, que había caído de rodillas al suelo y se tapaba la destrozada cara con las manos. Cas sintió cómo el odio visceral hacia ese hombre le dominaba, impidiéndole apartar la mirada. Necesitaba ver cómo sufría.

Bajram, Viorel y los otros habían contemplado la escena en silencio, sin intervenir, como si la locura de Cas fuese el justo castigo que Bogdam había de pagar por sus errores.

Jan apareció de repente en su campo de visión. Le miraba con preocupación.

—Cálmate, Cas, y ve con Eli.

Solo la mención de su nombre consiguió que la furia ciega le abandonase. Ignorando todo y a todos, se acercó y volvió a arrodillarse a su lado. Till, que había permanecido junto a ella, se levantó y se alejó cabizbajo.

—Amor —susurró, mirándola con adoración—, estoy aquí. Todo va a ir bien. Ya lo verás —le hablaba de una manera suave y tranquila, como si el bárbaro en el que se había convertido hacía tan solo unos minutos no hubiese existido jamás.

Ella no contestó. Se limitó a asentir. Le cogió la mano con más fuerza de la que su débil cuerpo dejaba adivinar. Cas bajó la vista y contempló las dos manos unidas. La de ella, aunque

algo magullada, era delicada y pequeña al lado de la suya, más grande, más fuerte y áspera, con los nudillos ensangrentados por los golpes que acababa de propinarle al otro hombre.

¡Qué diferentes eran!, se dijo en silencio. Y sin embargo... Sin embargo nunca se había sentido tan unido a nadie como a ella. Esa mujer, que le había engañado y había hecho que se sintiese como un idiota..., era la mujer que le complementaba, la mujer por la que daría su vida...

Una ola de ternura le invadió.

¡La quería tanto!

Quería decírselo, que ella supiese todo lo que sentía por ella. Necesitaba decírselo ya, en esos momentos...

Apartó a duras penas la mirada de sus manos entrelazadas y la clavó sobre el rostro de ella, dispuesto a hablar, a expresar todo lo que estaba sintiendo en esos momentos, pero ella tenía los ojos cerrados. No había perdido la consciencia, la fuerza con que seguía aferrando su mano daba fe de ello, no obstante parecía extenuada.

—¿Cuándo cojones llega la ambulancia? —masculló en voz lo bastante alta para que su hermano Till le oyera.

—Ya no puede tardar.

Cas giró la cabeza y se percató de que todos, excepto él y sus hermanos, habían abandonado el almacén. Frunció el ceño. Habían huido como ratas.

—Se han ido. No quieren estar aquí cuando llegue la policía. —Jan se acercó a él por detrás y se acuclilló a su lado—. ¿Cómo está?

—Estoy bien —respondió la propia Eli sin abrir los ojos, en voz muy baja—. Es solo que me siento mareada, y me duele mucho la cabeza.

—Estás sangrando —murmuró Cas, mirándola preocupado—. No queremos moverte. No sabemos lo grave que puede ser la lesión de tu cabeza.

En ese preciso momento se oyó la sirena de una ambulancia a lo lejos. El sonido fue aumentando en intensidad paulatinamente.

Cas apretó la mano de Eli con firmeza.

—Ya está, amor. En nada nos vamos de aquí.

—¿Vienes conmigo? —articuló ella con esfuerzo. Parecía cada vez más frágil y delicada.

—No pienso dejarte ni un momento —le susurró, inclinándose de manera que solo ella pudo escuchar sus palabras—. Nunca más.

Ella le sonrió con debilidad.

Después todo sucedió muy deprisa. La ambulancia entró dentro del almacén por el enorme portón y los técnicos sanitarios se apresuraron a ponerle un collarín cervical a Eli y hacerle una primera cura de urgencia de la herida, para luego subirla a una camilla portátil y colocarle una vía intravenosa.

Cas observaba todo con nerviosismo a solo un par de metros de distancia. Le había costado separarse de ella, pero era consciente de que los profesionales tenían que hacer su trabajo y él no era más que una molestia.

Por dentro, pedía o rezaba —ya no sabía bien qué era—, que Elisa se recuperara y no le quedase ningún tipo de secuela a causa de la lesión sufrida. Aunque parecía encontrarse bien, dentro de la gravedad de la herida, estaba tan pálida, y el charco de sangre que quedó en el suelo una vez la hubieron levantado era tan grande...

Acababan de subir la camilla a la ambulancia cuando uno de los enfermeros se acercó a él.

—Nos vamos. Pueden seguirnos en coche.

—Yo quiero ir con ella en la ambulancia. Me necesita.

—Lo siento, pero no puede ser. Además, está sedada. Ni siquiera se dará cuenta de que usted no viaja con ella. —El otro le habló con una enorme paciencia, como si estuviese acostumbrado a peticiones como la suya—. Síguenos al hospital. Allí podrá verla.

Cas giró la cabeza y miró a sus hermanos. No hizo falta nada más. Jan se sacó las llaves del coche del bolsillo y se las lanzó.

—Vete. Nosotros nos quedamos aquí a esperar a que llegue la policía. Luego hablamos —le dijo el mayor con un gesto de ánimo.

Cas no se hizo de rogar. Se encaminó al coche de su hermano y solo unos segundos más tarde seguía a la ambulancia. Justo cuando abandonaban los muelles se cruzaron con dos coches de policía que iban en dirección contraria. Se preguntó qué historia les contaría su hermano. No tenía ni la menor idea. Cualquier cosa era mejor que la realidad... un psicópata rumano, un capo albano-kosovar, un secuestro, deudas de juego con la mafia...

Inconcebible.

Negó con la cabeza, ahuyentando esos pensamientos. Ahora lo único que importaba era la mujer que iba en la ambulancia. Solo eso.

Aceleró.

Capítulo Cincuenta y Cuatro

Eli abrió los ojos. Una desagradable luz blanca dio de lleno en sus pupilas y se vio obligada a volver a cerrarlos. Se sentía terriblemente mareada y muy atontada, pero hizo un esfuerzo por mantenerse consciente. No sabía por qué pero tenía la sensación de que era muy importante no volver a dormirse. Parpadeó e intentó fijar la mirada en lo que tenía a su alrededor para tratar de averiguar dónde se encontraba. En el techo brillaban unos fluorescentes no muy potentes y estaba tumbada en una cama estrecha cubierta por una manta azul.

Sentía su cuerpo como si fuese de trapo.

Giró la cabeza. A su izquierda había una pared sin ningún tipo de adorno que no le proporcionó ninguna pista sobre su paradero, pero la máquina a la que se hallaba conectada y que emitía pitidos constantes, y la vía intravenosa que salía de su brazo izquierdo le dijeron todo lo que quería saber.

Estaba en un hospital.

Las imágenes comenzaron a agolparse en su mente, una tras otra. Recordó el secuestro y a su horrible captor, el almacén, la caída y... a Cas, un preocupado Cas sosteniéndole la mano y diciéndole que nunca más la iba a dejar... Cas... ¿Dónde estaba? De pronto se puso nerviosa. Estaba confusa...

Se dio cuenta de que su corazón se aceleraba, porque la máquina a la que estaba conectada a través del sensor en el dedo, comenzó a emitir pitidos cada vez más rápidos.

De pronto, una enfermera de mediana edad con el pelo rubio recogido en una coleta baja, apareció en su campo de visión.

—Hola, preciosidad, ¿ya estás despierta? ¿Te encuentras bien o tienes frío? —le preguntó con muchísima dulzura y una sonrisa que provocó que multitud de arruguitas se formasen alrededor de sus ojos castaños.

Eli intentó hablar, pero tenía la garganta seca y notaba la lengua pegada al paladar.

—No te preocupes, es normal después de la anestesia —le dijo la otra mirándola con simpatía y arropándola con la manta—. Dentro de nada te sentirás mejor. Me llamo Ángela, cariño. Si necesitas algo estoy aquí mismo. —Comprobó el gotero.

—C... Cas —consiguió murmurar Eli al fin, con los ojos clavados en la cara de la enfermera. Le hubiese gustado ser más explícita, pero el simple hecho de articular esa palabra le había costado una barbaridad.

—No te esfuerces demasiado. Acabas de despertarte de una operación. Necesitas tiempo. El médico vendrá en un rato a explicártelo todo. Pero si me preguntas por el hombretón rubio ese que tiene revolucionadas a todas las enfermeras, te diré que está en la sala de espera. —Le guiñó un ojo y le palmeó la mano con delicadeza—. Ahora mismo te lo traigo.

Eli la siguió con los ojos hasta que desapareció detrás de un biombo gris. Aunque el mareo persistía y sentía el cerebro como si fuese de algodón, una extraña levedad la invadió. Cas estaba en la sala de espera...

Recordaba que él le había dicho que nunca más iba a dejarla... *Nunca más...*

Cerró los ojos tratando de contener las náuseas que los efectos de la anestesia provocaban en ella. Estuvo así por espacio de unos segundos, respirando hondo. Probó a tragar saliva, pero no había nada que tragar.

—¿Elisa? —La voz de Cas, tan ronca como siempre, la sobresaltó.

Abrió los ojos y le vio allí, junto a su cama, alto, fuerte e imponente. La miraba con una curiosa expresión en los ojos, como si nunca antes hubiese visto algo tan maravilloso. Con adoración. El corazón le dio un vuelco. ¿Era por efecto de la anestesia o su pelo era más rubio, sus ojos más azules y su rostro más atractivo? ¡Dios! Ese hombre era la perfección personificada.

—Cas... —murmuró, tratando de incorporarse.

—No te muevas. —Él se acercó y le cogió la mano. A pesar de que sonreía, sus ojos aparecían empañados por la preocupación. Se inclinó sobre ella y la besó en la frente con mucha delicadeza, como si fuese de porcelana—. Te acaban de operar y necesitas recuperarte.

Ella asintió. No podía quitarle la vista de encima. Le hubiese gustado decirle tantas cosas... Tenían tanto de qué hablar, tanto que contarse...

—Quiero decirte a... algo —comenzó con dificultad.

—Ahora no, amor. Después, cuando estés mejor. —Le acarició la mejilla con suavidad.

—Pero... necesito que sepas...

—Lo sé —repuso él con firmeza. La presión de la mano que sujetaba la suya aumentó—. No hace falta que digas nada, lo sé todo.

Eli sintió como una lágrima se escapaba de su ojo y rodaba por su mejilla. ¿De verdad sabía todo? ¿Sabía lo cobarde que había sido al mantenerle en la oscuridad sobre el falso compromiso? Quería explicárselo, quería que lo entendiese, que la perdonara. No sabía por qué, pero le resultaba muy importante hablar de ello con él en ese instante... No era lógico, pero incluso las horas que había pasado secuestrada le parecían insignificantes al lado de la mentira en la que había mantenido a Cas... Tenía que decírselo...

—No llores, Elisa —susurró él, volviendo a inclinarse y besándola en la húmeda mejilla. Le acarició la barbilla con los nudillos—. Todo va a salir bien. Ya lo verás.

—Tengo que explicarte lo mío con Lalo... —trató de decir.

—Lo tuyo con Lalo me importa una mierda —murmuró él sin despegar los ojos de los suyos. A pesar de que pronunció estas palabras en voz muy baja se pudo traslucir la tensión con que eran dichas—. Ahora solo me importas tú. Solo tú. Ya hablaremos de todo más adelante. ¿De acuerdo?

Eli se aferró a él con fuerza. Siempre sabía qué decir para tranquilizarla.

—Oh, Cas... —sollozó.

—¡Dios, Elisa! No llores, *Prinzessin*. Me parte el alma verte así —murmuró él con emoción contenida—. Te prometo que todo va a salir bien. Todo. Aunque sea lo último que haga en esta vida.

La miró con tanto sentimiento que hizo que el cuerpo de Eli se llenase de un calor sobrecogedor. Las lágrimas corrieron por sus mejillas con toda libertad. Ya ni siquiera sabía por qué lloraba.

—Me temo que la visita se tiene que acabar. —La voz de la enfermera llegó hasta sus oídos. Había aparecido detrás de Cas y sonaba molesta—. Necesita descansar y este encuentro la está alterando demasiado.

Cas se incorporó. Parecía reticente a soltarle la mano, pero terminó por hacerlo. Le tomó la cara entre las manos y depositó un suave beso en sus labios.

—Descansa, Elisa y no te preocupes por nada. Estoy aquí y no me voy a ir a ninguna parte. —Sus ojos estaban cargados de promesas.

La soltó, dispuesto a irse.

—Cas —le llamó ella en voz baja. De pronto, el vacío que su ausencia dejaba al lado de la cama era enorme.

Él se giró y la miró.

—Te quiero —murmuró ella, ignorando la sonrisa de la enfermera.

—¿Te crees que no lo sé? —repuso él mostrando una hilera de blancos dientes en una sonrisa devastadora.

Y luego se marchó.

El ritmo de los pitidos que emergían del monitor cardiaco se aceleró.

Eli cerró los ojos. Sus acartonados labios sonrieron apenas.

* * *

Cas sentía como si el corazón le quisiese estallar en el pecho. No pudo evitarlo, una carcajada feliz brotó de su garganta. El sonido retumbó extrañamente en las paredes del vacío pasillo.

«¡Ha dicho que me quiere!»

Se sentía exultante. Escuchar esas palabras saliendo de la boca de Elisa había sido algo fantástico, mágico, indescriptible... ¡Todo un subidón! Volvió a reírse.

Todavía tenían mucho de qué hablar, reconoció con sobriedad; muchas cosas que decidir y que planear, pero que ella hubiese reconocido por fin lo que sentía por él era un buen comienzo. ¡Un comienzo cojonudo!

Se adentró en la sala de espera con una estúpida sonrisa en la cara. Sandra y Tana se pusieron en pie al verle. Habían llegado allí hacía un rato y le habían hecho compañía hasta que la enfermera vino a buscarle. No habían hablado demasiado durante el tiempo que habían permanecido juntos; el ambiente había sido sombrío.

—¿Está bien? —preguntaron las dos al unísono nada más verle entrar.

—Sí, sí —las tranquilizó, acercándose a ellas—. Un poco mareada y atontada por la anestesia, pero está bien. Estaba un poco alterada..., cuando me he ido, así que no sé si podréis entrar... —concluyó.

—No importa —murmuró Tana, mirándole con curiosidad—. Esperaremos. De todas maneras voy a consultar a la enfermera.

Cas asintió, distraído, mientras se sacaba el móvil del bolsillo. Lo había puesto en silencio al llegar al hospital hacía ya varias horas, y al desbloquearlo descubrió que tenía varias llamadas perdidas de sus hermanos. Se encaminó a los ventanales del fondo para llamar a Jan.

Su hermano parecía ansioso por saber algo de Eli, y Cas se apresuró a tranquilizarle, informándole de lo que la enfermera les había dicho: que Eli tendría que quedarse al menos veinticuatro horas en la unidad de cuidados postquirúrgicos y una semana en el hospital, convaleciente. Al llegar, los médicos habían descubierto que el golpe en la cabeza le había causado un hematoma subdural, que le habían extraído. Todo había salido bien, gracias a Dios.

Jan le contó cómo habían transcurrido las cosas con la policía. Dado que cualquier implicación con los rumanos o con el propio Bajram solo podía traerles complicaciones, y más problemas de los que ya tenían, habían optado por decir una verdad a medias: que alguien había

decidido raptar a la novia de su hermano y que se habían puesto en contacto con ellos para que pagasen un rescate. Habían acudido al almacén a comprobar si la historia era cierta, y allí solo habían encontrado a Eli malherida. Si bien la explicación no había parecido gustarles demasiado, tampoco la habían cuestionado directamente.

La historia tenía demasiados cabos sueltos para resultar verosímil, pensó Cas con incredulidad, mientras escuchaba a su hermano. Nadie se iba a tragar que alguien hubiera secuestrado a Elisa Álvarez de Luis y en vez de llamar a su millonaria familia los hubiese llamado a ellos, a los Landvik, que no tenían dónde caerse muertos.

La situación era esperpéntica.

—Querrán interrogaros a vosotros también —decía Jan en ese momento.

—Elisa no está en condiciones de hablar con nadie —masculló Cas—. Tendrán que esperar a que se recupere. Yo iré cuando la hayan trasladado a planta. No quiero alejarme de aquí, de momento. —Levantó la mirada y se percató de que estaba solo en la sala de espera. La enfermera debía haber accedido a que Tana y Sandra visitasen a Eli—. ¿Vosotros estáis bien? ¿Till está bien?

Le costó trabajo pronunciar el nombre de su hermano pequeño sin ira. No sabía cuánto tiempo iba a necesitar para poder perdonar el daño que sus irresponsables acciones habían causado.

—Estamos bien. Till ha ido a casa de mamá y yo estoy en tu casa. He venido a sacar a Eli. —Hubo una pequeña pausa antes de que siguiese hablando—. Tío, si lo vuestro va en serio, tienes que cambiarle el nombre a la perra —dijo con un humor poco característico en él.

—Va en serio —susurró Cas con firmeza—. Muy en serio.

—Perfecto. Entonces piénsatelo —repuso el otro, con sorna.

—Lo haré.

—Cuando termine aquí, iré para allá. ¿Necesitas que te lleve algo?

—No, estoy bien. No necesito nada.

—Nos vemos en un rato.

—Ok.

Colgó y se metió el móvil en el bolsillo de los vaqueros.

La sala de espera se encontraba en el ala izquierda del moderno complejo hospitalario que había sido construido solo dos años atrás. Todo era nuevo y parecía inmaculado, desde las

paredes de color arena, de las que colgaban láminas de pintores impresionistas, a las sillas marrones con reposabrazos metalizados. Enormes ventanales mostraban vanguardistas jardines de cuidado césped, que alternaban aquí y allá baldosas blancas y bancos con respaldos de acero. Justo en el centro y rodeada por palmeras, destacaba una fuente cuadrada de la que manaba agua sin cesar. El grosor de los cristales impedía que se oyese ningún sonido.

Cas apoyó la frente contra el ventanal y meditó durante unos instantes. La alegría que había sentido hacía tan solo unos minutos se había diluido algo después de la conversación telefónica.

Que la policía quisiese interrogarlos a él y a Eli era lógico. Él sabía lo que iba a contarles. Su versión sería idéntica a la de sus hermanos, claro estaba. Pero y ¿Elisa? ¿Acaso podía pedirle a ella que mintiese y ocultara lo que había sucedido para salvarle el pellejo a unos mierdas? Dejó caer los hombros con agotamiento...

Si Till no estuviera involucrado y no les hubiese involucrado a ellos, les podían haber dado por culo a los Albescu y al mismo Bajram. Pero debiendo todo ese dinero, y con Jan, que había comprometido un año de su vida para salvar el culo de Till...

Todo estaba demasiado mezclado. La conexión entre los rumanos, Bajram y sus hermanos era demasiado evidente.

Si se investigaba el tema... Y si Bajram se enteraba de alguna manera de que le habían dicho algo a la policía... No quería ni pensarlo.

Pero ¿qué derecho tenía él de pedirle a la mujer que amaba que mintiese por su familia? ¿No la había perjudicado ya suficiente?

Meneó la cabeza y cerró los ojos, atormentado. De pronto el silencio que reinaba en la sala de espera y que antes le había parecido calmante, ahora le resultaba opresivo.

Abrió los ojos y contempló su reflejo en el cristal. Un hombre alto, fuerte y rubio, con unos vaqueros desgastados y una camiseta azul marino ajustada que dejaba sus tatuados brazos al descubierto, le miraba desde el cristal. Tenía la mandíbula cubierta por vello rubio y las mejillas algo hundidas, señal inequívoca de la falta de sueño, y de que se había pasado con el alcohol la noche anterior. ¡Qué lejano le parecía todo! Como si en vez de unas horas hubiesen pasado días desde que había abandonado *El sueño eterno* con Eva...

¡Eva!

Ese era otro tema que tendría que explicarle a Elisa en cuanto estuviese más recuperada. ¡Joder, qué gilipollas había sido!

Los ojos azules reflejados en el cristal le devolvieron una mirada sombría. En ese instante una nube ocultó el sol y cubrió el moderno jardín de penumbra, creando extraños rincones oscuros donde antes solo había habido claridad y luz. Cas sintió cómo se le erizaban los pelos de

los brazos. Tuvo un incómodo presentimiento, una sensación inminente de que algo desagradable iba a suceder.

«¡Qué estupidez».

Sacudió la cabeza, ahuyentando esos nefastos pensamientos y se esforzó por atraer a su memoria el recuerdo de Elisa con las mejillas surcadas de lágrimas, diciéndole que le quería. No le costó nada. Su rostro siempre estaba presente en su mente.

Sintió un pequeño pinchazo de emoción en el pecho y se llevó la mano al esternón, frotárselo con suavidad.

«Lo único que sobra en esa imagen son las lágrimas», se dijo con decisión. «Yo las voy a borrar de su cara. Y si tengo que dedicar toda mi vida a que ella no vuelva a derramar ni una sola lágrima más, pues así sea».

Capítulo Cincuenta y Cinco

Jan se sentó al lado de Cas y le alargó una botella de agua y un sándwich de máquina. Cas lo cogió con avidez. En tan solo un par de segundos había abierto el envoltorio y lo había devorado de dos bocados. Luego bebió de la botella antes de girar la cabeza y mirar a su hermano.

—Estabas hambriento, ¿eh? —murmuró Jan, palmeándole el brazo.

—Bastante.

—¿Por qué no has ido a la cafetería con ellas? —Se refería a Tana y a Sandra. Poco después de la llegada de Jan habían ido a tomarse un café y todavía no habían regresado.

—No quiero alejarme. No quiero que el médico venga y no me encuentre aquí. —Volvió a beber algo de agua.

Jan asintió antes de reclinarsse contra el respaldo de su silla y echar un vistazo a su alrededor. No había nadie más que ellos allí.

—Tienes las manos destrozadas —dijo tras un breve silencio, clavando la mirada en los hinchados nudillos de Cas.

—Estaban peor antes.

Levantó una de sus manos y la contempló. Hacía horas que una enfermera, percatándose de sus heridas, se las había desinfectado y curado. Era curioso, pero ni siquiera le dolían.

—Nunca te había visto así —murmuró Jan poniéndose en pie y acercándose a los ventanales a contemplar el jardín, que ahora que había caído la noche estaba iluminado por modernas farolas—. Nunca te había visto perder el control de esa manera.

Cas no respondió. Él mismo tampoco sabía lo que le había pasado. Tenía un temperamento irascible, pero jamás había reaccionado así. Ver a Elisa tendida en el suelo, cubierta de sangre, le había vuelto loco. No obstante, sabía que volvería a hacerlo mil veces en las mismas circunstancias.

—Ese cerdo le había hecho daño —masculló, levantándose y tirando la botella vacía y el envoltorio del sándwich a la papelera—. Se lo merecía.

—Sí.

Y después no hubo más palabras. Jan permaneció de espaldas a Cas contemplando el jardín, y Cas junto a la papelera sumido en sus pensamientos.

—Till se marcha en dos días —rompió el silencio el mayor.

Cas no respondió. No le resultaba fácil hablar de Till.

—Ha adelantado su viaje —continuó el otro, desde su posición junto a la ventana.

—Bien —repuso Cas con los dientes apretados. Quizá era lo mejor que su hermano pequeño podía hacer, marcharse a Alemania e intentar enderezar su vida—. La verdad es que no me apetece nada hablar de Till y de su mierda, ahora mismo —dijo alzando la voz.

No le preocupaba que alguien pudiera escucharle. La sala de espera de esa ala del hospital había permanecido vacía durante todo el día y así seguía ahora que era de noche. Era curioso que en tantas horas no hubiese entrado nadie más allí, pero recordó que el hospital viejo seguía en funcionamiento, y la gente solía acudir al otro, por costumbre.

En ese momento aparecieron Tana y Sandra. Venían corriendo y estaban agitadas. Tana se dirigió a él.

—La familia de Eli está aquí —jadeó—. Sus padres, su hermano y Lalo. Acabo de recibir un mensaje de su hermano Poncho. Están aparcando.

Cas la miró sin despegar los labios y sin mostrar ninguna reacción. No estaba sorprendido. Sabía que iban a llegar. Tana le había dicho hacía horas que había avisado a los padres de Eli. A Poncho no había podido localizarle así que le había mandado un mensaje. Habría sido él, el que había informado a Lalo de lo sucedido.

Cogió aire y lo expulsó con lentitud. No tenía ni idea de cómo era la familia de Elisa, pero lo poco que ella le había contado no resultaba muy halagüeño..., y luego estaba el majadero de Lalo. Decidió prepararse para la confrontación.

Confrontación que no tardó en llegar.

Cuatro personas aparecieron en la sala de espera. Tres hombres y una mujer. Todas sus caras familiares para Cas, aunque —exceptuando a Lalo—, era la primera vez que las veía al natural y no sobre papel cuché. Todos traían una expresión seria en el rostro.

La mujer, una versión más mayor de Eli, se detuvo en seco al verle allí de pie. Sus ojos castaños le recorrieron de arriba abajo con desdén, centrándose en sus brazos tatuados.

Cas apretó los puños pero no dijo ni una palabra. Esperó, mirándola con fijeza. Fue ella la primera en retirar la mirada.

—Cayetana, Sandra —dijo con voz firme.

Ambas se acercaron a saludarla a ella y a los otros. Se intercambiaron breves explicaciones en voz baja. Cas sintió los cuatro pares de ojos posados sobre su persona. ¿Querían observarle?

Que lo hiciesen. Se apoyó displicente contra la pared y arqueó las cejas, mientras inspeccionaba a los cuatro de arriba abajo.

El padre de Eli mostraba indiferencia; la madre le miraba con evidente desprecio; su hermano Poncho, con curiosidad, y Lalo... Lalo tenía un brillo de disgusto en la mirada que hizo que Cas sonriese por dentro.

«Te has quedado sin ella, gilipollas», pensó con satisfacción. «Te has quedado sin ella y lo sabes».

—¿Qué hace ese hombre aquí? —susurró la madre de Eli, mirándole de reojo, pero en voz lo bastante alta como para que Cas lo escuchase. La altanería que destilaban sus palabras era incuestionable.

Apretó la mandíbula y se irguió en toda su estatura, mirándola con fijeza. Su hermano Jan, notando la tensión que se respiraba en el ambiente, se acercó a él.

—Disculpe, señora —murmuró Cas con voz ronca— ¿Por qué no me lo pregunta a mí?

El hermano de Eli le puso una mano en el brazo a su madre y le dijo algo al oído que pareció calmarla. Quizá fuese un efecto de la iluminación de la sala, pero a Cas le pareció que el tal Poncho le miraba con simpatía.

—Perdona a mi madre. —Se acercó adonde él se encontraba—. Está un poco alterada por todo lo que le ha pasado a mi hermana, y a pesar de que el médico nos ha dicho que todo ha ido bien no tenemos muy claro qué ha sucedido —hablaba con mucha calma, en tono conciliador y Cas se dio cuenta de que era el típico negociador, que con seguridad siempre se saliese con la suya hablando. No le cayó mal... por el momento.

En ese instante, una enfermera pareció materializarse de la nada; no era la misma que había acompañado a Cas a visitar a Eli. Debían de haber hecho el cambio de turno. Esta era más joven.

—¿Son ustedes los familiares de Elisa Álvarez? —preguntó sin dirigirse a nadie en particular.

—Somos sus padres. —Carmen de Luis se adelantó.

—Y yo su prometido —añadió Lalo, aproximándose también.

Cas gruñó, provocando que las miradas de todos los presentes se clavasen sobre él.

—Aquí no —murmuró Jan a su lado. Como siempre, tenía razón.

—Está durmiendo ahora, pero si quieren pasar de uno en uno a verla... Solo unos minutos, por favor. Hay otros pacientes que necesitan descansar.

La madre de Eli se apresuró a seguirla. Llevaba un vestido color crema y zapatos a juego, y el pelo rubio recogido en un moño. Toda ella respiraba distinción, pensó Cas, al verla atravesar la sala; la misma distinción que Elisa, pero también una frialdad obvia. Una frialdad, que gracias a Dios, su hija no había heredado.

El padre de Eli se sacó el móvil del bolsillo de la chaqueta y se alejó, mientras hablaba con alguien en voz baja. Lalo se metió las manos en los bolsillos y, sin volver a mirarle, se dirigió a los ventanales y contempló el exterior. Toda su pose exudaba arrogancia.

Cas le observó con los ojos entrecerrados.

«¿Prometido? ¡Mis cojones! No si yo tengo algo que decir en todo esto».

—Soy Alfonso, el hermano de Eli. No sé si mi hermana te habrá hablado de mí. —La voz del hermano le sacó de sus pensamientos. Giró la cabeza. Poncho, Tana y Sandra se habían acercado a él y a Jan.

—Soy Cas —repuso—, y este es mi hermano Jan.

El otro asintió.

—¿Puede alguien explicarme lo que le ha pasado a mi hermana? —Recorrió a todos con la mirada sin detenerse en ninguno en concreto.

Cas y Jan intercambiaron una mirada.

—No lo tenemos muy claro, pero pensamos que ha sido víctima de un secuestro exprés —dijo Jan.

Poncho arqueó las cejas con sorpresa, pero no dijo nada.

—Nos han llamado pidiéndonos un rescate —intervino Cas—. Cuando hemos ido al almacén donde decían que debíamos ir, solo estaba Elisa malherida. No sabemos más.

—Pero... ¿por qué os han llamado a vosotros? Nosotros somos su familia...

—No creo que supieran a quién habían cogido —le interrumpió Tana—. O quizá se equivocasen de persona...

Poncho la observó con escepticismo, pero no dijo nada.

Cas le miró con curiosidad. No se parecía en nada a su hermana. Por lo poco que había podido ver, Elisa era igual que su madre y Poncho era igual que su padre. Era alto y de complexión delgada, pero fuerte. Llevaba el cabello peinado hacia atrás y tenía los ojos muy oscuros. Iba vestido de aquella manera en que se vestían los tíos con pasta cuando se relajaban, con un polo azul y unos pantalones oscuros. Con toda seguridad, esa ropa que a él le parecía de

lo más incómoda y estirada, fuera lo más confortable que tenía en su armario.

Notó cómo los ojos de Poncho se posaban sobre sus nudillos hinchados. Aparentaba querer decir algo, pero no lo hizo. Terminó por apretar la mandíbula y giró la cabeza, buscando a su padre con la mirada.

—Es un hombre muy ocupado —murmuró, como disculpando la actitud de su progenitor.

El padre de Eli había salido al pasillo y continuaba con su conversación telefónica. No parecía demasiado preocupado por el estado de salud de su hija.

«La arrogancia de su madre y la indiferencia de su padre... Menuda mierda de ambiente para criarse», pensó Cas.

Jan, Sandra y Tana se habían apartado unos metros, concediéndoles un poco de privacidad. Poncho pareció darse cuenta de que estaban solos, porque aprovechó para acercarse más a él.

—¿Qué tienes con mi hermana? —inquirió con curiosidad. No había acritud alguna en su tono.

—No creo que sea asunto tuyo —repuso Cas con una sonrisa que desmintió la dureza de sus palabras—. Eso solo nos incumbe a tu hermana y a mí, ¿no crees?

Poncho le miró con algo parecido al respeto.

—No tienes ni idea de a lo que te enfrentas —le dijo, sonriendo de medio lado—. Mi madre no es lo que se dice muy accesible... ¿sabes?

—¿En serio me estás diciendo eso? —le cuestionó Cas, con incredulidad—. Joder, tío, creía que eras mayor de edad y que tomabas tus propias decisiones.

—No es de mí de quién hablo —repuso el otro, ofendido—. Yo hago lo que quiero con mi vida..., pero mi hermana... Mi hermana siempre ha estado demasiado influida por mi madre, demasiado..., y como ves. —Hizo un gesto señalando la figura de su padre—. Él no interviene demasiado.

—Tu hermana ya es mayor y sabe lo que quiere.

Cas entornó los ojos. Al menos eso quería pensar. No habían hablado de ello; habían pasado demasiadas cosas en las últimas horas, pero si su instinto no le engañaba, Elisa había tomado una decisión.

—No lo dudo —dijo Poncho, aunque el escepticismo se reflejaba en sus palabras—, pero ten en cuenta que si se decide por ti, es más que probable que mis padres le corten su... bueno... su suministro mensual de dinero.

Cas tardó en reaccionar. No creía haber entendido bien. No tenía muy claro que Poncho estuviese insinuando eso. Finalmente rompió a reír a carcajadas, aunque sus ojos brillaban furiosos. ¿Quién cojones se había pensado esa familia que era él? ¿Un muerto de hambre que solo estaba con Elisa por su dinero? Además, ¿en tan poca estima la tenían, que creían que un hombre solo podía estar con ella por la pasta?

Todos se volvieron a mirarle, incluido Lalo.

—Mira, *Poncho* —enfaticó—, el puto jodido dinero de tus padres me importa una mierda, y ya que estamos, si ellos deciden comportarse así con ella solo por elegirme a mí..., pues también me importan una mierda.

—¡Dios mío! ¡Qué hombre más vulgar! —se escuchó la voz de la madre de Eli, que acababa de entrar en la sala de espera.

Cas giró la cabeza y la miró, sin ocultar su disgusto. El odio que reflejaban los ojos castaños de ella tan parecidos a los de su hija era evidente. Cas volvió a preguntarse cómo era posible que alguien tan dulce y maravilloso como Elisa pudiese ser la hija de aquella mujer.

—¿Cómo está? —Lalo se apresuró a acercarse a ella.

—Duerme. Ya he hablado con su médico para organizar el traslado. Mañana, en cuanto la suban a planta, nos la llevamos a Madrid. Allí estará mejor atendida que en este hospital provinciano.

Cas rechinó los dientes. ¿Se la iban a llevar? Ni hablar. Por encima de su cadáver. Iba a decir algo, pero la mano de Poncho se posó sobre su antebrazo. Levantó la cabeza sorprendido y le miró a la cara. No parecía enfadado por lo que Cas había dicho hacía unos segundos sobre sus padres. Por el contrario, parecía ¿contento?

—No digas nada —le dijo en voz baja—. Mi hermana no consentirá que la trasladen.

Cas le observó, indeciso. No sabía por qué el hermano de Eli semejaba haber tomado partido por él. Decidió callarse, de momento. Asintió, antes de alejarse y tomar asiento en una silla cerca de los ventanales, lejos de ellos, de los «otros».

Las siguientes horas transcurrieron con mucha lentitud. La moderna sala de espera se convirtió en una especie de campo de batalla con dos ejércitos enfrentados. A un lado se encontraban los padres de Eli y Lalo, y frente a ellos, Cas, Jan, Tana y Sandra. En medio, dando fe de una diplomacia extrema, estaba Poncho, que igual se dirigía a un bando que a otro.

La tensión que había en el ambiente se prolongó hasta que se hizo de día. Poco a poco la luz de un precioso amanecer comenzó a desterrar las sombras de la noche. Exceptuando a Poncho, que de vez en cuando se acercaba a ellos y les hacía preguntas insustanciales, todos habían permanecido en silencio durante las horas de oscuridad, esperando.

En cuanto los primeros rayos de sol iluminaron la sala, Jan y Cas la abandonaron para ir a tomar café, pero regresaron enseguida. Cas no quería que el médico llegase a proporcionarles nueva información y no estar presente.

Tomando asiento frente a sus «rivales», se frotó los ojos. Llevaba casi cuarenta y ocho horas sin dormir y el cansancio le estaba pasando factura. Apoyó los codos en las rodillas y bajó la cabeza. Se masajeó la dolorida nuca con vigor.

—No entiendo qué ha podido ver mi hija en ti.

Levantó la cabeza y miró a la que acababa de pronunciar esas palabras, que a su vez le contemplaba con desdén. Aunque sintió cómo la sangre le hervía en las venas, se contuvo. No era el momento ni el lugar adecuado para replicar.

—No tienes clase —escupió ella ahora, con veneno—. Eres tosco, vulgar y zafio. Y no tienes dinero... Ni siquiera el negocio es tuyo... Está hipotecado... Eres un don nadie que no tiene dónde caerse muerto... No tienes nada...

Todos los ocupantes de la sala de espera se habían quedado helados al escuchar esas palabras. Hasta el propio Lalo, que con seguridad pensaba lo mismo que Carmen de Luis había expresado en voz alta, la miró sorprendido.

Cas se puso en pie. Su actitud reflejaba una extraña calma. Con mucha lentitud se aproximó a quien acababa de insultarle de aquella manera, y a solo un paso de su silla se detuvo. Con regocijo comprobó que las pupilas de sus ojos se agrandaban por el miedo al verle tan cerca, tan amenazador.

—Señora —comenzó—, puede ser que no tenga nada de eso que le parece tan importante, pero sí tengo algo de lo que usted carece. —Hizo una pausa y se inclinó sobre ella, que había dejado de respirar y le miraba con los ojos abiertos como platos—. Tengo educación —concluyó con una sonrisa.

Después se incorporó y se dio la vuelta, dirigiéndose al fondo de la sala, a los ventanales. Temblaba de indignación, pero no lo demostró. ¡Menuda víbora!

—¡Por Dios! ¡Es una bruja! —escuchó el murmullo de su hermano a su espalda. No se dio la vuelta. Esperó unos segundos a estar más calmado—. Por un instante he pensado que ibas a perder los papeles —continuó Jan.

—¿Con la madre de Elisa? —masculló—. No ha sido por falta de ganas, desde luego, pero es su madre...

—Tengo buenas noticias —dijo una voz desde la entrada de la sala.

Todos se giraron. Era un médico.

—Elisa ha pasado la noche estable y la acabamos de trasladar a planta.

Un suspiro de alivio abandonó la boca de Cas.

—¿Podemos visitarla? —inquirió Poncho.

—Sí. Pero por turnos. Ha preguntado por su pareja.

Lalo dio un paso al frente.

—Yo soy su prometido —dijo con firmeza.

—¿Es usted Cas? —inquirió el médico, mirándole con simpatía.

—No. Yo soy Cas —respondió este, con la voz vibrante por la emoción apenas contenida.

Carmen le dirigió una mirada cargada de antipatía que él ignoró. Pareció que iba a intervenir, pero Poncho se adelantó y la cogió por el brazo. Ella se apartó con reticencia. Lalo, por el contrario, no fue tan inteligente. Intentó interponerse en su camino y le miró con altivez.

—No creas que te vas a salir con la tuya —susurró entre dientes con un mohín que transformó su cara en la de un niño que no había conseguido salirse con la suya.

Cas le miró con aburrimiento. *¿En serio? ¿En serio?* Meneó la cabeza, perplejo... Ese tío era un idiota, decidió.

—Anda, quítate de en medio, niño rico gilipollas —le dijo con una sonrisa, antes de seguir al médico. Se sentía pletórico.

Capítulo Cincuenta y Seis

Eli sintió un pinchazo en la cabeza y se llevó la mano a la frente. Se palpó el vendaje que le cubría la mayor parte del cráneo con cuidado. El médico que la había visitado hacía un rato, después de que la hubiesen trasladado a esa habitación, le había explicado todo sobre la operación y sobre el proceso de recuperación, y le había asegurado que esas molestias eran algo normal en sus condiciones.

Trató de relajarse y respirar hondo, mientras sus ojos vagaban por la habitación. Estaba acondicionada para dos personas, pero la otra cama permanecía vacía. La suya se encontraba al lado de una ventana, que tenía los estores medio cerrados para que la luz del sol no entrase de lleno. Aparte de las dos camas, unas mesillas atornilladas a la pared y dos butacas de cuero marrón, no había mucho más. Una televisión de generosas proporciones colgaba de la pared. Justo debajo había un mueble metálico y a la derecha una puerta que supuso conduciría al baño. Parecía más la habitación de un hotel que la de un hospital. Todo era moderno y tenía pinta de nuevo.

Se sentía un poco ansiosa. La enfermera le había dicho que su familia había llegado. Había recibido la noticia con aprensión. No estaba preparada para enfrentarse a su madre. No así. Le hubiese gustado encontrarse más fuerte para hablar con su progenitora y decirle lo que pensaba de su intromisión.

Suspiró.

Quería ver a Cas y hablar con él, dejar las cosas claras. Lo necesitaba. Ahora tenía la cabeza mucho más lúcida que el día anterior, cuando por fin le había confesado lo que sentía por él.

Miró hacia la puerta y como por arte de magia, allí estaba Cas, tan maravilloso y estupendo como siempre, aunque tenía aspecto de estar cansado.

—Hola, amor —le dijo él, acercándose a ella con una enorme sonrisa en la cara. Le rozó los labios con la punta de los dedos antes de sentarse en la butaca más cercana a su cama. Eli sintió cómo las mariposas danzaban en su estómago. La había llamado amor... sonaba tan bien...

—Hola, Cas —repuso, levantando el brazo y acariciándole la barbilla, disfrutando de la aspereza de su mentón, apenas cubierto por la barba. Él giró la cabeza y depositó un beso sobre la palma de su mano, haciéndola estremecer. Después depositó suaves besos sobre todos y cada uno de sus dedos.

—¿Estás bien? —le preguntó, entre beso y beso.

—Sí, estoy bien —susurró, sin poder quitar la vista de sus sensuales labios.

—Estaba preocupado por ti —le dijo él, subiendo la mirada y posándola sobre el vendaje que ella llevaba en la cabeza.

—Estoy bien —repitió—. El médico ha dicho que la operación ha ido bien y que en unos días podré salir de aquí.

Cas la miró durante unos segundos antes de apoyar la frente sobre las manos unidas de ambos.

—Es culpa mía que estés aquí. Mía y de mi familia. —Su voz, apenas audible, destilaba culpabilidad.

Eli permaneció en silencio. ¿Qué podía decirle? Era probable que ella se encontrase allí por culpa de Till y de sus deudas de juego, por lo poco que había podido entender. Pero Cas no era responsable de los actos de su hermano.

—Cas, tú no tienes la culpa —murmuró.

Sabía que sus palabras no iban a aliviarle y que iba a seguir mortificándose, pero aun así las dijo. Le acarició el cabello con suavidad.

Él alzó la cabeza y la miró. Tenía los ojos nublados y ella no supo discernir si era por causa de lágrimas no derramadas, o un simple efecto óptico. Esperaba que fuese lo segundo. Ver a un hombre como Cas —tan fuerte y seguro— llorando, resultaba devastador. Ella misma sintió como sus ojos se humedecían.

Estuvieron así por espacio de lo que a Eli le parecieron horas aunque quizá no fuesen más que segundos. Mirándose, sin decirse nada.

—Hubo un momento en que pensé que te había perdido —rompió él el silencio al fin. Su voz vibraba de emoción—. Cuando llegué allí, y te vi en el suelo..., cubierta de sangre... —Cerró los ojos y volvió a bajar la cabeza. La besó en la mano—. Realmente hasta ese instante no había sido consciente de lo mucho que significas para mí, Elisa. —Su cálido aliento contra la palma de su mano le provocó un curioso aleteo en el estómago—. Es cierto que apenas nos conocemos y que nuestras vidas son complicadas, pero... ¡Joder, Elisa!

Ella esperó anhelante a que él continuase, a que dijera algo más, algo sobre el futuro..., porque... ¿de qué servía quererse tanto cuando el futuro era incierto? Pero él no dijo nada. Se limitó a besar sus dedos una y otra vez.

—Cuéntame lo de Till —le suplicó ella, algo decepcionada.

Cas se incorporó de pronto y clavó la mirada en su rostro. Parecía avergonzado.

—Lo de Till... —murmuró—. Lo de Till...

Ella esperó a que él encontrase la calma que el nombre de su hermano parecía haberle arrebatado. Terminó por levantarse y soltarle la mano. Se alejó hacia la ventana y se detuvo allí. Su silueta se recortaba al trasluz. Poco a poco, comenzó a hilar palabras, las palabras se convirtieron en frases, y las frases formaron la historia de Till.

Eli le escuchó en silencio. No deseaba interrumpirle aunque tenía mil preguntas que hacerle. Le parecía tan trágico y terrible que debido a un error absurdo e inconsciente, la vida de toda la familia se hubiese visto alterada de aquella manera. Lo sentía por Till, que ya no volvería a ser el muchacho alegre y divertido que ella había conocido, y por Jan, que había tenido que hipotecar un año de su vida, firmando un pacto con el diablo, pero sobre todo, le dolía por Cas, cuyo sentimiento de culpa por lo que le había sucedido a ella parecía estar devorándole por dentro.

No sabía cómo podía ayudarles.

—Entonces —musitó cuando él dejó de hablar—, ¿qué debo decirle a la policía?

Él se giró y la miró con intensidad, con los puños apretados.

—Diles lo que quieras, Elisa —masculló entre dientes—. Diles la verdad.

—Pero la verdad os involucra... al menos a Till y a Jan.

Cas cerró los ojos. La tensión en su espalda era más que evidente.

—No puedo pedirte que mientas por mi familia, Elisa.

Ella vaciló. Si mentía, los animales que la habían secuestrado saldrían indemnes de todo aquello... Pero ¿y si no lo hacía?

—No quiero que tus hermanos tengan problemas, Cas. Haré lo que tenga que hacer —concluyó con firmeza.

Él la miró. Vaciló un instante, pero terminó por acercarse a ella de dos zancadas. Era como si se hubiera estado conteniendo y de repente hubiese decidido no hacerlo más. Una amalgama de sentimientos pareció desbordarle. Le tomó la cara entre las manos y apoyó su frente contra la de ella. Eli notó cómo le temblaban las manos y su agitada respiración le acariciaba el rostro.

—Gracias —exhaló él con un suspiro.

Ella, incapaz de contenerse más, alzó la cabeza y posó sus labios sobre los de él. Eran igual de firmes y suaves que siempre, y cuando él reaccionó a su beso con la misma pasión que mostraba ella, se estremeció. Esta vez no dejó que él marcara el ritmo. Fue ella la que controló los tiempos. Incluyó la cabeza a un lado para tener mejor acceso a su boca y con su lengua jugueteó con sus labios, obligándole a abrirse a ella. Trató de ignorar el dolor que comenzaba a

expandirse por su frente, no obstante un pequeño gemido, mezcla de placer y malestar escapó de su boca. Él se apartó de pronto, y la miró con preocupación.

—¿Te he hecho daño?

—No, es solo que he sentido un pinchazo, pero el médico me ha dicho que es normal.

Él farfulló algo en otro idioma y se apartó. Mirándola con inquietud se sentó de nuevo en la butaca y le cogió la mano. Permanecieron un rato así, observándose. Eli se sentía incapaz de apartar la vista, y a él parecía pasarle lo mismo.

—Tu familia y Lalo están ahí fuera —musitó él, rompiendo el embrujo.

—Lo sé. Me lo ha dicho la enfermera.

Él apartó la mirada como si quisiese decirle algo y no supiese muy bien cómo.

—Creo que no le he caído muy bien a tu madre —terminó por confesar con una sonrisa torcida.

Eli buscó alguna pista en su semblante de lo que hubiese podido pasar entre él y su familia, pero él parecía indiferente. Una sospecha germinó en su mente y sintió la ira comenzando a invadirla.

—¿Qué te ha dicho? —preguntó, alterada—. ¿Qué te ha dicho?

—Nada especial. No tienes por qué preocuparte.

Le miró con el ceño fruncido. Estaba mintiendo. Su madre tenía que haberle dicho algo horrible. Así era Carmen de Luis. Sintió deseos de no estar allí en esa habitación esperando a que su familia la visitase. Ansió encontrarse en algún otro lugar, a solas con Cas.

—Por cierto, tu hermano no está mal. Un poco estirado, pero soportable —comentó él, sonriendo.

Ella comprendió que él deseaba cambiar de tema y no insistió más, pero no iba a olvidarse del asunto; era una conversación que quedaba pendiente entre ambos.

—Poncho es... No sé..., creo que ni yo misma le conocía hasta hace un par de días. Siempre me había parecido tan frío y tan distante, pero tengo la sensación de que estaba equivocada. —Se mordió el labio inferior—. Ha sido una sorpresa.

Hubo un nuevo silencio.

—Tenemos que hablar de algo más, Elisa. Hay demasiadas cosas que no nos hemos dicho —dijo él, mirándola con intensidad.

Ella asintió. Suponía que el momento de explicarle todo lo de Lalo había llegado. Bajó la mirada.

—Quiero pedirte perdón...

—Quiero pedirte perdón...

Ambos comenzaron al unísono y se interrumpieron al mismo tiempo. Se miraron, ansiosos.

—Ok, déjame a mí primero —insistió él—. Déjame que te explique algunas cosas... Lo primero que quiero hacer es pedirte perdón por lo que tuviste que ver en la puerta de mi casa... A mí con Eva... —habló con una inseguridad poco característica en él. Pareció buscar alguna señal recriminatoria en la cara de ella, pero al no encontrarla continuó—. Estaba jodidamente borracho, ¿sabes? Había ido a buscarte al *Palacio del Morisco* y te había visto llegar con él. Joder, cuando le vi cogiéndote del brazo, y cómo posabais para los fotógrafos, me sentí como un gilipollas, la verdad... Me fui a beber algo... y dado que el *Jägermeister* no es lo mío... Ya sé que no tengo excusa... —Se llevó las manos a la cabeza y se revolvió el pelo con los ojos cerrados—. No sé qué me pasó. Quería vengarme o no sé... Quería hacerte daño... Y entonces apareció Eva y se ofreció a llevarme a casa porque no podía conducir —comenzó a atropellarse con las palabras—, y empezamos a besarnos... y la verdad, yo solo podía pensar en ti y en que debías ser tú la mujer que estuviese conmigo..., pero entonces te imaginaba con Lalo, y... ¡Joder! ¡Cómo dolía pensar que estabas con él!... Soy un gilipollas, Elisa —concluyó con un gemido afligido.

Por fin abrió los ojos y la miró. La angustia se reflejaba en ellos.

Ella se había llevado las manos a la boca, intentando contener un sollozo. Su estupidez y su falta de acción habían sido las que lo habían provocado todo. Ella, dejándose manipular por su madre y por Lalo, había estado a punto de estropear lo mejor que le había pasado en la vida. Los ojos se le llenaron de lágrimas, pero trató de no derramarlas.

—Cas —comenzó con la voz algo temblorosa—, no tengo nada que perdonarte... Eres tú el que me tiene que perdonar a mí. Yo he sido la que no te ha contado la verdad desde el primer momento, la que te ha estado ocultando lo mío con Lalo. Te he engañado y he estado jugando a dos bandas todo el tiempo. —Al ver que él deseaba interrumpirla, levantó la mano y le hizo un gesto enérgico—. No eres tú el que me tiene que pedir perdón, Cas. ¡Soy yo!

—Elisa —la cortó—. Todos hacemos cosas que no nos enorgullecen. Es lo que nos hace humanos.

—No tengo excusa, Cas —negó con la cabeza—. No entiendo cómo es posible que te hayas enamorado de mí cuando lo único que he hecho en todo este tiempo ha sido mentirte y engañarte.

Él se inclinó sobre ella de manera inesperada. Le agarró la cara con las dos manos con suavidad no exenta de firmeza y la obligó a mirarle. Sus ojos despedían chispas.

—Creo que no has entendido una cosa, *Prinzessin* —murmuró entre dientes—. No es mi estilo decirle a cualquiera lo que te he dicho a ti. ¿Crees que voy por ahí diciéndole *Te quiero* a la primera que se cruza en mi camino?

Ella negó. ¿Cómo podía dudar de alguien que la miraba con tal intensidad?

—Es solo que tú eres tan perfecto... —musitó—, y yo tan imperfecta...

—Sigues sin entenderlo, *Prinzessin*. —Él chasqueó la lengua y se acercó más, de forma que sus bocas casi se rozaron y su imagen se desdibujó en sus pupilas producto de la cercanía—. Voy a intentar explicártelo..., aunque suene como un verdadero gilipollas. —Cerró los ojos y pareció buscar las palabras más apropiadas, pero al fin dejó escapar un suspiro frustrado. Volvió a abrirlos—. No soy muy romántico, ¿sabes? Pero escúchame con atención, porque te voy a decir por qué eres perfecta para mí... —Hizo otra pausa—. Desde el primer día que te vi, conduciendo de aquel modo ridículo, cuando intentaste cargarte mi moto..., ya estaba enamorado de ti, aunque todavía no lo supiera. Tu forma de hablarme con ese tartamudeo encantador, y tus ojos enormes mirando mis tatuajes con terror... —Soltó una pequeña carcajada antes de proseguir, como si el recuerdo fuese muy especial—. Tus aires de princesa y cómo me mirabas por encima del hombro durante nuestra primera cita, y esos rubores cada vez que te decía algo inapropiado...

—Oh, Cas...

—¡No! No me interrumpas. —Levantó un dedo y lo posó sobre sus labios—. Tengo que seguir y hacerte comprender por qué eres tan especial para mí, Elisa. No te voy a negar que ha habido otras, pero nadie como tú... Oh, ¡joder!, ahora sueno como una canción de los noventa... —Se apartó de ella y se frotó la cara con vigor, mirándola confuso—. Esto parece más fácil en las películas, ¿sabes?

Ahora fue ella la que rio. ¿Cómo era posible que una declaración de amor se hubiese convertido en algo tan absurdo?

—Cuando volviste a Madrid ya estaba colado por ti —continuó él, más serio. Se levantó de la butaca y se sentó a su lado, apoyando la espalda en el duro respaldo de la cama de hospital. Ella sintió su cadera contra la suya y disfrutó del contacto, esperando ansiosa sus siguientes palabras—. Después, todas esas noches hablando por Skype, contándonos estupideces... no sé... Poco a poco ibas adentrándote en mi piel... Ehhh, eso ha sonado muy... ¿ñoño? Bueno, joder, pero es así, de alguna manera es como si te llevara dentro... —sonaba perplejo—, y no hay un puto segundo del día en que no piense en ti cuando estoy despierto, o sueño contigo cuando estoy dormido... —Se inclinó sobre ella y le rozó los labios—. ¡Joder, Elisa! ¿No te parece que eso es amor?

Ella levantó la mano y se aferró a su nuca, atrayéndole hacia sí. Mientras sus labios se unían sintió cómo la humedad bañaba sus mejillas, pero no le importó. No eran lágrimas de tristeza.

Acababa de escuchar la declaración de amor más horrorosa del mundo, plagada de tacos, y

sin embargo era lo más bonito que nadie le hubiese dicho jamás.

El beso fue breve pero intenso y cuando él levantó la cabeza, ella le regaló la más maravillosa de las sonrisas. Se sentía algo mareada, pero ¿qué podía importar eso si estaba con el hombre de su vida?

—Joder, amor, no sé qué me has hecho, pero me has convertido en el puto Hugh Grant —murmuró él, frotándose la nuca y mirándola con una expresión burlona.

Eli se echó a reír.

—¿Acaso no soy yo Catherine Deneuve?

—Sí, *mi* Catherine Deneuve.

De pronto ella se puso seria.

—Tengo que ver a mi familia —dijo con una mueca.

—Si quieres te dejo para que hables con ellos y luego vengo...

—¡No! Prefiero que te quedes. Sé que es mucho pedir, pero...

—*Prinzessin*, ¿qué te he dicho hace un momento? ¿Cómo eran todas esas cursiladas que te he soltado...? Por favor no me hagas repetir las. —La miró con fingida súplica.

Eli volvió a reírse.

—Voy a buscarlos. No te muevas. —Amenazó con una severidad impostada, levantándose de la cama—. Ahora vuelvo.

La miró unos instantes con verdadera adoración, antes de darse media vuelta y abandonar la habitación. Ella no pudo evitar fijarse en su perfecto trasero y en cómo la camiseta ajustada le marcaba los músculos de la espalda.

¡Dios Santo! No estaba con Hugh Grant, no... Estaba con ¡Cas Landvik! Su mundo era perfecto, decidió.

Un suspiro de felicidad se escapó de sus labios.

Capítulo Cincuenta y Siete

No pudo disfrutar de la paz durante mucho tiempo. En breve, voces que se acercaban por el pasillo llegaron hasta sus oídos. No le costó reconocer el tono agrio de las palabras de su madre. Inspiró y espiró.

Primero entró Cas con el ceño fruncido. Detrás de él iban sus padres y cerraban la comitiva Poncho y Lalo.

Lalo... Algo parecido a las náuseas hizo que se le cerrase la garganta. Después de su última conversación no sabía cómo tenía el descaro de presentarse allí.

Sus padres se acercaron a ella y la miraron con consternación. Poncho y Lalo permanecieron en segundo plano, y el que ella hubiese deseado junto a su cama, prefirió quedarse al fondo, apoyado contra la pared, pero sintió su mirada sobre ella y los nervios la abandonaron.

—¡Dios mío, Elisa! Estábamos muy preocupados por ti.

Su madre se inclinó y la besó en la mejilla.

—Estoy bien, mamá.

—Todo esto es una locura. Ya nos han informado tus amigas de lo sucedido y es algo increíble... No podíamos dar crédito... Un secuestro... En plena calle, con gente... —Se puso pálida y negó con la cabeza como si la situación fuera del todo irreal—. Es... incomprensible.

—Tengo contactos con gente del Ministerio de Interior —intervino su padre mirándola con mucha seriedad—. Hablaré con ellos. Ten por seguro que todo va a aclararse. —Le dirigió una mirada acusatoria a Cas, como si él hubiese sido el responsable de todo.

—Estoy un poco aturdida —murmuró ella, incómoda—. No tengo las cosas muy claras. No recuerdo bien lo que sucedió.

—No te preocupes. En un par de días seguro que te acuerdas. Ahora solo tienes que descansar. Estamos ultimando tu traslado a Madrid, Eli. No puedes quedarte aquí. Es mejor que vayamos a casa —le informó su madre. Parecía muy contrariada. Eli se dio cuenta en seguida de cuál era el motivo, al descubrir cómo miraba a Cas de reojo.

—No quiero ir a Madrid. Prefiero quedarme aquí.

—No. Ya hemos decidido...

—Yo no he decidido nada. Prefiero quedarme.

Sabía que su madre era un adversario admirable pero no pensaba volver a amilanarse ante ella. Nunca más.

—Elisa... —trató de intervenir su padre—. Es mejor que vengas con nosotros. Aquí no tienes a nadie. Estás sola.

—No está sola. —La voz fría de Cas resonó en la habitación.

Todos se giraron para mirarle.

—¿Me vas a decir que prefieres quedarte con... con ese... *hombre*? —Su madre siempre conseguía que hasta las palabras más inocentes pareciesen un insulto.

Eli miró a Cas algo indecisa. ¿Se iba a quedar con él? No habían hablado de eso.

—Pues claro que se va a quedar conmigo hasta que se recupere y decida dónde quiere estar —repuso él, acercándose a ella y situándose a su lado. No la tocó, pero tampoco hacía falta. La conexión entre ellos era más fuerte que nunca.

Su madre soltó una carcajada histérica, como si toda la situación le pareciese absurda.

—No puedes estar hablando en serio —dijo su padre con el ceño fruncido, recorriendo al hombre rubio que permanecía a su lado de arriba abajo. Tuvo lugar un curioso duelo de miradas entre ambos. Fue su padre el que apartó antes los ojos.

—Vamos, Elisa —intervino Lalo ahora, con ese tono condescendiente que ella odiaba, rompiendo la tensión—, estás un poco confusa por el golpe, querida. Cuando te recuperes, verás que todo esto es una locura. —Hizo un gesto despectivo con la mano, señalando a Cas.

Eli entornó los ojos. ¿Cómo se atrevía a hablarle así? ¿Cómo se atrevía a... a comportarse así?... Como si tuviese algún derecho sobre ella... Y lo peor de todo ¿quién se había creído que era para mirar a Cas de aquella manera? La ira comenzó a crecer dentro de ella. Miró a Cas de reojo, pero él estaba muy tranquilo.

—No estoy tan confusa como para no saber lo que quiero —habló con voz clara, para que no hubiera ninguna duda de que lo que estaba diciendo era lo que en verdad pensaba—. Y desde luego, no sé qué haces aquí, Lalo. Creía que habíamos dejado las cosas claras en la boda. Te he devuelto tu anillo.

—¡Elisa! —la reprendió su madre—. No hables así a Lalo. Él siempre ha estado ahí para ti, y ahora... Por... por... ese *hombre* —escupió con desprecio, mirando a Cas—, vas a estropearlo todo... No sabes lo que haces.

Eli comenzó a temblar de indignación. Cas, intuyendo lo que ella necesitaba, se acercó

todavía más, de manera que su muslo se pegó a la cama. Solo tenía que alargar la mano unos centímetros para poder tocarle. Lo hizo.

Su madre emitió un extraño sonido, como si le faltase el aire. Todos se quedaron mirándola con diferentes grados de sorpresa.

—Me quedo aquí, con Cas —dijo.

—¡No seas infantil, Elisa! —Carmen de Luis elevó la voz, muy alterada. Parecía a punto de perder los papeles—. Estás cometiendo un error y te vas a arrepentir.

—Elisa, no sabes lo qué dices, y cuando seas consciente quizá sea demasiado tarde para enmendar tus errores —intervino su padre con el ceño fruncido.

—Sé lo que digo y no soy infantil. Me quedo.

Poncho no había abierto la boca hasta el momento. Eli se dio cuenta de que observaba la escena con una curiosa expresión en el rostro. ¿Aprobación? Parecía estar conteniendo una sonrisa.

—No sé qué te ha podido pasar para que te comportes así... No te hemos educado para esto... Es *esa* persona que te ha lavado el cerebro —concluyó su madre con veneno, señalando a Cas, que se había cruzado de brazos y permanecía impertérrito. Eli admiró su templanza.

—Esa persona se llama Cas y lo único que ha hecho, ha sido abrirme los ojos —repuso con dureza—. Y no consiento que se diga ni una palabra negativa sobre él. ¿Lo entiendes, mamá?

La alteración comenzaba a hacerse evidente en ella. Notaba los pinchazos en su frente y su respiración era agitada.

Su madre abrió los ojos, muy sorprendida. No estaba acostumbrada a escuchar a su hija hablarle en ese tono. Iba a replicar, pero las siguientes palabras, pronunciadas por Cas, la interrumpieron.

—Es mejor que se marchen, ahora. Elisa necesita descansar —dijo con un tono de voz que no admitía réplica.

—¿Ahora dejas que ese... *hombre* hable por ti? —exclamó su madre con indignación.

—Creo que es una mejora, ¿no? Antes lo hacías tú... —replicó Eli con sarcasmo.

—No sé qué ha podido sucederte en estos días, Elisa. Tú no eres así... Toda una vida de sacrificio para que fueras alguien excepcional, y ahora... esto... —Su madre se llevó la mano a la frente como si toda la situación la estuviese superando.

—¿Sacrificio? —Eli arqueó las cejas, estupefacta—. ¿Te refieres a *mi* sacrificio? ¿A no

dejarme ser la persona que soy? ¿A intentar convertirme en un réplica tuya? ¿A controlarme? ¿A decirme con quién puedo hablar, o salir, o divertirme? ¿A cuestionar cada una de las decisiones que tomo? ¿A intentar salirte siempre con la tuya? —Mientras enumeraba, cada vez se sentía más y más enfadada—. ¿A cuál de todos esos sacrificios te refieres, mamá?

—Todo lo que hemos hecho, lo hemos hecho por tu bien —repuso esta, muy ofendida.

—¿Como lo de aliarte con Lalo a mis espaldas y presionarme para que me case con un hombre al que no quiero ni me quiere?

Todos guardaron silencio. Hasta el propio Lalo parecía no sentirse demasiado a gusto en su piel.

Eli notó la mano de Cas sobre su hombro. Alzó la mirada. Los ojos de él irradiaban orgullo. Le sonrió.

—Era lo mejor para ti —repuso su madre al cabo de un rato.

—No, mamá. Era lo mejor para vosotros.

—Vámonos —se inmiscuyó su padre, disgustado, como si todo ese drama fuese demasiado para él—. Hablaremos cuando estés recuperada, Elisa. Llámanos cuando estés dispuesta a tomarte en serio tu situación.

—Si sigues adelante con esta tontería, ten por seguro que se te acabó el chollo. Se acabó eso de vivir de nosotros —exclamó su madre con un tinte desesperado en la voz. Sabía que había perdido—. Tendrás que buscarte la vida y encontrar un trabajo para mantenerte... A ver qué tal se te da pertenecer a... a la chusma...

Miró a Cas con un desprecio tan enorme que Eli tuvo ganas de levantarse de la cama y abofetearla, pero estaba agotada.

—Con sinceridad, mamá, como ya te dije por teléfono... *me importa una mierda...*

La carcajada de Poncho rompió el silencio que las palabras de Eli habían creado. Ella giró la cabeza y le sonrió. ¿Cómo no se había dado cuenta hasta ahora de que su hermano era... agradable?

Su madre ignoró el ataque de hilaridad de su hijo y la miró con una mezcla de incredulidad y disgusto. Meneó la cabeza.

—No me puedo creer que después de todo lo que hemos hecho por ti, te estés comportando de esta manera.

Y acto seguido se agarró al brazo de su padre y le instó a abandonar la habitación. Él la miró una última vez antes de marcharse. Le hizo un gesto con la cabeza, mezcla de pesar y

desencanto. Después desapareció detrás de su madre.

—Te vas a arrepentir de esto, Elisa. Te va a pesar...

Las palabras de Lalo llegaron hasta sus oídos y giró la cabeza para mirarle.

—De lo único de lo que me arrepiento es de haber perdido tanto tiempo contigo y haberte seguido el juego —murmuró.

Él apretó los labios y dirigiéndole a Cas una mirada cargada de desprecio, abandonó la habitación.

Poncho se acercó a ellos, todavía con la risa en los ojos. Se inclinó y le dio un beso en la frente.

—Ha sido todo un espectáculo, y tú has estado increíble —le dijo al oído, y ella sintió como el calor invadía su pecho y los ojos se le llenaban de lágrimas. Notó la mano de Cas apretando la suya y levantó la mirada. Esos maravillosos ojos azules la contemplaban con admiración, respeto y amor... mucho amor.

—Bueno... —Poncho se incorporó y le tendió la mano a Cas, que no dudó en estrechársela con firmeza—, parece que si todo va bien... vamos a ser cuñados...

Eli se sonrojó al escuchar esas palabras. ¿Cuñados? Demasiado pronto para pensar en algo así...

—Eres un poco pijo para mi gusto —decía Cas en ese momento—, pero no estás mal.

Poncho sonrió de oreja a oreja, y Eli se dio cuenta, asombrada, de que nunca antes había visto a su hermano reírse con tanta frecuencia.

—Y tú, un poco macarra, pero tendremos que adaptarnos, ¿no? ¿También eres motero? —inquirió, curioso.

—Claro, soy un tópico andante... tatuado, musculoso, con moto... y me llevo a la chica... —repuso Cas, sonriendo de medio lado.

Eli le miró con adoración. ¡Un tópico andante! Sí, quizá lo fuese...

Poncho se quedó mirándolos unos instantes con algo en la mirada que podría haber pasado por envidia. Terminó por suspirar.

—En fin, Eli, te llamo —dijo—. A ver si puedo calmar los ánimos un poco... Ya sabes cómo es mamá. Tardará en aceptar la situación... Papá es otra cosa... A papá se le pasará. Ya lo verás.

Después se dio la vuelta y abandonó la habitación, dejándolos solos.

—Ha sido horrible —musitó ella al cabo de unos segundos de silencio—. Quiero pedirte disculpas por lo que mi madre...

—No sigas —la interrumpió él—. No te disculpes por tu madre. Tú no eres tu madre, al igual que yo no soy mi hermano. —Se volvió a sentar en el borde de la cama y la miró—. Tu hermano tiene razón, ¿sabes? Has estado increíble.

Ella bajó la vista avergonzada y él se echó a reír.

—Bueno, y ahora, cambiando de tema... ¿Cuándo narices me vas a decir lo que sientes por mí? Porque yo he sido muy claro y hasta he utilizado frases de películas y de canciones... Y tú... Tú no has dicho nada. —La miró, simulando seriedad.

—Tú sabes que te quiero —repuso ella.

—Sí, lo sé..., pero me gusta oírtelo decir. Además, tu declaración de amor se queda corta. No es comparable a la mía... Es sosa... —Frunció el ceño, fingiendo regañarla.

—¿Y si te lo digo en tu idioma? —De pronto, recordó la frase que Tana le había enseñado en broma hacía unas semanas.

—Interesante —musitó él, acomodándose junto a ella. Su cuerpo apenas cabía en la estrechez de la cama, pero de alguna manera se las arregló para tumbarse a su lado—. Ok. Estoy preparado. Dispara, amor.

—Ich... liebe... Dich. —Hasta ella misma se dio cuenta de que en su boca las palabras sonaban mal; carecían de esa melodiosa cadencia que tenían cuando Tana las pronunciaba. El rubor volvió a cubrir sus mejillas.

—Uf, tu acento es *horrible*. —Cas se llevó las manos a la cabeza, mientras pronunciaba la *r* con exageración—. Tienes que practicar, *Prinzessin*.

—Dilo tú —replicó ella—. Quiero oírtelo decir.

Él no se hizo de rogar. Acercó la boca a su oído, y con esa voz sexy y ronca que la había enamorado desde el primer día, susurró:

—*Ich liebe Dich*.

Epílogo

Seis meses después

Cas se abrochó la cremallera de la sudadera y se puso la capucha para protegerse de la humedad. Le encantaba ver amanecer desde su balcón, pero quizá no había sido la mejor idea hacerlo tal día como ese, uno de los más fríos del año en la costa. Era enero.

Cogió la taza de café humeante que había dejado sobre la mesa y bebió un sorbo. El calor del brebaje recién hecho se expandió por todo su cuerpo, reconfortándole.

El sol comenzaba a asomar lentamente tras la línea del horizonte. Aspiró hondo y el olor a salitre penetró en su nariz. Una satisfacción enorme le invadió. ¿Acaso existía hombre más feliz que él en el mundo? Sonrió.

Los últimos meses habían sido algo extraños, pero poco a poco las cosas iban encajando. Con la mirada perdida en el vasto mar, pasó revista a todo lo que había sucedido en ese tiempo.

Till se había marchado a Alemania a vivir con su padre y había retomado sus estudios de medicina; y aunque la relación entre ellos se había estropeado, Cas se alegraba de que por fin hubiese decidido arreglar el desastre en el que se había convertido su vida.

Jan, seguía siendo su mejor amigo, su confidente, pero desde que se había involucrado con Bajram algo en él había cambiado. Tener que participar en esa mierda de peleas clandestinas, le estaba convirtiendo en otra persona. Una persona cada vez más taciturna. Agarró la taza con fuerza, disgustado. Le partía el corazón ver cómo Jan iba alejándose de la familia. Cada vez estaba más distante.

Meneó la cabeza, contrariado.

Pensar en cualquiera de sus hermanos se había convertido en algo poco agradable. Una verdadera lástima, con lo unidos que habían estado siempre.

Suspiró.

Y luego estaba Elisa...

Elisa, después de haber abandonado el hospital, había declarado ante la policía que no recordaba nada de su secuestro. Poco había podido aportar y el caso había quedado cerrado por falta de pruebas. Había mentido por él y por su familia, y eso jamás lo iba a poder olvidar. Estaba en deuda con ella para siempre. Por eso, y por tantas otras cosas...

Se había quedado con él dos gloriosas semanas, hasta que se había recuperado del todo. Dos increíbles semanas, en las que se habían conocido mejor, habían compartido conversaciones, risas, algunos llantos y sobre todo amor, mucho amor... Y su cama, por supuesto. El sexo con ella se había convertido en algo fantástico, asombroso, adictivo...

Pero después de esas dos semanas, había vuelto a Madrid.

Había odiado separarse de ella.

Cas volvió a dar un sorbo a su café y fijó la vista en la playa, desierta a aquellas horas. El mar estaba tan tranquilo, que parecía un espejo. Le encantaban los reflejos de los primeros rayos de sol sobre el agua, y sobre los blancos cantos rodados.

—Buenos días, Hugh. —La voz de ella a su espalda, llamándole ese estúpido nombre le hizo girarse.

Elisa.

Había abierto la puerta corredera que daba al balcón y le miraba por una rendija, con una sonrisa enorme en la cara. Se había puesto una sudadera parecida a la que llevaba él, que le quedaba gigante, y que solo conseguía aumentar su atractivo. Tanto sus torneadas piernas como sus pies estaban desnudos. Tenía el pelo alborotado y los ojos somnolientos.

Una cálida sensación se expandió por su pecho. Algo tenía que haber hecho bien en su vida para haber conseguido a esa mujer, se repetía todos los días. Una mujer que lo había dejado todo por él. Todo.

Cogió la taza y abandonó la terraza y el precioso amanecer para ir junto a ella. Ella era mejor que cualquier amanecer, sin duda.

—Es temprano —murmuró, tomándola de la mano y depositando un suave beso en sus labios— ¿Qué haces levantada?

—Te echaba de menos —reconoció, echándole los brazos al cuello y bajándole la capucha. Después le miró de aquella manera tan especial que hacía que se le acelerase el corazón.

—Pues aquí me tienes, *Prinzessin*. ¿Quieres un café?

Ella asintió, pero en lugar de dejar que él se acercase a la cocina donde la cafetera aguardaba, le abrazó por la cintura y apoyó la cabeza en su pecho.

—¿Te he dicho ya lo feliz que soy de haber tomado esta decisión? —murmuró contra sus pectorales.

—Unas cien mil veces —repuso él, sonriendo.

Y así era.

Elisa, después de un intento fallido de reconciliación con sus padres orquestado por su hermano, había decidido dejar Madrid e irse a vivir a la costa mediterránea. Al principio, había dudado sobre si mudarse a su apartamento, pero después de que él le hubiese insistido casi de rodillas, había accedido. Había dejado su piso en el Retiro, que a fin de cuentas era de sus padres, había cogido un par de maletas, a su perro Pipi —que había hecho muy buenas migas con su perra Eli—, y se había venido a vivir con él. De eso hacía ya un mes.

El mejor mes de su vida.

Acababan de pasar juntos sus primeras navidades, y para ambos habían sido unos días algo agrídulces. Se había notado la ausencia de Till, que había decidido permanecer en Alemania, con la excusa de que tenía mucho que estudiar. También Eli había echado de menos a su familia, solo había podido ver a su hermano Poncho, que se había dejado caer por allí un fin de semana. Cas y su familia se habían esforzado para que se sintiese parte de la familia Landvik, acogiéndola con los brazos abiertos.

Y hacía una semana, justo después de Navidad, Elisa había empezado a trabajar en el despacho de abogados de Jaime Llorens. Estaba pletórica de felicidad por ello.

Poco a poco, las cosas iban encajando, como las piezas de un puzle...

—¿Y mi café? —La pregunta le sorprendió.

—Qué mandona eres —la regañó, besándole el pelo antes de separarse de ella a duras penas. Después se dirigió a la cocina y le puso un café solo con sacarina, como ella acostumbraba a tomarlo.

—No sé si podremos disfrutarlo —comentó Eli, señalando a su perro que la miraba con ansiedad, moviendo la cola—. Creo que quiere salir ya.

—Bueno, si no nos da tiempo desayunamos en *Le Vieux Bruxelles* —repuso él.

Ambos sonrieron al recordar aquella primera mañana en la que habían desayunado juntos.

—¿Te refieres al **sitio más especial de la zona**? —bromeó ella, repitiendo casi las palabras exactas que él había empleado hacía ya tantos meses.

Cas le alargó la taza y la contempló, mientras ella se dirigía al sofá y se sentaba en el reposabrazos con los pies descalzos sobre el asiento. Parecía tan relajada... No pudo evitar comparar a esa mujer con la Elisa del verano, la que le había tirado la moto, la del principio... No era la misma persona.

Esta Elisa era más segura, más abierta, más sencilla..., y aunque en esencia no había cambiado —seguía irguiendo la barbilla con arrogancia y envarándose cuando se sentía

incómoda, utilizaba los mismos gestos y ademanes que la otra, y se sonrojaba mil veces al día—, sin duda esta Elisa era otra Elisa.

Esta Elisa era *su* Elisa.

¡Qué curioso cómo la vida y las circunstancias ponían a veces a cada persona en su sitio! Ahora tenía claro, que el sitio de Elisa no había sido el sitio donde había vivido antes. Su sitio era ese, junto a él.

Se acercó a ella por detrás y apoyó las manos en sus hombros.

Ella giró la cabeza y le sonrió.

Le dio un vuelco el estómago.

—Dime eso —dijo, inclinando la cabeza y hablándole al oído.

Ella soltó una risita, pero depositó el café sobre la mesa y se puso de pie. Apretó su cuerpo contra el suyo y le echó los brazos al cuello.

—¿El qué, *Hugh*? —preguntó, juguetona.

—Eso que tú sabes, *Catherine* —respondió él, mordisqueándole el labio inferior.

—Ah... eso...

—Sí, eso —insistió, depositando suaves besos en sus mejillas al tiempo que deslizaba sus manos por los desnudos muslos y la cogía en brazos.

Ella enroscó las piernas en torno a su cintura y apartó la cabeza unos centímetros para poder mirarle directamente a los ojos.

—*Ich liebe Dich* —murmuró con las pupilas dilatadas por el deseo.

Él dejó escapar un gemido de placer al escucharlo.

—Tu acento ha mejorado... Repítelo —jadeó, sintiendo todo su cuerpo en tensión, en especial la zona de debajo del estómago.

—*Ich liebe Dich* —volvió a murmurar ella contra su boca.

No pudo decir nada más. Los sonidos quedaron ahogados por los labios de él, mientras la transportaba al dormitorio con rapidez.

Fin

Próximamente

La lucha de Jan

La culpa de Till

Palabras y expresiones en otros idiomas

Inglés

Pushy – Avasallador

Darling – Querido/a

Sorry - Perdón

I'm so sorry - Lo siento tanto

I haven't... - No he...

Fuck - Joder

Hot - Caliente

Shit - Mierda

Sweetheart - Encanto

Girls – Chicas

Fuck off, you son of a bitch! – ¡Jódete, hijo de puta!

Hello girls! - ¡Hola chicas!

OMG (Oh my God) - ¡Dios mío!

Sweeties - Dulzuras

Never - Nunca

Alemán

Bist Du blöd? Was ist mit Dir los? Hast Du das Motorrad nicht gesehen oder was? Meine Fresse bist Du ein Idiot! - ¿Eres tonta? ¿Qué te pasa? ¿Acaso no has visto la moto? ¡Joder, qué idiota eres!

Es ist aber lange her! Wo bist Du gewesen? Und wo ist dein Motorrad? – ¡Hace mucho

tiempo! ¿Dónde has estado? ¿Y dónde está tu moto?

Sabine! Gut Dich zu sehen! - ¡Sabine! ¡Qué alegría verte!

Eisprinzessin – Princesa de hielo

Prinzessin - Princesa

Mein Gott, bist Du wunderschön - Dios mío, qué preciosa eres

Gott Du machst mich so heiss! - ¡Dios, me pones tan caliente!

Scheisse! - Mierda

Heilige Mutter Gottes! - ¡Santa Madre de Dios!

Verdammt - Maldición

Du bist betrunken, mein Freund – Estás borracho, amigo mío

Na und? - ¿Y qué?

Noruego

Dritt og dra - Que le den por culo

Fæn - Joder

Dritt – Mierda

Rumano

Dacă țipi te omor, curvă - Como grites te mato, puta

Curvă de rahat – Puta de mierda

Sobre la autora

Laura Sanz aprendió a leer antes que a hablar y a escribir antes que a andar. Así que después de largos años de no saber qué hacer con su vida, además de irse al extranjero y aprender idiomas, trabajar en sitios diversos y escribir compulsivamente en servilletas de bar... decidió publicar.

Todos sus libros tienen #happyending garantizado.

Actualmente vive en Madrid con su marido y sus tres gatos.

Le encanta recibir mensajes de sus admiradores y detractores. Por favor contactad con ella en laurasanzautora@gmail.com

Probablemente conteste :)

Si queréis saber más sobre ella y sus próximos lanzamientos

visitad: www.laurasanzautora.com

Además la podéis encontrar en:

[Facebook](#)

[Twitter](#)

[Instagram](#)

Si queréis suscribiros a su newsletter y recibir información relevante sobre sus libros y próximos proyectos, podéis hacerlo [aquí](#)

Otras novelas de la autora

[La chica de pelo azul](#)

Si os ha gustado la historia de Cas y Eli podéis dejar un comentario [AQUÍ](#). Es completamente anónimo y va a servir para que se vendan más libros y así poder seguir escribiendo más historias como esta para vosotros.

Muchas gracias.

Table of Contents

Parte 1 – El sueño – Cómo todo comienza...

Capítulo Uno

Capítulo Dos

Capítulo Tres

Capítulo Cuatro

Capítulo Cinco

Capítulo Seis

Capítulo Siete

Capítulo Ocho

Capítulo Nueve

Capítulo Diez

Capítulo Once

Capítulo Doce

Capítulo Trece

Capítulo Catorce

Capítulo Quince

Capítulo Dieciséis

Capítulo Diecisiete

Capítulo Dieciocho

Capítulo Diecinueve

Capítulo Veinte

Capítulo Veintiuno

Parte 2 – La realidad – Cómo todo acaba...

Capítulo Veintidós

Capítulo Veintitrés

Capítulo Veinticuatro

Capítulo Veinticinco

Capítulo Veintiséis

Capítulo Veintisiete

Capítulo Veintiocho

Capítulo Veintinueve

Capítulo Treinta

Capítulo Treinta y Uno

Capítulo Treinta y Dos

Capítulo Treinta y Tres

Capítulo Treinta y Cuatro

Capítulo Treinta y Cinco

Capítulo Treinta y Seis

Capítulo Treinta y Siete

Capítulo Treinta y Ocho

[Capítulo Treinta y Nueve](#)

[Capítulo Cuarenta](#)

[Capítulo Cuarenta y Uno](#)

[Capítulo Cuarenta y Dos](#)

[Capítulo Cuarenta y Tres](#)

[Capítulo Cuarenta y Cuatro](#)

[Capítulo Cuarenta y Cinco](#)

[Capítulo Cuarenta y Seis](#)

[Capítulo Cuarenta y Siete](#)

[Capítulo Cuarenta y Ocho](#)

[Capítulo Cuarenta y Nueve](#)

[Capítulo Cincuenta](#)

[Capítulo Cincuenta y Uno](#)

[Capítulo Cincuenta y Dos](#)

[Capítulo Cincuenta y Tres](#)

[Capítulo Cincuenta y Cuatro](#)

[Capítulo Cincuenta y Cinco](#)

[Capítulo Cincuenta y Seis](#)

[Capítulo Cincuenta y Siete](#)

[Epílogo](#)

[Próximamente](#)

[Palabras y expresiones en otros idiomas](#)

[Sobre la autora](#)